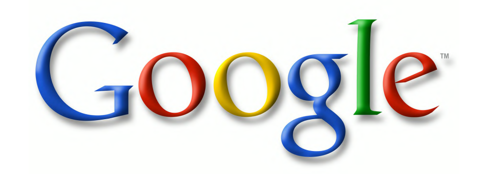


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

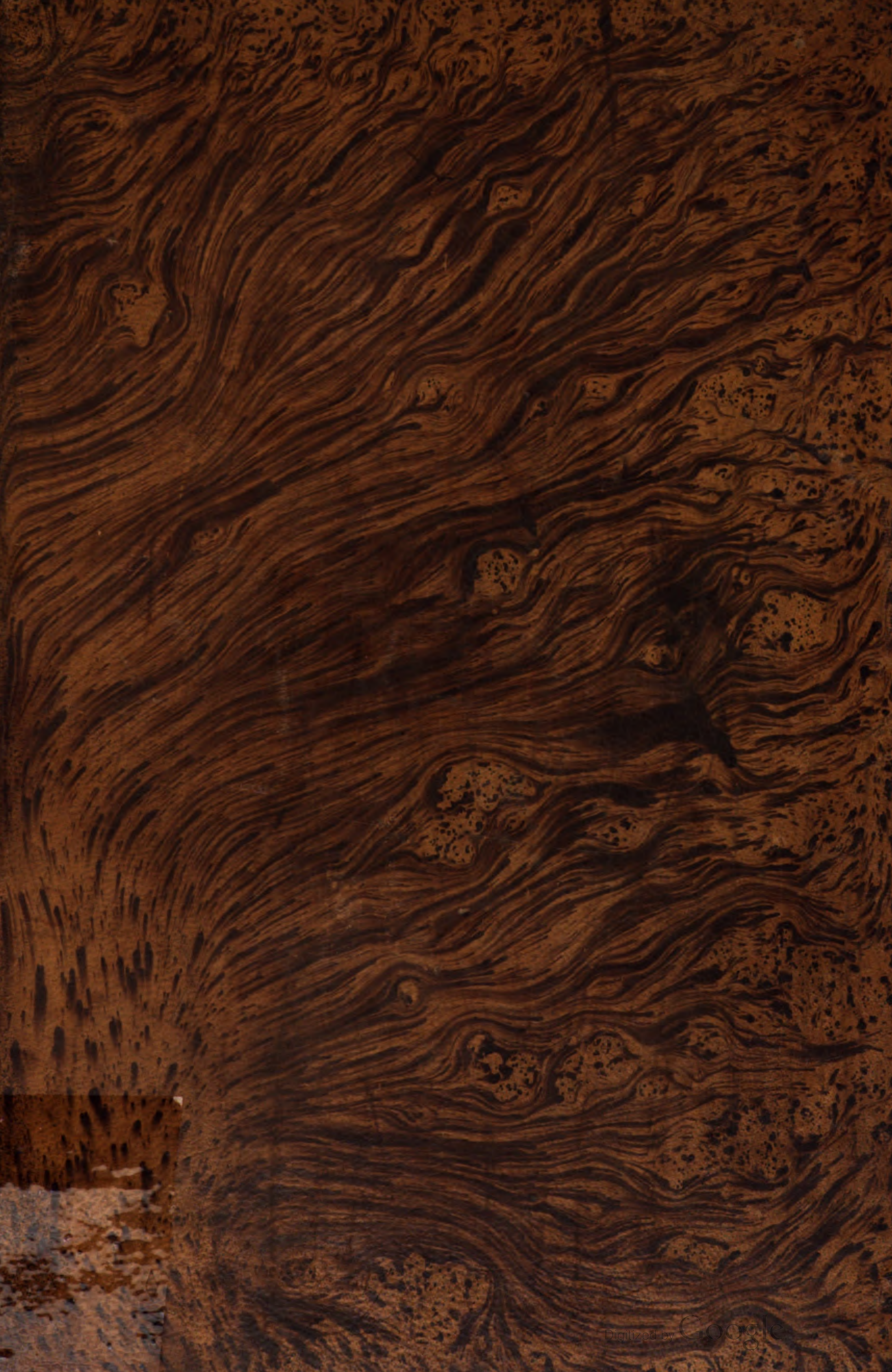
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

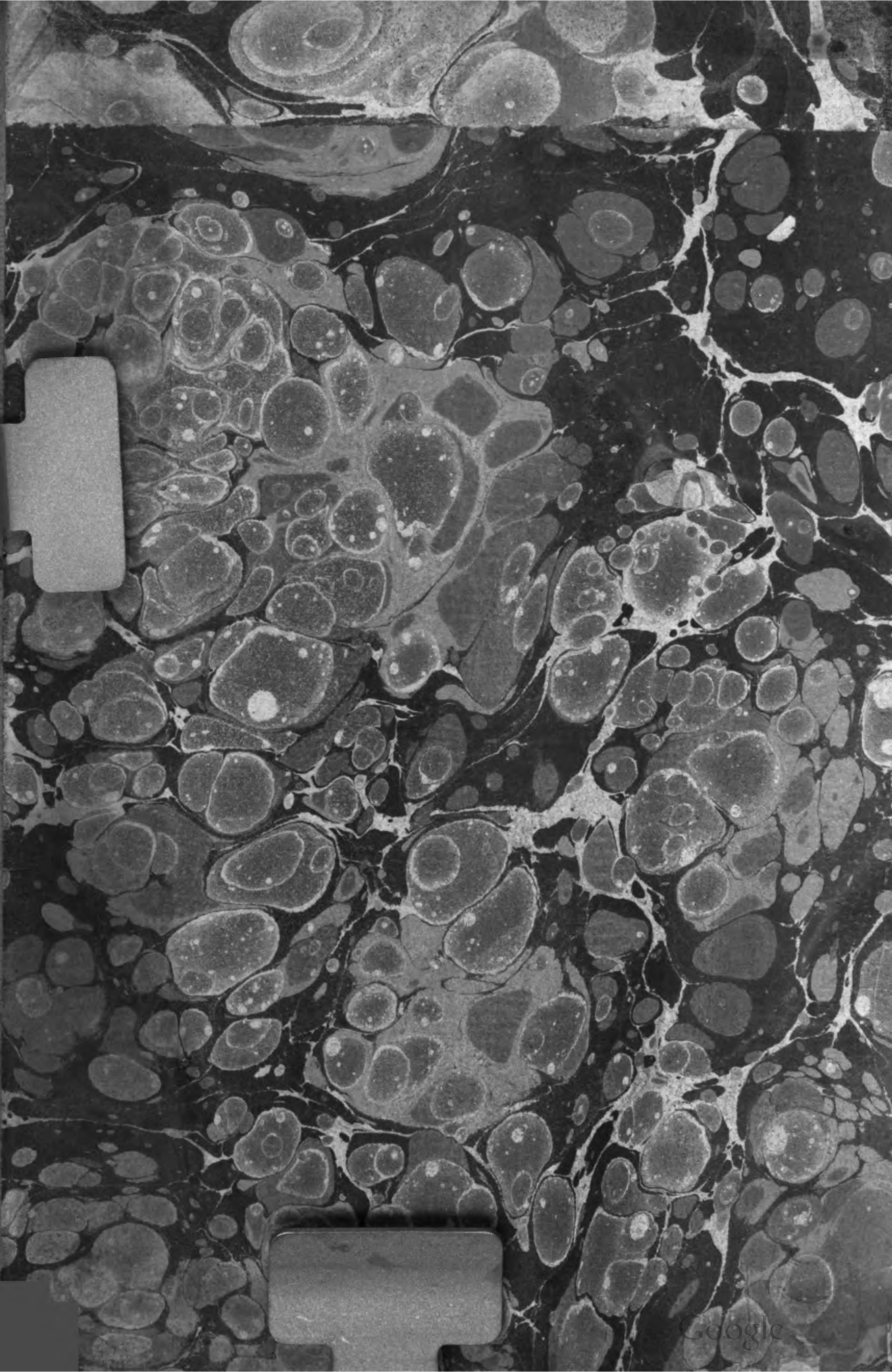
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

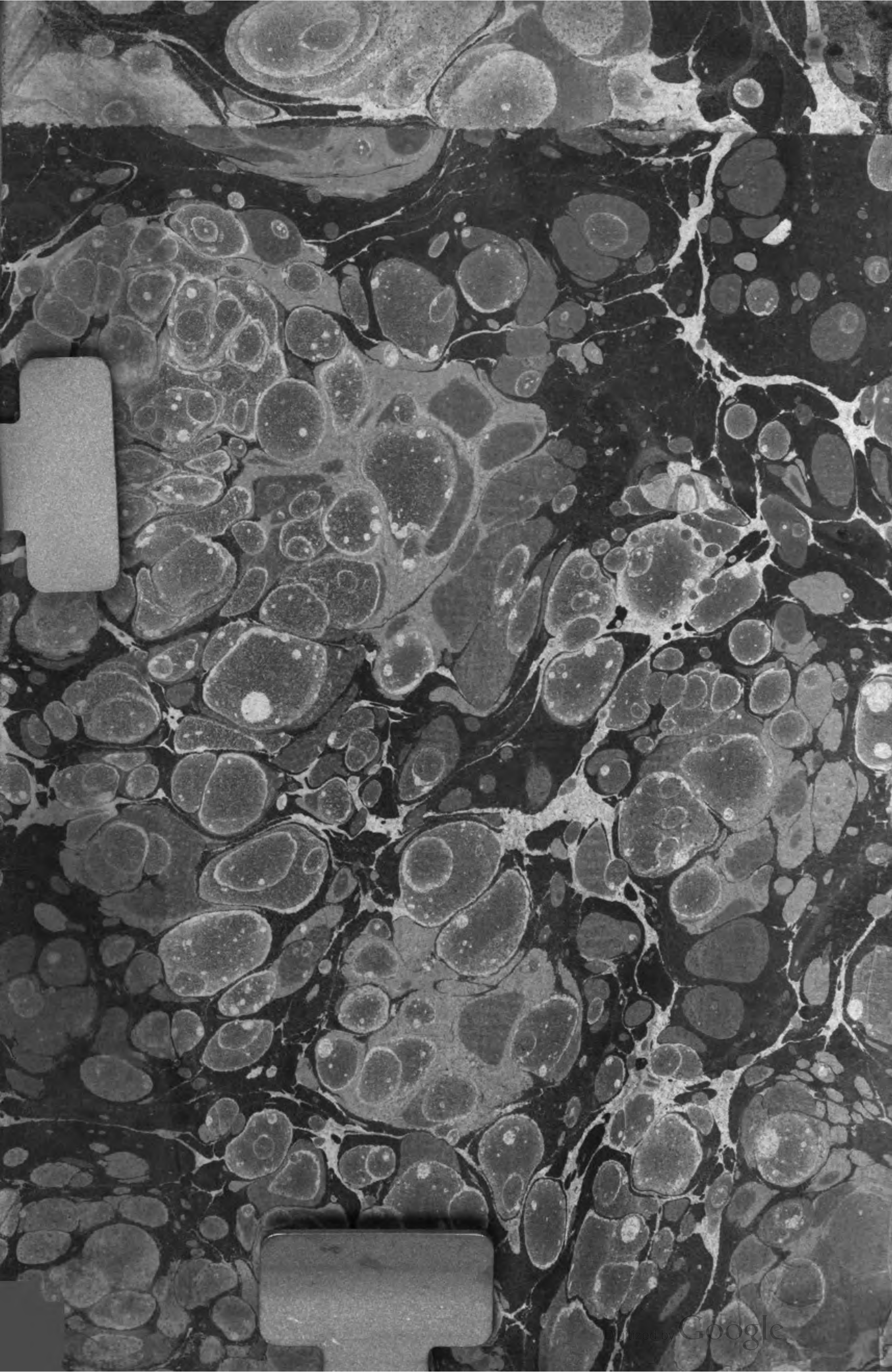
Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/


Digitized by Google





Digitized by Google


Google


Digitized by Google

6 - 5 - 15

Digitized by Google

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XIII.

Digitized by Google


FACULTAD DE DERECHO
Biblioteca

Ej. Consulta en Sala
Excluido de préstamo
(201)

Stat sua cuique dies.

VIRG.

Digitized by Google

R. d. 104.877

D (FA) 50174

BIBLIOTECA UCM

5306481950

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

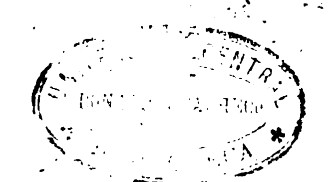
POR UNA SOCIEDAD HISTORIOGRAFA,

BAJO LA DIRECCIÓN DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1843.





BIBLIOTECA DE DERECHO

Digitized by Google

X531885142

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, num. 65, cuarto principal.

Digitized by Google

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DUODECIMO.

CAPITULO V.

CONSIDERACIONES SOBRE LA RELIJION DE LOS ROMANOS.

Despues de haber indicado los objetos del culto de los romanos, hecho la enumeracion de sus divinidades, y el cuadro de los miembros del sacerdocio, así como de sus diversas atribuciones, réstanos dar á conocer la influencia estraordinaria de la relijion sobre un pueblo tan crédulo como valiente, y presentar las relaciones que ligaban á los triunfos de sus armas, los actos de una piedad sin límites.

Jamás historia de nacion alguna ofrece un contraste mas chocante que la conducta relijiosa de los primeros romanos, opuesta á su conducta política. Rómulo y Remo, ambos de orijen dudoso, consiguen hacerlo venir del cielo; y un conjunto de acontecimientos estraordinarios parece justificar esta opinion. Ellos mismos casi se lo llegan á persuadir, y lo esparcen con aquella seguridad que presta siempre una íntima conviccion. Una multitud de hombres vagos, rechazados de todo el Lacio, estranjeros en todos los paises, se une á su fortuna y piensa ver en ellos seres de una naturaleza superior. Admirados del

Digitized by Google

yugo que el jenio les impone, estos espíritus sencillos y groseros se imajinan reconocer en ellos el carácter de la divinidad, y sin esfuerzo se someten á jefes que se atreven á hablarles en su nombre. Pero desmintiendo á poco por un acto de barbárie, un orijen usurpado, el mas audaz de los dos hermanos inmola al otro á su ambicion.

Tales fueron los fundadores de aquella Roma, colocada despues en el rango de las divinidades; tales fueron las primeras acciones mediante las cuales se constituyeron en cuerpo de nacion. El ascendiente que Rómulo habia tomado sobre su pueblo, debilitó la impresion que hubiera debido hacer su crímen, y aquellos hombres feroces ya desechados de la sociedad por acciones casi tan detestables, no vieron en esta mas que una consecuencia irrevocable de los decretos del Destino, de quien su jefe se declaraba intérprete. De este modo, fortificando su gran carácter con un apoyo que destruia la idea misma de la resistencia, y libre de toda concurrencia que estorbase sus vastos proyectos, se entregó Rómulo sin sujecion al vuelo de una imajinacion atrevida; y lejislador de una sociedad naciente, la dictaba leyes que debian servir á todos los pueblos.

Los dioses reusaron á Rómulo el perdon que tan facilmente le habian concedido. En mitad de sus triunfos se ve penetrado de remordimientos, se orroriza de sí mismo; la sombra de su desgraciado hermano le sigue sus pasos; y durante la noche le persigue en sueños su imájen sangrienta. Esfuérzase por aplacar á sus manes doloridos con espiaciones que le sujiere una piedad salvaje; instituye fiestas lúgubres que deben atraerle el perdon de su crímen conservando siempre su memoria; y su pueblo, dócil bajo el doble yugo que le habia impuesto, mostraba respeto á su rey, y al mismo tiempo proclamaba su arrepentimiento. Satisfechos de estos actos esteriores príncipes y vasallos se entregan á su audácia; cansan al cielo para obtener un perdon que cada dia se les hace mas necesario, y en estos primeros tiempos todo ofrece en los romanos la mezcla estravagante de una piedad ecsajerada y de una conducta culpable. De este modo unas tierras arrebatadas á la fuerza á sus lejítimos poseedores, se consagran al sostenimiento de los altares, otras se reparten con el aparato de la relijion: mujeres roba-

Digitized by Google

das á sus familias, son casadas con todas las solemnidades de Roma; en fin, aquella misma ciudad cuyo sitio es tambien usurpado, ve consagrados sus cimientos por todo lo mas imponente que entonces ofrecian las ceremonias relijiosas. Muy luego aquellos sacerdotes instituidos por Rómulo bajo el nombre de augures, declaran que la ciudad naciente será la reina del mundo; apenas se han acabado los muros, unos cuantos hombres encerrados dentro se penetran de la santidad de este oráculo, y con un paso firme y sostenido marchan á su cumplimiento. El rey se declara altamente protector de los ministros de los altares; y por una esacta reciprocidad, estos ministros autorizan en el nombre del cielo las empresas del monarca. Todo parecia justificado para llegar al alto destino que se habian atrevido á prometer; y este mundo del cual no tenian una justa idea, debia ser la recompensa de la piedad para con los dioses y del amor á la patria. La conviccion profunda de la santidad de aquellos augures, y el entusiasmo que inspiraban, apresuraban el cumplimiento. No se sabe qué admirar mas, si la audácia del soberano, la piadosa asistencia que le prestaban sus ministros, ó aquella firme creencia que se trasmitió de raza en raza en un pueblo heróico.

Pero el estado principia á estenderse; algunas naciones débiles se le incorporan; sabias leyes atraen nuevos ciudadanos; las victorias aumentan contínuamente el número; y Rómulo, atento siempre á atraerse los pueblos que ha subyugado, añade á la relijion de la ciudad naciente los ritos de sus nuevos súbditos. Muere por último enmedio de los triunfos, y su muerte, tan estraordinaria como su nacimiento, le hace colocarse en el rango de los dioses.

A Rómulo sucedió Numa Pompilio, quien satisfecho de mantener á Roma en sus conquistas, no procuró estenderlas. Su primer cuidado fué calmar, por una conducta llena de moderacion, el resentimiento de los pueblos del Lacio, dispuestos á no ver en los triunfos de los romanos sino ilustres atentados. Enseñó á sus súbditos asombrados que hay otras virtudes que el valor, y otra grandeza mayor que la de las conquistas. A la fuerza, á la violencia y á las empresas audaces, sucedió el amor del órden y de la justicia; los tratados dictados por la sabi-

duría, fueron ejecutados con una severa equidad. La antigua tierra de Saturno, vió renacer con mas esplendor aquellas virtudes por mucho tiempo olvidadas, y Roma pudo en fin presentar á sus hijos.

La sola persuasion no hubiera obtenido resultado tan grande. Numa tomó del cielo una autoridad que los hombres le hubieran reusado. La ninfa Ejeria, decia que le dictaba en sus secretos coloquios, las nuevas leyes que añadia á las de Rómulo, y con esta astucia perdonable tomó el nombre de los dioses para enseñar á los hombres á onrarlos mejor. A la solidez con que Numa establecia la creencia, añadia diariamente piadosas instituciones, y las ceremonias pomposas daban al culto de Roma un esplendor que hasta entonces le habia faltado. Los actos mas importantes del estado, la paz, la guerra, los tratados y todas las transacciones entre los ciudadanos, estaban sujetos á la voluntad de los dioses, y sus órdenes, transmitidas por los sacerdotes, llegaron á ser la regla de todo un pueblo.

Un reinado largo y tranquilo permitió á este sábio rey hacer que los romanos amasen los lazos sagrados con que les habia unido; y bien pronto vió elevarse cerca de sí una jeneracion de hombres tan valientes como sus padres, y mas dignos del título de ciudadanos.

Bajo los sucesores de Numa, las virtudes guerreras por tanto tiempo comprimidas, se desplegaron con una nueva enerjía. Penetrando Roma el secreto de sus destinos, marchó con un paso rápido, ácia un objeto de que se sentia digna. Orgullosa con sus divinas instituciones, se complació en hacer partícipes de ellas á sus vecinos todos; y uniéndose en ella el fanatismo de las conquistas á la ecsaltacion relijiosa, desde lo alto del Capitolio proclamó su culto y su imperio. La disciplina militar, única causa de la grandeza romana, descansó enteramente sobre una base relijiosa. Todo soldado admitido en una lejion, hacia el juramento de no abandonar nunca sus enseñas y obedecer á sus jefes. No le era permitido pelear antes de haber llenado esta formalidad; pero llenada, estaba ya ligado por una obligacion que no podia desechar. Cuando el pueblo se sublevó por un movimiento de indignacion contra los decemviros, las lejiones, participando de su odio contra los tiranos, continuaban sin embargo

Digitized by Google

obedeciéndolos, y los soldados no pudieron determinarse á abandonar una causa que detestaban, sino cuando se les demostró que el poder de sus jefes era usurpado (1).

Despues del incendio de Roma por Brenno, no ofrecia la ciudad mas que un monton de ruinas: el pueblo, desalentado enteramente, queria retirarse á Veyos, en donde se habian refujiado ya muchas familias. Camilo, entonces dictador, reunió las curias para apartarlos de tan sacrílego abandono. Insensibles al onor y á la vergüenza, los ciudadanos, abatidos por tantas pérdidas, estaban decididos á huir; ya iban á dar su voto, cuando un centurion, pasando con su tropa por el Foro, le dijo en voz alta: *Aquí es donde debemos permanecer*.—«Acepto el augurio,» esclamó Lucrecio, varon consular: este grito resonó entre el pueblo, y una palabra dicha al acaso, pasó por una órden de los dioses.

Pudieran citarse como actos relijiosos el sacrificio voluntario que hicieron de su vida los mas ilustres senadores cuando esperaron la muerte con tanto valor, mejor que ver sus altares prostituidos por los bárbaros. El ya citado sacrificio de Marco Curcio, puede contarse tambien en su número, y otros muchos que hemos mencionado en la historia.

Sin duda que admirará el poder de la relijion sobre aquellas almas tan fuertes y jenerosas, y que se reconocerá la justicia de aquel principio. Pero ¿por qué dejeneraron en una supersticion tan vergonzosa, degradándolos tanto como los habia elevado? Esos mismos romanos de tan admirable valor y heroismo, llegan á dar compasion por su debilidad: todo para ellos eran oráculos secretos, avisos amenazadores, augurios felices ó funestos; un encuentro insignificante sumia en el abatimiento á aquellos espíritus altivos, y en el nombre de la divinidad se abatian hasta el estremo. Véselos dirijiendo miradas inquietas á su alrededor, vivir en una perpétua inquietud. Una palabra pronunciada al acaso, turbaba su ánimo, se pintaba el terror en sus facciones; callábanse de repente; y despues de haberse besado el dedo anular, se tocaban detrás de la oreja derecha en la parte que llamaban el sitio de *Nemesis* (2), como cuando se

(1) Dionisio de Halicarn. lib. XI, cap. VII.

(2) Plinio (lib. XI, cap. XLV) co-

represende uno de una accion ó de una palabra inconsiderada. Esta disposicion á una creencia ciega, determinaba todas las acciones de su vida; su influencia secreta era aun mas poderosa en los ejércitos. Sobre el teatro de la fuerza, las resoluciones mas importantes se tomaban siempre segun la decision de los augures.

Fuese conviccion ó destreza, muchos jenerales se aprovechaban de estos oráculos para llevar sus tropas á la victoria, mientras otros sufrieron derrotas vergonzosas por haberlos despreciado.

El encuentro de un mezquino animalejo hacia palidecer á aquellos hombres que no intimidaba la muerte; y se vieron lejiones enteras embargadas de espanto á la vista de una liebre, cuya timidez parecia anunciarles la derrota y la huida. En el campo, en el senado, en el foro y en todas partes se hallaban las mismas ideas. No habia en Roma un solo personaje notable, que se atreviese á abrir su puerta antes de haber consultado á los pollos que se consideraban como oráculos domésticos (1). Hubo vez de verse á un gran majistrado entrarse en su casa con precipitacion, porque al salir habia tropezado en el escalon de la puerta; y un senador viejo que un dia estaba comiendo en casa de Octavio, llamando la atencion de este por su aire abatido y preguntándole qué tenia, confesó sin misterio que habiéndose puesto al levantar por la mañana la sandalia izquierda en el pie derecho, agüero tan funesto lo traia lleno de tristeza.

Oigamos sobre la materia que nos ocupa el parecer del sabio autor del Espíritu de las leyes. Los sucesores no se atrevieron á hacer lo que este príncipe no habia hecho: el pueblo que habia perdido mucho de su ferocidad y rudeza, era ya susceptible de mayor disciplina. Fácil hubiera sido añadir á las ceremonias de la relijion principios y reglas de moral de que carecia; pero los lejisladores de los romanos eran sobrado previsores para dejar de conocer cuán peligrosa hubiera sido una reforma: porque hubiera sido forzoso convenir en que la relijion era defectuosa, y se debilitaba su autoridad. La sabiduría de los

locaba el asiento de la memoria detrás de las orejas. Por esta razon se tiraba de las orejas á los que eran llamados á ser testigos (PLINIO *ibid.*)

(1) PLINIO, lib. X, cap. XXI.

Digitized by Google

romanos les hizo tomar un partido mas acertado estableciendo leyes nuevas. Las instituciones humanas pueden cambiar, pero las divinas deben ser inmutables como los mismos dioses.

Así es que habiendo el senado romano dado el encargo al pretor Petilio (1) de ecsaminar los escritos del rey Numa, que se habian encontrado en un cofre de piedra cuatrocientos años despues de la muerte de este rey, resolvió hacerlos quemar, por informe del pretor, por cuanto las ceremonias que se ordenaban en estos escritos se diferenciaban mucho de las practicadas entonces; lo cual podia introducir escrúpulos á los espíritus sencillos, haciéndoles ver que el culto prescrito no era el mismo que el instituido por los primeros lejisladores é inspirado por la ninfa Ejeria.

Los adivinos no podian pronunciar nada sobre los negocios públicos sin el permiso de los majistrados; su arte estaba absolutamente subordinado á la voluntad del senado; y esto se habia dispuesto así por los libros de los pontífices, de los cuales nos ha conservado Ciceron algunos fragmentos (2).

POLIBIO pone la superticion en el número de las ventajas que el pueblo romano tenia sobre los otros pueblos; — lo que parece ridículo á los sabios, es necesario para los ignorantes; y aquel pueblo que tan facilmente se encolerizaba, tenia necesidad de ser conducido por un poder invisible.

Los augures y los arúspices eran propiamente los grotescos del paganismo; pero no se les hallará ridículos si se reflecsiona que en una relijion toda popular como esta, nada parecia estravagante; la credulidad del pueblo lo reparaba todo entre los romanos; pues cuanto mas contraria á la razon humana era una cosa, tanto mas divina le parecia. Una simple verdad no les hubiera afectado vivamente; necesitaban objetos de admiracion, necesitaban señales de la divinidad, y solo las hallaban en lo maravilloso y ridículo.

Cosa estravagante era á la verdad hacer depender la salva-

(1) TITO LIVIO, lib. XL, cap. XXIX.

(2) De Leg. lib. II. *Bella disceptanto: prodigia, portenta, ad Etruscos et aruspices, si senatus jusserit, deferunto.* Y en otro lugar: *Sacerdotum duo genera sunto: unum quod præsit cæremoniis et sacris; alterum, quod interpretetur fatidicorum et vatum effata incognita, cum senatus populusque adsciverit.*

cion de la república del apetito sagrado de un pollo, y de la disposicion de las entrañas de las víctimas; pero los que introdujeron estas ceremonias, conocian muy bien el flaco y el fuerte del pueblo, y con razones especiosas pecaron contra la misma razon. Si este culto hubiese sido mas razonable, los hombres entendidos igualmente que el populacho hubieran sido juguete de él, y de este modo se hubiera perdido toda la ventaja que podia esperarse: se necesitaban ceremonias que pudiesen entretener la supersticion de los unos, y mantener la política de los otros; y esto se encontraba en las adivinaciones. Poníanse los decretos del cielo en boca de los principales senadores, los cuales no dejaban de conocer lo útil y ridículo de tales adivinaciones.

Ciceron dice (1) que Fabio, siendo augur, tenia por regla que lo que era ventajoso á la república se hacia siempre bajo buenos auspicios. Piensa como Marcelo (2), que aunque la credulidad popular hubiera establecido en un principio los augures, se hubiera impedido su uso por utilidad de la república, estableciendo la diferencia entre los romanos y los estranjeros, en que estos se servian de ellos en todas ocasiones, en vez de que aquellos solamente los empleaban cuando lo reclamaba el interés público. Ciceron nos dice (3) que el rayo caido por la derecha era de buen agüero, escepto en las asambleas del pueblo, *præterquàm ad comitia*. En esta ocasion cesaban las reglas del arte: los majistrados juzgaban en ella segun su capricho de la voluntad de los auspicios, y estos eran una brida con que sujetaban al pueblo. Ciceron añade: *Hoc institutum reipublicæ causâ est, ut comitiorum, vel in jure legum, vel in judiciis populi, vel in creandis magistratibus, principes civitates essent interpretes*. Antes habia dicho que se leia en los libros sagrados: *Jove tonante et fulgurante comitia populi habere nefas esse*. Esto se habia introducido, dice, para proporcionar á los majistrados un pretesto de disolver las reuniones del pueblo (4). Además era

(1) *Optimis auspiciis ea geri, quæ pro reipublicæ salute gererentur; quæ contra rempublicam fierent, contra auspicia fieri.* (De Senectute. Cap. IV.)

(2) *De Divinatione*, Lib. II.

(3) Ibid.

(4) *Hoc reipublicæ causâ constitu-*

Digitized by Google

indiferente, como hemos dicho ya, que la víctima que se inmolaba fuese de bueno ó mal agüero; porque cuando no se contentaban con la primera, se inmolaba una segunda, una tercera, cuarta, etc., que se llamaban *hostiæ succedaneæ*. Queriendo Paulo Emilio sacrificar, se vió obligado á inmolar veinte víctimas: los dioses no se aplacaron hasta la última, en que se encontraron señales que prometian la victoria. Por eso era costumbre decir que en los sacrificios las últimas víctimas valian siempre mas que las primeras. César no tuvo tanta paciencia como Paulo Emilio; pues habiendo degollado muchas víctimas, dice Suetonio (1) sin encontrar una favorable, abandonó los altares con desprecio y entró en el senado.

Como los majistrados eran dueños de los presajios, tenian un medio seguro para apartar al pueblo de una guerra que hubiera sido funesta, ó para hacerle emprender otra que hubiera podido ser útil. Los adivinos, que seguian siempre á los ejércitos, y que eran mas bien intérpretes del jeneral que de los dioses, inspiraban confianza á los soldados. Si por casualidad algun funesto presajio habia espantado al ejército, un hábil jeneral trastornaba el sentido y se lo hacia favorable; así Scipion, que se cayó al saltar de su barca en la costa de Africa, tomó un puñado de tierra y dijo: *Africa: ya eres mia!* y por estas palabras hizo feliz un presajio que habia parecido tan funesto.

César fué advertido muchas veces por los adivinos que no pasase á Africa antes del invierno; no los escuchó y pudo adelantarse á sus enemigos, que sin esta dilijencia hubieran tenido tiempo de reunir sus fuerzas. Craso, durante un sacrificio, habiéndosele caido de las manos el cuchillo, el pueblo lo tomó á mal agüero; pero él lo tranquilizó diciéndole: *¡Animo! mi espada al menos no se me ha caido nunca.*

Tarquino el Soberbio, queriendo establecer juegos en onor de la diosa Mánia, consultó al oráculo de Apolo, quien respondió oscuramente y dijo que habia que sacrificar cabezas por cabezas, *capitibus pro capitibus supplicandum*. Este príncipe, mas cruel que supersticioso, hizo que

tum; comitiorum enim non habendorum causas esse voluerunt. (De Divinatione.)

(1) *Pluribus hostiis cæsis, cùm litare non posset, introiit curiam, spretâ religione.* (In Jul. Cæs. Cap. LXXXI.)

se inmolasen unos niños; pero Junio Bruto cambió este orrible sacrificio, porque lo mandó hacer con cabezas de ajos y adormideras, y de este modo se eludió el oráculo (1).

Cuando el nudo gordiano no se podia desatar se cortaba: de esta manera Claudio Púlcer, queriendo dar un combate naval, hizo arrojar al mar, como ya dejamos referido, los pollos sagrados, á fin de hacerles beber, decia, puesto que no querian comer.

Es cierto que se castigaba tambien algunas veces á un jeneral por no haber seguido los presajios (2); y esto mismo era un nuevo efecto de la política de los romanos. Se queria hacer ver al pueblo que los malos reveses, las ciudades tomadas y las batallas perdidas no eran efecto de la mala constitucion del estado ó de la debilidad de la república, sino de la impiedad de un ciudadano contra el cual estaban irritados los dioses. Con esta persuacion no era dificil volver la confianza al pueblo, bastando para ello algunas ceremonias y algunos sacrificios. Por lo mismo, cuando la ciudad estaba amenazada ó se veia aflijida con alguna desgracia, no dejaban de inquirir la causa, que siempre era la cólera de algun dios cuyo culto se habia descuidado: bastaba para librarse de ella hacer sacrificios y procesiones, y purificar la ciudad con antorchas, azufre y agua salada. Se hacia pasear á la víctima alrededor de las murallas antes de degollarla, lo cual se llamaban *sacrificium amburbium* y amburbial. Algunas veces hasta se purificaban los ejércitos y la armada, despues de lo cual recobraban todos su valor.

Scevola, gran pontífice, y Varron, uno de sus grandes teólogos, decian que era necesario que el pueblo ignorase muchas cosas verdaderas y créyese muchas falsas. San Agustin dice (3) que Varron habia descubierto de este modo todo el secreto de los políticos y de los ministros de estado.

El mismo Scevola, segun San Agustin (4), dividia los dioses en tres clases: los establecidos por los poetas, los establecidos

(1) Macrob. *Saturnal.* Lib. I.

(2) Val. Maxim. I, c. IV, art. 3.

(3) *Totum consilium prodidit sapientum per quod civitates et populi regerentur.* (De Civit. Dei, Lib. IV, cap. XXXI.)

(4) Ibidem.

Digitized by Google

por los filosófos, y los que habian inventado los majistrados, *á principibus civitatis*. Los que lean la historia romana y sean un poco perspicaces encontrarán á cada paso rasgos de la política de que hablamos. Así se ve á Ciceron, que en particular y entre sus amigos, hace á cada paso una confesion de su incredulidad (1), hablar en público con un zelo estraordinario contra la impiedad de Verres. Se ve á un Clodio, que habia profanado insolentemente los misterios de la buena diosa, y cuya impiedad habia sido marcada por veinte decretos del senado, hacer él mismo una arenga llena de zelo á aquel senado que le habia censurado, contra el desprecio de las prácticas antiguas y de la relijion. Se veía á un Salustio, el mas corrompido de todos los ciudadanos, poner á la cabeza de sus obras un prefacio digno de la gravedad y austeridad de Caton. No acabaríamos si hubiésemos de ir citando ejemplos.

Aunque los majistrados no participasen de la relijion del pueblo, no puede dejarse de creer que tuviesen una. M. Cudworth ha probado en gran manera que los hombres ilustrados entre los paganos, adoraban á una divinidad suprema, de quien no era mas que una participacion las divinidades del pueblo. Los paganos, nada escrupulosos en el culto, creian que era indiferente adorar á la misma divinidad ó á sus manifestaciones; adorar por ejemplo, á Venus en la potencia pasiva de la naturaleza, ó á la divinidad suprema, en tanto que era susceptible de toda jeneracion; de tributar un culto al sol ó al Ser Supremo, en tanto que anima las plantas y hace fecunda la tierra con su calor. Así el estóico Balbus dice en Ciceron (2) «que Dios partí»cipa por su naturaleza de todas »las cosas de aquí abajo; que es »Ceres sobre la tierra, y Neptu»no en los mares.» Mas diríamos, si tuviésemos el libro que compuso Asclepiades, titulado la *Armonía de todas las teolojías*.

Como el dogma del alma, del mundo está casi jeneralmente recibido y que cada parte del universo se miraba como un

(1) *Adrône me delirare censes ut ista credam?*

(2) *Deus pertinens per naturam cujusque rei, per terras Ceres, per maria Neptunus alii per alia, poterunt intelligi; qui qualesque sint, quoque eos nomine consuetudo nuncupaverit, hos deos et venerari et colere debemus.*

miembro vivo en que esta alma estaba repartida, parecia que era permitido adorar indiferentemente todas estas partes, y que el culto debia ser arbitrario como el dogma.

De aquí habia nacido aquel espíritu de soberanía y dulzura que reinaba en el mundo pagano: no cuidaban de perseguirse y destrozarse unos á otros, como en los tiempos del cristianismo; todas las relijiones, todas las teolojías eran igualmente buenas: las herejías, las guerras y las disputas de relijion les eran desconocidas: con tal de que fuesen á adorar al templo, cada ciudadano era gran pontífice en su familia.

Los romanos aun eran mas tolerantes que los griegos, que todo lo bastardearon; ya en su debido lugar hemos referido el destino desgraciado de Sócrates.

Es verdad que la relijion ejipcia estuvo siempre proscrita en Roma: y ¿por qué? porque la relijion ejipcia como la cristiana, era intolerante, queria reinar sola y establecerse sobre las ruinas de las demás; de modo que el espíritu de suavidad y paz relijiosa que reinaba en los romanos, fué la verdadera causa de la guerra que le hicieron sin descanso. El senado mandó derribar los templos de las divinidades ejipcias; y Valerio Macsimo (1) refiere con este motivo que Emilio Probo dió los primeros golpes, á fin de alentar con su ejemplo á los trabajadores, penetrados de un temor supersticioso.

Pero los sacerdotes de Sérapis y de Isis tenian mas zelo para establecer estas ceremonias, que habia habido en Roma para proscribirlas. Aunque Augusto, segun refiere Dion (2) hubiese proibido su ejercicio en Roma, Agrippa que mandaba en su ausencia la ciudad, se vió obligado á proibir su culto segunda vez. En Tácito y Suetonio se pueden ver los frecuentes decretos que tuvo que dar el senado para desterrar este culto de Roma.

Es necesario notar que los romanos confundieron á los judios con los ejipcios, como se sabe que confundieron á los cristianos con los judios: estas dos relijiones fueron miradas por mucho tiempo como dos ramas de la primera, y partieron con ella el odio, el desprecio y la persecucion de los romanos. Los mismos decretos que abolieron

(1) Lib I, cap. III.
(2) Lib. XXXIV.

en Roma las ceremonias ejipcias, comparan siempre las ceremonias judáicas con aquellas, como aparece por Tito (1) y por Suetonio en las vidas de Tiberio y de Claudio. Mas claro está todavia el que los historiadores jamás han hecho distincion entre el culto de los cristianos y el de los otros. Aun no habian salido de este error en tiempo de Adriano, como aparece por una carta que este emperador escribió desde Ejipto al cónsul Servanio: «Todos (2) los que en E»jipto adoran á Sérapis son cris»tianos, y los que se llaman o»bispos están entregados al culto »de Sérapis. No hay judio, prín»cipe de sinagoga, samaritano, »sacerdote cristiano, matemáti»co, adivino, ó bañador (el que »untaba con aceites aromáticos »á los que salian de los baños y »á los luchadores) que no adore »á Sérapis. El mismo patriarca »de los judios adora indiferente»mente á Sérapis ó á Cristo. Es»tas jentes no tienen otro Dios »que Sérapis: este es el dios de »los cristianos, de los judios, y »de todos los pueblos.» ¿Pueden tenerse ideas mas confusas de estas tres relijiones y confundirlas mas groseramente?

Entre los ejipcios, los sacerdotes formaban un cuerpo aparte, que se mantenia á espensas del público; de esto nacian muchos inconvenientes; todas las riquezas del estado se encontraban embebidas en una sociedad de jentes que, recibiendo siempre y no dando jamás, todo lo atraian á sí insensiblemente (3). Los sacerdotes de Ejipto así recompensados para no hacer nada, vejetaban todos en una ociosidad, de la cual no salian sino con los vicios que ella produjo; eran enredadores, chismosos, inquietos, cizañeros, emprendedores, cualidades que los hacia es-

(1) *Hist.* Lib. II.

(2) *Illi qui Serapin colunt, Christiani sunt; et devoti sunt Serapi, qui se Christe episcopus dicun. Nemo illic archisynagogus Judeorum, nemo Samarites, nemo Christianorum presbyter, non mathematicus, non aruspex, non aliples, qui non Serapin colat. Ipse ille patriarcha,* (Judeorum scilicet,) *cùm AEgyptum venerit, ab aliis Serapin adorare, ab aliis cogitur Christum. Unus illis deus est Serapis: hunc Judæi, hunc Christiani, hunc omnes venerantur et gentes.* (Flavius Vopiscus, *in Vita Saturnini.* Vide *Historiæ augustæ scriptores,* in fol. 1620, p. 245; *et in* 8. 1661. p. 959.)

(3) ¿Está esto conforme con la institucion de nuestros estinguidos frailes?

tremadamente peligrosos. En fin un cuerpo cuyos intereses habian sido violentamente separados de los del estado, era un mónstruo; y los que lo habian establecido habian arrojado en la sociedad una semilla de discordia y de guerras civiles. No sucedia lo mismo en Roma: habíase hecho allí del sacerdocio una carga civil; las dignidades de augur y de gran pontífice eran majistraturas: los que estaban revestidos de ellas eran miembros del senado, y por consiguiente no tenian intereses diferentes de los de este cuerpo. Muy lejos de servirse de la supersticion para oprimir á la república, la empleaban para sostenerla. «En »nuestra ciudad, dice Ciceron (1), »los reyes y los majistrados que »les han sucedido han tenido »siempre un doble carácter, y »han gobernado el estado bajo »los auspicios de la relijion.»

Los decemviros tenian la direccion de las cosas sagradas: los quindecimviros cuidaban de las ceremonias de la relijion y guardaban los libros de las sibilas; lo cual pertenecia antes á los decemviros y duumviros. Consultaban á los oráculos cuando el senado lo disponia, decian el resultado, añadiendo su parecer; estaban tambien comisionados para ejecutar todo lo prescrito en los libros sibilinos, y para hacer celebrar los juegos seculares; de modo que todas las ceremonias relijiosas pasaban por las manos de los majistrados.

La política que reinaba en la relijion de los romanos, se desarrolló mucho mas en sus victorias. Si se hubiese escuchado á la supersticion, se hubiera dado á los vencidos los mismos dioses de los vencedores; se hubieran derribado sus templos; y estableciendo un culto nuevo, se les hubiera impuesto una esclavitud mas dura que la primera. Pero lo hicieron mejor: Roma misma se sometió á las divinidades estranjeras recibiéndolas en su seno; y por este lazo el mas fuerte que haya entre los hombres, consiguió atraerse á los pueblos que la miraban mas bien como el santuario de la relijion que como la dominadora del mundo.

(1) *Apud veteres, qui rerum potiebantur, iidem auguria tenebant, ut testis est nostra civitas, in quâ et reges, augures, et posteâ privati eodem sacerdotio prædisi rempublicam religionum auctoritate rexerunt.* (De Divinatione, Lib. I.)

CAPITULO VI.

Mujeres romanas, sus trajes y adornos.—Gobierno.— Grandes majistrados.—La cuestura.—Cuestura de la ciudad.—Cuestores provinciales.—Edilidad.—Ediles plebeyos.—Ediles cónsules.—Pretura.—Pretor supremo.—Consulado.—Procónsules.—Propretores.—Procuestor.—Dictador.—El clavo sagrado.—Majistrados intermedios.—Lejislacion, leyes, plebíscitos, senatosconsultos, edictos y decretos.—Patronos y clientes, noblesa, triunfo, coronas y ouvres militares.

MUJERES ROMANAS, SUS TRAJES Y ADORNOS.—Las mujeres de los primeros romanos han superado á las de todos los pueblos por su amor heróico á su patria y su ternura para con su familia. Las mujeres de Lacedemonia se hicieron notables por un valor, que acaso la naturaleza desaprueba, mientras en Roma juntaban á un amor ilustrado por su pais, las virtudes de una madre tierna, y el cariño de una esposa. Las sabinas, Lucrecias, Veturias y Cornelias serán siempre la gloria y el ejemplo de su secso, y sus nombres llegarán á la posteridad mas remota.

Se ha notado desde mucho tiempo que la suerte de las mujeres era tanto mas digna de compasion, cuanto los pueblos estaban mas cerca del estado de la naturaleza: aquí la misma causa ha producido un efecto contrario; y precisamente al estado de barbárie en que vivian los primeros romanos, debieron las mujeres sus grandes ventajas. Los fundadores de Roma, tropel de hombres perdidos, no pudieron procurarse mujeres sino robando las hijas de sus vecinos enmedio de una fiesta pública. A fuerza de atenciones y ternura consiguieron suavizarlas, y muy luego el amor hizo olvidar la violencia. Las mujeres romanas asistian á los teatros, á los juegos públicos, y con su presencia embellecian todas las fiestas. Salian libremente para ir á visitar á sus parientes ó amigos, pero cubiertas con un

Digitized by Google

velo y acompañadas de sus esclavos. Un romano llamado Sulpicio Galo se separó de su mujer por haberse presentado en público sin velo; pero esta costumbre perdió al fin su fuerza. La justa libertad concedida á las mujeres romanas, previno los frecuentes estravíos de las griegas, consecuencia forzosa de un rigor estremado. Las vivas atenienses privadas de un bien á que se reconocian con derecho, no temieron comprarle muchas veces á precio de su virtud. Una Aspasia en Roma hubiera parecido un ser fuera de lo natural, y otros nombres que resonaron por toda la Grecia, en Roma jamás hubieran obtenido aquella vergonzosa celebridad.

Antes de que la república conociese las riquezas, las mujeres llevaban con sus maridos una vida dura y laboriosa: encerradas en sus casas se ocupaban en cuidar de sus hijos, en hilar la lana, ó en tejer telas para la familia. Poco á poco dejeneraron de aquella sencillez. Ya se engalanaban con los mas ricos adornos cuando la ley opia dada en 540, en los momentos peligrosos de la república, recordó á las damas romanas la austeridad de los primeros tiempos. Pero cesaron aquellas apremiantes circunstancias, y el lujo fué siempre creciendo, principalmente desde que los romanos penetraron en las provincias de Asia.

Una dama de alto rango no se presentaba en público si las perlas, el oro y la pedrería no entraban en su adorno. Su peinado era un asunto de importancia: lavábanse los cabellos con aguas preparadas que los tornaban brillantes y olorosos: las trenzas iban envueltas en redecillas de oro, ó levantándolas con gracia las sostenian con tiras de púrpura, cadenas de oro, ó simplemente con una larga aguja de oro. Algunas veces para recordar á un esposo ideas gratas, se complacia la mujer romana en dar á su peinado la forma de un casco. Si la naturaleza habia despojado su cabeza de su ornamento mas bello, buscaba medios supletorios: á las bellezas naturales se añadian las del arte, se suplia lo que faltaba, y el deseo de agradar hacia perdonar los medios.

Despues del cabello, la parte que llamaba mas su atencion era el calzado; era como el de los hombres, pero con mas gracia y lijereza; el pie iba metido en un zapato ordinariamente blanco, algunas veces de color de púrpura y con la punta ácia arriba, y además bordado de perlas ó

con hilos de oro. Otras mujeres llevaban la zandalia lo mismo que los romanos.

El traje femenino era un ropaje talar de una lana fina teñida de púrpura, con muchos pliegues y atado por la cintura, llamado *stola;* estaba bordado por abajo de una ancha franja, ordinariamente de oro, que caia hasta los pies. Debajo llevaban una túnica ó camisa semejante á la de los hombres, pero mas larga, y cuyas mangas bajaban hasta los puños. Cuando salian de casa ponian sobre sus diversos vestidos una especie de manto muy ancho llamado *palla* ó *peplus* por su semejanza con un velo.

Pasemos en silencio el hablar de collares, pendientes, brazaletes, anillos, cosméticos y otras brillantes inutilidades; pues no se podria con precision definir los hierros para rizar el pelo, los alfileres, los espejos de acero ó de metal pulido, las tijeras, etc. multitud de objetos cuya reunion llamaban los romanos con mucho acierto *mundus muliebris*, el mundo de una mujer.

El vestido y adorno de las simples ciudadanas era mas modesto: componíase de la túnica comun á los dos secsos, y de una especie de toga mas larga que la de los hombres, sujeta por un ancho cinturon colocado debajo de los pechos: la toga estaba cerrada por delante y cubria todo el cuerpo; el brazo derecho salia por la parte superior, y el izquierdo, levantando el estremo del ropaje, formaba un gracioso y ondeante pliegue, que se llamaba *sinus*.

Cualquiera que fuese su rango, las mujeres vestidas de luto no llevaban oro ni púrpura en sus vestidos: cubríanse de un ropaje negro muy ancho, llamado *ricinium*; el dia de los funerales llevaban muchos unos sobre otros, y los arrojaban sucesivamente sobre la pira de sus esposos ó padres. Esta costumbre era muy antigua, y en la ley de las doce tablas se limitaba á tres el número de trajes que se permitia quemar en tales circunstancias.

Hablemos aora de las damas romanas consideradas en el interior de sus casas, en donde gozaban de suma consideracion. El dia que el marido conducia á su casa la recien casada, le entregaba públicamente todas las llaves, escepto la de la bodega ó paraje donde estaba el vino. La ley proibia espresamente beberlo á las mujeres. Un antiguo romano, llamado Egnacio Mecen-

nio, mató á su mujer en el mismo sitio en que la encontró bebiendo vino; puesto en juicio por este asesinato, fué absuelto por la ley de Rómulo (1). Esta ley era demasiado cruel para que pudiera estar en vigor por mucho tiempo, pero el principio subsistia siempre; y cuando una mujer era visitada por sus padres ó parientes, tenian estos el derecho de darla un beso en la boca, para asegurarse de que no habia bebido vino. Sin duda la embriaguez, en una mujer, pareció un crímen capital al lejislador de los romanos.

Por consecuencia del respeto que las mujeres se debian á sí mismas, no les era permitido comer en público con los hombres, á causa del modo que habia de tenderse sobre las camas para las comidas. Si estos usos eran severos, no lo eran menos las leyes respecto á las mujeres. Tratábanlas con un rigor que parece estaba en oposicion con su situacion verdadera. Vivian enteramente bajo la dependencia de sus esposos: estos tenian toda la autoridad, disponian de los bienes de ambos, nombraban los tutores de sus hijos y decidian de la suerte de estos á su voluntad: daban por testamento sus bienes á quien mejor les parecia, sin que sus mujeres tuviesen el mismo derecho: estas no podian estar puestas en el testamento de un ciudadano. En fin, el esposo por mucho tiempo tuvo la facultad de romper su enlace por sola su voluntad, sin que en ningun caso tuviese la esposa la facultad de separarse de él.

Estas instituciones establecidas por la fuerza contra la debilidad, fueron suavizadas con onoríficas y lisonjeras distinciones. Estaba proibido pronunciar una palabra desonesta delante de una mujer; los romanos llevaban la reserva hasta tal punto, que jamás un marido abrazaba á su esposa en presencia de su hija. Cuando una mujer tenia tres hijos, la república le concedia una pension: su nombre se inscribia en los rejistros públicos; despues de su muerte, la conducian á la sepultura, vestida con trajes magníficos, y un orador pronunciaba su elojio delante del pueblo reunido (2).

(1) Plinio, en el lib. XIV, cap. XIII, cuenta que habiéndose una mujer apoderado con astucia de la llave de la bodega, sus parientes reunidos la condenaron á morir de ambre.

(2) César fué el primero que hizo públicamente el elojio de su mujer, la

Todo hombre que encontraba á una mujer en un sitio público, le cedia el sitio de onor; los primeros majistrados no faltaban á esto jamás, aun cuando estuviesen en el ejercicio de sus funciones. Jamás los lictores pusieron sus manos sobre una ciudadana. Cuando una mujer iba en un carro con su marido, este participaba de sus privilejios, y no habia derecho para hacerle apear delante de los grandes dignatarios del estado. No era permitido llamar á las mujeres como testigos, cuando se trataba de un asesinato ó de un crímen capital.

GOBIERNO.

Antes de pintar á los romanos en sus costumbres habituales, conviene dar á conocer la naturaleza de su gobierno. A pesar de las dificultades que presenta la materia, vamos á trazar un bosquejo, fruto de un largo y penoso trabajo. Los historiadores que hemos consultado nos han proporcionado datos dudosos. Muchas veces opuestos los unos á los otros, no están acordes consigo mismos: como escribian únicamente para sus compatriotas, suponian al lector instruido en las leyes fundamentales de Roma. La república romana se diferenciaba esencialmente de la griega, por las distinciones que caracterizaban á cada clase de ciudadanos, y por el modo con que usaban de sus derechos. En Atenas y en la mayor parte de los estados de la Grecia, despues de la destruccion de la monarquía, el pueblo, usando de la plenitud de sus derechos, se apoderó de la soberanía; las familias antiguas, siempre ricas y poderosas, conservaron á la verdad una influencia grande en el estado; pero su poder fué mas bien de hecho que de derecho, y una igualdad legal consoló al pobre ciudadano. No sucedió lo mismo en Roma: despues de la espulsion de los Tarquinos, el gobierno no fué enteramente popular; la dignidad real fué mas bien quebrantada que destruida: y sus fragmentos se conservaron por mucho tiempo en un cierto número de familias, cuyas prerogativas hicieron ilusoria la igualdad civil que el pueblo pensaba haber adquirido. Todas las instituciones imajinadas por los reyes para separar á los ciudadanos y dividir sus fuerzas, se mantuvieron cui-

jóven Cornelia, hija de Cinna, que habia muerto sin hijos. Hasta entonces se habia reservado este onor á las madres de familia.

dadosamente. El pueblo, adquiriendo poco á poco el sentimiento de su poder, atacó á los órdenes superiores, los persiguió sin cesar, les arrancó por grados sus prerogativas mas importantes; y sin cambiar al parecer el órden establecido por sus antepasados, adquirió los poderes respetando los títulos.

Rómulo, el primero que dió leyes á los hombres que habia reunido, los dividió al principio en dos órdenes, senado y pueblo. Compuso el senado de los ciudadanos distinguidos por su edad, como su nombre lo indica, por sus luces y por su fortuna. Estos eran los consejeros del rey y lo remplazaban durante sus espediciones militares. El poder de este cuerpo, moderado bajo los reyes de Roma, fué escesivo en el orijen de la república; el pueblo se vió escluido de los negocios, no teniendo noticia de estos sino por los *senatosconsultos* ó decretos del senado; y aunque le tocaba hacer las leyes, crear majistrados, y decidir de la paz ó de la guerra, no gozaba de estos derechos sino de una manera subordinada al senado. El establecimiento del tribunado, que tuvo lugar dieziseis años despues de la abolicion de la monarquia, puso límites á esta dominacion; y muy luego los *plebíscitos* ó decretos del pueblo fueron superiores á los del senado. Sin embargo quedáronle á este cuerpo derechos muy estensos. Dábasele cuenta de las rentas y gastos del estado: él enviaba embajadores á las potencias estranjeras; disponia de las provincias, recibia las cartas de los jenerales, les decretaba los onores del triunfo, ordenaba á los cónsules hiciesen levas en tiempos turbulentos, nombraba comisarios para intervenir en todos los negocios estraordinarios; y en fin, desde su fundacion, el senado fué mirado como el santuario de Roma. El pueblo le llamaba el templo de santidad, el altar de las naciones, la esperanza y el refujio de todos los pueblos.

Los primeros senadores no eran mas que ciento. Su nombramiento merece narrarse, porque manifiesta el poder del pueblo romano desde aquellos primeros tiempos. El rey nombró un senador: cada una de las tres tribus nombró otros tres, y las treinta curias produciendo otros tantos, se tuvo el número de ciento. Despues de la union de los romanos y los sabinos, se añadieron otros ciento que fueron electos por las tribus.

Digitized by Google

Los descendientes de estos primeros senadores formaron el cuerpo de los *patricios*, es decir, de aquellos de quienes salieron los *padres* de la patria. Todos los patricios eran de familias senatoriales aunque no fuesen miembros del senado. Su título solo prueba la antigüedad de su orijen; en los principios les daba un rango positivo en el gobierno; despues solo se lo dió en el órden social. Muchos de ellos quedaron reducidos á pobreza y eran patricios, mientras que hubo plebeyos que con muchos bienes de fortuna y revestidos de los primeros cargos del estado, conservaron el nombre de plebeyos aun cuando llegaron á senadores. Posteriormente que las prerogativas de los patricios quedaron sumamente reducidas, aquellas filiaciones se seguian con un órden invariable, porque es imposible que lo que es antiguo deje de serlo por la voluntad de los hombres. La adopcion misma que puso en contacto á muchas familias de los dos órdenes, no pudo reunirlos, porque la ley que permitia á un plebeyo adoptar á un patricio, proibia á este adoptar á un plebeyo, y la razon era porque el hijo adoptado honraba á la familia que lo recibia.

En el orijen de la república todas las majistraturas y los destinos del sacerdocio estaban en manos de los patricios. Los descendientes de los cien primeros senadores se llamaban *grandes patricios*, y los de los otros cien senadores creados por Tarquino el antiguo, *pequeños patricios*.

Además del laticlave que caracterizaba á los senadores, llevaban un calzado particular que consistia en unos coturnos negros que subian hasta la mitad de la pierna; en la parte del empeine del pie, tenian una media luna de plata ó marfil que representaba la letra C recordando el número de los primeros senadores. Este adorno se llamaba *lunula*.

Aunque el número de los senadores no estuviese fijado por las leyes, en todas las épocas de la república se contaron casi trescientos; pero en tiempo de Augusto se fijó su número en seiscientos; y creemos haber dicho en otro lugar que para ser senador, habia que ser caballero romano, haber pasado por algun empleo del estado, gozar de una fortuna suficiente para sostener el brillo de tan alta dignidad, no haber ejercido ninguna profesion reputada por vil, y principalmente no haber sido cómico.

Digitized by Google

En otro lugar hemos hablado de la creacion de los *caballeros romanos*, los cuales formaron al principio la caballería del estado. Despues fué una clase intermedia entre los patricios y el pueblo. Para ser admitido caballero habia que tener dieziocho años cumplidos, pertenecer á una buena familia y poseer una fortuna regular. Todo hijo de senador podia ser caballero. Los caballeros llevaban la angusticlave, un anillo de oro en el dedo, y en las revistas públicas que tenian anualmente se vestian la trabea ó ropa de púrpura destinada á los augures. En los espectáculos ocupaban las primeras catorce gradas cerca de la orquesta en donde estaban los senadores; y de aquí venia el decir *sentarse entre los catorce*, para espresar la admision de un ciudadano en el órden ecuestre (1).

El tercer órden del estado se componia del resto del pueblo bajo el título de *plebeyos*. En la division primitiva que hizo Rómulo, de todos los hombres libres, esta última clase fué escluida de todos los onores y sujeta siempre á los patricios. Este estado humillante duró hasta la abolicion de la monarquía. En esta época el cónsul Valerio echó los primeros fundamentos de la libertad del pueblo; hizo que fuese necesario su consentimiento para el ejercicio de toda majistratura, y en último caso le constituyó juez en todo lo que concernia al bien del estado; y para manifestarle mas respeto todavia, quiso que sus lictores bajasen los hazes delante del pueblo reunido, en señal de sumision. Esta conducta le mereció el sobrenombre de *Publícola*, mas onorífica sin duda que las que recordaban sus victorias. Pero ¿se puede conceder algo al pueblo sin que él ecsija mas? Ya hemos visto como pasando de la sumision á la audácia, luchó esforzado contra los patricios, dividió con ellos todas las majistraturas, y solo les dejó un título vano porque no estaba en su poder quitárselo.

Tal era la division del pueblo romano en el órden social; pero políticamente no ecsistian estas distinciones, y en los comicios ó asambleas jenerales de la na-

(1) Esta distincion no tuvo lugar hasta el año 686, bajo el consulado de L. Metelo y A. Marcio. La ley, ó mas bien el plebíscito, que la concedió á los caballeros, fué propuesta por el mismo *Roscius Otho* y de él recibió el nombre de *ley Roscia*.

cion, cada cual no era mas que ciudadano. Allí el oscuro plebeyo podia en ciertos casos opinar al lado del patricio ó del senador, y su voto tenia mas ó menos importancia segun la naturaleza de la asamblea.

Habia tres especies de comicios, cuyo establecimiento remontaba hasta Rómulo, quien luego que echó los fundamentos de su ciudad, dividió los habitantes en tres secciones, llamadas por esta razon *tribus*, y cada una de ellas se subdividió en otras diez bajo el nombre de *curias*. Posteriormente Servio Tulio, sesto rey de Roma, dividió el pueblo en seis clases, subdivididas en la totalidad de ciento noventa y tres centurias.

La primera clase, compuesta de los ciudadanos mas ricos, que tuviesen de capital cien mil ases de bronce, se dividió en noventa y ocho centurias, cuyas diez y ocho últimas comprendian á todos los caballeros.

La segunda clase de veinte centurias solamente, estaba formada de los que poseian setenta y cinco mil ases. Juntósele ademas dos centurias de todos los trabajadores empleados en la construccion de las máquinas de guerra, y compuso veintidos.

La tercera clase, que constaba de veinte centurias, se componia de los que poseian cincuenta mil ases.

La cuarta clase, con el mismo número de centurias, reunia los ciudadanos que tenian veinticinco mil ases. La quinta clase constaba de treinta centurias, y se componia de los poseedores de mil quinientos ases, y la sesta clase, formada de una sola centuria, se compuso solo de los hombres libres que servian únicamente para dar ciudadanos al estado. Por esto se les llamó *proletarios*, de una palabra latina que significa jeneracion.

Así quedó dividido el pueblo romano, cuando sesenta y siete años despues, á consecuencia de una accion execrable, fueron arrojados de Roma los Tarquinos. Establecióse el gobierno republicano, jurando á la monarquía un odio que duró por mucho tiempo. El pueblo entonces que obedecia á los reyes sin murmurar, se sublevó contra el yugo directo que le imponian los grandes, y hubo que ceder á su fuerza y se le concedieron tribunos.

En los comicios por curias, el pueblo de la ciudad tenia la preponderancia: estos comicios eran siempre presididos por el dictador, los cónsules, los pretores ó

Digitized by Google

el interey, y se tenian en una parte del Foro, consagrada por los augures para este uso. En los comicios por centurias, los grandes y los ricos dominaban al pueblo. Las grandes asambleas, llamadas los *grandes comicios*, en razon de su importancia, eran presididos por los majistrados: publicábase el edicto de reunion diesiocho dias antes. Teníanse en el campo de Marte. Los comicios, como las centurias, desfilaban en órden de batalla, bajo la direccion de sus jefes; y este solo aspecto militar los impedia reunir en la ciudad, de la cual se alejaba por las leyes cuanto tenia la apariencia de un ejército. La palabra *centuria*, que en su orijen tenia una significacion positiva, espresó despues únicamente un número mas ó menos estenso de ciudadanos de la misma categoría. Los ciudadanos llamados á votar en los comicios, daban su voto en su centuria, y la mayoría de esta daba en masa su voto. En los comicios por tribus, todo individuo que gozaba derecho de ciudadano, tenia derecho á votar. Elejian los majistrados de segundo órden, tales como los ediles, tribunos del pueblo, cuestores etc.; todos los majistrados de las provincias, procónsules, propretores, los sacerdotes de los principales colejios y aun el gran pontífice. En estos comicios por tribus, se daban los plebíscitos, los tratados de paz y el derecho de ciudadanía; se citaban á todos los ciudadanos sin distincion para dar cuenta de su conducta y ser juzgados por los delitos contra el estado.

Los comicios por tribus se tenian en el campo de Marte, cuando se les reunia para el nombramiento de los ediles, curules, cuestores ú otros majistrados inferiores; y entonces eran presididos por el dictador, el cónsul ó un jeneral. Si la reunion tenia por objeto el nombramiento de los tribunos del pueblo, ó de los ediles plebeyos, era un tribuno quien la mantenia, ya en el Foro, en el Capitolio ó en el Circo. Cuando se trataba de hacer algun plebiscito ó juzgar á un ciudadano, tambien los presidia un tribuno; pero si los ciudadanos de todos los órdenes se reunian por tribus, la presencia del cónsul ó de un majistrado superior se hacia necesaria, porque un tribuno no podia convocar sino á los plebeyos, como que era su propio majistrado.

Los plebíscitos, ó leyes emanadas del mismo pueblo y adoptadas en los comicios por tribus,

Digitized by Google

no eran obligatorias en un principio sino para los plebeyos que las habian hecho. El año 306, una ley presentada por el cónsul Horacio, les dió la misma fuerza que á las leyes hechas en los grandes comicios. Los patricios, siempre poderosos de hecho, llegaron á eludir esta disposicion, hasta que en 468 el dictador Hortensio la renovó con vigor, y recibió de él el nombre de *ley Hortensia*.

Tales eran aquellas célebres asambleas en que se debatian y arreglaban los intereses del pueblo romano, ofreciendo un vasto campo á la ambicion de todos los ciudadanos. Allí los hombres de todos los rangos ejercian á su vez una influencia mas ó menos estensa. Al brillo del nombre ó de la fortuna, se oponian los servicios y los talentos: unos recordaban la gloria de sus antepasados, otros citaban sus propias acciones, y todos sabian hacer valer títulos verdaderos ó imajinarios por medio de la intriga ó de la mala fé. Allí el orgullo tomaba la máscara de la humildad; aquí la bajeza se cubria de una finjida dignidad; y por todas partes se mostraba pródiga la avaricia. Se empujaban, se chocaban, se derribaban, unos llegaban al objeto, otros gritaban injusticia; pero de estas luchas contínuas resultaba un profundo conocimiento de la república.

Grandes majistrados. — Hemos dicho ya que el pueblo nombraba todas las majistraturas, y que una ley formal concedia á todo ciudadano el derecho de matar al que usurpase la autoridad pública, ó que prolongase el ejercicio de un cargo cualquiera despues de espirado el término: hemos dicho tambien que no podia aspirarse á los empleos antes de haber servido por el espacio de diez años en las armas, y que por la ley *Villia*, para entrar en la majistratura habia que tener al menos treinta y un años. Aquel cuyo padre fuese prisionero de guerra, estaba escluido de derecho, porque decian, que un pueblo libre no debia ser gobernado por un hombre cuyo padre estaba en cadenas. Sentados estos principios, pasemos á describir las grandes majistraturas.

La Cuestura era el primer cargo que podia pretender un romano que se habia hecho un nombre por sus servicios y talentos, ó en quien el brillo del nacimiento supliese al mérito verdadero. Esta majistratura databa del orijen de la república;

Digitized by Google

despues de la espulsion de los Tarquinos, el pueblo confió la custodia del tesoro público á dos patricios que se llamaron cuestores, de una palabra latina que espresa una ventaja pecuniaria. El año 333 quiso el pueblo participar de este onor; y se añadieron dos nuevos cuestores á los antiguos. Durante la segunda guerra púnica, se elevó el número á ocho, y cada dia se fué aumentando mas. Dos de ellos residian en Roma bajo el nombre de *cuestores de la ciudad*. Su funcion mas importante era la jestion de las rentas públicas para cubrir las necesidades del estado. A ellos estaba confiada la custodia de las águilas romanas: cuando los ejércitos volvian de una espedicion, entregaban sus enseñas en el templo de Saturno con el tesoro público, y las devolvian á los jenerales luego que las tropas entraban en campaña. Los cuestores de la ciudad tenian ademas el cargo de proporcionar habitacion á los embajadores y darles cuanto necesitasen en nombre de la república.

Los demás cuestores, llamados propiamente *cuestores provinciales*, seguian á los cónsules en la guerra y cuidaban con todo lo que tenia relacion á gastos del ejército. Pagaban las tropas y cuidaban de las provisiones: y cuando los jenerales pedian los onores del triunfo, como la república no los concedia sino en razon de las ventajas que la guerra le habia procurado, los cuestores daban un estado auténtico de ellas, y su declaracion servia para la decision del senado y del pueblo. Los cuestores se nombraban en los comicios por tribus, y se escojian indiferentemente de los dos órdenes.

De la cuestura se pasaba á la Edilidad, llamada así de *ædes* edificio, porque los ediles estaban particularmente encargados de la construccion y sosten de los monumentos públicos. Dividianse en dos clases: los primeros llamados *Ediles plebeyos* fueron instituidos el año 260 al mismo tiempo que los tribunos del pueblo, á quienes en cierto modo estaban subordinados. Sus atribuciones eran cuidar de todos los edificios, templos, acueductos, puentes, teatros etc. Mantenian la limpieza de las calles, velaban en los abastos, fijaban el precio de los jéneros, se aseguraban de su calidad, inspeccionaban los pesos y medidas, limitaban los gastos de los funerales, y condenaban á multas lijeras á aquellos que

turbaban la tranquilidad pública, pero no podian en justicia hacer prender á ningun ciudadano sino por órden de un majistrado superior.

Unas funciones tan estensas llamaron la atencion de los patricios, y se aprovecharon de algunas circunstancias para tomar parte en ellas. El año 387, habiendo fijado el senado el dia para los grandes juegos romanos, en memoria de la reconciliacion de los órdenes, los Ediles, que por su empleo estaban obligados á hacer los gastos, lo rehusaron por imposibilidad: los patricios se ofrecieron á ello si se les queria admitir á la Edilidad: aceptóse su proposicion, y se crearon otros dos ediles tomados de los patricios. Estos se distinguian con el título de *ediles curules* porque daban audiencia sentados sobre la silla curul, signo característico de la alta majistratura; mientras los ediles plebeyos se sentaban sobre bancos; tenian la *pretexta* y gozaban de ciertos derechos como los grandes majistrados. Eran elejidos en los comicios por tribus.

Pretura.—En el orijen de la república este nombre comprendia toda clase de majistratura; estendióse á los mismos jenerales, y el dictador se llama *Prætor supremus*. El año 388 se dió esclusivamente este título al majistrado designado para hacer justicia á todos los ciudadanos. Antes de esta institucion, cuidaban los cónsules de la administracion de justicia; pero alejándoles de la ciudad las guerras sucesivas, fué necesario crear una majistratura que se encargase de este cuidado.

El pretor caminaba precedido de seis lictores fuera de las murallas, y de dos solamente por la ciudad: llevaba *la pretexta* y se sentaba en la silla curul, en cuya parte superior habia colocada una lanza, símbolo de la jurisdiccion: podia convocar al senado, presidir los grandes comicios, y en ausencia del cónsul ejercia sus funciones en toda su plenitud.

Tres palabras espresaban la plenitud de la jurisdiccion del pretor: *do, dico, addico*. *Doy* jueces, *pronuncio*, en último resultado, *adjudico* el objeto en litijio. En los negocios poco importantes decidia sin formalidades y en cualquier lugar que se hallase; pero si el caso era mas grave se sentaba en el foro, ó en uno de los grandes salones llamados *basílicas*. Su silla curul estaba colocada sobre el estrado, y por la parte de abajo estaban los jue-

ces que habia designado, los testigos y los defensores. En los negocios criminales al ir á pronunciar una sentencia de muerte, se quitaba el pretor la *pretexta*, espresando por esta señal la pena que sentia en tratar con rigor á un ciudadano. Los pretores vijilaban sobre los tribunales inferiores.

Ciento veinte años despues de esta institucion, se creó un segundo pretor con el nombre de *pretor estranjero*, porque estaba encargado particularmente de administrar justicia entre los ciudadanos y los estranjeros, mientras que el *pretor de la ciudad* juzgaba únicamente de los procesos de ciudadano á ciudadano. El pretor de la ciudad, como jefe de la majistratura, era superior á todos los otros. Sin poder variar la naturaleza de las leyes, tenia el derecho de prescribir sus formas. Cuando se le elejia, despues de haber prestado el juramento de fidelidad al gobierno de Roma, subia á la tribuna delante del pueblo reunido, y allí publicaba un edicto que indicaba la marcha que se proponia seguir en la administracion de justicia; este edicto que llegaba á ser obligatorio para él durante el tiempo de su ejercicio, se publicaba por un heraldo, y se fijaba en todos los parajes públicos; llamábasele *ley anual*. Los pretores se nombraban en los comicios por centurias: tenian que ocurrir á los gastos de los juegos apolinares, del circo y otros, y esta atribucion les daba una autoridad particular sobre los cómicos y otros individuos afectos á los espectáculos públicos.

Consulado.—La fidelidad en la cuestura, la magnificencia en la edilidad y la integridad en la pretura, eran la via ordinaria para llegar al consulado. Este era el colmo de los onores que podia pretender un romano. Llegado á este punto de gloria tocaba á su término. Su familia se encontraba de repente en el rango de las primeras del estado, y su nombre inscrito en los fastos consulares, debia conservarse mientras la memoria de Roma ecsistiese entre los hombres.

El año 244, cuando la república sucedió á la monarquía, el pueblo romano instituyó dos majistrados á quienes confió una parte de la autoridad que habia arrancado á los reyes. Dióseles el modesto título de *cónsules*, que espresa los consejos que daban para el bien público, y siempre se tuvo á raya su poder sin ofender á su dignidad. Todo lo

que la pompa romana tenia de mas imponente los rodeaba sin cesar. Iban precedidos de doce lictores, tenian la silla curul, la pretexta, y el baston de marfil con águila de oro, signo superior de mando. Ellos solos entre los hombres, tenian el derecho de presentarse por la ciudad en litera. En fin, habian reunido sobre su persona todo lo que podia imponer respeto ó temor. Pero cuanto mas poder les daba esta dignidad brillante, tantas mas precauciones tenian que tomar para evitar sus abusos. Despues de un año de ejercicio volvian los cónsules á entrar en el órden comun, sin conservar de su pasada grandeza sino la gloria que les era personal.

Los cónsules no podian emprender nada contra el senado ó contra el pueblo; no eran mas que sus primeros ajentes. El senado deliberaba, el pueblo decidia y los cónsules ejecutaban. Los cónsules fueron al principio nombrados en diversas épocas del año; pero desde el 598 se elijieron en el mes Sextilis (Agosto) en los comicios por centurias. Cuando estaba hecha la eleccion, el cónsul actual lo anunciaba á la asamblea; entonces el senado y el pueblo se dirijian en cuerpo al Capitolio para ofrecer un sacrificio solemne al padre de los dioses, é implorar su proteccion para los nuevos majistrados y para la república. No entraban en sus funciones hasta el primero de enero, seis meses despues de su nombramiento, y empleaban este tiempo en instruirse en los intereses del estado. Entonces se les daba el título de *cónsules designados*. Aunque no tenian todavia poder alguno, eran admitidos en el senado, ocupando en él un lugar y dando los primeros su parecer; distincion que se miraba mas bien como una prueba, que como muestra de deferencia. En el intervalo de la eleccion á la instalacion, si se llegaba á descubrir que habian empleado el soborno ó la astucia para obtener los votos, aquel que entre sus competidores pudiese manifestarlo, era puesto en su lugar. Pero esta costumbre ó regla equitativa rara vez llegó á ponerse en ejecucion, porque el acusador se encontraba regularmente en el mismo caso.

Los dos cónsules gobernaban por meses. El de mas edad ó el que tenia mas hijos, entraba primero. Los hazes iban delante de él, y el que no estaba en ejercicio los llevaba detrás. Todo ciudadano debia descubrirse la

cabeza, levantarse si estaba sentado, y apartarse del camino que traia el cónsul cuando este se acercaba. Esto es tan cierto como que el cónsul Quinto Fabio Mácsimo, hizo bajar del caballo á su padre que se le acercó, y el antiguo romano aplaudió una accion que le manifestaba que su hijo tenia una justa idea de la dignidad de que estaba revestido. Si el cónsul encontraba á un pretor, los lictores de éste bajaban sus hazes delante del majistrado supremo.

Las atribuciones de los cónsules eran muy estensas: convocaban voluntariamente al senado comunicándole los despachos de los paises estranjeros, esponian los negocios, y eran los primeros á manifestar su opinion; recojian los votos y despedian á la asamblea con la sencilla fórmula de: *no os detenemos mas, padres conscritos*. Todos los majistrados les estaban subordinados, escepto los tribunos del pueblo, únicos que podian oponerse á sus decisiones. Reunian el pueblo, le proponian leyes á que daban su nombre cuando eran aceptadas; en fin tenian la plena y entera ejecucion de los decretos del senado y de las ordenanzas del pueblo. Si estaban en guerra era mayor su autoridad: levantaban tropas, daban grados y podian condenar á muerte; los cuestores tenian que entregarles cuanto fuese necesario ó quisiesen para los gastos. En fin, en la paz obraban como primeros majistrados de un gran pueblo, y en guerra como dueños absolutos; pero espirado el término de su grandeza, daban cuenta de sus accionesá aquel mismo pueblo, verdadero soberano, y juzgaba sus operaciones con severidad. Durante muchos años estuvo esta dignidad entre los patricios, pero apoyados por los tribunos los plebeyos pidieron y consiguieron ser tambien elejidos. La ley *Villia*, ya citada, llamada tambien *annalis lex*, porque señalaba el número de años que debia tener todo pretendiente á los destinos, prescribia treinta y seis años para la edilidad, cuarenta para la pretura, y cuarenta y tres para el consulado. Pero no siempre se observó esta ley, pues frecuentemente hubo que ceder al mérito adquirido con acciones brillantes. La misma ley decia que un cónsul no pudiese ser reelejido sino pasados diez años, y tambien se quebrantó muchas veces. Cayo Mario fué seis veses cónsul, y las cinco últimas, consecutivas.

PROCONSULES. — Luego que espiraba el término del consulado, si se creia conveniente dejar á los cónsules en las provincias que habian de someter ó administrar, tomaban entonces el título de procónsules y gozaban de prerogativas casi tan estensas. El senado dió despues el nombre de procónsules á los gobernadores que enviaba á las provincias, y este llegó á ser odioso á todos los pueblos, por las vejaciones que ejercian á título de enviados de Roma.

PROPRETORES. — Si el pais adonde se enviaban estos majistrados no era de grande importancia, en lugar del título de procónsules, se les daba únicamente el de *propretores*, segun que el senado declaraba tal provincia proconsular ó propretoriana. Estas dignidades conferian el mismo poder, pero menos estenso: el procónsul iba precidido de doce lictores como el cónsul á quien representaba; el propretor no llevaba mas que seis. El PROCUESTOR desempeñaba interinamente el cargo del cuestor muerto sin sucesor; sus funciones cesaban á la llegada del cuestor enviado de Roma.

En jeneral, los majistrados de las provincias ejercian en su círculo una autoridad muy superior á la que tenian en Roma los que estaban revestidos de la misma dignidad. Reunian todos los poderes: en ellos residia la majestad del senado y del pueblo romano, y las leyes de Roma, siempre debilitadas por la mezcla con las del pais, no oponian mas que una débil barrera á hombres tan poderosos. La casa de un procónsul semejaba la de un monarca; siempre estaba rodeado de un gran número de oficiales militares ó civiles, y una multitud de jóvenes romanos distinguidos iban á aprender con él el arte de la guerra, ó á instruirse en el conocimiento de los negocios; pero como el poder mas absoluto está siempre limitado por algun lado, no le era permitido tener mujeres en su corte.

Tales eran las majistraturas que formaban propiamente el gobierno de Roma; otras habia que eran igualmente importantes, pero que pueden mirarse como intermedias, puesto que salian de esta línea directa, que conducia de grado en grado al poder supremo. Ya hablaremos de ellas mas adelante.

DICTADOR. — Cuando la república estaba en un peligro inminente, ó que un acontecimiento inesperado necesitaba un des-

arrollo repentino de poder, se recurria á una medida estraordinaria, se creaba un dictador. Este majistrado no podia conservar su dignidad mas de seis meses, y aun fué costumbre no esperar á que espirase este término para hacer dimision del destino, si las circunstancias apuradas de su creacion habian cesado. En virtud de un senatoconsulto, uno de los dos cónsules lo elejia segun su voluntad, y regularmente caia la eleccion en un varon consular. Este nombramiento se hacia por la noche, y luego que estaba proclamado, tenian los romanos que someterse á su absoluta autoridad. Suspendíanse todas las leyes, todos los majistrados dimitian sus destinos, escepto los tribunos del pueblo, quienes á pesar de esto no tenian poder contra los decretos del dictador. Reunia en su persona la autoridad del senado, del pueblo y de los cónsules, hacia la guerra ó la paz, disponia á su voluntad del tesoro público, de los bienes y aun de la vida de los ciudadanos sin que en caso alguno se pudiese apelar de sus decisiones. En fin, era un déspota legal, y no tenia que dar cuanta á nadie de sus acciones ínterin estuviese en su empleo. Esta unidad de fuerza dió á veces á la república un vigor que la libertó y la sostuvo contra sus enemigos; pero tambien contribuyó á su ruina, como hemos visto.

Este prodijioso y absoluto poder tenia sin embargo algunas trabas: no le era permitido al dictador salir de Italia, sopena de perder al momento todos sus derechos; y para imponerle como una sombra de humillacion, no se le permitia tampoco montar á caballo. Cuando confirieron á Fabio Mácsimo esta dignidad, no permitiéndole sus muchos años conformarse con esta disposicion, fué necesario un decreto del senado para que usase el caballo. Por una consecuencia de esta proibicion, tenia el dictador cerca de sí un oficial de nombramiento suyo, con el título de *jeneral de la caballería*, y que en cierto modo era su lugarteniente.

El primer dictador fué nombrado el año 256, doce despues de la destruccion de la monarquía. Por mucho tiempo estuvieron los patricios en posesion del derecho de esta dignidad suprema; hasta que en 397 se nombró un plebeyo, y nuevos órdenes entraron á participar de él.

Tantas ventajas hallaron los romanos en esta medida, que

Digitized by Google

no esperaron á circunstancias estremas para recurrir á ella: cuando sérias disputas ajitaban al pueblo romano, se nombraba un dictador para terminarlas, decidiendo por la autoridad de uno solo lo que no hubiera podido la multitud por sí misma.

El clavo sagrado.—Algunas veces tambien, el nombramiento de un dictador tuvo un objeto relijioso. Por una de aquellas costumbres estravagantes é inesplicables de que se encuentran sobrados ejemplos do quiera ecsisten hombres, uno de los grandes majistrados clavaba anualmente un clavo al lado derecho del altar de Júpiter. Si enfermedades contajiosas molestaban al pueblo romano, ó signos estraordinarios lo amenazaban con la cólera celeste, se apresuraba á conjurarlos dando mas brillo á la ceremonia del clavo sagrado, nombrando un dictador para este solo objeto.

Delante del dictador iban veinticuatro hazes con sus correspondientes hachas. Los lictores que precedian á los cónsules, no tenian hachas sino fuera de la ciudad: en su recinto llevaban únicamente los hazes para no amedrentar al pueblo con aquel aparato de muerte; pero el dictador tenia hazes y hachas para hacer ejecutar sus juicios con todo rigor. Se ha visto á un dictador hacer morir á un caballero por haber reusado seguir al lictor que le habia enviado con órden de conducirlo á su presencia (1). Estos decretos de una injusticia terrible eran juzgados por el pueblo, cuando dicho supremo majistrado abdicaba sus funciones, pero nada podia suspender la ejecucion.

Cerca de 120 años estuvo Roma sin dictadores; pero en los momentos críticos en que se creia deber robustecer el poder consular sin apelar al recurso siempre estremado de nombrar un dictador, el senado espedia un decreto concebido en estos términos: «Hagan los cónsules »lo que es necesario para la sal»vacion del estado.» Entonces sin sobreponerse á las leyes podian darlas mayor estension, pero tenian que responder del uso que hubiesen podido hacer de este poder aumentado.

Si acontecia que el dictador ó los cónsules llegaban á faltar antes de haberles señalado sucesores, para no dejar la república sin jefes en todo este tiempo, el senado nombraba un *interey*. Este majistrado gozaba de todas

(1) Tito Livio. Dec. I, lib. II.

Digitized by Google

las prerogativas de los cónsules, pero solo podia conservar su dignidad por cinco dias; pasado cuyo término él mismo se nombraba un sucesor; pasado igual tiempo, este nombraba otro y así sucesivamente hasta haber elejido nuevos majistrados segun las formas y en las épocas prescritas. El primer interegno y que duró mas tiempo, fué despues de la muerte de Rómulo. Vióse por el espacio de un año pasar sucesivamente la dignidad real de familia en familia. Los patricios gustaban de una forma gubernativa que los hacia participar á su vez de los onores; pero el pueblo, cansado de tantos señores, los obligó á poner un término á su dominacion, dando un jefe. Esta majistratura efímera, fué la sola que no se comunicó á los plebeyos; porque una ambicion razonable les hizo hacer esfuerzos estraordinarios para obtener onores durables y desdeñar los momentáneos.

Majistrados intermedios.— Desde los cuestores colocados en la base del edificio del gobierno, hasta los cónsules que se encontraban en la cumbre, las atribuciones eran distintas, los derechos conocidos, prescritos los deberes por leyes positivas, y podia creerse que ninguna otra majistratura importante habria despues de las ya mencionadas. Sin embargo ecsistian otras que les eran enteramente estrañas, y que bajo un título modesto daban á sus poseedores en ciertas circunstancias una autoridad superior á la de los cónsules, pudiendo atacar á estas.

Ya en otro lugar de nuestra obra hemos hablado lo bastante para dar á conocer la dignidad de tribunos del pueblo, majistrados con el título de *sacro-santi*, relijiosamente santos, los cuales al aprobar el decreto que les presentaban, ponian la letra T. que espresaba la palabra *tribuni*; y cuando le desechaban usaban de la palabra *Veto*, que quiere decir me opongo.

Hemos hablado ya tambien lo bastante para hacer conocer á los censores y procónsules, y al modo y forma de su eleccion. Ahora pasamos á tratar de la

Lejislacion, leyes, plebiscitos, senatosconsultos, edictos y decretos. — El código de una nacion manifiesta en su totalidad sus virtudes y sus vicios, y refleja la imájen del pueblo que lo ha concebido. No teniendo lugar las leyes penales sino despues de los crímenes que ha sido necesario reprimir, cuando a-

quellas se callan es porque el delito aun no ecsiste; pero luego que han hablado, es permiti- el sosp echarlo. Del mismo modo las leyes civiles se ligan al sistema político de un pueblo, manifiestan sus vicios, y el ojo indagador del jenio lee en ellas las causas secretas de su grandeza y le señala el rango en que debe colocarse. Desarrollemos el principio de la lejislacion romana.

No hablaremos de esas leyes primitivas que son comunes á todos los pueblos. Do quiera los hombres viven en sociedad, han depositado en las manos de los majistrados instituidos bajo diferentes títulos, una parte de su libertad, para gozar con seguridad del resto; y de estas porciones reunidas ha resultado lo que acaso podria llamarse *ley natural*, la cual es la misma en todos los pueblos, reduciéndose al omenaje á los dioses, obediencia á los jefes, y respeto á la propiedad y á los derechos lejítimos de cada uno. Todo se refiere á este principio inmutable, orijen único de paz y de prosperidad. Bajo este aspecto, las leyes de los griegos, las de los romanos, y aun las de los scitas, todas se parecen. Unicamente las distingue el tinte propio del carácter de cada pueblo; sencillas y terribles son en las naciones bárbaras; en las civilizadas mas complicadas y suaves.

Lo que importa conocer son las leyes particulares de cada pueblo, las que pintan sus costumbres, presentan sus progresos ó su degradacion, y presajian su destino. Por ellas se remonta uno á los que las han instituido, onrándolos como bienechores del jénero humano si tuvieron por objeto su felicidad, ó detestándolos si lo han estraviado, profanando lo que hay de mas santo y venerable.

Los primeros romanos no conocieron las leyes sino por haberlas quebrantado, y sustraídose á su venganza. Reunidos de todos los puntos del Lacio para continuar arrostrándolas, conocieron bien pronto su necesidad, y que era necesario conservar con sabiduría lo que habian adquirido por la fuerza. Rómulo les propuso las primeras leyes, y las aceptaron: sus sucesores propusieron otras nuevas á medida que la esperiencia hizo conocer su necesidad, y fueron consentidas solemnemente por el pueblo reunido, en virtud del derecho que le habia dado el soberano. Todas las que se hicieron hasta la destruccion de

Digitized by Google

la monarquía, fueron reunidas en un cuerpo que se llamó código *papirio*, del nombre del senador Sesto Papirio que le redactó, bajo el reinado del último Tarquino. De ellas copiaremos algunos fragmentos para manifestar la sencillez de los primeros romanos y la severidad de sus costumbres.

Roma no adorará sino á los dioses de sus antepasados y desechará las supersticiones de los otros pueblos.

No se socorrerá al que sea herido por el rayo; y si queda muerto en el sitio, allí mismo se le enterrará sin hacerle funerales.

Prohíbese en la ciudad el ejercicio de todo arte que tienda á introducir el lujo y la molicie.

El que destruya los límites de un campo al labrar su tierra, queda entregado á los dioses infernales él y sus bueyes.

El hijo que haya pegado á su padre, está maldecido aunque haya pedido y obtenido el perdon.

Entre estas leyes severas plácenos encontrar los rasgos de una bondad paternal que caracteriza á los tiempos primitivos: todo ciudadano, en el caso de sufrir una multa no podrá ser condenado á pagar un buey, si anteriormente no lo ha sido á pagar una oveja.

Pero dejemos un código cuya mayor parte quedó sin efecto posteriormente.

La abolicion de la dignidad real no trajo ningun cambio en la formacion de las leyes. Los cónsules y los pretores remplazaron á los reyes; como ellos, tuvieron el derecho de tomar los auspicios, y el pueblo reunido en comicios les dió un consentimiento siempre necesario. Desde la institucion de los comicios por tribus se hicieron leyes como queda dicho á propuesta de los tribunos del pueblo; estas se llamaron *plebiscitos*, que al principio no obligaban mas que á una parte de la nacion y luego llegaron á ser jenerales. Las leyes y los plebíscitos eran una misma cosa, en cuanto á los resultados, pero diferian esencialmente en el principio.

Las leyes pues, eran las constituciones del estado, propuestas otras veces por los reyes, despues por los grandes majistrados de la república, y aceptadas por el pueblo romano reunido á este efecto, en comicios por curias en los primeros tiempos, y en comicios por centurias desde el rey Servio Tulio. Por mucho tiempo no tuvieron fuerza de ley hasta que el senado las hubiese confirmado; y el año

467, sin destruir esta ratificacion, una ley obligó al senado á aprobar cuanto se hubiese decidido en los grandes comicios.

Los plebíscitos se hacian mediante la proposicion de un tribuno del pueblo, y se sujetaban á la aprobacion de este mismo pueblo en los comicios por tribus, sin intervencion ninguna del senado.

Las leyes estaban sujetas á todas las formalidades relijiosas; un augurio desfavorable bastaba para desecharlas; en tanto que los plebíscitos siendo presentados por los tribunos que no tenian el derecho de tomar los auspicios, no estaban sujetos á las mismas trabas.

En jeneral las leyes se resentian de la influencia de los grandes cuyos sufrajios inclinaban la balanza en los comicios por centurias. Al contrario los plebíscitos, tendian á favorecer el partido de los plebeyos, omnipotente en los comicios por tribus.

Unas y otros no podian ser aceptados sino despues de haberse anunciado durante tres dias de mercado público, que se verificaba cada nueve dias, y en los cuales, los habitantes de las tribus rústicas se dirijian á la ciudad. Juzgóse que este intervalo èra necesario para impedir que el pueblo se dejase llevar de la elocuencia de un orador, y darle tiempo para pesar maduramente las obligaciones que se imponia.

Entre las leyes las habia que llevaban el título de sagradas, porque hubiera sido un crímen el intentar su trastorno. El orador que hubiera propuesto refrenarlas hubiera perecido al instante; su memoria seria entregada á la execracion y sus bienes confiscados. Las leyes sagradas han tenido por objeto principalmente la institucion de los tribunos del pueblo.

Despues de las leyes y los plebíscitos seguian los senatosconsultos ó decretos del senado. A la verdad que estos no eran leyes, pero tenian fuerza de tales hasta que hubiesen sido anulados por una ley positiva ó por un otro decreto. El respeto que se tuvo á los senatosconsultos fué una consecuencia necesaria del que inspiraba el senado; y este sentimiento fortificado por el tiempo tardó mucho en desmentirse y de mirarse con un respeto filial.

Los senatosconsultos tenian por objeto principal todo lo relativo á la alta administracion del estado, arreglaban el destino

de las provincias, los sueldos de los grandes oficiales, el número de soldados que debian mandar, y en fin se estendian á cuanto era de un interés jeneral, fuera de las elecciones las adopciones de las leyes, la guerra ó la paz, el juicio de los ciudadanos; objetos cuya decision pertenecia esclusivamente al pueblo reunido en comicios. Si acontecia algun negocio imprevisto sobre el cual no ecsistiese ley, un decreto del senado suplia por el momento y obligaba á todos los ciudadanos hasta que una ley creada con las formalidades de costumbre, lo hubiese remplazado.

Estos decretos, de una autoridad que en nada cedia á la del pueblo, se espedian con formalidades imponentes. Estendámonos algo mas sobre este punto de lo que lo hemos hecho en otro lugar. El cónsul debia primero convocar á los senadores en los dias prefijados para aquellas reuniones; y eran las calendas, nonas é idus. Antes de entrar en la asamblea ofrecia un sacrificio, y si los auspicios que tomaba eran desfavorables, el negocio se aplazaba para un dia mas propicio. Luego que el augurio era feliz, se presentaba el cónsul, levantábanse á su llegada todos los senadores, tomaba él asiento, y despues cada uno se colocaba en el suyo. Entonces esponia el asunto, y en seguida pedia la discusion á los padres conscritos. Terminada la deliberacion, recojia el cónsul con órden el parecer de cada uno, y dirijiéndose entonces al príncipe del senado ó á los cónsules designados, si los habia en la asamblea, pasaba en seguida á los altos dignatarios, despues á los simples senadores, y terminaba por aquellos que sin serlo todavia, tenian voz deliberativa en el senado. Frecuentemente en vez de dar sus votos por separado, los que adoptaban una opinion se colocaban al lado del que la habia emitido, y bastaba entonces una simple ojeada para conocer dónde estaba la mayoría.

Un decreto del senado no podia espedirse sino en presencia de cien senadores: al ir á tomar una decision, acontecia muchas veces que un miembro de la oposicion esclamaba: *cuéntese el senado*; y la asamblea quedaba disuelta si no habia el número competente.

Luego que estaban cumplidas las formalidades necesarias, que se adoptaba el decreto por pluralidad y que los tribunos no presentaban oposicion ninguna,

Digitized by Google

se redactaba el acta. Marcábase en ella primero, el tiempo, el lugar, el número de los senadores presentes y el de su tribu; esponíase luego la proposicion toda entera, indicábase al que la habia hecho, y se terminaba con la lectura del decreto. Para que este tuviese ejecucion, tenia que estar depositado en el tesoro público, con las leyes y otras actas públicas.

Si acontecia que los tribunos, ó solo uno de ellos se oponia á la deliberacion del senado, entonces no se espedia el senatoconsulto. Cuando el senado unánimemente creía necesario un decreto para la salvacion del estado, lo pronunciaba sin embargo, y entonces lo daba bajo el nombre de *autoridad del senado*; era nulo en cuanto á su efecto, pero se conservaba en los archivos del senado, como un testimonio de su zelo, propio para hacer recaer el odio del pueblo romano sobre los que se habian opuesto á un acto que le hubiera sido tan ventajoso.

Así se gobernó Roma por espacio de tres siglos; y á pesar de su pasion por sus propias leyes, probó el inconveniente de un código imperfecto y cuyas partes añadidas sucesivamente carecian de la relacion que hace que las últimas sean una consecuencia natural de las que les preceden. Las leyes llevaban el sello del partido que las habia propuesto; la astucia las hacia adoptar; otras, dirijidas por un espíritu contrario, tendian á restringirlas ó á anularlas. Todas perdian de su majestad, cuando de comun acuerdo el senado y el pueblo convinieron en enviar embajadores á todas las ciudades de Grecia, y particularmente á Atenas, para instruirse en aquellas leyes y comunicarlas despues á su patria.

Volvieron estos habiendo recojido los estatutos de todos los pueblos. Despues de un ecsámen atento, se conoció la estrema dificultad de elejir entre tantas leyes diferentes las que podian convenir al pueblo romano, de escojerlas para adaptarlas á su jenio, y de hacer de ellas un código completo que pudiese servir de regla en todos tiempos y circunstancias: para llegar á este objeto hicieron los tribunos que el cónsul Sestio reuniese el senado y le propusiese un decreto con la creacion de diez majistrados, los cuales durante un año tendrian todos los derechos de los cónsules y aun los que habian tenido los reyes. Debia sus-

penderse toda otra majistratura; y estos depositarios de la autoridad pública quedarian encargados de la redaccion de nuevas leyes.

Despues de vivas oposiciones, adoptóse por último el senatoconsulto. Reuniéronse los comicios por centurias, los cónsules abdicaron solemnemente; los pretores, ediles, cuestores y aun los tribunos siguieron este ejemplo, y en su lugar, bajo el nombre de *decemviros*, elijieron diez majistrados, á quienes como ya hemos dicho en otro lugar, se confirieron todos los poderes. Hemos indicado que convinieron entre sí el que uno solo tuviese los hazes durante diez dias, pasados los cuales este signo del poder supremo pasaria sucesivamente á todos; diferenciándose únicamente los otros de los demás ciudadanos por un oficial subalterno llamado *Accensus*, que los precedia en público. Los cuidados del gobierno no los distrajeron de su objeto principal. Despues de haber comparado las leyes griegas con las de Roma, tomaron de unas y otras lo que les pareció aplicable á los romanos; y trazando un modelo de su obra la espusieron al público, para que cada uno indicase libremente su parecer. Despues de oido el de los ciudadanos mas ilustrados, se hicieron algunas correcciones, en seguida se presentó el nuevo código al senado, quien lo adoptó por un decreto. Llenada esta primera formalidad, el pueblo romano, reunido en comicios por centurias le dió jeneralmente su voto. Para dar mas solemnidad á este acto, se hizo la ratificacion delante de los pontífices, augures, y de los sacerdotes de todos los colejios. Ofreciéronse sacrificios á los dioses protectores de Roma; y este cuerpo de leyes, grabado sobre diez tablas de bronce, fué colocado en el lugar mas visible del Foro.

El año prescrito para esta grande obra iba á acabar, y los decemviros pidieron otro mas para darle el último grado de perfeccion. Satisfecho el pueblo de su manera de gobernar, dió su consentimiento, y reunidos los comicios, se nombraron nuevos decemviros, conservando de ellos únicamente á Apio Claudio.

Este era el momento de salir mal con un gobierno que tanto se habia ensalzado. El dia siguiente de la eleccion, se vió con asombro en la plaza pública á ciento veinte lictores con hazes armados de hachas. Una tirania odiosa sucede á la fijida dulzu-

Digitized by Google

ra de los decemviros; y todos los objetos de su temor ó de su enemistad son sacrificados. Estos mismos hombres que dictaban sábias leyes, pronuncian decretos de muerte; la república iba á perecer, cuando una accion ecsecrable de Apio, subleva de repente al pueblo, corre á las armas, las lejiones se juntan á él, y este poder monstruoso es disipado en un instante.

Vuélvese á la antigua forma de gobierno, empréndese el juicio de los decemviros, pero estos no lo esperaron. Apio y uno de sus colégas perecieron por sus propias manos; los otros huyeron para siempre de una tierra que habian cubierto de sangre. Al través de tantos males, se habia terminado la grande obra de la lejislacion: añadiéronse otras dos tablas por los nuevos decemviros, y este cuerpo de leyes, conocido bajo el nombre de *leyes de las doce tablas*, contuvo hasta aquella época toda la jurisprudencia de los romanos.

Sesenta años despues de la creacion de este código tan célebre, los galos se apoderaron de Roma, menos del Capitolio, quemaron la ciudad, y las doce tablas fueron destruidas en el incendio. Rehiciéronse por las copias que se habian sacado; y para trasmitirlas á la posteridad de una manera mas segura, se les hizo aprender de memoria á los jóvenes. Este código augusto fué por mucho tiempo la admiracion de los romanos, que le miraron con el mayor respeto, y como el monumento mas bello de la humana sabiduría (1).

Pero la lejislacion de un pueblo no pudiendo fijarse mientras éste no se fije, el contínuo aumento del estado romano, el acrecentamiento de las fortunas y los crímenes que fueron consiguientes, hicieron sentir la necesidad de nuevas leyes. A las de las doce tablas, que se miraban como las constituciones de la república, se fueron añadiendo leyes y plebíscitos nuevos, siempre espedidos segun las antiguas formas.

Como la ley mas desenvuelta no habia podido preverlo todo, pues circunstancias fortuitas combinadas infinitamente, la ha-

(1) Las leyes de las doce tablas contienen, como vamos á ver, disposiciones rigorosísimas, imposibles de aplaudir; solo aquí tratamos de la opinion de los romanos, acordes en mirar las doce tablas como una obra maestra de lejislacion; pues Ciceron se atreve á decir que las prefiere á todas las bibliotecas del mundo.

Digitized by Google

cian siempre defectuosa, y los hombres siempre mas injeniosos estaban inventando medios de eludirla; se dió á muchos depositarios de la autoridad relijiosa ó civil el derecho de hacer edictos que supliesen á la insuficiencia de las leyes. Consiguientemente, los pontífices en materia de relijion, el pretor en lo judicial y los ediles en política, publicaban edictos que tenian fuerza de ley, hasta que otras disposiciones contrarias los hubiesen invalidado.

Los majistrados que gobernaban las provincias romanas, tenian tambien el derecho de hacer edictos: los unos se llamaban *de traslacion*, porque se sacaban ordinariamente de los edictos del pretor de la ciudad; los otros eran puramente locales.

De modo que el derecho romano se componia de la reunion de las doce tablas, de las leyes nuevas, de los plebíscitos, de los senatosconsultos y de los edictos. No ecsaminaremos por separado cada uno de estos ramos de la lejislacion; limitémonos al testo de las doce tablas y á las disposiciones principales de cada una.

La primera trataba de los procedimientos civiles: este objeto, bastante complicado, estaba seguido en todas sus ramificaciones, y cada uno podia reconocer en él con facilidad la injusticia ó la ilejitimidad de su causa.

La segunda tabla tenia por objeto toda clase de robo: el nocturno era castigado de muerte y lo mismo sucedia con el robo diurno si el culpable estaba armado. Si el delito era notorio, es decir, que el culpable fuese cojido en el hecho y no estaba armado, era azotado con varas y entregado á aquel á quien habia robado. Si el robo no era notorio, es decir, que el culpable estuviese convicto sin haber sido cojido infraganti, era condenado á devolver el doble de lo que habia robado, y el cuádruplo por el edicto del pretor. El juez convencido de haberse dejado corromper, era castigado de muerte.

La tercera tabla se referia á las deudas, y sus disposiciones eran temibles. El deudor cuya deuda estaba confirmada, obtenia una moratoria de treinta dias para buscar los medios de pagar. Pasado este tiempo, si no encontraba la suma, era llamado ante el pretor, quien le entregaba á su acreedor como esclavo. Este tenia el derecho de atarle por el cuello, y de ponerle grillos en los pies, con tal que la cadena

no pesase mas de quince libras. En este estado le conducia al mercado tres veces de seguida, y el pregonero gritaba en alta voz la suma porque estaba detenido, á fin de escitar en su favor la compasion de los ricos ciudadanos. Si nadie se presentaba para pagar la deuda, su acreedor podia venderlo fuera del territorio romano, y aun tenia el bárbaro derecho de hacerlo morir. Si se presentaban muchos acreedores, les era permitido repartirse el cuerpo del deudor.

La cuarta tabla trataba de los derechos de los padres. La autoridad paterna, ley primera de la naturaleza, era mas estensa en Roma que en pais ninguno, y aun casi podemos decir que era bárbara. El padre á quien naciese un hijo deforme ó contrahecho debia matarlo al punto; en todo tiempo tenia sobre sus hijos derecho de vida ó muerte, podia venderlos como esclavos; si llegaban á ser libres por sus propios esfuerzos, podia venderlos hasta tres veces; podia desheredarlos sin alegar ningun motivo, arrojarlos de su casa, ó enviarlos al campo para trabajar como esclavos. Cuanto podian reunir con sus aceros ó su industria, era entregado á su padre. Su caudal se llamaba peculio, como el de los esclavos, á quienes se asemejaban en todo con respecto á su padre. Los ciudadanos romanos llamados *injenui* ó de orijen puro, gozaban únicamente de estos derechos en toda su plenitud.

La promocion de un hijo á uno de los grandes cargos del estado, suspendia los efectos de la autoridad paternal; pero al terminar su ejercicio, entraba en la obediencia; y á un poder pasajero sucedia una sumision durable.

Cuando un padre daba su consentimiento formal á un hijo para que se casase, ya no podia venderlo, por no ser justo que una mujer casada con un hombre libre, llegase á ser la esposa de un esclavo. Esceptuado este punto, el poder paterno subsistia en toda su fuerza, y aun se estendia á los nietos y viznietos. La muerte del jefe de la familia, podia únicamente poner término á este derecho (1).

(1) Acontecia siempre cuando una ley era demasiado rigorosa, el encontrar medio de eludir sus disposiciones. Un padre se presentaba al majistrado con su hijo y un comprador; hacia la venta del jóven por una suma cualquiera, y ponia la mano públicamente sobre el dinero. El comprador lo ponia inmediatamente en libertad, segun la

La tabla quinta esponia las reglas de las sucesiones y de las tutelas.

Los ciudadanos romanos podian heredar únicamente de un ciudadano; todo estranjero estaba escluido de la sucesion. El que habia obtenido el derecho de ciudadano, no podia heredar en la totalidad los bienes de un romano de orijen; solo tenia derecho á los de la rama materna.

Los hijos y nietos estaban obligados á aceptar la sucesion de su padre por onerosa que fuese; llamábaseles *herederos suyos*. Los esclavos á quienes su dueño daba libertad al morir, y los instituia sus herederos, eran llamados *herederos necesarios*, y estaban igualmente obligados á aceptar la sucesion, como lo espresa su título. Los otros herederos podian renunciar á la sucesion, y por eso fueron llamados *herederos voluntarios*.

Todo romano que gozaba de la plenitud de los derechos de ciudadano, podia disponer de sus bienes por testamento, heredar legados que le hubiesen sido hechos, y ser testigo en toda disposicion testamentaria. Estos actos estaban sujetos á muchas formalidades; y el modo mas ordenado de libertarse de ellos era llamar al heredero delante de siete testigos. En el ejército hacian los soldados su testamento de una manera mas sencilla: en el momento de ir al combate nombraban en alta voz á su heredero delante de sus camaradas, y esta declaracion bastaba para asegurar la ejecucion de sus últimas voluntades.

La tutela se conferia á los agnados ó parientes paternos; los mas cercanos eran llamados á ella de derecho cuando el padre de familia moria sin testar. En el caso de no hallarse, el pretór daba un tutor á la viuda y á los hijos.

Si el tutor malversaba los bienes del pupilo, estaba obligado á la restitucion de doble cantidad, y quedaba anotado de infámia.

El liberto estaba siempre bajo la tutela de su protector. Las mujeres estaban siempre en tutela perpétua. Durante su infancia, el tutor tenia la administracion de sus bienes; cuando eran mayores, conservaba el derecho de interponer su autoridad sobre el uso que podian hacer de ellos; y cuando se casaban, pasaban del poder de su tutor al de su esposo.

fórmula de uso. Esta venta y esta manumision simuladas, se repetian por tres veces, y el hijo quedaba libre para siempre.

Digitized by Google

La sesta tabla trataba de la posesion de los bienes, y del divorcio.

Distinguíanse las propiedades sagradas de las que eran de derecho humano. Las primeras estaban bajo la jurisdiccion de los pontífices, como eran templos, sepulcros, etc. Todas las cosas sagradas eran inenajenables; y solo perdian este carácter por la profanacion.

Las propiedades de derecho humano eran *muebles ó inmuebles*. Dividíanse tambien en *mancipi*, es decir, cuya posesion podia transmitirse materialmente; y en *nec mancipi*, las que no eran de naturaleza de ser secuestradas.

Podia serse propietario de un objeto cualquiera de muchos modos: primero, por la *cesion* de un acreedor delante del pretor; segundo, por el uso de dos años respecto á un inmueble, y de un año solo respecto á un objeto moviliario; tercero, por *compra* en las ventas públicas; cuarto, por *adjudicacion*, es decir, por la posesion de la porcion adjudicada por los majistrados en una particion cualquiera; y quinto, por *donacion*. La magnificencia romana hacia muy frecuentes estas especies de transacciones.

El divorcio de que trataba el segundo artículo de esta misma tabla, ofrece sobrada importancia para ser tratado lijeramente, y por lo mismo hablaremos de él en otro paraje.

La tabla sétima trataba de los crímenes y de las penas cuya série es difícil de seguir; solo advertiremos que la ley admitia la pena del *talion*, por la cual el que habia privado á un ciudadano de un miembro, debia ser mutilado del semejante si no se componia con la parte ofendida. Los parientes mas cercanos del herido tenian el derecho de continuar su venganza.

La octava tabla trataba de los bienes del campo, de los siervos, de los oficios, etc., objeto muy estenso que no nos ofrece grande interés.

La tabla novena esponia el derecho público, cuyas principales disposiciones son bien conocidas.

La décima tenia relacion con los funerales. Prescribia las ceremonias de estos, sus diferentes especies, y fijaba el tiempo en que se debian tributar los últimos deberes á los finados. Jamás pueblo alguno fué mas relijioso que los romanos, en el ejercicio de estos tristes deberes, sin omitir nada de cuan-

Digitized by Google

to podia onrar la memoria de sus padres y probar la pena de haberlos perdido.

Las tablas undécima y duodécima no trataban de ningun objeto particular, pues eran un suplemento á las otras diez.

Con sentimiento nos hemos limitado á esponer solamente el sumario de este código célebre; pues la dificultad de entenderlo bien ha hecho siempre que se pase rápidamente sobre objetos que hubieran pedido mas desenvolvimiento. Dicho código estaba escrito en la lengua de los Oscos, pueblo de la Campania, que hablaba un latin bárbaro, antiguamente usado en Roma, y que hoy se comprenderia con muchísima dificultad.

No se puede negar que la mayor parte de estas leyes parecian hechas por tiranos para contener á bárbaros. Ellas recordaban á la vez el carácter de los decemviros y el orijen de los romanos. Dificilmente se comprende cómo un pueblo que se habia sublevado en ocasion de la dureza de los acreedores, y que despues de cuarenta años que habia tenido tribunos para defenderse, hubiese podido aceptar leyes tan crueles para el infortunio. Estas disposiciones tan severas, se abolieron sucesivamente por la estension que se dió al derecho de ciudadano. El año 429 una ley proibió el tener presos á los deudores, y solamente dió derecho á los acreedores sobre sus bienes. Del mismo modo se proibió azotar con varas á los romanos. En fin, el año 630, la famosa ley *sempronia* decidió que una sentencia de muerte no podia pronunciarse contra un ciudadano sino por órden del pueblo, sin que este derecho se estendiese hasta los soldados, siempre sujetos á las penas que pluguia á sus jefes imponerles. Muchas veces se veia á un individuo culpable en el momento de ser preso por un lictor, detenerlo con estas palabras: *yo soy ciudadano*. Si era acusado de un crímen de estado, se le juzgaba por la jeneralidad de los ciudadanos. Si era un crímen privado, los tribunales ordinarios pronunciaban su sentencia; pero podia apelar de ella á los comicios. En ambos casos, érale permitido sustraerse á la pena merecida, desterrándose voluntariamente antes de que se pronunciase la sentencia.

Cuando un ciudadano era llamado en juicio por crímen capital, si reusaba comparecer el dia que debia decidirse de su suerte, un oficial público se pre-

sentaba por la mañana á su puerta, lo llamaba á son de trompeta, y solo despues de esta formalidad fallaban los jueces contra él. Tan estremadas eran las precauciones que se tomaban para disponer de la vida de un ciudadano (1).

En jeneral las leyes que redactaron los decemviros tendieron á disminuir el poder del pueblo, porque aspiraban á la tiranía; y por una consecuencia de esta disposicion secreta, las leyes de las doce tablas proibian los matrimonios entre los patricios y el pueblo. Esta ley ofensiva para los plebeyos quedó anulada en el año 308.

Por el mismo principio las doce tablas pronunciaban la pena capital contra los poetas satíricos y los libelistas; pero siendo los decemviros los únicos que tenian interés en proscribir á los que podian quitarles la máscara, este reglamento cayó en desuso despues de su espulsion, hasta que fué destruido enteramente por la ley sempronia.

Despues de la publicacion de las doce tablas, la lejislacion romana fué conocida de todos los ciudadanos; pero para hacerse justicia habia que seguirse una marcha y emplearse ciertas fórmulas que solo eran conocidas de los patricios, defensores naturales de sus clientes; de modo que el pueblo, aunque instruido de sus derechos, no podia ejercerlos sino por la interposicion de los grandes. Largo tiempo quedó en esta dependencia, hasta que vino á sacarle de ella una circunstancia inesperada. El año 440, Cayo Flavio, escriba del jurisconsulto Apio Claudio, le robó los rejistros de las fórmulas, y publicó una copia de ellas. Este servicio fué tan agradable al pueblo, que Flavio, hijo de un simple liberto, fué hecho tribuno, senador, edil curul, y para conservar su memoria, la obra que habia dado á conocer recibió el título de *derecho civil flaviano*.

Flavio hizo al pueblo romano otro servicio del mismo jénero publicando los *fastos* ó el cuadro de todos los dias del año, con su destino, como ya diremos al tratar del calendario. Los pontífices, que eran los únicos depositarios de los fastos, ocultaban cuidadosamente al público su conocimiento; pero Flavio, habiendo obtenido la comunicacion de los fastos, por el mismo medio que tuvo el de las fórmu-

(1) Plutarco, Vida de Tiberio y de Cayo Graco.

las, descubrió el misterio; y para hacer que fuesen mas auténticos, hízolos grabar en una columna de bronce durante su empleo de edil. Hasta esta época los pontífices dirijian é impedian segun su voluntad todas las operaciones del gobierno, los procedimientos entre los particulares, y aun el mismo pretor ignoraba el dia en que le era permitido administrar justicia. De este modo, el conocimiento de las leyes, el tiempo y los medios de recurrir á ellas lo supieron todos los ciudadanos; sin embargo, los patricios pudieron particularmente interpretarlas; y esta prerogativa, concentrada en su órden, elevó muchos de ellos á los primeros cargos del estado.

No entraremos en detalles mas estensos sobre las leyes romanas: bástanos haber espuesto sus principios; ocasion se presentará de que las sigamos en su aplicacion. Hechas para los romanos solamente, no nos toca juzgarlas. Si la prosperidad de una nacion prueba la bondad de su código, jamás lo hubo mejor; pero si es permitido al resto del jénero humano pronunciar por lo que de él sufrió, nunca lo hubo mas funesto.

Patronos y clientes, nobleza, tribunos, coronas y órdenes militares. — Hemos procurado trazar un rápido bosquejo del gobierno de Roma, y hemos visto á su pueblo, ya humillado y ya triunfante en los diferentes comicios, estrellarse con perseverancia contra el partido de los patricios, arrancarles poco á poco la mayor parte de sus privilejios, y librarse de sus hierros sin procurar romperlos enteramente. Admiracion causará sin duda, el que unos hombres ébrios de glorias y de triunfos, teniendo á la vez los medios y la voluntad de vengar largas humillaciones, no hubiesen dado el último paso, y destruido para siempre distinciones de que tan zelosos se debian manifestar. Pero no; jenerosos en su enemistad y magnánimos hasta en su ira, se esforzaban para llegar á la altura de los grandes sin deprimirles; pues procuraban sentarse al lado de ellos para brillar con su brillo mismo, y no para degradarlos con el abatimiento.

Una conducta tan mesurada, y cuyos resultados fueron tan gloriosos, anunciaba á un pueblo que en nada se parecia á los demás. Trabajo cuesta el comprender cómo una multitud siempre ciega y arrebatada, su-

Digitized by Google

po detenerse en aquella pendiente rápida, y respetar aun á aquellos que no temía atacar. Esta moderacion tenia su orijen en muchas causas: en la profunda veneracion de los romanos por los usos de sus antepasados; en la resistencia valerosa de los patricios, que no desistieron de sus derechos sino en el último estremo, y que cediendo en fin á la fuerza de las circunstancias, sacrificaron una parte de ellos para conservar los mas importantes; y en fin, en los felices efectos del *patronato*, institucion sublime emanada de un alma jenerosa, y digna del héroe que la concibió. Su jenio superior previó los desórdenes que podrian acarrear en su naciente ciudad, distinciones concedidas á una clase de ciudadanos con perjuicio del mayor número, y á este jérmen de discordia opuso el de la benevolencia.

Desde muy temprano acudian muchos ciudadanos á las casas de los grandes personajes y se entretenian familiarmente con los criados de quien parecian conocidos, se esforzaban á penetrar hasta la habitacion del amo, le abordaban con espresion respetuosa, recibian de él un saludo, y se retiraban con aire satisfecho para volver á hacer lo mismo el dia siguiente.

Tales eran los *clientes* que felicitaban á su patrono. Cuando Rómulo hubo dividido su pueblo en dos órdenes, para sostener entre ellos la armonía que el orgullo y la envidia hubieran podido alterar, quiso reunirlos por un lazo comun que los hiciese necesarios uno á otro. Quiso que cada plebeyo elijiese en el órden de los patricios uno de quien seria cliente ó protejido. Prescribió los deberes de unos y otros y consiguió hacer que se amasen. La opinion fortificada por el tiempo acabó su obra, y á tan augusta institucion, debió Roma su salvacion en aquellos dias de borrasca que corriera el imperio.

Los patronos debian ayudar á sus clientes con sus consejos y su crédito: les esplicaban las leyes que no estaban en estado de conocer. Los defendian jurídicamente cuando se veian atacados en sus derechos ó propiedades; sostenian altamente sus intereses, procuraban colocar á sus hijos, y solicitaban en su favor las mercedes y gracias de los majistrados. Favorecíanlos en su comercio ó en sus empresas, y los socorrian en sus desgracias. Frecuentemente se vieron en familias ilustres preferidos á los parientes estos humildes a-

Digitized by Google

migos, ya como herederos, ya como candidatos en los comicios. En fin, un patrono verdaderamente digno de este título, velaba sobre sus clientes como un padre sobre sus hijos; se onraba con sus virtudes y gozaba con sus prosperidades.

El cliente hacia mucho mas por su patrono; le consultaba en todas ocasiones, le tributaba los deberes de costumbre, y estaba adicto á su persona. Jamás dejaba de seguir á pie su litera cuando iba al senado, á los tribunales y á las asambleas del pueblo, para dar á su marcha el aspecto de un triunfo. Vivia en cierto modo bajo la dependencia de su ilustre protector; debia darle su voto en los comicios; y aun estaba obligado á proveer al dote de sus hijas si no podia casarlas, y á su rescate si era prisionero de guerra. Ayudábale á restablecer su fortuna si algun accidente le perjudicaba; y si moria sin herederos ó sin haber hecho testamento, su patrono le sucedia en todos sus bienes.

Estábales proibido á entrambos el acusarse uno á otro ante los tribunales, servir en ningun caso de testigo uno contra otro, y unirse con sus enemigos recíprocos. El patrono ó el cliente convencidos de haber quebrantado esta proibicion, se veian sujetos á la ley espedida contra los traidores, y podia uno dar la muerte al otro. Ya no se veia en ellos sino á víctimas consagradas á los dioses infernales, y su memoria era ecsecrada por los hombres.

Los hijos sucedian á los derechos de sus padres sobre sus clientes, sin que en ningun caso pudiesen estos mudar de patronos. Desde Rómulo, pertenecian á las mismas familias sin que se hubiese invertido este órden. Si un jefe de familia patricia moria sin dejar sucesores, sus clientes escojian otro patrono; y del mismo modo los nuevos ciudadanos que cada dia entraban en Roma, se aderian bajo el mismo título á alguna casa ilustre. Aun se adelantaban á sus deseos respecto á este punto, pues como los patricios daban una grande importancia á verse rodeados de multitud de clientes, no perdonaban pasos ni promesas para aumentar su número.

Sin embargo hay que manifestar que sin destruirse esta institucion, el tiempo le gastó lo que tenia de mas noble y afectuoso. La fortuna escesiva de la mayor parte de los patricios, y el orgullo que fué su consecuencia inevitable, hicieron de ellos

Digitized by Google

protectores altaneros y fastuosos; y los clientes llegaron á ser ávidos cortesanos, mas oficiosos que llenos de afecto, mas sumisos que fieles, y que sufrian á sus patronos sin amarlos. Admitidos en otro tiempo á la mesa de su señor, estaban en cierto modo agregados á la familia. Este uso se encontraba apenas ya en algunos viejos romanos, zelosos de conservar sus costumbres antiguas. Por do quiera se distribuian todas las mañanas á los clientes algunos alimentos, bajo el título de *sportula*, nombre latino de una especie de cesto en que los esclavos hacian esta distribucion. Mas frecuentemente este socorro diario se hacia salario vergonzoso para el que lo daba, y mucho mas para el que lo recibia. A pesar de estas mudanzas, el derecho de clientela inspiró siempre mucho respeto. El principio no habia variado, las leyes eran las mismas; la alteracion de las costumbres desnaturalizó los resultados sin atacar á la institucion.

Pero estas leyes tan positivas ¿habian perdido su efecto en los debates que ajitaron por tanto tiempo á los dos órdenes? El cuerpo entero de los plebeyos atacando abiertamente á los patricios, todos los clientes eran culpables; todos incurrieron en la pena capital. Difícil es en efecto conciliar los pasos violentos del pueblo romano con ese pretendido respeto á sus jefes. Los historiadores al transmitirnos estos grandes acontecimientos, se han limitado á darnos á conocer los resultados y todos han omitido los detalles que podrian esplicar esta especie de contradiccion. Acerca de este objeto no podemos hacer sino simples conjeturas: es de creer que entonces sucederia lo que en nuestros tiempos hemos visto en ocasiones menos importantes. Cada cliente miraba secretamente por su patrono al perseguir con calor el de su vecino, y el órden entero consiguió su objeto sin que sus miembros apareciesen culpables.

Si en esta asociacion la balanza se inclinaba á favor de los patricios, los clientes á su vez podian gozar en el esterior de los derechos de patronato. Los pueblos sujetos á la dominacion romana, acostumbraban elejirse entre sus ciudadanos mas acreditados un protector que pudiese hacer moderar las contribuciones que les imponian, vijilar en la eleccion de los majistrados que la república les enviaba, y ser el ajente directo de todas sus

negociaciones. De ordinario á quien los habia conquistado concedian este onor que no siempre era estéril; y como todos los ciudadanos sin distincion podian llegar al mando de los ejércitos, un plebeyo que habia sido cliente en Roma, podia llegar á ser protector de reyes.

Muchos no comprenderán cómo podria serse á la vez noble y plebeyo. Todos los patricios indudablemente eran nobles, segun la significacion literal de esta palabra; pero aquí se designa mas particularmente á los que eran revestidos con los primeros cargos de la república. Muchas familias plebeyas erán nobles, y semejante título se podia disputar á muchas familias patricias. Un ciudadano poco conocido que obtuviese una gran majistratura, se le daba entonces el nombre de *hombre nuevo*; echaba los fundamentos de la nobleza de su raza, y cada cargo del mismo jénero que poseián sus descendientes, añadia á aquella un nuevo grado. Para conservar de ella un recuerdo auténtico, las leyes autorizaban á todos aquellos cuyos antepasados habian ocupado en el estado altos puestos, á que conservasen públicamente sus imájenes, las cuales se modelaban en metal, en mármol, en madera ó en cera, que era lo mas frecuente. Estos simulacros dispuestos con órden en el *atrio* ó pieza principal de una casa, constituian su adorno mas brillante. Estaban encerrados en cajas ó estuches, de los cuales no se les sacaba sino para pasearlos por la ciudad en las fiestas solemnes ó en las ceremonias particulares, tales como los triunfos, ovaciones, pompas fúnebres, etc. Allí colocaba cada familia con complacencia estos nobles testimonios de su grandeza; allí podia leer cada uno los títulos que tenia á la consideracion pública, y por un postrer omenaje tributado á la memoria de los grandes hombres, se escitaba á sus hijos á imitarlos.

Los cargos que daban el derecho de imájenes, eran los de soberano pontífice, dictador, cónsul, pretor, censor y edil curul. Añádase á estos el interey y el rey de los sacrificios. Estos dos cargos, que el uno era el reinado de un momento y el otro un título vano, daban brillantez á las familias; y el recuerdo de una grande autoridad, siempre conservado á este nombre de rey, parecia obligar al respeto á los mismos republicanos.

No bastaba sin embargo haber sido revestido de una dignidad

Digitized by Google

curul para dejar á sus hijos el derecho de imájenes; era necesario haber llenado todas las obligaciones de aquella. Una distincion que debia estenderse hasta la posteridad mas remota, debia concederse con miramiento. Reusábase á los que habian prevaricado en el ejercicio de sus funciones: y aun mucho tiempo despues de su muerte, si se llegaba á descubrir que se habian hecho culpables de alguna accion vergonzosa, se procesaba su memoria y se rompian públicamente sus imájenes.

La nobleza formaba en Roma un cuerpo muy poderoso y considerable, cuyos miembros parecian repartirse todos los cargos importantes. En las elecciones se dirijian á ellos las miradas de la multitud, teniendo en cuenta los servicios de sus abuelos y esperando de ellos otros semejantes. En vano la esperiencia de todos los siglos ha demostrado que los héroes nacen sin sus antepasados, como mueren sin posteridad; la opinion destruye el efecto del razonamiento, y todo hombre deja á sus descendientes la gloria ó el oprobio de su nombre.

Si los depositarios de la autoridad civil gozaban en Roma de distinciones tan brillantes, un pueblo conquistador hizo aun mucho mas con el ejército. Las recompensas concedidas á los que en él se distinguian, eran llamadas propiamente *onores militares*; los cuales eran proporcionados á la naturaleza ó importancia de la accion á que daban lugar.

El jeneral en jefe que habia ganado una batalla decisiva, en donde al menos perecieran cinco mil enemigos, podia pretender el triunfo. Para esto dirijia al senado una relacion esacta del combate; unia á ella el estado de las pérdidas del enemigo y de las suyas propias, afirmado por juramento ante su cuestor; esponia las ventajas de su conquista y formulaba su peticion. Si la victoria habia ensanchado los límites el imperio, si no se habia comprado muy cara, si la guerra se habia terminado, y estaban acordes el senado, el pueblo y aun los tribunos, se le decretaban los onores del triunfo.

Entonces volvia á Roma á la cabeza de su ejército; y por un decreto especial se le concedia por un dia solamente el mando militar en la ciudad, en donde la autoridad de los majistrados y aun la de los mismos cónsules, parecian rendirse ante la suya. Cerrábanse los tribunales, sus-

pendíanse todos los negocios, todo era alegría y movimiento en aquella Roma, en donde pueblo innumerable de los puntos mas lejanos se agolpaba para gozar de un espectáculo que aunque frecuente, jamás habia dejado de interesarles.

La marcha principiaba: veíanse aparecer las bandas de música tocando y cantando imnos de triunfo: seguíanle muchos toros completamente blancos y con los cuernos dorados; tras ellos iban los despojos robados á los enemigos, y grandes tarjetones con los nombres de las provincias conquistadas. Los cautivos se presentaban encadenados, despues iban los lictores con los hazes rodeados de laurel; en fin entre dos filas de niños con pebeteros en donde ardian los perfumes mas esquisitos del Oriente, se presentaba el jeneral montado en un carro magnífico y tirado por cuatro caballos blancos. Tenia todos los atributos de la dignidad real, el traje de púrpura bordado de oro, el cetro de marfil y la corona de laurel; pero para destruir en él los efectos de estos símbolos del poder, un esclavo montado en el mismo carro con una corona de oro y colocado detrás, le repetia por intervalos en voz baja: *acuérdate de que no eres mas que un hombre*. Por una consecuencia de este mismo principio de humillar al triunfador al honrarle, se le obligaba á depositar el anillo de oro, y á llevar el de hierro concedido á los plebeyos (1).

Alrededor del jeneral iban á caballo los principales oficiales del ejército, y los soldados cerraban la marcha con coronas de laurel. Cantaban las alabanzas de su jefe, y por una licencia tolerada, á estos elojios añadian burlas picantes.

Los sacerdotes de todos los colejios, el senado y los majistrados de todas clases contribuian personalmente al brillo de esta ceremonia. Despues de haber atravesado la ciudad entera la pomposa comitiva, llegaba al Capitolio. El triunfador colocaba una corona de oro sobre el altar de Júpiter. Inmolábanse las víctimas y despues en el mismo templo daba un banquete mas notable por la solemnidad del lugar que por la suntuosidad de las comidas que en él se servian (2). Llegaba por

(1) Plinio, lib. XXXIII, cap. I.

(2) Estas comidas estaban teñidas de color rojo. La estátua del dios, y el triunfador mismo estaban pintados con

último la noche, y en el mismo órden conducian al jeneral á su casa. La luz de una multitud de antorchas, las aclamaciones del pueblo y la especie de desórden que acompaña siempre á una marcha nocturna, daban á esta fiesta jigantesca un carácter imposible de definir.

A este dia no seguia otro brillante porque la aurora disipaba para siempre el sueño mas encantador que pudiera formar criatura humana. El que la víspera era todo en Roma, ya no tenia autoridad alguna; sus tropas salian de la ciudad, y se despojaba la ropa de púrpura para vestir la toga de ciudadano. Pero el jeneral que habia gozado de los honores del triunfo, de repente se veía á la altura de los ciudadanos mas ilustres. Sentábase en la silla curul, llevaba la corona triunfal en los juegos públicos; sentábase en el senado, sus descendientes gozaban del *derecho de imájenes*, su nombre se inscribiá en los anales de Roma, y un solo dia de gloria dejaba recuerdos eternos.

¿Pero podemos concluir esta relacion sin mencionar algunas circunstancias odiosas? ¿Podemos callar un hecho atroz é inhumano? No; digámoslo siquiera en venganza de la humanidad: los desventurados cautivos que precedian al triunfador, eran asesinados sin compasion por órden suya antes de entrar en el Capitolio.

Todos los triunfos no eran gloriosos, ni decisivas todas las batallas. Si la victoria no se habia disputado, y sus consecuencias eran poco importantes porque aun duraba la guerra, el senado concedia solamente un pequeño triunfo llamado *ovacion*, porque en él lo que se sacrificaba era un carnero (*Oves*) (1). El jeneral á caballo y no sobre un

bermellon. Plinio dice que no puede adivinar el orijen de esta costumbre; nosotros creemos que tiene la misma causa que las burlas de los soldados, y la circunstancia del esclavo coronado, es decir, que manifestaba el deseo de moderar el brillo del triunfo, asemejándole en cierto modo á unas saturnales.—Plinio, lib. XXXIII, cap. VII.

(1) Hemos seguido aquí la opinion de Plutarco poniendo *Oves* por *carneros*. Indudablemente no es esta la significacion literal de la palabra, pero nos ha parecido mas conveniente que la de ovejas, para designar las víctimas en una fiesta militar.

Segun muchos autores *Ovacion* viene de *evasmos*, clamor, grito de alegria, del cual los latinos han formado el verbo *evare*, despues *evatio*, y en fin *ovatio* por corrupcion.

carro, iba coronado de mirto, en vez de laurel; la trompeta guerrera era remplazada por la flauta melodiosa; llevaba el traje blanco, y en la mano una rama de olivo que parecia recordar una accion poco sangrienta. Aunque la ovacion fuese muy inferior en opinion de los romanos, al verdadero triunfo, se conservaba cuidadosamente su memoria y siempre se podia recordar en los títulos que podia tener una familia á la consideracion pública.

Despues de una victoria, si el jeneral habia mostrado valor y habilidad, y era amado de sus soldados, á quienes miraba por sus primeros jueces, le proclamaban *imperator* en el mismo campo de batalla, espresando de este modo que era digno de mandarlos. Desde este momento sus lictores rodeaban sus hazes de laurel; los soldados adornaban sus picas, y las cartas que dirijia al senado iban igualmente laureadas. Si se aprobaba su conducta, se ordenaban rogativas públicas, y se le decretaba el triunfo, la ovacion, ó la simple confirmacion del título de *imperator* que llevaba hasta su vuelta á Roma.

Descendiendo de estos rangos elevad s, habia distinciones para aquellos que se señalaban en los ejércitos; y cualquiera que fuese su grado, jamás una buena accion quedaba sin recompensa. Estos onores, siempre apreciados, sacaban poco á poco á las familias de su primitiva oscuridad, y les preparaban otros mas importantes.

Al primero que habia penetrado en el campamento enemigo ó forzado sus trincheras, se le daba la corona llamada *castrensis* ó *vallaria*, cuyos rayos eran de oro, y representaban las empalizadas que defienden un campamento.

La corona *rostral* se formaba como ya hemos visto de muchos picos que semejaban á proas de buques. Concedíase al jeneral que habia alcanzado una victoria marítima. Pocos romanos tuvieron este onor. No hay que confundirla con la corona *naval* que se daba al primero que entraba al abordaje de un buque enemigo.

La corona *mural* era recompensa del primero que habia escalado las murallas de una ciudad cercada, ó que habia entrado por la brecha. Era de plata con torres de oro.

La corona *obsidional*, mas estimada que la que acabamos de citar, se daba al jeneral que ha-

bia libertado á los romanos de un sitio, ya en una ciudad, ya en un campamento. Era de simple *grama* cojida en el mismo lugar que ocupaban los sitiadores; mientras que las otras estaban formadas de metales preciosos. Entonces se creia que el que habia salvado á sus conciudadanos, no podia ser pagado sino con el onor, y que la sencillez de la recompensa realzaba su brillo.

Por esta razon misma la corona *cívica* que tanto se apreciaba en Roma, estaba hecha de ojas de encina. Dábase á aquel que habia salvado á un romano en una batalla. Es natural creer que las ocasiones de concederla han debido reproducirse incesantemente en un pueblo siempre en guerra; pero las obligaciones impuestas á los que las pretendian, se multiplicaban de tal modo, que se hacia dificil obtenerla. Se ecsijia primero que el que habia sido arrancado de manos del enemigo fuese ciudadano romano. Era necesario que este enemigo á quien iba á matar fuese muerto en el mismo sitio: esto no era bastante; el paraje en que habia pasado la accion, debia quedar en poder de los enemigos, durante el resto de la jornada. En fin, era necesario que el romano preservado de la muerte, lo declarase públicamente (1), pues no se admitia otro testigo.

Despues de la victoria, distribuia siempre el jeneral delante del ejército reunido las recompensas militares. Se hacian salir de las filas á estos dignos soldados, se dirijia á cada uno de ellos una corta arenga, relativa á la accion que habian hecho, y les daba el premio por su mano. Esceptuábase únicamente la corona cívica: el ciudadano que habia sido salvado, la daba él mismo á su libertador en presencia del jeneral; llamábale públicamente su salvador y su padre, y por el resto de su vida debia manifestarle la ternura y el respeto de un hijo.

En ocasiones menos importantes los jenerales daban á los oficiales una espada, un escudo y un cinturon enriquecido de oro ó de plata; á los caballeros un casco, ó ricos arneses; á los simples soldados, brazaletes, un collar, una pica, etc. Estas recompensas se conservaban en las menores familias con el mismo cuidado que ponian las grandes en guardar las imájenes de sus antepasados. Se las colocaba con complacencia en el lugar mas vi-

(1) Plinio, lib. XVI, cap. IV.

sible de una casa. Se las presentaba en público en ciertas ocasiones. Los que las habian obtenido se elevaban de grado en grado á los primeros puestos militares; llegaban á ser *centuriones, tribunos de los soldados* y aun jenerales. Podian en los comicios aspirar á las grandes majistraturas; y asimilados de hecho á los mas ilustres ciudadanos de Roma, participaban de los mismos onores y ventajas.

CAPITULO VII.

Oradores, su influencia, modo de darse á conocer y de llegar á los empleos. — Gobierno esterior. — Municipios. — Colonias, etc. — Casamiento. — Ceremonias relijiosas. — Viudas. — Divorcio. — Anfiteatro. — Combates diversos. — Juegos florales. — Teatro, decoraciones.

Oradores, su influencia, modo de darse á conocer y de llegar á los empleos. — Los que estaban revestidos de la autoridad no siempre la ejercian; y por todas partes un poder oculto, parecia combatir al poder lejítimo. Toda dilijencia que hayamos empleado para distinguir las diferentes autoridades de que se componia el gobierno de Roma, clasificar los majistrados de diversos rangos, ó indicar la naturaleza de sus funciones ó la estension de sus atribuciones diferentes; no serviria sino para trazar un cuadro imperfecto, si omitiésemos dar á conocer una clase de ciudadanos que tenia una influencia muy marcada en los negocios públicos, aun antes de haber obtenido un título real. Faltos de todo poder legal, daban movimiento á todo, y su poder sobre el pueblo era tanto mas activo, cuanto obrando siempre en su nombre, no tenian que temer el ser parecer él responsables de las medidas de que se creia autor. Frecuentemente ponian trabas al establecimiento de las leyes mas sábias y necesarias, eludian las ecsistentes, provocaban el juicio de los ciudadanos mas ilustres, bajo pretestos especiosos, ó los defendian contra muy fundadas acusaciones; no lanzaban el rayo, pero dirijian sus golpes; y semejantes al piloto, que con una mano tranquila manda al Océano irritado, dirijian las oleadas de aquel pueblo tumultuoso que se convertia en instrumento de sus voluntades y pasiones.

Estos eran los oradores, especie de corporacion secreta que no tenia atribucion ninguna po-

sitiva, y cuya influencia se hacia sentir por todas partes, que no tenia autoridad alguna, y que se repartia todos los destinos; en fin, que habituaba insensiblemente al pueblo romano á oir sin cesar los mismos nombres, y á ver por todas partes unos mismos hombres. Vióseles hacerse árbitros de la paz ó de la guerra, decidir de la suerte de los pueblos y de los reyes, arrojar la rebelion en el seno mismo de su patria, y por una recompensa fatal, perecer en el tumulto que ellos mismos habian escitado.

Todos los romanos que estaban revestidos de grandes majistraturas eran necesariamente oradores. La rivalidad que separaba á los dos órdenes del estado, las acusaciones recíprocas y unas mismas intenciones, obligaban á los jefes de facciones diferentes á emplear armas iguales. Muy amenudo, el puro amor del bien público y el destello del jénio, inspiraron á dignos ciudadanos rasgos de elocuencia que los colocarán para siempre en el rango de los mas grandes oradores. Pero no es de estos de los que queremos hablar, sino de los que veian en el arte oratorio un medio seguro de llegar á un objeto puramente personal, que envilecian con una codicia vergonzosa los talentos que el cielo se dignára concederles, y que dejando á otro la práctica de las virtudes, solo poseian una vana declamacion.

En Grecia la primer necesidad del orador era adquirir reputacion; quedaba satisfecho si su nombre resonaba en los diferentes pueblos de la Atica, y las ventajas mas reales que podia obtener no eran bastante importantes para fijar su atencion. En Roma al contrario, el poder, los onores y la fortuna misma pertenecian esculsivamente á los que gobernaban en su nombre; y el número de las majistraturas, ó de los empleos menos importantes, era demasiado considerable para alimentar la esperanza de todos los pretendientes. El oro de toda la tierra y los poderes que rejian el universo, allí se repartian; y el que llegaba á apoderarse de la porcion mas pequeña de aquellos vastos despojos, se veia de repente mas rico, mas poderoso y mas absoluto que la mayor parte de los reyes.

Tal era la carrera abierta á los romanos; y cuantos se habian ilustrado por acciones brillantes, ó cuyo nombre presentaba felices recuerdos, entraban en ella sin dificultad, y la reco-

Digitized by Google

rrian con mas ó menos suceso segun la naturaleza de sus talentos. Pero si un ciudadano sin nacimiento ni fortuna, ni haber hecho á su patria eminentes servicios deseaba figurar, no tenia que esperar nada sino de sí mismo. Todo le faltaba y á todo tenia que suplir; su primer cuidado era ocultar bajo una humildad finjida, proyectos que otros concurrentes igualmente solícitos, hubieran hecho abortar desde el principio. Forzado á replegarse sobre sí, cubria su ambicion con el velo de la indiferencia. Concentrado en su interior obraba con mas fuerza; se ecsaltaba, se inflamaba; aquellas ricas provincias que se distribuian incesantemente á su alrededor, aquellas súbitas fortunas, aquellos onores inauditos, cuanto veia y oia alimentaba su esperanza y nutria sus ilusiones lisonjeras: sus sueños se adelantaban al tiempo, prodigándole lo que todavia le reusaba la verdad; en fin, si algunas circunstancias felices le permitian dar el primer paso en la via de los onores, al punto abandonando los vanos rodeos, marchaba rectamente á su objeto. Pero ¡qué de paciencia y de trabajo era necesario para conseguirlo! En Atenas, todo hombre que tenia el sentimiento íntimo de sus talentos, ó que suplia á ellos con la audácia, tomaba atrevidamente la palabra en las asambleas populares; bastábale su título de ciudadano; como miembro del estado tenia derecho á discutir los intereses comunes; y si sus esfuerzos no triunfaban, el clamor público lo obligaba á entrar en el rango de que no debiera haber salido. En Roma por el contrario, el derecho de subir á la tribuna estaba reservado á las majistraturas mas importantes: antes de estar revestido de ellas, era necesario haberse distinguido largo tiempo por el uso habitual de la elocuencia del foro; y estos talentos se adquirian insensiblemente con trabajos sostenidos.

El jóven romano principiaba desde luego por servir en los ejércitos de la república, y portándose en ellos con onor, adquiria el derecho de hablar y de aprobar ó criticar libremente las diferentes operaciones. Vuelto á la vida civil despues de diez años de servicio militar (1), se daba al estudio de la jurispru-

(1) Polibio, lib. VI, cap. iv. Ningun romano, dice, puede preten jer empleos, sin haber servido diez años en los ejércitos.

dencia. A poco conocia todas las leyes, las citaba á propósito, y podia referir la historia de cada una; seguia los tribunales, asistia á todas las asambleas del pueblo, y de este modo preparaba á todos sus conciudadanos, para que viesen en él un hombre únicamente ocupado del bien público. Uniase desde luego á algun jurisconsulto célebre; seguíale sus pasos á los lugares públicos; y á fuerza de perseverancia, recibia de él lecciones provechosas. Alumno diestro, alababa en todas partes los raros talentos de su maestro, procurando inspirarle interés, y de este modo se insinuaba en su confianza, y aprendia de él los secretos de su arte. A su vez, el maestro hacia valer al discípulo, y citaba su nombre con elojio, sin pensar que un dia podia hallar en él un competidor peligroso. Entretanto se enteraba de los negocios y de su curso. Lo que habia visto por el dia y los discursos que habia oido los meditaba, procuraba recordar lo que mas le habia chocado; y él mismo rehacia los trozos de que no podia acordarse, supliendo en él la imajinacion á la insuficiencia de la memoria. Alentado por esta sombra de triunfo, escojia un objeto, concebia su plan, le seguia con aplicacion, y bien pronto sonreia á su primera obra. Una nueva dificultad se presentaba: la declamacion le detenia al momento; era necesario renunciar al fruto de tantos trabajos ó triunfar de este ostáculo. Pero ¡qué no hace la sed de las grandezas! Nuestro jóven aspirante estudiaba el órgano del lenguaje, depuraba su diccion y la sostenia con jestos nobles y espresivos. Descendiendo en seguida á menores detalles, aprendia á manejar la toga con gracia, daba a su marcha mesura y dignidad; y no olvidaba ni aun el cuidado de sus cabellos, á fin de que todo en él ofreciese un acorde perfecto.

Entonces se presentaba ante un tribunal, y defendia con calor la causa de algun pobre ciudadano. Bien pronto se notaba su talento y se le aplaudia. Elevábase gradualmente á los asuntos del estado; y en fin, poniendo en evidencia aquellos talentos que se habia esforzado á adquirir secretamente, emprendia ante el pueblo reunido en los comicios, la defensa de un ciudadano acusado públicamente. Conociendo el imperio de las pasiones, porque él mismo estaba devorado de ellas, profundizaba los medios secretos de es-

citar en su auditorio aquellos movimientos rápidos que arrancan á la multitud las decisiones mas importantes.

Cuando el jóven abogado se distinguia ya por su elocuencia y se anunciaba que tal dia debia defender un negocio, acudia á oirle la multitud de los ciudadanos. Los jueces y los espectadores le escuchaban con igual atencion, y allí apuraba los recursos del arte para inclinar á todos en favor de su cliente.

Sin renunciar enteramente á las ventajas de su profesion, el jóven defensor se manifestaba moderado en sus ecsijencias; el amor de las riquezas se callaba ante una pasion mas fuerte todavia. Llegaba el momento de recojer el fruto de tantos cuidados; declaraba públicamente que aspiraba á la cuestura, y se presentaba en las asambleas del pueblo con una toga blanca, anuncio de sus pretensiones. Solo despues de dos años enteros podia esperar la consecucion de su deseo; y lejos de desalentarse, redoblaba su zelo y sus cuidados. Entonces cambiaba de modo: despues de haberse distinguido por sus talentos, se esforzaba en señalarse por su modestia y circunspeccion. Frecuentaba los templos con asiduidad; se hacia grato á todos los ciudadanos por sus discursos, relativos á su edad, á su rango y á sus funciones. «Padre mio, decia á los ancianos »con la espresion del respeto, »¿no volveremos á ver aquellos »dias de gloria y de virtud que »brillaban en la antigua Roma? »Todo dejenera : ah! estamos »muy lejos de nuestros antepa»sados. Hijo mio, decia á los jó»venes, vosotros sobrepujareis á »vuestros padres; dichosa la pa»tria que cuenta muchos hijos »como vosotros!» Compadecia á los grandes por verse incesantemente espuestos á la insolencia del pueblo diciéndoles: «Y qué, »el nacimiento y el rango ¿no »serán onrados nunca en esta »ciudad corrompida? ¿Verémos »siempre á los hombres mas »distinguidos contradichos en »público por plebeyos oscuros?» Entretenia á los ciudadanos pobres con distribuciones de trigo que se iban á hacer, ricos despojos y reparticiones de tierras; dejaba entrever para dicha del pueblo proyectos que la prudencia aun no le permitia dar á conocer. A los mas miserables les hacia lijeros socorros, diciéndoles con voz enternecida: «Oh »amigos mios, poco bien he he»cho todavia por vosotros. Ah! »si la ciega fortuna se dignase un

»dia concederme una pequeña »parte de lo que prodigó á tan»tos otros, cuán dulce me seria »hacer mas soportable vuestra »suerte!» Y la multitud, que siempre espera porque siempre es desgraciada, no cesaba de entregarse á una esperanza engañada tantas veces.

Entretanto se anunciaba el dia de los comicios para la eleccion de los cuestores: despues de muchos pasos y súplicas obtenia del majistrado que debia presidirlos, ser incluido en la lista de los candidatos. Solicitaba el permiso de arengar al pueblo reunido; se lo concedian, y nunca su elocuencia se presentaba mas brillante. El amor de la patria, el respeto á las leyes y la felicidad de los ciudadanos parecian ser sus únicos pensamientos. Unos se deslumbraban con sus talentos, otros quedaban seducidos con sus promesas, y todos estaban acordes en ver en él uno de aquellos antiguos favorecidos del cielo que debia hacer la gloria de Roma.

Llegaba en fin el momento decisivo, y se fijaba el dia de la eleccion. Despues de haberse presentado sobre el monte Quirinal, para hacerse ver mejor del pueblo, llegaba al campo de Marte, seguido de gran número de parientes y amigos, y acompañado de algun personaje importante que daba mas peso á su demanda. Jentes apostadas, recorrian la multitud esparciendo diestramente sus alabanzas, particularmente entre los habitantes de las tribus rústicas, hombres rectos y sencillos, siempre estraños á las intrigas de la ciudad, y siempre dispuestos á ser instrumentos de ellas sin saberlo. «Yo lo conozco, decia uno »de aquellos oficiosos amigos; »es un digno ciudadano.» — «¡O»jalá, esclamaba otro, que tu»viésemos nosotros siempre se»mejantes majistrados!»

Por su parte, él no descuidaba nada para secundar los pasos de sus amigos; recorria los grupos del pueblo, vestido con un ropaje abierto por delante que le permitiese manifestar las heridas verdaderas ó finjidas que habia recibido en los combates, y de este modo se atraia la benevolencia de aquel pueblo de soldados que colocaba el valor sobre todas las virtudes. Estábale proibido llevar bajo su toga otros vestidos en donde pudiese poner oro para corromper los votos; pero esta sábia disposicion se eludia vergonzosamente; á algunos pasos, varios hombres apostados, distribuian con ma-

en varias sumas prometiéndolas mas considerables; y mientras el candidato hablaba de virtud, el vicio trabajaba á su alrededor y en favor suyo. Llegaba el momento de votar: ¡qué calor en sus súplicas, qué humildad, qué bajeza! Veíase á aquellos orgullosos romanos humillarse ante sus últimos conciudadanos, apretarles las manos cariñosamente, informarse con afecto de sus intereses mas pequeños, prodigarles las lisonjas y las súplicas, y en fin, abrazar las rodillas de aquellos mismos hombres que desdeñaban la víspera, y que tal vez tratarian con rigor al dia siguiente.

Para mostrar mas popularidad todavía nuestro candidato tenia cerca de sí uno de aquellos hombres llamados *nomenclatores*, cuyo único talento era saber los nombres de todos los individuos de cada tribu; con su ayuda llamaba sin titubear por su nombre á cada ciudadano, y aquella astucia grosera y tan amenudo repetida, producia siempre su efecto.

Elejíasele por último, daba el primer paso siempre tan difícil, y él mismo era en adelante el creador de su propia fortuna. Si se distinguia en el ejercicio de la cuestura, de la edilidad ó del tribunado, á la edad de treinta y seis años podia ser revestido de una dignidad curul. Si el nuevo majistrado habia sabido conciliarse el amor del pueblo, ó si conocia el arte de emplear á propósito los medios que suplian á aquel, recorria rápidamente el círculo de las grandezas; y ejerciendo bien pronto sus talentos sobre un teatro mas estenso, llegaba al mas alto grado de fortuna que podia pretender un ser humano.

Pero el suceso no coronaba siempre los esfuerzos de un candidato; este papel pedia mucha circunspeccion en todos los momentos; un paso imprudente y una sola palabra estemporánea, bastaban para hundir un edificio levantado con tanto trabajo y lentitud; y como una sombra lijera huia el favor del pueblo de aquel que se creia mas seguro. El grande Scipion, pidiendo una vez la cuestura, tenia por concurrente á un hombre sencillo en sus costumbres y que cultivaba él mismo su campo. Al verle Scipion sus manos duras y callosas, le dijo sonriendo: *¿Qué es eso, amigo mio, andas tú con las manos?* Ofendido de esta burla, que parecia dirijirse á la mayor parte de sus miembros, dió el pueblo sus sufrajios al hurla-

do, y Scipion pudo conocer que aquellos mismos que habian dejado de practicar la virtud, sabian todavia respetarla.

GOBIERNO ESTERIOR, MUNICIPIOS, COLONIAS, ETC.—Era una mácsima reconocida en Roma, y un acsioma de derecho público que todo debia obedecer á ella, que debia triunfar de todos los ostáculos y que un destino irrevocable la llamaba á la dominacion universal. Sus ciudadanos podian diferir algunas veces sobre los medios de llegar mas prontamente á este objeto inmutable, pero todos convenian en el principio. Rómulo que lo concibió, supo establecerlo en el corazon de todos. Al levantar aquel héroe su débil edificio, lo apoyó sobre bases inalterables y capaces de sostener un dia el monumento prodijioso cuya idea habia concebido. Con mano atrevida trazó el cuadro inmenso adonde á su vez irian á colocarse todas las naciones; sus sucesores no tuvieron mas que llenarle. Algunos cambios esenciales pudieron hacerse en los detalles, segun que el tiempo ó las circunstancias manifestaban la necesidad, pero el plan pertenecia á él solo. Todo representaba aquella union perfecta, y aquella armonía esacta que caracteriza la obra del jenio. Rómulo fué quien creó la primera lejion romana, fundó el senado, y estableció el patronato; él fué particularmente quien dió la idea sublime de asociar á la gloria de Roma á todos los pueblos vencidos, de animarlos con su espíritu, y de hacer de ellos los instrumentos de nuevas conquistas. No contenta Roma con vencer, se identificaba con sus mismos enemigos. Cuanto mas resistencia le oponian, mas dignos los juzgaba de ser contados entre sus ciudadanos. Consolábalos de su derrota, asociándolos á sus triunfos nuevos; y ligando sus intereses á los de todos los pueblos que habia subyugado, su gloria llegaba á ser la obra de todos. En este punto es donde conviene buscar las causas de la grandeza de aquella soberbia ciudad, y no en los vanos oráculos imajinados por el jenio para dirijir la ignorancia. Sí, indudablemente, los dioses han prescrito el destino de todos los pueblos.

Desde el momento que un pueblo era subyugado, permanecia tranquilo. El órden seguia inmediatamente á la conquista, Roma enviaba á él sus ajentes que se apoderaban de los derechos del gobierno ejercién-

dolos en su nombre. Fijábanse los tributos que ella ecsijia. En el orijen de la república las naciones vencidas eran transportadas á Roma. Una ley de Rómulo proibia pasar á cuchillo ó esclavizar á la juventud de las ciudades conquistadas: é igualmente no permitia que se dejasen sus tierras sin cultivo para convertirlas en pastos (1); pero cuando Roma estuvo suficientemente poblada, y tuvo un territorio proporcionado á su estension, cesó de conceder á los pueblos vencidos el título de ciudadano, y permitió á los habitantes permanecer en sus paises bajo condiciones diferentes. Los unos, como los pueblos del Lacio, eran los aliados inmediatos del pueblo romano. Los servicios importantes que le habian hecho, y su antigua alianza los habian casi enteramente amalgamado con sus vencedores; daban su voto en las decisiones importantes; gozaban de derechos muy estensos, pero no estaban incorporados en las tribus; componian la fuerza principal de los ejércitos de la república sin ser admitidos en las lejiones. Los cónsules hacian saber á las diferentes ciudades la cantidad de soldados ó caballeros que debian aprontar; ellas los equipaban y los mantenian á su costa, y estaban sujetos á los jenerales romanos.

Los latinos tenian leyes que les eran propias; podian adoptar las de Roma, pero no estaban sujetos á los edictos del pretor. Llamábase *derecho latino* la reunion de los privilejios, obligaciones, derechos, leyes, etc. particulares á los pueblos del Lacio, y era muy difícil instruirse en él, porque variaba de una ciudad á otra.

Los otros pueblos de Italia gozaban de lo que se llamaba el *derecho Italiano*. A medida que las provincias de Italia eran conquistadas, Roma hacia de ellos aliados bajo diversas condiciones mas ó menos ventajosas á sus pueblos. Sin entrar en todas estas distinciones, basta saber que los italianos gozaban de derechos menos importantes que los de los latinos. No tenian ningun voto que emitir sobre los negocios de Roma; pero ellos mismos se proveian de tropas por sus tratados particulares, y se gobernaban por sus propias leyes.

(1) Dionisio de Halicarnaso en su lib. II, cap. VI, dice que esta ley es la causa primera de la grandeza de los romanos.



Digitized by Google

Tal era desde mucho tiempo la posicion de los pueblos del Lacio y de la Italia respecto á Roma; casi todos le habian permanecido fieles en la guerra de Annibal, ella les debia su salvacion, y en recompensa pidieron unánimemente ser iguales á los ciudadanos romanos; pero habiendoles negado el favor con altivez todos tomaron las armas; y Roma tuvo que sostener por espacio de tres años una guerra cruel en la que perecieron trescientos mil hombres de entrambas partes. En fin, los talentos reunidos de Mario y Syla la hicieron triunfar; pero por un acto de jenerosidad inesperada, se concedió á la sumision lo que se habia reusado á la amenaza. Despues de aquel acontecimiento, los pueblos de Italia sin escepcion tomaron parte en las elecciones de los comicios, concurrieron á todos los cargos del estado, fueron admitidos en las lejiones, y á escepcion de algunos derechos particulares y de ciertas ceremonias relijiosas propias de los habitantes de la ciudad, gozaban de todas las ventajas de los romanos. Es necesario observar sin embargo, que esta concesion no se estendia mas allá de los derechos políticos, y que los pueblos aliados no participaban de las franquezas pecuniarias ni de las dádivas reservadas á los ciudadanos propiamente dichos.

Lo que se llamaba con el nombre de *provincias*, se componia de todos los estados sujetos á la república, fuera de Italia. Luego que un pais se conquistaba, enviaba el senado á él diez embajadores á quienes participaba sus intenciones; concertábanse para la ejecucion con el jeneral vencedor, y se hacia conocer solamente al pueblo reunido, las cargas y obligaciones que les eran impuestas. Muchas provincias eran tratadas con miramiento y otras con rigor, segun se habian manifestado mas ó menos ostiles antes ó despues de la conquista. Algunas veces en la misma provincia conservaba una ciudad el derecho de elejir sus majistrados y de gobernarse por sus propias leyes, mientras que en otras no gozaban de ninguna de estas ventajas.

Enviábase á todas las provincias un gobernador cuyo título variaba segun su importancia; mandaba las tropas y administraba justicia; iba siempre seguido de un cuestor que en cierto modo era su lugarteniente, cuya funcion principal era

la vijilancia de los caudales públicos.

Dábase el título de *municipios* á las ciudades estranjeras cuyos habitantes gozaban de los derechos de ciudadanos romanos; la república les concedia esta distincion en recompensa de algun servicio esclarecido. En los casos en que faltaban á sus obligaciones con la metrópoli, eran castigadas con rigor. Roma nombraba todas sus majistraturas, y bajo el nombre de prefecturas decaian de todos sus privilejios.

Cuando los principales majistrados de una ciudad cualquiera daban en el ejercicio de sus funciones pruebas de una adesion particular á los intereses de la república, se les concedia personalmente el derecho de vecindad, y aquella recompensa esclarecida los colocaba sobre todos sus conciudadanos. Así es que de pueblo á pueblo y de hombre á hombre, era jeneral la emulacion para llegar al mismo objeto.

En jeneral tanto como en un principio se aplicaba Roma á destruir la libertad nacional en los paises que habia conquistado, tanto respetaba la libertad de sus ciudadanos. Sus majistrados mantenian el órden, administraban la justicia, y vijilaban en todos los puntos de la administracion, pero dejaban á cada uno seguir en paz su relijion, sus leyes ó sus costumbres, y gozar de lo que le era propio. Si se ecsijia á una provincia una parte de sus tierras, se tomaban ordinariamente de los dominios del estado; la república recompensaba con ellas á sus antiguos soldados, y eran el patrimonio de sus ciudadanos mas pobres, enviando á ellas *colonias*.

Estos establecimientos se hacian con aparato. Despues que el pueblo romano habia arreglado la particion é indicado los ciudadanos que debian ser admitidos á ella, los conducian con órden los comisarios al paraje que debian ocupar. Allí, despues de haber ofrecido sacrificios á los dioses, se trazaban y distribuian las porciones. Estas colonias dispersadas en las provincias, servian para vijilarlas y mantenerlas en la obediencia. Llenábanlas con el nombre de la madre patria y con el respeto que debia inspirar. Los pueblos adoptaban insensiblemente su lengua, sus costumbres y sus opiniones; de modo que Roma ecsistia en toda la república, y su espíritu todo lo animaba y vivificaba. Al paso que afirmaba su imperio, se des-

Digitized by Google

hacia incesantemente de aquella multitud de ciudadanos facciosos é inquietos que la necesidad hace siempre temibles, y que desecan el estado que los alimenta; de estos hombres hacia cultivadores laboriosos y ardientes misioneros. Los mismos esclavos que por su multitud parecian amenazar á la seguridad de Roma, servian para su grandeza; pues convertidos en romanos por la manumision, volvian á sus paises cargados de los beneficios de su madre adoptiva, y llenaban el universo con su nombre y su magnificencia. Todo lo que en otra parte causaba la ruina de una nacion, servia en Roma para su engrandecimiento, convirtiendo en instrumentos útiles hasta los elementos de destruccion.

Tal es el sistema de gobierno adoptado por un pueblo elojiado casi solo por el valor, y que debe ser citado siempre por la profundidad de sus combinaciones; pues á este plan, seguido con una constancia tenaz, debió Roma el brillo con que deslumbró á todas las naciones. Nunca varió su marcha aun en los mas grandes desastres. Cierto es que undió la dignidad real, pero el jenio de Rómulo pesaba sobre el senado; pues allí hombres envejecidos en las dignidades, ilustrados por una larga esperiencia, y libres del yugo de las pasiones, ajitaban con tranquilidad intereses que habian llegado á ser los del universo. El principio de su fundador era la regla de su conducta; como él, hacian que una mitad del jénero humano forjase cadenas para la otra.

Por lo que acabamos de esponer, la marcha del gobierno de Roma para subyugar y gobernar los pueblos podria aparecer lejítima. Todas las naciones, aun las mas adelantadas en civilizacion, se esfuerzan en subyugar á las demás, y un ejemplo lo tenemos en la vecina Francia conquistando en el siglo XIX á un pais como la rejencia de Arjel: los derechos parecen nacer de los triunfos, y la gloria cubre la injusticia; pero Roma, aquella ciudad soberbia y pérfida al mismo tiempo, debió su grandeza á una política insidiosa y tan ratera como lo es actualmente la de la Gran Bretaña, al mismo tiempo que á sus virtudes guerreras. Jamás hubo un pueblo que supiese emplear con tanta habilidad el arte secreto de destruir la libertad de los otros pueblos, por medios estraños; de irritarlos contra sus jefes lejítimos y de abortar entre ellos di-

Digitized by Google

visiones que los arruinaban, poniéndolos en la necesidad de implorar su peligroso ausilio. Roma minaba insensiblemente el poder de los estados mas fuertes. Si la guerra que los romanos les hacian no los abatian enteramente, la paz que concluian con ellos, acababa su ruina. Sus tratados insidiosos ponian bajo su dependencia mas naciones que sus armas; y una palabra equívoca interpretada á su modo, ya hemos visto como causó la ruina de Cartago. Con largos esfuerzos, un pueblo sujeto á condiciones onoríficas era encadenado con destreza, y empobrecido con método.

En fin, Roma potente y victoriosa, hacia con los grandes estados lo que Roma naciente con las débiles naciones de que estaba rodeada. Unos mismos eran el sistema, el plan y la marcha, y unos mismos los medios. Los estados así grandes como pequeños fueron minados por su política, antes de ser abatidos por sus fuerzas, y todos concluian por sumerjirse en aquel Océano de poder que no conocia orillas.

Casamientos, ceremónias relijiosas, etc.—El acto preliminar del casamiento que llamaban *sponsalia*, era una especie de empeño recíproco que no se podia romper sino observando ciertas formas legales. Ordinariamente estos actos pasaban en el interior de las familias. El novio presentaba á su futura esposa delante de la jente reunida, un anillo de hierro sin piedra, la cual se lo ponia en el dedo pequeño de la mano derecha. Mirábase esta dádiva sencilla como el primer gaje de la prometida fé y precedia siempre al matrimonio. Desde la víspera se habia tenido cuidado de tomar los auspicios, para conocer la voluntad de los dioses; pero desde mucho tiempo los augures habian cesado de combatir la voluntad de los hombres en el nombre de la divinidad, y creyéndose felices en que todavia se les consultase, no veian en los cielos sino signos favorables. Ya se habian hecho sacrificios al cielo y á la tierra, mirados como los primeros esposos, se habian hecho otros semejantes á Minerva, protectora de la virjinidad, y á Juno patrona de los esposos. Cuando se habian llenado todas estas formalidades, y estipulado las convenciones, se verificaba el banquete de alianza, dado siempre por el padre de la novia.

Este nudo sagrado fu é siem-

pre un objeto importante á los ojos de los lejisladores, ya le mirasen bajo el aspecto relijioso, ya lo considerasen por la influencia que debia tener en el órden social. En efecto, representando cada familia á la sociedad de que hace parte, el acto que une á sus jefes debe ser tan solemne como el pacto nacional; si se hace sin vigor, césa de inspirar respeto, el estado entero cae en la decadencia, cuyo primer indicio es el desórden en las familias; y semejante á las olas del Océano, las jeneraciones estraviadas de su orijen se suceden, se amontonan sin dejar tras de sí la huella de su ecsistencia.

Así pensaban los romanos. Era el casamiento á sus ojos un acto tan augusto, y tan perfecta la union que espresaba, que la muerte misma no podia destruirlo. Una mujer que tomaba un segundo esposo, no ofendia á las leyes, pero sí á la opinion que era mas fuerte que ellas. Los presajios funestos parecian amenazar con la cólera de los dioses á los que ofendian á lo mas sagrado que hay entre los hombres: por esto mismo y para evitar tales presajios, quitaban con gran cuidado del cuarto nupcial todo lo que habia podido servir al primer marido; mudábase la puerta; y aun se alejaba todo lo que pudiese recordar un ser cuya memoria ofendia.

Una accion violenta tanto como injusta, dió á las sabinas por esposas á los primeros romanos; pero esta misma accion los condujo á las virtudes conyugales, únicas que podian borrar su memoria; y si ultrajaron por un momento á aquellas á quienes querian hacer sus compañeras, solo onrándolas incesantemente consiguieron captarse su benevolencia. Siguiendo siempre el mismo plan, en circunstancias diferentes, Rómulo consiguió cambiar en romanas aquellas mujeres que habia robado, como convirtió en súbditos fieles á los pueblos que subyugára; y la noble Hersilia, enteramente dedicada á su nueva patria, participó de los altares que el reconocimiento levantó al primer héroe, y en los sacrificios le onraron con el nombre de *ora*.

Ocupado siempre Numa del cuidado de acercar el hombre á la divinidad, rodeó la union de los esposos de los misterios de la relijion. Dióla un carácter mas augusto; y con ceremonias misteriosas consagradas por el tiempo, ó por símbolos de una res-

petable sencillez, enseñó á los dos secsos á conocer los deberes que se imponian. En los primeros tiempos colocaban un yugo al cuello de los dos esposos, pero por vanidad, suprimieron esta ceremonia, imájen esacta del matrimonio, que debe considerarse como un yugo recíproco. La palabra *conjugium* que habian conservado, les recordaba aquella costumbre antigua.

El matrimonio se hacia entre los romanos de tres maneras diferentes: primero por *confarreacion*, es decir, por el uso de un pan que se daba á comer á los esposos, hecho de farro ó cebada á medio moler, ó sea de la semilla que se llama escanda. El hombre y la mujer se presentaban con diez testigos ante el gran pontífice ó el flamin de Júpiter. Despues de haber inmolado un carnero, el sacerdote consagraba una torta de flor de harina de farro, sal y agua; gustaba de ella las primicias, y despues la dividia entre los dos esposos, que se la comian en su presencia, espresándose por este alimento comun y sagrado, que en adelante todo debia ser comun entre ellos. La mujer pasaba en seguida á manos del marido, en presencia de los testigos, y el sacerdote pronunciaba las palabras sacramentales. Esta fórmula de casamiento era principalmente la usada entre los pontífices y sacerdotes, no solo porque no habian cambiado nada las costumbres de los antepasados, sino porque ella sola podia dar á sus mujeres el derecho de asociarse á sus funciones y de participar de los ritos sagrados.

Segundo, por *cohabitacion*. Si una mujer habia habitado durante un año con un ciudadano sin haber interrumpido esta union por tres dias consecutivos, de hecho era su esposa, y el uso suplia á todas las formalidades omitidas. Estas especies de uniones, que llegaron á ser muy frecuentes por la relajacion de costumbres, eran menos respetadas que las demás, y aun se las llamaba semicasamientos.

Tercero, por *coemptio* ó compra recíproca. El marido y la mujer se daban mutuamente tres ases de bronce, pronunciando ambos las formalidades prescritas por la ley: «¿Quereis llegar á ser la madre de mi familia?» decia el esposo. *Consiento en ello*, respondia la mujer. Esta le dirijia una pregunta semejante, á la cual respondia de la misma manera, y la union quedaba hecha. Desde este momento el marido tenia sobre la mujer to-

dos los derechos de un padre, y ella gozaba de todos los que las leyes concedian á las hijas. Solo las mujeres casadas por *confarreacion* ó por *coempcio*, gozaban esclusivamente el título de *madres de familia*, tan onorífico entre los romanos; ellas solas podian heredar los bienes de sus esposos, ya en la totalidad, si no les dejaban hijos, ya en porcion igual á la suya si les dejaban. Entre estos hijos llamados propiamente *patrimi y matrimi*, se elejian los que debian acercarse á los altares, y ellos solos podian aspirar á ciertas dignidades sacerdotales. Es supérfluo decir, que teniendo este jénero de uniones esclusivamente el carácter de legales, las familias no contraian otras.

Jeneralmente todo matrimonio, aun por *cohabitacion*, contraido sin el consentimiento del padre de cada uno de los esposos, era mirado como ilejítimo; y lo mismo del del tutor con su pupila y del gobernador de una provincia con una habitante del pais cometido á su cuidado. En ningun caso podia casarse un ciudadano con una esclava, ni la jóven libre con un hombre que no lo fuese; y no permitian tampoco á un ciudadano que se casase con una estranjera, porque la dignidad del nombre romano se hubiera mancillado con tales alianzas.

Despues de haber dado á conocer estas leyes tan santas, sobre las cuales descansaba la esperanza de las familias, necesario es decir que se las ultrajaba diariamente. Asombrados por el lujo que les rodeaba, y agobiados bajo necesidades nuevas, una multitud de ciudadanos que tenian las cargas del matrimonio, vivian en asociaciones oscuras y daban la ecsistencia á hijos que el estado rechazaba con desden; y poco á poco fueron desapareciendo ilustres familias. Los romanos cuidaban de no casarse en los dias en que caian las calendas, nonas é idus, é igualmente en el dia inmediato (*postridie*) que le seguian; evitando igualmente los dias de fiesta. Sin embargo, las viudas que se volvian á casar escojian el dia de fiesta en que el pueblo estaba reunido en los templos, para librarse de las burlas que les hacian.

Al dia siguiente del matrimonio, las dos familias se dirijian por la mañana al templo de *Juno Juga* á quien ofrecian el sacrificio de un puerco, del cual habian tenido cuidado de arrancar la hiel, signo fatal de amargura. Llegaba en fin el mo-

Digitized by Google

mento fijado para la última ceremonia, la cual se celebraba por la noche; pero todo el dia lo empleaban en adornar á la novia. Cada parte de su adorno ofrecia relaciones misteriosas con las circunstancias. Al peinarla se separaban sus cabellos con el hierro de una pica que hubiese sido mojada en la sangre de un gladiador muerto en la arena, espresándose por este emblema cruel que debian nacer de ella hombres de valor. Formábanse de sus cabellos seis trenzas, á la manera de las vestales, cuyo carácter esencial aun disfrutaba. Sobre su cabeza se colocaba una corona de verbena que habia cojido ella misma, y se cubria con un velo de color de azafran llamado *flammeum*. Este adorno era el de las mujeres de los pontífices; ellas se hacian notar por su modestia, y se complacian en ofrecer el agüero en aquella circunstancia importante. Se la hacia tomar un calzado muy alto que realzaba la nobleza de su talle. Su traje era del mismo color que su velo; el cual estaba todo cerrado como el que habia tejido Tanaquil, mujer del primero de los Tarquinos, para el rey Servio Tulio, y que aun se veia en el templo de la Fortuna en tiempo de Plinio. Dicho traje estaba sujeto con un cinturon de lana de oveja y con un lazo particular llamado *hercúleo*, el cual solo el marido podia desatar. De esto se orijinó la espresion usada *zonam solvere*, desatar el cinturon, para espresar el último grado de intimidad entre los dos secsos.

Luego que el acompañamiento estaba reunido, los parientes mas cercanos de la jóven desposada la levantaban en brazos para hacerla dar los primeros pasos; ella debia manifestar que dejaba por fuerza la casa paterna, y que iba pesarosa á la pérdida de su virjinidad. Aquella finjida violencia recordaba al mismo tiempo el rapto de las sabinas á unos hombres que amaban cuanto tenia relacion con su orijen. La marcha principiaba á la luz de cinco antorchas hechas de una especie de pino llamado *teda*, el mismo, decian, que Ceres encendió en las llamas del Etna cuando fué á buscará su hija. Estas teas las llevaban jóvenes de corta edad llamados *pueri lauti*, porque estaban esmeradamente perfumados. Este número de cinco era emblemático como el resto de la ceremonia. Recordaba á las cinco divinidades que presiden al matrimonio, cuales eran Júpiter, Juno, Venus, Dia-

Digitized by Google

na y la diosa *Persuasion*, llamada allí *Suada*. Tres niños que tuviesen todavía padre y madre, y á quienes se daba el nombre de *paraninfos*, estaban particularmente encargados de conducir á la casada. Uno marchaba delante de ella levantando la antorcha del imeneo, hecha siempre de ojiacanta ó espino majoleto; los otros dos la sostenian por los brazos; mientras que otro jóven de los que se llamaban *camilos*, y que eran ministros de los dioses en las cosas ó sacrificios mas ocultos, marchaba detrás de ella con una caja ó cofre abierto llamado *camillum*, en donde se veian las alhajas mas ricas confundidas con los juguetes de niños. En fin, cerraba la comitiva una tropa de jóvenes esclavas llevando una el uso, otra la rueca, y otros objetos que recordaban á la jóven casada los cuidados que debian ocuparla en adelante.

Durante la marcha, que se hacia despacio con una pompa relativa al rango de los esposos, y siempre al sonido armonioso de la flauta doble, los parientes cantaban *Hymen* y se invocaba en alta voz á *Thalassius* uno de los romanos que robaron á las sabinas y cuya union larga y afortunada se recordaba como un agüero dichoso.

Llegada delante de la puerta de su marido, que estaba decorada con guirnaldas de mirto y de flores, deteníase la jóven esposa y allí colocaba cintas de lana frotadas con grasa de lobo para evitar los sortilejios, objeto eterno de temor para aquella nacion tan valiente. Terminada aquella operacion, se presentaba el marido, y finjiendo ignorar quién era, le preguntaba por su nombre. *Yo soy Caya; ¿dónde estás tú, Cayo?* respondia ella. Caya era aquella misma *Tanaquil* que se adquirió tanta reputacion por sus virtudes; y las jóvenes tomaban su nombre como un gaje de su buena conducta. Despues de ésta formalidad, el esposo presentaba á su mujer el *fuego* y el *agua*, símbolo de una fortuna comun. Entonces los que la habian sacado de la casa paterna, la levantaban segunda vez para introducirla en la de su marido, sin que tocase el escalon de la puerta, lo cual se hubiera tomado como un signo funesto. Los escalones de las puertas estaban consagrados á Vesta, y la que renunciase á sus atributos, hubiera cometido un sacrilejio tocándolos. Algunas veces para mayor precaucion se hacia una larga brecha en el esterior de la

Digitized by Google

casa para entrar por ella. Luego que era introducida en su nueva morada, se la presentaban las llaves reunidas en un anillo ó llavero, y desde aquel instante nada se hacia sin órden suya. No debemos omitir una lijera circunstancia que manifiesta la importancia que daban los romanos á los cuidados de la casa: cuando la recien casada entraba en el *átrio*, se estendia delante de ella una piel de carnero con su lana, para recordarle la naturaleza de sus ocupaciones.

Llegada ya la comitiva, se apresuraban á quitar la antorcha nupcial á quien la llevaba, y la ocultaban cuidadosamente por temor de que se sirviesen de ella para hacer algun maleficio que abreviase la vida de los nuevos esposos.

Despues entraban todos en una vasta habitacion en donde habia muchas mesas provistas de manjares. Varias esclavas bien vestidas rodeaban á su nueva ama: algunos bufones puestos delante de ella, se esforzaban á atraer sus miradas con pantomimas burlescas, mientras que varios tocadores de flauta la preparaban á escenas mas tiernas, con una música voluptuosa.

A medida que se prolongaba el festin, la alegría de los convidados se hacia mas viva y estrepitosa. Unos cantaban en alta voz el himno nupcial llamado *epitalamio*, otros repetian refranes chistosos; y graves personajes, observadores esactos de los antiguos usos, recitaban versos *Fescenninos*, cuya obscenidad ofenderia los oidos castos si se esplicasen. Despues, unas matronas llamadas *pronubæ*, cuya virtud era reconocida, y que no habian sido casadas mas de una vez, conducian la jóven esposa á la estancia nupcial que estaba sembrada de flores y siempre decorada magníficamente. Alrededor de la habitacion estaban las estátuas de los dioses que presiden á los actos mas secretos del matrimonio, divinidades fantásticas, cuyos nombres espresan muy claramente sus atribuciones. Enmedio estaba el lecho *genial*, llamado así porque estaba consagrado al jenio del marido. El oro unido á la púrpura brillaba en él por todas partes, y guirnaldas de mirto, dispuestas con arte, parecian hacer de él el trono de Venus. Las graves matronas desnudaban á la casada, la metian ellas mismas en la cama y se retiraban despues de haber dado los instrucciones que su esperiencia juzga-

ba convenientes en aquella circunstancia.

Entretanto los convidados continuaban su festejo, las libaciones se sucedian con rapidez, y Baco esparcia insensiblemente un incienso que no debia arder para él. Levantábanse á poco todos los concurrentes y rodeaban al nuevo esposo para dirijirle sus últimas felicitaciones. Entonces, para dar á entender que renunciaba á las frivolidades de la edad juvenil, tiraba al suelo algunos puñados de nueces que los asistentes se apresuraban á cojer, y él se aprovechaba de aquel momento para escaparse de los importunos é iba á solazarse con su mujer.

Terminábase el casamiento, pero los regocijos continuaban todavia. Al dia siguiente daba el marido un gran festin llamado *repotia* porque en él se bebia de nuevo á la prosperidad de los esposos. Por la última vez se presentaban estos en la mesa sentados sobre la misma cama. La nueva esposa afectaba apoyarse familiarmente sobre su marido, manifestando haber olvidado el encojimiento de la víspera. Por esta razon los romanos tenian costumbre de llamar conversaciones de recien casada á aquellas en que se desterraba la decencia. Dificultad cuesta el comprender cómo unas jóvenes educadas con la mas esacta modestia, pudieran deshacerse tan pronto de ella, provocando á risas oscenas.

Al terminarse el convite los parientes y amigos ofrecian á los esposos los presentes de costumbre, y cada cual se aprovechaba de esta ocasion para desplegar su magnificencia ó su afecto, y se terminaba esta ceremonia ofreciendo un sacrificio á los dioses protectores de los esposos.

Cuando un gran personaje acababa de tener un recien nacido, se dirijia al templo de Juno Lucina, acompañado de sus amigos y clientes, á poner una moneda sobre el altar de la diosa; esta costumbre remontaba hasta Servio Tulio, quien para tener un conocimiento esacto del estado de su pueblo, mandó que luego que naciese un niño llevasen sus padres al templo de Juno Lucina, una moneda de plata de cierto valor: cuando tomaba el traje viril se depositaba otra diferente en el tesoro del templo de la Juventud; y del mismo modo en la muerte de un ciudadano, su familia hacia igual ofrenda al tesoro del bosque sagrado de Venus Libitina. Cada año, la suma de estos diversos signos, indica-

Digitized by Google

ba con certidumbre las variaciones ocurridas en el censo de los ciudadanos. La relijion garantia la estricta ejecucion de una medida prescrita por la política.

Viudas.—No era permitido á las viudas volverse á casar antes de haber pasado diez meses despues de la muerte de su marido; y aquellas que por razones particulares no podian esperar al término prescrito, debian antes de contraer nuevos lazos sacrificar una vaca preñada sobre los altares de Juno. Esta vaca llevaba los cuernos dorados y adornados de guirnaldas de flores. Delante de ella iban varios hombres cuyo traje y lento modo de andar anunciaban que eran servidores de los altares; y detrás de la bestia marchaba la viuda vestida con ropajé largo y de luto, y cuyo velo espeso llegaba hasta el suelo. Semejante institucion se debió á Numa. Para ocultarse á las miradas del pueblo, de quien temia ser vista, elejia un dia en que no hubiese mucha reunion de pueblo; porque si este la divisaba, el acto de relijion que iba á hacer no podia sustraerla á sus sarcasmos, porque creia vengar la decencia ultrajándola mas.

Divorcio. — Era el divorcio permitido por una ley de Rómulo, que se fijó en las Doce Tablas; pero no se ejecutaba sino en circunstancias estraordinarias. Este derecho pertenecia solamente al esposo, quien perdia todos sus bienes si se separaba de su mujer sin motivos lejítimos; la mitad era para la mujer, y la otra mitad se consagraba á Ceres. Si ella era culpable perdia todo su dote. Durante los siglos felices en que la pureza de las costumbres triunfaba del rigor de las leyes, el divorcio era desconocido en Roma; en fin, el año 520, Spurio Carvilio Ruga, interpretando rigorosamente la obligacion que habia contraido de dar ciudadanos al estado, se separó de su mujer, únicamente porque no tenia hijos. La opinion pública le censuró; pero tan fatal ejemplo tuvo demasiados imitadores: el vicio mismo se apoderó de lo que solo se habia instituido para contenerlo, y por todas partes se relajó el lazo sagrado.

Si el matrimonio se habia contraido por *confarreatio*, segun el uso de los sacerdotes, se disolvia por una ceremonia contraria llamada *diffarreatio*: si por *coemptio*, el acto que lo rompia se llamaba *remancipatio*. Pero despues llegó el caso de dispensarse estas formalidades, y bastó

el romperlo delante de siete testigos, quedando libres entrambos esposos. Esto se hacia cuando la separacion era á peticion de las dos partes; la mujer guardaba entonces lo que le pertenecia, y muchas veces los regalos que la habian hecho en la boda.

Anfiteatro (1).—Esta palabra que los romanos tomaron de los griegos, espresaba un *doble teatro*, ó para esplicarnos mas claramente, el teatro representaba un semicírculo, y el anfiteatro se componia de dos semicírculos reunidos. La parte de enmedio donde pasaba la escena, se llamaba la arena, porque estaba cubierta de una arena fina llamada lo mismo en latin *arena*; esta parte de enmedio estaba rodeada de una muralla circular de mas de doce pies de alto, sobre la cual estaba colocada una fila de asientos destinados á los grandes majistrados y á los senadores. El que daba los juegos dominaba en dicha fila sobre una especie de tribunal, y cerca de él se colocaban las vestales. Detrás de este paraje, que se llamaba el *Podium*, habia filas de asientos que se estendian y elevaban sucesivamente hasta la altura del edificio; y de la misma manera que en el teatro, las primeras catorce gradas estaban reservadas á los caballeros. Sentados allí cómodamente, un orizonte de magnificencia parecia desplegarse á la vista de todos. Ochenta mil espectadores llevando unos las señales de su dignidad, y revestidos otros con togas brillantes, presentaban al pueblo romano bajo su aspecto mas noble. Oigamos á un historiador contemporáneo describir uno de estos combates:

«Atentos estábamos á lo que »iba á suceder, cuando una an»cha puerta situada debajo del »*Podium* se abrió de repente y »vimos entrar en la arena á una »tropa de jóvenes altos y bien »formados. Luego que se pre»sentaron, arrojó la muchedum»bre grandes gritos de alegría, y »repitió con transporte el nom»bre de los ediles curules que »daban la funcion. Cuando estos »hombres, que parecian soldados »por su continente guerrero, die»ron un paseo por la arena, un »hombre de mas edad que pare»cia presidir á lo que iba á veri»ficarse, los unió dos á dos, se-

(1) Los combates de gladiadores se ejecutaron al principio en el foro, mas tarde se hicieron á este efecto anfiteatros de madera, y hasta el tiempo de Julio Cesar, en 709, no fueron de piedra.

Digitized by Google

»gun su estatura, su fuerza, ó su »destreza; despues con espadas »de madera, principiaron otros »tantos combates singulares en »que todos desplegaron una aji- »lidad sorprendente; pero esto »solo era el preludio del espec- »táculo. A una señal que hizo »uno de los ediles, de repente »tocaron la trompeta, los com- »batientes cesaron sus juegos; »su jefe fué á tomar las armas »lijeras de que se habian servido »hasta aquel momento, y los ar- »mó con espadas cortantes. En- »tonces su aspecto cambió súbi- »tamente; miráronse con ojos a- »menazadores, y ví con espanto »que lo que habia tomado por »un simulacro de guerra, era un »combate real en que varios »hombres iban á morir para en- »tretener á los espectadores. Dos »de estos combatientes estaban »delante de nosotros, y fuí testi- »go de los golpes terribles que se »dieron. Ya avanzaban, ya re- »trocedian, evitando con arte »sus mútuos ataques. En fin, el »mas diestro ó el mas dichoso, »dando un salto ácia un lado »para librarse del golpe que iba »á caer sobre él, sorprendien- »do á su adversario, le undió la »espada en el seno. La asamblea »con voz unánime gritó: *ya le* »*ha dado*. La pobre víctima, ca- »yendo de rodillas, besó sus ar- »mas en señal de derrota, y le- »vantando las manos al cielo pa- »recia implorar la compasion de »los circunstantes. Al punto to- »dos levantaron la mano con el »pulgar estendido; creí que esta »señal anunciaba la gracia de a- »quel desventurado, y me enga- »ñaba, porque era su decreto de »muerte. Apenas él lo notó, cuan- »do presentando el cuello á su »vencedor, recibió el golpe fatal. »Unos esclavos sacaron el cadáver »con gárfios y le arrojaron por »una pequeña puerta llamada la »puerta Libitina, del nombre de »la diosa de los funerales, á un »foso en donde se amontonaban »los cuerpos de estos desgracia- »dos. Al instante nuevos actores »llegaban á ocupar la plaza, y la »misma escena se renovaba con »mil circunstancias diferentes; y »así como cuando la muchedum- »bre queria que el vencido mu- »riese á manos del vencedor, es- »tendia el pulgar de la mano, »cuando un vencido, herido mor- »talmente resistia aun despues de »caido, los mismos circunstantes »estendian la mano, pero con el »pulgar encojido, indicando se »le perdonaba la vida. Enton- »ces el mismo vencedor debia »agarrarlo y conducirlo al pa- »raje de donde habia salido pa-

Digitized by Google

ra que le curasen las heridas.»

¡Este era el pueblo romano! aquellos majistrados que castigaban el asesinato, iban á estimularlo al recinto del anfiteatro; aquellas vestales, que con una sola mirada salvaban á un criminal que iba al suplicio, aquellas vírjenes modestas y puras veian con ojo tranquilo las convulsiones de un moribundo, sonreian en su agonía, y con un jesto impío, provocaban ellas mismas su último suspiro! Estraña inconsecuencia que hacia aplaudir un triunfo odioso á aquel mismo pueblo triunfador de todas las naciones! Verdad es que el objeto cierto de tales diversiones era acostumbrarse á los combates y aprender á derramar la sangre por la patria sin titubear.

Combates diversos. — Otros combates habia, entre los cuales merece mencionarse el llamado *mirmillon*, palabra salida del griego, que significa pescado. El gladiador iba armado á la manera de los galos y llevaba la figura de un pez en la cimera del morrion. Estaba vestido de una túnica corta, y tenia un escudo y una espada corva. El que combatia contra él, tenia la cabeza desnuda; en una mano llevaba un tridente acerado y en la otra una red, por lo cual tomaba el nombre de *retiarius*. Debia servirle para enredar la cabeza á su adversario. De cuando en cuando le gritaba: *detente, Galo, detente; no es á tí á quien yo quiero; sino á tu pescado*. Si el retiario conseguia cojer el mirmillon enredándole con su red, lo mataba con su tridente.

Los romanos en su injeniosa barbárie parece que se aplicaban á mirar la muerte bajo todos sus aspectos, y que habian querido apurar todos los medios de darla. En fin, para pintar de un rasgo solo el orror de aquellos juegos tan alabados, basta decir que los vencedores introducian sus manos en las heridas de sus vencidos, levantaban este sangriento trofeo, y con aquella accion tan esecrable se atraian los aplausos de la multitud, y satisfechos los espectadores se retiraban á sus casas tranquilamente de los placeres que habian gustado.

Cuando se anunciaban estos espectáculos, el que los daba ponia en un cartel el número de gladiadores que debia figurar en ellos, y tenia gran cuidado de recordar el nombre de los mas célebres que tomaban parte. Los combatientes estaban obligados á presentar sus armas para ver si

eran conformes á los reglamentos. Dábase á los gladiadores diferentes nombres, segun su manera de combatir, y la naturaleza de las armas de que se servian. Los *tracios* combatian con la tracidia ó espada á la manera tracia y un escudo. Los retiarios y los mirmillones como ya hemos dicho. Los *homoplácos* armados de todas piezas: los *dimacheros*, ó soldados como los de la caballería macedónica, y que eran una especie de dragones, tenian un puñal en cada mano. Los *esedarios* combatian sobre los carros: los *andabates* estaban á caballo, vendados los ojos ó con una celada sin visera: los *laquearios* no tenian mas arma que un nudo escurridizo ó lazo para apresar á su contrario: los bustuarios combatian contra las bestias feroces; y se llamaban *bustuarios* de *bustum*, que significa oguera, los que combatian en los juegos fúnebres. En fin, habia otros llamados *samnitas*, que iban á los festines para entretener á los convidados con su destreza. Estos tomáron este nombre por usar de la armadura de los naturales de Samnio, no llevaban armas ofensivas, y por esto los demás gladiadores los miraban con desden.

Juegos florales. —Celebrábanse estos juegos en el circo, y en tiempo de primavera, época en que Flora prodigaba sus tesoros. Seria ofender al pudor el tratar de describirlos, y por lo tanto decimos únicamente que una multitud de mujeres abandonaban á la vez el lenguaje y el velo del pudor, y muchedumbre insensata aplaudia con transportes aquellos vergonzosos espectáculos. Los juegos florales se celebraron en Roma la primera vez el año 513; y no se verificaban sino en circunstancias particulares;—el año 580, á consecuencia de una larga esterilidad se los hizo anuales. Trabajo cuesta concebir cómo hombres ya ilustres habian podido pensar aplacar á los dioses irritados ultrajando á la virtud. Los censores, siempre tan zelosos por el mantenimiento de las costumbres, no se atrevian á reprimir desórdenes que se cubrian con el velo de la relijion; y puede decirse que el deseo de agradar al pueblo era superior al temor de corromperlo. Vióse al severo Caton abandonar estas fiestas á que asistia, para dejar al pueblo gozar sin encojimiento de los placeres que turbaba su presencia, y que no podia permitir su virtud.

Teatro, decoraciones:—En el

teatro de una nacion es donde principalmente se aprende á conocerla mejor. Si es noble, jamás se degradará con cuadros vergonzosos; y si está envilecida, jamás ofrecerá rasgos sublimes que no pueden ser sentidos sino por almas jenerosas. Los griegos han sido superiores á todos los pueblos, porque han elevado la escena al mas alto punto de gloria.

En vano se dirá que un escritor puede diferir del resto de su nacion; sin quererlo hace el retrato de ella. Todo hombre trabaja para ser aplaudido, y aplaudimos lo que está conforme con nosotros mismos. Por pomposa que sea la trajedia, está sujeta á este principio. Tomando el hombre en aquellos momentos estraordinarios en que la pasion lo transporta sobre sí, lo representa á la verdad bajo el aspecto mas imponente; pero no puede disfrazar sus rasgos esenciales sin faltar enteramente á su efecto. Que ponga Hércules sobre la escena y conservará su carácter agreste; Aquiles en ella será siempre impetuoso; Ulises manifestará su inclinacion á la astucia; y á pesar de las variaciones que los distinguen, todos ofrecerán el jénio de su nacion.

La comedia descubre de una manera mas pronta todavia el carácter de aquellos para quienes ha sido hecha; imájen esacta de la vida privada, se apodera de sus detalles mas pequeños; no puede agradar si no es verdadera, y no puede ser verdadera sin poner de manifiesto el alma del que la escucha.

El nombre de *Histrion* con que indistintamente se denominaba á todo el que subia al teatro, se derivaba de la palabra *Histere*, que en lengua etrusca espresaba un danzante público, y manifestaba á la vez la debilidad del arte en su infancia y la poca consideracion que tuvo. El año de Roma 393, fué la vez primera que se vieron establecerse dentro de sus muros estas cuadrillas hasta entonces de vagabundos. Comunicándose á sus jefes el gusto del pueblo á estas representaciones, hubo espectadores mas delicados que lo fueron depurando por grados, y el conocimiento del teatro griego les dió la perfeccion de que eran susceptibles.

Si la importancia que un pueblo concede á las artes, y la manera con que trata a los que las ejercen, dan la medida de los progresos que ha hecho en ellas, Roma antigua está muy lejos de la Grecia. Esquilo, Sófocles y

Digitized by Google

Eurípides fueron contados en el número de los héroes; pero no así en Roma en donde la opinion pública degradaba á los actores, y los asemejaba á los bufones descarados que hacian ruborizar á la virtud. Un senador ó un caballero, temian acercarse á un cómico en un sitio público; no se atrevian ni aun á recibirle en su casa; y de este modo le obligaban á despreciarse á sí mismo, y á abandonarse á los vicios que se le suponia. De admirar es cómo unos hombres que sabian apreciar la elocuencia, y que tan gran cuidado ponian en el arte de la declamacion, desdeñasen hasta este punto á los que podian darles provechosas lecciones; un desden hereditario superaba el deseo que tenian de instruirse, y la opinion consagraba la injusticia. En Roma, como en Grecia, los espectáculos eran una parte de relijion; todos habian sido instituidos en nombre de los dioses; y no habia fiesta sin funcion teatral. En todas partes han mirado los hombres como emanado de la divinidad lo que tiende á reunirlos.

El interior del teatro se dividia en tres partes distintas: la escena, en donde figuraban los actores, los cuales estaban separados de la vista del público por un telon que se bajaba y encojia en la delantera del teatro al principiarse la representacion. Despues seguia la orquesta (*orchestra*) colocada siempre en forma de semicírculo delante de la escena y mas baja que ella. En Grecia este lugar estaba destinado á los mimos y á los bailes; y en Roma estaba reservado únicamente á los senadores y á las vestales. Hoy llamamos nosotros orquesta á una reunion de músicos. Detrás de la orquesta estaba el teatro propiamente dicho, y allí se sentaban los espectadores. Estaba formado de gradas circulares que todas correspondian á un mismo centro, y se elevaban y estendian á medida que se iban alejando. El número de gradas no era fijo, sino que estaba en razon de la elevacion del edificio. Cada piso estaba dividido en nueve gradas, siete de las cuales correspondian á igual número de las categorías de los que estaban sentados; y el espacio comprendido entre las otras dos, formaba una galería que separaba cada piso. El pórtico superior tenia asientos que las mujeres ocupaban con preferencia por estar al abrigo de las injurias del aire.

Digitized by Google

A la entrada del teatro habia muchas personas cuyo empleo era acomodar á los asistentes segun su rango y dignidad. Esta distincion no la habia sino en los juegos escénicos; pues en el Circo cada uno se colocaba al acaso y sin ninguna distincion ni preferencia. Cuando en el año 608, L. Mumnio destruyó á Corinto, trasladó á Roma los restos de su teatro, á fin de embellecer los juegos que debian añadir un brillo á su triunfo. Para emplear de una manera conveniente aquellos magníficos restos, se construyó un teatro. Las decoraciones que le embellecian recordaban la elegancia griega.

Al bajarse el telon del teatro se anunciaba á los espectadores el nombre de los actores y el papel que cada uno debia llenar, y al punto la pieza se principiaba. En los teatros griegos era costumbre el hacer entrar en su construccion grandes vasos de bronce que servian para llevar la voz hasta las estremidades del edificio; pero los romanos prefirieron á este medio, que segun ellos desnaturalizaba el órgano del actor, un tocador de flauta que sostenia su voz cuando se iba debilitando, ó que lo atraia á tonos mas bajos cuando se estraviaba; y servia este flautista tambien para dar la entonacion al nuevo actor que entraba en escena.

A veces sucedia que en un entreacto ó en el espacio de una pieza á otra, algunos espectadores sacaban palomos de su seno, y despues de haberles atado un papel á la pata, los lanzaban al aire, y con los aplausos de la multitud traspasaban el teatro, con lo cual no hay necesidad de decir que estos edificios no estaban cubiertos. Aquellos palomos que se arrojaban al aire, eran correos que algunos maridos enviaban á sus mujeres cuando el espectáculo se prolongaba mas de lo ordinario.

CAPITULO VIII.

Calendario. —Año.—Mes, su division.—Horas.—Principales fiestas del año, etc.

Vamos á ver como un pueblo naciente, estranjero á toda especie de ciencia, intentó resolver una de las mas grandes dificultades que hayan resuelto las naciones civilizadas, y hasta qué punto se acercaron á su objeto. Rómulo dió á los romanos las primeras nociones de la division del tiempo. Demasiado perspicaz para no conocer su influencia sobre materias en que el jenio mismo quiere ser sostenido por una larga série de observaciones, pensó mas bien en satisfacer la primera necesidad de una sociedad naciente, que en llegar á una esactitud rigorosa, dejando á la esperiencia correjir los errores que él no habia podido evitar. Dividió el año en diez meses, comenzando el primero en el primer dia de marzo, y eran alternativamente de treinta y treinta y un dias, tiempo presumido que empleaba el sol en volver al mismo punto del orizonte. Rómulo conoció al momento la inesactitud de este cálculo, y quiso que se añadiese á cada año el número de dias necesario, para que el primero del año correspondiese constantemente al mismo punto del cielo.

Numa dividió estos dias escedentes en dos meses que llamó enero y febrero, los colocó antes del mes de marzo y estableció que el año comenzando en adelante el primero de enero, se compondria de doce meses, el primero del cual tendria veintinueve dias, el segundo veintiocho, y los otros alternativamente treinta y uno y veintinueve, escepto setiembre tambien de veintinueve. El año entonces fué en su totalidad de trescientos cincuenta y cinco dias. Este cómputo, mas esacto que el anterior, era todavia defectuoso: conocian que faltaban mas de diez dias para compren-

der la revolucion solar, y se remedió esta falta intercalando un mes de veintidos dias al fin de cada dos años, y despues de los dos siguientes, otro de veintitres dias. Este mes suplementario fué llamado *Merkedonius* en onor de la diosa *Merkedona*, protectora del comercio, á la cual se consagró.

De estos años designados, el término medio era de trescientos sesenta y seis dias y un cuarto. Habian traspasado mas allá del objeto, y para volver á él, dispusieron que en vez de añadir veintitres dias á cada ocho años, se añadiesen solamente quince, lo que llevó por último el año al término preciso de trescientos sesenta y cinco dias y un cuarto. El gran pontífice fué encargado especialmente de velar en el mantenimiento del calendario, y de hacer conocer sus épocas al pueblo romano. Arbitros de la duracion del año, se les vió prolongarlo ó acortarlo por consideraciones puramente personales, y arreglar la marcha del tiempo por las operaciones de la política. Otros, sin permitirse infracciones tan graves, avanzaban ó retardaban, segun su voluntad, las asambleas que debian verificarse en dias fijos; de manera que los errores se aumentaron y hubo en el calendario gran desórden hasta que lo arregló Julio César.

Para hacer conocer al pueblo el número de años transcurridos, imajinaron fijar todos los años un clavo al lado derecho del altar en el templo de Júpiter; pero en adelante, habiendo cesado la ignorancia que hizo nécesario este método, se convirtió en ceremonia relijiosa para alejar las calamidades públicas. El onor de clavar el *clavo sagrado* se concedió primero al pretor, despues á los cónsules, y en fin, al dictador nombrado únicamente para este objeto, en las críticas circunstancias que tantas veces amenazaron la ecsistencia de Roma.

Cada mes se subdividia en tres partes desiguales, que se llababan *calendas, nonas é idus*. Las calendas correspondian al primer dia de cada mes, y comprendian un cierto número de dias tomados del mes precedente. Las nonas seguian á las calendas, y eran de seis dias para los meses que traian treinta y uno, y de cuatro para los demás. Los idus venian ocho dias despues de las nonas. Los dias restantes se añadian á las calendas del mes siguiente, y cada una de estas tres divisiones se con-

Digitized by Google

taba siempre retrogradando.

Pongamos un ejemplo. El 1.° de marzo era el dia de las calendas de este mes. El 28 de febrero era el segundo de las calendas de marzo, el 27 era el tercero, el 26 el cuarto, y así sucesivamente hasta el 13, primer dia de los idus de febrero; el 12 era el segundo de los idus de febrero, el 11 era el tercero, y del mismo modo hasta el 5, que venia el primer dia de las nonas de febrero; el 4 era el segundo, el 3 era el tercero, el 2 era el cuarto, y el 1.° de febrero era el primero de las calendas de este mes. En el número de dias que debian formar las calendas de febrero se tomaban atrás sobre el mes de enero.

De este modo, los idus eran constantemente de ocho dias, y caian el 13 del mes si este tenia veintinueve dias, y el 15, si tenia treinta y uno. Llamábaseles así del verbo etrurio *iduare*, que significa dividir, porque dividian el mes en dos partes casi iguales.

Las nonas eran de cuatro dias si el mes tenia veintinueve, y de seis si tenia treinta y uno, y por consiguiente eran el 5 ó el 7 de cada mes. Tomaban su nombre de la palabra latina *nonus*, noveno, porque tenian nueve dias de intervalo desde el primero de los idus.

Las calendas comprendian el resto del mes, tomando siempre el título del mes que iba á seguir, y concluian el dia de los idus del mes precedente.

Esta manera de computar por una marcha retrógrada, el tiempo que siempre adelanta, parece muy estraña desde luego, y cuesta trabajo comprender que el siguiente dia del primero de las calendas, fuese el cuarto de las nonas. La razon de esto, segun la opinion de un historiador, es que todos los pueblos databan de una época llegada ya, y al contrario los romanos, de una época venidera y que esperaban. Así el dia 1.° de marzo, siendo el primero de las calendas de este mes, al 14 de febrero se hubiera llamado el decimosesto dia antes de las calendas, al siguiente se hubiera llamado el decimoquinto, al otro el decimocuarto, etc., y por una especie de abreviatura, propia del jenio de la lengua latina, en vez de decir *tal dia antes de las calendas*, se hubiera dicho simplemente *tal dia de las calendas*. Esta esplicacion se estiende á los idus como á las nonas; y parece anunciar al pueblo mas ocupado del porvenir que del

tiempo que pasó; tales como debian ser los primeros romanos.

Cada dia de las calendas, los pontífices llamaban el pueblo al capitolio y allí publicaban en alta voz, el número de los dias de *calendas*, la época de los *idus*, la duracion de las *nonas*, y las obligaciones del pueblo durante el mes. La palabra *Calende* viene de *calare* que significa proclamar. El conocimiento de los tiempos y el destino de cada dia, forman lo que los romanos llamaban fastos. Los pontífices tenian ellos solos el secreto; ya hemos visto como el edil cúrul Flavio lo hizo público. Desde aquel tiempo, los fastos grabados sobre una columna de bronce, estaban al alcance de todos los ciudadanos, sin que los pontífices tuviesen necesidad de instruirse en ellos. Las principales ceremonias que estában indicadas por el calendario se llamaban *feriæ stativæ*, fiestas inmóviles, porque volvian en dias fijos. Las otras menos importantes, se anunciaban en cada curia por un gritador público ó pregonero.

Aunque las calendas de cada mes estuviesen consagradas á Juno, el primer dia de enero se dedicaba particularmente á Jano, cuyo nombre llevaba. Ofreciásele una torta llamada *janual*, hecha de higos, de dátiles y leche, cuya dulzura espresaba un feliz agüero. Todo el dia se consagraba á los placeres y regocijos públicos, pues se suponia que el resto del año habia de resentirse de las disposiciones en que estaban al principiarlo. Los romanos se hacian en semejante época muchas visitas y se enviaban pequeños presentes llamados *strenæ*. Los artesanos trazaban sus obras, indicando por este lijero trabajo el uso que contaban hacer de su tiempo. Habia gran cuidado en no dejar escapar ninguna palabra de que se pudiese sacar un mal presajio; y en este mismo dia tomaban los cónsules posesion de su empleo despues de haber sacrificado en el capitolio dos toros blancos que nunca hubiesen sufrido el yugo.

El 9 venian las *agonales*, fiestas muy antiguas instituidas en onor de Jano, bajo el nombre de *Agonius* (dios que tambien presidia á los negocios). En estas fiestas el rey de los sacrificios ofrecia la víctima de un carnero.

El 11 se celebraban las *carmentales*, instituidas en memoria de Carmenta, profetisa, madre de Evandro, rey de Italia, que daba sus oráculos en

Digitized by Google

verso. Estas fiestas se volvian á principiar el 15 y se llamaban las pequeñas carmentales.

Los idus de todos los meses estaban consagrados á Júpiter, al cual se inmolaba una oveja blanca llamada *ildulis*. En los idus de enero los tocadores de flauta corrian por la ciudad vestidos de mujer.

El 24 venian las ferias *sementinas*, para obtener el jérmen dichoso de las siembras confiadas á la tierra. El 27 estaba dedicado á Castor y a Pólux.

El 31, celebraba cada cual en su casa la fiesta de los dioses *Penales*, ó divinidades protectoras de las familias; y es necesario distinguirlos de los *Lares*, que son propiamente los manes de los antiguos.

Febrero estaba bajo la proteccion de Neptuno. Este mes era destinado á los sacrificios espiatorios, para obtener de los dioses el perdon de las faltas que el pueblo romano habia podido cometer en el discurso del año, que en otro tiempo acababa el primer dia de este mes. Los cambios sucedidos en el calendario no alteraron el órden de las ceremonias relijiosas.

En los idus de febrero, venian las fiestas de Fauno: en la ciudad se verificaban en una isla del Tiber en donde este dios tenia altares; y en el campo, se celebraban en los bosques, templo verdadero de una divinidad campestre.

El 15 caian las *lupercales*, en que se sacrificaba una cabra al dios Pan.

El 17 se celebraban las *quirinales* instituidas por Numa, en onor de Quirino ó Rómulo. Llamábaselas vulgarmente *la fiesta de los locos*, porque los que habian omitido por olvido ó ignorancia la fiesta movible de las *fornacales*, ó fiesta de los ornos, que se hacia cuando se tostaba el trigo, sacrificaban á Quirino para espiar su falta.

El 17 venian tambien las *ferales*, en onor de los manes! Esta fiesta muy antigua fué descuidada por mucho tiempo; la peste asolaba la ciudad, y dicen que se vieron salir de sus sepulcros las sombras de los muertos arrojando alaridos espantosos; por lo qual se restablecieron las ferales y cesó el azote (1).

El 24 era un dia grato á los romanos y llevaba el nombre de *regifugium* en memoria de la libertad que consiguieron arrojando de Roma á Tarquino, y destruyendo la dignidad real.

(1) Ovidio, Fastos, lib. II.

El 27 se celebraban las *equirias*, ó fiestas de carreras de caballos, instituidas por Rómulo en onor de Marte.

El mes de marzo estaba consagrado á las mayores solemnidades: este mes abria el año; los hombres consagraban sus primicias á los dioses que les habian concedido el beneficio de ellas. Por una estravagancia que no se puede esplicar, este mes que llevaba el nombre de la divinidad querida de los romanos, estaba bajo la proteccion de Minerva.

En las calendas de marzo se encendia el nuevo fuego sobre el altar de Vesta. Se renovaban los ramos de laurel que rodeaban los hazes de los lictores, y los que decoraban la puerta de los flamines y la del rey de los sacrificios. Se celebraban las *Ancilias* ó fiestas de los escudos sagrados. En el mismo dia se verificaban las *Matronales*, observadas relijiosamente por las madres de familias, en memoria de que en semejante época, las sabinas, arrebatadas de su pueblo, restablecieron la paz entre sus padres y sus esposos. Los maridos en este dia hacian regalos á sus mujeres.

El 15 estaba dedicado á *Anna Perenna*. Era esta, segun se dice, una mujer que llevó alimentos al pueblo romano, durante su retirada al monte Sagrado, y que la erijieron en divinidad. Se celebraba su fiesta en las orillas del Tíber, con danzas y juegos en que las jóvenes cantaban versos muy libres que sin duda no comprendian.

El 17 venian las *liberales* ó fiestas de Baco. Aunque en ellas se entregaban á toda especie de diversiones, se observaba una decencia que contrastaba con las bacanales licenciosas de los griegos. Las mujeres eran las que hacian las ceremonias. Veíaselas coronadas de yedra, sentadas á la puerta de los templos; delante de sí tenian grandes ánforas llenas de una mezcla de vino y miel, é invitaban á los pasajeros á que hiciesen libaciones á Baco.

Las *liberales* se llamaban tambien así porque en aquella época los jóvenes tomaban la ropa viril y quedaban libres de los deberes de la infancia; y tambien del sobrenombre de *Liber* que los romanos daban á Baco, en razon de la libertad que inspiraba aquel Dios.

El 19 se celebraban las *quinquatrias* en onor de Minerva. Duraban cinco dias como lo indica su nombre: el primero es-

taba consagrado á los placeres inocentes, porque se le miraba como el aniversario del nacimiento de la diosa. Los otros cuatro se empleaban en los juegos del circo y en los combates de los gladiadores, diversiones que creian agradables á una divinidad que presidia á la guerra. El último dia de estas fiestas, se purificaban con el sacrificio de un cordero y agua lustral, las trompetas que servian para las ceremonias sagradas; esta fiesta se llamaba *tubilustrium*.

En fin el 25 venian las *Hilarias* en onor de la madre de los dioses, y eran consagradas enteramente á la alegría, segun la significacion de esta palabra. En esta época desaparecian todas las señales de luto, y se suspendian las ceremonias fúnebres. Paseábase por las calles la estátua de Cibeles; cada uno hacia llevar delante de ella lo que tenia de mas precioso, y en fin para añadir brillo á los placeres del pueblo, se permitia á cada uno llevar las insignias de todas las dignidades. Lictores finjidos marchaban delante de finjidos cónsules, un falso pretor subia al tribunal, y supuestas vestales se presentaban en los parajes públicos.

Abril estaba consagrado á Venus. La época mas brillante del año debia dedicarse á la mas amable de las divinidades. El 5 se celebraban los juegos *Megalesios*, ó grandes juegos en onor de los grandes dioses, y particularmente de Cibeles, llamada la gran diosa. Las damas romanas danzaban en ellas delante de los altares; y no era permitido á los esclavos asistir á estas ceremonias, á escepcion de algunos esclavos frijios cuya presencia recordaba el orijen de un culto estraño por mucho tiempo en Roma.

El 10 se solemnizaban las fiestas de Ceres, cuyas ceremonias hacian las mujeres vestidas de blanco. Escluíase de ellas á toda persona vestida de luto. Cuéntase con este motivo que despues de la batalla de Cannas, teniendo todas las familias pérdidas que deplorar, trasladaron estas fiestas al año siguiente. Las *cereales* duraban ocho dias, y entretanto no se tomaba alimento hasta despues de puesto el sol, como dicen lo habia hecho Ceres buscando á su hija Proserpina; y á consecuencia de esta imitacion corrian durante la noche por toda la ciudad con achas encendidas.

El 25 se hacian sacrificios al dios *Róbigo* para preservar á

los trigos de la niebla, ó añublo de las mieses.

En fin, el 28 principiaban los *florales* que duraban el resto del mes. Segun unos, estas fiestas fueron instituidas por órden de los oráculos sibilinos en onor de la diosa Flora, que corresponde á la Cloris de los griegos, y tenian por objeto obtener el feliz resultado de la florescencia de los árboles. Segun otros, una cortesana llamada *Larentia* y mas conocida bajo el nombre de Flora, habiendo dejado en su testamento bienes inmensos al pueblo romano, se instituyeron estas fiestas en su memoria. Ya en otra parte hemos dicho la disolucion que caracterizaba á estos juegos.

Mayo estaba bajo la proteccion de Apolo. El 1.° de este mes las damas romanas con las vestales á su cabeza, hacian en la casa del soberano pontífice un sacrificio á la buena diosa, por la salud del pueblo; no era permitido asistir á los hombres, y aun se velaban las estátuas del jénero masculino.

El 2 se celebraban las *compitalías*, en onor de los dioses lares. Estas fiestas tomaban su nombre de la palabra latina que significa *encrucijadas*, del sitio en que se hacian las ceremonias. Asegúrase que en tiempo de los reyes, se sacrificaban víctimas humanas, y que este uso odioso se abolió en tiempo de la república.

El 9 venia la ceremonia de las *lemurias* ó fiestas instituidas para aplacar las sombras y fantasmas de los muertos y obtener el reposo de los vivos. Esta fiesta lúgubre, fué instituida por Rómulo, á quien el arrepentimiento de haber matado á su hermano arrancó esta vana espiacion. Los sacrificios que se hacian en aquella ocasion, iban acompañados de circunstancias misteriosas que indicaban un alma turbada por los remordimientos. Durante el mes de mayo evitaban casarse, porque creian que los lazos contraidos en aquella época eran relajados por la siniestra influencia de las *lemurias*.

En los idus de mayo tenia lugar la singular ceremonia de los *Arjivos*, en que las vestales acompañadas de los pontífices arrojaban al Tíber desde el puente Sublicio treinta figuras de jimio. En otro tiempo, parece que los groseros habitantes del *Lacio* arrojaban al Tíber víctimas humanas en onor de *Saturno*. Hércules los obligó á renunciar á estos sacrificios bárbaros

y permitió únicamente su simulacro. A esta tradicion dudosa parece que aludia la fiesta de los Arjivos (1).

El mismo dia los mercaderes sacrificaban á Mercurio, su patrono, con los ritos que le eran propios.

Junio estaba bajo la proteccion de Mercurio. Abríase por cuatro fiestas á la vez: la de *Juno Moneta*, la de la *Tempestad*, la de *Marte* y la de la diosa *Carna*, que presidia á los quicios de las puertas, y echaba de ellas los malos espíritus, á la cual se ofrecian en sacrificio puches de arina de abas con tocino.

El 7 los pescadores daban al pueblo sobre el Tíber el espectáculo de los juegos *piscatorios*.

El mismo dia se hacia la fiesta del dios *Mente*, ó el entendimiento. Los romanos erijieron en divinidad esta preciosa facultad del alma, y le edificaron un templo cerca del capitolio.

El 9 llegaban las *vestalias*. Llevábanse al templo de Vesta los manjares mas delicados: las matronas romanas iban á él con sus mejores adornos; de allí al capitolio, en donde habia levantado un altar á Júpiter Pisto, es decir, protector de los granos. Este dia era el de los panaderos.

El 11 estaba dedicado á la *Concordia*, divinidad augusta que los romanos adoraban sin conocer. En este mismo dia se celebraban las *matrales* ó fiestas de la madre *Matuta*. A ellas no acudian sino las madres de familia; y solo se admitia á una esclava que despedian despues de haberle dado un lijero bofeton, para recordar los zelos de Ino contra una esclava amada de su marido. Las mujeres no hacian votos á la diosa sino por los hijos de sus hermanos ó hermanas, y nunca por los suyos propios, por temor de atraer sobre ellos la suerte de los hijos de Ino.

El 15 se barria el templo de Vesta, y las barreduras se arrojaban al Tíber con gran ceremonia.

Julio (*quintilis*) estaba bajo la proteccion de Júpiter. En las calendas se acababan las vigas para las casas.

El 4 se celebraba la fiesta de la *Fortuna Femenina*, instituida con motivo de la victoria que alcanzaron Veturia y Volumnia sobre la justa ira de Coriolano, dispuesto á inmolar á Roma á su venganza.

El 5 comenzaban los juegos Apolinares: se verificaban en el

(1) Dionisio de Halicarnaso, libro I, cap. VIII.

circo y en el teatro bajo la direccion del pretor. El 7 venian las *caprotinas*, ó las fiestas de las criadas. Cuéntase que una esclava llamada *Philotis*, habiendo pasado con sus compañeras al campamento de los enemigos que cercaban la ciudad de Roma, subió sobre una higuera salvaje ó cabraigo (*caprificus*), para dar á los romanos la señal del ataque, y los enemigos fueron esterminados. Dióse la libertad á Philotis y á las que la habian seguido; y para conservar la memoria de este acontecimiento, se instituyeron las nonas *caprotinas* ó de la higuera. En esta época las criadas hacian pequeños regalos á sus señoras, y comian con ellas fuera de la ciudad debajo de higueras salvajes.

El 19 era un dia funesto, conmemoracion de aquel en que el ejército romano fué destruido por los galos en las riberas del Alia, hoy *Caminate* ó rio de *Moso*. De modo que quedó como proverbio de un suceso infeliz el decir: *Aliensis dies, pugna*.

El 23 se celebraban las *neptunales*, construyendo en las orillas del Tíber barracas debajo de las cuales pasaban el dia en placeres tranquilos.

Agosto (*sextilis*) estaba consagrado á Ceres.

El 10 las mujeres embarazadas sacrificaban á Opijena, divinidad ausiliadora. En la misma época se ofrecia á Ceres vino y miel, y los dias siguientes se inmolaban perros rubios á la Canícula, para alejar la influencia de las enfermedades que entonces reinaban.

El 17 se celebraban las *portumnales*, ó fiestas de *Portumno*, divinidad de los puertos.

El 18 se celebraban las *consuales* en onor del dios de los consejos, llamado Conso. Bajo este título se invocaba á Neptuno. El altar sobre el que se hacia el sacrificio en esta ocasion estaba debajo de tierra, para espresar que los consejos deben ser secretos. Durante la celebracion de los juegos consuales fué cuando los romanos robaron á las sabinas (1). Esta fiesta fué instituida por los árcades compañeros de Evandro, en onor de Neptuno Hippiano. Para recordar este orijen, los caballos y las mulas no trabajaban durante estas fiestas, y se les ponian coronas de flores (2).

Los idus de *sextilis* estaban consagrados á Diana. Las muje-

(1) Tito Livio. Década I, lib. I.

(2) Dionisio de Halicarnaso, lib. I, cap. VII.

res salian de Roma con una antorcha en la mano y se dirijian al bosque de Aricia, cerca de Alba, en donde esta diosa era adorada particularmente. En este mismo dia nació Servio Tulio y se estableció una fiesta para los esclavos en memoria de este rey nacido en la esclavitud.

El 19 se celebraba por todo el Lacio las *vinalias rústicas*, instituidas en onor de Júpiter, á quien se hacian libaciones con vino nuevo.

El 23 se solemnizaban las *vulcanales* ó fiestas de Vulcano; y como dios del fuego, se quemaban víctimas en su onor.

Setiembre estaba bajo la proteccion de Vulcano.

El 4 principiaban los *grandes juegos* ó *juegos romanos* y estaban consagrados á las tres grandes deidades Júpiter, Juno y Minerva. En los primeros tiempos de Roma se celebrában en una isla del Tíber; y luego que Tarquino el antiguo hizo el gran circo, se ejecutáron en él con el nombre de *juegos circenses*. En ellos se daba al pueblo romano el espectáculo de las carreras de carros y de las de á caballo, de á pie y de otros muchos ejercicios.

El 20 se celebraba el nacimiento de Rómulo.

El 30 venian las *meditrinales* en onor de *Meditrina*, diosa de la medicina, durante las cuales se bebia vino dulce que creian provechoso á la salud.

Octubre estaba bajo la proteccion de Marte.

El 15 se sacrificaba al dios Marte un caballo, llamado el caballo de Octubre. Esta ceremonia parece que aludia al caballo de Troya.

Noviembre estaba dedicado á Diana, y en las calendas de este mes se renovaban los juegos del circo.

El 9 se hacian sacrificios á Baco, para darle gracias por los presentes que habia hecho á los hombres.

El 15 venian los juegos plebeyos, instituidos en memoria de la reconciliacion que hubo entre los dos órdenes del estado, despues de la retirada del pueblo al monte Sagrado. Los ediles plebeyos tenian la direccion de estos juegos, que se hacian en el circo y duraban tres dias.

En los idus se ofrecia á Júpiter en el capitolio el festin solemne llamado *Epulum*. Los sacerdotes epulones lo anunciaban la víspera en términos que correspondian bien poco á la dignidad del objeto.

El 24 se celebraban las *brumales* en onor de Baco.

Digitized by Google

Diciembre estaba bajo la proteccion de Vesta. Este mes estaba consagrado enteramente á los placeres. Se toleraban los juegos de azar, proibidos en el resto del año. Todo anunciaba la alegría, todo la inspiraba, y Roma ofrecia el espectáculo de una gran casa habitada por una misma familia. Pero estas fiestas célebres llamadas saturnales, no principiaban propiamente sino el 17. La víspera de este dia, los muchachos las anunciaban gritando por las calles *Io Saturnalia*. Las fiestas se abrian con sacrificios á Saturno, á las cuales se asistia con la cabeza descubierta, porque decian que el tiempo lo descubre todo. La primera ley de esta fiesta, y la mejor observada, era abandonar todo negocio público para no ocuparse sino de regocijos y festines. Toda apariencia de servidumbre se desterraba; los esclavos gozaban de todos los derechos de la libertad; comian en la mesa con sus amos, podian aun dirijirles burlas inocentes, y en fin, en aquellos dias de prestijios, todo recordaba las maravillas de la edad de oro, de aquel tiempo quimérico en que se esfuerza en creer la imajinacion cuando la reflecsion lo destruye.

Al fin de las saturnales, se celebraban las *opalias* en onor de la diosa *Opis*, esposa de Saturno.

El 21 venian las *larentales* instituidas en memoria de Acca Larentia, nodriza de Rómulo y Remo.

El 21 se solemnizaba la fiesta de *Angerona*, divinidad del silencio. Tenia la boca pegada y sellada. Su culto aludia á un nombre que no era permitido pronunciar, y dícese que era el antiguo nombre de Roma, antes que Rómulo le hubiera impuesto el suyo. Los libros sibilinos proibieron usarlo jamás (1).

En fin, el 24 comenzaban los juegos que duraban ocho dias enteros; y aquel pueblo, favorecido del cielo terminaba el año con los placeres que lo habian comenzado.

No entraremos en el detalle de las fiestas cuya época no estaba fijada por el calendario. Las mas notables eran las ferias latinas, instituidas por Tarquino el Soberbio; el cónsul las anunciaba para tal dia, segun su voluntad y estaba obligado á asistir á ellas. Estas fiestas se celebraban con una esactitud escrupulosa. La mas lijera omision

(1) Pasmo, lib. III, cap. v.

bastaba para hacer que se principiasen de nuevo.

Despues de haber recorrido el círculo del año, es menester conocer la diferencia de los dias de que se componia, y el uso á que estaban destinados. Los dias de fiesta estaban consagrados á los dioses, ya para hacer sacrificios, ya para celebrar juegos en su onor; pasábanse en diversiones y en festines, y se les nombraba dias *nefastos*. Los demás destinados al trabajo se llamaban dias *fastos*: estos se dividian en tres clases. Primera, los *fastos* propiamente dichos que se empleaban en los negocios civiles. Segundo, los *fastos anteriores*, durante los cuales se vacaba en toda clase de trabajo hasta el mismo dia, y el resto se consagraba á los ejercicios de relijion. Tercera, los *fastos posteriores*, en que la mañana estaba ocupada y la tarde libre.

Además de esta distincion habia *dias negros* ó desgraciados, durante los cuales se suspendia todo negocio. Si una grande calamidad habia acontecido al estado, si un crímen interesaba á la salud pública, el dia en que esto sucedia se miraba como dia funesto, y se marcaba en el calendario con una piedra negra, para perpetuar su recuerdo é implorar el perdon de los dioses en los dias aniversarios. Los dias felices, por el contrario, estaban marcados con creta ó piedra caliza blanca: muchos estaban puestos en el rango de las fiestas; los otros menos notables espresaban un agüero feliz, y se les elejia para emprender las cosas importantes.

Descendiendo aora á muchas pequeñas divisiones, es menester decir cómo los romanos dividian el dia. Ellos no conocieron por mucho tiempo sino la salida y puesta del sol; las leyes de las Doce Tablas no mencionan ninguna division mas estensa. En 477, Papirio Cursor colocó sobre la fachada del templo de Quirino un meridiano que dividió la totalidad del dia en dos partes iguales; y bien pronto este mismo instrumento perfeccionado, les sirvió para dividirlo en doce horas (1), principiando la primera á la salida del sol, y concluyendo la última al ocultarse este astro, cualesquiera que fuesen además las desigualdades de las estaciones. De esto resultaban horas mas largas du-

(1) Al hablar Plinio de los relojes de sol, dice sencillamente: "sin embargo »cuando el tiempo estaba cubierto, las »horas quedaban inciertas." Lib. VII, cap. último.

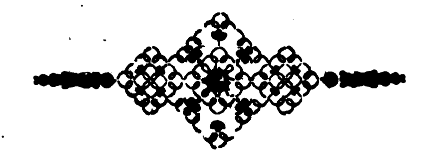
Digitized by Google

rante una mitad del año, y se las llamaba *horas de verano*, y otras mas cortas durante la estacion, y se las llamaba *horas de invierno*. Así en unas como en otras, la hora sesta marcaba la mitad del dia. Las horas de la noche se contaban igualmente desde ponerse el sol hasta salir el dia siguiente, con la diferencia de que su lonjitud ó su brevedad estaban en razon contraria de las del dia.

El dia civil se dividia en cuatro partes que comprendian cada tres horas, y se llamaban *prima, tercia, sesta y nona*. La noche se dividia tambien en cuatro intervalos iguales, llamados *vijilias*, en razon del empleo que hacian de ellos los soldados en el ejército; distinguíanse en primera, segunda, tercera y cuarta vijilias. Los romanos tomaron de los griegos el uso del clepsidro, y se servian de él principalmente en los campamentos para dividir las vijilias con mas esactitud.

En el interior de una casa se distinguian las diferentes épocas del dia por espresiones sencillas y graciosas, y que recordaban las costumbres familiares. Tales eran el canto del gallo, el momento en que cesaba de cantar, el crepúsculo, el momento de encender las luces, la hora del descanso, la del silencio, etc.

Luego que los romanos llegaron á conocer con bastante precision la marcha anual del sol, dieron poca importancia al arreglo de su dia; y cuando se les preguntaba la razon de aquella indiferencia, se contentaban con responder: *Así lo han querido nuestros padres*.



CAPITULO IX.

Traje viril. — Comidas. — Manumision de los esclavos. — Casas de campo. — Jardines. — Huertas. — Frutas. — Legumbres, etc. — Baños. — Monedas de oro, de plata, de bronce, reales ó imajinarias. — Librerías. — Bellas artes. — Ciencias. — Astronomía. — Jeometria. — Jeografia. — Historia natural.

TRAJE VIRIL. — COMIDAS. — MANUMISION Ó LIBERTAD DADA A LOS ESCLAVOS. — La época marcada por los romanos como una segunda entrada á la vida era la de los diezisiete años. Entonces se salia de la infancia y se entraba en el número de los miembros del estado, contándose ya el jóven entre sus defensores. No conociendo hasta allí mas que la autoridad paterna, la obediencia era su única obligacion; aora habia deberes mas imponentes para él; la voz de la patria se hacia escuchar; y de un hijo sumiso se convertia en un ciudadano adicto.

Era uso en Roma que los hijos de los senadores y de los nobles tomasen la pretexta á la edad de trece años; y aunque este vestido fuese una de las prerogativas de los grandes majistrados, era permitido llevarla á sus hijos para que se presentasen con decencia en el senado, en donde podian en ciertos casos acompañar á sus padres. Llevaban además un globo de oro suspendido al cuello, llamado *bulla*. Este uso remontaba al tiempo de Tarquino el Antiguo (1), cuyo hijo todavia jóven, recibió de su padre esta señal de onor, por haber matado á un enemigo en combate singular; despues se estendió á todos los jóvenes de distincion. Dentro de la *bulla*, se acostumbraba meter preservativos contra los maleficios, y alguna vez se la daba la forma de un corazon, emblema del valor. Este adorno formaba parte de la pompa triunfal; sin embargo se le concedía á la ju-

(1) Plinio, lib. XXXIII, cap. 1.


BIBLIOTECA DE DERECHO

Digitized by Google

ventud, y por medio de este favor anticipado se la disponia á merecer recompensas lejítimas. En fin, llegaba el dia en que iban á desaparecer estas frívolas señales. La sencillez iba á suceder al fausto, y de la misma manera que la jóven al salir de la infancia consagraba su muñeca á Venus, el jóven ciudadano colgaba su *bulla* en un paraje secreto de la casa, consagrándola á los dioses lares. El jóven era conducido al templo de la diosa *Juventa*, protectora de la juventud; y despues de haberle sacrificado un toro blanco, ponia, segun costumbre, sobre su altar una moneda. Vuelta la comitiva á la casa del jóven romano, se servia para los convidados un magnífico banquete. Dábase á cada convidado un traje corto y ancho, llamado síntesis, que facilitaba los movimientos del cuerpo mejor que la toga ordinaria, y permitia colocarse cómodamente sobre las camas. Los esclavos se presentaban con grandes vasijas de plata para que se lavasen, y cada cual esperaba en silencio que se le indicase el paraje que debia ocupar. La mesa era cuadrada, y la de los grandes personajes estaba colocada sobre un pié de marfil, por lo cual se llamaba *monopede*, y era ordinariamente de cedro ó de limonero, que segun dicho de Plinio, las habia de tanto precio, que algunas valian tanto como una rica posesion de campo. Uno de los lados de la mesa estaba siempre vacío para facilitar el servicio; en los otros tres lados habia camas ó lechos guarnecidos con ricas cubiertas y cojines de púrpura, sobre los cuales se colocaban los convidados. Lo mas frecuente eran en núm ro de tres y jamás cuatro. La mesa rodeada de estos tres lechos se llamaba *triclinium*, y el lugar en que se comia tomó el mismo nombre.

El sitio mas onorífico era en medio del lecho, despues el que le seguia; á los pies se colocaban los niños y los *parásitos*, porque allí como en otras muchas partes, los grandes estaban rodeados de una porcion de jentes que tomaban diferentes epítetos segun la naturaleza de sus costumbres. Llamábanse *sombras* á los que eran conducidos por un convidado, aludiendo á la sombra que sigue al cuerpo; *moscas* á los que venian por sí mismos, como las moscas que atrae el olor de las comidas; y se llamaban *flagriones* á los del último rango, que se esponian á los latigazos de los criados,

como lo espresa esta palabra.

Se comenzaba por sacar á la suerte el rey del festin; él era quien arreglaba los brindis y quien presidia á toda la comida. El primer servicio se componia de ostras, de erizos de mar, de aceitunas, de huevos y de otros manjares mas propios para escitar el apetito que para satisfacerlo. Llamábaselos *ante-cœna* ó *promulsis*, porque hasta entonces no se bebia mas que vino enmelado llamado *mulsum*. Pasado este servicio, los esclavos limpiaban la mesa con esponjas húmedas. El mayordomo, llamado *architriclinus*, colocaba con órden los manjares, observando una perfecta simetría. Como cosa de mucho precio se presentaba en algunas mesas un javalí entero, llevando en cada uno de sus colmillos un cesto lleno de dátiles, y se decia que el javalí estaba dispuesto á la *troyana*. Uno de los criados lo trinchaba, y sacaba de sus entrañas un pequeño corzo, este tenia dentro una liebre, esta un conejo pequeño, y el conejo un ruiseñor. Este ruiseñor se le ponia sobre un plato de plata y se presentaba al rey del festin. Antes de principiar el segundo servicio se llenaban las copas, cada uno vertia un poco de vino sobre la mesa é invocaba á Baco y á los dioses lares. Luego que se trinchaba una pieza, un esclavo llamado *distributor* presentaba el plato á todos los convidados; cada uno escojia á su gusto, y muchos ponian lo que les ofrecian en una servilleta de lana, llamada *mantilia*, que habian traido consigo, para enviar á sus mujeres é hijos. En tiempo de Mario y Syla habia en Roma casas en donde se hallaban platos de plata del peso de cien libras (1). La ley *Fannia* espedida en 588, fijaba en cien ases el gasto de un festin; pero luego cayó en desuso.

Luego que las comidas que cubrian la mesa se quitaban, se traía el tercer servicio, que consistia en pastas de toda especie. Los esclavos entraban con grandes cántaros tapados cuidadosamente con pez, y con una tarjeta que indicaba el paraje y el tiempo del vino que contenian. En muchos de ellos se leia la palabra *Bebed*, en otros *Tengo sed*. Al fin de la comida el padre se dirijia al hijo manifestándole que podia pedirle una gracia, y la mayor que acostumbraba pedirle era la libertad de un esclavo. Concedida por el padre,

(1) PLINIO, lib. XXXIII, cap. XI.

iba el hijo con el esclavo al tribunal del pretor y decia en voz alta: «Yo quiero que este hom»bre sea libre.» El majistrado daba al esclavo un pequeño golpe con una varita que tenia en la mano (1), como la última señal de su servidumbre, y despues decia: «Te declaro libre, á la manera de los hombres.» En el momento un lictor se acercaba al nuevo liberto, le tomaba de la mano y le hacia dar una vuelta sobre sí, espresando de esta manera la libertad que tenia para ir donde quisiese. Era costumbre que el liberto añadiese á su nombre el nombre y apellido de su antiguo señor. En cierto modo quedaba perteneciendo á la familia, y de hecho era su cliente. Sin embargo, en ningun caso podia casarse con la mujer, la hija ó la hermana de su patrono. El empleo mas alto á que podia aspirar era á edil del pueblo. Pero sus hijos semejaban á los otros ciudadanos, escepto para la admision á las grandes dignidades del estado. Gozaba plenamente de todos los demás derechos, tales como ser juez por los comicios, de no ser azotado con varas, ni aplicado á la tortura. Por esto se vió á muchos romanos complicados en negocios criminales, dar la libertad á todos sus esclavos para impedir que aplicándoles al tormento confesasen el crímen de su amo.

Al dia siguiente, el nuevo ciudadano se presentaba al censor, quien lo inscribia en sus rejistros, anotaba lo que poseia, y le indicaba el sitio que debia ocupar entre el pueblo romano, que siempre era las tribus urbanas, y mas particularmente en la tribu Esquilina. Servicios importantes, una conducta onrada ó un aumento de fortuna, lo podian hacer pasar á clases mas elevadas.

Restábale al liberto una formalidad relijiosa que llenar, y era ir al templo de la diosa Feronia, protectora de los libertos; allí le consagraba su cabellera, y sobre sus altares tomaba el birrete de la libertad.

CASAS DE CAMPO, JARDINES, HUERTAS, FRUTAS, LEGUMBRES, ETC. —Cuando un romano se disponia á marchar á una de sus casas de campo, si era en tiempo de invierno se echaba encima una capa de pieles, llamada *scortea*, que le ponia á cubierto de

(1) Esta varita, llamada *vindicta* en latin, parece haberse empleado en esta clase de manumision, para recordar el nombre del esclavo *Vindicius*.

la lluvia, y en la cabeza un casquete de campo, que se llamaba *petaso*. Luego que se llegaba á la casa de campo, se encontraba á la puerta un gran perro metido en una perrera, la cual tenia escrita encima con gruesos caractéres esta leyenda: *Cuidado con el perro*.

Se entraba mas adentro y se encontraba un portero, que regularmente era un liberto, que llevaba en las orejas anillos de oro, y en la cabeza una especie de toca ricamente bordada. Seria largo de referir cuánto empleaban los romanos en sus jardines y casas de campo; pues en ellas se encontraba cuanto puede producir la naturaleza y vejetacion de un clima meridional.

Baños.—Uno de los goces de la vida romana eran los baños; los que estaban abiertos al público, se llamaban *balnea*; pero el baño de un particular, se decia *balneum*. El baño de un personaje de alta jerarquía, consistia en lo siguiente: primero era una sala enlosada de mármol blanco, en donde habia un ancho baño de pórfido, lleno de agua fria, y por esta razon se le llamaba el *frigidarium*; de allí se pasaba á una segunda pieza, llamada el *tepidarium*, donde se encontraba el agua tibia; una tercera sala, llamada el *caldarium*, tenia baños calientes, y por último una sala cuarta denominada el *laconicum*, producia vapores ardientes, que aora podríamos llamar baños al vapor. El criado que cuidaba de estos baños, se llamaba *balneator*: habia dos muchachos limpiamente vestidos, los cuales tenian el encargo de frotar el cuerpo del bañante con esponjas muy finas; y despues con un instrumento de marfil, llamado *strigilis*, de forma corva, que servia para quitar el polvo mezclado del sudor. Despues que se salia del baño, se iba á una última sala llamada *unctuarium*, ó cuarto de los perfumes. Allí se veian dispuestos con órden vasos llenos de todos los aromas que produce el Oriente. Despues de vestidos pasaban á un gran comedor llamado *cœnatio*, situado en el piso bajo que lo distinguia del *cœnaculum* siempre establecido en el piso superior de la casa.

Monedas de oro, de plata, de bronce, reales ó imajinarias.—Sigamos en su numeracion el órden de los tiempos: el *as* de cobre estaba en uso en tiempo de los primeros reyes de Roma. Era una masa informe que no

Digitized by Google

tenia ninguna señal y que pesaba una libra de doce onzas como lo espresa el nombre de *as*, que en un principio era un sinónimo de *libra*. Llamábase ordinariamente *as rudis*, en razon de su forma grosera. Bajo el rey Servio Tulio, llegó á ser mas propia para las necesidades del comercio; y segun el uso de todas las naciones, se le dió la forma redonda mas á propósito para la circulacion. Para hacer auténtico su valor se indicó el peso del as con letras iniciales y se puso el sello de un buey ó de una oveja (*pecus*) cuyo valor se dice que representaba. De aquí se formaron los nombres de *pecunia* y *peculium* tan usados despues entre nosotros.

No pudiendo piezas tan fuertes aplicarse á todas las necesidades de la sociedad, hubo que dividirlas en un cierto número de otras mas pequeñas, y sucesivamente fueron apareciendo: primero, el *semis* ó *semi-asis*, es decir, un medio as, el cual estaba marcado con la letra S.

Segundo el *triens* ó tercera parte de as; y se le reconocia en cuatro puntos gordos de relieve que indicaban su peso de cuatro onzas.

Tercero el *cuadrans* ó cuarta parte de as, el cual estaba marcado con tres puntos y pesaba tres onzas.

El *sextans* que solo pesaba dos onzas y estaba marcado por dos puntos.

Citaremos únicamente los nombres del *dodrans* que pesaba nueve onzas, y del *bessis* que pesaba ocho. Estas piezas estaban poco en uso, porque su peso muy cercano al del *as*, presentaba casi los mismos inconvenientes.

Durante casi tres siglos no se hizo en Roma ninguna mudanza importante en el sistema monetario, y no se reconoce su fecha sino por las diferentes figuras con que están marcadas, unas veces con la doble cabeza de Jano, otras con una figura de diosa armada y con la inscripcion *Roma*. Otras habia que llevaban el sello de un buque.

Pero cuando los romanos llevaron sus armas fuera de Italia, el tesoro público no bastó ya á los gastos que traen siempre consigo las espediciones lejanas, y desde la primera guerra púnica fué necesario buscar recursos estraordinarios; y el mas sencillo y quizá el mas dañoso, era la reduccion de la moneda, lo cual se adoptó precisamente. Fijóse el peso del *as* en dos onzas de cobre únicamente, sin que su valor presunto fuese menor. Las

Digitized by Google

monedas inferiores se redujeron en la misma proporcion, de manera que el *semis*, el *triens*, el *cuadrans* y el *sextans* valieron siempre la mitad, la tercera, la cuarta ó la sesta parte del *as*. Así el estado como los particulares, solventaron sus antiguas obligaciones pagando solamente la sesta parte de sus deudas; pero esta ventaja no podia tener lugar sino para lo pasado. Bien pronto la alza repentina de todos los jéneros, consecuencia precisa del desprecio de la moneda, dando á cada una su verdadero valor, hizo el beneficio ilusorio.

Como una mala medida arrastra siempre consigo otra mas mala, empleóse de nuevo este medio peligroso en la segunda guerra púnica, y el *as* fué reducido á una onza; y en fin creciendo las necesidades de la república, se recurrió por la última vez á este triste recurso, y el *as* romano fué fijado definitivamente en la mitad de una onza. Los romanos se contentaron por mucho tiempo con sus piezas de cobre, y los escritores mas antiguos no mencionan otra moneda hasta despues, por lo cual el tesoro público recibió el nombre de *ærarium*. Estando poco esparcidos en Roma los metales preciosos, servian principalmente al ornamento de los templos, y las principales familias guardaban con cuidado algunos pequeños muebles de oro ó de plata que solo se presentaban en los dias solemnes. Cuando la ciudad fué tomada por los galos, trescientos sesenta años despues de su fundacion, para contentar su codicia se reunieron todos los tesoros que encerraba, y solo se pudieron hallar mil libras de oro (1). Pero cuando los ejércitos de la república salieron de los estrechos límites en que habian estado encerrados por tanto tiempo, los romanos principiaron á conocer las riquezas; y mas aficionados á conservarlas que á estenderlas, solo despues de un largo intervalo pudieron resolverse á ponerlas en circulacion. En fin, en 485, antes de la primera guerra púnica, se acuñaron dineros de plata. Estos fueron valuados en diez ases de bronce, que por aquella época tenian su peso íntegro; á medida que la moneda de cobre disminuyó de peso, el dinero bajó en la misma proporcion y continuó valiendo diez ases. Por un lado tenia un carro tirado de dos ó

(1) PLINIO, lib. XXXIII, cap. I.

cuatro caballos y se llamaban *bigati ó cuadrigati*; otros se llamaban *victoriati* porque tenian por signo una victoria; en el reverso ponian ordinariamente los bustos de Cástor y de Pólux, una Roma personificada, ó la figura de una divinidad cualquiera, emblema esacto de la importancia que se daba á un objeto que habia llegado á tener un culto jeneral. El dinero pesaba la sétima parte de una onza; como el as tenia sus divisiones particulares; el *quinario*, nombrado así porque valia cinco ases, era la mitad del dinero; el *sextercio* valia dos ases y medio, es decir, la mitad del *quinario* ó la cuarta parte del dinero. Esta era la moneda mas pequeña y la mas usada entre las monedas de plata. Llevaba por señal II. S., que espresa el número dos, y *semis*, mitad, es decir, dos ases y medio.

Estas denominaciones esactas en un principio, llegaron á ser ficticias con el tiempo, pues el dinero equivalia á dieziseis ases, el quinario á ocho y el sextercio á cuatro, esceptuándose sin embargo para el pago de las tropas, en que las monedas de plata se contaban siempre con su valor primitivo.

La codicia se aumentó con la fortuna: luego que los romanos tuvieron monedas de plata, quisieron tenerlas de oro. El año 547 apareció el *aureus*, marcado con los mismos signos que otras monedas, que eran las letras XXX, indicando el número de los dineros que representaba: tenia tambien fracciones; el *semisis aureus* era la mitad, como lo indica su nombre, y estaba marcado con las letras XV, porque valia quince dineros. El *trimissis* que era la moneda mas pequeña de oro, equivalia á la sesta parte del *aureus* ó á la tercera del *semisis*; estaba marcado con las letras XX que significaban veinte, porque valia veinte sextercios ó cinco dineros.

Para conocer fácilmente todas las monedas romanas, y distinguir con precision sus valores relativos, era muy importante no comparar entre si sino las monedas del mismo tiempo, fuesen de oro, de plata ó de cobre, porque su valor proporcionado se observaba cuidadosamente; pero las monedas antiguas no se podian comparar con las nuevas, porque no ecsistia proporcion ordinaria. Con el tiempo se alteraron las piezas de oro y plata con metales de menos precio. El *triumviro monetario* era un majistrado inferior que presidia á la fabri-

Digitized by Google

cacion de la moneda. Los nombres del *nummus* y del *solidus* no espresaban propiamente una clase de moneda: el nombre *nummus* indicaba una pieza de oro, de plata ó de cobre; y el *solidus* no era otra cosa que la pieza de oro mas fuerte; nombre que espresaba su integridad y que se le dió para distinguirlas de las que no eran mas que una simple fraccion.

LIBRERIAS.—Habia en Roma varias tiendas que tenian á la puerta carteles con los títulos de las obras que estaban de venta. Solo se presentaba á la vista del público la sala en que estaban los libros colocados. Despues seguia una habitacion donde estaban los copistas, los cuales en un cajon cuadrado tenian tijeras para igualar las ojas, un compás para las distancias de las líneas, una regla para trazarlas, un cortaplumas para afilar las cañitas (*calamus*) de que se servian para escribir, un tubillo de plomo, una piedra de afilar y un estuche destinado á recibir las cañitas despues de cortadas. Despues seguia el cuarto de los *glutinadores*, que como la palabra indica, era encolar las ojas unas con otras para hacer de todas ellas un rollo. Estos se hacian de *papyrus*, membrana muy delicada que se sacaba de una especie de caña grande que crece en Ejipto. Esta membrana se la alisaba y despues se le daba una mano de cola hecha con arina y vinagre (1). Tambien empleaban el pergamino, *pergaminum*, así llamado porque era de Pérgamo, en la Misia, en donde fué inventado. Otros preparaban para el mismo uso, tiras anchas de lino (2) y aplicaban á ellas una cierta sustancia que las hacia propias para la escritura. Cuando estas ojas estaban ya escritas por los *scribas*, y despues de vistas y correjidas, volvian á los glutinadores, que las encuadernaban, las ponian una cubierta, colocaban el título en una de las estremidades del eje y en la otra el *umbilicus* ó palito redondo de cedro, boj, márfil, hueso ú otra materia al cual se envolvia el volúmen, y así quedaba en medio de donde tomó el nombre.

(1) PLINIO, lib. XVII, cap. XLVII.

(2) Estas tiras, convenientemente preparadas, eran de muy larga duracion. Tito Livio habla en muchos parajes, de crónicas antiguas, halladas escritas en *tiras de lino*.

Segun Plinio, lib. XIII, cap. XI, se escribió primeramente en Roma sobre ojas de palma, ó sobre la corteza de ciertos árboles; las actas públicas se escribian únicamente en plomo.

En los estremos de este palito que sobresalian del rollo, se clavaban las manecillas con que se cerraba el volúmen; y de esta manera se presentaban á la vista del pueblo.

Cuando se servian del pergamino, como se podia escribir por ambas partes, en vez de encolar las ojas unas con otras, no hacian mas que unirlas; entonces se daba al libro una forma cuadrada, conservándole el nombre de volúmen; y para cerrarlo le ponian tiras de cuero teñidas de púrpura y bordadas con hilillo de oro. Cada uno de los volúmenes que componian una obra, se llamaba *tomo*, de una palabra griega que significaba la division de un todo en muchas partes.

Para conservar los libros y libertarlos de los ataques de los insectos, se los untaba con esencia de cedro, y se los colocaba sobre tablillas en armarios de madera de ciprés, cuyas emanaciones pasan porque alejan toda especie de polilla.

Bellas artes. — Aunque los compañeros de Rómulo pertenecieron á diferentes pueblos, aquellos aventureros, rechazados de los lugares que los habian visto nacer, ocupados únicamente en crearse una patria, eran estranjeros á esas ideas felices que la divinidad solo concede al hombre por precio de una educacion esmerada. Las ventajas de una larga civilizacion no ecsistieron en mucho tiempo para ellos; y enmedio de tantas naciones civilizadas presentaron á la Italia asombrada el espectáculo de un pueblo que salia de repente de las manos de la naturaleza. Forzados por su aislamiento á trazarse una ruta nueva para formarse en cuerpo de sociedad, todas sus ideas fueron jigantescas. Formáronse un gobierno, leyes y usos particulares; su táctica les era propia, y no viendo mas que á ellos en el universo, se crearon un derecho público para ellos solos. A título de conquista robaron los primeros bueyes que debian cultivar una tierra usurpada; y para mantener su sociedad dispuesta á perecer por falta de compañeras, no titubearon en robar las mujeres de sus vecinos.

Tales hombres no podian tener sino un solo objeto, la guerra, y la guerra perpétua; y todo lo que no era esta debia descuidarse ó rechazarse. Sus triunfos rápidos y constantes los convencieron bien pronto de la escelencia de su sistema, y el des-

precio de las artes, nacido de la ignorancia y de la rusticidad, no tardó en ser sostenido por la política.

En Grecia las ideas relijiosas dieron mayor desarrollo á las bellas artes. Los pueblos griegos unánimemente consagraron á la divinidad las producciones del jenio, y esto las hizo sublimarse. La relijion produjo en Roma efectos diferentes. Numa la hizo servir sobre todo para consagrar la obra de la fuerza, y para hacer encorvar bajo un yugo imponente á hombres feroces siempre dispuestos á desconocer la autoridad de las leyes ó á arrostrar la de un monarca. En ella todo era grave y severo como el jenio que la habia concebido; profunda en sus misterios era en el esterior de una sencillez augusta, y esta sencillez se hallaba en todo. Miróse como á un ser estraordinario al artesano bastante hábil para forjár los famosos escudos entre los cuales debia confundirse el que decian habia caido del cielo. Los templos estaban sin simulacros, y se hubiera creido cometer un crímen dando una figura á la divinidad.

En fin, cediendo la fria razon al deseo, el pueblo fatigado de un culto puramente intelectual, quiso una imájen del dios que adoraba, y Tarquino el Augusto hizo venir del pais de los volscos un artista que hiciese de arcilla endurecida al fuego una estátua de Júpiter.

Tal fué el primer humilde monumento que decoró á aquella Roma que tan soberbia habia de ser un dia en las artes. Bien pronto se vieron imájenes de todas sus divinidades tutelares, y siempre fueron los estranjeros los encargados de este trabajo. Lejos de dar los primeros pasos en la carrera de las artes, parecieron cerrársela con el tratado de paz que concluyeron con Porsena; en él se estipuló formalmente que el hierro en adelante solo se emplearia en su ciudad en los usos de la agricultura; de esta manera pues, privándose de los medios se renunciaba á los resultados. La fuerza habia dictado estas condiciones, la fuerza libertó de ellas al pueblo romano. Decretó estátuas á Oracio Cocles y á Clelia, que se habian hecho ilustres en esta misma guerra, la una con una accion superior á su secso, y el otro con un valor superior al de la misma humanidad. Así es como se estableció la costumbre de presentar la imájen de los héroes á la veneracion pública,

y de conservar recuerdo de las bellas acciones para producir incesantemente otras mejores.

El derecho de imájenes, tan apetecido entre las grandes familias, contribuyó tambien á hacer que en Roma fuese necesaria la escultura. Pero cualquiera que fuese la importancia que los romanos diesen á estas gloriosas obras, se esforzaron en poner trabas á las manos que las habian de ejecutar; fijóse á tres pies la altura de todas las estátuas. Desde entonces el jenio se detuvo en su vuelo, y los artistas, llamados á mucha costa, no pudieron dejar sino débiles huellas de sus talentos.

Tal fué la escultura en Roma bajo sus reyes y durante la primera edad de la república. La pintura tardó mucho mas: dos pintores griegos, Demófilo y Gorgaso, adornaron con sus obras el templo de Ceres, y la tradicion conservó sus nombres. La arquitectura pública era proporcionada á las modestas habitaciones de los ciudadanos; y basta de ello una sola prueba: el templo de la Fortuna, levantado en el foro por el rey Servio Tulio, y citado como uno de los monumentos mas notables de aquel siglo, fué principiado y concluido en un mismo año. Una circunstancia particular detenia aun los progresos de la arquitectura; la naturaleza parecia haber rehusado á la Italia el mármol prodigado á las comarcas griegas. Hasta el primer siglo de la era cristiana no se conocieron los mármoles de la Liguria, entre los cuales los mas bellos y abundantes estaban en Luna, hoy Carrara. Por esta razon los edificios públicos debieron carecer de esplendor hasta que el poder de la república le permitió hacer venir de los paises conquistados lo que todavia le rehusaba su territorio.

Las relaciones siempre mas frecuentes con las naciones de Italia, dieron insensiblemente á los romanos nociones mas justas de la magnificencia. Salieron por grados de aquel círculo demasiado estrecho en que se habian encerrado ellos mismos. La naturaleza, por mucho tiempo sofocada y rebajada bajo tímidas manos, se agrandó hasta el punto de alcanzar las formas mas brillantes. Los artistas pudieron entregarse sin temor á los arranques que escitaban en ellos aquellos rasgos de heroismo con que brillaban los anales de Roma, y mientras que sus ciudadanos se ilustraban en los combates, el arte parecia escribir

su historia en monumentos eternos.

Desde el año 417 se erijió sobre el foro á los cónsules Lucio, Furio Camilo, y á Cayo Menio, vencedores de los latinos, las primeras estátuas ecuestres que se vieron en Roma, despues de la que se habia hecho en onor de Clelia. Pero el año 439, un artista etrusco levantó á Spurio Carvilio, que habia alcanzado una victoria completa sobre los samnitas, un trofeo superior á cuanto se habia hecho hasta entonces. Construyó de los cascos y de las corazas de los enemigos una estátua de Júpiter, bastante grande para que se distinguiese distintamente desde las alturas de Alba. A los pies del dios estaba la estátua de Carvilio.

Hasta aquel tiempo los romanos habian invocado el ausilio de los estranjeros. El año 474 fué sometida la Etruria, y entonces hablaron como señores. Llamaron de aquel pais á una multitud de obreros hábiles: construyeron puentes, acueductos, bóvedas subterráneas, y elevaron altas murallas guarnecidas de fuertes torres. Otros de un órden mas superior levantaron edificios públicos; los templos sobre todo, fueron el objeto principal de los cuidados de un pueblo relijioso. La escultura y la pintura aun no se empleaban sino en los monumentos sagrados; el gusto de ellas era noble y severo como todo lo que salia de las manos de los etruscos.

Acia aquel tiempo mismo hubo en las costumbres esteriores de los romanos una mudanza que dió á todas las estátuas hechas hasta entonces, un carácter particular, por el cual se les conocia al momento. Siempre habian llevado los cabellos largos y la barba poblada; pero el año 454 (1) unos barberos venidos de Sicilia, los despojaron de estos adornos, dados por la naturaleza. Establecióse tan rápidamente este uso, que el cónsul M. Livio que se habia separado de la ciudad por algun tiempo, no pudo volver á presentarse en ella sino despues de haberse afeitado. Los escultores, observadores esactos de a costumbre, la retrataron fielmente en sus obras, y los nuevos romanos parecieron un pueblo diferente de sus padres. De ahí venia que al hablar de sus antepasados acostumbraban llamarlos *intonsi*.

(1) Plinio, lib. VII, cap. LIX.

Hemos visto ya á Roma desconocer á las artes por la ignorancia, rechazarlas en seguida por la política, y admitirlas por fin para hacer de ellas un noble uso. Hémosla visto tambien pasando de la moderacion á una codicia vergonzosa, estender sus manos atrévidas sobre todas las naciones, apoderarse de sus tesoros, profanar sus templos, arrollar sus leyes mas sagradas, é insultar á los dioses y á las divinidades, para amontonar en su seno riquezas que despues les fueron tan fatales porque ocasionaron la ruina del imperio.

La segunda guerra púnica dió lugar á la gran revolucion en las costumbres de los romanos; atacados en el centro de la Italia, sufrieron muchos desastres que trajeron consigo la defeccion de una parte de sus antiguos aliados. Una firmeza inalterable en los reveses, prudencia en los triunfos, y planes bien concebidos y seguidos, los hicieron triunfar de un enemigo tan hábil como implacable. Pasando con rapidez de la defensa al ataque, forzaron á Annibal á la retirada, y le persiguieron hasta Africa. Instruido por el ejemplo de un rival largo tiempo dichoso, el grande Scipion supo aprovecharse mejor de la victoria; el poder de Cartago fué destruido, y ya no quedó á Roma mas que proseguir sus venganzas sobre los que habian hecho traicion á su causa: todos fueron sometidos sucesivamente, y una alianza fatal fué la causa ó pretesto de su ruina.

El gran carácter que los romanos desplegaron en aquella lucha tan larga y terrible, hubiera en cierto modo justificado sus triunfos, si estos no los hubiesen llevado á hollar los derechos sagrados de las naciones. Irritados por la venganza y deslumbrados al aspecto de aquellas riquezas, cuya ecsistencia les habia hecho ignorar su pobreza antigua, usaron en todo su rigor de aquel *derecho romano* que los constituia dominadores del universo y dueños de todo lo que encerraba. Siracusa, la mas bella y opulenta de las ciudades fundadas por los griegos, fué devastada enteramente; y se dice que en el momento de apoderarse de ella, Marcelo derramó lágrimas contemplando desde un sitio elevado á aquella ciudad soberbia que iba á ser destruida en un solo momento. ¡Lágrimas estériles y embusteras! El vencedor robó todas las

obras del arte, estátuas, cuadros y muebles preciosos que sirvieron para adornar el Capitolio, y un templo que se atrevieron á dedicar á la Virtud, como si la virtud pudiese estar separada de la justicia y de la compasion!

Desde el cabo de Lilibea hasta el de Pachyn, no se veian mas que las ruinas de ciudades hasta entonces florecientes. La gran Grecia probó las mismas desgracias. Crotoná, que contenia un millon de habitantes, llegó á veinte mil hombres. El célebre templo de Juno (*Lacinia*), situado en su territorio, fué despojado de todos sus adornos, y aun llegaron á arrancarle las tejas de mármol con que estaba cubierto.

Las otras ciudades que ecsistian en aquella comarca, sufrieron la misma suerte. Todas vieron arrebatarles los monumentos con que un pueblo amigo de las artes las habia decorado.

Filipo de Macedonia habia dado débiles socorros á los cartajineses: los romanos le hicieron la guerra ayudados de los griegos, á quienes una ceguedad fatal precipitaba ácia su perdicion. Filipo fué vencido, y el vencedor espuso á la vista del pueblo, en su triunfo, cantidad de estátuas, de vasos, de armaduras preciosas, de escudos de oro y plata, y ciento catorce coronas de oro regaladas por los ciudadanos griegos. Una parte de estos despojos se empleó en elevar sobre la parte superior del templo de Júpiter Capitolino, una soberbia cuadriga dorada.

Antíoco, rey de Siria, que habia concedido su apoyo á Annibal, sufrió la misma pena que Filipo, obtuvo la paz dando á los romanos sus mejores provincias, mil quinientos talentos y la mayor parte de las obras que decoraban sus palacios. Entre tantos objetos preciosos, se notaban vasos de oro del peso de mil ochocientas libras; vasos de plata de mil cuatrocientas veinticuatro libras, todos de un trabajo esquisito.

Apenas habia terminado la guerra en Siria, cuando los romanos volvieron á aparecer en Grecia para combatir á sus primeros aliados. Tomaron la ciudad de Ambracia en Epiro. Esta antigua residencia del famoso Pirro, estaba llena de estátuas de los maestros mas grandes, y de cuadros admirables, y todos fueron transportados á Roma. En vano los desgraciados habitantes presentaron á M. Fulvio su vencedor, una corona de oro

Digitized by Google

de peso de mil quinientas libras, pues aceptó su presente y les robó sus obras artísticas. Los ambraciotas desesperados, enviaron una comision al senado haciéndole presente que ni aun les restaba el simulacro de una sola divinidad á quien poder adorar: los ambaciotras no fueron escuchados. Fulvio sacó de aquella ciudad doscientas ochenta y cinco estátuas de bronce y doscientas treinta estátuas de mármol. Embarazados con tantas riquezas, acudieron los vencedores á los griegos para el órden de los juegos con que debian presentarse á la vista del pueblo. En esta ocasion se vieron aparecer por la primera vez luchadores en Roma.

Conociendo por último los griegos el peligro que los amenazaba, ya como enemigos, ya como aliados de los romanos, se esforzaron á alejarlos de su patria comun; esfuerzo tan tardío como inútil! La caida de Macedonia habia preparado la de la Grecia. Lucio Mummio derrotó á los aqueos cerca de Corinto, tomó esta ciudad, la destruyó é hizo trasportar á Roma cuantos objetos artísticos encerraba. Nada se perdonó; lleváronse hasta los vasos de bronce destinados á aumentar en el teatro la voz de los actores, y de los cuales no supiéron por entonces servirse los romanos.

Cosa increible; el famoso Baco, mirado como el cuadro mas bello de la Grecia, y cuya perfeccion fué proverbial, sirvió por muchos dias de mesa á los soldados romanos para jugar á los dados. Instruido Mummio de su valor por el precio escesivo que le ofrecian en cambio, lo hizo trasportar á Roma con inumerable cantidad de estátuas, de trípodes de un trabajo esquisito, y dijo sériamente á los encargados, que si aquellos objetos se llegaban á perder en el camino, quedaban responsables á hacer otros á costa suya.

Esta inmensa reunion de obras del arte, hizo que los romanos conociesen su mérito. Sus almas fuertes y nuevas, se conmovieron á la vista de tantas bellezas, y gustaron aquel encanto invencible que trasporta al hombre menos civilizado al aspecto de las gracias y de la correccion perfecta. De la admiracion pasaron rápidamente al deseo, y del deseo á una pasion desenfrenada. Orgullosos con lo que ya poseian, se indignaron de no tenerlo todo, y emplearon los medios mas odiosos para conseguirlo. Las desgraciadas ciuda-

Digitized by Google

des griegas, fueron despojadas sucesivamente; y lo que se habia escapado al conquistador, fué presa de los gobernadores. Los codiciosos procónsules robaron á viva fuerza lo que escitaba sus deseos, y sus deseos se estendian á todo. Algunos mas moderados obtuvieron á precio vil lo que no se hubieran atrevido á reusarles. En Roma era donde habia que buscar las obras maestras que habian constituido la gloria de las ciudades griegas. Allí estaban las bellas estátuas de bronce de la mano de Lísipo, que Alejandro hizo erijir á los de su guardia que perecieron en el paso del Gránico. Allí se encontraban las obras mas bellas de Fidias, de Miron, de Praxíteles y de Scopas: mas de una divinidad habia pasado desde su templo á la casa de un simple caballero; y hubo estátua que despues de adornar la habitacion Aspasia, fué á colocarse al templo de Minerva. Aquel famoso grupo de las tres gracias, hecho por Sócrates, hijo de un escultor, y escultor él tambien, antes de consagrarse á la filosofia: grupo mas precioso por el nombre de su autor que por su mérito real, y que estaba conservado con veneracion en la ciudadela de Atenas, pasó despues al triclinium de un publicano.

Sorprendidos cada vez mas y mas con las producciones de la Grecia, quisieron por último los codiciosos conquistadores hacer florecer entre ellos aquellas mismas artes de que se habian mostrado destructores hasta entonces. Habia en Roma una multitud de cautivos que eran artistas, y se llamaron á los demás que en adelante eran inútiles á su patria desconsolada. Todos recibieron proteccion; el oro, la plata, el bronce y el marfil se prodigó á sus sabias manos. Los templos se convirtieron en santuarios de las bellas artes. Los antiguos simulacros de barro ó de madera invocados por tanto tiempo con tan buenos resultados, llegaron á ser un objeto de irrision. Las plazas públicas ofrecieron un pueblo de héroes que parecian respirar bajo el mármol y el bronce. Las moradas de los grandes se convirtieron en palacios suntuosos, y no hubo uno que no encerrase mas obras preciosas que habia poseido la república durante muchos siglos.

CIENCIAS, ASTRONOMIA, JEOMETRIA, JEOGRAFIA, HISTORIA NATURAL.—Hemos visto á los romanos traer á su ciudad á los artis-

tas de todas partes y alentar sus trabajos sin participar de ellos, gozando únicamente de sus resultados. Esta pasion tan jeneral entre ellos á todo lo que producia el jenio unido á la gracia, pudiera haberse mirado como un omenaje indirecto que tributaban á las musas; pero estas brillantes hijas del cielo no recibian igualmente su incienso. Todo lo que no deja huellas ciertas y durables y no conduce á un objeto positivo, no podia inspirar mas que un interés muy débil á hombres que parecian tener, sobre todo, el instinto de la posesion y que no conocian mas goces que los que procuraba la autoridad. Así es que la astronomía apenas contaba entre ellos algunos sectarios. Estos largos estudios, cuya única ventaja es estender la esfera de los conocimientos humanos, no podian convenir á unos hombres cuyas miradas estaban incesantemente dirijidas á la tierra.

La astronomía, ciencia nacida de los ocios de la vida pastoral, estendida por las necesidades de la agricultura, y mucho mas por el deseo innato en la naturaleza humana de conocerlo todo, fué cultivada por los pueblos mas antiguamente conocidos. Los primeros jenios de la Grecia, instruidos en su escuela, hicieron de ella el objeto de sus meditaciones, y sus esfuerzos quedaron recompensados con felices descubrimientos. Pero no es en el desórden de los campamentos ó en las ajitaciones de una ciudad ocupada de tantos intereses en donde pueden los hombres alcanzar estos altos conocimientos: los sabios indios, llamados en griego *Gynnosofistas*, los caldeos contempladores y los graves ejipcios creadores de la astronomía, vivieron en el retiro y en el silencio, y bebieron en la oscuridad aquellas vivas luces con que nos deslumbraron. Pero la ignorancia de los romanos en la astronomía fué demasiado crasa, pues hemos visto ya á un ejército desmayar con la aparicion de un eclipse. El año 581, la víspera de la batalla que debia decidir de la suerte del rey Perseo, el tribuno militar, Sulpicio Galo, reunió los soldados para anunciarles que aquella noche se eclipsaria la luna, y tuvo necesidad de esplicarles las causas de aquel fenómeno tranquilizándoles sobre sus efectos: siguióse el acontecimiento á la prediccion, y los romanos le miraron como presajio de su triunfo. Un pueblo de soldados ocupado siempre de empresas

jiganteseas, y cuyo reposo seria una ajitacion para otro cualquiera, no podia concebir el encanto que hay en un estudio tranquilo, y era incapaz para él por lo mismo que lo despreciaba. Igual suerte cupo á la jeometría, pues por falta de sus conocimientos no triunfaron en muchas operaciones militares que necesitan de los ausilios de esta ciencia, aunque la opinion de los romanos fuese de que la ciencia no ganaba las batallas.

Seria difícil decidir si la especie de aversion que manifestaban los romanos por las ciencias, era el efecto de un instinto secreto que les seria mejor que la razon, ó si era producida por un orgullo mal entendido. Pero si desdeñaban los cálculos sabios por una consecuencia de sus fortunas prodijiosas, entendian muy bien el cálculo material. El que posee mucho debe saber contar, y la multitud de grandes propietarios, de usureros y de banqueros que abundaban en Roma, hacian que fuese familiar á todos el arte de los números. Con siete letras de su alfabeto I, V, X, L, C, D, M, dispuestas de diversas maneras, espresaban toda clase de suma desde la unidad hasta cien mil. Si se trataba de espresar sumas mucho mas considerables, un simple trazo colocado sobre las mismas letras númericas, les daban un valor cien mil veces mas grande que el que tenian sin él. Un ejemplo lo hará mas patente: las letras H, S, que por sí no espresan ningun número, servian únicamente para designar el gran sestercio. Así es que H. S. X. significa diez sestercios, mientras que $\overline{\text{H. S. X.}}$ espresa un millon. Del mismo modo H. S. M. vale mil sestercios, y $\overline{\text{H. S. M.}}$ representa mas riquezas que las que pudo nunca poseer un ciudadano romano.

Si en el estilo ordinario, se queria sin servirse de estos signos numéricos, espresar las mismas sumas, se servian de los adverbios *quadries, decies, vigesies*, ó de otros semejantes, é indicaban que la moneda de que se trataba, estaba multiplicada por cien mil tantas veces como este adverbio encerraba la unidad. Así es que *quadries sestertium* iguala á cuatro veces cien mil sestercios: *decies sestertium* á un millon: y *vigesies sestertium* á dos. Muchas veces tambien el adverbio numérico solo espresaba la misma cosa, y la palabra principal estaba sobreentendida.

Algunas veces los romanos contaban las sumas por *talentos*

evaluados en sesenta libras de plata de doce onzas; y se servian tambien de la palabra *mina* igual en valor á la libra de peso.

Despues de las matemáticas propiamente dichas, la geografía que tan de cerca le sigue, se mira por las naciones ilustradas como una ciencia importante. Los romanos conocian el mundo indudablemente porque lo poseian; pero no habian conseguido este objeto con los esfuerzos de una teoría difícil, sino con la sola práctica. Entre ellos hizo la espada lo que no hubiera podido hacer el compás. Cada pueblo que conquistaban les manifestaba la ecsistencia de sus vecinos, ó de aquellos con quienes estaban en relacion, y siempre la servidumbre seguia de cerca al descubrimiento. Así es que de uno en otro sus conocimientos jeográficos se estendian con su dominacion.

Descendiendo de estas altas ciencias, hay otras de grande importancia: tal es la historia de las producciones de la naturaleza, ciencia agradable y profunda á la vez que interesa al hombre ofreciéndole estudios mas fáciles, presentándole objetos mas cercanos á él, y que le lleva á la reflecsion al mismo tiempo que satisface una curiosidad inocente. Los romanos, ocupados en las armas, no conocieron las ventajas de este estudio. La medicina era desdeñada allí, y el mismo Hipócrates hubiera sido confundido con los muchos charlatanes que abusaban de la credulidad pública.

La música, ese arte dichoso que encanta y civiliza á las naciones, era puramente relijiosa y militar, y nunca se creyó que pudiese entrar en la educacion de un romano. La jimnástica no se conoció en Roma sino con referencia al arte de la guerra. Los diferentes juegos á que se entregaban los griegos con tanta emulacion, agradaban á los romanos; pero desdeñaban ejercitarse en ellos.

CAPITULO X.

Procedimiento criminal. — Comicios. — Defensores. — Condenas. — Jurisprudencia criminal y salas de justicia. — Empleo del tiempo de un romano rico. — Placeres públicos ó particulares. — Funerales. — Pira. — Sepulcro.

PROCEDIMIENTO CRIMINAL.—COMICIOS.— DEFENSORES.— CONDENAS.— Para dar una idea de los procedimientos criminales y la alta importancia que les prestaban los romanos, vamos á referir un hecho. Un gran personaje fué acusado de concusion en el ejercicio de sus públicas funciones. Durante muchos meses no se ocupaban mas que de los detalles de su crímen, y el pueblo siempre interesado en el mantenimiento de las leyes, esperaba su castigo con impaciencia. El rango, el crédito y la fortuna del culpable parecia detener la marcha de estas mismas leyes; la causa por su gravedad debia esponerse delante del pueblo en los grandes comicios; pero el individuo no podia ser citado sino por la acusacion de un majistrado supremo, y todos guardaban silencio; en fin, triunfando el descontento público de aquella oscura benevolencia, subió el pretor á la tribuna de las arengas, y allí declaró públicamente que tal dia acusaria al procónsul Spurio Aquilio, de dilapidacion de los caudales públicos, y le intimó compareciese en la época indicada. Desde aquel momento debian prender al concusionario y conducirlo á la prision; pero para dejarle todo medio de defensa, bastó que una persona garantiese su comparecencia. Estas especies de cauciones se llamaban *vades*. Un antiguo tribuno militar salió por caucionero del acusado, quien pudo entonces ocuparse con toda libertad en disponer su justificacion, y se esperó con impaciencia el desarrollo de una acusacion que no debia limitarse á lo que primero se habia espuesto.

Llegado el prefijado dia, su-

bió el pretor de nuevo á la tribuna, y allí espuso sus quejas. ¡Qué cúmulo de iniquidades! Templos despojados, ciudades arruinadas, contribuciones arbitrarias, ciudadanos azotados ó aprisionados, eran los menores crímenes que al acusado se imputaban. En un momento en que Roma estaba espuesta á los orrores del ambre, los trigos reunidos en la provincia cometida á sus cuidados, habian sido cargados en buques declarando que naufragaron en el camino, mientras que entrados furtivamente en otro puerto, el cargamento se habia vendido secretamente y en provecho del procónsul.

A estas palabras, el pueblo siempre pronto á irritarse cuando se trata de su subsistencia, hizo oir un murmullo de indignacion, y abrumó al criminal con burlas sangrientas, que cubierto de vestidos miserables habia sido colocado delante de la tribuna.

La acusacion fué reiterada por tres veces con un dia de intervalo, y cada vez se oian á los testigos, y se leian los documentos que afirmaban la verdad de los hechos. En seguida, un decreto publicado durante tres dias de mercado, es decir, á una distancia de diezioocho dias entre el primero y el último, hizo de nuevo la esposicion del crimen y manifestó la pena en que habia incurrido. Despues de estos preliminares el pretor se dirijió al cónsul para obtener de él la convocacion de los *comicios por centurias* para el dia que debia decidirse la suerte del detenido. Sus parientes y amigos empleaban el tiempo que ecsijian todas estas formalidades en inclinar al acusador á que desistiese de su intento; pues hasta que el pueblo hubiese pronunciado la sentencia, podia retirar su acusacion, y el negocio quedaba en aquel estado, por avanzado que estuviese. Porque en efecto, teniendo únicamente el derecho los grandes majistrados de presentar un asunto cualquiera á la decision del pueblo, en estas especies de asambleas, luego que juzgaban á propósito callarse, nadie tenia derecho de hablar. Anuncióse por último el dia de la reunion de los comicios. Apenas principiaba á despuntar la aurora de este dia, cuando se hizo oir la trompeta, pues al sonido de este instrumento se indicaba al pueblo la apertura de los comicios cuando tenian por objeto la condena de un ciudadano. En el campo de Marte levantaban un tablado,

colocando en él una silla curul y encima ponian una especie de ancho dosél para resguardar de los rayos del sol al que debia sentarse, para presidir á los comicios. Delante y á alguna distancia, habia pequeños cuadros formados con cuerdas, en donde se colocaban las centurias que componian la totalidad del pueblo romano. El intervalo entre el cónsul y el pueblo estaba ocupado por el acusador, los testigos y los defensores, el acusado podia igualmente colocarse allí; y le era permitido tambien recorrer la asamblea á fin de escitar la compasion de los que iban á decidir de su suerte.

Un poco mas lejos se distinguia un recinto formado con una barrera llamado *Ovile* por la semejanza que tenia con un establo de ovejas ó de cabras; y allí estaban las urnas destinadas á recibir el voto de cada uno de los individuos que componian la centuria; dichas urnas estaban bajo la vijilancia de ciertos oficiales públicos llamados *Custodes*, que debian impedir el fraude en la emision de los votos, y manifestar el resultado despues de la operacion.

Luego que el asunto estaba suficientemente espuesto, que se habian oido los testigos y que el defensor habia hecho su oficio, se cerraban los debates, y el pueblo pronunciaba; pero para que pudiese dar sus votos con órden, se hacia de este modo: colocado cada uno en su centuria, se echaba á la suerte cuál debia ser la que votase primero, y á esta se la llamaba *centuria prærogativa*. Todos los que la componian se ponian en marcha con sus jefes á la cabeza y entraban en el *Ovile* pasando por un puente de tablas que conducia á él. A la entrada de este puente estaban colocados los *diribitores* ó distribuidores, los cuales tenian en la mano grandes cestos llenos de boletines que distribuian á todos los ciudadanos á medida que pasaban delante de ellos. Cuando se trataba de una eleccion, cada uno recibia de los diribitores tantos boletines como aspirantes habia; y si se trataba de adoptar ó desechar una ley, el votante recibia dos boletines: en uno estaban escritas estas dos letras V. R. *Vti rogas*, admito la proposicion; y en el otro una *A. antiquo*, la desecho, ó mas bien opino por el uso antiguo, segun la esacta significacion de este término. En un asunto criminal como el presente, cada ciudadano recibia tres boletines: en el

Digitized by Google

uno estaba la letra A. *absolvo*; en otro C. *condemno*; y en el tercero N. L. *non licuet*, no está bien probado, y nosotros decimos en semejante caso *que se reciba á prueba*.

Entrados en el *Ovile*, se acercaban todos á la mesa en que estaba colocada la urna, y allí deponian sus boletines en presencia de los vijilantes, que llamaban *rogatores*, porque pedian á cada cual el boletin de que no habia hecho uso. Cuando la centuria habia votado, *los custodes* hacian el escrutinio. Sacaban de la urna los boletines uno á uno, y señalaban sobre tablillas otros tantos puntos como votos espresaban. Luego que se sabia el resultado, un heraldo proclamaba el voto de la centuria, y uno de los rogatores lo llevaba al majistrado que presidia los comicios. Las demás centurias eran llamadas sucesivamente por el órden que les habia cabido en suerte; procedian de la misma manera hasta ver si la mayoría de las centurias era de una misma opinion; pues luego que habia mayoría conocida, la anunciaban con solemnidad, sin pedir á las demás centurias que aun no habian votado, sufrajios que eran ya inútiles.

Antes de principiarse los comicios, un augur, encargado de tomar los auspicios para conocer la voluntad de los dioses, estaba situado en una tienda aparte para verificar la ceremonia. En estas especies de asambleas, nada se podia emprender sin haber obtenido presajios felices; pues si eran desfavorables, se disolvian los comicios y se aplazaban para otro dia. Si estos eran favorables, el cónsul hacia anunciar por un heraldo la apertura de los comicios. El acusado se presentó humilde y con los ojos bajos, y para escitar la compasion llevaba un ropaje hecho jirones, la barba larga y puerca, y en señal de amargura se habia encenizado la cabeza. A su lado marchaban si querian sus parientes. Despues de haber pasado la triste comitiva y puesta al lado del defensor, un secretario leyó en voz alta la acusacion: las pruebas no tenian réplica, pero el defensor procuró en un largo discurso escitar la compasion del pueblo en favor de su cliente. Pero nada bastó: el cónsul se espresó en estos términos: «Romanos: ya habeis oido los »cargos contra el procónsul Spu»rio Aquilio; ha dilapidado la »fortuna pública, y ha compro»metido la ecsistencia del pue»blo entero. Por otra parte se

»os han recordado sus grandes »acciones. A vosotros toca com»parar los servicios que ha he»cho á la república con el mal »que la ha causado y los peligros »á que la ha espuesto. Sed jus»tos, pensad en Roma y pronun»ciad.»

En semejantes casos acontecia que algun amigo del acusado, si veia que se iba á pronunciar la sentencia de muerte, gritaba que oia un trueno lejano, y que se debia destruir al instante la asamblea; pues efectivamente era el trueno una señal de la cólera celeste, y bastaba para suspender toda deliberacion popular. Esto mismo se verificó en la sentencia de Spurio Aquilio; es decir, afirmó uno que habia oido un trueno, pero diciendo el augur que estaba sereno el cielo, reconocieron el objeto de aquella impostura oficiosa. La mayoría del pueblo romano pronunció que la operacion se habia acabado. Luego que el defensor oyó esta declaracion, se cubrió la cabeza con una punta de su toga, y se marchó de la asamblea. En aquel instante, todos los ciudadanos, rompiendo sus filas, se acercaron al tribunal: Levantóse el cónsul, impuso silencio al pueblo, y dijo en alta voz: «El pueblo romano, re»unido segun las formas pres»critas por las leyes, y con el »consentimiento de los dioses, »condena á Spurio Aquilio á la »pena de muerte.» Despues, volviéndose á los lictores, dijo: «Conducid al culpable á la pri»sion, y que sufra lo que la ley »ha ordenado.» El procónsul se suicidó en el camino con una espada que le entregó uno de sus libertos, que con aquel fin llevaba oculta debajo de sus vestidos.

JURISPRUDENCIA CRIMINAL Y SALAS DE JUSTICIA.—En la esposicion de la jurisprudencia criminal romana, hay que tener presente varias cosas. Distinguiremos primero los crímenes privados de los públicos: los unos turban el órden social, son castigados por leyes positivas, y los tribunales especiales aplican la pena; los otros mas importantes por sus consecuencias, atacan al estado mismo; la universalidad de los ciudadanos está interesada en perseguirlos, y por una consecuencia de esta necesidad comun, eran juzgados en Roma ya por el pueblo reunido, ya por aquellos en quienes habia depositado su autoridad. En el orijen de Roma, eran los reyes jueces supremos, cómo que representaban la totalidad de la nacion:

ordinariamente se hacian acompañar de su consejo; Tarquino el Soberbio pronunciaba solo, Tulo Hostilio nombró dos majistrados para juzgar á Horacio, asesino de su hermano. Cuando la república sucedió á la monarquía, fueron los cónsules revestidos de la plenitud de poder que habian tenido los reyes; y en virtud de este derecho, Bruto pronunció legalmente la pena de muerte contra sus hijos. Poco despues Publícola hizo adoptar una ley que constituia al pueblo romano, juez en última instancia de la condenacion á muerte de un ciudadano. Desde entonces todos los crímenes públicos fueron llevados ante el pueblo en los grandes comicios. Pero multiplicándose cada dia los procedimientos de este jénero, ya por el engrandecimiento del poder romano, ya por la corrupcion de las costumbres, se hizo imposible convocar á menudo asambleas tan numerosas: estableciéronse comisarios llamados *quæsitores* á quienes se confirió el derecho de fallar, segun las leyes ecsistentes, sobre los crímenes mas frecuentemente cometidos, y solo se llevaron ante el pueblo los asuntos estraordinarios por su naturaleza ó importancia. La autoridad de estos delegados duraba únicamente hasta la decision de la causa para la cual habian sido creados.

Bien pronto se reconoció la utilidad de esta institucion; y en el año 604 se hizo permanente. Los *quæsitores*, ya muy numerosos, se dividieron en cuatro salas de justicia, de las cuales la primera conocia en el crímen de *estorsion*, la segunda en los manejos proibidos, la tercera en la alta traicion, y la cuarta en el peculado (1). Este cuerpo judicial reunido se llamaba *quæstiones perpetuæ, indagaciones perpétuas*, en oposicion al establecimiento temporal que ocasionó. Un pretor presidia en cada una de estas salas particulares, y dirijia sus operaciones durante un año, como era de costumbre en toda especie de majistratura; espirado este término iba á administrar justicia á las provincias y otro le sucedia.

Es de notar que el pueblo era quien habia concedido á estos cuerpos judiciales el derecho de

(1) *Estorsion* y *peculado* eran crímenes diferentes aunque pertenezcan á una misma causa: la *estorsion* es la ecsijencia de un derecho cualquiera, con perjuicio de aquel á quien se le ecsije: el *peculado* es un robo directo de los caudales públicos.

pronunciar en tal ó cual circunstancia; quien escojia los majistrados que habian de componerle, y que por consiguiente él mismo era quien decidia por su órgano. Así es, que un acusado poderoso hubiera podido emplear medios de coecho en un tribunal que no hubiese sido el pueblo reunido.

Empleo del tiempo de un rico romano. — Placeres publicos ó particulares. — La salida del sol marcaba la primera hora del dia, y estaba siempre consagrada á los deberes de la relijion. El pueblo acudia á los templos á pedir á los dioses con que satisfacer las necesidades diarias. Las personas de rango mas elevado cumplian ordinariamente esta obligacion en sus propias casas en donde los altares domésticos recibian sus ofrendas. La oracion de la mañana se dirijia á los dioses del cielo, y las de la tarde á las divinidades infernales. Apenas habian llenado este deber se abrian las puertas; la muchedumbre de los clientes se presentaba; unos para satisfacer la obligacion de cada dia, otros para obtener audiencia de su patrono, y el mayor número para recibir los socorros diarios que se les distribuian en su nombre. El recibimiento que les esperaba era siempre medido por sus fortunas ó por la importancia que sabian darse. Algunos penetraban hasta la habitacion del señor; eran admitidos á sus placeres y se sentaban á su mesa; la multitud no pasaba del vestíbulo; y contentos con ser vistos por los esclavos ó por algun liberto, se retiraban para emplearse en sus propios negocios.

La hora tercera llamaba á los jueces y defensores á los tribunales. Si la causa era importante, y célebre el orador, de todas partes acudian para ver y oir. La misma escena se repetia en muchos parajes al mismo tiempo. Frecuentemente, un espectador atento se distraia con las voces de un abogado que defendia otra causa en un tribunal poco distante. Allí se atacaba la autenticidad de un testamento; aquí se perseguia á un deudor de mala fé; mas allá era perseguido un ciudadano por estorsion; su acusador manifestaba las circunstancias de su crimen, y presentaba las pruebas ante el pretor y los jueces. Si era un personaje notable, todo se ponia en movimiento para salvarle ó perderle: si era un plebeyo oscuro, su patrono se esforzaba en hacerle triunfar porque si no él mismo recojia el fruto del crímen que se imputaba á su cliente. A

estas razones particulares añádase la pasion de los romanos por la elocuencia, el interés que escitaba siempre en ellos un procedimiento criminal que ponia en juego todas sus pasiones, y el deseo inesplicable que tienen todos los hombres de oir á un gran culpable, y se concebirá facilmente la aficion de aquellos ciudadanos á asistir á los tribunales.

Un dia se verificaba una asamblea del pueblo, otro habia mercado; ya eran adjudicaciones, ya ventas públicas, ya ceremonias relijiosas ó militares; en fin, los placeres del teatro ó del circo y los juegos de toda especie, apenas dejaban un dia verdaderamente libre. Si estos grandes objetos de ocupacion, ó mas bien de entretenimiento, llegaban á faltar, se paseaban en el Foro, y los motivos de conversacion no escaseaban entre hombres cuyos intereses públicos ó privados se estendian á los paises mas lejanos. Durante este tiempo, los caballeros, siempre fieles al dios Pluton, tenian sus sesiones en las galerías cubiertas que rodeaban el Foro. Allí arreglaban sus cuentas, abrian sus rejistros, daban un poco de oro, y recibian mas; rodeados incesantemente de una multitud de deudores y de otros que pedian prestado, los conducian á obligaciones siempre mas onerosas, y arruinaban con método á aquellos que parecian favorecer. Ocupados de un objeto único, nada los distraia, ni el bailarin que allí inmediato danzaba en una cuerda, ni los jestos del mono africano, ni las habilidades del oso traido de las montañas de Helvecia. Despues de haber pasado así algunos años en establecer su fortuna, cambiaban de papel; y prodigando á su vez aquellos tesoros que habian reunido, se abrian el camino de los onores.

Éstos cuadros tan variados cambiaban á cada instante por circunstancias imprevistas. Un gran majistrado que volvia de su gobierno, ó que antes de ir á él queria presentarse al pueblo, llegaba al Foro con una comitiva correspondiente á su título: corrian á él, lo rodeaban, le estrechaban, sus amigos le felicitaban, los indiferentes se unian á ellos, y todos le acompañaban con aclamaciones hasta las puertas de la ciudad ó hasta las de su casa.

Quizá se dirá que este jénero de ecsistencia, no podia convenir sino á personas acomodadas, y que el pueblo siempre estrechado por necesidades contínuas

Digitized by Google

debia tener ocupaciones mas reales; pero en Roma el bajo pueblo se diferenciaba en mucho del de los otros paises. La desigualdad de los rangos y de las fortunas era prodijiosa, y una multitud innumerable sin ningun recurso, gozaba en paz de los placeres del dia sin inquietarse por el siguiente. Las distribuciones de trigo siempre considerables y que no sufrian retardo, y las dádivas desus patronos, bastaban á las primeras necesidades de los ciudadanos indijentes. En circunstancias que se renovaban frecuentemente, tales como las grandes promociones, los funerales, los triunfos, etc., acostumbraban los grandes á hacer repartimientos y dádivas abundantes. Si á esto se añaden las ventajas y los beneficios vergonzos y frecuentemente repetidos que les procuraba el tráfico de sus sufrajios en los comicios, se concebirá fácilmente su poco empeño en asegurarse por medios mas onoríficos una ecsistencia independiente. A pesar de tantos recursos caian en una completa pobreza y se les distribuia tierras conquistadas; de manera, que ciudadanos que eran miserables por la mañana, por la tarde se convertian en propietarios opulentos.

Además de la repugnancia invencible que el ciudadano romano tenia á toda especie de trabajo, habia tambien muchas profesiones que rechazaba su dignidad, tales como las de carniceros ó vendedores de carne cocida, pescadores, y vendedores de pescado, etc. Las otras casi todas eran ejercidas por libertos. Los panaderos únicamente gozaban de alguna distincion, fundada aparentemente en la necesidad universal que se tiene de su trabajo. Bajo el nombre de *pistores* formaban una corporacion que disfrutaba de privilejios importantes; ni ellos ni sus hijos podian separarse de su oficio para tomar otro estado. Sus beneficios eran en comun, y para conservar el onor de aquella sociedad no se permitia á sus miembros enlazarse con gladiadores, comediantes ni otro cualquier individuo que ejerciese una profesion reputada vil.

Esta falta de ocupaciones necesarias daba á los habitantes de Roma un carácter de frivolidad que formaba un contraste estraño con su importancia verdadera. Todos sin escepcion pasaban su vida fuera de sus ogares; y de la misma manera que los grandes no estaban en ellos porque no los detenia el gusto del

Digitized by Google

estudio ó el amor á las ciencias ó á las artes, así el pueblo sin trabajo, porque no tenia necesidades, pasaba sus dias en vanos entretenimientos, y en cierto modo se hacia el instrumento ciego del que le procuraba.

Al acercarse el mediodia, cada cual volvia á su casa para hacer una lijera comida y tomar el descanso de una hora. El intervalo del sueño á la cena, se consagraba siempre al placer. Aquellos á quienes la edad habia hecho graves, ó que por sus cargos y títulos imponentes se veian obligados á guardar cierta compostura, se procuraban goces tranquilos, dirijian sus pasos ácia los paseos públicos ó particulares, y en estas reuniones apacibles y escojidas gozaban de las dulzuras de la conversacion. Si el tiempo era malo, ó la estacion no permitia estos paseos al esterior, les ofrecian un abrigo cómodo tanto como agradable, vastas galerías en que el gusto se juntaba á la magnificencia. Escojian tambien aquel tiempo para hacerse mútuas visitas. El uso era hacerse anunciar por un criado introductor, á escepcion sin embargo del primer dia de enero, y del dia de cumpleaños en que todo el mundo era admitido indistintamente.

Los jóvenes buscaban placeres mas activos; montaban á caballo y corrian al campo de Marte; lanzaban dardos, tiraban con el arco y se ejercitaban de cien maneras diversas en juegos que los preparaban á los ejercicios mas sérios. Allí los reclutas tomaban las primeras lecciones del arte de la guerra. Viejos centuriones les hacian aprender el paso militar, llevar picos y formar trincheras; aquí un peloton mas adelantado se ejercitaba en maniobras difíciles. Mas allá los muchachos, bajo la direccion de sus maestros, jugaban á la pelota, al balon, y al trompo; algunos recorrian rápidamente el campo de Marte haciendo jirar un círculo de cobre que seguian tras él; otros se desafiaban á la carrera; frecuentemente aquella viva juventud tomaba su direccion ácia el Tíber, y á pesar de estar sudando, se arrojaban al agua y lo pasaban á nado. Entretanto los ancianos sentados á la otra orilla, á la sombra de altos álamos, sonreian á sus esfuerzos, con el jesto y la voz alentaban á los mas débiles, aplaudian á los mas intrépidos, y gozaban en secreto de su triunfo. Al ver aquellos ancianos con los cabellos blancos por la edad, y el aspecto de sus largas ropas ondeantes, se

diria que las divinidades, que velaban en la corriente del rio, habian salido de repente de sus moradas profundas, y que presidian á los juegos de una turba de tritones jóvenes y bulliciosos.

Llegada la hora décima, todos se apresuraban á tomar la toga que habian abandonado, y cada cual corria á sentarse en algun festin ó á recibir á sus huéspedes. Aquí cambiaba la escena; alejados de aquel pueblo que los importunaba al mismo tiempo que los contenia, los grandes se abandonaban libremente al fausto, que era su pasion mas fuerte. Eran romanos en la plaza pública, y sibaritas en sus moradas. Allí reinaba la deferencia, la atenta política, las atenciones obligantes, y brillaba con todas sus gracias aquella urbanidad qué distinguia tan eminentemente á los nobles ciudadanos. Si un personaje eminente era el que convidaba, luego que habian llegado todos, con el traje de su dignidad se presentaba el héroe de la fiesta y todos se levantaban con respeto: los que le eran inferiores en rango ó en edad, le besaban la mano; sus iguales le besaban en la boca ó en los ojos; los mas íntimos le saludaban desde lejos sin dejar su sitio; besaban su propia mano, y arrojándola adelante con gracia, parecian enviarle el beso que hubieran querido darle. Nunca faltaban á estas ceremonias, y el que trataba de librarse de ellas manifestaba una mala educacion. Despues pasaban al *cænatio*, refectorio ó comedor El dueño de la casa, arreglaba los sitios de los convidados. Cada uno debia tomar el que le designaban; y hubiera sido cometer una impolítica querer por humildad aparente, tomar un sitio inferior al que le ofrecian. Los convidados estaban coronados de flores, y cuando la naturaleza les rehusaba este brillante adorno, le suplian con flores artificiales, hechas de láminas de cuerno, teñidas de diversos colores (1). Todo inspiraba y espresaba alegría: durante la comida bebian unos á la salud de otros. A menudo bebian dos amigos en una misma copa á la salud de un tercero que estaba ausente, y vaciaban la copa tantas veces como letras contenia su nombre. Algunas veces jugaban á los dados ó á la taba en el intervalo de un servicio á otro. Las mujeres y los niños no asistian ordinariamente á los grandes festines; en las reuniones de familia, es-

(1) Plinio, lib. XXI, cap. II.

taban sentados los niños y las mujeres á las orillas de los lechos, y acostumbraban retirarse despues del segundo servicio, para dejar mas libertad á los convidados. En esto llegaba la noche, señal de los placeres licenciosos, y se hacian entrar á los músicos, á las bailarinas, á los tocadores de flauta, y algunas veces á los gladiadores, que en estas ocasiones se limitaban al simulacro de sus juegos crueles.

Llegaba el momento de retirarse, bebian la copa de despedida, saludaban á su huésped, y precedidos de una tropa de esclavos con hachas encendidas, cada cual tomaba el camino de su casa. Allí el esposo encontraba á su mujer y á sus hijos que le esperaban; llegaba la hora del descanso y su familia se despedia de él. Los libertos y los esclavos desfilaban en su presencia, y recibia el saludo de cada uno.

FUNERALES. — PIRA. — SEPULCRO.—Lo que vamos á referir dará una idea imperfecta del modo con que los romanos onraban las cenizas de sus padres. Luego que llegaba el momento de la agonía, los hijos se acercaban á su padre moribundo, dábanle el último beso, y parecian recojer su alma al escaparse. Ellos mismos le cerraban los ojos, procurando dar la apariencia de un sueño tranquilo á aquel reposo que debia ser eterno. Para asegurarse que habia dejado de ecsistir, los asistentes le llamaban en alta voz y por su nombre, y estos gritos, llamados *conclamatio*, se repetian cuatro veces seguidas. Algunas veces tambien hacian resonar en la habitacion bocinas ó trompetas. Cuando el decreto fatal estaba pronunciado, se dirijian á los *libitinarios* ó ministros de la diosa Libitina, que presidia los funerales. Estos sacerdotes guardaban en su templo todo lo necesario para tan tristes ceremonias, y además proporcionaban á los que habian de llevar al muerto, los guardianes ó custodios, los plañidores, etc., en razon de la importancia del personaje ó de la magnificencia de su familia. Conveníase con ellos por medio de una cierta suma, llamada *arbitrium*, y no dejaba de añadirse á ella una moneda que se depositaba sobre el altar de la diosa; la metian en seguida en una urna, y era en cierto modo un rejistro mortuorio. Cuando todo estaba ya arreglado, los sirvientes enviados por los libitinarios, que se llamaban *pollinctores*, la-

Digitized by Google

vaban el cuerpo con agua tibia, en seguida le frotaban con licores perfumados para prevenir los efectos de una disolucion siempre demasiado pronta, y lo colocaban en una cama compuesta, vestido con el ropaje de su dignidad. En seguida le coronaban de flores, lo esponian debajo del vestíbulo con los pies fuera de la cama, para espresar una prócsima partida, y dirijidos ácia la puerta de la casa, delante de la cual se tenia gran cuidado de plantar una gran rama de ciprés. Este signo de luto, impedia al gran pontífice entrar en aquella habitacion, si llegaba á presentarse en ella, y evitaba la mancha que recaeria en él al solo aspecto de un cuerpo privado de la vida. Como todo permanecia abierto en semejantes momentos, los guardianes velaban sin cesar cerca del cuerpo, auyentando los insectos con largas ramas de ciprés, mientras otros circulaban en la habitacion para evitar toda especie de desórden.

Despues de siete dias de esposicion, llegaba por último el momento de las ecsequias. Desde por la mañana un heraldo recorria las plazas públicas, gritando: *A los que quieran asistir á los funerales de fulano, hijo de fulano, se les advierte que la ceremonia va á principiarse, y va á sacarse el cuerpo fuera de la casa.* Tales eran en sustancia los preliminares de la solemnidad mortuoria.

Al sacar el cuerpo, el maestro de ceremonias, llamado *designator*, lo disponia todo para la marcha fúnebre, y despues que cada uno estaba colocado segun su rango ó sus funciones, daba la señal de marcha. Delante iba un *buccinator*, despues los tocadores de flauta que marchaban lentamente con los ojos bajos y sacando de sus instrumentos sonidos lúgubres y melancólicos. En seguida iba una muchedumbre de mujeres *llamadas lloronas*, siempre dispuestas á verter lágrimas venales, y cuyos estrepitosos jemidos turbaban al verdadero dolor profundo y silencioso. Mientras unas sollozaban y se golpeaban el pecho con todas las señales de la desesperacion, otras cantaban imnos en onor del difunto; despues de algunos momentos de intervalo cambiaban de papel, y las que habian llorado primero se ponian en seguida á cantar.

Detrás de estas mujeres marchaban una multitud de clientes con antorchas encendidas. Á cierta distancia seguia el cuerpo co-

Digitized by Google

locado sobre un lecho de púrpura llamado *Octaphoro*, porque era llevado por ocho de los parientes mas cercanos; si el muerto gozaba de lictores por su dignidad, estos marchaban delante vestidos de negro y con los hazes para abajo; si era algun personaje consular el difunto, llevaba á su lado muchos hombres vestidos militarmente, los cuales llevaban las coronas que el cónsul habia obtenido, ó los estandartes y despojos que habia cojido en los combates (1). Otros llevaban al estremo de unas picas largas las imájenes de sus abuelos y aun la suya propia hecha precipitadamente. Al lecho fúnebre seguia una tropa de bufones, enmedio de la cual iba un *arquimimo* revestido con la misma ropa que el difunto llevaba diariamente, el cual se aplicaba á remedar los jestos familiares, y á recordar las maneras del finado á los espectadores: algunas veces se atrevia tambien á dirijir á los que estaban cerca de él sus frases mas ordinarias, afectando imitar el tono de su voz, y sirviéndose de sus propias espresiones. Despues seguian los libertos, cubiertos con el gorro de la libertad: detrás de los libertos seguian los hijos, los parientes y los amigos todos vestidos de luto. La mujer del difunto solia vestirse algunas veces de blanco y con los cabellos esparcidos, la cabeza descubierta y los pies desnudos, marchaba tambien detrás de su esposo, que llevaba el rostro cubierto. Todos los asistentes, cualesquiera que fuesen su rango ó sus funciones, no eran distinguidos por ningun signo esterior, y el anillo de oro se remplazaba con el anillo de hierro. La comitiva se terminaba por el maestro de ceremonias precedido de los *pollinctores*, de los vespillones, y de una multitud de criados adictos bajo diferentes títulos á los altares de Venus Libitina. La inmensa multitud de los esclavos cerraba la marcha.

La comitiva se dirijia al campo de Marte, en donde el cuerpo debia ser quemado, no permitiendo las leyes de las Doce Tablas que esta ceremonia se hiciese en el interior de la ciudad (2). Enmedio de un vasto

(1) Porta. Lib. VI, cap. IX.

(2) Esta proibicion tenia por objeto evitar los incendios. La basílica Porcia, fué abrasada por las llamas de la pira de Clodio, que tocaron á aquel edificio. Algunas familias, Valeria, Fabricia, etc., tenian el derecho de sepultura en la ciudad; la seguridad públi-

recinto se levantaba en forma de altar la fatal oguera, escollo de la prosperidad y último asilo del infortunio. Estaba hecha de rajas de madera de encina muy seca, de pino y de fresno, y para que se inflamase mas prontamente colocaban en los intervalos, rollos de papiro, de pez y otras materias combustibles; mirábase como un crímen emplear madera que hubiese servido en alguna cosa, y no debia estar ni pulimentada ni trabajada. Despues de rociar el cadáver con esencias preciosas, se le colocaba encima de la pira, se le cortaba un dedo que debia enterrarse por separado; se le abrian los ojos, mirando como un último omenaje á la divinidad el dirijirlos todavia ácia el cielo, y se le ponia en la boca una moneda de plata para pagar al codicioso Caronte el paso de las orillas sombrías. Los hijos daban un último beso á su padre, y uno de ellos ó el pariente mas próccimo, pegaba fuego á la leña, volviendo las espaldas despues, para espresar de este modo el sentimiento que le causaba destruir restos tan queridos. Arrojábanse á las llamas sus armas y sus vestidos ordinarios. Los parientes y los amigos mas íntimos arrojaban tambien sus propias ropas, mientras que los sacrificadores derramaban la sangre de una multitud de víctimas que se inmolaban alrededor de la pira. Allí inmediato se levantaba precipitadamente un circo, en donde combatian gladiadores como si la muerte no tuviese bastante con una víctima. Por una mezcla estravagante, esta triste ceremonia era á menudo acompañada de carreras de carros y de juegos escénicos. Algunas veces tambien por un esceso de suntuosidad se daban á los asistentes festines magníficos; pero para desterrar este aire de festejo que ocasionaba necesariamente la reunion de los dos secsos, las mujeres estaban escluidas de ellos, y su presencia allí se miraba como un sacrilejio. Públio Sempronio se separó de su mujer por la sola razon de haber asistido á los juegos fúnebres.

Cuando el cuerpo estaba enteramente consumido y las llamas se apagaban rociándolas con aguas perfumadas, se recojian las cenizas del muerto, que se encontraban fácilmente por la precaucion que tenian de envolver

ca impidió su uso, pero para ostentar el privilejio, se conducia el muerto al Foro, colocábase una antorcha fúnebre sobre el féretro, quitábase despues, y dábase la ceremonia por concluida.

Digitized by Google

el cuerpo en una tela de amianto. Despues las lavaban con vino y leche, las ponian en una urna de oro, y colocaban esta en la tumba de la familia.

El sacerdote que habia inmolado las víctimas, rociaba por tres veces á los asistentes con una rama de olivo metida en agua lustral, y la primera llorona despedia á la asamblea con estas palabras pronunciadas en tono solemne. *Podeis marcharos* (*I, licet*). Entonces, despues de llamar al difunto por tres veces, gritaban todos: *adios, adios, adios, te seguiremos cuando llegue el momento marcado por la naturaleza.*

Despues de haber depositado las cenizas en un subterráneo preparado á este efecto, encendian una lámpara cuya luz, segun la opinion vulgar, no debia apagarse nunca. Opinion es esta que ha corrido tambien entre algunos modernos, observando que al abrir una sepultura romana habian notado cierta claridad en su interior producida acaso por la ecsistencia de alguna luz; pero nosotros, que hemos tenido proporcion y hemos hecho algunas escavaciones en diversos puntos de España, podemos asegurar que es una mentira; pues aunque en el interior de algunos sepulcros hemos encontrado unos tubos cilíndricos destinados al parecer á recibir algun fluido combustible, cuando los hemos reconocido los hemos encontrado vacios é inodoros. Poco tiempo hace hemos tenido ocasion de ver, al descubrir uno de estos sepulcros, los objetos que contenia. Estaba este en una posesion de campo: la reja de un arado tropezó en una losa: los operarios hicieron una escavacion á nuestra presencia, y levantando dicha losa se encontró un depósito hecho de mamposteria de forma cuadrilonga, con una vara de profundidad y otra de lonjitud: contenia en su interior un vaso lacrimatorio de plata, en el centro y junto á él un vaso cinerario de la altura de una cuarta; un poco retirado un broche de oro, y algo mas allá del centro y en los cuatro ángulos los tubos de cristal que hemos mencionado. Esta escavacion la hemos hecho en 1841 en Andalucía, y por las monedas que se encontraron, dicho sepulcro pertenecia á los tiempos de Trajano.

Pero volvamos á nuestro asunto principal. Despues que se dejaban las cenizas del cadáver en su morada silenciosa, se volvia á la casa, y el dia se terminaba con un convite solemne. A los nueve

dias, debia seguirse un segundo llamado *novendiale*. El intervalo entre uno y otro, lo empleaban en prácticas relijiosas; no se recibia á ningun estraño; la familia estaba de luto y de tristeza, y ninguno de sus miembros podia ser citado en justicia para negocio alguno, fuese público ó particular. En fin, el décimo dia, se purificaba la casa barriéndola con escobas hechas de la planta escordio; todos los que la habitaban se purificaban pasando por encima del fuego, y despues cada uno volvia á sus tareas. Esta última fiesta se llamaba *denicales*; y ordinariamente era seguida de dádivas que se hacian al pueblo. Parece que la costumbre de quemar los cuerpos no era muy antigua entre los romanos, pues el cuerpo del virtuoso Numa fué enterrado cerca del Janículo. Algunas familias ilustres conservaron el uso antiguo (1); y lo mismo sucedia con los niños de corta edad.

Los honores fúnebres de los simples ciudadanos se hacian con menos pompa: cuatro hombres, llamados *sandapilari*, los llevaban sobre una camilla, su cabeza iba descubierta y coronada de simples flores. La sangre de los gladiadores no corria para aplacar á sus manes tranquilos; no se quemaban sus cuerpos, y se contentaban con encerrarlos en una larga caja de piedra ó barro cocido. Los de un órden mas superior se colocaban en tumbas de mármol, sobre las cuales se inscribia su nombre y su título; allí se recordaban sus principales acciones y aun sus virtudes privadas, en fin, se colocaba cerca de sus despojos mortales, un pequeño vaso de barro llamado *lacrimatorio*, que contenia algunas de las lágrimas vertidas por sus hijos. Humilde y puro omenaje que á pesar de sus esfuerzos no podia el fausto destruir, y que parecia ser la herencia de aquella feliz mediocridad preconizada por todos los hombres y de la cual todos quieren salir.

(1) Plinio, lib. VII, cap. LIV, dice que Syla fué el primero que dispuso se quemase su cuerpo, por temor de que no le insultasen despues de su muerte, como él mismo lo habia hecho con los restos de Mario.

CAPITULO XI.

Ceremonias relijiosas.—Sacrificios.—Interior de un templo.—Victimas.—Nacimiento de un niño, nombres, educacion.—Conclusion.

Ceremonias relijiosas.—Sacrificios.—Interior de un templo.—Victimas, etc.—Cuando acontecia haber gran sequedad, y por consiguiente gran penuria en la república, el senado mandaba á los *quindecimviros*, custodios de los libros sibilinos, consultasen este depósito sagrado, é hiciesen conocer la voluntad de los dioses; los intérpretes de estos oráculos misteriosos, dóciles á la voz de la autoridad, anunciaban que la cólera celeste no podia aplacarse sino con una solemne espiacion, y se disponian grandes rogativas, llamadas *obsecrationes*. Relijioso en el infortunio tanto como en la prosperidad, el pueblo romano se humillaba y esperaba su perdon. Si tenia que tributar gracias á los dioses, les dirijia *supplicationes*. Cuando un jeneral conseguia una victoria brillante, tomaba una ciudad considerable ó terminaba una guerra difícil, enviaba al senado pliegos rodeados de ojas de laurel, dándole parte de sus triunfos, y pidiéndole decretase en su nombre preces públicas á los dioses protectores de Roma. El senado deliberaba sobre lo espuesto, y si juzgaba que las ventajas anunciadas eran tan considerables que pudiesen ser objeto de una fiesta relijiosa, espedia el decreto: los tribunos lo aprobaban y se proclamaba la festividad. Esta duraba segun la importancia del acontecimiento, ó el crédito del jeneral que la habia pedido.

En estas funciones solemnes, en que todo un pueblo estaba reunido por un mismo sentimiento, abríase la marcha por una tropa de niños de ambos secsos, que aun tenian padre y madre, por lo cual se les llamaba *patrimi* y *matrimi*. Todos eran

Digitized by Google

de los mas bellos; iban coronados de flores, y marchaban con órden cantando imnos sagrados. Los pontífices, los sacerdotes de todos los colejios, los majistrados, el senado, los caballeros, y en fin la multitud de los ciudadanos, todos vestidos de blanco, seguian á paso lento; las mujeres con sus mejores adornos, esistian igualmente á estas fiestas, pero estaban separadas de los hombres para no faltar á la decencia y á la gravedad que debian caracterizar á una ceremonia santa. Esta inmensa comitiva se dirijia á los templos de los grandes dioses, á los cuales ofrecian pomposos sacrificios; despues á los dioses de segundo órden, y sucesivamente á los templos de las divinidades inferiores, cuyo culto estaba admitido en Roma, invocándolos segun los ritos que ecsijian.

Si la funcion era de rogativa, los cantos de alegría se remplazaban con los acéntos del dolor. En vez de dar gracias al cielo por sus favores, lo invocaban con prolongados jemidos para que se dignase protejer al pueblo romano y apartase las desgracias de que estaba amenazado. Los ciudadanos entonces iban vestidos con la toga de luto. Caminaban con los pies desnudos y la cabeza baja; los instrumentos tocaban sonidos lúgubres, mientras que los coros de los niños de ambos secsos, coronados de ciprés, cantaban el imno del dolor con notas plañideras. La comitiva llegaba á la puerta del templo: los hombres, despues de haberse prosternado, se besaban con respeto: las mujeres, siempre las mas tiernas y estremadas en su afliccion, se precipitaban en las gradas, las regaban con sus lágrimas y las enjugaban despues con las trenzas de sus cabellos. Todos elevaban las manos ácia el cielo, todos suplicaban se compadeciese del pueblo. Despues la multitud de los ciudadanos se detenia delante del templo, y los sacerdotes, los majistrados y un cierto número de personajes distinguidos, penetraban solos en el interior. Allí ofrecian el gran sacrificio llamado *Aquilicia*, porque tenia por objeto obtener de las urnas celestes, las aguas benéficas que reclamaba la tierra. Los sacerdotes que hacian dicha ceremonia, se llamaban *Aquilices*; estos prescribian las fórmulas y se seguian con una esactitud escrupulosa; este aparato pomposo y este relijioso silencio lo interrumpian únicamente los mujidos de las víctimas ó las pala-

Digitized by Google

bras misteriosas. El dia entero se pasaba visitando sucesivamente todos los templos de la ciudad, y en repetir en ellos sacrificios relativos á las divinidades que en sus altares se veneraban. En fin, por último esfuerzo, rodaban por las calles la *piedra fatal*; era esta una masa informe que la casualidad habia colocado cerca del templo de Marte, mas allá de la puerta Capena, y que solo mudándola de lugar decian que infaliblemente caia agua del cielo. . . . . . .

Nos aprovechamos de esta ocasion para dar á conocer el culto de los romanos. El aspecto de un templo de primer órden tal como el Capitolio, inspiraba el respeto y el temor; estaba situado sobre la roca Tarpeya, cuya altura añadida á la del monumento, la hacian el punto mas elevado de la ciudad. Subiase á él por cien gradas, comprendiendo en estas las que estaban sobre la pendiente de la roca. Luego que se llegaba á aquella altura, se distinguia primero un vasto recinto rodeado de galerías cubiertas y de altas columnatas, á la estremidad de las cuales se elevaba el templo con majestad. Su forma era cuadrada, dividíase en cuatro partes: el vestibulo, que formaba la fachada, estaba siempre dirijido ácia el Occidente, de modo que el pueblo que se reunia en él, dirijia siempre sus miradas ácia el paraje por donde el sol llevaba su curso: la segunda parte formaba el fondo del templo enfrente del vestíbulo: por los dos lados estaban las alas, formadas cada una de una galería sostenida por filas de columnas; una de estas galerías estaba consagrada á Juno y otra á Minerva. Enmedio estaba el cuerpo del templo llamado propiamente *cella*. La estátua de la divinidad estaba colocada en lo mas apartado y dando frente al vestíbulo. Este lugar era llamado el *penetrale sacrarium*. No era permitido entrar al pueblo en aquel recinto en donde reinaba una oscuridad relijiosa, pues la mayor parte de los templos recibian la luz únicamente por la puerta. Habia tres altares: el primero estaba á los pies de la estátua, y era muy elevado, de donde viene la palabra *altare* (alta ara), que espresa en lengua romana aquella elevacion; servia para las libaciones, y en él se quemaban incienso y perfumes; el segundo servia para los sacrificios; despues de haber hecho en él las libaciones, se derramaba la sangre de las víctimas y se que-

Digitized by Google

maba con las primicias; el tercero era un altar portátil sobre el cual se colocaban los vasos sagrados, las ofrendas etc. En él se veian esculturas y pinturas esquisitas, la estátua del primero de los dioses brillaba con el rayo, la corona y el cetro de oro. Habia tambien una figura de la Victoria enviada por Hieron, rey de Siracusa, que era de oro y pesaba trescientas libras; y un gran número de estátuas ofrecidas por los reyes aliados, eran tan preciosas por la belleza del trabajo como por la riqueza de la materia. De la bóveda pendian ofrendas y presentes magníficos. En cada columna se veian pendientes ricos despojos, cuadros votivos, simulacros de toda especie, armas de triunfadores, instrumentos de las artes figurados de oro y plata, inumerables coronas, y sobre todo una multitud de escudos votivos, todos de metales preciosos y grabados con diferentes figuras artísticamente trabajadas, que representaban la accion que las habia hecho ofrecer. Los trípodes, las copas, los vasos, los lechos sagrados etc., estaban guardados cuidadosamente en una especie de tesoro, llamado *donarium*, porque la mayor parte de los objetos que encerraba, provenian de donaciones de los ciudadanos ó de los reyes estranjeros. Allí se conservaban los libros sibilinos, los escudos sagrados ó *ancilas*, y todos los depósitos de la relijion.

Nótese que este nombre Capitolio con el cual se designa mas particularmente el templo del soberano de los dioses, espresa en su reunion, aquella multitud de monumentos relijiosos que cubrian la roca Tarpeya, y hacian en cierto modo de aquel lugar una ciudad sagrada. Allí se veía el templo de Júpiter Feretrio y el de Juno Moneta; sobre la pendiente de la montaña estaba el templo de la Concordia, y en fin contábanse en aquel lugar mas de cincuenta templos reunidos.

Los demás templos de aquella inmensa ciudad, aunque no tan magníficos como el Capitolio, asombraban por su esplendor. Al aspecto de aquella inconcebible cantidad de estátuas de oro y de plata, de aquellos vasos, de aquellas copas enriquecidas con piedras preciosas, de tantos objetos mas ricos por el trabajo que por la materia, no puede uno dejar de pensar que la piedad de los romanos ha sido mas ruinosa para los pueblos que su ambicion.

Los templos de Roma ofrecian

entre sí diferencias que anunciaban la esencia de la divinidad á que estaban dedicados. Los de Júpiter, de Juno, de Minerva, estaban siempre situados en los parajes mas elevados, porque estos dioses debian de una sola ojeada abrazar la universalidad del pueblo que los reverenciaba. Por una consecuencia de la misma idea, los de Júpiter Tonante (1), el del Sol, el de la Luna y el del Cielo, estaban abiertos por la parte superior, para que el dios que presidia en él pudiese levantar sus miradas sin ostáculo. Del mismo modo la arquitectura de un templo ofrecia ordinariamente una especie de analojía con la divinidad á que estaba dedicado. Así es, que el órden dórico, grave y severo estaba consagrado á Marte, á Belona, Cástor y á Pólux: el jónico, á la vez elegante y sencillo, decoraba los templos de Juno, Diana y Baco, mientras el corintio, mas gracioso y adornado, estaba particularmente reservado á Venus, á Flora y á Proserpina.

Cosa digna es tambien de notarse que los dioses, á quien suponian autores de los verdaderos bienes, tenian todos sus templos en el interior de Roma, mientras que los de Venus, Belona y Marte mismo, estaban fuera de la ciudad. El culto que se les tributaba nacia del temor mas bien que del amor; pues parecia que alejándolos de sus ogares, habia procurado aquel pueblo alejar de ellos las pasiones enemigas del reposo de los hombres.

Las víctimas que se debian sacrificar debian ser sin mancha y sin defectos esenciales; no debian haber sufrido el yugo; sacerdotes de un órden inferior recorrian incesantemente los campos para escojer los animales que juzgasen dignos de ser presentados á los dioses; marcábanlos con algun color; y estos eran los que siempre se debian elejir para los sacrificios públicos ó particulares. Las víctimas mas agradables á Júpiter eran los bueyes muy blancos, que pastaban en las orillas del *Clitumnius*, en el pais de los faliscos, cuyas aguas decian tenian la virtud de cambiar su color. Ofreciánle tambien becerras ó una simple ternera; pero era desechada por los sacerdotes, si la llevaban sobre las espal-

(1) El templo de Júpiter Tonante es posterior á aquella época. Fué edificado bajo Augusto, con motivo de haber perdido á uno de sus favoritos muerto de un rayo.

das (1). Toda víctima debia ser conducida sin violencia, como si hubiese debido ir al sacrificio por el solo efecto de su instinto; y se queria que la cuerda con que la llevaban fuese floja, debiéndosela quitar cuando estaba delante del altar. Ofrecíanse á los otros dioses, carneros, puercos, cabras; sin embargo Minerva no aceptaba este sacrificio último, porque decian que este animal destruia el olivo cuyas ojas ramoneaba (2). Aquellos á quienes sus cortos medios no permitian sacrificar víctimas verdaderas, ofrecian en su lugar simulacros de pasta ó de cera, y estos humildes omenajes eran recibidos con bondad.

Los asistentes se cubrian la cabeza en el momento de la invocacion. En jeneral las ceremonias relijiosas de los romanos tenian con las griegas una analojía que no permitia dudar de su orijen. Las que les eran particulares habian sido llevadas de Etruria á Roma, en donde los ministros del culto las adaptaron á la naturaleza de su gobierno, y á las circunstancias que los habian hecho adoptar. Los jefes de la relijion tenian respecto á este punto toda la latitud que podian desear, porque en cuanto á los ritos, á las preces y á los misterios relijiosos, todo se transmitia de sacerdote á sacerdote. Nunca estuvieron escritas las reglas que habian de seguirse en aquellas santas ceremonias; y se miraba como una profanacion confiar tan altos secretos á letras muertas. Solo se comucicaban por la tradicion á los que debian estar instruidos en ellas, y las mudanzas que juzgaban convenientes verificar segun los tiempos y las circunstancias, dependian solo de su voluntad. Respecto á esto eran los árbitros de la creencia pública; y la dirijian segun las miras del gobierno ó segun sus propios designios. Una sola palabra ajena al acto que se verificaba, destruia el efecto del sacrificio y habia que volverlo á principiar. La palabra degollar á una víctima era una blasfemia; debia decirse *inmolare*, formada de mola, que espresa la harina tostada, molida y espolvoreada de sal, de que usaban en los sacrificios y aun la ofrecian sola en forma de tortas sagradas, que se colocaba sobre la cabeza de

(1) Plinio, lib. VIII, cap. LI, dice que un ternero podia sacrificarse á los treinta dias, un cordero á los ocho y un puerco á los cinco.

(2) Id. id. cap. L.

una víctima. El grito de un raton que se hiciese oir durante la ceremonia relijiosa, destruia enteramente su efecto; pero si por una estravagancia de la naturaleza, de que hubo ejemplos, aparecia en aquel momento un raton blanco, era el mas feliz de todos los presajios (1). Estos sacrificios no podian hacerse sin harina, ni ofrecer libaciones con vino de una viña que no fuese podada. Fácil es conocer que esta ley sagrada tendia á hacer que se mirase la agricultura como un acto de relijion.

¿Pero qué esplicacion podíamos dar de lo que se practicaba en la espiacion de los rayos, es decir, de aquellos crímenes que suponian atraian sobre el culpable el rayo de Júpiter? A este dios se le ofrecian cebollas, cabellos y sardinas, mezcla estravagante y ridícula, que mas bien parece emanar del desarreglo de la imajinacion que de una piedad verdadera (2). La Roma de aquel tiempo, como la Roma moderna, era un depósito de ridiculeces y estravagancias. Los romanos se ocupaban en hablar de los prodijios y de los signos milagrosos por medio de los cuales los dioses manifestaban sus voluntades. Sus estátuas unas veces cubiertas de sudor, espresaban su agonía por un pueblo querido. Otras veces las entrañas mujientes de las víctimas les amenazaban con desgracias atroces; caian lluvias de sangre y de carne. Creian que los ratones habian anunciado la guerra de los marsos, devorando en Lavinio los escudos de plata (3).

Nacimiento de un niño, nombres, educacion. —Luego que una mujer daba á luz un niño, los parientes levantaban á toda prisa un altar á la diosa *Natio*, adornándole con guirnaldas de adormideras, planta cuyas semillas inumerables ofrecian un justo emblema de la reproduccion de los seres. Poco antes de que el parto se verificase, si la embarazada era persona de cualidad, hacian traer una nodriza del pais de los samnitas. Este pueblo, cuyo valor habia sido por mucho tiempo fatal á los romanos, conservaba entre ellos su antigua reputacion, y no sin razon creian que los niños atetados por mujeres tan valerosas, no podrian llegar á ser hombres tímidos. Una nodriza no era mirada entre ellos como un ser

(1) Plinio, lib. VIII, cap. LVII.
(2) Plutarco, Numa.
(3) Plinio, lib. VIII, cap. LVII.

Digitized by Google

mercenario: considerada del amo, querida del ama y respetada por todos los criados, llegaba á ser en cierto modo un miembro esencial de aquella familia que le habia confiado lo que tenia de mas querido. Si era un niño el nacido, presidia á los cuidados que ecsijian sus primeros años. Su celo todo lo vijilaba, todo lo previa, y rival verdadera de la madre, participaba de su dulce nombre. Cuando su hijo adoptivo pasaba á manos de los hombres, ella sabia dulcificar por diversos medios lo que una educacion severa podia tener de rigoroso. Su viva ternura desarrollaba en el alma del jóven el jérmen dichoso del reconocimiento, y ella recojia un seguro fruto. Este sentimiento databa de la mas alta antigüedad entre los romanos, y recordaba que la nodriza de Eneas tuvo parte en sus infortunios, le siguió en todos sus viajes, murió al llegar á Italia, y este héroe, por última señal de su ternura, dió su nombre á la ciudad de Cayeta.

Si era una niña la nacida, el cariño mas tierno de una madre apenas podia igualarse al de una nodriza. El casamiento de la jóven no la separaba de ella; su nodriza la seguia á su nueva casa y la servia como de directora. Despues de nacido el niño lo llevaban segun costumbre y lo ponian á los pies de su padre; este lo levantaba é invocaba en alta voz á la diosa Levana, y al dia siguiente ponian una moneda en el altar de Juno Lucina. Si despues de que el recien nacido era depositado á los pies de su padre, este no le levantaba ó apartaba la cara á otro lado, la débil criatura era condenada á perder la vida.

El nacimiento de un hijo era para un romano una época solemne; apenas lo habian anunciado, los clientes se apresuraban á felicitar á su patrono, y saludaban con aclamaciones á aquel que un dia habia de ser su protector. Cada año en semejante dia renovaban sus omenajes; y esta fiesta, relijiosamente observada, era la mas interesante que podia celebrar una familia. El nacimiento de una hija esparcia una alegría tan viva, pero las señales no salian del recinto de la casa. Los clientes se limitaban entonces á simples felicitaciones; un ser destinado á pasar á otra familia, no debia escitar en ellos trasportes de júbilo.

En el principio de la república cada romano no tenia mas que un nombre, como sucedió con Rómulo y Remo; pero des-

pues para designar los miembros de una misma familia se adoptó el *prenomen*, tales como *Quintus, Marcus, Cneius*, etc. El *nomen* era el tipo de la familia: servíanse de él frecuentemente de una manera colectiva, y decian los *Fabios, los Cornelios*. El sobrenombre *cognomen*, tomaba su orijen de alguna cualidad ó de algun defecto, ya de espíritu, ya de cuerpo, ó de alguna accion mala ó buena. A veces recordaba un elojio, á veces era una sátira; en fin, algunos romanos llevaban tambien un cuarto nombre, *agnomen*. Cuando un ciudadano, que tenia tres nombres se distinguia por una accion brillante, alcanzaba una gran victoria ó sometia una provincia considerable, la voz pública añadia á su nombre el del lugar en que se habia distinguido su valor. Publio Cornelio Scipion, pasaba por ser el primero á quien el pueblo hubiese concedido esta recompensa onrándole con el nombre de Africano (1). Así el *agnomen* y el *cognomen* eran necesariamente significativos. El nombre propiamente dicho, ofrecia un sentido que recordaba la primitiva sencillez. Los *Porcios* tuvieron por fundador á un porquero, los Bubulcos á un boyero, etc. El pronombre indicaba ordinariamente el órden de nacimiento, como *Quintus*, *Sextus*, *Decius*, abreviado de *Decimus*; espresaba tambien el valor como en *Marcus, Mamercus, Marcellus*, todos derivados de Marte. Algunas veces se invertia este órden, y el pronombre de una familia se convertia en el nombre propio de otra, como se vió en las de los *Octavios, Marcelos*, etc.

Las mujeres tenian nombres mas sencillos. La mayor llevaba siempre el de la familia, con una desinencia femenina, tales como *Cornelia Octavia*; las que las seguian se designaban lo mismo en público, pero en el interior de la casa se las nombraba familiarmente, *Secundilla, Quartilla, Quintilla, Sextilla*; y estas espresiones á la vez graciosas y llenas de cariño, cuadraban perfectamente á aquellas á quienes iban dirijidas.

CONCLUSION.

Hemos concluido aquí la historia romana y narrado cuanto sobre ella nos ha parecido con-

(1) Veáse á Tito Livio lib. X. Este uso es mucho mas antiguo, pues el año 493, Cayo Marco, habiéndose distinguido en el sitio de Coriolos, recibió el sobrenombre de Coriolano.

Digitized by Google

venjente. Hemos recorrido un cuadro estenso de la vida de aquel pueblo celebérrimo, y aunque continuaremos ocupándonos de él, será considerándolo de otra manera, bajo otras relaciones, con otra vida política. Si fecunda ha sido hasta aora en acontecimientos la historia del primer pueblo de la tierra, no dejará de presentarlos grandes y capaces de llamar la atencion del filósofo y del hombre pensador. Vamos á ver otras leyes, otros personajes, nuevas pasiones, nuevos crímenes. Jeneraciones nuevas se van á presentar, y jefes diversos levantarán su voz en donde tantos hombres singulares admiraron por sus cívicas virtudes, su valor ó sus vicios.

Mas antes de terminar este libro, permítenos, ó antigua Roma, que te saludemos dirijiéndote nuestra débil y pobre voz. Roma, ciudad triunfadora: levanta del sepulcro donde descansa tu frente convertida en polvo. Señora en otro tiempo y esplendente de gloria y majestad, interrumpe por un momento la tranquilidad de tu profundo sueño y permítenos que en nombre de la filosofía y de la libertad, y en provecho de las jeneraciones que sobrevivirán á tu desastrosa ruina, ose turbar por un momento la paz y el silencio que te rodea. Tu destino, ciudad poderosa, no fué únicamente como dijo el príncipe de tus poetas, *tener por imperio la tierra é igualar al Olimpo en grandeza* (1); ha sido tambien ser el ejemplo perene de los demás pueblos, y el amargo desengaño de los siglos posteriores. Tú no pudiste leer mas que una oja en el libro de tus destinos; pero nosotros que vemos con el espíritu el principio y el término de tu carrera, te hemos juzgado con imparcialidad. Sobre el trono augusto de tus emperadores, nueva jeneracion de hombres se sentó, y las virtudes y los crímenes mas abominables salieron de allí en nombre de un nuevo Dios, del Dios de la verdad: empero las virtudes fueron pocas y volaron al cielo con los varones que las practicaron; y los crímenes de los demás han contajiado la tierra, transmitiéndose por toda ella, y pasando de jeneracion en jeneracion como una herencia ignominiosa.

(1) *Imperium terris, animo sequavit Olympo.*

FIN DE LA HISTORIA ROMANA.

LIBRO DECIMOTERCERO.

HISTORIA DEL BAJO-IMPERIO

O DE ORIENTE.

CAPITULO PRIMERO.

Cuadro del imperio romano en su senectud. —Destruccion de la libertad por Constantino. —Fundacion del despotismo. —Traslacion de la silla del imperio á Constantinopla. —Primeras discordias eclesiásticas. —Secta de los *circumceliones*. —Edictos de Constantino. —Guerra entre Constantino y Licinio. —Batallas del Hebro y Crisópolis. —Abolicion del politeismo. —Desórdenes en el imperio, ocasionados por los cortesanos. —Herejía en Ejipto, escitada por Arrio. —Sectas del sincretismo, de los esenios y de los terapeutas. —Costumbres de los esenios. —Costumbres de los terapeutas. —Establecimiento del cristianismo. —Causas del odio de los romanos contra el cristianismo. —Caida del politeismo. —Primeros obispos de Roma. —San Pedro no estuvo en Roma. —Secta del Paracleto. —Cuadro de las discordias causadas por los cismas. —Eleccion de un jefe de la iglesia, llamado Papa. —La escomunion. —Moral del cristianismo. —Nacimiento del arrianismo. —Esfuerzos de Constantino para establecer la paz en la iglesia. —Concilio jeneral de Nicea. —Abolicion de los combates de los gladiadores. —Descubrimiento del sepulcro de Cristo. —Fundacion de Constantinopla. —Dedicacion de Constantinopla á la Vírjen. —Instituciones de Constantino. —Victoria de Constantino el jóven contra los godos. —Muerte infame del filósofo Sopatero. —Primer establecimiento de los bárbaros en el imperio. —Nacimiento de Juliano, llamado el apóstata. —Panejírico sospechoso de Constantino. —Repartimiento del imperio entre los hijos de Constantino. —Nuevas disensiones de la iglesia. —Triunfo y muerte de Arrio. —Ley sobre la jurisdiccion episcopal. —Muerte de Constantino.

CONSTANTINO.

(Año 313.)

Hemos abandonado ya á aquel célebre foro en donde brillaron tantos oradores elocuentes, aquel senado que á Cyneas habia parecido una asamblea de reyes y en donde se admiraban tantas virtudes, y á aquel capitolio en que triunfaron tantos héroes;

Digitized by Google

otra revolvemos con Constantino al Oriente voluptuoso, en que el hombre mecido por la molicie, embriagado por los placeres, pareció siempre destinado á entorpecerse en el seno del ocio, y á dormirse en la esclavitud.

Cuadro del imperio romano en su senectud.—Vamos á describir la senectud de aquel imperio, cuya fuerza colosal fatigó la tierra por tantos siglos. La historia de esta senectud es triste; pero conserva sin embargo algunos vestijios de la antigua grandeza. Si no eleva el ánimo, lo interesa todavia. Vénse en ella pocas acciones heróicas que esciten la admiracion, para ofrecer á los reyes y á los pueblos útiles lecciones y ejemplos saludables. Vénse el valor mas atento á defender que á conquistar: la política mas tímida, la intriga en lugar de la osadía, la traicion en lugar de las sediciones, y asesinatos en lugar de victorias.

Los príncipes son todavia destronados por frecuentes conspiraciones; mas estas no pasan del recinto de palacio, y son casi indiferentes á los pueblos, porque les hacen cambiar de señor y no de suerte.

«Desde el repartimiento del »imperio, dice Montesquieu, la »ambicion de los jenerales estu»vo mas contenida, y la vida de »los príncipes mas segura. Estos »pudieron morir en su cama; lo »que pareció suavizar un poco »sus costumbres. No derrama»ron la sangre tan férozmente, »pero siendo forzoso que este »inmenso poder sobreabundase »por algun lado, se vió otra es»pecie mas oculta de tiranía. No »hubo asesinatos sino juicios »inícuos y formas de procesar »que alejaban la muerte para »hacer la vida ignominiosa. La »corte fué gobernada, y gober»nó con artificio mas esquisito, »con mayor silencio; y en lugar »de la osadía para emprender »una accion mala y del ímpetu »para cometerla, no reinaron »sino los vicios de las almas dé»biles y los crímenes premedi»tados.»

Los emperadores mas ambiciosos habian respetado, siguiendo el ejemplo de Augusto, las formas de la república; y los príncipes mas perversos, mostrándose todavia ciudadanos, se hacian populares para ejercer el poder absoluto. Estos señores del mundo mandaban, pero en nombre del pueblo romano: el senado lejitimaba sus órdenes: los pontífices santificaban sus empresas: los mas poderosos é

ilustres ciudadanos de Roma acompañaban sus personas, embellecian su corte, y sostenian su gloria con el esplendor de sus triunfos. Pocos príncipes, aun de los mas infames, se hubieran creido dignos de conservar el nombre y la autoridad de emperador, sin visitar frecuentemente los numerosos campamentos que guarnecian las fronteras del imperio. Dejaban muchas veces la toga, y se ponian al frente de aquellas invencibles lejiones que hacian respetable el nombre romano, aun cuando la pérdida de las virtudes y de la libertad no les dejaba otro título para ser estimados sino el del valor.

DESTRUCCION DE LA LIBERTAD POR CONSTANTINO. — Borráronse en el tiempo de Constantino los vestijios del antiguo sistema. Este emperador no siguió las anteriores costumbres sino hasta el momento en que se vió sin rivales. Cuidadoso de destruir todo rastro de libertad, borró de los estandartes las letras iniciales de *Senatus Populusque Romanus*, con el pretesto de sustituirle el Lábaro. El pueblo fué privado de todo derecho de elejir; el senado de toda facultad en la lejislacion.

FUNDACION DEL DESPOTISMO. — Constantino, temiendo á los grandes, y deseoso de alagar su vanidad, creó muchos títulos sin funciones, y no confió la autoridad sino á personas escojidas por él, y cuya autoridad dependia de su favor. Ya no fué nada la nacion; el príncipe era todo: la corte remplazó á la patria, y la monarquía legal pasó á ser el patrimonio de los reyes ambiciosos. Estos, cegados por el amor del poder, temen todo límite á su autoridad: olvidan que las instituciones que arreglan y disponen su marcha son las únicas que pueden prestarles alguna seguridad; y que no queriendo barrera contra el abuso del poder, privan á su autoridad del único escudo que puede defenderla en los dias de peligro.

Constantino no vió los inconvenientes del despotismo que fundaba. Príncipe belicoso, coronado por la victoria, amado de sus soldados compañeros de sus triunfos, se vió respetado de los pueblos á quienes libertó de muchos tiranos: su actividad y destreza impedian todos los peligros, y solo encontró resistencia en el clero, á quien habia libertado, ensalzado y enriquecido.

Todo despotismo es brillante cuando está decorado por la gloria; y aun presta una felicidad aparente y pasajera cuando lo

ejerce un príncipe hábil y justo. La fuerza de Constantino aseguraba al imperio un profundo reposo: la equidad de la mayor parte de sus leyes hizo gozar á sus súbditos de una seguridad mucho tiempo antes desconocida. Solo se sintieron despues de su muerte los defectos de un gobierno sin contrapeso y de una monarquía monstruosa y sin cimientos, que se desplomó por los repetidos ataques de los bárbaros.

Desde que la actividad de Constantino dejó de animar los mal unidos miembros de aquel imperio colosal, sus débiles sucesores, semejantes á los déspotas afeminados del Asia, no mostraron ninguna cualidad romana. El ocio infame los encadenó enmedio de una corte corrompida: encerráronse en su palacio: su autoridad pasó á manos de eunucos, libertos y criados insolentes. El historiador M. Le Beau observa, que «las personas mas ilustres, los majistrados mas respetables y los guerreros mas valientes sufrian el dominio de cortesanos sin esperiencia ni mérito, incapaces, no solo de servir al estado, sino tambien de permitir que se le sirva con gloria.» Los príncipes, invisibles á la nacion, en un palacio adonde no podia penetrar la verdad, rodeados de sacerdotes, á quienes la ambicion separaba de sus deberes, y que solo pretendian interesar al poder en sus vergonzosas querellas y disputas pueriles, y á menudo en sus funestos errores, estos emperadores degradados, ni veian, ni pensaban, ni reinaban sino por el vehículo de sus privados. La Italia, sometida muchos siglos antes á los señores del mundo, y enriquecida con los despojos de Grecia, Asia, Africa y España, no era ya sino *el jardin de Roma,* como la llama Montesquieu. Cubierta de palacios, casas de placer y parques suntuosos, devoraba al imperio sin producir nada. Se veia una multitud de ricos afeminados, de esclavos consagrados al lujo y á los placeres, de gladiadores, danzarines, cortesanas, y pantomimos; mas no habia cultivadores ni soldados. Los primeros no se encontraban sino en Sicilia, Africa y Ejipto; y las lejiones, reclutadas en los paises de conquista, contaban en sus filas pocos ciudadanos y muchos bárbaros, mas dispuestos á robar el imperio que á defenderlo. El lujo de dos ó mas cortes y el gran número de empleados aumentaban las contribuciones, devoradas por los fa-

voritos sin utilidad de la república.

Traslacion de la silla del imperio a Constantinopla.—La traslacion de la silla del imperio á Constantinopla, consumando la opresion de Italia, le quitó el resto de su poblacion y riquezas, y la abandonó indefensa, á los selváticos hijos del setentrion, los cuales triunfaron con facilidad de los débiles descendientes de los vencedores del orbe, y sumerjieron el mundo civilizado durante algunos siglos en las tinieblas de la barbárie.

Aora vamos á comenzar la historia de esta sangrienta y terrible revolucion, por la cual se formaron en el Norte y el Occidente, entre las ruinas del imperio romano, las nuevas monarquías, que despues de una larga barbárie salieron del caos fuertes y brillantes, y esparcieron por el mundo moderno las ciencias, las letras, las artes y la gloria, cuando se habia temido que yaciesen sepultadas para siempre en la tumba de Grecia y Roma.

En Orienteseguiremos por mas tiempo á los débiles sucesores de Constantino; pero sin estendernos mucho en los tristes y vergonzosos detalles de aquella série monotona de tiranías sin grandeza, de revoluciones sin interés público, de crímenes sin enerjía. Trazaremos rápidamente los reinados de aquellos príncipes, cuya mayor parte se presentaron en el trono como sombras, y arrastraron, mas bien que sostuvieron, el cetro de los césares, hasta que los soldados fanáticos de Mahoma, sorprendiéndolos enmedio de las disputas de sus sectas y de los juegos de su circo, les arrancaron los únicos restos de una corona que ya se les caia de la cabeza.

Constantino, fundador de este nuevo imperio, parecia en los primeros años de su reinado mas atento á vigorizar las antiguas instituciones, que á crear otras nuevas. Despues de libertar á Roma procuró reparar los males producidos por la tiranía y los desórdenes de la guerra civil. Triunfante bajo las banderas de un culto nuevo, no hizo al principio otra cosa sino dar la libertad y protejer á una relijion hasta entonces proscrita; pero dejó al jentilismo la posesion de sus derechos y onores antiguos.

Despues de haber restituido la justicia al imperio, quiso hacer reinar la tolerancia. Con esta sábia política restableció la paz interior, y mereció aquel amor verdadero, que rara vez

conceden los partidos vencidos á los vencedores. Entonces se le erijió un arco de triunfo con esta inscripcion, dictada por la lisonja de unos y el agradecimiento de otros: «El senado y el pue»blo romano han consagrado es»te arco de triunfo á Constanti»no, el cual por la inspiracion de »la divinidad, y por la grandeza »de su ánimo al frente de su e»jército, ha sabido con una jus»ta venganza libertar la repúbli»ca del yugo de un tirano.»

El emperador respondió modestamente á este omenaje, atribuyendo sus buenos sucesos á solo Dios, é hizo poner en lo bajo de la cruz que llevaba su estátua, la siguiente inscripcion: «Por esta señal saludable, ver»dadero símbolo de fuerza y de »valor, he libertado vuestra ciu»dad y restablecido al senado y »pueblo romano en su antiguo »esplendor.»

Al mismo tiempo que daba tan solemne testimonio de su predileccion al cristianismo, resistia el zelo ardiente de los cristianos de su corte, y les proibia toda reaccion contra sus perseguidores. Por un edicto, publicado en Mediolano, aseguró á todos los súbditos del imperio el libre ejercicio de sus relijiones; y para probar cuánto temia seguir las pisadas de los tiranos, dió una ley condenando al tormento á todo delator sin pruebas del crímen de lesa majestad. Si este príncipe hubiera continuado en tan nobles sentimientos, hubiera igualado en sabiduría á Marco Aurelio y á Trajano, á quien superaba acaso en gloria militar; pero la embriaguez del poder y la infame ambicion de los sacerdotes que le rodeaban, le hicieron bien pronto abandonar tan sábia política. Los cristianos, libres apenas de la persecucion, se dividieron en sectas; el emperador debiera haberse servido de su autoridad, solo para proibir todo acto contrario á la tranquilidad pública. Debió evitar el mezclarse en las disputas de opiniones para no haberles dado una funesta importancia; é indudablemente si estas disensiones las hubiera mirado por el lado de la política, las disputas metafísicas de los cristianos hubieran tenido igual influencia en la suerte de los pueblos que las controversias de las diferentes escuelas de filosofia, que desde tanto tiempo se habian apoderado de los espíritus sin turbar la tierra. Pero luego que el poder del emperador intervino en los asuntos relijiosos, se convirtieron en asuntos de estado.

Digitized by Google

El espíritu de oposicion y de libertad que habia salido del senado, entró en los concilios; la audácia que habia abandonado la tribuna, se presentó en la cátedra: las conciencias resistieron á la autoridad; los sacerdotes pretendieron mandar á las almas, como lós príncipes á los cuerpos, y el mundo se acostumbró á reconocer dos póderes, uno espiritual y otro temporal; siempre detestables porque las pasiones jamás permitirán que se marquen sus límites con precision.

Algunos príncipes, zelosos de su poder y mal rodeados, opusieron frecuentemente la herejia á los dogmas recibidos por la iglesia, y proscribieron á los que no podian convencer. Otros, débiles, timoratos y dominados por sacerdotes turbulentos y ambiciosos, cedieron á la tiara una parte de las prerogativas de su corona: el deseo de una gloria vana, la codicia y la sed de las riquezas, unida á la esperanza del poder, esparcieron en la iglesia los jérmenes de la corrupcion; y aquella relijion moral que proscribia todas las pasiones, que enseñaba todas las virtudes, que hacia un mérito de la pobreza, un deber de la humildad, y que ordenaba á todos sus ministros predicar á los hombres, la union, la igualdad, el amor, y el olvido de las injurias, ofreció á la tierra el cuadro escandalosísimo de las disensiones mas tenaces, de la ambicion mas desenfrenada, de las disputas mas indecentes y de las venganzas mas crueles.

En el nombre del que habia declarado que *su reino no era de este mundo*, se disputaron vergonzosamente los onores, las riquezas, la dominacion; en el nombre de un Dios que perdona, se lanzaron recíprocamente los rayos celestes; y en el nombre de un Dios de paz, la tierra fué ensangrentada por tigres con estolas.

Todas las pájinas de esta historia, y por espacio de muchos siglos las de la historia moderna, se verán atestadas con los desórdenes y crímenes que fueron el resultado de tan funestos estravíos: al describirlos con fidelidad, es esencial y justo evitar siempre una falta no menos comun, la de confundir una relijion sencilla, moral, tolerante, pacífica, con las pasiones y escesos de sus ministros; porque entre los sacerdotes de todos los cultos, siempre los ha habido trapaceros y bribones. La historia deja de ser imparcial y se despo-

ja de su noble carácter, cuando demasiadamente irritada de los abusos, acusa á los principios; pues es engañar á los hombres en vez de ilustrarlos, atribuir á la filosofía los errores de los sofistas, á la libertad los crímenes de la anarquía, y á la relijion las debilidades y los vicios que condena.

El Africa fué el primer teatro de las disensiones relijiosas. Ceciliano, obispo de Cartago, fué acusado por Donato de haber usurpado la silla, y de haber sido *traditor*; esto es, de haber entregado por debilidad á los majistrados jentiles en tiempo de persecucion, los libros sagrados. Setenta obispos de Africa declararon á Ceciliano inocente y debidamente ordenado: el partido de los donatistas, ardiente y numeroso, no quiso someterse á esta decision.

El emperador, para terminar este cisma, convocó un concilio en Arelate (Arlés) el 314, al cual envió dos legados el papa Silvestre. Este concilio sentenció en favor de Ceciliano, y dió cuenta al papa de su sentencia. Los obispos que componian este concilio, no daban entonces al sucesor de San Pedro sino el título de *nuestro muy querido hermano*; invitáronle á que publicase su decreto y á que lo comunicase á las otras iglesias. Recordamos esto para que lo tengan presente los imbéciles partidarios del omnímodo poder papal, y para que el pueblo desprecie sus serviles argumentos. Al año siguiente hubo alborotos en Palestina: los judios, irritados contra los cristianos, cometieron grandes violencias. Constantino las reprimió, declaró libre á todo cristiano que fuese esclavo de un judío, y proibió á estos, bajo pena de muerte y confiscacion de bienes, obligar á los cristianos á circuncidarse. Abolió al mismo tiempo en todo el imperio el suplicio de la cruz.

Los donatistas, siempre ostinados en su resistencia, apelaron al emperador de la sentencia del concilio. El príncipe se negó primero á juzgar una cuestion relijiosa que no era de su competencia; pero despues mudó de opinion, y mandó á Ceciliano presentarse en Roma, y comparecer ante él. Ceciliano no obedeció; pero Constantino juzgó la causa, y declaró inocente al obispo de Africa, y calumniadores á sus adversarios.

Este acto de autoridad en un negocio que solo interesaba á la conciencia, fué aprobado posteriormente por uno de los apoyos

mas firmes de la relijion, como era San Agustin, quien manifestó no ver en él sino el deseo de restablecer la paz de la iglesia. Pero no se tardó en sufrir el inconveniente inevitable que debia resultar de la importancia que daba á estas miserables disputas la influencia del poder soberano.

Los donatistas no respetaron ni la autoridad del emperador, ni la del concilio. La confiscacion de sus bienes no pudo vencer su ostinacion: despreciaron la escomunion fulminada contra ellos, y este cisma dejeneró en herejía.

Sectas de los circuncelliones en Africa.—Una mucho mas peligrosa cometió en Africa los mayores escesos. Los *circuncelliones*, aldeanos fanáticos, que interpretaban segun sus pasiones los preceptos del evanjelio, quisieron establecer violentamente en este mundo la igualdad absoluta que no ecsiste sino despues de la muerte. Tomando el título de protectores de los oprimidos, rompian las cadenas de los esclavos, les daban las propiedades de sus amos, libertaban á los deudores de sus obligaciones, asesinaban á los acreedores, defendian osadamente á los donatistas, é inmolaban á los católicos á su venganza.

Socolor de que Jesucristo habia proibido á san Pedro el uso de la espada, se armaron de palos, á los cuales daban el nombre de *palos de Israel*, y con ellos aporreaban á sus enemigos. Su grito de guerra era *alabanza á Dios*, y sus jenerales se llamaban *jefes de los santos*. En lugar de temer la autoridad de los majistrados y el rigor de las leyes, muchos de estos furiosos, estraviados por el fanatismo, se daban la muerte, creyendo ganar con el suicidio la palma del martirio. Avisaban antes á sus compañeros esta resolucion insensata: se cebaban como victimas destinadas al sacrificio, y se arrojaban despues enmedio de las llamas, ó se precipitaban al mar desde lo alto de un peñasco. Mientras que el ardor de las sectas se consumia en vanas disputas, bastaba la escomunion para reprimirlas; una tolerancia jeneral era quizá el remedio mas útil que la razon pudiese dictar á la autoridad; pero cuando los sectarios unian la accion á la palabra, violando abiertamente las leyes, turbando la tranquilidad, y atacando la vida y la propiedad de los ciudadanos, era justo é indispensable desplegar contra ellos la fuerza del estado. El emperador mandó á los condes

Digitized by Google

Ursacio y Taurino que los acometiesen. No pudo estirparse esta sedicion sino con la muerte del mayor número de los fanáticos.

Parecia que el espíritu de vértigo de los judios se habia comunicado entonces á todas las partes del mundo, llevando á ellas la discordia, el fanatismo que habia convertido la Judea durante tantos siglos en un teatro de intrigas escandalosas, querellas y orrores, y el espíritu de faccion que no pudo sofocar en Jerusalen ni aun la presencia del enemigo armado para destruirla. Cosa muy digna de notar es que todas las sectas producidas por los estravíos de una viva imajinacion, nacieron en el Oriente. La Europa habia sometido al Asia con sus armas, y el Oriente á su vez conquistó al Occidente con sus opiniones. Se saben pocos sucesos de los seis años que se siguieron á la sedicion de los circunceliones, y que precedieron á la segunda guerra con Licinio. Parece que en este intervalo Constantino permaneció en Iliria, defendiendo aquella frontera contra los sármatas, carpacios y godos. Logró muchas victorias, se apoderó de la Dacia, y obligó á los godos, no solo á hacer la paz, sino á pagarle un continjente de cuarenta mil soldados, ausilio mas peligroso que útil.

Eusebio, siempre ecsajerado en los elojios que prodiga al protector de los cristianos, dice que subyugó la Scitia, y condujo sus lejiones hasta el mar del Norte: si esto fué así, hubo de abandonar sus conquistas; pues de allí á poco peleó muchas veces con los bárbaros en las orillas del Danubio. Sus brillantes victorias no eran decisivas, y los enemigos vencidos no tardaban en volver á las armas: por lo cual Sileno dice, que «los laureles de Constantino se marchitaban, como las flores del jardin de Adonis, apenas se abrian.» Desde la caida de la libertad, se encuentra mucha incertidumbre en la historia: tal es el efecto del despotismo, que las naciones aun se muestran indiferentes á la gloria de las armas. Entonces no es ya la historia del estado la que se escribe, sino la del príncipe, y los acontecimientos solo se trasmiten por la apolojía ó la sátira.

Al mismo tiempo que Constantino defendia el imperio contra sus antiguos enemigos, procuraba asegurar á sus hijos la corona dándoles el título de césar, poniéndoles casa y señalándoles

guardia. Demasiado hábil para no conocer que un poder absoluto establecido nuevamente por la fortuna, era forzoso sostenerlo con el valor, cuidó mucho de la educacion de los príncipes, les enseñó él mismo los ejercicios militares y la sobriedad, los acostumbró á hacer largas marchas, á sufrir el peso de las armas, á arrostar la intemperie de las estaciones, y encargó á maestros muy hábiles ilustrar su espíritu. Como estaba persuadido con el ejemplo de sus padres, que el amor de los pueblos es la base mas sólida de la autoridad, procuró grabar en sus corazones esta mácsima: «La justicia debe ser la regla »del príncipe, y la clemencia su »afecto dominante.»

La naturaleza y la fortuna se declararon contra la prevision de Constantino: sus hijos heredaron sus defectos y no sus virtudes. Crispo, que fué el solo capaz de realizar sus esperanzas, pereció víctima de los zelos de su madrastra y de la lijereza imprudente de su padre. Su maestro Lactancio fué uno de los mas célebres escritores de aquel siglo: su estilo elocuente y puro le granjeó el nombre de *Ciceron cristiano*. Su apolojía del cristianismo le dió mucha fama. El año 320 nombró el emperador cónsul á su hijo tercero, que aun era niño: mas solo le permitió firmar indultos y gracias, sin duda para hacerle gozar de la prerogativa mas feliz que tiene el poder. Dos años despues volvió el emperador al ejército con motivo de una nueva irrupcion de los bárbaros, pasó el Danubio y venció á los sármatas, dando muerte por su mano á Rasimundo, rey de aquellos bárbaros. Con motivo de esta victoria se establecieron en Roma los juegos sarmáticos.

Edictos de Constantino.—La guerra no impedia á este príncipe activo el cuidado de la lejislacion. Mandó consagrar en todo el imperio á la oracion y al descanso el dia del domingo. El aumento contínuo de los impuestos producia su efecto ordinario: los hombres maldecian una vida desgraciada; aogados todos los sentimientos de la naturaleza, hacia que fuesen mas raros los matrimonios, é inducia á los esposos á las acciones mas culpables: estos abandonaban por la noche en las calles y en los caminos á sus hijos que no podian alimentar. El emperador publicó edictos severos contra este crímen; pero al mismo tiempo, como no podia obligar á casarse

á los que guardaban el celibato por principios relijiosos ó por miseria, abolió la ley Popea, cuyas disposiciones castigaban con multa á todo ciudadano de edad de veinte años que no estuviese casado. Algo mas conveniente hubiera sido para la poblacion y la moral el haber mantenido en vigor la ley Popea estendiéndola hasta los cristianos; pues de ese modo no se hubiera santificado por los imbéciles tamaña infraccion de las leyes de la naturaleza.

Otro edicto amenazó con penas rigorosas á los arúspices y á todos los que con operaciones májicas ó con filtro especulaban sobre la credulidad de los hombres, prometiendo ser útiles á su ódio ó su amor. Sin embargo, transijiendo aun con la superstícion del politeismo, toleró los charlatanes idólatras que se limitaban á curar las enfermedades y á conjurar las tormentas. Despues de ellos, otros charlatanes sagrados hánse ocupado tambien en conjurar las tempestades, empeñándose en hacer creer á los pueblos que con su sagrada palabrería y cuatro aspersiones podian alejar una nube é impedir su destrozo en los sembrados. Nunca han faltado en el mundo truanes que guien, y tontos que se dejen guiar.

Otra ley anuló todas las confiscaciones hechas por Diocleciano y Galerio, restituyó á las iglesias los bienes, y les asignó los de los mártires muertos sin herederos. Promulgó contra el rapto un edicto demasiado severo; porque no distinguia la seduccion de la violencia.

Casi todas las ciudades de provincia eran gobernadas entonces por una especie de senado, cuyos jefes se llamaban *decemviros*, y los demás individuos *decuriones*: eran elejidos de las familias mas distinguidas, y la mayor parte de los ciudadanos huian de estas cargas concejiles, porque los obligaban á pagar contribuciones mas fuertes que las que gravitaban sobre los demás vecinos. Constantino, para mantener esta útil institucion, condenó á una multa á los que reusasen ó abandonasen estos destinos, pero al mismo tiempo cedió á estos administradores las tierras de los ciudadanos que morian sin herederos.

Así, hallándose estinguido el espíritu público en la decadencia del imperio, fué preciso que el poder obligase á ejercer los destinos disputados tan ardientemente en otro tiempo por la ambicion. La administracion pú-

blica se miraba como un gravámen. Los oficiales que tenian comisiones por el emperador, solicitaron y obtuvieron ser esentos de estos empleos. Nadie queria los destinos útiles al pueblo y al estado, sino los de palacio, cerca de la persona del príncipe. Se acostumbraron prontamente á mirar las dignidades de cuestor, pretor y cónsul solo como títulos onoríficos; y sus funciones no eran ejercidas sino por los condes, los jenerales y los empleados de la casa del emperador. Sin embargo, como Constantino, justo por principios aunque ambicioso por carácter, supo las quejas que escitaban en todas partes la avidez de sus consejeros y la arbitrariedad de los gobernadores de provincias, proibió á los jueces y majistrados poner en ejecucion cualquier decreto, aunque fuese de él, si era contrario á las leyes, y mandó no atender en los juicios al nacimiento ó clase de los acusados. «El crímen, de»cia, borra todo privilejio y to»da dignidad.» Tal era la estraña contradiccion que ofrecian entonces en la conducta y en las leyes del emperador, el deseo del poder arbitrario, el amor de la justicia y los recuerdos de la libertad.

Proibió por un decreto á los perceptores de tributos quitar á los labradores sus bueyes é instrumentos de labranza. Hasta entonces el repartimiento de los impuestos era arreglado por los principales de cada lugar, y los ricos, como siempre ha sucedido y sucederá, se servian de su influencia para echar sobre los pobres la mayor parte del gravámen. Constantino impidió este abuso, y encargó el reparto á los gobernadores de provincia; de este modo sucedieron los inconvenientes del despotismo, mayores que los de la aristocrácia.

Deseoso de premiar á los soldados que le habian dado la victoria y el imperio, les distribuyó muchas tierras que estaban sin dueño. *Los soberanos que desean mantener su poder absoluto, prefieren los soldados estranjeros á los soldados ciudadanos.* Atendiendo á la utilidad que le podia traer el valor de los soldados francos y godos, mas que al peligro futuro á que tales ausiliares esponian el imperio, tomó á su sueldo los mas intrépidos de estos guerreros. Los mercenarios no fueron dañosos sino despues: á Constantino le sirvieron con zelo. Ebonito, capitan franco, se distinguió por sus azañas en la primera guerra,

Digitized by Google

contra Licinio, en la cual conquistó el emperador la Macedonia, la Grecia y la Iliria.

Aunque todavia no habia querido bautizarse, por convenir á su política, mantuvo en su campamento un oratorio con sacerdotes y diáconos, á los cuales llamaba *guardias de su alma*. Cada lejion tenia su capilla y sus ministros; y antes de dar la señal del combate, el emperador, á vista de su ejército, se postraba al pie de la cruz, invocaba al Dios de los ejércitos, y le rogaba que le concediese la victoria. Licinio, su coléga y rival, se burlaba de su devocion, cuando él mismo, rodeado de pontífices, adivinos y arúspices, procuraba leer su destino en los presájios y en las entrañas de las víctimas. Constantino y Licinio, tenia cada cual su supersticion.

Segunda guerra contra Licinio.—Batallas del Hebro y de Crisópolis. — (323) Habiendo quedado el imperio, despues de la muerte de Macsencio y Macsimino, dividido entre Constantino y Licinio, cada uno de estos trató de arruinar á su rival y quedar único dueño. La diferencia de los cultos y de las costumbres, parecia entonces dividir el mundo en dos pueblos, el cristiano y el jentil. Licinio, que mientras vivió Macsimino, habia sido tolerante por política, cuando quedó dueño del Oriente mudó de sistema, se puso al frente del politeismo, y se declaró enemigo de los cristianos, creyendo abatir fácilmente una relijion recien escapada del piélago de las persecuciones.

Ambos jefes eran valientes y hábiles: Licinio tenia para sí el número, la supersticion y el respeto que inspiran las cosas antiguas, y sobre todo la opinion, casi jeneralmente establecida, de que la gloria de Roma estaba inseparablemente ligada al culto de los dioses.

A estas antiguas tradiciones, ridiculizadas por los filósofos, y que en un pueblo corrompido ya no estaban sostenidas por las costumbres, Constantino oponia un partido de hombres entusiastas, tanto mas ardientes cuanto habian estado mas comprimidos, y lejiones ensoberbecidas por una larga série de triunfos, á quien ningun peligro detenia, y que á la vista del Lábaro creian ser conducidos por el mismo Dios á la victoria. De entrambas partes se deseaba la guerra, y se buscaron motivos para infrinjir la paz. Licinio se quejaba de que su rival, bajo pretesto de marchar contra los godos, habia

Digitized by Google

entrado con un ejército en su territorio: Constantino acusó á Licinio de haber fomentado una sedicion en Roma, y pagado asesinos para quitarle la vida.

Los dos ejércitos, que iban á decidir la suerte del imperio, se encontraron en las orillas del Hebro, rio de la Tracia. Á Licinio prometian la victoria sus adivinos y sacerdotes; pero el oráculo de Mileto, menos complaciente, le respondió: «Oh viejo! »tus fuerzas están agotadas: los »años te oprimen: no pelees con»tra jóvenes belicosos.»

Este monarca, despues de haber sacrificado víctimas á los dioses, mostró sus estátuas rodeadas de inumerables luces á sus soldados, y les dijo: «Compañe»ros: estas son las deidades de »nuestros mayores, los objetos de »nuestro antiguo culto: nuestro »enemigo lo es tambien de nues»tros padres, leyes, costumbres y »dioses: adora una divinidad des»conocida, ideal, ó por mejor de»cir, no adora nada. Desonra sus »armas, poniendo en lugar de las »águilas de Roma una señal con»sagrada al suplicio de los mal»hechores, un infame cadalso. »Esta batalla decidirá nuestra »suerte y relijion: si esa deidad »oscura é ignorada vence á tan»tos dioses ilustres y poderosos »tan temibles por su número »como por su majestad, habre»mos de elevarle templos sobre »las ruinas de los antiguos. Pero »si, como esperamos con seguri»dad, nuestros dioses manifies»tan su poder, concediendo el »triunfo á nuestras armas, perse»guiremos de muerte esa secta »infame, cuya impiedad sacrílega »desprecia las leyes y ofende al »cielo.»

En esta jornada la habilidad de Constantino triunfó de la consumada esperiencia de Licinio. Ocultando su marcha al enemigo, pasó el rio por un vado mal defendido, y la victoria fué el premio de este osado movimiento. Abriendo paso á sus tropas al frente de doce jinetes, derribó y aniquiló un cuerpo de ciento cincuenta guerreros que se oponian á su marcha. Zózimo confirma este hecho que parece mas propio de la novela que de la historia; y aquel escritor fué uno de los mayores enemigos y mas encarnizados detractores del emperador.

Licinio huyó á Bizancio, y salió de esta plaza apenas supo que su numerosa escuadra habia sido vencida por la de su rival Crispo, hijo de Constantino. Pasó el estrecho, reunió las reliquias de su ejército, y dió otra batalla

Digitized by Google

junto á Crisópolis. Puso en primera fila las estátuas de sus dioses; pero aterrado él mismo, *dicen los autores eclesiásticos*, á la vista del *Lábaro*, mandó á los suyos que apartasen los ojos de aquella temible insignia. La victoria de Constantino fué completa.

En aquellos tiempos de decadencia ya no era vergonzoso sobrevivir á la pérdida del onor y de la libertad. Ya no se veian Catones ni Antonios. Licinio se le rindió ignominiosamente, y debió por entonces la vida á los ruegos de su mujer Constancia, hermana del emperador; pero algun tiempo despues fué muerto con el pretesto de que conspiraba para recobrar su autoridad perdida: fratricidio que manchó la gloria de Constantino.

Abolicion del politeismo. — Como en el curso de esta guerra se habian aderido los jentiles á la causa de Licinio, la derrota de este produjo la abolicion del culto de los dioses; porque Constantino, irritado y mas poderoso que antes, no guardó medida con los idólatras, sino persiguió á las personas, sujetó las opiniones, favoreció el zelo furibundo de los cristianos, implacables enemigos de sus divinidades fabulosas, que segun decian, no eran mas que demonios. En todos los parajes en que Constantino creyó que sus órdenes no tendrian una resistencia invencible, hizo derribar los altares y destruir los templos. Este ataque, dirijido contra una relijion inseparablemente ligada á las leyes y á las costumbres antiguas, le hizo perder el afecto de los romanos. La capital del mundo, consagrada á Marte y á Júpiter, era un vasto panteon; el incienso umeaba en setecientos templos erijidos á los dioses del Olimpo por la supersticion, á los fundadores de la ciudad por reconocimiento, á los emperadores por costumbre. La autoridad absoluta no podia derribar al momento tan fuertes y tan antiguas barreras; y á pesar de los esfuerzos de los dueños del mundo, la idolotría conservó por mucho tiempo en Roma numerosos partidarios y un asilo inviolable. En lo restante del imperio se ejecutaron con prontitud y facilidad las órdenes de Constantino. Este príncipe escribia así á los pueblos de Oriente: «Mi victoria sobre los ene»migos de Jesucristo, y la caida »de los perseguidores de los cris»tianos, prueban el poder de »Dios, que me ha elejido para »establecer su culto en el impe-

Digitized by Google

»rio. El es quien me ha traido »desde las playas de Britannia »hasta el centro del Asia: su ma»no poderosa la que ha derriba»do los ostáculos que se oponian »á mi marcha. Tantos beneficios »ecsijen mi gratitud, y debo ser »el protector de los hombres a»dictos al Dios que me favore»ce. Mando, pues, que vuelvan »todos los desterrados, que se »restituyan sus bienes á los par»ticulares, y sus riquezas á las »iglesias (1); y quiero que todos »los cristianos, seguros de mi »proteccion, se regocijen con mi »triunfo, y se gocen anticipada»mente en la felicidad que les »preparo.»

Increible es á la verdad, que una revolucion que heria á las conciencias, que ofendia á la superticion, y que cambiaba tan bruscamente el culto, las costumbres y las leyes, no hubiese escitado entonces sérias revueltas; pues es lo mismo que decir que los idólatras habian cesado de respetar á sus dioses, y que no creian ya en su poder, desde que se habian dejado vencer por el Dios de Constantino. Es cierto que el emperador empleaba para triunfar, la persuasion lo mismo que la fuerza, y que protejiendo á los cristianos, se oponia á sus venganzas. En uno de sus edictos, tributando omenaje á la sabiduría del Criador, y á la pureza de la moral cristiana, compara la dulzura de su padre, que seguia las mácsimas del Evanjelio, á la crueldad de Galerio, de Macsencio, de Macsimino y de Licinio; y declarando que sus victorias han sido el precio de su zelo por restablecer el culto de la divinidad, profanado por los errores de la impiedad, recuerda á los hombres que el culto de un solo Dios era la relijion primitiva, que Jesucristo solo habia venido á la tierra para devolver la antigua pureza á aquella creencia, de la cual el politeismo no era mas que una alteracion y corrupcion. Dirijiéndose en seguida á los cristianos, reprime su zelo ecsajerado en demasía, les proibe toda persecucion, no les permite otras armas para vencer á los infieles, que las del ejemplo y la verdad, y aseguró á los tenaces adoradores de los ídolos una tranquilidad perfecta.

(1) Este fué uno de los motivos que tuvieron los cristianos para deshacerse en elojios de Constantino. La ambicion ha sido en todos tiempos la herencia de los ministros incircuncisos, y en el curso de la presente obra tendremos muchas ocasiones de patentizar esta verdad.

Sin pretender reusar á este príncipe el mérito de esta moderacion, es justo, sin embargo, rebajar los elojios escesivos que la adulacion le ha prodigado. Su tolerancia era un poco forzada; la mayoría de la poblacion del imperio permanecia idólatra; y hubiera temido por demasiadas violencias ó precipitacion, comprometer su poder. La autoridad del senado le habia hecho ya sentir este peligro, manteniendo en Roma el antiguo culto, con desprecio de los decretos que habian ordenado la clausura de los templos y el término de los sacrificios.

Desordenes en el imperio, ocasionados por los cortesanos. —Sea como quiera, si el emperador se hubiera contentado con establecer y protejer por todas partes la libertad de conciencia, los progresos de la fé cristiana hubieran sido mas sabios sin ser menos rápidos; la relijion y el imperio se hubieran visto menos espuestos á turbulencias y desgracias, si el emperador hubiera alejado los sacerdotes del trono, y no hubiese ofrecido á los ministros de un culto enemigo de todo lo mundano, el cebo peligroso y casi irresistible del favor, de la fortuna y del poder; pero adulado, estrechado y arrastrado por los obispos que le rodeaban, mostró bien pronto tanta pasion para convertir como para vencer; gustaba tanto predicar como combatir; sus cortesanos le aplaudian con entusiasmo, pero daban á sus vicios la máscara de la piedad, y cubriendo su hipocresía con falsos colores, una codicia sin freno y concusiones sin límites, entregó el imperio á los mas orrerosos desórdenes.

Las quejas que se levantaban por todas partes, penetraron por fin en el palacio. Constantino se manifestó avergonzado é indignado de estos escesos. Dirijiéndose un dia á uno de sus favoritos, trazó con su lanza en la tierra la figura de un cuerpo humano, y le dijo: «Amontonad á »vuestro sabor las riquezas del »imperio: poseed tambien las de »todo el mundo: llegará un dia »en que solo os quedará ese pe»queño espacio de tierra que a»cabo de medir, si os lo conce»den.» Estas palabras memorables fueron proféticas; porque aquel mismo cortesano, que continuó abusando de su poder, fué muerto á manos del pueblo y privado de sepultura en el reinado de Constantino.

Aunque el imperio probase todos los males inseparables de

Digitized by Google

la pérdida de la libertad, y sufriese todos los abusos que son consiguientes al progreso del poder arbitrario, el recuerdo de tantas guerras civiles sometia los pueblos al yugo del príncipe que los habia libertado de tantos tiranos. Los romanos no eran felices, pero vivian tranquilos; los bárbaros, vencidos tantas veces, no pasaban de sus límites tan frecuentemente; y los persas, eternos enemigos de Roma, no se atrevian a quebrantar el tratado ignominioso que les habian impuesto Galerio y Diocleciano.

HEREJIA EN EJIPTO, ESCITADA POR ARRIO.—Despues de la derrota de Licinio, queriendo el emperador pacificar el Oriente, hizo larga mansion en Nicomedia. Allí se le dió el título de *Victorioso*, que no pudo transmitir á sus hijos con el poder aunque quiso. Pensaba en viajar á Ejipto, cuando le retrajo de esta determinacion la noticia de la herejía de Arrio, que amenazaba llenar de sediciones aquel pais. Antes de hablar de las turbulencias que produjo la tenacidad de esta nueva secta, conviene trazar en pocas palabras el estado en que se hallaba entonces la iglesia, y cuáles habian sido, despues de tres siglos, el espíritu del cristianismo, sus progresos y la causa del constante odio que se habia opuesto á su propagacion.

Puesto que la Judea fué la cuna de este culto, y que la relijion de Jesus no hizo mas, segun los autores eclesiásticos, que perfeccionar la de Moisés, necesario es que echemos una ojeada sobre las diversas opiniones que se habian establecido entre los judios, antes de la predicacion del Evanjelio.

Esceptuando la secta de los raquevitas, poco importante y poco conocida, parece que los hebreos hasta la época de su cautividad en Siria, y algun tiempo despues de su vuelta á la Judea, alteraron poco la doctrina de Moisés, y que solo unos tres siglos antes del nacimiento de Cristo, se estableció en su creencia una mezcla de opiniones filosóficas y relijiosas.

SECTAS DEL SINCRETISMO, DE LOS ESENIOS Y DE LOS TERAPEUTAS.—En los reinados de los primeros Ptolemeos, muchos judios que habitaban en Alejandría cedieron al deseo de conocer el sistema filosófico que se esforzaba en conciliar las opiniones de Platon, Pitágoras, Hermes y Zoroastro. Movidos de la conformidad que notaban entre las ideas de Platon y las de Moisés,

Digitized by Google

acerca de la grandeza y poder de Dios, se persuadieron á que tanto aquel filósofo como Pitágoras habian conocido los libros del lejislador hebreo, y sacado de ellos todo lo que habia de sublime en sus escritos. Adoptaron, pues, el sistema de conciliacion, que se llamaba *sincretismo*. Otros judios que escapados de la ruina de su patria, se habian refujiado en Ejipto, buscando un asilo en los desiertos contra el odio que los perseguia en las ciudades. Privados allí de los libros y lejanos de sus templos, se dedicaron á la vida ascética; algunos pitagóricos, perseguidos tambien, se reunieron á ellos y formaron las sectas de esenios y terapeutas.

Costumbres de los esenios. — Cuando Ptolemeo Filadelfo, cuya virtud tolerante queria la felicidad de los hombres de cualquier relijion ó pais que fuesen, permitió á los judios desterrados volver á su patria, propagaron estos en Palestina sus nuevas opiniones. Acostumbrados los esenios á la contemplacion, y profesores de una moral austera, no pudieron tolerar la corrupcion introducida en Jerusalen, y vivieron retirados en los campos, muy unidos entre sí y socorriéndose mútuamente.

Vueltos ácia el Oriente, oraban á Dios antes de la salida del sol, y despues se entregaban al trabajo; á la quinta ora del dia se bañaban, y despues tomaban en comunidad una frugal comida, durante la cual reinaba un profundo silencio. Sus comidas las bendecia un sacerdote. Al salir de la mesa, daban gracias á Dios, volvian á su trabajo, y reuniéndose por la noche para cenar, recitaban las mismas preces y guardaban el mismo silencio. Vestian de blanco: tenian los bienes comunes: sus neófitos pasaban tres años de noviciado, en los cuales se probaba, segun la disciplina de Pitágoras, su discrecion, su zelo y sus virtudes. Juraban no hacer daño al prójimo, observar la regla, huir de los males, obedecer las leyes, ser fiel al gobierno, no alterar la doctrina, y morir antes que descubrir á los profanos el secreto de su relijion. Esta secta, fanática á proporcion que se creia la mas santa, fué la que opuso mayor resistencia á los romanos en la guerra de Tito. Los suplicios mas crueles no pudieron obtener de ellos ninguna accion ni palabra contraria á su creencia.

Persuadíanse que todo en el mundo estaba arreglado y enca-

Digitized by Google

denado de antemano por el destino; que el alma, inmortal por su naturaleza, aprisionada en el cuerpo, salia de él en el momento de la muerte, para recibir, si habia sido virtuosa, grandes recompensas en un lugar en donde reinaba una primavera eterna, ó para ser atormentada en sombrios subterráneos, si se habia dejado arrastrar por el vicio.

Costumbres de los terapeutas. — Los terapeutas, mas ecsaltados aun, se consagraban enteramente á la contemplacion, abandonando sus familias, renunciando á todos los bienes y lazos de la tierra, separándose de todo lo material y sensible para acercarse mas á la divinidad; creyendo en sus éstasis que apartados de la influencia de los sentidos, se acercaban á Dios y podian gozar de la vista de todas sus perfecciones. Estas nuevas doctrinas no se propagaron á la masa de los judios, los cuales con el nombre de *saduceos* permanecian aderidos á las antiguas opiniones, no comprendian sino lo sensible, y no creian la inmortalidad del alma. Los judios que sin admitir la moral pura de los esenios, adoptaron su sistema filosófico de inmaterialidad, se llamaron *fariseos*. A falta de virtudes aumentaron las prácticas religiosas con mil puerilidades, y ocultaron bajo el velo de la piedad su amor insaciable de poder y riquezas. Dominaban sobre la muchedumbre por su induljencia, por sus desórdenes, por su gravedad esterior; adquirieron grande autoridad, y á veces trastornaron la de los reyes. Tiranos cuando ejercian el poder, facciosos cuando el gobierno triunfaba, fueron una de las causas principales de las discordias que despedazaron á su patria.

Los caraitas, mas racionales y por consiguiente menos numerosos, seguian una doctrina media entre estos partidos estremos. A pesar de la enemistad que reinaba entre los esenios, saduceos y fariseos, miráronse siempre como de la misma comunion y jamás se acusaron de herejía, creyendo aparentemente, como dice Condillac, que las cuestiones de la libertad, de la inmortalidad del alma y de la ecsistencia de los espíritus eran solo cosas problemáticas, sobre las cuales podian estar desacordes sin violar la ley de Moisés.

Establecimiento del cristianismo. — En medio de estas sectas y opiniones apareció la luz evanjélica, y los primeros cristianos fueron judios converti-

dos; pero desde sus primeros pasos, á pesar de las disposiciones de este pueblo á creer en los profetas y en los milagros, debieron encontrar y en efecto encontraron numerosos ostáculos.

La doctrina de Jesucristo irritaba á los fariseos, porque acusaba su ambicion é hipocresía, y colocaba las virtudes sobre las prácticas y ceremonias supersticiosas. Aunque menos contraria al sistema de los esenios, condenaba no ostante su orgullo, y destruia sus pretensiones á la supremacía entre las sectas relijiosas y las escuelas filosóficas.

Los saduceos y la masa del pueblo hebreo, ateniéndose á la letra mas bien que al espíritu de la ley y de las profecías, esperaban un salvador de la familia de David, fuerte en las armas, brillante por su majestad y sus triunfos, y que estendiese la dominacion terrena de los judios.

Como no creian en la inmortalidad del alma, miraban como absurdo un reino espiritual, una felicidad que no empieza sino en la otra vida, y no podian reconocer por Mesías á un hombre oscuro, á un profeta pobre, sin mas armas que la palabra, sin mas poder que la virtud, que no mandaba sino privaciones, que no prometia sino bienes celestiales.

Por otra parte, aunque Jesucristo y los Apóstoles eran esactos en cumplir todos los ritos de la ley, siempre los miraron como innovadores que introducian una nueva relijon en lugar de la de Moisés. En fin, los hebreos que se creian siempre el pueblo predilecto del Señor, no podian tolerar que se llamase á los jentiles á la participacion de la nueva creencia y de los favores de la divinidad.

Tales fueron las causas que alejaron á la mayor parte de los judios del Evanjelio, y les inspiraron su odio pertinaz al cristianismo. A pesar de tantas dificultades, la doctrina evanjélica se estendió, primero á Damasco y Antioquía, y despues á Efeso y Smirna: pasó los mares, recorrió el archipiélago, se introdujo enmedio de los templos antiguos de la Grecia; ocupó las ciudades opulentas de Corinto, Atenas y Esparta; y se dirijió á Alejandría, donde la actividad del comercio reunia hombres de todas naciones y sectas, y donde el interés público recomendaba la tolerancia.

Roma, destinada por la Providencia á ser un dia la capital del mundo cristiano, despues de

haberlo sido del idólatra, no tardó en recibir á los partidarios del nuevo culto.

Un pasaje de Tácito prueba que en tiempo de Neron, 70 años despues del nacimiento de Jesucristo, habia en la capital muchos cristianos; pero entonces se les confundia con los judios. La moral severa del Evanjelio predicada por hombres pobres y sencillos, era demasiado opuesta al orgullo de los grandes y á las costumbres corrompidas de los ricos para ser acojida favorablemente por ellos. Esta doctrina no debia ser recibida sino por los desgraciados, por los esclavos, por los oprimidos, por todos aquellos que necesitaban la esperanza de otra vida para consolarse de los infortunios que sufrian sobre la tierra; así la historia arroja un oscuro velo sobre los primeros pasos del cristianismo.

Comenzando casi en silencio esta inmensa revolucion que cambió las opiniones y las costumbres de la tierra, el cristianismo marchaba, crecia en la oscuridad, y se estendió mucho tiempo antes de atraer sobre sí las miradas desdeñosas de las clases elevadas, que solo se ocupaban de las querellas de los principes, de las intrigas de las cortes, y que aturdian continuamente con triunfos ó reveses de los ejércitos, la caida ó elevacion de los tiranos, la ajitacion de las asambleas públicas, la pompa de las fiestas y la solemnidad de los juegos.

Aun los mismos hombres mas ocupados de la indagacion de la verdad y que se consagraban al estudio de la filosofía, no tenian la mayor parte otro objeto entonces en sus trabajos, que profundizar los sistemas mas convenientes para mantener el alma tranquila enmedio de las borrascas de la vida, en aumentar la suma de nuestros goces y en disminuir la de nuestras penas. Buscaban la felicidad terrestre: los unos la colocaban en la virtud, los otros en el deleite; y dejando al pueblo la creencia del Tártaro y del Eliseo, se burlaban de los dioses de la fábula, no creian en otros, ó no admitian sino ideas vagas de destino y de Providencia, mirando como quimérica toda indagacion de una felicidad colocada mas allá de los términos de la vida.

Las primeras nociones confusas que se esparcieron sobre la creencia de los cristianos, escitaron únicamente el desprecio de los partidarios del culto establecido. Acostumbrados á no adorar mas que al dueño del trueno,

á los astros brillantes, á los formidables elementos, á las grandes virtudes, á las pasiones imperiosas y á los héroes deificados; habituados á incensar al amor, á la fortuna, á la venganza, á la fuerza y á la gloria, miraban como insensatos á los sectarios de una doctrina que sacrificaba todos los placeres y pasiones á la idea, quimérica segun ellos, de una felicidad eterna, que predicaba la humildad á los grandes, recordaba la igualdad á los príncipes, menospreciaba el lujo, onraba la pobreza, y remplazaba las majestuosas divinidades del Olimpo con un Diós desconocido, nacido en la clase de los artesanos, alejado durante su vida de todas las grandezas del mundo, y condenado por sus conciudadanos al mas vergonzoso de los suplicios.

Causas del odio de los romanos al cristianismo.—Si es fácil comprender por qué los romanos despreciaban una creencia nueva, tan contraria á sus ideas como á sus costumbres, no lo es tanto esplicar los motivos de su odio violento contra este culto moral, que los llevaba á proscribir á los adoradores de Cristo, mientras que su tolerancia ilimitada respetaba en todas partes las relijiones de todos los pueblos y toda clase de supersticion.

Muchas causas contribuyeron á fomentar aquel odio que hizo derramar tanta sangre. Los judios que se miraban como el pueblo querido de Diós, despreciaban á las demás naciones, no querian formar uniones con ellas, sufrian con indignacion el yugo de los romanos, reusaban tributar á las imájenes de los emperadores los omenajes ecsijidos por las leyes y la relijion del imperio. Siempre dispuestos á la sedicion, cuando la tierra entera obedecia á los señores del mundo, les parecia preferible su total ruina á la esclavitud. Por otra parte la voz de sus profetas, que interpretaban segun sus deseos, les hacia esperar el apoyo del cielo y la victoria mas esclarecida.

En el reinado de Neron se sublevaron, espelieron á los romanos de Judea, asesinaron á las guarniciones, y obligaron á huir aquellas lejiones invencibles, contra las cuales ningun pueblo del Oriente habia prevalecido sino los partos. Los judios, implacables enemigos de los romanos por fanatismo, no podian ya ser sometidos sin ser aniquilados. Esta guerra de esterminio, y los escesos que cometieron las diferentes sectas judias, y que hicieron tan calamitosos los úl-

Digitized by Google

timos momentos de Jerusalen, aumentaron hasta lo sumo la ecsasperacion de los romanos contra este pueblo, sus leyes y su culto. Los cristianos, á quienes invocaban y confundian con ellos, fueron envueltos en el mismo aborrecimiento, y desde entonces no pudo haber union ni paz entre los adoradores de Dios y los sectarios del politeismo.

En vano los cristianos oponian á esta aversion injusta la pureza de su moral, los motivos de credibilidad del Evanjelio, su sumision á las autoridades, su principio de caridad universal, contrario á la intolerancia esclusiva de los judios: como no querian participar de las ceremonias de los jentiles, unidas íntimamente á los principios de su gobierno, se les trataba como facciosos, y los perseguian, no por sectarios de un nuevo culto, sino por rebeldes á las leyes. Sus adversarios no querian dejar tranquilos á los enemigos de sus sacerdotes, de sus templos, de su lujo, de sus fiestas y de sus juegos. No podia haber transaccion entre creencias, costumbres, afectos y mácsimas tan opuestas. El poder desplegó sus fuerzas, las proscriciones comenzaron y la tierra se cubrió de mártires. Pero la violencia, que destruye los cuerpos, no tuvo influencia sobre los ánimos: *puede matarse á los hombres pero no á las opiniones*; y la sangre de las víctimas fortificó las raices de la fé.

El valor de los cristianos atormentados y moribundos escitó primero la piedad, despues la admiracion; los pueblos, acostumbrados á divinizar la fuerza y el heroismo, se hallaban muy dispuestos á colocar en el cielo á aquellos mártires, cuya firmeza arrostraba tántos peligros y suplicios por defender su creencia. Muchos hombres comenzaron á mirar como verdadera una relijion por la cual se sufria la muerte. A los ojos de aquellos mismos que echaban de menos las antiguas virtudes, aquella invencible resistencia tenia algo de romana; y cuando todo doblaba la cerviz bajo el yugo de la tiranía, los primeros cristianos únicamente parecian con su valor traer á la memoria el recuerdo de la antigua libertad.

Mas tarde algunos emperadores, bastante prudentes para conocer que se da importancia á lo que se persigue, y bastante virtuosos para hacer justicia á los principios morales de los cristianos

prosélitos; escucharon favorablemente las apolojías de Justino, Cuadrato y Arístides, filósofos convertidos. La persecucion se rompió, los prosélitos de la relijion se multiplicaron con tanta rapidez, que ya en tiempo de Tertuliano se hallaban muchos templos del jentilismo sin adoradores, y habia cristianos en el senado, en las casas de los grandes, y en los palacios de los príncipes.

CAIDA DEL POLITEISMO.—A pesar de los esfuerzos crueles é infructuosos de Cómmodo, Severo, Aureliano y Decio, el politeismo decaia: la persecucion de Diocleciano, sujerida por Galerio, fué el último ataque del error, que presentia la ruina de su poder. Sin embargo, á pesar de la multitud de víctimas que Galerio, Macsimino, Macencio y Licinio inmolaron á su supersticion y á su política, el cristianismo conservaba todavia tantos sectarios, que Constantino creyó poder, poniéndose á su frente, superar con ventaja las fuerzas de sus adversarios, combatir á Roma, y atacar sin peligro á la sombra de la cruz, á Marte y á Júpiter, y aun á la cumbre del Capitolio: el suceso justificó su confianza.

Durante el primer siglo de la era cristiana, en la época en que hemos visto limitarse los romanos únicamente á despreciar á la secta naciente de los cristianos, confundiéndolos con los judíos, nada ilustraba los pasos de esta relijion, oscura entonces y *casi ignorada*. Ningun acto público manifestaba su ecsistencia; ningun filósofo hacia caso de sus principios ni los estudiaba, ningun historiador seguia su marcha. Las diferentes comunidades ó iglesias cristianas, trabajando *masónicamente* en la propagacion de la fé, en el establecimiento de la disciplina, en la institucion del gobierno relijioso de los fieles, ocultaban á las miradas de los majistrados y del público, sus reuniones, sus sacrificios, sus libros y su correspondencia. La iglesia se organizaba solapadamente, y con misterio, y fácil es concebir qué de desvaríos se habrán adoptado como puntos de dogma.

PRIMEROS OBISPOS DE ROMA.—La oscuridad inevitable que rodea la cuna del cristianismo, y el silencio universal de los historiadores profanos relativamente á los cristianos, han dado lugar justamente á muchas dudas sobre la residencia de los apóstoles en Roma, sobre el establecimiento de la jerarquía eclesiástica y sobre la sucesion de los primeros pontífices que cen-

Digitized by Google

paron la silla romana. De este silencio de las autoridades públicas y de los historiadores, han tomado armas los incrédulos para atacar la autenticidad de los Evanjelios, la institucion de las primeras iglesias, y casi toda la base de la relijion.

Pero mal que les pese á los historiadores eclesiásticos, forjadores muy á menudo de fraudes piadosos, las dudas son fundadas, y no creemos que el silencio de las autoridades públicas y de los historiadores, hayan prestado armas para atacar la autenticidad de los evanjelios y las bases de la relijion. Las armas las han prestado los que han alterado la verdad de los hechos, los que han supuesto cosas falsas, y los que han forjado una multitud de fábulas creyendo que con ellas se robustecia mas el cristianismo. El testimonio de los historiadores eclesiásticos no es de gran peso para nosotros, cuando se trata de los primeros obispos que tuvo Roma. Entre una porcion de hechos embrollados, de santas mentiras, y de pueriles narraciones, como se encuentran en las leyendas de la primera época del cristianismo, se sabe, si alguna cosa puede saberse con certeza de aquellos tiempos, que San Pedro predicó á los judios dispersados, en el Ponto, la Bitinia, la Capadocia, Antioquía y Babilonia; pero no hay prueba alguna de su viaje á Roma. Las actas de los apóstoles nada dicen de esto. Justino, que vivia mas de cien años despues, es el primer autor un poco acreditado que habla de este pretendido viaje. San Ireneo, despues de haber leido á Justino, dice que Pedro y Pablo fueron á Roma, y que encargaron á San Lino el gobierno de la iglesia. Claro es que si tal comision dieron á San Lino, ellos no gobernaron la iglesia cristiana ni permanecieron en la ciudad.

San Pedro no estuvo en Roma. —Háse dicho que San Pedro ocupó la cátedra pontificia veinticinco años en el reinado de Neron, cuando, como ya hemos dicho, este no reinó mas que catorce años; pero una objecion sin réplica contra la pretendida permanencia de San Pedro en Roma, son las propias palabras de San Pablo, en su epístola á los colosenses, en donde espresamente dice que solo ha sido ausiliado por Aristarco, Marco y otro que llevaba el nombre de Jesus (1).

(1) Epístola de San Pablo á los colosenses, capítulo IV, v. 11.

Si San Pedro hubiese ido á Roma, es probable que la primera iglesia que en ella se edificó se la hubiesen dedicado; pero no fué así, porque la dedicaron á San Juan. Los historiadores eclesiásticos dicen que fué el primer obispo de Roma, pero en aquel tiempo y mucho despues, no hubo ningun obispado particular. El cristianismo no tomó una forma pronunciada sino á la mitad del segundo siglo. Los apóstoles eran todos iguales. La igualdad era el gran principio de los esenios, de los recabitas, de los terapeutas, de los discípulos de Juan, y sobre todo de Jesucristo. Cuando estaban reunidos no se veia entre ellos ningun superior; nadie presidia, ni al principio se llamaron obispos. San Pedro no dió el nombre de obispo ó el epíteto equivalente, sino á Jesucristo, á quien llamó el *pastor de las almas*. Este nombre de *pastor* ó de obispo, se dió en seguida indiferentemente á los ancianos, que aora llamamos *sacerdotes*; pero no indicaba ninguna dignidad, ninguna ceremonia, ninguna señal distintiva ni ninguna preeminencia.

Un frijio, llamado Papias, y que escribia en la Frijia, pretendió en el segundo siglo que San Pedro habia ido á Roma, porque en una carta que se le atribuye habla de Babilonia. En efecto, en la carta de San Pedro que no nos metemos en decir si es supuesta ó verdadera, se dice: *la iglesia que está en Babilonia, mi mujer y mi hijo Marco os saludan*. Fácil es conocer la torpeza de algunos visionarios cuando traducen Roma por Babilonia; y esto se confirma tambien, en que Papias, Lactancio, Eusebio y Justino no están acordes ni sobre el tiempo, ni sobre la época, ni el jénero de suplicio de San Pedro, ni sobre el nombre del emperador bajo que dicen murió. Segur, conformándose con los escritos de los padres de la iglesia, refiere que cuando Neron viajaba por la Grecia, el año 67 de Jesucristo, el gobernador de Roma ordenó el suplicio de San Pedro y de San Pablo: que á este último, en calidad de ciudadano romano le cortaron la cabeza; y que á San Pedro, como judio, le crucificaron. Refieren que su mujer habia muerto antes que él. El asqueroso y adulador Eusebio, que escribia doscientos cincuenta años despues de este acontecimiento, dice que en su tiempo aun se veian sus retratos. Dignos por cierto de lástima son los his-

Digitized by Google

toriadores como Eusebio y otros de igual laya. La barbarie, la deplorable confusion en que cayó el imperio romano enmedio de emperadores ó débiles ó crueles, asesinos ó asesinados; enmedio de la ruina de todas las leyes y de las detestables disputas teolójicas; enmedio de los anatemas que se lanzaban los sectarios; enmedio de concilios que se proscribian y á la vez se atacaban con encarnizamiento y furor; enmedio de los esfuerzos redoblados de los hunos, de los godos, de los cimbrios y de los vándalos, como veremos; en fin, enmedio de Roma saqueada y desmantelada por los bárbaros, sospechosas son á la verdad, muy sospechosas, las narraciones de escritores parciales, y en que la intriga, la ignorancia y el fanatismo eran las fuentes verdaderas.

Cosas y casos se nos ocurren narrar sobre este punto que producirian el escarnio de una relijion de los primeros tiempos, de una relijion que veneramos y acatamos por su augusta santidad; y téngase entendido que cuando en el discurso de esta obra estampemos con referencia á la relijion ó á sus ministros, no se dirije á atacarla ni á despreciarlos, sino á patentizar la verdad que queremos que triunfe sobre las cosas y los hombres. Pájinas atroces y sangrientas contiene la historia del cristianismo, que nosotros procuraremos comentar para mayor instruccion de nuestros lectores, y para que sepan á qué atenerse respecto á la autoridad del sacerdocio, principiando por el obispo de Roma, que es al mismo tiempo soberano temporal contra la espresa doctrina del Evanjelio.

Si todo concurre á probar que San Pedro no fué obispo de Roma, todo concurre por consiguiente á echar un velo tenebroso sobre el apostolado de sus sucesores. Tertuliano, San Jerónimo y otros muchos, dicen que San Clemente tuvo despues de Pedro la silla pontificia. Pero San Ireneo, Eusebio, Epifanio, San Agustin, San Dámaso y San Anastasio, dicen al contrario que fué San Lino. ¿A quién hay que creer? Autoridades son todas para los que reciben las cosas sin esámen. Los mismos historiadores eclesiásticos confiesan que no tienen ninguna certidumbre sobre el órden y duracion del pontificado de los tres primeros papas. Dícese que San Lino fué decapitado por órden de Saturnino, cuya hija habia es-

sació los diablos del cuerpo. ¡Pobre razon humana! ¡pobre historia para instruir al hombre!

Las mismas contradicciones ecsisten entre los padres San Ireneo, Eusebio, y Nicéforo, que señalan á San Cleto ó Anacleto por sucesor de San Lino, el año 80 de la era cristiana; otros dicen que San Clemente; y por último San Jerónimo y San Epifanio se fijan en San Cleto, que dicen fué martirizado como los dos anteriores.

Siguióse despues San Clemente, se supone partiendo de las incertidumbres históricas; despues San Anacleto, aunque muchos padres niegan que haya sido obispo de Roma. Los pontífices que gobernaban la iglesia de Roma hasta Constantino, fueron despues de los ya nombrados, primero San Evaristo, bien que Ireneo, Eusebio y Epifanio le hagan suceder á Clemente; pero Optato, San Agustin y la mayor parte de los latinos, lo colocan despues de Anacleto. Esta contradiccion hace bien poco á nuestro asunto; lo que hay que saber, sin cuidarse mucho del órden cronolójico de estos papas, es que en tiempo de San Evaristo los cristianos fueron perseguidos por órden de Trajano. La historia eclesiástica refiere que San Simeon, pariente de Jesucristo, el último de sus discípulos y que era obispo de Jerusalen, fué crucificado bajo el reinado de este príncipe, y dice tambien la dicha historia, que en esta misma época sufrió martirio San Ignacio, y que entonces fué cuando se vió á los demonios, es decir, segun la espresion de los ascéticos, cuando los falsos dioses cesaron de dar oráculos.

Siguen despues San Alejandro, de quien se cuenta ecsorcisó la sal *creaturam salis*, y el primero que bendijo el agua: San Sisto, el que en dos cartas *dicese que se llamó obispo universal de la iglesia católica.* San Telesforo, que instituyó la misa de media noche, y un ayuno de siete semanas antes de la Pascua, que despues se llamó cuaresma; y segun dicen San Dámaso, San Anastasio y el historiador Platina, *no pudiendo sufrir el culto que los paganos tributaban á sus ídolos, incurrió en el odio de los jueces y de los sacrificadores, y recibió la corona del martirio.* Ya tenemos pues un ejemplo de intolerancia relijiosa principiando desde el segundo siglo, segun el parecer de autores venerados. Tiempo tendremos de ver hasta dónde ha llegado tan fatal intolerancia en los sacerdotes de un

Dios, que hecho hombre fué un ejemplo perenne de humildad y mansedumbre. El fanático zelo de los primeros cristianos, fué el que cubrió á la Europa desde el Mediterráneo hasta el fondo del Norte, de ogueras y de sangre. Siguen San Hijinio, y San Pio, si bien los autores sagrados no están muy acordes en que el segundo haya sido sucesor del primero. Parece, por una carta que se atribuye á San Pio, escrita á Verero, que los cristianos aun estaban sin templos ni altares, que se reunian y celebraban la misa en las casas de los neófitos, pues dice en ella que *la casa de su hermana Eupopea era la que le servia para este uso*. En otra carta dirijida á Justo, anuncia que los cristianos se habian sublevado contra las leyes, que los perseguia, y que la grey aun estaba en pobreza, pues dice: *El pobre senado de Jesucristo establecido en Roma, os saluda.* San Pio se dice que murió el año 157.

Despues ocupó San Aniceto la silla romana, vió la iglesia atacada por muchas herejías, y por su jénio díscolo sufrió el martirio bajo el reinado de Marco Aurelio.

Durante el pontificado de su sucesor San Sotero, la herejía de Montano nació y tomó muchas fuerzas, pues no podia ser de otro modo con las miserables disputas teolójicas que á la sazon se ajitaban. San Eleuterio fué papa por el espacio de dieziocho años. Las pretensiones de la corte romana de escitar dudas sobre algunos artículos de fé, y de arreglar los puntos de la doctrina cristiana, principian ya á sentirse; Eleuterio arroja y escluye de la comunion de los hermanos de Roma á Marciano y Valentin, que se dice eran de la secta estóica y platónica; pero vamos á ver bajo su sucesor Victor acrecentarse la enemistad y disponer contra él á los diversos padres de la iglesia. En tiempo de San Eleuterio la Galia vió sus primeros mártires, y la Inglaterra recibió misioneros que le fueron á llevar el Evanjelio.

Despues de su muerte, fué San Victor elevado á la Santa Sede. Desde esta época ya principian á ser mas ciertas las fechas, pues cuanto hasta aora ha precedido está cubierto de tinieblas y de cuentos ridículos. Habianse suscitado ya algunas disputas sobre la celebracion de la Pascua, pero sin encarnizamiento. Victor no guardó la misma moderacion que sus predecesores, separó de la comunion de la

iglesia, por su autoridad individual que ya la creia suprema, á todas las del Asia, porque no estaban acordes con sus opiniones, les escomulgó y publicó contra ellas cartas llenas de injurias y de insultos. Este golpe de despotismo clerical asombró á todos los obispos virtuosos. San Ireneo, obispo de las Galias, le escribe en nombre de todos y le niega el poder que se arrogaba de dominar las otras iglesias. Ya se trasluce aquí la ambicion de la supremacía que habian de codiciar sus sucesores.

Remplázale San Ceferino. Este marcha bajo los pasos de San Victor, condena á Praseas, absuelve á Natasio, y obra como déspota, como insensato, y tirano de los pensamientos; escomulga, es decir, separa del número de los fieles al que se atreva á tener una opinion distinta á la suya. Esto nos lo hace creer el historiador Platina, quien da á Ceferino el título de *cruel*. Este pontífice dijo en un decreto: *el pontífice soberano obispo de los obispos, absuelve con su pleno poder los pecados de adulterio, de fornicacion y otros, y á todos los cristianos que le pidan perdon de sus culpas*. Ordenó se comulgase al menos una vez al año, proibió que ningun obispo, cualquiera que fuese el crímen de que le acusasen, pudiese ser condenado sin la autoridad de la silla apostólica; pero olvidándose llevar á firmar el decreto al prefecto, este le hizo subir al cadalso. San Ireneo sufrió el martirio en Lugduno. Los autores eclesiásticos nos han transmitido una carta de Ireneo, en que dice que fué discípulo de San Policarpo, é inserta la lista de los obispos de Roma desde Pedro á Ceferino. Téngase entendido que esta carta se nos ha transmitido por el conducto de los historiadores eclesiásticos. Entonces vivia Tertuliano, célebre por sus escritos y por su elocuente apolojía del cristianismo, aunque al fin adoptó las opiniones erróneas de Montano.

Despues de Ceferino, fué San Calisto obispo de Roma, y sufrió la muerte de los santos. El historiador Segur, dice que durante la administracion de este papa, se construyeron los primeros templos cristianos en Roma; pero nosotros seguimos mas bien el parecer de Platina, que dice: *Scrive Damaso, che questo pontefice edificasse la basilica di nostra Signora in Trastevere. Ma non crederei io, che fosse quella, che hoggi cosí celebre, e magnifica vediamo; poi che in quel tem-*

po per lo spesso persecutioni non havevano i Christiani altro che capelle, e tutte secrete, e nascose, e per lo più sotterranee. Escribe San Dámaso, que este pontífice edificó la iglesia de nuestra Señora, mas allá del Tiber; pero yo no creo que fuese la que hoy existe tan magnífica; porque en aquel tiempo, á causa de las frecuentes persecuciones, no tenian los cristianos mas que capillas, y todas secretas y escondidas, y ordinariamente debajo de tierra.

Sigue San Urbano, de cuyo pontificado nada dice la historia, sino que desde aquel tiempo ya se fué destruyendo la sencillez y la pobreza evanjélica, pues los vasos sagrados, las patenas y las lámparas del templo, ya no eran de materias despreciables, sino de oro y plata, y algunas de estaño, como se ve en el concilio Triburiense. A Urbano siguió Ponciano, el cual fué desterrado por Macsimino. El mismo príncipe condenó á muerte á San Antero, sucesor de Ponciano. Despues sigue San Fabiano, que ocupó la silla catorce años: envió á San Dionisio á Parisios, y á San Saturnino á Tolosa, y sufrió el martirio en la persecucion de Decio, tan violenta, que no se pudo nombrar papa en diezíseis meses.

San Cornelio fué elejido en 251. En su tiempo se manifestó el cisma de Novato. Hé aquí ya un anti-papa, y á quien dice San Cipriano *no se permitido ni públicamente ni en las grutas y cavernas negras celebrar la misa.* El anti-papa Novaciano fué promovido segun Eusebio, por algunos prelados tales como Máximo, Nicostrato, Urbano, Sidonio, Macario, Celerino y otros muchos, á la dignidad de obispo de Roma, declarando nula la elevacion de Cornelio. Este es el primer verdadero cisma que dividió la iglesia. La cátedra pontificia se vió ya ensangrentada; al mismo tiempo la de Cartago lo fué tambien por Cipriano y Novato; desde entonces se vieron á causa de opiniones ridículas, iglesias contra iglesias, obispos contra obispos, el Africa contra Roma, y Roma contra sí misma, escándalos contra escándalos, y por último el orgullo y la violencia en el santuario del Señor. Despues de quince meses, San Cornelio concluyó en el cadalso.

San Lucio que le remplazó, fué primero desterrado, llamáronle despues, y en seguida le condenaron á muerte cortándole el cuello; fué pontífice tres años, tres meses y tres dias, San

Estevan, su sucesor, sufrió la misma suerte, é igualmente Sisto II. En este tiempo cortaron en Africa la cabeza á San Cipriano.

San Dionisio, celebrado por su erudicion, y San Féliz, fueron papas, el uno durante seis años, dos meses y cuatro dias, y el otro cuatro años, tres meses y quince dias; los dos fueron martirizados. Bajo el pontificado de su sucesor San Eutiquiano, se verificó la cruel persecucion de Aureliano, y la herejía de los maniqueos se esparció por el mundo. Estos herejes, además de otros errores introducian dos sustancias, una buena y otra mala, y decian que las almas se derivaban de Dios como de una fuente. Aceptaban en parte el nuevo testamento y desechaban del todo el antiguo.

San Cayo ocupó doce años la silla romana; y bajo su pontificado, cortaron la cabeza en 287 á San Dionisio, primer obispo de París.

San Marcelino fué electo prefecto de Roma en 296, bajo el reinado de Diocleciano. El edicto de este emperador que destruyó tantos templos, derramó tanta sangre, y entregó á las llamas tantos libros santos, hizo dar á aquella época el nombre de era de los mártires. Esta comenzó en 304; y el rigor de aquella larga persecucion obligó á los cristianos á dejar vacante la silla romana durante cuatro años. En 308 fué elejido San Marcelo: á este sucedieron San Eusebio, y despues San Melquiades. En su pontificado arboló Constantino el estandarte de la cruz, triunfó de Macsencio y se apoderó de Roma. San Silvestre, sucesor de Melquiades, gobernó la iglesia veintiun años, y vió nacer la herejía de Arrio.

Por este rápido bosquejo, vemos que debemos á la tradicion solamente algunas nociones sobre la historia del establecimiento del cristianismo. En el primer siglo, los autores profanos nada dicen de una secta nueva que quizá ignoraban ellos mismos; las persecuciones que empezaron en el reinado de Dominiciano no han permitido que los actos de los primeros sucesores de los apóstoles lleguen hasta nuestros dias.

Las reseñas mas ciertas datan desde el momento en que el cristianismo, bastante esparcido para escitar la curiosidad de los filósofos, la atencion de los majistrados y el zelo de los pontífices, fué atacado por los unos y perseguido por los otros. Parece que

de todos los escritores de este tiempo, Celso fué el que escribió mas encarnizadamente contra la relijion cristiana. Quadrato, que sucedió á San Dionisio el Areopajita, obispo de Atenas, respondió á Celso, y en el año 124 presentó su apolojía del cristianismo al emperador Adriano.

Secta del paracleto. — En esta época, una nueva secta, nacida en el Oriente, punto en donde han nacido otras muchas, tomaba sobrado imperio sobre las imajinaciones ardientes, y aumentaba la confusion de las ideas que entonces se tenian sobre la relijion cristiana. Los gnósticos ó iluminados, mezclando los principios del Evanjelio, los de Zoroastro y Pitágoras con los sistemas seductores de Platon, pretendian que Dios, ó la perfeccion infinita, á quien nombraban tambien *paracleto*, era un océano de luces, del cual salian contínuamente emanaciones á que daban el nombre de *eones*. Estos eones, mas ó menos perfectos segun que se alejaban mas ó menos de su fuente divina, formaban una escala graduada desde el espíritu eterno hasta la materia bruta, desde la luz á las tinieblas. Los buenos y malos jenios, los espíritus celestes, los ástros, los profetas y los hombres iluminados por una ciencia divina, eran eones y eran mas perfectos cuanto mas se desprendian de la materia para acercarse al espíritu, y cuanto mas suceptibles se hallaban ascendiendo por esta escala misteriosa para gozar del verdadero bien, conocer la verdad, y aun entrar en comunicacion con los seres intermedios, es decir, con los espíritus.

Muchos filósofos paganos, para sostener á sus dioses, ya desacreditados y puestos en ridículo por Luciano, adoptaron las fábulas de Alejandría y pretendieron que estas divinidades del Olimpo eran eones.

Un gran número de cristianos estraviados adoptaron una parte de este sistema, y todos abandonándose á los estravíos de su imajinacion, se dividieron en muchas escuelas diferentes. Los montanistas no vieron en Jesucristo mas que un eon.

Los maniqueos, como ya hemos dicho, admitian dos principios, el del bien y el del mal, haciéndose la guerra eternamente.

Los valentinianos confundian el Verbo del Evanjelio con el de Platon: acusábase á gran parte de los gnósticos, cuyas reuniones nocturnas y misteriosas se llamaban *agapes*, de que se entre-

Digitized by Google

gaban á las mas perniciosas supersticiones, y de renovar las escandalosas prostituciones de las bacanales; y como entonces la opinion pública no hacia distincion ninguna entre todas estas sectas nuevas, los cristianos se vieron á menudo confundidos con los iluminados, y sus juntas relijiosas fueron tratadas con el odio y el desprecio que inspiraban las reuniones perniciosas de los gnósticos.

Cuando Antonino ocupó el trono, la moral del Evanjelio se vió defendida y disculpada por San Justino en el año 150. Refutó todas estas calumnias, cuya falsedad estaba demostrada mas evidentemente por la sencillez, la sabiduría y la virtud de los que habian abrazado la fé de Jesucristo.

La iglesia cristiana podia entonces defenderse mas gloriosamente con los ejemplos que con los escritos; pura como lo son todas las instituciones cerca de su orijen, el lujo y la corrupcion aun no se habian introducido en ella. Estos primeros cristianos, pobres, humildes, zelosos, y caritativos, no conocian otras pasiones que el amor de Dios y del prójimo, y debian aparecer á los ojos de sus mismos enemigos, modelos de la mas perfecta filosofía, como eran en opinion de sus hermanos modelos de santidad. Por eso, á pesar de la costumbre de la supersticion y el temor de los suplicios, aquel culto austero que proscribia tan rigorosamente todos los goces mundanos, adquiria incesantemente partidarios nuevos, pues tanta admiracion causaban unos hombres que en un siglo de depravacion conservaban costumbres puras, y que enmedio de una época de decadencia y de servidumbre, guardando una heróica libertad, oponian tantas virtudes á los vicios, tanta dulzura al odio, y un valor tan firme á la tiranía.

Las armas de una brillante elocuencia no tardaron en venir al socorro del cristianismo perseguido. Tertuliano y Oríjenes tomaron la defensa de esta relijion, y con numerosos escritos se esforzaron en probar la pureza de los principios y la verdad de los hechos en que estaba fundada.

Oríjenes llevó el zelo hasta el fanatismo mas imbécil, y se castró para estar mas cierto de domar sus pasiones. Este estravío fué condenado por la iglesia. Tertuliano, arrastrado por una imajinacion ardiente, concluyó por caer en el error de los mon-

tanistas. Uno y otro, entusiastas de Platon, habian adoptado gran parte de sus opiniones. En los escritos de Tertuliano se encuentra gran copia de argumentos para establecer la sucesion de los obispos en las principales iglesias desde los apóstoles.

Oríjenes hizo un inmenso trabajo para comparar y conciliar todas las versiones de la Escritura: una de sus obras mas notables, segun dicen los historiadores eclesiásticos, fué la refutacion del libro de Celso. San Gregorio Taumaturgo fué discípulo de Oríjenes.

Desde el segundo siglo ya la historia de la iglesia tiene algunos documentos ciertos para ilustrar su marcha; y despues de haber buscado con trabajo la verdad enmedio del silencio de los contemporáneos, y á la incierta y dudosa luz de las tradiciones, se encuentra de repente arrojada en la confusion de las sectas, de las herejías, y en un tropel de controversias, cuya sutileza metafísica está tan lejos de la sencillez evanjélica.

Cuadro de las discordias, causadas por los cismas. — Las discordias, frecuentemente sangrientas, producidas por estos diferentes cismas, forman una triste parte del cuadro que debemos trazar. Admiraremos los principios puros de un culto, cuyos ministros debian ser pobres, y deploraremos los errores y las pasiones que turbaron la paz de la iglesia.

Las luces mas puras se alteran por las debilidades humanas; y semejante á la república de Roma, la iglesia cristiana se corrompió luego que sus conquistas le dieron el imperio del mundo.

Los primeros cristianos no ambicionaban otros tesoros y onores que el cielo; sus diferentes comunidades, sometidas á reglas sencillas y de una fácil ejecucion, estaban gobernadas por sacerdotes y diáconos. Los sucesores de los apóstoles que las presidian, tomaron en seguida el título de obispos: administraban los sacramentos, mantenian la disciplina, arreglaban las ceremonias, consagraban los ministros, dirijian los fondos del comun y juzgaban como árbitros las diferencias que los fieles no querian someter á los tribunales de los idólatras.

Como los *jentiles*, es decir, los habitantes de las naciones estranjeras á la Judea, compusieron bien pronto la mayoría de los cristianos, cesaron de seguir

la ley de Moisés, y despues de la dispersion de los judios, bajo el reinado de Adriano, concluyeron de mirar como herejes á los cristianos que, con el nombre de *nazarenos*, continuaban siguiendo la ley judáica.

Cada congregacion cristiana elejia su obispo. Al fin del segundo siglo, habiéndose multiplicado los cristianos, formaron sínodos provinciales, cuya idea acaso la habian tomado de los anfictiones y de la liga aquea. Este establecimiento aumentó el poder de los obispos, los cuales se limitaban al principio á ecsortaciones fraternales; pero bien pronto la necesidad del órden, y mucho mas la ambicion de las riquezas, les hicieron contraer la costumbre de mandar, y á poco se les oyó decir descaradamente, como á San Cipriano, que *los príncipes y los majistrados, solo tienen un dominio pasajero, mientras que la autoridad episcopal viene de Dios y se estiende sobre este mundo y el otro.*

Eleccion de un jefe de la iglesia, llamado papa.— La comunidad de bienes se oponia al proselitismo, y hubo que renunciar á ella. La necesidad de arreglar una administracion que se estendia diariamente, estableció la jerarquía. La igualdad, que pretendian los sacerdotes desapareció ante la potencia episcopal; esta cedió la preeminencia á los metropolitanos, y casi todos reconocieron por su jefe al obispo de Roma, como sucesor de San Pedro, á quien despues se atribuyó esclusivamente el nombre de *papa*. Pero esta supremacía no se estableció sin ostáculos; resistiéronla á menudo y con justicia en Africa y en Asia; porque así en los negocios del cielo como en los de la tierra, se ha visto y se verá siempre renovarse el eterno combate de la república y de la monarquía.

El sacrificio absoluto que los fieles estaban obligados á hacer de sus bienes, se redujo al diezmo y á las ofrendas; —eternas granjerías del clero hasta en los siglos que hemos alcanzado!

La escomunion.—Severamente atenta al sosten de la fé, cada sociedad relijiosa separaba de su comunion á los que cometian crímenes, que no fueron pocos, ó á los que profesaban principios contrarios á la doctrina y á la moral cristianas. El escomulgado no tenia parte en las ceremonias, sacramentos ni limosnas, y todos evitaban su presencia. La

Digitized by Google

reconciliacion era mas ó menos dificil, segun las diferentes reglas recibidas en cada pais. En Galacia obtenia un apóstata su perdon despues de cinco años de penitencia: en España no era absuelto sino en el artículo de la muerte.

FIN DEL TOMO DÉCIMOTERCERO.

Digitized by Google

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

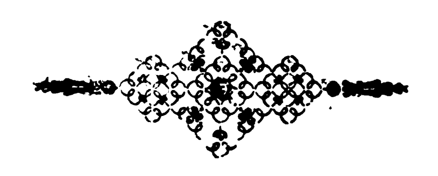
CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DUODECIMO.

Digitized by Google

LIBRO DECIMOTERCERO.

HISTORIA DEL BAJO-IMPERIO O DE ORIENTE.



HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XIV.

Digitized by Google

Sunt sua cuique dira.

VIRG.

Digitized by Google

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA,

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIÓGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1843.

Digitized by Google

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

Digitized by Google

HISTORIA

UNIVERSAL.

CONTINÚA EL LIBRO DECIMOTERCERO.

CONCLUSION DEL CAPITULO PRIMERO.

Moral del cristianismo.—Vanamente se buscará en los anales del mundo un modelo mas raro de virtud como de moral y de austeridad, que el que se ofreció á la admiracion de los hombres por los primeros cristianos. Lo que particularmente los distinguia era una virtud suave, tierna y activa que los llevaba á cuidar á los enfermos, á socorrer á los pobres, á consolar á los desgraciados, á amar á todos los hombres, aun á sus mismos perseguidores, y á mirarse todos como iguales y como hermanos. Este último punto fué la verdadera causa de la ruina del imperio romano, y ante ella no tienen tan gran poder las que presenta el presidente Montesquieu.

En las escuelas de filosofía nada se veia que diese una justa idea de este amor á la humanidad, y de esta benevolencia universal que llaman caridad los cristianos. Los antiguos filósofos, admirables en sus preceptos para enseñar la justicia, para prescribir la temperancia, para aumentar la fuerza y para aconsejar la moderacion, casi siempre se dirijian al espíritu; pero los apóstoles hablaban al corazon. Zenon, Platon y Sócrates solo unian á los hombres por los lazos del deber; el Evanjelio los unia por los del amor. Con esta

Digitized by Google

virtud conquistó el cristianismo el universo. Las pompas, los trofeos, la riqueza, el poder y los deleites del paganismo desaparecieron á la voz del Dios bondadoso que dijo á los hombres: *amad y perdonad.*

Para gobernar á los primeros cristianos, los obispos no tuvieron por mucho tiempo que emplear mas fuerza que la del ejemplo; pero el poder, la riqueza y la molicie alteraron las costumbres del clero; y pocos cristianos, muy pocos en verdad, resistieron á los errores y á la depravacion de un siglo corrompido. Todo en el imperio romano participaba de su decadencia; y negro y orroroso seria el bosquejo que trazásemos si fuésemos á enumerar los desórdenes escandalosos que aflijian á la iglesia, y cuya causa atribuia el obispo Eusebio á su acrecentamiento, á su lujo y á su prosperidad.

En este estado de poder ascendente y de decreciente pureza, encontró Constantino la iglesia cristiana, y supo aprovecharse de las ventajas que le ofrecia para asegurarse el imperio del mundo.

Despues de su victoria, el deseo de dominar aumentó el ardor de las sectas, que hasta entonces solo habian combatido puede decirse ocultamente. Veinte años antes, uno de los obispos de la Tebaida, llamado Melecio, convencido de haber hecho sacrificios á los ídolos, habia sido depuesto por Pedro, obispo de Alejandría.

Nacimiento del arrianismo. —En el Ejipto y en muchos paises del Oriente habia sucedido al *sincretismo* el sistema de *eleccion ó eclecticismo.* Los partidarios de este sistema se creian con derecho de escojer en cada doctrina filosófica ó relijiosa lo que mas agradaba á su imajinacion, y la mayor parte hacian en su creencia una mezcla estravagante de cristianismo, de platonismo y pitagorismo. Los partidarios de Melecio no desalentaron con su condena. Estendióse este cisma, y bien pronto se vió marchar tras de sus huellas á un hombre elocuente y ambicioso: era Arrio.

Como al principio apareciese dispuesto á arrepentirse de sus errores, Aquilas, obispo de Alejandría, lo restableció en su comunion; pero sus verdaderos sentimientos no tardaron en manifestarse. El sucesor de Aquilas, llamado Alejandro, en una instruccion dirijida a su clero, habiendo hablado de la conformi-

Digitized by Google

dad de sustancia que ecsiste entre Dios y Jesucristo, Arrio, que habia adoptado algunas opiniones de los gnósticos, acusó atrevidamente á su obispo de herejía, negó la divinidad de Jesucristo, y declaró públicamente que el hijo, siendo enjendrado, habia sido sacado de la nada, y no podia tener una sustancia conforme á la de su padre.

La elocuencia de Arrio arrastró á muchos cristianos, y le procuró entre los sacerdotes y los obispos un gran número de partidarios. Nacido enmedio de los desiertos de la Libia, su jenio tenia todo el fuego de aquel clima abrasador; instruido por los libros de los antiguos filósofos, juntaba la sutileza griega al calor africano; su piedad aparente ocultaba su ambicion, y una humildad afectada disfrazaba su audacia: tal lo representan los escritores ortodocsos de aquel tiempo. Todos dicen que la iglesia no tuvo un enemigo mas formidable.

El pueblo y los sacerdotes le seguian en tropel, y las mujeres sobre todo, arrebatadas por el fuego de sus palabras, abrazaban su causa con pasion. Esta secta se esparció rápidamente en Ejipto, Siria y Palestina. Los adversarios de Arrio tan furibundos como él, le combatian no solamente con sutilezas pueriles sino con odio y encarnizamiento. Así el arrianismo desde su aparicion dividia todas las familias, ajitaba todas las ciudades, cada plaza pública se transformaba ya en escuela de teolojía, ya en teatro de discordia, y muy á menudo en un campo de batalla, en donde se degollaban en onra y gloria de unos cuantos subterfujios escolásticos.

Un concilio de cien obispos, convocado en Alejandría, escomulgó á Arrio, y á los obispos Teonas y Segundo. Esta sentencia escitó quejas violentas; Eusebio, obispo de Nicomedía, quiso ecsijir de Alejandro, que lo era de Alejandría, el restablecimiento de Arrio en su comunion, y Constancia, hermana del emperador, apoyó su solicitud.

Arrio, desterrado de Alejandría, se vió acojido favorablemente por otro Eusebio, obispo de Cesárea, célebre por su poder en la corte. En fin, un concilio convocado por los dos Eusebios en Nicomedia, se declaró por las opiniones de Arrio, y los padres que componian aquella asamblea, escribieron en favor del heresiarca á todos los obispos del imperio.

ESFUERZOS DE CONSTANTINO PA-

RA ESTABLECER LA PAZ EN LA IGLESIA.—Constantino, que diestramente se habia aprovechado de las tendencias relijiosas del tiempo para afirmar su poder y hacer la prosperidad del imperio, veía con desasosiego las miserables disputas que alteraban el órden; y con la esperanza de reunir los ánimos, afeó á uno y otro partido sus vaciedades y sus cuestiones *insolubles*, como decia, *para el espíritu humano*. Estas sutilezas no le parecian esenciales á la relijion, y como segun sus principios no debian destruir la union cristiana, invitaba á cada uno á guardar para sí sus opiniones, y á dejarse de disputas bestiales sobre objetos misteriosos *que nunca comprenderá la razon humana*. Y como hombre que entendia sus intereses, escribia lo siguiente á los principales caudillos de aquellas santas banderías: «Vamos: dejadme que »disfrute las noches con reposo, »y de los dias serenos. ¿Dónde »hallaré descanso si siempre os »estais despedazando? yo deseaba ir al Oriente, y vuestras tor»pes disputas me cierran el ca»mino; reconciliaos para volvér»melo á abrir.»

La respuesta á este escrito fué otro diluvio de discusiones sobre la época en que debia celebrarse la Pascua. El ya mencionado Osio, obispo de Córdoba, encargado de varias cartas y órdenes del emperador, hizo vanos esfuerzos para restablecer la paz.

Reunióse un nuevo concilio en Alejandría, pero la acrimonía de los partidos, imposibilitó toda conciliacion; y como se creyó que el emperador se inclinaba á favor de los adversarios de Arrio, el furor de los sectarios se aumentó hasta el punto que en muchas ciudades destrozaron y rompieron las estátuas de este príncipe.

Algunos cortesanos, como ya hemos dicho en otro paraje, denunciaron con calor este atentado á fin de escitar la ira de Constantino; pero este llevándose la mano al rostro decia: *yo no me siento herido*; que equivalia á decir se le daba muy poco de aquel procedimiento: y estas palabras repetidas en todo el imperio impusieron el respeto á los facciosos, y el silencio á los aduladores.

Entretanto el emperador, á quien ya causaban estas disputas y cuya prolongacion amenazaba á la tranquilidad pública, convocó un concilio jeneral en Nicea de Bitinia.

En esta época fué cuando a-

que'l príncipe publicó muchas leyes sábias para aumentar la autoridad paternal, arreglar la emancipacion de los menores, y reprimir los escesos de la usura, tan grandes, que en dinero era el interés un doce por ciento, y en jéneros un cincuenta.

Si, respecto á este punto, las costumbres públicas estaban bastante relajadas, los obispos por su parte se mostraban demasiado severos, miraban todo interés como una usura; su zelo, mas ardiente que ilustrado, les impedia ver que proibir á los prestamistas toda ganancia, era dar un golpe mortal al crédito y al comercio.

Concilio jeneral de Nicea.— En el año 325, abrió su sesion el concilio de Nicea; y era la primera vez que se veía á la iglesia entera reunida. A pesar de lo que dejamos referido en la pájina 87 del tomo XII de esta historia, sobre este concilio, trataremos aquí el punto con alguna mas estension.

Aquella sesion ofreció á las miradas del mundo la reunion de un gran número de prelados, respetables por sus virtudes, célebres por sus talentos, y cuyo valor relijioso lo habian probado, sufriendo los dolores del potro y el tormento; uno de ellos, Pafnucio, que administraba una diócesis de la Tebaida, llevaba sobre su frente una cicatriz, señal de la espada de los verdugos. Al verle Constantino, se acercó á él con estudiado respeto, y besó, mas política que devotamente, aquella cicatriz. Al paso que ignoraba las fatales consecuencias de tan piadosa y finjida esterioridad, no previa que la ambicion se ensoberbeceria con aquel omenaje tributado por el poder, no al sacerdocio, sino á las miras de una acertada política. Contábanse solamente en aquella asamblea diezisiete obispos arrianos. El mas terrible adversario de Arrio, fué un jóven sacerdote, llamado Atanasio, discípulo del obispo de Alejandría. Destinado este Atanasio por la suerte á ejecutar un papel brillante en las deplorables querellas relijiosas, habló desde el primer discurso con tanto calor, que asombró, segun dicen los historiadores eclesiásticos, á los arrianos, á la corte y al concilio.

Rodeado el emperador de todos los pontífices cristianos, se vió asaltado por una multitud de peticiones y escritos, que contenian muchas quejas y acusaciones recíprocas hechas unos contra otros por los obispos de

Digitized by Google

todas las iglesias del imperio. Despues de haberse enterado de ellas, convocó á aquellos prelados y les dijo: «Emplazo la de»cision de todas vuestras quejas »para un dia determinado, y este »será el dia del juicio final. »Dios es vuestro único juez; á »mí no me toca fallár en seme»jante causa. Vosotros no teneis »mas que un deber, llenadlo; »este consiste en vivir sin me»recer censura y sin acusar á »vuestro prójimo. Creedme: i»mitad á la bondad divina, olvi»dad y perdonad.» Y al mismo tiempo arrojó al fuego los libelos y añadió: «No hagamos pú»blicas las torpezas de los mi»nistros de la relijion, no es»candalicemos al pueblo, y au»toricémos con esto sus desór»denes.»

Abrióse el concilio el dia en que se celebraba la fiesta del apóstol San Juan. Arrio sostuvo sus opiniones con la valentía y destreza que le eran propias; y Atanasio las combatió con encarnizamiento. Como no se escribieron todas las actas de este concilio, la historia no nos ha transmitido los detalles de aquel famoso proceso, que si ventajas ningunas reportaban á la literatura, hubieran convenido mucho para prcbar la intolerancia y el fanatismo de la mayor parte de los teólogos. Solo se ha conservado la profesion de fé, los cánones y las cartas sinódicas que en él se redactaron. La última sesion se tuvo en el palacio del emperador. Parece que Osio, acompañado de dos legados, presidió la asamblea en nombre del papa Silvestre. Constantino se presentó sin guardias, y dijo al concilio:

«Pontífices de la iglesia cris»tiana: mis votos están cumpli»dos; despues de los favores que »he recibido del cielo, el que »mas vivamente deseaba, era »veros á todos reunidos cerca »de mí, y en buena armonía. »He destruido con guerra abier»ta, á la tiranía que os persi»guió. Triunfémos hoy de ese »jénio del mal que trabaja en »nuestra destruccion, con arti»ficios y una guerra intestina. »Vencedor de mis enemigos, es»peraba no dirijir al autor de »mis victorias, sino los votos de »la gratitud. La noticia de vues»tras discordias relijiosas, me »causó el dolor mas profundo, y »os he reunido á todos para aca»bar con esta division, que es el »mas funesto de los azotes. Vos»otros que os llamais ministros »de un Dios de paz, haced que »renazca el espíritu de caridad,

Digitized by Google

»que debeis inspirar á los demás »fieles: sofocad todas las semi»llas del odio; consolidad vues»tra union. Esta será la ofrenda »mas agradable á vuestro Dios, »y el omenaje mas dulce que po»deis hacer á vuestro príncipe.»

Los historiadores eclesiásticos dicen que Arrio presentó al concilio una profesion de fé artificiosamente redactada, con el designio de eludir mas bien que resolver la dificultad; pero sus adversarios burlaron aquella sutileza proponiendo se declarase que Jesucristo era *consustancial á su padre*. Esta declaracion precisa no admitia subterfujios; redactóse la fórmula que la firmaron la mayoría de los padres, y que casi todos los arrianos la desecharon. Algunos se sometieron solamente por temor mas bien que por conviccion á la decision del concilio. Eusebio de Cesárea fué de este número; pero no tardaron en sublevarse contra aquella fórmula, diciendo que la palabra consustancial no significaba mas que semejante y no *conforme en sustancia*. El concilio escomulgó á los disidentes.

¡Qué revolucion repentina en las opiniones, en los ánimos y en las costumbres! El imperio romano parece ofrecer á nuestra vista sorprendida otro pais y otros hombres. Abandónanse las realidades de la tierra para lanzarse á las nubes y á las rejiones misteriosas del cielo con el frenesí y el desvarío. La sutileza escolástica remplaza á la fuerza, las opiniones suceden á los intereses verdaderos; y ya no es la política sino la metafísica quien gobierna el mundo. Todo en las ideas se presenta á la vez ecsaltado, oscurecido, embrollado; ya la historia no nos transmite mas que largos discursos y peroratas soñolientas sobre misterios que nadie penetra ni penetrará, en lugar de grandes acciones; y la espada de la palabra de los distintos partidarios queda levantada, mientras que la de la victoria, embotándose cada dia, deja el imperio entregado sin defensa á la codicia de los bárbaros, que se curaban poco de las querellas de la sotana.

Por otra decision se estableció que la fiesta de Pascua se celebraria en todas partes segun el uso de la iglesia de Occidente.

Melecio probó la induljencia del concilio, pues le permitieron ejercer las funciones episcopales. Ocupáronse en seguida de otra secta, y era la de los pu-

ros ó novacianos, los cuales afirmaban que solo Dios tenia el poder de absolver. Atacando de esta manera en lo vivo el interés fundamental de los sacerdotes y el poder de la iglesia, querian privarla del derecho y de la facultad de atar por el anatema, y de desatar por la solucion. En vano quisieron atraerlos á la opinion recibida; reusaron todo acomodamiento y fueron escomulgados; pero lo que particularmente hizo célebre á este primer concilio ecuménico, es decir universal, fué la profesion de fé que en él se redactó, y que aun sirve hoy de regla á la iglesia romana.

Cerrado el concilio, se volvieron todos los obispos á sus diócesis. Se habian mantenido en su viaje, y durante su mansion en Nicea, á costa del tesoro imperial. Constantino escribió á todas las iglesias de Ejipto ecsortándolas á que se adiriesen á la fé de Nicea, y trató con rigor á los obispos que se conservaron tenaces en su oposicion. Eusebio de Nicomedia y Teógnis de Nicea fueron desterrados á las Galias.

Habiendo muerto el obispo de Alejandría, fué elejido sucesor Atanasio, que procuró en vano sustraerse por la fuga á la eleccion. Su episcopado duró cuarenta y seis años. Su zelo tenaz, su altiva austeridad, firmeza y elocuencia, le hicieron célebre. Estuvo desterrado cinco veces, y muchas corrió peligro de morir.

Abolicion de los combates de los gladiadores.— Constantino volvió á Roma y abolió por una ley los combates de los gladiadores, tan contrarios al espíritu del cristianismo. Proibió á los jenerales y oficiales ecsijir del pueblo víveres y dinero. Reprimió con sábias leyes las pasiones de los otros, y no supo contener las suyas. En este mismo tiempo mandó matar á su hijo Crispo, falsamente acusado de un amor incestuoso; y cuando conoció la verdad le vengó con otro crímen; hizo morir á su mujer Fausta, que habia sido la acusadora: y atormentado de un arrepentimiento tardío erijió al inocente una estátua de plata con la cabeza de oro, con esta inscripcion en la frente: «Este es mi hijo, »injustamente condenado.»

Los romanos, cuyo carácter turbulento habia sobrevivido á la ruina de su libertad, se valieron de estos dos actos sanguinarios para manifestar su odio á un príncipe enemigo de sus dioses y de sus espectáculos. En Roma insultaron á Constantino; y aun-

Digitized by Google

que los cortesanos le ecsortaron á enviar las tropas contra el pueblo, tomó el partido mas prudente de mostrarse superior é insensible á la ofensa; pero la herida quedó abierta en su corazon. Salió para Iliria y abandonó á Roma por siempre.

DESCUBRIMIENTO DEL SEPULCRO DE JESUCRISTO.—Bajo el consulado de Constancio y de Mácsimo, la princesa Elena, madre del emperador, de edad de setenta y nueve años, se cuenta que encontrándose entonces en Palestina, se dirijió á Jerusalen y visitó el Calvario, en donde los paganos habian hecho un templo consagrado á Venus. La historia eclesiástica refiere, y nosotros no salimos garantes de esta verdad, de que aquella princesa, indignada, hizo derribar las estátuas de la diosa, destruir las murallas, y que en los cimientos descubrió el sepulcro de Jesucristo, su cruz y la de los dos ladrones que habian perecido á su lado. Añádese que Constantino mandó á Draciliano, gobernador de Palestina, edificar un templo en aquel lugar con la advocacion del *Santo Sepulcro*.

Cuéntase tambien que el emperador colocó en su yelmo los clavos que se hallaron en la cruz. Si esta mentira es verdad, no dejó de ser una profanacion del buen Constantino. Elena murió poco despues: su cadáver fué trasportado á Roma y colocado en un sepulcro de pórfido. Constantino mandó erijirle una estátua, y dió su nombre á la ciudad de Drepano, que edificaba á la sazon en Bitinia. Siempre constante en su piedad filial, hizo grabar el nombre de su madre en las monedas. En el consulado de Januario y Justo, el emperador, llamado de nuevo á los campamentos por la audácia de los bárbaros, batió á los sármatas, jermanos y godos; y despues de haberlos vencido, volvió á comenzar con mas tenacidad que nunca la guerra que habia declarado á los templos de la idolatría.

Habiendo sabido que en Palestina, alrededor de la encina de Mambré, en el lugar en que se ha supuesto que Abraham fué visitado por los anjeles, se veian algunos cristianos, mezclados con los sectarios de muchas relijiones diferentes, confundir sus cultos y sacrificar á los ídolos, proibió esta relijion y fundó una iglesia en aquel paraje.

Hacia algunos años que el cristianismo estendia sus raices

en Etiopia por el zelo de algunos hombres ardientes que se habian marchado al desierto, muchos por vagancia, y la mayor parte porque habian querido huir de los tiranos, del espectáculo de la decadencia de Roma y del contajio de un siglo corrompido. Estos fervorosos sectarios de las virtudes antiguas y de la moral de la relijion nueva, fueron los primeros ermitaños. La persecucion de Diocleciano multiplicó su número; reuniéronse y poblaron de monasterios varios puntos del Africa: los de San Antonio y de San Pacomio, fueron los mas famosos, es decir, adonde acudieron mayor número de vagos. La separacion en que se hallaban de las poblaciones, aumentaba la veneracion del vulgo; y los pueblos, acostumbrados por el politeísmo á no dudar de los prodijios, creian estúpidamente en todos los milagros que atribuian á su poltronería, llamada santidad por los siempre cándidos escritores ascéticos.

Fundacion de Constantinopla. — (329) Irritado Constantino contra Roma porque le llamaban infame Neron, ejecutó el gran proyecto, que el odio mas bien que la política le habia dictado. En el año 329 echó en Bizancio los fundamentos de una nueva ciudad (1), llamándola Constantinopla; y los trabajos se hicieron con tanta actividad, que en poco mas de un año estuvieron ya concluidos.

Esta ciudad famosa, antigua colonia de Megara, habia sido fundada por Bizas, 658 años antes de Jesucristo. Primero libre, sometida sucesivamente á los persas, lacedemonios, atenienses, macedonios y sirios, obtuvo de los romanos el derecho de gobernarse por sus leyes propias. Severo la sitió, tomó y casi arruinó en la guerra contra Pescennio: apenas estaba reedificada, cuando Galieno la desmanteló: los hérulos la saquearon. Licinio estableció en ella el centro de sus fuerzas. San Andrés fué el primero que predicó el Evanjelio en esta ciudad.

Constantino, so pretesto de ocupar una posicion mas ventajosa para defender el imperio contra los sármatas, los godos y los persas, pero animado realmente de un odio profundo contra Roma, resolvió llevar á la

(1) Téngase presente lo que sobre esta materia hemos dicho en la pájina 89 del tomo XII, que entonces tuvimos necesidad de insertar porque así convenia.

Digitized by Google

estremidad de las fronteras el centro de vida y de actividad del imperio romano. Hizo de Bizancio su capital, estendió su recinto y lo llenó de soberbios monumentos.

Hizo construir allí un capitolio y dos curias magníficas para el senado: construyó acueductos y una plaza llamada *augustion*, rodeada de columnas y arcos dorados, con muchas estátuas y un milano de oro. En el centro de la ciudad se hizo un plaza circular y hermosísima, llamada el *salon de Constantino*, enmedio de la cual se elevaba una columna de pórfido, arrancada de Roma, que servia de base á la estátua del emperador. Esta era la misma de Apolo que se habia encontrado en Ilion coronada de rayos de luz. En su base se encerró parte de la Cruz que se supuso descubierta por Santa Elena. El fanatismo y la supersticion se aprovecharon de este cuento para burlarse de los hombres crédulos, vendiéndoles por astillas de la Cruz de nuestro Redentor cualquier palitroque; siendo lo mas éstraño que la iglesia haya santificado esta piadosa supercheria con la bendicion del llamado *lignum crucis*, que dicen que crece.

Nada igualaba, ni aun en Roma, á la magnificencia del palacio imperial de Bizancio, que se elevaba sobre la orilla del mar en el sitio en donde hoy está el serrallo, y parecia dominar al Asia y á la Europa.

Enmedio de la sala del trono, donde brillaban el mármol, el oro y la púrpura, se levantaba una gran cruz enriquecida de pedrerías. Apolo Pitico, las Musas de Helicona y los trípodes de Delfos, robados á sus desiertos templos, servian de ornamentos: la curiosidad acudia á admirar los despojos de la idolatría en el palacio de la soberbia.

Edificáronse en Bizancio, como era consiguiente, mas iglesias que casas; pero la principal y la mas grandiosa fué la de Santa Sofía, que es ahora la mezquita principal de los otomanos.

Para atender á la salubridad de la nueva ciudad, no menos que á su magnificencia, se construyeron vastas cloacas, semejantes á las de Roma, que desaguaban en el mar. Impaciente Constantino por dar á su capital el mayor esplendor, concedió, cómo ya hemos dicho, grandes privilejios á los que fuesen á poblarla; y por un decreto que á la verdad no concuerda con ese espíritu de cristiana política que

suponen en el hijo de Santa Elena, privó del derecho de testar á todos los propietarios de tierras en Asia que no poseyesen ninguna casa en Constantinopla.

Bien pronto la nueva capital eclipsó á la antigua; pero si la superó en poder, lo fué tambien en servidumbre. Roma, que habia creado sus príncipes, se habia visto siempre respetada por ellos; Constantinopla al contrario, que debió su ecsistencia á los emperadores, los miró como sus dueños; bajó la cabeza y calló como calla el esclavo. Derechos, intereses, todo se mudó: los pueblos llegaron á ser propiedad y patrimonio de los monarcas, y los partidarios de Cristo que predicaban la igualdad, sancionaron tan fatal procedimiento. El lenguaje se alteró como el pensamiento; ya las palabras no tuvieron la misma significacion, ya la virtud no consistió en el amor de la patria, en la independencia y en las leyes; el onor no estuvo ya en la fidelidad á los príncipes, sino en la servil adesion. La ciega obediencia á la iglesia y la sumision al trono formaron todo el círculo de los deberes; el monarca fué mirado como el solo representante del estado: todos los pareceres, opiniones y derechos debieron concentrarse y confundirse en su persona; y por estas nuevas reglas de moral y de política juzgó la historia, durante muchos siglos, los caractéres y las acciones de los hombres en las monarquías modernas.

Dedicacion de Constantinopla á la Virjen. — Roma habia sido consagrada á Marte; el emperador, en el año 330, bajo el consulado de Galicano y de Simmaco, hizo la dedicacion de Constantinopla, consagrándola á la Vírjen; procedimiento que creyó necesario á sus fines.

Los gastos prodijiosos ocasionados por la traslacion de la silla del imperio, y por la fundacion de una nueva Roma, obligaron á Constantino á oprimir á los pueblos con espantosas contribuciones, que echó sobre los mercaderes y artesanos, y hasta sobre los mendigos y casas de prostitucion. «Era conocer muy »mal los intereses del imperio, »dice el abate Mably, edificar »una nueva capital, cuando con »dificultad se conservaba la anti»gua; malgastar sumas inmensas »en una soberbia ciudad, mien»tras el imperio, agotado por to»dos los azotes que sufria, ape»nas podia mantener los ejérci»tos.»

Constantinopla se esceptuó únicamente de las contribuciones que pesaban sobre el imperio, y sus habitantes no tuvieron que pagar impuestos directos y personales.

INSTITUCIONES DE CONSTANTINO. —Un nuevo senado, formado en la capital del Oriente, á pesar de los grandes favores que el emperador dispensaba, no pudo obtener de la opinion pública la consideracion y el respeto que se tributaba al que quedó en Roma. El pueblo no dió á los senadores bizantinos mas que el título de *clari*, cuando los romanos se llamaban *clarissimi*. Todos los esfuerzos de la autoridad soberana fueron impotentes para borrar esta diferencia mantenida por el poder de los recuerdos.

El emperador, para asegurar la tranquilidad de sus numerosos estados en el nuevo órden de cosas que creaba, confió el ejercicio de su autoridad á cuatro jefes principales, llamados *prefectos del pretorio*, é hizo entre ellos la misma distincion que Diocleciano entre los cuatro césares; pero el sistema de Constantino estaba mejor concebido y era menos peligroso, porque estos empleos se revocaban. Los cuatro distritos se dividieron en diócesis: el Oriente tenia cinco, Italia tres y las Galias otras tres. Los prefectos del pretorio eran superiores á todos los otros majistrados. En otro tiempo mandaban la guardia pretoriana; pero en el nuevo sistema su autoridad fué puramente civil, y el mando de las tropas se confió á dos jenerales, llamados *maestros de la milicia*.

El emperador instituyó una nueva dignidad superior á la de prefecto, que fué la de *patricio*: mas solo le atribuyó grandes onores sin funciones. Encargó á los duques (*duces*) la defensa de las fronteras, asignándoles tierras con el nombre de *beneficios*, que transmitian á sus herederos. Estos duques, despues de grandes servicios, obtenian algunas veces el título de condes (*cómites*), que se miraba entonces como superior, y que era propio de los oficiales de palacio. El nombre de conde era antiguo y databa del reinado de Augusto, pues á los senadores que acompañaban á este príncipe en sus viajes se les llamaba *cómites Augusti*.

El fundador del nuevo imperio conocia los hombres y la depravacion de su siglo; sabia que los romanos ya no tenian aquella altivez propia del hombre li-

bre, y que solo les quedaba la vanidad, que es la que produce aduladores y cortesanos. Despojando á los ciudadanos de sus derechos, los recompensó con títulos pomposos; y los principales personajes del imperio se consolaron de la pérdida de su independencia, viéndose tratados de *reverencia*, de *eminencia*, de *grandeza* y de *magnificencia* (1).

Para mantener el respeto del poder absoluto, necesita el príncipe lisonjear la vanidad de los vasallos con condecoraciones y cintajos, y la gloria militar es la que mas ilusiona cuando la libertad se ha perdido. El trono y el altar, hánse mancomunado siempre para triunfar del pueblo: el primero, inventando ridículas denominaciones, y santificándolas el segundo.

Victoria de Constantino el jóven contra los godos.—(332) El emperador hizo de nuevo la guerra contra los godos. Su hijo Constantino, que mandaba un cuerpo de ejército, derrotó á cien mil de estos bárbaros, los obligó á pagar un tributo anual, y dar por reen á Ariarico uno de sus príncipes. Hasta entonces habia creido conveniente el emperador alejar de los negocios públicos á sus hermanos; pero en 333, viendo su poder consolidado, nombró cónsul y censor á Dalmacio, uno de ellos. La peste y el ambre desolaban entonces el imperio. La solicitud activa y la liberalidad de Constantino, aliviaron los padecimientos del pueblo.

Muerte infame del filósofo Sopatero.—En esta época llegó á la corte de Oriente el filósofo Sopatero, el cual queriendo reformar las costumbres de la corte, la chusma de sotana le acusó de que atentaba al cristianismo, y para desacerse de él, le supusieron entregado á la májia, y

(1) Ce monde est un gran bal, où des fous déguisés,
Sous les risibles noms d' Eminence et d' Altesse,
Pensent enfler leur être et hausser leur bassesse.
En vain des vanités l' appareil nous surprend:
Les mortels sont égaux; leur masque est different.

Voltaire: *De l'egalité des conditions.*

Es el mundo un gran baile en que mil locos,
Bajo el disfras ridículo y pomposo
De *Eminencia* y de *Alteza*,
Hinchan su ser y ensalzan su bajeza.
En vano el ostentoso
Aparato procura sorprendernos.
Los hombres son iguales: solamente
Su máscara y disfras es diferente.

con comercio con el diablo. Sopatero agradó al emperador, y este favor despertó la inquietud sacerdotal; el pueblo, siempre dispuesto al fanatismo, y mucho mas cuando está dirijido por astutos caudillos, estalló en murmuraciones sediciosas; y Constantino, atemorizado de aquel movimiento, sacrificó al filósofo para complacer á sus enemigos, y le mandó cortar la cabeza. Humilde y mansa es la relijion que predicó Jesucristo en su santa mision; pero muchos de sus ministros merecen muy bien el nombre de verdugos.

El emperador, cuyo zelo aguijaban incesantemente los sacerdotes, no se limitaba á pelear contra los reyes enemigos de Roma; hacia tambien esfuerzos para atraerlos á su creencia, y con este fin, hacia cuantiosos regalos á sus embajadores. Informado de que Sapor, rey de Persia, maltrataba á los cristianos, le escribió en favor de ellos: «Cree, le decia, que el emperador Valeriano se atrajo sus »largas desgracias por perseguir á los adoradores de Cristo; »y que yo no debo mis victorias »sino á la proteccion de este »Dios.» Esto equivalia á decirle que se valiese de los cristianos para sostener la tranquilidad, pues eran hombres turbulentos que convenia agasajar, como él habia hecho.

Sus argumentos no produjeron efecto, pero logró lo que deseaba enviando armas á los persas, y que le pedian; mas no tardaron en emplearlas contra él.

Aquel año no se señaló por ningun acontecimiento. Constante, el menor de los hijos del emperador, recibió el título de césar. Admirado Constantino, segun cuentan sus aduladores panejiristas, de todos los prodijios que se referian del ermitaño Antonio, le escribió una carta, manifestándole la admiracion que le inspiraba la austeridad de su virtud. De esta manera con zelo tan impolítico, contribuia entonces aquel príncipe á alentar el fervor de los vagos, que se entregaban á la vida ascética, abandonando los campos y las faenas públicas, por irse á poblar los desiertos.

PRIMER ESTABLECIMIENTO DE LOS BARBAROS EN EL IMPERIO.— (334) Este año nombró cónsules á Lucio Ranio y á Acencio Optato, que habian merecido la estimacion pública como pretores y como procónsules. Paulino Ancio, célebre por su elocuencia y rectitud, obtuvo tambien esta dignidad.

Entonces hubo una gran revolucion entre los bárbaros, cuyas armas habian amenazado con mas frecuencia las fronteras del imperio. Los godos, obligados últimamente á hacer la paz con los romanos, buscaron otro cebo á su inquieta ambicion; y bajo el mando de Geberico, su rey, marcharon contra los sármatas, los derrotaron completamente, y talaron su país. Los vencidos, ya sin esperanzas, armaron á sus esclavos, llamados *limagantes*. Estos, despues de haber rechazado á los godos, se sirvieron de su gran número, y del poder que les daba la victoria para vengar su pasada opresion contra sus señores. Despojaron á los sármatas de sus propiedades, y los obligaron á la fuga. Trescientos mil sármatas vinieron á pedir asilo á Constantino, el cual en vez de dispersarlos por todas las provincias, cometió la grande imprudencia de incorporarlos en sus tropas, y darles tierras en Tracia, Macedonia, y Pannonia. Abriendo paso de este modo á los enemigos de Roma, preparó la ruina del imperio. Aquellos bárbaros sin patria, consiguieron por las súplicas las posesiones que durante muchos siglos no habian podido conquistar por las armas.

Nacimiento de Juliano, llamado el Apóstata. — En 335 nombró cónsul el emperador á su segundo hermano Julio Constancio. Este jóven habia tenido de su primer matrimonio un hijo llamado Galo; y habiendo despues casado con Basilina, hermana de Juliano, conde de Oriente, tuvo de ella al famoso Juliano, conocido con el nombre de Apóstata.

Panejírico sospechoso de Constantino. — Por elojios que tributen á Constantino los aduladores y fanáticos escritores de los primeros tiempos de la iglesia, no deja su gloria por eso de presentarse con muchas manchas. Los hechos hablan: sus talentos políticos, puestos en una balanza, pesan mucho menos que sus faltas. «Con algunos talentos »para la guerra, dice el abate »Mably, que solo empleó para »perder á sus enemigos particu»lares, y no á los de los roma»nos, no tuvo ninguna cualidad »propia para el gobierno. Jugue»te de sus ministros y de sus »favoritos, que abusaban de su »debilidad, no vió mas que lo »que ellos quisieron. Una in»quietud natural le hácia obrar »continuamente, pero continua»mente sin fruto. Si parecia o»cupado con grandes proyectos,

»los habia concebido como hom»bre presuntuoso y vano, y los »ejecutaba medianamente como »hombre político. El contribuyó »mas que nada á apresurar la »ruina del imperio.»

El emperador celebró en su nueva capital el trijésimo año de su reinado, que fué el 347, y con este motivo Eusebio de Cesárea, su panejirista, ensalza sus virtudes hasta el cielo. Pero un panejirista es rara vez historiador. Este obispo cortesano lleva el disimulo, en su historia eclesiástica, hasta no hablar ni de Arrio ni del arrianismo; y hasta no decir nada del principal objeto del concilio de Nicea, del cual hace una larga descripcion en la vida de Constantino, y cuyo punto reduce á la cuestion de la Pascua. No es estraño que este escritor haya cometido esta falta inescusable. Los paganos han ridiculizado á Constantino con la sátira, pero tambien nos parece una ecsajeracion. Segun el jóven Víctor, los diez primeros años de su reinado fué un gran príncipe, los diez siguientes un salteador, y los diez últimos un disipador. El mismo Eusebio confiesa, dice Fleury, «que su sobrada facilidad dió »curso á dos grandes vicios, cual »era la violencia de los que o»primian á los débiles, para con»tentar su insaciable codicia, y »á la hipocresía de los falsos »cristianos que entraban en la »iglesia para ganarse su volun»tad.» No se engañarán sobre Constantino, añade este juicioso abad, creyendo todo el bien y todo el mal que dicen de Constantino.

No limitándose Eusebio á representar á Constantino como vencedor de la idolatría, compara su imperio sobre la tierra con el imperio eterno de Dios sobre el universo; reconoce que tiene una comunicacion inmediata con la divinidad, y le esorta á manifestar á los fieles las muchas apariciones en que Jesucristo se habia mostrado á sus ojos; hace el elojio mas pomposo de sus virtudes y el mas ecsajerado de sus azañas. Revistiéndose despues de la severidad episcopal, le recuerda las mácsimas evanjélicas, le instruye, le alaba y le engaña á un mismo tiempo; y mezclando el estilo de la cátedra al de la corte, le prodiga sucesivamente lisonjas y lecciones.

En medio de la solemnidad de este aniversario, un sacerdote, llevando la adulacion al mas alto grado, y queriendo aparecer como ajitado de un espíritu pro-

Digitized by Google

fético, predijo al emperador que despues de haber reinado bien en este mundo sobre los hombres, reinaria en el otro al lado del Hijo de Dios. «Basta ya de »indignas adulaciones, respondió el príncipe; yo no necesito »de vuestros elojios.»

Constantino, pacífico poseedor hasta entonces del imperio, no habia tenido mas sediciones que reprimir que las de algunos sectarios fanáticos; pero el año 335, un oficial ambicioso, llamado Calocèro, se atrevió á levantar el estandarte de la rebelion, y con algunas tropas que habia seducido, se apoderó de la isla de Chipre. El jóven Dalmacio, sobrino del emperador, venció á este rebelde, le hizo prisionero, y abusando cruelmente de la victoria le mandó quemar vivo.

Repartimiento del imperio entre los hijos de Constantino. —En esta época fué cuando Constantino, abandonando el prudente sistema que habia seguido hasta entonces, cometió el mismo yerro que Diocleciano, y dividiendo el imperio aceleró su ruina. Habiendo dado en matrimonio su hija Constantina á Annibaliano, su segundo hermano, lo hizo rey del Ponto y de Capadocia: Dalmacio gobernó con el mismo título á Tracia, Macedonia y Grecia: Constantino, su hijo mayor, obtuvo las Galias, las Españas y la Britania: Constante, la Iliria y el Africa: á Constancio, el segundo y el mas amado de los tres, dió el Asia, la Siria y el Ejipto. Su fama habia llegado á las estremidades del mundo: muchos reyes de la India enviaron á Constantinopla embajadores y regalos.

Nuevas disensiones en la iglesia. —Todo se sometia á su poder, menos el espíritu de discordia que ajitaba á la iglesia. Constancia, su hermana, viuda de Licinio, habia entregado su honor á un sacerdote arriano, muy diestro y seductor, y al morir le recomendó al emperador, sobre el cual adquirió en breve tiempo tal ascendiente, que le persuadió á alzar el destierro á Eusebio de Nicomedia, á Teugnis y al mismo Arrio.

Destierro y muerte de san Atanasio. — (337) Los dos Eusebios, y los obispos de su partido, apoyados con esta proteccion, resolvieron arruinar á San Atanasio, pero antes de atacarle quisieron destruir á su mas firme apoyo, que era Eustatio, obispo de Antioquía. Engañan á este prelado con las apariencias

de la amistad: se reunen en Jerusalen, inventan la trama, vuelven á Antioquía, y hacen que se presente una cortesana, que con finjidas lágrimas asegura ser de Eutatio el niño que llevaba en los brazos. El concilio depone al acusado sin quererle oirle: esta violencia escita gran tumulto en la ciudad; corren todos á las armas; y los dos partidos que ya estaban dispuestos á degollarse, solo se aplacaron por interposicion de Acacio, conde de Oriente. Eustatio, llamado por Constantino, fué á confundir á los impostores: estos cambiaron de armas, y presentaron falsos testigos que le acusaron de haber injuriado en otro tiempo á la emperatriz Elena. El emperador, llevado de la primera informacion y ciego de cólera, destierra á Eutatio, y concede á los arrianos un triunfo completo. La muerte del obispo, que sucumbió poco despues en Tracia á sus padecimientos, libró á sus contrarios de un enemigo formidable.

Eusebio de Nicomedia supo aprovecharse con actividad de la ventaja que acababa de conseguir su partido, y logró del emperador que escribiese una carta á Atanasio, mandándole recibir á Arrio en su comunion. Atanasio, fiero é independiente, desobedeció, porque el carácter de este hombre célebre ofrecia una mezcla rara de dulzura y tenacidad. Con la una habia conseguido fijar el jenio versátil de los alejandrinos, y conciliarse su afecto; y con la otra se habia hecho respetar de sus partidarios y temer de sus enemigos.

Los que habian previsto que su resistencia escitaria el enojo del emperador, le acusaron de haber formado una rebelion en Ejipto, profanando los libros santos, usurpando la autoridad soberana, é imponiendo contribuciones arbitrarias al pueblo de Alejandría. La acusacion del odio fué tan inverosímil, que la inocencia de Atanasio se reconoció sin dificultad.

Sus enemigos no se desalentaron por este revés. Al mismo tiempo desapareció Arsenio, obispo de Hipsal, en la Tebaida, y los meleoianos y arrianos acusaron á Atanasio de haberle hecho morir con operaciones májicas. Afirmaban que le mutiló antes de matarle, y aun mostraban una mano que, segun decian, le habia cortado Atanasio, ocultando su cuerpo de manera que no habian podido hallarlo.

En vano los frailes de un convento, donde Arsenio se habia

retirado á hacer vida penitente por algun tiempo, testificaron que vivia: los arrianos dijeron que el supuesto Arsenio era un impostor.

Atanasio se presenta en Constantinopla con una carta de Arsenio, en que le suplicaba que le recibiese en su comunion, se justifica, y calma por un momento la ira del emperador. Apacíguanse las turbulencias que causaba esta discordia en Alejandría; pero apenas Atanasio se restituyó á esta ciudad, los dos Eusebios vuelven á seducir á Constantino, le persuaden que es cierto el crímen de Atanasio, y finjida la carta de Arsenio.

El emperador, sobradamente crédulo, abandona al obispo de Alejandría al juicio de sus enemigos, y le mandó comparecer en un concilio celebrado en Tiro, y compuesto de obispos, casi todos arrianos, en presencia de Arquelao, conde de Oriente, y del conde Dionisio.

Renovóse allí la escena de Eustatio: una mujer impudente se presentó y acusó á Atanasio de haberla robado su onestidad. Timoteo, presbítero alejandrino, que estaba sentado cerca de su obispo, le dijo en alta voz: «¿Y qué, me acusas de »ese crímen?»—«Sí, le respon»dió ella con ademan furioso: »tú eres quien has atropellado »mi onor.»

Esta equivocacion singular, que justificaba tan evidentemente el acusado, llenó de vergüenza á sus enemigos, y escitó la risa de los condes y de los soldados que estaban presentes. Sin embargo, los arrianos prosiguen en su infame proyecto, le acusan por la muerte de Arsenio, y presentan en el concilio la mano ensangrentada de la supuesta víctima.

Atanasio, despues de un momento de silencio, pregunta á los jueces si conocian á Arsenio: muchos responden que lo han visto varias veces: entonces entra en el sínodo un hombre envuelto en una gran capa. Atanasio le descubre la cabeza, y presenta al verdadero Arsenio á los ojos de todos: cójele por el brazo, quitándole el vestido que le oculta, y dice: «Aquí está Arse»nio vivo, con sus dos manos, »que son las que Dios le ha dado. »Digan aora mis acusadores dón»de han hallado la tercera.»

La justificacion era sin réplica; pero el odio, irritado por la evidencia, pasó de la consternacion al furor: acúsanle por májico y encantador, y se arrojan á él para matarlo, y el conde Ar-

quelao lo libertó difícilmente de sus manos. En fin, el concilio, violando todas las leyes divinas y humanas, condena y depone á Atanasio, le proibe volver á Alejandría, y Arsenio pone el colmo á esta infamia, firmando tambien la sentencia.

Empero no les bastaba condenar á Atanasio, si no hacian triunfar á Arrio. El emperador, olvidando como muchos príncipes que un monarca deja de ser cabeza del estado cuando se pone al frente de un partido, y que no le es posible defender los intereses públicos cuando favorece los intereses privados, secundó el odio de los arrianos, y su parcialidad prolongó las turbaciones de la iglesia.

En este mismo tiempo se dedicó con gran solemnidad, por órden del emperador, la iglesia del Sepulcro de Jerusalen. Todos los obispos y fieles que concurrieron á la ceremonia fueron manteaidos á costa del tesoro público. Constantino convocó un concilio en aquella ciudad: mas para reunirlo, esperó á que se hubiesen ausentado casi todos los obispos católicos.

En él se admitió la justificacion de Arrio, se le reintegró en sus funciones sacerdotales, y se invitó á todas las iglesias á que le recibiesen en su comunion, y proscribiesen á Atanasio.

El obispo de Alejandría, indignado de tan injustas persecuciones, fué á Constantinopla á implorar la proteccion del emperador. Sus enemigos le impedian entrar en palacio; pero un dia que Constantino pasaba por la ciudad á caballo, se le presentó Atanasio repentinamente. El emperador dispuesto contra él, é irritado, no quiso detenerse á oir su justificacion: el obispo, alzando la voz, le dijo con firmeza: «Si me niegas justicia, »y no quieres oirme delante de »mis calumniadores, yo te cito »ante el tribunal del Señor.» Constantino cede y consiente en oirle. Justificóse fácilmente de las absurdas acusaciones de májia, homicidio é impiedad; pero los dos Eusebios le echaron en cara su resistencia al príncipe, le pintaron como un espíritu turbulento, y le acusaron de haber monopolizado los granos de Ejipto para que escaseasen en Constantinopla. Los numerosos partidarios que tenian en la corte apoyaron esta delacion, y el emperador seducido condenó á Atanasio, y le desterró á Treviros.

TRIUNFO Y MUERTE DE ARRIO. — Sus enemigos, aprovechán-

dose de esta victoria, convocaron un concilio en Constantinopla, é instaron al emperador que depusiese á Atanasio y le nombrase un sucesor. Constantino no consintió en ello; pero acojió favorablemente á Arrio, dió órden formal al obispo de Constantinopla para que le recibiese en su comunion, y le admitiese sin tardanza á la de la Iglesia.

Este decreto completaba la victoria del arrianismo. El obispo Alejandro, cuando iba á ponerlo en ejecucion, prosternado al pie de los altares, dicen los escritores católicos, pidió al Señor que libertase su iglesia de un heresiarca tan peligroso. Llegada la ora, Arrio atraviesa en triunfo la ciudad, seguido de una brillante comitiva; pero sintiendo repentinamente un violento dolor, se retiró á una casa, donde le hallaron poco despues sus amigos con las entrañas fuera del cuerpo, y nadando en sangre. Los católicos miraron este acontecimiento como un milagro, los arrianos como el efecto de un sortilejio, pero los hombres sin supersticion vieron en él un asesinato de los cristianos. Alejandro, mas animado por el espíritu de partido que por el del cristianismo, reunió el pueblo, y dió solemnes gracias al Señor por la muerte de su enemigo. Atanasio, perseguido, no encontró proteccion en la corte; pero san Antonio desde su desierto escribió en su favor á Constantino, bien que inútilmente.

Ley sobre la jurisdiccion episcopal. — Eusebio refiere que en este tiempo publicó el emperador una ley que daba á los obispos el derecho de juzgar sin apelacion, y mandaba á los tribunales diferir á los jueces eclesiásticos todas las causas en que lo pidiese una de las partes, aunque la otra lo repugnase. Algunos jurisconsultos han dudado de la ecsistencia de esta ley, sin embargo de que los códigos posteriores la insertan.

Otro edicto, inescusable en un siglo de corrupcion, asimiló el adulterio al homicidio, y lo sometió á las mismas penas, con una escepcion muy contraria á la igualdad evanjélica, y era la de las taberneras, comediantas, criadas y mujeres de los artesanos. «La severidad de los jui»cios, decia el decreto, no se ha »hecho para estas personas, que »por su bajeza son indignas de »la atencion de las leyes.» Otros decretos hacian el divorcio mas dificil y raro, y proibian á todo funcionario público lejitimar los

Digitized by Google

hijos que tenian de mujeres públicas, revendedoras, ó que hubiesen combatido en el anfiteatro.

Mientras Roma fué virtuosa le bastaron las leyes de las Doce Tablas: cuando se corrompió hubo códigos muy voluminosos y muy inútiles, que inmortalizaron á sus redactores sin prolongar la existencia del imperio. A pesar de todo el zelo de Constantino para la reforma de los abusos, sus oficiales cometian tantas concusiones, y atropellaban al pueblo con tanta codicia, que invitó por un edicto á todos los ciudadanos á presentarle directamente sus quejas, y amenazó á los funcionarios con la pérdida de la cabeza, si se les probaban sus exacciones.

Los persas, desde la victoria de Galerio y la paz de Diocleciano, debilitados por sus derrotas, no se habian atrevido á volver á tomar las armas; pero la enemistad que reinaba entre los dos imperios anunciaba que el sosiego no duraria mucho. Los enemigos de Constantino eran recibidos favorablemente en Persia, y los desterrados de este pais eran protejidos en la corte del emperador.

El príncipe Hormisdas, cuya altaneria habia ofendido á los grandes de Persia, fué privado del trono y puesto en prision. Sapor, su hermano menor, ciñó la corona, muerto su padre. La esposa de Hormisdas, esponiendo su vida por salvar la de su esposo, corrompió á sus guardias, y le hizo introducir en su calabozo una lima que empleó en romper los hierros para libertarse: este príncipe atravesó la Persia disfrazado de esclavo, y vino á pedir un asilo al emperador, que le recibió con alegría, le admitió en su palacio, le ecsortó á hacerse cristiano, y le dió un grado superior en sus ejércitos, esperando que su nombre formaria en Persia un partido considerable, y debilitaria por la discordia civil aquel imperio, cuya conquista meditaba.

Estas intrigas irritaban á Sapor, deseoso por otra parte de romper un tratado vergonzoso: al mismo tiempo Constantino reprendia al rey de Persia porque era enemigo de los cristianos. Preparados uno y otro á la guerra, Sapor la declaró en 337, y escribió al emperador que no se podian evitar las ostilidades, sino devolviendo las cinco provincias que Narsés habia cedido á Diocleciano. Constantino le replicó que bien pronto le lle-

Digitized by Google

varía la respuesta al frente de sus lejiones.

Las tropas de Sapor talaban ya la Mesopotamia. Constantino reunió prontamente su ejército, y pasó á Nicomedia, donde celebró la Pascua con solemnidad, mandando que se iluminase el pueblo y que se distribuyesen grandes limosnas en todo el imperio. Pronunció en su palacio un discurso sobre la inmortalidad del alma, como previendo su prócsima muerte.

Enfermedad y muerte de Constantino.—Pocos dias despues, acometido de una enfermedad grave, buscó alivio inútilmente en las aguas de Helenópolis, volvió al castillo de Aquiron, cercano á Nicomedia, reunió muchos obispos, y dicen les suplicó que le bautizasen. El ya mencionado Eusebio de Cesárea, hace poner en boca de Constantino el siguiente discurso: «Este »es el dia que yo solicitaba con »ardor: mi intento era lavar mis »pecados en el Jordan, cuyas a»guas consagró nuestro Salva»dor. Dios me detiene, y quiere »que reciba aquí esta gracia.» Y añade, que despues de bautizado dijo: «Ya soy verdadera»mente feliz y digno de vida in»mortal. ¡Cuánta lástima tengo »á los hombres privados de la »luz que me ilumina!» A sus sirvientes que pedian al cielo prolongase su vida, les dijo: «Com»pañeros: la vida en que voy á »entrar, es la verdadera: conoz»co los bienes que me esperan, »y deseo volar al gremio del Se»ñor.» Muchos siglos despues, se inventó otra fábula grosera como la anterior, y fué de que habia sido bautizado en Roma por San Silvestre, y que sanó de la lepra por el bautismo; pero estas supercherías tenian por objeto hacer verosímil la donacion supuesta de Constantino á la iglesia romana, de la capital, su territorio y la costa de Italia. La redaccion de este absurdo documento es digna del tiempo de ignorancia en que fué forjada. La donacion hecha por Constantino á Silvestre, es una impostura que todo historiador debe estar echando siempre en cara á los ambiciosos con tiara. Semejante documento tiene la fecha del cuarto consulado de Constantino, hijo de Galicano, y el consulado no ecsiste. San Dámaso, obispo de Roma en la vida de San Silvestre no habla de semejante donacion, pues á ser verdad creemos no la hubiese omitido. Una multitud de hombres célebres en la iglesia romana, entre los cuales se

Digitized by Google

cuentan Antonino, arzobispo de Florencia, Rafael de Volteire, y Jerónimo Calqtan, la han refutado. En tiempo de Alejandro VI, Oton, obispo de Frijijen, el cardenal Cusan, Lorenzo Valle, Patricio Romano, Francisco Guicciardini y Eneas Silvio, que fué papa despues, están contra esta pretendida donacion. El mismo Platina, historiador de los papas, ha tenido vergüenza de hablar de ella; y en el orijinal impostor conservado en letras de oro en el Vaticano, ha escrito de su propio puño: *quam fábulam longi temporis mendacia finxit*; fábula forjada por la mentira impostora. Todos los miserables charlatanes han agotado cuanto la desvergüenza ayudada de la desgraciada ignorancia de los pueblos ha podido imajinar, para apuntalar este ídolo viejo y carcomido de ignominia.

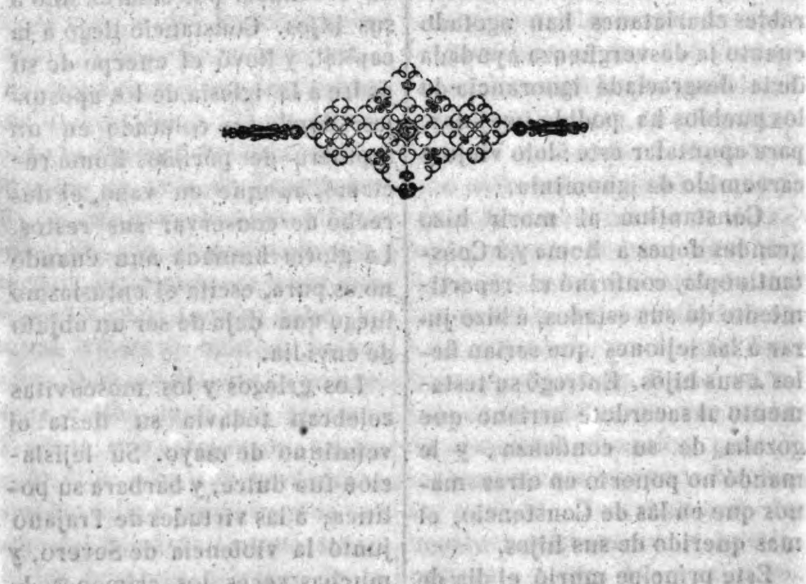
Constantino al morir hizo grandes dones á Roma y á Constantinopla, confirmó el repartimiento de sus estados, é hizo jurar á las lejiones que serian fieles á sus hijos. Entregó su testamento al sacerdote arriano que gozaba de su confianza, y le mandó no ponerlo en otras manos que en las de Constancio, el mas querido de sus hijos.

Este príncipe murió el dia de Pentecostés, veintidos de mayo de 337, siendo cónsules Feliciano y Ticiano, á los sesenta y tres años de su vida y treinta de su reinado. Su cadáver, puesto en un ataud de oro, fué llevado á Constantinopla, donde se colocó sobre un túmulo rodeado de innumerables antorchas; y todo el tiempo que transcurrió hasta la llegada de Constancio, los principales funcionarios, los senadores, condes y jenerales, iban diariamente á palacio á ejercer sus funciones como si viviese el emperador. Las lejiones, respetando poco á los hermanos de Constantino, juraron no reconocer por césares sino á sus hijos. Constancio llegó á la capital, y llevó el cuerpo de su padre á la iglesia de los apóstoles, donde fué colocado en un sepulcro de pórfido. Roma reclamó, aunque en vano, el derecho de conservar sus restos. La gloria humana aun cuando no es pura, escita el entusiasmo luego que deja de ser un objeto de envidia.

Los griegos y los moscovitas celebran todavia su fiesta el veintiuno de mayo. Su lejislacion fué dulce, y bárbara su política; á las virtudes de Trajano juntó la violencia de Severo, y muchas veces los crímenes de

Digitized by Google

Neron. Atribúyesele en el código Teodosiano una ley, como acabamos de decir, que hace de los obispos jueces sin apelacion de todas las causas que una de las partes quisiese llevar ante su tribunal. Esta ley, contraria al órden civil, está desechada por los mejores críticos como falsa. ¿Presenta Cujas bastante discernimiento, cuando la justifica con las virtudes y la justicia de los obispos de entonces? Las intrigas, los conciliábulos, y los escesos del mayor número de los eclesiásticos, probarian mas bien que era necesario mantenerlos en los límites de la autoridad espiritual. Muchos buenos prelados habia, cuya sentencia indudablemente hubiera sido la de la justicia y la de la caridad; ¡pero cuántos otros se entregaban á las pasiones humanas y á las preocupaciones mas perjudiciales!



CAPITULO II.

CONSTANTINO II, CONSTANCIO, CONSTANTE Y MAGNENCIO.

(Año 337.)

Acontecimientos despues de la muerte de Constantino. — Repartimiento del imperio entre los hijos de Constantino. — Sitio de Nisibis por los persas. — Disensiones eclesiasticas. — Muerte de Constantino II. — Nuevas disensiones eclesiásticas. — Invasion de los francos. — Sesion de un concilio universal. — Guerra con los persas. — Batalla de Singara. — Cobardía y huida de Constancio. — Orijen de la palabra *paganos*. — Usurpacion de Magnencio y muerte de Constante. — Sitio de Nisibis por Sapor. — Batalla del Dravo y muerte de Magnencio.

Acontecimientos despues de la muerte de Constantino. — El emperador Constantino, menos prudente en su política que Constancio Cloro, su padre, prefirió el esplendor de su familia á la tranquilidad del imperio; y añadió al yerro de dividirlo entre sus hijos, el de dar provincias á sus tres hermanos, introduciendo el funesto sistema que produjo en lo futuro tantas desgracias, y que fué en las monarquías nacientes de la Europa moderna causa de tantas guerras civiles, odios implacables y asesinatos. Dividir el estado entre tantos príncipes, era quitar al pueblo romano el sosiego, única indemnizacion de la pérdida de la libertad, y añadir á los inconvenientes del poder absoluto todos los males de la discordia y de la anarquía.

La voluntad de Constantino no fué enteramente cumplida. El senado, el pueblo y las lejiones no quisieron reconocer mas príncipes que á sus hijos: el ejército se rebeló contra sus hermanos: rara vez se respeta la vida de aquellos á quienes se a-

rrenca una corona, y como resultado forzoso, los tres hermanos y cinco de sus hijos fueron degollados: solo se perdonó á dos hijos de Julio: Galo, que estaba enfermo gravemente, y de quien se creyó que la naturaleza terminaria pronto sus dias, y su hermano Juliano, que tenia seis años. Marco, obispo de Aretusa, salvó á este enemigo futuro de los cristianos, ocultándole bajo el altar á los puñales de los asesinos.

La opinion pública atribuyó estos homicidios á la ambicion de Constancio; San Gregorio Nacianceno á la rabia de los soldados; pero segun muchos historiadores, Constancio, arrepintiéndose ya viejo de sus culpas, decia que sus derrotas y la esterilidad de sus mujeres habian sido castigo del cielo por sus crímenes. Los príncipes no pueden hacer reinar la justicia sino cuando ellos mismos están sujetos á la ley y protejidos por ella. Los que solo apoyan su autoridad en la fuerza, se ven obligados á obedecerla. Un soberano, jefe de una faccion, se ve obligado á ceder á todas las pasiones de su partido; los soldados entregados desde luego al crímen, ya no pudieron detener su furia; degollaron á un gran número de cortesanos de Constantino, entre ellos al patricio Optato, cuya alta dignidad no pudo libertarle de la muerte. Ablavio, prefecto del pretorio, y que se respetaba como tutor de Constancio, parecia que debia inspirar mas respeto á los facciosos: estos le tendieron un lazo para arruinarlo, y finjieron una conspiracion para tener el derecho y el mérito de matar á sus enemigos, socolor de castigar la traicion. Algunos oficiales al frente de una tropa de soldados, hacen creer al desgraciado Ablavio que el senado va á darle el título de augusto, y que el emperador habrá de consentir en ello.

El prefecto, á instancia de sus amigos, cede á los votos de aquellos pérfidos: revístenle de la púrpura, y los mismos que le han seducido, lo declaran rebelde, y le asesinan sin piedad. Querian tambien matar á Olimpias, su hija; pero esta logró escaparse á la corte de Constante, que pensaba en recibirla por esposa; mas habiendo muerto este príncipe, como diremos despues, casó con Arsaces, rey de Armenia.

El jefe de todos estos facciosos y alma de sus complotes era el primer chambelan Eusebio, eunuco, y privado de virtudes.

como de eeso, cortesano vil y ambicioso, sin mérito ni moral, infame por sus vicios y su codicia, sacrificando su conciencia á su fortuna, sin mas habilidad que la de volverse al sol que nace, sin mas Dios que su interés, parecia entonces dueño del imperio hasta tal punto, que los palaciegos burlones decian: «No »deja el emperador de tener »crédito con su camarero.» La señora del mundo, perdidos sus héroes, estaba sometida á las especulaciones de un cortesano pérfido, y á los caprichos de un eunuco.

Repartimiento del imperio entre los hijos de Constantino. — Los tres hijos de Constantino el grande, habiéndose reunido en Constantinopla, deliberaron sobre sus comunes intereses: juntáronse otra vez en Pannonia, y repartieron definitivamente el imperio. Constancio se quedó con toda el Asia, el Ejipto, la ciudad de Constantinopla y la Tracia: Constante con Italia, Iliria y Africa: Constantino tuvo las Galias, las Españas y Britannia; pero se reservó ciertas pretensiones sobre Mauritania, que rompieron de allí á poco los lazos de la paz y amistad entre los tres hermanos.

Constancio, y los arrianos protejidos por él, continuaron la persecucion contra Atanasio, que vivia desterrado en la Galia. Constantino, al contrario, se declaró en su favor, y le envió á Ejipto, lo que dió nuevas fuerzas á las disensiones de Alejandría. La presencia del emperador no contenia siempre el espíritu turbulento de los sectarios de Constantinopla. Alejandro, obispo de esta ciudad, que falleció poco antes de Constantino, dijo á su clero antes de espirar: «Si quereis el obispo mas »virtuoso, elejid á Paulo: si el »cortesano mas hábil, á Mace»donio.» Los arrianos elijieron á este: la mayoría, que era católica, á Paulo; pero fué desterrado al Ponto por las acusaciones de Eusebio.

Sitio de Nisibis por los persas. — (338) Constancio le restituyó al subir al trono. La guerra estranjera puso treguas por algun tiempo á estas disensiones. Sapor, rey de Persia, sitió á Nisibis, llamada hoy Nesben, en el Diarbekir. Esta plaza importante era la llave de la frontera: los habitantes, mostrando algunos vestijios del antiguo valor romano, se defendieron heróicamente. Despues de sesenta y tres dias de esfuerzos inútiles, el rey levantó el sitio. El pueblo,

contando mas con los ausilios del cielo que con sus armas, atribuyó este beneficio á las oraciones de Jacobo su obispo.

Constancio, para aprovecharse de este feliz suceso, marchó contra los persas; pero como no sabia mandar, sus lejiones no quisieron obedecerle. Instruido por su padre en los ejercicios militares, mostraba en ellos bastante habilidad; pero descuidaba la disciplina, sola base de la fuerza de las armas. El desórden producido por su debilidad hubiera causado grandes reveses, si los godos y los sarracenos no le hubiesen dado socorros muy útiles en aquella ocasion; y el Oriente fué defendido mas bien por los bárbaros que por los romanos. Constancio, sostenido por sus ausiliares, pacificó la Armenia y le restituyó su rey, destronado por los persas. Sapor se volvió á sus estados. El emperador no le persiguió: perdiendo la oportunidad y faltando á su fortuna, prefirió la capital á los campamentos, las intrigas á los combates, y los negocios de la igleisa á los del imperio.

Disensiones eclesiasticas. — Convocó un concilio en Constantinopla que depuso á Paulo: este se refujió á las Galias y halló un asilo en la corte de Constantino. El ambicioso Eusebio, elejido obispo por el clero de Constantinopla, logró entonces el colmo de sus deseos. Al mismo tiempo los arrianos de Alejandría elijieron á Pisto, para oponerle á san Atanasio; pero Eusebio de Cesárea no gozó casi de su elevacion. Falleció, y tuvo por sucesor á su discípulo Acacio, mas cortesano que piadoso, y versátil en su creencia, segun la fortuna favorecia á una ú otra secta (1). En esta época de intrigas en que el mérito yacia en olvido, obtuvieron el consulado Acyndino y Próculo, ilustres por sus virtudes y servicios. Próculo se gloriaba de tener por ascendiente á Valerio Publícola, y se mostró digno de este nombre. Los tres emperadores estuvieron unidos entre sí para hacer leyes sábias: mantuvieron en vigor las instituciones municipales, publicaron edictos severos contra los delatores, y pusieron un freno al desórden que producia la frecuencia de los

(1) El nombre de secta en oposicion al jentilismo, se da frecuentemente á la relijion cristiana, y se toma en buena parte: entonces significa *parte dividida*. Lactancio (*ad Demetrium*, c. 1.) dice hablando de los cristianos. "Los filósofos de nuestra secta."

Digitized by Google

matrimonios incestuosos. Proibieron por un decreto menos justo y político, que los judios se casasen con mujeres cristianas.

MUERTE DE CONSTANTINO II. — (340) El imperio no podia esperar ni larga paz ni felicidad sólida bajo el mando de tres príncipes, dominados por sus pasiones. El mas hábil de ellos era Constantino, estimado por su justicia, valor y bondad; pero tenia una impetuosidad temeraria que lo arruinó. Constancio, débil y presuntuoso, ni podia hacer el bien ni impedir el mal. Constante, entregado á los deleites y despreciado por sus vicios, oprimia el pueblo con impuestos, é inspiraba el deseo y la esperanza de destronarle. Constantino, no habiéndole podido persuadir que atendiese á sus reclamaciones sobre la Mauritania, determinó hacerse justicia por las armas. Atraviesa los Alpes con rapidez: los jenerales de Constante, que conocian su ardor impetuoso, finjieron huir. Constantino los persiguió sin precaucion, cayó en una emboscada cerca de Aquileya, y opuso en vano su denuedo á la multitud de enemigos que lo rodeaban: derribáronle del caballo, y le cortaron la cabeza. Su hermano Constante se aprovechó de sus despojos, y reunió todo el Occidente bajo su dominacion. El odio del vencedor sobrevivió al triunfo, y proscribió á todos los amigos de Constantino. En aquellos tiempos bárbaros se poblaban las iglesias, monasterios y ermitas, porque la capa de la relijion era la única defensa contra la tiranía de los príncipes, el furor de los partidos, y la inconstancia de la fortuna.

NUEVAS DISENSIONES ECLESIASTICAS. — La muerte de Constantino privaba á Atanasio de su mas firme valedor: los arrianos le acusaron de herejía y de rebelion, y le disfamaron con el papa y con el emperador Constante. La silla papal, ocupada sucesivamente por Silvestre y por Marco, lo estaba entonces por Julio, pontífice justo, caritativo, digno del primer siglo de la Iglesia. Protejiendo la desgracia contra el poder, acojió las reclamaciones de Atanasio, firmadas por cien obispos; y para terminar las disensiones, convocó en 340 un concilio que se reunió al año siguiente en Antioquía. La Iglesia ha conservado sus cánones, y sin embargo es digno de notarse que en la confesion de fé que en él se re-

dactó, fué omitida la voz consustancial. En la mayor parte de los negocios de sectas y de partidos, los que parecen defender opiniones no combaten sino por intereses. En vano el papa Julio se esforzó para restablecer la paz; porque Constancio era favorable á la faccion arriana.

Cuando se creia terminado el concilio y habian partido ya de Antioquía sesenta obispos católicos, los arrianos que se quedaron, continuaron las sesiones, y condenaron de nuevo á Atanasio. Gregorio fué nombrado su sucesor. Esta noticia produjo la mayor eferveseencia en Alejandría: el pueblo se opuso á la instalacion del nuevo obispo: este, acompañado de soldados bajo las órdenes de Filagro, prefecto de Ejipto, entró en la ciudad como si la hubiese tomado por asalto: profanó las iglesias, ultrajó las doncellas, asesinó á los católicos. El duque de Balan, que era jentil, condenó á azotes á treinta y cuatro personas; y en cumplimiento de las órdenes del emperador, trató de cortar la cabeza á Atanasio, que debió su salud á la fuga. Gregorio atribuyó las desgracias de esta sedicion al perseguido; y para justificar su acusacion, finjió un decreto del pueblo de Alejandría, y lo hizo firmar por arrianos, judios y paganos.

Aprovechándose Balan de esta circunstancia para derramar su odio contra los cristianos, esparció el terror en todo el Ejipto, inmolando indistintamente á cuantos suponia adictos al proscrito obispo.

Escapado Atanasio de los hierros de sus enemigos, corre á Roma, escribe á todos los obispos, les hace presentes sus desgracias y las afrentas de la Iglesia, y se compara al levita de Efraim que, viendo el cuerpo de su mujer víctima de los ultrajes mas orribles, lo cortó en doce pedazos, y los envió á las doce tribus de Israel.

El emperador de Occidente como el de Oriente, los grandes de sus cortes, sus ministros, sus guardias, la multitud esclava del favor y las lejiones que no conocian mas que la autoridad, parecian haberse reunido entonces para abrumar á Atanasio. Todo el imperio, como dice un historiador de aquel tiempo, se sorprendió de verse hecho arriano.

Algunos obispos valerosos, el intrépido Julio, la jenerosa Eutropia, hermana del gran Constancio, resistieron al torrente y protejieron el infortunio. Julio

convocó en Roma el sínodo que los mismos acusadores de Atanasio habian pedido: estos rehusaron asistir á él.

Las mismas violencias que habian estallado en Alejandría, ensangrentaron á Constantinopla. Los arrianos acababan de reelejir á Macedonio; y los católicos indignados restablecieron á Paulo en su silla. Constancio dió órden á Hermójenes, jeneral de caballería, para que arrojase al obispo católico. En vano le defiende la multitud, pues lo arrancan de la Iglesia. Entonces se subleva el pueblo entero, pone en huida á los soldados y degüella á Hermójenes. Constancio furioso, corre á vengarle. El aspecto del príncipe y de su guardia convierten la audácia en terror. El senado y el pueblo, prosternados á los pies del emperador, apenas pueden calmar su ira. En fin, concediendo la vida á los rebeldes, reduce á la mitad la distribucion diaria que se hacia al pueblo de ochenta mil medidas de trigo.

Entretanto el partido de Atanasio sostenido por el papa, recobraba algunas fuerzas en el Occidente. Constante pareció declararse en su favor y sentir la necesidad de restablecer la tranquilidad pública, turbada por tan vergonzosas disputas; y escribió á su hermano Constancio diciéndole: «Imitemos la tolerancia y »piedad de nuestro padre; esta »fué su herencia mas bella y el »fundamento de su poder.»

En la misma carta le rogaba que le enviase algunos obispos arrianos, á fin de conocer y profundizar sus quejas. Estos obispos llegaron con una profesion de fé que no contenia la palabra *consustancial*. Julio y Constante la desechan: los arrianos que habian prometido someterse á la decision del papa, le acusan de atentar á la soberanía de la iglesia, juzgando á un obispo condenado ya por un concilio. El de Roma sostiene los derechos del papa y justifica por último á Atanasio.

Todo parecia conspirar entonces á la ruina del imperio; la invasion de los bárbaros y los azotes del cielo, se juntaron á las turbulencias civiles y á las discordias relijiosas para acelerar su caida. En el espacio de diez años casi todas las ciudades de Oriente se vieron destruidas por temblores de tierra. En la misma época, los francos se derramaron por las Galias como un torrente; Galias que un dia debian conquistar, asolar, rejenerar é ilustrar.

Digitized by Google

Libanio, al trazar las costumbres de este pueblo guerrero, lo considera como el mas formidable de los enemigos de Roma. «Los francos, dice, son mas temibles por su valor que por su »número; valientes así en la »mar como en tierra, arrostran »la intemperie de las estaciones, »y la guerra es su elemento: »miran la paz como una calami»dad, y el reposo como una es»clavitud: vencedores, nada les »detiene; vencidos, se vuelven »á levantar rápidamente sin de»jar á sus enemigos ni aun tiem»po para quitarse los yelmos.»

En 342 marchó Constante contra ellos: los resultados de esta guerra fueron diversos, y el emperador no pudo hacerles repasar el Rin, sino pagándoles un tributo. En seguida bajó á Britannia, y consiguió grandes ventajas sobre los caledonios, á quienes sometió.

Bajo el consulado de Plácido y de Rómulo (343) el Oriente volvió á ser teatro de diferentes combates que el valor de los romanos y de los persas hacia encarnizados, y que no podian ser decisivos por la incapacidad de los jefes. Las armas de Constancio durante el año 344 fueron felices: alejó al enemigo: sus jenerales obtuvieron algunas ventajas sobre los árabes que habitaban una comarca vecina del reino de Saba, y que, creyendo hallar la verdad donde veian la victoria, abrazaron el cristianismo. Estos árabes pretendian descender de Abraham por un hijo de Cetura.

En esta época fué cuando el obispo Teófilo llevó á la India el Evanjelio y el arrianismo juntos. Dícese que á su vuelta convirtió los pueblos de la Abisinia.

Si el cristianismo se estendia entonces en muchos paises lejanos, la política de Sapor se esforzaba en detener sus progresos en la Persia. Este implacable enemigo de los romanos declaraba tambien la guerra á su culto: y si se cree á los historiadores de aquel tiempo, diezíseis mil mártires fueron víctimas de su crueldad.

Sesion de un concilio universal.—Bajo el consulado de Constante y de Constancio, el emperador de Oriente hizo abrir en la embocadura del Orontes el puerto de Seleucia. En el mismo año, un concilio reunido en Milan, se separó sin haber podido decidir nada. Los obispos de Asia propusieron en él una nueva fórmula; los de Europa no quisieron cambiar nada al de Nicea. Los dos emperadores, que

deseaban con sumo ardor, aunque inútilmente, el fin de estas largas disensiones, reunieron en 347 un concilio ecuménico, que quiere decir universal, en la ciudad de Sardica. Concurrieron á él ciento setenta y cinco obispos (1). Los obispos arrianos no quisieron asistir á sus sesiones con el pretesto de que no podian comunicar con el escomulgado Atanasio, y formaron una asamblea particular.

El concilio católico, confirmó el juicio del papa, renovó la profesion de Nicea, depuso á los obispos refractarios, y esortó á los emperadores á restablecer á los católicos en sus sillas. En este sínodo se declaró solemnemente por la primera vez por los aduladores, y por los que despreciaron la autoridad apostólica de los obispos, la supremacía del obispo de Roma. Los arrianos escomulgaron al obispo de Córdoba y al papa, negaron á este, como debieron, su supremacía, persistieron en su oposicion á la fé de Nicea, y sembraron los primeros jérmenes de la separacion entre las iglesias de Oriente y Occidente, que esiste aun en nuestros dias. Constante adoptó las determinaciones del concilio: Constancio, mirando el negocio con desprecio, se mostró indiferente á católicos y arrianos; y era lo que convenia hacer.

Batalla de Singara cerca del Tigris.—(347) Entretanto la guerra de Oriente se prolongaba, y cada vez era mayor la animosidad entre los dos pueblos beligerantes. Resuelto Sapor á dar un golpe decisivo, armó á todos los persas, y las mujeres mismas se vieron en las filas de los soldados. Los romanos reunen todas sus tropas: el Oriente se conmueve: encuéntranse ambos ejércitos cerca del Tigris. Constancio, vano como todos los hombres débiles, manda á sus puestos avanzados alejarse del rio y dejar el paso libre á los enemigos. «Dejadles que se acerquen, dijo, que escojan el terreno, y que se atrincheren: deseo atraerlos al combate. Lo que temo es que se retiren.»

(1) Los autores varian mucho sobre el número de obispos que firmaron las actas del concilio. Teodoreto dice que solo hubo doscientos cincuenta padres (*Theodoret, l. 2, c. 15*): Hilario, que solo cincuenta y nueve firmas (*Hilar. de Synodis*); y San Atanasio, que vivia en tiempo de dicha asamblea, solo la compone de ciento setenta obispos occidentales (*S. Athanas. apol. 2. adv. arrian., et epist. ad solitar. vit. agent.*)

Los persas atraviesan sin obstáculo el Tigris, y se acampan cerca de la ciudad de Síngara: la proximidad del enemigo disminuye la confianza y el valor de Constancio, que le permite fortificarse tranquilamente, y se opone al ardor de sus tropas indignadas de esta cobardía. Eliano, oficial de la guardia, y comandante de Síngara, no puede sufrir los denuestos de los persas, sale por la noche al frente de un pequeño número de soldados jóvenes, penetra en el campamento de los enemigos, degüella un gran número de ellos, esparce el terror, y se retira sin ser perseguido. Si el emperador hubiera imitado á este romano, el ejército persa hubiera quedado destruido. Al amanecer del dia siguiente se ordenan en batalla los dos ejércitos. Jamás habian desplegado ni uno ni otro imperio fuerzas tan considerables: las orillas del rio, las vastas llanuras de Síngara, estaban cubiertas de batallones y escuadrones, cuyas armas iluminadas por el sol, deslumbraban los ojos. Las altas montañas que rodeaban las llanuras, parecian erizadas de lanzas. Sapor, levantado sobre un escudo, contempla este magnífico espectáculo, que en vez de ecsaltar su alma, la abate é intimida. Asombrado del órden que observa en el ejército enemigo, y del recuerdo de tantas victorias conseguidas por la táctica romana contra fuerzas muy numerosas, se apodera el miedo de su corazon, tiembla por su trono, olvida el honor, da la señal de la retirada, vuelve á pasar el Tigris, y deja á su ejército que continue lentamente la retirada, á las órdenes de su hijo Narsés.

Viendo los romanos la fuga del enemigo, piden á gritos la señal del combate. Constancio, tan tímido como Sapor, y que creía que la retirada era un lazo, procura, aunque en vano, calmar la fogosidad de las lejiones; no le atienden, ya se arrojan con furor al enemigo, lo desordenan, fuerzan el campamento, y rodean y desarman á Narsés.

Quedaron vencedores, pero no tenian jefe. Una parte de los romanos se entrega al saqueo y á la intemperancia: otros atacan desordenadamente las alturas, donde se habian atrincherado muchos cuerpos persas, y despues de vanos esfuerzos son rechazados y perseguidos. Los enemigos se aprovechan de esta confusion, recobran su campamento, y arrojan de él á los ro-

Digitized by Google

mandó: en este ataque pereció Narsés.

COBARDIA Y HUIDA DE CONSTANCIO.—Incapaz Constancio de reparar el desórden, como lo habia sido de aprovecharse de la victoria, huye y lleva tras sí las tropas, que siguen tan vergonzoso ejemplo. Al dia siguiente, los persas, mas aflijidos por sus pérdidas, que orgullosos de su último triunfo, se retiraron al otro lado del rio. Sapor, avergonzado de su cobardía, é inconsolable por la muerte de su hijo, se arrancó desesperado los cabellos, y mandó cortar la cabeza á los sátrapas que le habian aconsejado la guerra. Tal fué el écsito de la batalla de Síngara, en la cual fueron sucesivamente vencidos y auyentados dos ejércitos por la incapacidad de sus jefes. La cobardía de los monarcas inutilizó el valor de los soldados.

Vencido Constancio por los persas, volvió a su capital, y dominado por los arrianos perseguia á los católicos; pero Constante, que los protejia, le amenazó con la guerra, y le obligó á ceder en apariencia. Consintió pues, no solo en recibir los obispos que su hermano le enviaba, sino tambien en oir á Atanasio; mas este, no fiándose de él, rehusó al principio pasar á Constantinopla.

Aterrados los arrianos con la presencia de tantos obispos católicos en la nueva capital, procuraron desopinarlos. Estevan, obispo de Antioquía, por medio de un criado que sobornó, introdujó una cortesana en casa de uno de ellos, y despues hizo que la sorprendiesen; pero aquella mujer perdió su audácia al aspecto del obispo, y declaró la verdad. Estevan, preso y juzgado en lo interior del palacio, fué depuesto.

Atanasio, asegurado en fin por la proteccion de Constante, vino á Constantinopla, confundió á sus enemigos, logró de Constancio el permiso de volver á su iglesia, y entró como triunfante en Alejandría. Mientras el emperador de Oriente, severo en sus costumbres, grave en sus modales, pero estravagante en su conducta, y tímido en su política, solo se ocupaba en discusiones metafísicas, en favorecer á los arrianos, y pasando su vida enmedio de concilios, defendiendo mal el imperio contra los persas, Constante, mas valeroso, derrotó de nuevo á los francos, los arrojó de las Galias, y se entregó al esceso de los placeres que mancillaban su noble carácter.

ORIJEN DE LA PALABRA *paganos*.— Dirijido en su política por el obispo de Treviros, que gozaba de toda su confianza, rechazó el arrianismo, solicitó la destruccion de la idolatría, cerró los templos, y los conservó solo como monumentos de las artes; proibió los sacrificios en las ciudades, y solo los permitió á los habitantes del campo, muy adictos á las ceremonias relijiosas, que eran sus únicos espectáculos: por esta razon conservaron largo tiempo el jentilismo; y de ellos tomaron los idólatras el nombre de *paganos*, de la palabra *pagus*, que significa *aldea*.

Como este príncipe colmaba superabundantemente al clero adulador, de bienes y de onores, los cristianos le consideraron como un grande hombre. Los paganos, oprimidos por él, le miraron como un tirano; á los ojos de los hombres imparciales debia pasar por uno de los muchos malos príncipes que han aflijido la tierra; su palacio era una sentina de liviandades, y los historiadores convienen en que solo habia en su corte un hombre de bien, y era el eunuco Euterio, natural de Armenia.

USURPACION DE MAGNENCIO, Y MUERTE DE CONSTANTE.— (350) El trono mas brillante es bien poco sólido, cuando despojado de virtudes y manchado de vicios no está sostenido ni por el interés jeneral ni por el amor de los pueblos. Un bárbaro formó el proyecto de robar la corona al hijo de Constantino, y el suceso coronó su audácia.

Nacido Magnencio en los bosques de Jermania, fué mucho tiempo esclavo de los romanos, Constantino le dió libertad, y le empleó en una lejion: activo, intrépido, elocuente y ambicioso, ascendió en breve al grado de oficial. Al valor debió sus primeros adelantamientos, y á la astucia el favor de que gozó despues. Obtuvo el título de *conde*, y el mando de dos cuerpos de la guardia, creados por Diocleciano y Macsimiano con el título de *jovianos* y *hercúleos*.

Su avaricia y dureza causaron una sedicion militar: los soldados se echaron sobre él, y le amenazaron con sus espadas. Constante le salvó la vida. El bárbaro le prometió gratitud eterna, y juró su ruina.

Cristo, jeneral de la milicia, y Marcelino, ministro de hacienda, hombres poderosos, se asociaron á sus criminales proyectos, y emplearon su influjo en seducir las tropas. Los conjurados nombraron por jefe á

Digitized by Google

Marcelino; pero este no quiso ser sino el segundo, temiendo los precipicios que rodean á un trono usurpado. «Marcelino, dice un historiador de aquel tiempo, preferia un poder tranquilo á un esplendor peligroso, y queria ser dueño del emperador, y no del imperio.» La guerra de los francos se habia concluido: Constante, á quien despertaba solo el ruido de las armas del letargo de los placeres, olvidaba el gobierno entre las delicias de la paz, se entregaba á la diversion de la caza, y pasaba dias enteros en lo mas profundo de los busques.

En el año 350, siendo cónsules Serjio y Nigriciano, hallándose la corte en Augustoduno (Autun), convida Marcelino á un banquete á todos los oficiales del ejército. Durante la alegría de la fiesta, Magnencio sale, sin que se le eche menos, y vuelve á entrar coronado, vestido de púrpura, y rodeado de guardias. Los conjurados le saludan emperador: los demás enmudecen atemorizados. El les hace un discurso, los persuade, marcha al palacio, se apodera de él, y pone guardias en toda la ciudad. Unese á él un cuerpo de caballería ilírica, y el pueblo, amigo de novedades, se declara en su favor. Las lejiones, seducidas por promesas magníficas, le proclamaron augusto unas despues de otras.

Constante, que á la sazon se divertia cazando, supo á un mismo tiempo el proyecto y el triunfo de los conjurados, la traicion de los grandes, la rebelion del pueblo, y la defeccion de su guardia. Acompañado de un corto número de amigos, huyó á buscar un asilo en España. Gaison, enviado en su perseguimiento con algunas tropas, le alcanzó en Elna, ciudad puesta al pie de los Pirineos. El temor dispersó á los cobardes compañeros del príncipe; y el hijo del gran Constantino, señor poco antes de Roma y del Occidente, desamparado entonces, y vendido por todos los romanos, solo fué defendido por un franco, llamado Laniogaiso. Despues de un breve combate, cayeron uno y otro atravesados. Constante murió á los cincuenta años de edad y trece de reinado. Magnencio hizo venir á su presencia los jenerales, prefectos y administradores que habian servido á Constante con mas fidelidad, y los hizo degollar en el camino por asesinos apostados para ello. Sacrificó además á su suspicacia todos los hombres de su partido

Digitized by Google

que por su lentitud ó timidez habian perdido su confianza.

Este tirano espantó á todos con la rapidez de su elevacion y el terror de su severidad, y así se apoderó sin ostáculo del Occidente. Nombró á Ticiano prefecto de Roma, y á Aniceto prefecto del pretorio. La Iliria no quiso reconocerle, y nombró augusto á Vetranion, antiguo jeneral que mandaba las lejiones de Pannonia. Este hombre, nacido en los campamentos, no sabia mas que pelear, y empezó á aprender á leer cuando fué emperador. Debió su elevacion al crédito, riquezas é intrigas de Constantina, hija del gran Constantino, y viuda de Annibaliano, la cual le colocó en el trono con el designio de oponerle á Magnencio, á quien despreciaba, y á su hermano Constancio, á quien aborrecia por haber sido asesino de su esposo.

Vetranion escribió á Constancio que no habia cedido al voto de las lejiones sino para servirle, y que bajo el título de augusto no seria mas que su lugarteniente. El emperador, disimulando su resentimiento, finjió creerle, aparentó reconocerle, y le envió una magnífica diadema. Al mismo tiempo, Nepociano, príncipe jóven, libertado de la matanza en que perecieron los hermanos del gran Constantino y sus familias, sale repentinamente de la soledad en que vivia ignorado, se pone al frente de una tropa de bandidos y gladiadores, marcha á Roma, auyenta los soldados de Aniceto, manda matar á este prefecto, entra en la capital, la saquea, toma la púrpura, y es reconocido por el senado, bajo el nombre de Constantino.

Apenas Magnencio supo este suceso, envió á Marcelino, gobernador del palacio, con algunas lejiones para combatir contra este nuevo augusto. Los romanos le salieron al encuentro para defender á Nepociano; pero en el momento de la pelea, un senador llamado Heráclides se desertó, y con él una parte de las tropas romanas. Marcelino dispersó las demás, y mató á Nepociano, cuya cabeza fué llevada en espectáculo en la punta de una lanza. Magnencio, seguido de un gran número de soldados galos, francos y jermanos, entró en Roma, la inundó de sangre, la entregó sin pudor á la codicia de los bárbaros, y la oprimió con la mas odiosa tiranía. Mandó bajo pena de muerte á todos los romanos, que entregasen en el tesoro la mitad de sus bienes,

Digitized by Google

y permitió á los esclavos denunciar á los amos que quisiesen eludir esta ley.

Erale necesario prepararse para pelear contra Constancio: detestado en Roma, atrajo á sus estandartes, con la esperanza del pillaje, una gran multitud de francos y sajones. Todo el Occidente, obligado á obedecer, se armó en su defensa.

SEGUNDO SITIO DE NISIBIS. — Desde la batalla de Síngara, la incapacidad de Constancio habia causado á los ejércitos de Oriente considerables pérdidas, y los soldados romanos, vencidos con harta frecuencia por la culpa de sus jefes, se habian hecho tan tímidos, dice un historiador de aquel tiempo, que «el polvo »de un escuadron persa los ahuyentaba.» Mas no era lo que les faltaba el valor, sino la confianza; y cuando se veian defendidos por una posicion fuerte ó dirijidos por un jeneral hábil, encontraban su antigua intrepidez.

Informado Sapor, de las revueltas del imperio, y alentado por el triunfo anterior, reunió todas sus fuerzas para apoderarse de Nisibis. Este cerco fué memorable por la constancia de los sitiadores y ostinacion de los sitiados. Despues de varios asaltos sangrientos é inútiles, Sapor sacó al rio de su madre, detuvo sus aguas con un dique, lo rompe, y la masa de las ondas se arroja sobre las murallas y las destruye.

La llanura inundada presenta el espectáculo de un lago inmenso, y la ciudad el de una isla: los persas se acercan á ella en barcas, y dan el asalto jeneral. Los romanos, sin mas almenas que sus escudos, se arrojan con intrepidez al numeroso ejército que los ataca: el obispo de Nisibis, postrado al pie de los altares, implora el socorro del cielo: en fin, el valor de la guarnicion triunfa: veinte mil persas caen bajo la espada de los romanos. Sapor huye y levanta el sitio, la peste devora su ejército: se retira, se suspende la guerra, y los cristianos vencedores no ven en su libertad y en los prodijios de su valor sino un milagro debido á la intercesion de su santo obispo. ¡Siempre fanatismo! ¡siempre imbecilidad!

BATALLA DEL DRAVO Y MUERTE DE MAGNENCIO. — (351) Asegurado Constancio, por la fuga de Sapor, reunió para combatir á Magnencio un ejército y una escuadra casi tan numerosos como los de Jerjes; pero á pesar de

Digitized by Google

lo peligroso de una lucha contra todas las fuerzas de Occidente; el buen hombre no quiso admitir en sus lejiones á ningun soldado que no hubiese recibido el bautismo. Magnencio, antes de decidir la querella por las armas, envió á Marcelino y á Rufino para hacer proposiciones de paz. El emperador de Oriente, escitado por el onor, contenido por el miedo, vacila, y no sabe si aceptaria ó desecharla. En esta incertidumbre creyó ver en la noche á su padre que le mostraba la sombra de Constante, y le decia: «Mira á »tu hermano degollado; vénga»le: no atiendas al peligro, sino »á tu gloria: estermina al usur»pador.»

Alentado por esta vision, despide á los embajadores, declara la guerra, y marcha á Sárdica, donde le esperaba Vetranion con sus lejiones, y le promete pelear con él contra Magnencio.

Los dos emperadores conferencian acerca de las operaciones de la campaña, y se sientan en un ribazo, sin armas ni guardias, en medio de los dos ejércitos; cuando de repente, arrojando el velo de amistad con que habia encubierto Constancio su resentimiento, toma la palabra, y dice á los soldados de Vetranion: «Acordaos de la gloria y de los »beneficios de mi padre: acor»daos de vuestros juramentos! »Todos jurásteis no reconocer »mas príncipes que á sus hijos. »¿Conservareis por jefe al que »ha nacido para obedecer? ¿Tan»tas discordias, guerras, homi»cidios y desastres no os han »probado que el imperio no pue»de gozar de reposo sino bajo »un solo príncipe?»

La memoria del gran Constantino, el temor de las discordias civiles, y el recuerdo de un juramento solemne, dan á estas palabras una fuerza repentina que se apodera de todos los ánimos. Levántase un grito unánime que proclama por solo emperador á Constancio. Vetranion, abandonado de su corte, y amenazado por su ejército, se arroja á los pies de su rival, ya su dueño, se despoja de la púrpura, é implora su clemencia. Constancio le conserva la vida, le lleva á su tienda, le da su mesa, y le dice para consolarle: «Solo pierdes »un vano título que da bienes i»majinarios y disgustos verda»deros: aora vas á gozar en paz »en la vida privada de una feli»cidad sin mezcla de amargura.» Vetranion le creyó, y vivió dichoso en Prusa, ciudad de Bitinia, seis años: cuando supo que

Digitized by Google

Constancio, acometido por los persas y amenazado por Juliano, sufria todos los pesares inherentes á la suprema autoridad, le escribió: «¿Por qué no me imitas, y participas del venturoso retiro que me concediste?»

Constancio, antes de continuar su marcha, dió el título de césar á Galo su primo, el que escapó con su hermano Juliano de la matanza de su familia. Galo vivia entonces retirado en Jonia en una de sus posesiones. El emperador le casó con Constantina, la viuda de Annibaliano, y le encargó que defendiese las fronteras de Oriente contra los persas. Magnencio dejó el mando de Roma á su hermano Decencio, á quien dió el título de césar: pasó en seguida los Alpes Julios, y marchó á Sirmio, donde Constancio olvidando la guerra, solo se ocupaba de la reunion y de las torpes disputas de un concilio.

Las vanguardias de los dos ejércitos tuvieron algunos reencuentros con vario suceso. Cuando Magnencio iba á pasar el Savo, recibió embajadores de Constancio que en presencia de su ejército le proponen, si abandona la Italia, que se le dejaria pacífico señor del resto de Occidente. Magnencio se indigna de esta proposicion; pero sus lejiones murmuran y parecen dispuestas á aceptarla. El finje ceder, gana tiempo, recobra su imperio sobre los ánimos, retiene prisionero al embajador de Constancio, se adelanta ácia el Dravo, entra en negociacion, y consigue que no se le incomode en su retirada.

Sin embargo, el emperador, fiando poco de sus promesas, le sigue con precaucion, y se acampa cerca de Cibalea, donde Constantino consiguió la primer victoria contra Licinio. Allí recibió á Ticiano, prefecto de Roma, embajador de Magnencio, cuya comision era intimarle que abdicase. Constancio le despidió con menosprecio. Este quebrantamiento de la tregua que acababa de firmarse, descontentó á algunos guerreros jenerosos, y entre ellos á Silvano, capitan franco, distinguido por sus azañas, é hijo del famoso Bonito, que con su espada habia contribuido á las vitorias de Constantino el Grande. Silvano abandonó á Magnencio, y pasó á las banderas de su rival.

El usurpador, mas irritado que desalentado por esta desercion, continuó atrevidamente su campaña; auyenta la vanguar-

Digitized by Google

dia enemiga, rodea el campo de Constancio, y se aprocsima á Sirmio.

En fin, los dos ejércitos se dieron una batalla decisiva en las orillas del Dravo, cerca de Mursa. El emperador tenia ochenta mil hombres: Magnencio cuarenta mil, pero aguerridos y soberbios por sus numerosas victorias. Ambos jefes se mostraron indignos del onor que disputaban: Constancio por su debilidad, y Magnencio por su cruel supersticion, que le movió á inmolar á los dioses una víctima humana. Durante el choque de los ejércitos, Constancio estuvo escondido en una iglesia con Valente, obispo arriano de Mursa. Desde este asilo, espantado con el ruido de las armas, envió órden el cobarde de suspender el combate, y proponer un armisticio: sus soldados la desecharon con desprecio, y despues de una lid sangrienta penetraron en el ejército enemigo.

Los vencidos, vueltos á reunir por Magnencio, emprenden de nuevo el combate con ostinacion. Largo tiempo estuvo incierta la victoria: en fin, la caballería de Constancio rodea el ejército enemigo, lo destruye casi enteramente, y se apodera de su campamento. Magnencio no logró escaparse, sino despojándose de la púrpura y vistiéndose de esclavo. En esta jornada perecieron treinta mil hombres de un partido y veinticuatro mil del otro, lo que causó una grande diminucion en las fuerzas del imperio; porque Mursa fué el sepulcro de aquella antigua milicia, que era el antemural de Roma y el terror de los bárbaros.

Entrambos ejércitos lloraron á sus mas valerosos oficiales, á Arcadio, Próculo, Marcelino y Rómulo. Constancio ignoraba todos estos sucesos; pero Valente, que habia tomado todas las precauciones necesarias para ser informado en secreto y con prontitud, anunció al emperador su victoria, diciendo que un ánjel se la habia revelado.

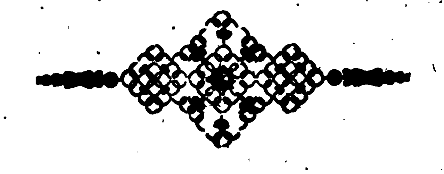
Magnencio huyó á Italia, fortificó los pasos de los Alpes y se encerró en Aquileya. El emperador, al frente de su ejército, forzó los desfiladeros: Roma se alzó contra su tirano, y Magnencio se refujió en las Galias, abandonando á Italia y Africa, sublevadas contra él.

Cobarde en el infortunio como todos los tiranos, despues de haber pedido en vano á su enemigo que le perdonase la vida, envió asesinos al Oriente para matar á Galo; pero descubiertos

Digitized by Google

y castigados, no le produjeron mas fruto que la ignominia de un crímen intentado inútilmente.

Los jenerales de Constancio marcharon rápidamente contra Magnencio, le alcanzaron cerca de donde hoy está Gab, le dieron batalla y derrotaron las tropas, en que fundaba todavia algunas esperanzas. Huyó á Lugduno, donde sus propios soldados, viéndole sin recursos, lo pusieron en prision. El bárbaro, reducido á la desesperacion, vuelve contra sí y su familia el furor que habia inundado á Italia con la sangre de tantas víctimas. Saca su espada, degüella á su madre, á su esposa y á sus hijos, hiere á Desiderio su hermano, y se atraviesa el corazon. Murió de cincuenta años de edad, habiendo reinado dos. Su hermano Decencio supo su trájico fin en Ajendico, y se aorcó. Desiderio, cuya herida no fué mortal, imploró y obtuvo el perdon de Constancio, que á pesar de su cobardía quedó por el valor de sus soldados único señor de todo el imperio.



Digitized by Google

CAPITULO III.

CONSTANCIO, EMPERADOR: GALO, CÉSAR: JULIANO, CÉSAR.

(Año 351.)

Predileccion estúpida de Constancio por el cristianismo.—Tiranía de Galo y de Constancio.—Invasion de los alemanes.—Perfidia de Constancio respecto á Galo.—Muerte de Galo.—Cuadro de la vida de Juliano.—Su elevacion al rango de césar.—Conducta de Constancio respecto á Juliano.—Retrato de Juliano.—Disensiones entre Constancio y los obispos.—Deposicion y destierro del papa Liberio.—Secta de los macedonios que negaban la divinidad del Espíritu Santo.—Gobierno de Juliano.—Azañas de Juliano.—Destitucion de Valentiniano.—Confederacion alemana.—Batalla entre Juliano y Chnodomario.—Nuevas victorias de Juliano.—Descripcion de París por Juliano.—Destruccion de Nicomedia.—Turbulencias de Oriente.—Revolucion de las tropas en favor de Juliano.—Juliano toma el título de augusto.—Conspiracion contra él.—Muerte de Constancio.

PREDILECCION ESTUPIDA DE CONSTANCIO POR EL CRISTIANISMO.—Deseando el emperador acelerar la caida absoluta del politeismo, esperimentó una resistencia ostinada por parte de los pueblos: en vano proibió los sacrificios en los campos, y se vió obligado, aunque vedaba las ceremonias públicas, á tolerar el culto secreto. Los cristianos no podian sufrir la vista de los templos jentílicos, y hubieran querido derribarlos; pero estaban tan unidos á los recuerdos de la historia, que fué preciso dar un edicto para impedir que se degradasen.

Se habia quitado por órden del príncipe el altar de la Victoria, erijido por Augusto en la curia. Despues fué restablecido, y los romanos conservaron mas tiempo esta divinidad que las otras.

La imposibilidad de destruir

Digitized by Google

tan prontamente costumbres antiguas, obligó á Constancio á conservar sus títulos y una parte de sus privilejios á los pontífices jentiles, pero al mismo tiempo erecian las riquezas y la autoridad del sacerdocio cristiano. El emperador le prodigó esenciones con mas piedad que prudencia; y tuvo la insensatez de decir en el preámbulo de una de sus leyes, que «el ministerio de los altares era mas útil al estado que los servicios militares y civiles, y aun los de la agricultura.» Los príncipes entonces parecian olvidar la tierra por el cielo, mientras que la *mayor parte* de los sacerdotes, hablando en el nombre del cielo, se ocupaban activamente en estender su imperio sobre la tierra.

Contínuamente estaban entrando reclutas en el clero, porque era una mina digna de esplotarse, entretanto que el ejército disminuia diariamente de un modo considerable; una multitud de veteranos fueron licenciados, á instancia y sujestiones de los aduladores con sobrepelliz. Constancio casó con Eusebia, hija de un consular, el año 353. Esta princesa era injeniosa, diestra y llena de ambicion: Juliano, que le debió su elevacion, hizo el elojio de ella. Desde este matrimonio, las mujeres, alejadas de los negocios públicos por las antiguas costumbres, gobernaron el palacio, y por consiguiente el imperio.

Hypacio y Eusebio, hermanos de la emperatriz, fueron omnipotentes en la corte, é hicieron que el arrianismo dominase. Reunióse en Mediolano un concilio, compuesto casi todo de obispos arrianos; y en esta época empezó á manifestarse por la primera vez ese orgullo tan contrario al espíritu del cristianismo y que ha hecho tanto mal á la Iglesia. La mayor parte de estos prelados creyeron que debian rendir sus omenajes á la emperatriz. Leoncio, obispo de Trípoli, antes de hacerlo ecsijió que ella saliese á recibir su bendicion, y que estuviese en pie mientras él sentado, hasta que le permitiese tomar asiento (1).

(1) El humilde obispo prescribió el ceremonial de esta manera: "Cuando yo entre, se levantará al punto y vendrá ácia mí, y se inclinará para recibir mi bendicion. Luego que yo me siente, se mantendrá en pie modestamente hasta que haga señal de que puede sentarse." Véase aqui el lenguaje soberbio del que se decia sucesor de los apóstoles. La emperatriz pidió ven-

Digitized by Google

El emperador estuvo seis meses en las Galias para afirmar su autoridad en aquellas provincias; y en vez de restablecer el sosiego por medio de la clemencia, persiguió á los partidarios de Magnencio, dió oidos á los delatores, fué sanguinario y siguió las pisadas de los tiranos.

Una vez dado el primer paso en este camino, ya no es posible detenerse; cada rigor produce nuevos descontentos, y cada acto de crueldad necesita otros. Siempre se teme á aquellos á quienes se tiraniza; el zelo se prueba entonces por el espionaje, y la sospecha se convierte en crímen. Solo se perdonó á Ticiano y Paulo, los mas culpables de la tiranía de Magnencio. El último se habia hecho célebre entre los mas famosos delatores: su industria para descubrir lo mas oculto y para envolver las víctimas en la red de sus intrigas, hizo que se le diese el sobrenombre de *Catena*. Este talento detestable le mereció el favor del emperador y el odio del imperio.

El pueblo romano degradado, sufria jimiendo el yugo de esta tiranía: el esceso de la injusticia solo escitó murmuraciones, y no hubo sedicion sino en algunos momentos de carestía. La supersticion se defendia mas que la libertad. Orfito, yerno de Simmaco, pagano zeloso, siendo prefecto de Roma, se atrevió á reparar y volver á abrir un templo de Apolo.

Casi siempre disminuye la fuerza de los estados á medida que la del poder arbitrario crece. La debilidad del imperio escitaba la audácia de sus enemigos. Los francos y jermanos invadieron y saquearon las Galias. Los judios, haciendo el último esfuerzo para romper su yugo, se sublevaron, elijieron un rey llamado Patricio, atacaron á los samaritanos y destrozaron muchas coortes romanas.

Algunas lejiones enviadas contra ellos dispersaron y despedazaron sus tropas. Los isauros y persas devastaban el Asia, pero Galo reprimió sus latrocinios, y arrojó de Mesopotamia á los sarracenos, tribu árabe. Este pueblo, nómada y guerrero, que vivia de la caza y de la leche de los ganados, comenzaba entonces á ser temible y célebre en el Oriente.

TIRANIA DE GALO Y DE CONS-

ganza de este grosero ultraje; pero el buen emperador alabó al obispo por temor de no sufrir tambien algun ultraje.

TANCIO. — Galo no imitó á los príncipes que educados en la escuela de la desgracia, han sido en el trono modelo de reyes. Vespasiano, Trajano, Claudio II, Probo y Tácito gobernaron como habian deseado, cuando particulares, que los gobernasen. Pero él, aunque escapado de la matanza de su familia, y oprimido en sus primeros años, se mostró mas irritado que instruido por la desgracia, y fué tirano desde que ascendió al poder.

Los aduladores le pervirtieron. Constantina, su mujer, hija de Constantino, y viuda de un rey, vengativa, codiciosa é implacable, inspiraba odio por sus crueldades, y desprecio por sus bajezas. Vendia el favor y la severidad de su esposo. Seducida esta arpía por la oferta de un collar magnífico, hizo morir á Clemacio, gobernador de Palestina. La madrastra de este infeliz, como otra Fedra, lo acusó de incesto porque reusaba satisfacer su amor criminal, y fué condenado sin ser oido. Los tribunales obedecian al temor: los jueces son esclavos bajo el gobierno de un tirano.

Galo y sus favoritos se disfrazaban con frecuencia, y se mezclaban con el pueblo para espiar los pensamientos, animar á los indiscretos, hallar culpables, forjar conspiraciones y castigarlas.

Solo el conde Talaso, prefecto del pretorio de Oriente, se atrevia á resistir á Galo, á oponerse á sus injusticias, y á dar cuenta al emperador de las calamidades del Asia, que atribuía principalmente á la funesta influencia de Constantina, y á los consejos pérfidos de un sacerdote arriano, llamado Accio, por sobrenombre el *Ateo*.

INVASION DE LOS ALEMANES. — (354) En el consulado de Constancio y Galo reunió el emperador sobre el Arar (Châlons-sur-Saone) un numeroso ejército para rechazar la invasion de los alemanes: estos fueron perseguidos hasta el Rin: se esperaba que Constancio, aprovechándose de su terror, sostendria la gloria de Roma, vengaria las Galias, y penetraria en la Jermania; pero en este tiempo una política poco sábia habia introducido muchos bárbaros en las lejiones, y aun en los empleos importantes de palacio. Latino era conde de los domésticos: Ajilon y Studilon mandaban cuerpos de la guardia. Estos oficiales, abusando de su crédito, favorecieron la solicitud de los alemanes, que medrosos enviaron al príncipe una diputacion para pedir la paz.

Digitized by Google

Sin embargo, el écsito de su legacion no parecia fácil; porque el ejército romano pedia la batalla. Constancio, cediendo al dictámen de su favorito, reune las lejiones, y les dice: «Los re»yes y pueblos se rinden á vues»tro nombre, y os piden la paz. »Vosotros dictareis mi respues»ta; pero si oís mis consejos, a»cojereis á unos enemigos terri»bles que quieren convertirse »en aliados fieles y ausiliares ú»tiles, y preferireis las ventajas »ciertas de una moderacion je»nerosa á los frutos peligrosos »de una victoria eventual y san»grienta.»

El ejército aceptó la paz. Tal era entonces la suerte deplorable del imperio: los emperadores, dominados por sus cortesanos y por los estranjeros, no consultaban al senado, oprimian los pueblos, y solo obedecian á las tropas.

Constancio, despues de firmado este tratado vergonzoso, volvió á Mediolano, donde supo los escesos de Galo y los desórdenes del Oriente. Envióle órden de venir á Italia: Galo desobedeció, pretestando el peligro que correrian sus provincias en su ausencia. Constantina le escitaba á hacerse independiente, y el emperador, decidido á arruinarlo, le quitó poco á poco las tropas en que tenia mas confianza, y le envió por prefecto del pretorio á Domiciano, con el encargo de espiar su conducta.

Este oficial cumplió su comision con altanería: Moncio, tesorero de Oriente, á nadie obedecia sino á él, y privaba al jóven príncipe del dinero, nervio de toda potencia. Galo, no dando ya oidos sino á la violencia de su carácter, sublevó el pueblo y los soldados de su guardia contra los enviados del emperador, é hizo que los asesinasen: entregándose despues desenfrenadamente á sus resentimientos, persiguió sin piedad á todos los que las delaciones le presentaban como sospechosos.

La codicia de sus validos llenaba las prisiones de víctimas: las sentencias de los jueces no eran mas que proscriciones dictadas por los acusadores. El valiente y virtuoso Ursicino, jeneral de la caballería de Oriente, se vió obligado, sopena de la vida, á presidir aquellos tribunales infames. Constantina, oculta detrás de una cortina, asistia á los juicios para acelerar la pena y desterrar de ellos la clemencia.

El Oriente jemia bajo este despotismo impetuoso: el terror

belaba los ánimos: las víctimas perecieron sin atreverse á exhalar una queja, y hasta la desesperacion enmudeció. Solo el orador Eusèbio, digno de la escuela de Zenon, ilustró su muerte con su intrepidez: hizo oir á sus verdugos la voz, por mucho tiempo desconocida, de la independencia y el grito de la virtud, y pereció como un romano.

Perfidia de Constancio respecto a Galo.—Indignado Ursicino, de estas iniquidades, las puso en noticia del emperador. Constancio, cubriendo su resentimiento con el velo de la amistad, instó á Galo á que viniese á Italia, con el pretesto de darle el mando en aquella provincia mientras pasaba á las Galias para libertarlas de una nueva invasion.

Galo, seducido por el cebo brillante que ocultaba proyectos homicidas, y resistiendo á los temores y consejos de su mujer, se puso en marcha con una comitiva poco numerosa. Constantina le precedió, y murió en el camino: los suplicios de su conciencia, y el conocimiento que tenia del carácter del emperador su hermano, fueron causa de su enfermedad y de su muerte.

Mientras mas adelantaba Galo en su viaje, mayor era su incertidumbre entre el temor y la esperanza. Stadilon le sale al encuentro, le engaña con artificiosas promesas, lisonjea su ambicion con la esperanza de favores quiméricos y de laureles imajinarios. Entretanto, algunas lejiones descontentas de la severidad de Constancio ofrecen sus servicios á Galo, si consiente en detenerse en Tracia y esperarlas; pero se descubrió este desigmo, y se tomaron medidas eficaces que impidieron á los diputados de la tropa abocarse con el césar. Este continúa su marcha: con el pretesto de rendirle omenajes, se multiplican poco á poco en derredor suyo los cortesanos y emisarios del emperador: en fin, cuando llegó al Eno, rio de Norico, cesó todo disimulo: Barbacion y Apodemo aparecen al frente de un cuerpo de tropas, penetran en el palacio, despojan al príncipe de la púrpura, le obligan á subir en un carro; y le llevan á Flanona, ciudad de la Istria.

Muerte de Galo.—Allí es interrogado por el eunuco Eusebio, y por Melobaudes, capitan de guardias; y cobarde, tanto como habia sido cruel, atribuye todos los escesos cometidos en Antioquía á los consejos de su esposa: su pu-

silanimidad le envileció sin salvarlo: Severiano, fiel ejecutor de las órdenes de Constancio, mandó cortarle la cabeza. Galo pereció á la edad de veintinueve años. Su muerte llenó de alegría á la corte de Mediolano; pero no restableció la tranquilidad en Asia, donde la tiranía no hizo mas que cambiar de víctimas. Los delatores, siempre odiosos y siempre impunes, acusaron y trajeron ante los tribunales á todos los que eran adictos á Galo por la gratitud, el interés ó el temor. Ursicino, cuyo solo crimen era mostrar algunas virtudes en una época de corrupcion, y tener un mérito brillante en un siglo de decadencia, fué condenado á muerte; pero en el momento de inmolarlo, Constancio, detenido por el temor de privarse de un capitan tan esclarecido, anuló la sentencia, y le indultó.

Al mismo tiempo Juliano, acusado de haber venido sin permiso á Nicomedia á ver á su hermano, sufrió un interrogatorio. Este príncipe jeneroso, evitando igualmente su desonor si acusaba á Galo, y su perdicion si le disculpaba, se negó á responder, y ni las amenazas ni las promesas, vencieron su prudente é intrépido silencio.

Antioquía continuó siendo teatro de la injusticia y de la crueldad: los habitantes que asesinaron á los enviados del emperador, fueron absueltos porque eran ricos; y en su lugar se entregaron por víctimas á la ira de Constancio un gran número de inocentes. En aquella ciudad desgraciada una queja, una voz escapada en la embriaguez, un sueño contado por imprudencia, se pagaba con la libertad ó con la vida.

No fué larga la paz vergonzosa del año anterior. Los alemanes tomaron las armas: las tropas de Constancio penetraron en Recia: su vanguardia, mandada por Arbecion, se adelantó imprudentemente, fué rodeada por el enemigo cerca del lago Brigantino (Constanza), huyó y perdió diez tribunos y muchos soldados.

Los bárbaros se acercaron al campamento é insultaron al emperador, que no se atrevia á darles batalla; muchos tribunos, indignados de aquella osadía, salen sin órden al frente de los soldados mas valerosos, caen sobre el enemigo, y le desbaratan. El resto del ejército los sigue, dispersa y despedaza á los bárbaros, obliga al emperador á triunfar contra su voluntad, y termina la guerra.

Poco tiempo despues, Silvano, jeneral de la infantería, que se habia hecho célebre en la batalla de Mursa, y cuyo nombre era terror de los francos, á los cuales debia su oríjen, fué enviado á la Galia para pelear contra ellos. Debió esta comision importante á la envidia de Arbecion, que le ensalzaba para arruinarlo.

Dinamo, secretario de la caballería imperial y emisario de su rival, finjió aficionarse á él, y obtuvo cartas de recomendacion para muchos personajes ilustres de la corte: borró todos los renglones de estas cartas, dejando ilesas las firmas, y puso frases que demostraban á Silvano criminal. Todos aquellos á quienes iban dirijidas las cartas, fueron presos.

Malarico, franco de nacimiento, y comandante de la guerdia estranjera, mostró descubiertamente su indignacion contra una alevosía tan infame, respondió de la inocencia de Silvano, manifestó cuán peligroso era ofender á un jeneral tan hábil en la guerra como enemigo de las intrigas, y que no sufriria pacientemente tan grande injuria: pidió, en fin, que se le llamase para justificarse, y prometió quedar preso en su lugar hasta que Melobaudes lo trajese. A pesar de sus instancias, se envió á la Galia á Apodemo, acostumbrado á oprimir la virtud, para que matase á Silvano.

Entretanto una carta interceptada descubrió á Malarico toda la trama: se ecsaminan de nuevo las que habian ya parecido sospechosas: se averigua el artificio, vuelven á aparecer los vestijios de la escritura anterior, y se reconoce la inocencia de Silvano. Solo fué castigado un ajente subalterno de esta intriga. Dinamo, autor del crímen, obtuvo el gobierno de Etruria. En el mismo tiempo, Silvano, demasiado aktivo para tolerar tal afrenta, y demasiado atrevido para esperar sin resistencia su condenacion, arenga á sus soldados, gana á los oficiales, levanta el estandarte de la rebelion, arranca una banda de púrpura, se reviste de ella, y es proclamado emperador.

El hombre de talento que fué desfavorecido en los tiempos de tranquilidad, es llamado en los del peligro: el emperador encarga á Ursicino la guerra contra los rebeldes; pero acostumbrado á triunfar mas bien por el artificio que por la fuerza, engaña al enemigo que desea herir, finje ignorar su rebelion, y le escribe, que estando satisfecho de sus

servicios, le confia un empleo mas importante, y envia á Ursicino para remplazarlo en el mando de aquel ejército.

Ursicino, acompañado de diez tribunos y de algunos oficiales de guardias, entre los cuales se hallaba el historiador Amiano Marcelino, llega á Colonia, y halla el poder de Silvano demasiado fuerte para emplear contra él la violencia.

En aquellos tiempos de corrupcion, habia pocos hombres capaces de conservar la nobleza de carácter en circunstancias delicadas. Ursicino, degradando el suyo, aparentó aderirse al partido de Silvano, y adoptar sus resentimientos; y así ganó su confianza. Sin embargo, el tiempo volaba, y era fuerza ó destruir al rebelde, ó declararse por su causa. Algunos oficiales sobornados, y un cuerpo de galos seducido, se reunen de noche, marchan al palacio, degüellan la guardia, y asesinan á Silvano en una capilla donde se habia escondido.

Ursicino lamentó su triste victoria: conoció demasiado tarde, que la lejitimidad de una causa no justifica la vileza de los medios que se emplean para favorecerla; y que no hay laureles que no marchite la traicion.

La adulacion prodigó alabanzas á Constancio, pero inútiles y de ningun precio en una corte donde la censura era criminal y sospechoso el silencio. Castigóse á los amigos de Silvano: sus soldados se desmandaron. Ursicino quedó en Galia con el título de comandante; pero Constancio, que le temia, no le envió tropas. Desguarnecidas las fronteras de toda defensa, porque el emperador temia á sus jenerales tanto como á sus enemigos, las Galias fueron inundadas de una multitud de francos, sajones y alemanes que pasaron sin obstáculo el Rin, y se apoderaron de cuarenta y cinco ciudades. Al mismo tiempo los sármatas invadieron la Pannonia; los persas asolaban el Oriente. Espantado Constancio de tantos ataques, conoció la necesidad de nombrar un césar y se decidió aunque con pena á dividir con él su poder.

Entonces su mujer Eusebia, triunfando de los temores del emperador, le determinó á que revistiese de la púrpura á Juliano.

Cuadro de la vida de Juliano.—Este príncipe jóven, pintado tan diversamente por los dos partidos opuestos que entonces dividian el imperio, era la espe-

Digitized by Google

ranza de los jentiles y el terror de los cristianos. Unos le han pintado como un héroe; los autores cristianos como un mónstruo. Tuvo grandes defectos y grandes prendas, y justificó con sus acciones los elojios de sus amigos y parte de las acusaciones virulentas de sus enemigos. Sin juzgarle por las apolojías de Libanio y de Amiano, y por las invectivas de Gregorio Nacianceno, de Basilio y de los escritores parciales, es fácil estudiar su carácter, atendiendo á su posicion, su conducta, sus leyes, sus palabras y sus escritos.

Cuando todavia estaba en la cuna, una feliz casualidad hizo que escapase de la matanza de su família; pero el homicida Constancio, no le dejó la vida sino para tenerle en perpétua servidumbre; y así estuvo casi siempre cautivo en su infancia y en los principios de su juventud.

Su hermano Galo, poco despues de ser elevado á la dignidad de césar, pereció víctima de los rigores del emperador. Este príncipe no solo queria ser dueño absoluto de la vida de los hombres, sino que tiranizaba las conciencias, y ecsijia que todos los que sufrian su yugo fuesen no piadosos, sino crédulos y supersticiosos como él.

Juliano, dotado de una imajinacion viva y de un jénio ardiente, se habia entregado en su largo retiro al estudio de las letras, de la historia y de la filosofía, única distraccion de los espíritus grandes cuando están ociosos, único alivio de las almas jenerosas cuando son desgraciadas. Los estudios elevaron sus ideas y fortificaron su carácter, inspirándole admiracion á los hombres grandes, y á las virtudes severas de los tiempos antiguos, mucho respeto á la justicia, y veemente amor á la gloria y á la libertad. Veia con un profundo sentimiento la decadencia del imperio, el abatimiento del senado, la servidumbre del pueblo, la codicia de los grandes, la bajeza de los cortesanos, la insolencia de los eunucos y libertos, las esacciones de los intendentes y gobernadores de provincia, *la relajacion de la disciplina* y las derrotas de los ejércitos.

El lujo y la molicie de la corte le inspiraban un justo desprecio; y no podia comprender por qué cuando el imperio, acometido por todas partes de los bárbaros, amenazaba ruina, no se ocupaba el emperador sino en convocar concilios, en pueriles debates sobre cuestiones que

SIEMPRE serán inintelijibles, y en las querellas interminables de un clero dividido por la ambicion, y corrompido por la riqueza.

La gloria de los romanos le parecia inseparable de su antiguo culto; atribuia su decadencia á la introduccion de una relijion nueva que separaba la atencion de los hombres de los intereses de la tierra; menguaba los espíritus destruyendo grandes y heróicas ilusiones; hacia considerar la vida como un viaje y al mundo como una posada, y remplazaba la ocupacion de los intereses públicos por la de los intereses relijiosos. Juliano era un ciudadano de la antigua Roma, trasportado violentamente á la nueva: era el alma de Caton, de Scipion ó de Marco Aurelio, que habitaba en el cuerpo de un príncipe de la corte de Oriente.

Estos sentimientos, comprimidos por el temor, llegaron á ser pasiones enardecidas: la disimulacion á que se vió obligado, aumentó su violencia. Olvidó que es imposible resucitar los prestijios ya destruidos y una relijion moribunda, ó volver atrás un rio, ó restituir un pueblo envejecido en la degradacion al dominio de las virtudes primitivas.

Su firmeza podia retardar la caida del imperio, mas no rejenerarlo: era necesaria una reforma y no una revolucion. Pero Juliano estaba harto apasionado para distinguir los principios de los abusos; y en su odio y menosprecio confundió el culto moral del Evanjelio con la ambicion de los sacerdotes, y las locuras de las sectas. Su aversion á la relijion nueva le hizo olvidar la tolerancia que aconseja siempre una sábia política. El que debia ser jefe del imperio, lo fué de un partido: su desprecio á algunas fábulas adoptadas por la credulidad popular, le precipitó en las supersticiones antiguas. Negó los misterios y creyó los auspicios, los oráculos y la májia: no hizo nada estable, porque quiso mudarlo todo, y su efímera revolucion no duró mas que el corto intervalo de su vida.

Como administrador, juez y guerrero, Juliano, semejante á Trajano y á Marco Aurelio, fué un grande hombre; pero su lejislacion relijiosa, mezcla estravagante del deismo, de la doctrina de Platon y del politeismo, le hizo en cierto modo ridículo, y la persecucion contra los cristianos odioso hasta tal punto, que los enemigos adquiridos

por su injusticia, no quisieron reconocer en él ninguna de las grandes y sublimes cualidades que poseia.

En su juventud, no atreviéndose á contrariar las órdenes de Constancio, las eludió; y no pudiendo asistir á las lecciones del retórico jentil Libanio, estudió sus escritos. Confinado á Pérgamo, halló en aquella ciudad astrólogos y májicos, tales como Edeso, Mácsimo y Jámblico: estos subyugaron su imajinacion y sedujeron sus ojos con prestijios, de modo que le hicieron creer haberle puesto en comunicacion con los dioses, y que las deidades le aconsejaban en sueños: le parecia distinguir en la voz si el que le hablaba era Júpiter, Minerva, Apolo, Diana ó el jenio de Roma.

Informado Constancio de su inclinacion á la idolatría, encargó á Accio, obispo arriano, que vijilase su conducta. Juliano, con un disimulo muy raro en su edad, pero muy comun bajo el despotismo, engañó á aquel ardiente sectario y sutil orador. Afectando mucho zelo por la relijion, cuya ruina meditaba, tomó el hábito de monje, é hizo en la iglesia las funciones de *lector*.

Despues de la muerte de Galo le tuvieron preso en un castillo siete meses. El camarero Eusebio no cesaba de instar á Constancio á que le mandase matar, diciendo que era una imprudencia dejar vivo á un príncipe, el cual tarde ó temprano querria vengar á su familia. La emperatriz Eusebia, que se interesaba por él, le salvó y le obtuvo el permiso de ir á Grecia á concluir sus estudios. No se podia elejir un destierro mas suave ni una mansion mas agradable para Juliano: Grecia era patria de los poetas, á quienes amaba, de los filósofos que admiraba, y de los dioses que adoraba en secreto. Su memoría prodijiosa, su intensa aplicacion, la vivacidad de su espíritu y la estension de sus conocimientos, admiraron á los sofistas y oradores de Atenas. San Gregorio y San Basilio estudiaban entonces en la misma ciudad: Juliano, obligado á ocultar sus opiniones, leia con ellos aparentando sumo ardor, los libros sagrados. Estos padres de la Iglesia le echaron en cara despues su política artificiosa pero forzada, como una odiosa hipocresia. San Gregorio dice, que Juliano tenía ojos vivos, cejas arqueadas, boca grande, el labio inferior caido, el cuello grueso y encorvado, espaldas anchas, cuerpo bien proporcionado, cabe-

Digitized by Google

llos ensortijados, barba erizada y y en punta. Su estatura era pequeña, su fisonomía maligna y burlona, su mirada incierta, su andar vacilante: hablaba aprisa, y gustaba de hacer muchas preguntas que se sucedian unas á otras con rapidez.

A pesar de sus demostraciones de piedad, los paganos, enamorados de su injenio, hacian votos porque ascendiese al trono; y San Gregorio, penetrando sus verdaderas opiniones por entre el velo relijioso con que las disimulaba, escribia á sus amigos: *Este príncipe será enemigo de la relijion: es un mónstruo que el imperio alimenta en su seno..¡ Plegue á Dios que yo sea falso profeta*! Los historiadores cristianos describen menudamente los artificios que se empleaban para hacerle creer que estaba en comunicacion con los dioses (1). Refieren que un dia, hallándose enmedio de los demonios hizo la señal de la cruz, y todos desaparecieron.

(1) Como los autores eclesiásticos han pintado á Juliano con colores tan feos, y han apurado contra él todas las denominaciones mas odiosas, nosotros, que queremos vengar su memoria asi como la de todos los hombres de saber é intelijencia, á quienes por solo esta circunstancia han infamado, nos tomamos la libertad de reproducir un trozo, en que habla sobre Juliano el profundo literato PEDRO LEROUX, en su *Revue Independante*, tomo III, publicado en París en 1.º de junio de 1842. Dice de esta manera:

"Negar, bajo todos aspectos, la verdad del cristianismo, como han hecho á menudo los filósofos, seria á »nuestro parecer hoy de poco prove»cho, y un indicio de poco saber; por»que seria continuar un combate ya »terminado, en vez de proseguir útil»mente la victoria.

»Apenas habia triunfado el cristia»nismo bajo Constantino, cuando apa»reció Juliano, hombre que hubiera »dado voluntariamente su vida y sa»crificado el imperio por esterminar lo »que él llamaba *una miserable supers»ticion*. Ni el jénio de este hombre, ni »su poder pudieron conseguirlo: pasó »acéleradamente, y el cristianismo du»ró, y el imperio y los dioses de Julia»no cayeron ante la relijion que des»preciaba. Supersticioso Juliano, solo »habia protestado contra la nueva su»persticion en favor de la antigua. Su »gloria y su vergüenza quedaron indi»solublemente unidas. Débil y fuerte á »la vez, devoto é irrelijioso, ha mere»cido el nombre de Apóstata, por ha»ber conocido la relijion del porvenir »y haberse vuelto á la de lo pasado. »Pero su protesta, sin embargo, no »era vana. Pudo no abrazar mas que »la nada, cuando para impedir se le»vantase un nuevo altar, se agarró á »los altares ruinosos de los dioses an»tiguos; pero aquella piedad por un »culto que iba á morir, tenia algo de

Estas narraciones son verdaderas fábulas y supercherías; mas lo que hay de cierto es que Juliano era supersticioso; este filósofo austero era un pagano devoto, y la supersticion es capaz de todo. Se hizo iniciar en los misterios de Eleusis, que duraron todavia cuarenta años, es decir, hasta la invasion de Alarico.

Juliano tenia veinticuatro cuando Constancio le envió órden de venir á Mediolano para

»lejítima, al menos contra la forma idolátrica nueva, si es cierto que, segun la palabra de Jesus, vendrá tiempo en que los hombres adoren solo en espíritu y en verdad (*). Continuen, pues, llamándole Apóstata los sacerdotes de esta relijion que entonces era del porvenir y que hoy es del pasado; háganlo en buenora, pero no serán suficientes á acallar la voz de Voltaire, que, respondiendo como un eco despues de tantos siglos, le ha llamado grande hombre. Continuen en hacerle decir en los últimos momentos de su vida: "Galileo, tú has vencido;" porque si tales palabras se le han escapado muriendo, es creible tambien que rodase en su espíritu otro pensamiento, y que como el Graco, solo cayó arrojando polvo ácia el cielo en demanda de sus vengadores:

Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor.

»Y en verdad que no le han faltado vengadores, pues al fin de los tiempos, cuando á su vez estaba ya espirando el cristianismo, apareció Voltaire. Entre Juliano y Voltaire, ¡qué cúmulo de adversarios del cristianismo se han sucedido de una en otra edad! ¡qué gloriosa falanje de almas escojidas, de intelijencias sublimes, ha producido la humanidad para resistir á este culto convertido en opresor: primero todos aquellos que han servido á la libertad del espíritu humano, bajo el nombre de herejes, y que se han inspirado con el cristianismo para transformarlo; y despues los que han hecho conducir todas las herejías á una negacion completa. Gloria á ellos!..... pero eran hombres, y sujetos al error.

»Necesario es efectivamente que haya error por ambas partes; porque veo la humanidad dividida en dos bandos, y no puedo consentir en creer que todo el error esté de una parte, y toda la mentira de la otra."

»Si tomais partido por el campo filosófico de Juliano y de Voltaire, el cristianismo es *en su totalidad* una mentira. La humanidad en masa se ha engañado completa y fundamentalmente durante mil ochocientos cuarenta y dos años. ¡Qué herida á la certidumbre humana! Forzoso es convenir en ello, el golpe es mortal; y lo mas seguro despues de esto, es dudar de todo."

(*) San Juan, cap. IV.

Digitized by Google

vestir la púrpura. Recibió este decreto como una sentencia de condenacion: preferia entonces los placeres del estudio á las ilusiones del poder, y sentia sinceramente perder la corte tranquila de oradores y filósofos que le rodeaban, y las sombras pacíficas de los jardines de la academia. Temeroso de ir al palacio del omicida de su familia, corrió al templo de Minerva, se prosternó al pie de sus altares, y la suplicó que velase por su vida.

Al mismo tiempo ajitaban otros temores y cuidados el ánimo de Constancio: solicitado por la emperatriz á favorecer á Juliano, alarmado por las representaciones del pérfido Eusebio, su camarero y enemigo jurado de aquel jóven, vacilaba en si debia matarle ó coronarle. Eusebia fijó su incertidumbre, diciéndole: «Los negocios interiores del im»perio ecsijen toda tu atencion. »Los sármatas y godos que pasan »el Danubio, los persas que inva»den el Oriente, van á emplear »todas tus fuerzas. No bastas so»lo á tantos cuidados. Las Galias »están en peligro, acometidas por »los francos y jermanos. Envia á »Juliano contra ellos: si vence, »tendrás la gloria de su triunfo: »si sucumbe, quedarás libre de »un enemigo.»

Cuando supo que el príncipe habia llegado á las cercanías de Mediolano, el emperador declaró públicamente la resolucion de nombrarle césar: noticia que escitó la sorpresa y las murmuraciones de los eunucos y libertos, temerosos de la elevacion de un príncipe hábil y que los despreciaba. Habiendo recibido órden de venir á palacio para habitar en él, se presentó sin haber consultado á los dioses, tan triste como un reo conducido al cadalso.

Cuando se le hizo cortar la barba y se le quitó la capa de filósofo, tan ridícula en la corte, para ponerle el traje guerrero de los césares, su cortedad y silencio, sus ojos bajos, su ademan triste y pensativo le granjearon algunos sarcasmos de los duques, condes, y cortesanos corrompidos. Como este príncipe atendia mas á los infortunios que al esplendor del supremo poder, suplicó á su tio que le libertase de la carga y le dejase vivir enmedio de sus amados libros, preferidos por él entonces sinceramente al bullicio del mundo.

Constancio le dijo que antes de tomar definitivamente un partido tan poco conveniente á su cuna, hablase con Eusebia. Esta emperatriz conjuró á Ju-

Digitized by Google

liano que renunciase á su selvática filosofía, contraria á los deberes que le inspiraba la virtud: le hizo entender cuán preferible era vencer las dificultades á huirlas; que sus estudios serian infructíferos, si solo los aplicaba á vanas especulaciones; y que llamado á trabajar en la salvacion del imperio, no podia sin infamia renunciar á este cargo. El príncipe cedió á sus instancias.

En esta época en que el poder absoluto se habia elevado sobre la ruina de todas las instituciones, no se ecsijia ya para nombrar un césar el consentimiento del pueblo y del senado; pero se consultaba todavia al ejército, porque el imperio era una especie de república militar. Constancio, rodeado de los grandes, jenerales, principales dignatarios, y en presencia de la guardia y de las lejiones, anunció que si las tropas lo aprobaban, daba á Juliano el título de césar. Los soldados manifestaron su adesion dando con las rodillas contra los escudos.

«Príncipe, dijo el emperador: »recibe la púrpura de tus antepasados: toma parte en mi autoridad y en mis peligros: arroja á los bárbaros de la Galia: sana las heridas que aflijen aquel »desgraciado pais: anima con tu »ejemplo las tropas y consérvalas con tu prudencia: hallen en »tí un jefe intrépido para llevarlas al combate, un apoyo seguro en sus necesidades, un ilustre testigo de sus azañas. Sé »modelo y juez de su valor. Yo »te miraré siempre como si estuvieses sentado junto á mí en »el trono: mírame tú como si te »acompañase en los peligros. Ve, »césar: lleva contigo la esperanza y los votos de los romanos, »y defiende valerosamente el »puesto que te confian.»

A estas palabras sucedieron aclamaciones universales, que hizo mas enérjicas el aspecto del nuevo césar, admirable por su ademan guerrero, su semblante sereno y sus miradas llenas de ardor: subiendo despues en el carro del emperador, entró con él triunfante en la ciudad; mas no olvidando enmedio del tumulto de los curiosos y los omenajes de un pueblo inconstante, las vicisitudes de las cosas humanas y el fin trájico de tantos príncipes que empezaron como él con aplausos, aplicaba á su situacion los versos de Homero en que compara la púrpura de los reyes al lienzo mortuorio de los cadáveres.

Eusebia, para completar su

obra, hizo que se le diese por esposa á Elena, hermana de Constancio; pero de todos los dones de la emperatriz, el que recibió con mas gratitud fué una biblioteca numerosa, apreciada por él como remedio de los males y consuelo en los infortunios de la grandeza.

Conducta de Constancio con Juliano.—No tardaron mucho en hacerle sentir el peso de su elevacion. Constancio comenzó á temerle desde que le hubo ensalzado. El nuevo césar no fué mas sino el primer esclavo de palacio, donde el emperador le detenia cautivo. Guardábase su puerta cuidadosamente: rejistrábase á los que entraban en su cuarto, para ver si traian cartas. Con el pretesto de formarle una corte, fueron despedidos sus criados y remplazados por espías. De los hombres elejidos por él solo conservó á Oribaso su médico, y fué porque ignoraban que era su amigo.

Al mismo tiempo que se le encargaba el gobierno peligrosísimo de España, Britannia y Galia, se le quitaban todos los recursos para la victoria: parecia que se temian sus triunfos mas que sus derrotas. Los jenerales tuvieron encargo de vijilar á su jefe mas que á los enemigos: las lejiones debilitadas é intimidadas por un larga série de reveses, no recibieron refuerzos: se limitó la autoridad del príncipe, y se le negó la facultad de distribuir grados y recompensas.

Salió de Milan con trescientos hombres de escolta: Constancio, que le acompañó hasta Ticino, supo en el camino la toma de Colonia por los bárbaros, y la ocultó á Juliano. Separáronse al fin; y el césar, corriendo á los peligros, creyó acercarse á la libertad conforme se desviaba de la corte. Los galos le recibieron con entusiasmo; y una mujer de Viena, ciega y fánatica, le predijo que ensalzaria el imperio, y restableceria el culto de los dioses.

Retrato de Juliano.—Juliano, al entrar en su nueva carrera, tomó por modelos á Marco Aurelio en el gobierno, y á Alejandro en la guerra. Marchaba con las tropas á pie, descubierta la cabeza, arrostrando la inclemencia de las estaciones, sin mas cama que una piel estendida sobre el suelo: comia el mismo alimento que el soldado: sufria como él la fatiga; asistia á sus trabajos, y se entregaba con ardor á los ejercicios militares. Uno de ellos era la danza pírrica; y un dia que la estudiaba, no

Digitized by Google

pudo dejar de esclamar: «¡Qué oficio este para un filósofo!»

Cuando concluidos los trabajos de la guerra gozaban las tropas de reposo, Juliano se dedicaba á los cuidados de la administracion y de la provision del ejército, á la reforma de los abusos, y á la reparacion de las injusticias. Este príncipe infatigable empleaba gran parte del dia en estudiar á Polibio y á César, en meditar sus planes de operacion, y su recreo era la lectura preferida de los filósofos. Forzado por su posicion á disimular sus verdaderos sentimientos, profesaba públicamente el culto cristiano pero ofrecia en secreto sacrificios a los dioses. Aborrecia á Constancio como á enemigo de los filósofos y del jentilismo, y como á esterminador de su familia; y se veia obligado á manifestarle gratitud y adesion. En fin, esta dependencia, á la cual habia querido en vano sustraerse, le puso en la necesidad de alabar en público segun el uso, por dos ocasiones, las virtudes de un emperador á quien aborrecia, y los talentos de un hombre cuya incapacidad despreciaba.

Mientras que rodeado de escollos buscaba los medios de salvar las Galias, triunfando de los obstáculos que le oponian el valor de los bárbaros y la envidia de Constancio, este emperador se empeñaba cada vez mas en las disputas escandalosas de las sectas. Seducido por los arrianos, mandó á Filipo, prefecto de Oriente, que echase de su silla á Paulo, obispo católico de Constantinopla, y pusiese en su lugar al heresiarca Macedonio. Paulo, preso por los soldados, fué cargado de cadenas y conducido primero á Emesa y despues á Capadocia, donde le aorcaron con un un dogal. Los ciudadanos, indignados por esta injusticia, se reunieron amotinados en la iglesia de Constantinopla: todo el pueblo se sublevó; pero impotente contra la fuerza organizada, fué desbaratado y dispersado por las tropas de Filipo; y Macedonio, protejido por ellas, pasó sobre tres mil cadáveres para subir á la silla episcopal.

Disensiones entre Constancio y los obispos por causa de Atanasio. — (356) Constancio, habiendo convocado un concilio á su palacio de Mediolano, propuso en él una profesion de fé enteramente arriana; los obispos católicos la desecharon como herética y se negaron á firmarla. Opusiéronse tambien á la condenacion de Atanasio, de quien el príncipe se declaró acusador,

Digitized by Google

«Los cánones de la Iglesia, de»cian, proiben condenar á un »hombre sin oirle.» «No hay mas »cánones que mi voluntad, re»plicó el emperador: elejid en»tre la obediencia ó el des»tierro.»

Muchos resisten y quieren responder: Constancio, enfurecido, saca la espada, quiere herirlos, y manda que los lleven al cadalso. Parten sin replicar: el emperador muda de dictámen, los llama, condena al destierro á tres de ellos y presenta á los demás para que la firmen, la destitucion de Atanasio. Algunos la firman por miedo: el mayor número persevera en su resistencia y se retira á la Iglesia. El eunuco Eusebio entra en ella al frente de un piquete de guardias, y prende á cientocincuenta personas á pesar de las amenazas y reprensiones de San Hilario, obispo de Pictavios (Poitiers), prelado venerable, tolerante, caritativo, pero firme é independiente: en esta ocasion combatió el despotismo imperial con una libertad verdaderamente romana.

Constancio encargó á Eusebio que fuese á Roma á ecsortar al papa Liberio para que firmase la condenacion de Atanasio: enviόle con él presentes magníficos. El papa se negó á firmar, é hizo arrojar con desprecio fuera de la Iglesia los regalos. El príncipe irritado mandó á Leoncio, prefecto de Roma, que prendiese al papa y lo enviase á Mediolano. Esta órden se ejecutó á pesar de los esfuerzos del pueblo por conservar su prelado: Leoncio engañó la vijilancia pública, y sacó al Papa de noche. Liberio llegó á Milan, no cedió al poder ni á la ira del emperador, y fué desterrado á Tracia. Constancio, por miramiento á su dignidad y para preservarlo de la indijencia, le envió quinientas monedas de oro. *Vuelve ese dinero á tu amo*, dijo el papa con soberbia al oficial que se lo entregaba: *lo necesita para pagar sus tropas*. El clero católico de Roma, afecto á Liberio, no quiso nombrarle un sucesor; los arrianos elijieron á Féliz. El odio de entrambos partidos escitó en Roma conmociones tan sangrientas como las de los Gracos, y en aquella época la Iglesia católica se vió perseguida por los arrianos con tanta animosidad como lo habia sido por los paganos. San Atanasio decia: «Su violencia es prueba »de su error, porque la verdad »no conoce mas armas que la »persuasion.»

El emperador queria consu-

mar la ruina de Atanasio, y sin embargo no se atrevia á violar manifiestamente la palabra dada por él de no sentenciarlo sin oirle. Para eludirla, encargó á sus ministros que le echasen de Alejandría; pero no les dió órdenes por escrito. Los ejipcios, en defensa de su obispo, resisten: el duque Siriano, al frente de cinco mil lejionarios, los acomete y destroza, y penetra á mano armada en la iglesia: el pueblo, arrostrando la muerte liberta al obispo de la furia de los soldados. Atanasio, amado de sus partidarios, encontró asilo en todas partes: una mozuela le ocultó durante muchos dias.

El conde Heraclio amenazó al pueblo, que no dejaria entrar víveres en la ciudad, si no abandonaban á Atanasio. El temor obligó á muchos á firmar: la iglesia fué saqueada, y los ejipcios jentiles gritaban: ¡*viva el emperador Constancio que se ha convertido á nuestra relijion*! ¡*Vivan los arrianos que ya no son cristianos*!

Los arrianos vencedores elijieron por obispo á Jorje, el cual en vez de calmar las pasiones de su partido, añadió leña al fuego. La venganza fué tan cruel como larga habia sido la resistencia: muchos católicos perecieron, y *las mujeres arrianas*, dicen los autores eclesiásticos, *semejantes á Ménades enfurecidas, entregaban á las católicas á los mas violentos ultrajes*.

Atanasio huyó á los desiertos, y encontró en las soledades de Antonio y Pacomio un abrigo seguro é ignorado. En esta misma época apareció la herejía de Macedonio, que negaba la divinidad del Espíritu Santo.

GOBIERNO DE JULIANO. — Mientras que el furor del arrianismo degradaba la dignidad imperial, comprometia el poder del príncipe, y ensangrentaba á Roma, Constantinopla y Alejandría, Juliano, estudiando en Viena la ciencia militar, llegó á ser superior á sus maestros. Despues de haber reunido sus fuerzas, restablecido el órden en la administracion y la disciplina en las tropas, oido las quejas, reprimido las concusiones y mitigado los impuestos, se puso en marcha para libertar las Galias de los bárbaros que las saqueaban.

Protector en secreto de los jentiles, neutral entre católicos y arrianos, severo con los grandes, familiar con el soldado, afable con los galos, amado de los filósofos y oradores, que lla-

Digitized by Google

maba de todas partes á su corte, se habia granjeado el afecto universal. Disputando con los sabios, haciendo versos con los poetas, juzgando con los majistrados y combatiendo con los guerreros, se veia en su corte la misma mezcla que en su carácter. Las capas de los filósofos se confundian con los yelmos de los militares, y en su palacio habia á un mismo tiempo tribunal, corte, campamento, iglesia, templo antiguo, escuela y academia.

Su aversion á los placeres habia disgustado á los afeminados moradores de Antioquía y Bizancio; pero le ganó la estimacion de los galos. Su mansedumbre, instruccion, valor y gravedad hicieron olvidar á Constancio, y transfirieron á la Galia la majestad verdadera del imperio. La sombra de Roma antigua parecia estar á su lado y complacerse en oir graves discursos y sentencias justas, en ver ciudades reedificadas y campos cubiertos de ricas mieses ó de trofeos gloriosos.

La intencion de Constancio era dejarle solamente un vano título, y que Marcelino ejerciese el poder: por eso le habia rodeado de infames cortesanos que le apartasen de los negocios y de toda empresa arriesgada; pero Juliano, sordo á sus consejos pusilánimes, y despreciando la sobrevijilancia de Marcelino, se puso al frente de un cuerpo de tropas, poco numeroso á la verdad, pero cuyas fuerzas y valor dobló con su ejemplo. Marchó contra los bárbaros: en los primeros dias, con mas ardor que prudencia se dejó sorprender, y su retaguardia sufrió alguna pérdida; pero este pequeño revés le fué mas útil que si hubiera empezado por una victoria. Desde entonces observó precauciones, evitó los lazos, no marchaba sin reconocimientos anteriores, y juntó la prudencia de un capitan veterano á la intrepidez de un guerrero jóven.

Atacado en todos los puntos por una gran multitud de alemanes y jermanos, los rechazó, avanzó siempre combatiendo y persiguiendo á los enemigos hasta Remos (Reims), donde reunió todas las lejiones. Entonces sin perder tiempo marchó al Rin, y dió batalla á los enemigos cerca de Brumato: la táctica romana triunfó de la intrepidez de los bárbaros, que rodeados y deshechos, despues de haber perdido mucha jente se refujiaron á las islas del rio. Al mismo tiempo amenazaban los jutongos á

Italia: las tropas de Constancio marcharon á Recia contra ellos. Juliano por su parte los atacó á retaguardia, subiendo rápidamente el rio hasta Augusta de los Rauracos (Basilea). Aquellos bárbaros, espantados de su resolucion, y viéndose entre dos ejércitos, firmaron la paz. El nuevo césar, restablecido el onor de las armas romanas, puso sus cuarteles de invierno en Ajendico (Sens). La Jermania era entonces un semillero de soldados, y salian á cada instante de ella enjambres, cuya procsimidad no se sabia sino por los incendios y devastaciones que causaban. Ni tenian sistema en su política ni método en sus operaciones militares. Las invasiones eran cortas y violentas: dejaban las armas y las volvian á tomar con igual facilidad, y era imposible establecer con ellos una paz sólida.

Azañas de Juliano.—Cuando se les creia mas tranquilos penetraron repentinamente en la Galia, y sitiaron á Juliano en Ajendico. Marcelino, oyendo solo la voz de su infame envidia, le dejó sin socorros. Pero como en el peligro se muestra la superioridad de las grandes almas, Juliano, abandonado á sus propias fuerzas, en lugar de mantenerse tímidamente á la defensiva, atacó á sus numerosos sitiadores, los engañó con falsas acometidas sobre un punto, reunió todas sus fuerzas en otro, desbarató á los bárbaros, hizo en ellos espantosa carnicería, los auyentó, y los obligó á pasar el Rin. Marcelino, que deseando arruinarle no logró mas que aumentar su fama, fué llamado á la corte.

Mientras que la gloria romana resucitaba en la Galia, Constancio, gobernado por Rufino, prefecto del pretorio, por Arbecion, jeneral de la caballería, y por el eunuco Eusebio, ejercia el mas imbécil despotismo. El temor le hacia cruel y multiplicaba las acusaciones; una palabra imprudente, una queja eran crímenes de lesa majestad. Sin embargo, envanecido por algunos triunfos de sus armas en Recia, y victorioso en el Rin por el valor de Juliano, creyó que merecia entrar triunfante en la capital del mundo, donde nunca habia estado. El senado y pueblo salieron á recibirle. Admirando como viajero las antigüedades de Roma, vió con respeto los grandes monumentos de gloria que encerraba aquella ciudad.

El tímido Contancio tomó asiento en el senado, y ocupó el puesto que habian ilustrado Ca-

Digitized by Google

ton, Pompeyo, César y Augusto. Se mostró en el foro, y arengó al pueblo desde la tribuna, donde habia resonado en otro tiempo la voz de Ciceron. Vencido por la memoria de la antigua Roma, confirmó los privilejios de las vestales, y aun confirió sacerdocios á algunas personas distinguidas por su dignidad y nacimiento. Sin embargo proibió los sacrificios bajo pena de muerte, segun se ve por una ley, inserta en el código Teodosiano, que verosímilmente nunca se publicó. Su conducta respecto á relijion, estuvo siempre llena de inconsecuencia. Tolerante en Roma con el paganismo, no cesó de turbar el imperio con su zelo por el arrianismo. En fin, hizo celebrar juegos solemnes, segun la costumbre romana, en todo el imperio; y para embellecer la capital con un monumento nuevo, hizo traer de Ejipto á mucha costa el obelisco de Ramesses de ciento treinta pies de alto, y que se ve todavía en la plaza de San Juan de Letran.

Los católicos lamentaban la ausencia del papa Liberio, depuesto arbitrariamente; y las damas romanas se presentaron al emperador, y con sus ruegos é instancias consiguieron la restitucion del prelado. Liberio volvió á Roma, y firmó la condenacion de Atanasio y la fórmula arriana.

Elena, mujer de Juliano, tuvo varios hijos que murieron apenas nacian, y despues quedó estéril. La calumnia, que siempre persigue á los grandes, no perdonó á Eusebia, é hizo creer que esta emperatriz infecunda, envidiosa de su cuñada, le habia dado un brebaje para ponerla incapaz de dar sucesores al imperio. No se puede conciliar semejante crímen con la idea que la historia nos da del carácter virtuoso de aquella emperatriz, que siempre se opuso á las pérfidas intrigas del camarero mayor y de sus partidarios contra Juliano. Siempre fué la protectora de este príncipe: consiguió que se le aumentase la autoridad de que usaba tan hábilmente: hizo que se destituyese á Marcelino, y que se le diese por sucesor en el mando de las tropas á Sevino, jeneral esperimentado, incapaz de envidia, y digno de ser el segundo de Juliano; mas no pudo quitar la prefectura de la Galia á Florencio, cuya bajeza, orgullo y codicia se oponian constantemente á todas las reformas saludables que proyectaba el príncipe en la administracion de sus provincias.

Digitized by Google

A pesar de estos obstáculos logró Juliano por su perseverancia todos sus designios, ausiliándole para ello un galo, llamado Salustio, hombre ilustrado, animoso y fiel: merecia la confianza del príncipe, y este era digno de tenerle por amigo.

Para libertarse de las sorpresas de los bárbaros, estableció en la línea del Rin postas y correos que comunicaban las noticias con suma rapidez. Sin embargo, los jermanos pasaron las fronteras y penetraron hasta Lugduno. Juliano reunió las lejiones, marchó contra ellos, y los destrozó. Habia destacado tres cuerpos para cortarles la retirada; y no se hubiera escapado un solo enemigo, si Barbacion, jeneral de Constancio, que estaba en Augusta de los Rauracos con veinte mil hombres, faltando á su deber, no hubiese dado paso á los alemanes. Al mismo tiempo acusó de traicion y enganche á Valentiniano, jeneral que le habia llevado la carta en que el césar le invitaba á unirse á él contra los bárbaros. Constancio, sin ecsaminar el hecho, destituyó á Valentiniano, á quien la fortuna, que entonces le oprimia, le guardaba el trono imperial.

Juliano, no queriendo dejar tiempo á los enemigos para rehacerse, determinó pasar el Rin, y pidió buques á Barbacion; mas como este los reusase, se vió obligado á esperar que con los grandes calores bajasen las aguas del rio: entonces atravesó uno de sus brazos, sorprendió á los bárbaros que se habian dispersado en las islas, y mató un gran número de ellos. Los demás cargaron sobre Barbacion, lo derrotaron, y le dieron de este modo el castigo de su alevosía.

Entretanto siete reyes alemanes, indignados de ver libre la Galia, y las armas de Roma vigorizadas, reunen sus naciones, se acercan á Arjentoracto (Strasburgo), y mandan insolentemente á Juliano que evacue aquella frontera. Chnodomario era el Agamenon de aquella confederacion bárbara.

El príncipe, deseoso de atraerlos á la llanura de Arjentoracto, les deja pasar el Rin, sale de Saverna, y se acampa á la vista del enemigo. Los soldados querian combatir; el príncipe, teniendo por mas conveniente que reparasen sus fuerzas con el descanso, procura calmar su ardor. «Cuanto mas aprecio, les dice, »vuestro denuedo, mas avaro »debo ser de vuestra sangre: no

»querais con la precipitacion »comprar cara una victoria cier»ta. El valor no es la única pren»da del guerrero: si se muestra »altivo contra el enemigo, debe »ser modesto con sus camaradas »y dócil á su jeneral. Puedo da»ros órdenes, mas prefiero la »persuasion al mando. El dia va »cayendo: la noche, poniendo »fin al combate, os impedirá »completar la victoria. Habeis »caminado por arenales encen»didos: estais en un terreno in»terrumpido por ramblas y ar»boledas: el enemigo ha cobrado »fuerzas con el descanso: una »larga marcha ha disminuido las »vuestras: mi opinion es que nos »atrincheremos con prudencia »para pelear mañana con intre»pidez. Cobremos vigor por me»dio del alimento y del sueño: al »rayar el dia atacaremos y ven»ceremos á los bárbaros.»

Queria proseguir, pero los soldados impacientes le interrumpen, braman de ira, dan en los escudos con las lanzas, y gritan pidiendo la batalla.

Enmedio del tumulto un alferez alza la voz, y dice: «Marcha, »césar feliz: sigue á la fortuna »que te convida. A nuestro fren»te van el valor y la prudencia: »tú verás lo que pueden los sol»dados romanos si los manda un »hábil capitan que inspira, juz»ga y recompensa las grandes a»zañas.»

Batalla entre Juliano y Chnodomario.—Juliano cede á los votos del ejército, y se pone al frénte del ala derecha, opuesto á Chnodomario: el ala izquierda era mandada por Severo, al cual se oponia el ala derecha de los enemigos á las órdenes de Serapion. Habian colocado entre sus escuadrones infantería lijera, que en el combate debia introducirse entre los caballos romanos y desjarretarlos. Dada la señal de acometer, Severo avanza el primero, descubre á tiempo entre los pantanos una zelada en que iba á caer, y se detiene. Cuando los dos ejércitos oscurecian el aire con una nube de flechas, Juliano, al frente de doscientos caballos, corre por las filas, y esclama: «Animo, »camaradas: este es el momento »que habeis deseado. La espe»ranza de dia tan glorioso me »movió á aceptar el título de cé»sar. Volved al nombre romano »su antiguo esplendor: oponed »al furor ciego de los enemigos »un valor mas constante y sere»no, y pensad que solo la victo»ria justificará vuestra impa»ciencia.»

Los alemanes, enfurecidos de

Digitized by Google

que los romanos los hubiesen echado de la Galia, decididos está vez á vencer ó á morir, y temiendo que sus reyes los abandonasen al primer revés, ecsijen de ellos que participen en la accion de todos los peligros, y los obligan á pelear á pie. Entrambas masas se acercan en órden: sus filas apretadas parecian muros erizados de lanzas: chócanse con orrible estruendo: una nube de polvo los cubre, y envuelve con su sombra azañas dignas de verse á la luz del sol.

Severo halla paso por las lagunas, rodea el cuerpo emboscado, ataca á los alemanes, y despues de violentos esfuerzos los derrota y pone en huida. En la parte opuesta era la fortuna menos favorable á los romanos: seiscientos jinetes del ala derecha, en los cuales tenia mas esperanza Juliano, despues de una lucha ostinada, pierden á su jefe, se atemorizan y desmandan, y caen desordenados sobre la infantería. El enemigo los persigue con ardor. Viendo Juliano esta confusion, acude á toda brida, reconócenle en la brillante bandera que le sigue, y en el dragon de púrpura que lo adorna: *¿Adónde huis, soldados? esclama enfurecido: no hay asilo para los cobardes: todas las ciudades les cerrarán sus puertas. Si quereis recobrar vuestra gloria, seguidme: si quereis huir, pasad sobre mi cadáver; porque perderé la vida antes que el onor.*

Avergonzados de su cobardía se reunen, vuelven contra los bárbaros que atacaban ya el flanco de las lejiones. La pelea fué espantosa, deseando los unos reparar su ignominia, y ostinándose los otros á no perder el terreno que habian ganado. Llega la reserva en socorro de Juliano: á pesar de este refuerzo, los reyes alemanes, al frente de todas sus tropas en masa, derrotan la caballería romana, desbaratan el ala izquierda de la infantería, y penetran hasta la lejion del centro, contra la cual se estrelló su valor y su furia. Cada soldado de esta lejion inespugnable rechaza sus golpes, como una torre inmóvil los del ariete. Los alemanes, esaustos por el cansancio, caen á millares bajo el acero de aquella infantería, que no pueden penetrar: sus filas, enrarecidas por la muerte, se abren: temen, y redoblan su temor las coortes del campamento romano que acuden entonces. Retíranse en desórden: su retirada se convierte en fuga: la espada de Juliano los sigue. En vano piden los alemanes cuartel. El romano

enfurecido lo niega: el campo de batalla y las orillas del Rin se cubren de muertos y moribundos: muchos perecen aogados en las ondas. Algunos nadando sobre sus escudos ganan la ribera opuesta. Chnodomario, habiendo escapado de la matanza, quiso huir al frente de algunos jinetes: cayó en un pantono, salió de él, se refujió en un bosque, y reconocido por un tribuno, cuya corte le envuelve, es preso y conducido entre cadenas á Juliano. Esta victoria, igual en esplendor á las mas brillantes de la antigua Roma, salvó el imperio.

Juliano venció con trece mil soldados, treinta y cinco mil bárbaros, mandados por siete reyes orgullosos con sus muchos triunfos. Las lejiones entusiasmadas le dieron el nombre de augusto: reusó este título con indignacion aparente y justo temor. Convencido de que la disciplina severa es la única garantía sólida de las victorias, mandó que se le presentasen los seiscientos jinetes que habian huido, los reprendió duramente, y segun la costumbre antigua los hizo pasear por el campamento vestidos de mujeres. Cuando se le presentó Chnodomario, apiadado de este rey cautivo, le acojió con benignidad; pero cuando se vió á este príncipe bárbaro, tan insolente antes de la batalla, desonrar su infortunio postrándose á sus pies, é implorando bajamente su clemencia, le despreció, le volvió la espalda, y le envió á Constancio.

Cuandó llegó á Italia la noticia de la victoria de Arjentoracto, despertó el orgullo de Roma, irritó á los cortesanos, y escitó la envidia del emperador. Los viles favoritos dieron por burla á Juliano el nombre de *Victorino* para atenuar su triunfo, y recordar al mismo tiempo al tímido Constancio el nombre de un jeneral que en la época de Galieno usurpó en las Galias el poder supremo y el título de augusto. Sin embargo, el emperador publicó en todo el imperio la victoria conseguida contra los bárbaros; pero atribuyéndosela ridículamente, como si hubiera asistido á la batalla y mandado el ejército. Ni aun se dignó citar en su relacion el nombre de Juliano, y este silencio mismo le dió mas gloria.

Los soldados romanos eran todavia valerosos; pero ya no tenian disciplina. Despues de la victoria querian descansar, y no se mostraban dispuestos á continuar marchas penosas. Cuando recibieron la órden de pasar el

Rin, murmuraron; pero la firmeza de Juliano triunfó de su indocilidad: obedecieron y devastaron una parte de Jermania. Construyóse una fortaleza al otro lado del Rin: los alemanes intimidados pidieron la paz, y solo consiguieron una tregua de diez meses. Despues de esta campaña volvió el ejército á Remos (Reims) para tomar allí cuarteles de invierno, y encontraron todo aquel pais talado por un cuerpo de francos, de solo mil hombres á la verdad, pero que aterraban la provincia por su fuerza y osadía. Estos guerreros temibles, dice un historiador de aquel tiempo, no conocian estaciones, y aun preferian los yelos del invierno al temple suave de la primavera. Los romanos los atacaron y auyentaron á una fortaleza situada sobre el Mosa. Despues de cincuenta y cuatro dias de sitio capitularon, y salvaron la vida á costa de la libertad. Esta victoria fué muy onorífica para el césar; porque hasta entonces, dice Libanio, *los francos habian preferido siempre la muerte al cautiverio*. Fueron enviados á Constancio, que admirado de su proceridad, los incorporó en su guardia, donde parecian como torres enmedio de los otros soldados. . . . .

Descricion de Paris por Juliano.— Juliano pasó el invierno en Parisios: se ha conservado la descricion que hizo de este pueblo, ya célebre, al cual llamaba su querida *Lutecia*. Rodeado por dos brazos del Secuana (Sena), no ocupaba mas que el cuartel llamado hoy *la ciudad*. Defendíala una fuerte muralla guarnecida de torres, y se entraba en ella por dos puentes de madera. A pesar de su corto recinto, tenia templos, un palacio y un anfiteatro. Juliano celebraba la fertilidad del pais, la salubridad de las aguas y la dulzura del clima. Sin embargo, pasó allí un invierno rigoroso: en su relacion se ve la sorpresa que le causaron los gruesos yelos del rio. Hasta entonces, arrostrando el frio, no habia querido que se pusiese fuego en su cuarto; pero aquel año fué preciso tener brasero, y estuvo para morir asficsiado por el vapor del carbon. La prudencia y justicia del césar aumentaban diariamente el afecto que le tenian los galos, y su fama crecia cuanto se rebajaba la de Constancio por su debilidad y despotismo.

En el consulado de Tiberio Fabio Daliano y de Marco Neracio Cereal, publicó el emperador una ley que esceptuaba de impuestos y gravámenes comu-

nales sus dominios, los de la familia de Eusebio, padre de la emperatriz, y los bienes de las iglesias católicas. *La pérdida de la igualdad sigue necesariamente á la de la libertad, y los privilejios forman siempre el séquito de la tiranía.*

Olvidando Constancio el antiguo orgullo de los romanos, pidió la paz á Sapor, rey de Persia: este puso por condicion que se le cediese la Mesopotamía y la Armenia: el emperador no consintió en ello, y solo sacó de su debilidad la ignominia de haberla tenido. Barbacion, enviado contra los jutongos, les derrotó en la Recia.

Entretanto Constancio, emulando la gloria de Juliano, se presentó al frente de sus ejércitos, pasó el Danubio, atacó á los sármatas y á los cuados, los venció por el valor de sus jenerales, é hizo en ellos gran carnicería. Su rey Zizais llegó al campamento del emperador, se le postró, imploró su misericordia y obtuvo la paz.

Feudalismo. — Entonces se vió el primer ejemplo del réjimen feudal, que fué despues, durante muchos siglos, el derecho público de Europa: los cuados sostenian que la paz firmada con ellos se estendia implícitamente á sus vasallos. El emperador dirijió sus armas contra los limigantes, esclavos belicosos que habian echado á los sármatas, sus amos, de las tierras que poseian: sabedores de la suerte que les aguardaba, se defendieron con el valor de la desesperacion. Despues de una ostinada resistencia, viéndose oprimidos por el número, finjieron rendirse, capitularon, llegaron en tropel al lugar que se les señaló para depositar sus armas, y dando súbitamente grandes alaridos, se precipitan al campamento romano y llegan hasta la tienda del emperador, á quien querian matar antes de perecer; pero rodeados por las lejiones, fueron pasados todos á cuchillo.

Constancio se volvió á sus estados, y se dedicó esclusivamente á las cuestiones relijiosas, cuya violencia aumentó queriendo interponer su autoridad.

En este tiempo sufrió el Asia orribles terremotos que destruyeron ciento cincuenta ciudades: la de Nicomedia quedó enteramente arruinada.

La Galia gozó poco tiempo de la tranquilidad que le habian dado las victorias de Juliano. Los salios y los camavos, tribus francas, se habian fijado algunos años antes en la *Toximandria,*

Digitized by Google

pais llamado hoy el Brabante. Salian de él con frecuencia á talar la Béljica: Juliano marchó contra ellos, los sorprendió, venció á los salios, hizo la paz con ellos, y reconoció por el tratado sus derechos á la *Toximandria*, en cuya posesion quedaron. Los camavos le oponian una resistencia mas ostinada, porque estaban irritados creyendo que el hijo de su rey, enviado en otro tiempo á Roma en calidad de reen, habia perecido en un suplicio ignominioso. Juliano, habiéndoles pedido una conferencia, les presenta repentinamente al jóven príncipe, al cual habia criado con tanto amor como si fuese su propio hijo: su jenerosidad desarmó á los francos, y le valió una paz mas sólida que si la hubiese impüesto por la victoria: los camavos evacuaron la Galia.

En este año hubo carestía, y por causa de ella una sedicion en el ejército. Aconsejaban al césar que la castigase con severidad: él no quiso, y empleó todos sus medios en socorrer las necesidades del soldado, queriendo mejor, decia, aliviar sus males que castigar su impaciencia.

Concluida la tregua, Juliano atravesó el Rin y el Nicer (Necker), venció á los bárbaros, y los obligó á restituirle ochenta mil cautivos galos ó romanos. La Galia entonces, libertada por este héroe, gozó bajo su gobierno una felicidad desconocida desde un siglo antes.

La suerte dió el castigo merecido al cruel Barbacion. Este jeneral, que debia su fortuna á las intrigas mas que á las azañas, era tenido jeneralmente por el jefe de los delatores: él fué víctima de ellos. Perverso y cobarde, era tan propenso á la superstición como ajeno de la verdadera piedad. Cayó del techo de su cuarto un enjambre numeroso de abejas, y lo aterró: mandó llamar adivinos que le esplicasen aquel presajio. Su mujer Asiria atribuyó su curiosidad al deseo de destronar á Constancio y casarse con la emperatriz, de la cual tenia zelos: escribióle enfurecida denostándole su infidelidad en términos muy injuriosos para Eusebia. El esclavo que llevaba la carta, lo habia sido en otro tiempo del infeliz Silvano: abrióla, y hallando un medio seguro para vengar á su antiguo dueño, la llevó á Constancio. Para este príncipe desconfiado la sospecha creaba el crímen, é hizo degollar á Barbacion y á su mujer.

Este mismo año, los vientos

del Norte que reinaban con violencia, retardaron la llegada á Ostia de los trigos necesarios para la manutencion del pueblo. La penuria escitó una sedicion; Tertulio, prefecto de la capital, hizo entonces un solemne sacrificio á Cástor y á Pólux; y apenas hubo acabado, se supo que la flota entraba en el puerto. Este acontecimiento dió por mucho tiempo gran crédito á la idolatría.

Las turbaciones de Oriente daban justa inquietud á Constancio: los isauros continuaban sus piraterías: el conde Sauricio los venció en muchos combates, y los obligó á refujiarse á su guarida.

Ursicino habia contenido mucho tiempo á los persas por su valor y habilidad; pero la envidia de los cortesanos hizo que se disminuyesen sus fuerzas y se parasen sus victorias. El emperador, á instancias de los validos, enemigos siempre del mérito, llamó á Ursicino. La incapacidad de sus sucesores favoreció las armas de Sapor, que se adelantó mas allá de Nisibis; pero Ursicino, antes de separarse del ejército, rodeó con un movimiento hábil al enemigo, lo auyentó, y Sapor no debió su salvacion sino á la velocidad de su caballo. Despues de esta accion los romanos prendieron fuego á los bosques y mieses, y ardieron muchas fieras, cuyas especies desaparecieron casi en aquella parte del Asia. La traicion de los oficiales que mandaban las tropas lijeras de Ursicino, hizo que el enemigo le sorprendiese, lo pusiese en gran peligro, y se viese obligado á retirarse al Tigris. Los cortesanos pintaron esta retirada como una alevosía, y fué el motivo de su desgracia.

Sapor puso cerco á Amida, que se defendió con valor: el hijo del rey pereció en los ataques; pero creciendo siempre el número de los sitiadores, la plaza al fin vino á ser tomada por asalto. Sapor mandó degollar á todos los habitantes; y el historiador Amiano Marcelino fué casi el solo que escapó de la matanza.

La victoria y la justicia, desterradas del resto del imperio, parecian haberse refujiado á las Galias. Todos los esfuerzos de Juliano eran favorecidos de la fortuna: triunfaba de los enemigos con las armas, y mandaba en los pueblos por las leyes. Un dia asistiendo á un tribunal, hizo presente á los jueces, mostrándose estos demasiado severos, que no se podia condenar sin

pruebas. El acusador Delfidio, cuyo sistema ha tenido muchos imitadores en todos tiempos, le replicó: «¿Quién será culpable, »si basta negar para ser absuel»to?» «¿Y quién será inocente, »respondió Juliano, si basta ser »acusado para ser criminal?» Un príncipe tan justo nunca careció de dinero ni de soldados: el afecto se los dió mas que el temor. Juliano, velando siempre por la seguridad del imperio, no se adormeció con sus triunfos en una seguridad engañosa. Fortificó á Roma y á Andernaco: sabiendo despues que los alemanes meditaban una nueva invasion, se anticipó á ellos atravesando el Rin, los sorprendió y derrotó, robó sus campamentos, se apoderó de sus rebaños y volvió á Lutecia.

Poco tiempo despues (360), ó por ambicion ó por necesidad, aceptó el título de augusto, declaró la guerra á Constancio y le disputó el imperio. Este suceso contado diversamente por él mismo, por sus amigos y por sus enemigos, segun las pasiones diversas que los animaban, es un problema político dificil de resolver en el dia: nos limitaremos, pues, á la sencilla narracion de los hechos. Engañado el emperador por el miedo y por los infames consejos de sus cortesanos, apartaba de sí ó daba la muerte á todos los hombres, cuyos talentos sostenian su poder, pero que por su mismo mérito le inspiraban sospechas. Negóse, pues, á oir la justificacion de Ursicino. «El emperador, dijo »este jeneral, puede desatender»me en cuanto á mis intereses; »pero no descuide los suyos. En »el Occidente se forma una tor»menta, que acaso no podrá di»sipar con todas sus lejiones.» El destierro castigó tan atrevidas espresiones. Arjison, jeneral sin esperiencia, le sucedió; y su elevacion fué tan útil á los enemigos, como la pérdida de Ursicino funesta al imperio.

La envidia, que habia arruinado á este hábil capitan, esperaba entonces hacer lo mismo con Juliano. Constancio llamó de las Galias á Salustio, amigo del césar, y nombró en su lugar á Luciano para administrar aquella provincia. Este, que era ajente del eunuco Eusebio, se reunió á Florencio, prefecto de Galia, y á todos los enemigos del príncipe, para contrariar sus designios é impedir sus operaciones. El emperador, gobernado por sus validos, resolvió privar al césar de las tropas, única salvaguardia de la tranquili-

Digitized by Google

dad de la provincia y de la seguridad de las fronteras. Decencio, secretario de estado, le llevó la órden para enviar al emperador los cuerpos hérulos y bátavos que tenia, dos lejiones galas y trescientos hombres de cada una de las demás divisiones. Lupicino, jeneral de Juliano contra los escotos (escoceses), y Sintula, escudero mayor, estaban encargados de ejecutar este decreto. Constancio decia que estos refuerzos le eran absolutamente necesarios para hacer la guerra á los persas. Esta órden consternó á los galos, porque les quitaba toda defensa contra las invasiones de los bárbaros. Juliano, á pesar de las murmuraciones de sus amigos, se mostró dispuesto á obedecer; solo hizo presente al enviado del emperador, que con aquella medida se faltaba á lo prometido á los bátavos y hérulos, los cuales no habian tomado servicio en su ejército sino á condicion de que nunca se les obligaria á pasar los Alpes. Sábese de repente que se esparce en el campamento de las lejiones galas un libelo violento contra Constancio, acusándole de entregar las Galias á los francos y jermanos: estallan en todas partes las murmuraciones: Decencio asustado insta al césar á que obedezca, y aunque este representa que debe esperar á que lleguen Sintula y Lupicino, á los cuales el emperador habia confiado la ejecucion de sus voluntades, Decencio insiste y él cede. Se delibera acerca de la direccion que han de seguir las tropas: Juliano aconseja que no pasen por Lutecia, temiendo que la vista de un jefe que las habia conducido tantas veces á la victoria, no irritase aquellos espíritus turbulentos, tan poco dispuestos ya por sí mismos á la obediencia. Decencio es de dictámen contrario: dice que solo Juliano puede calmarlos, y que negarse á emplear en ello su influencia, es desobedecer al emperador. Juliano cede segunda vez.

Pónense las tropas en marcha: por donde quiera que pasan ven alarmados á los pueblos: niños, mujeres y ancianos llorando abrazan las rodillas de aquellos valientes guerreros, y les suplican que no los abandonen á la ferocidad de los alemanes. Los soldados, cuyos corazones respondian á sus votos, pero que la firmeza de Juliano habia acostumbrado á la disciplina, observan triste silencio, y con los ojos bajos continuan pensativos su marcha, aogan difícil-

Digitized by Google

mente sus jemidos, y manifiestan á un mismo tiempo indignacion y lástima.

Juliano sale á recibirlos, y les pasa revista en una gran llanura cercana á las puertas de Parisios: háblales con prudencia, y elojia sus gloriosas espediciones. «No »ignorais, les dice, que la obe»diencia es el primero de vues»tros deberes. Habeis pacifica»do el Occidente: Asia reclama »aora vuestro valor: vais á com»batir á la vista del emperador, »que os premiará dignamente. »Este viaje que, segun parece, »temeis, os conduce á la fortuna »y á la gloria.»

En lugar de responder á estas palabras con aclamaciones, segun la costumbre, los soldados las escucharon en un profundo silencio. Despues de haberlos despedido, dió por la noche un gran convite á todos los oficiales del ejército, y les distribuyó magníficos regalos, ya para suavizar su pesar, ya para aumentar su afecto y prepararlos á la rebelion.

Rebelion de las tropas en favor de Juliano.—Despues del banquete se retiran á sus tiendas incomodados; pero sin dar indicios de proyectos sediciosos. El dia siguiente fué de descanso: al otro debian partir, y emplearon este intervalo en concertar su plan con el mayor secreto. Despues se culpó á Juliano de haberles dejado ese tiempo de un ocio lleno de peligro, aunque en la relacion de estos sucesos, que envió á los senados y pueblos de Roma y Atenas, protestase y jurase que no tuvo conocimiento de la conspiracion, tramada en tan corto espacio, para elevarle al trono.

Todo parecia tranquilo, cuando á media noche toman los soldados las armas repentinamente, rodean el palacio de las Termas, proclaman augusto á Juliano, y piden á gritos que se presente á las tropas. El príncipe despierta despavorido, sabe con espanto, verdadero ó fingido, el objeto de la sedicion: su incertidumbre parece aumentarse con el tumulto: invoca á Júpiter, y pide que le manifieste su voluntad con algun prodijio: brilla súbitamente un relámpago, estalla el trueno, y parece anunciarle que ceda á los votos de la tropa: sin embargo, rebelde todavia á las órdenes que cree emanadas del cielo, reusa á los conjurados la entrada en palacio, y se mantiene encerrado en él lo restante de la noche. Pero al rayar el dia, los soldados, creciendo su ardor con la resistencia, fuerzan las

puertas, penetran en los aposentos espada en mano, cojen al príncipe, le proclaman de nuevo emperador, y para que aceeda á sus deseos emplean sucesivamente el lenguaje de la súplica y de la ira.

El césar los conjura en vano á que no entreguen el imperio á las calamidades de la guerra civil. «¿No podeis, les dice, sin »cometer todos los delitos que »trae consigo la sedicion, obte»ner de la justicia el cumpli»miento de vuestros deseos? Pues »si no podeis reduciros á dejar »vuestra patria, volved á los »cuarteles: os prometo que no »pasareis los Alpes, y me encar»go de justificar ante Constan»cio vuestra oposicion y los te»mores fundados de la Galia. La »firmeza del príncipe castigaria »la rebelion: su bondad atende»rá á vuestras representacio»nes.»

Este discurso, en vez de calmar el ardor de las lejiones, lo aviva: las instancias y gritos redoblan: las amenazas suceden á las aclamaciones, el tumulto crece, y Juliano se deja en fin vencer. Levántanlo sobre un pavés: ecsijen que ciña la diadema: responde que no la tiene. Unos le traen el collar de su mujer, otros las correas de un caballo. Juliano reusa aquellos adornos estravagantes; pero un oficial, llamado Mauro, le presenta su collar de oro, glorioso premio del valor: el príncipe lo acepta, lo ciñe á su cabeza, recibe el título de augusto, y promete cinco monedas de oro y una libra de plata á cada soldado. Estas gratificaciones, que estaban en uso mucho tiempo antes, fueron una de las causas principales de las frecuentes mudanzas que derribaron é hicieron tantos emperadores. Inspiraban á las tropas, por el atractivo del dinero, el deseo de las revoluciones, miradas por el resto del imperio como las mas funestas de las calamidades.

Los que dudan que la resistencia de Juliano fuese sincera, le reprenden con justicia su liberalidad; porque no se podia creer inocente de una rebelion al que la paga. A la verdad, este príncipe no imitó en aquellas circunstancias el ejemplo de Virjinio que huyó del trono, ni el de Jermánico que se espuso á los mayores peligros por no ceder á la rebelion.

Pero los tiempos eran diferentes: una larga y cruel esperiencia enseñaba á los príncipes y jenerales que la resistencia no mitigaba á la tiranía, y que una

Digitized by Google

vez proclamados por las tropas, era preciso reinar ó perecer. Solo un hombre enmedio de esta efervescencia de un grande ejército y de un gran pueblo, mostró valor digno de la antigua Roma. Ninfidio, oficial fiel al príncipe, pero mas fiel á su obligacion, arrostró con serenidad las amenazas y las picas de los rebeldes, y reprendió con severidad á Juliano su elevacion que le obligaba á destronar al mismo á quien debia el título de césar.

Juliano, no queriendo que su autoridad pareciese fundada solo en la fuerza, sostuvo siempre que no habia hecho mas que obedecer á los dioses. Decia que en la noche anterior á la rebelion habia visto en sueños al jenio del imperio, y que le oyó estas palabras: «Juliano, tiempo »hace que me tienes á las puertas »de tu palacio para aumentar tu »fortuna. Tú has desechado mu»chas veces mis beneficios: si »los desechas hoy, me alejaré »de tí á pesar mio. No olvides »que me falta poco tiempo de »estar á tu lado.»

Mientras que el ejército, orgulloso de haber asegurado la tranquilidad y la fortuna de la Galia, se entregaba con el pueblo á la alegría comun despues de semejantes sucesos, Juliano, encerrado en su palacio, triste, pensativo y solitario, meditaba profundamente sobre lo presente y lo futuro, contemplaba con espanto las consecuencias de una revolucion que iba á desplomar contra él todas las fuerzas de Oriente, Africa é Italia, y aun se reprendia su condescendencia, tachada probablemente en la opinion pública de ambicion é ingratitud.

El tumulto y embriaguez que reinaba en los campamentos y en la ciudad, contrastaba singularmente con el silencio y tristeza del palacio. Los partidarios de Constancio, creyendo que podian aprovecharse del desórden de las tropas y de la inaccion del príncipe, envian emisarios á todas partes para infundir miedo y sublevar los ánimos, ecsajerando los peligros de una lucha, civil á un tiempo y estranjera, y y seducen á un eunuco de palacio, haciéndole entrar en una conspiracion contra la vida del nuevo augusto.

Un oficial de la corte descubre la trama, la revela á Juliano, y lleva la noticia al campamento. Apenas saben los soldados que hay quien quiera destruir su obra, y que la vida del príncipe está amenazada, se reunen, se

animan mútuamente, toman las armas y vuelan á palacio. La guardia, espantada por el tumulto y creyéndolo producido por otra nueva revolucion, se dispersa y huye. Los soldados enfurecidos penetran en los pórticos, recorren todos los aposentos con el temor de llegar demasiado tarde para salvar la vida de su querido príncipe. Al verle se disipa el miedo: le rodean, le estrechan, le manifiestan su alegría con locuras, y piden á gritos que se les entreguen los conjurados para matarlos.

«Deteneos, esclamó Juliano: »esos hombres son ciudadanos: »soy su emperador como lo soy »vuestro: dirija el honor todas »nuestras acciones. Si vuestro »zelo imprudente sirve mi causa »y señala mi elevacion con omi»cidios, si una sola gota de san»gre mancha vuestras manos y »desonra vuestra eleccion, sois »unos rebeldes, y yo un tirano.» Estas palabras enérjicas restablecieron el órden.

A la mañana siguiente reunió el ejército en el campo de Marte, que estaba donde aora es la puerta de san Víctor. Presentóse con toda la pompa de emperador, y ocupó su tribunal rodeado de guardias y águilas. «Apoyos fir»mes del imperio, dijo á los sol»dados: cuando al salir de la in»fancia recibí la púrpura, y con »ella un título vano sin autori»dad, el favor de los dioses me »condujo á vuestras provincias, »y me puso en vuestros brazos. »Desde entonces, trabajos, fa»tigas, peligros, inquietudes y »gloria me han sido comunes con »vosotros. Hallé vuestros bienes »entregados á majistrados con»cusionarios, vuestros campos »asolados por tropas estranjeras, »vuestras ciudades invadidas por »los bárbaros: todo nos faltaba me»nos el valor; y con él hemos da»do fin á las desgracias públicas. »Me puse á vuestro frente, y la »Galia quedó libre. ¿Quién de »nosotros podrá olvidar la jor»nada de Arjentoracto, tan glo»riosa para el imperio, en donde »una inmensa multitud de bár»baros, sucumbiendo con sus je»fes, tiñeron con su sangre vues»tras espadas y las riberas y on»das del Rin? Los francos espan»tados huyeron de vosotros. Os he »dado, en premio de tantas aza»ñas, el reposo interior, la segu»ridad esterior; y vosotros ha»beis recompensado mi zelo, e»levándome al imperio. Aora »es obligacion vuestra defender »y sostener vuestra obra; y mia »premiar vuestra lealtad preser»vándoos de toda injusticia. De-

»claro pues solemnemente, que »no tendrá el favor parte en los »nombramientos, y que los as»censos, tanto civiles como mili»tares, se obtendrán solo por el »mérito y la antigüedad de los »servicios.»

Este discurso, que dió que murmurar á algunos cortesanos, produjo en las lejiones y en el pueblo una alegria universal, y el amor al príncipe llegó hasta el entusiasmo.

Decencio y Florencio, destituidos de su poder sin esperanza de recobrarlo, se volvieron precipitadamente á Constantinopla, é irritaron con sus calumnias al emperador, representándole el movimiento de las Galias bajo los colores mas infames: á pesar de esto, la jenerosidad de Juliano no se desmintió con aquellos cortesanos, y les envió sus familias y riquezas.

Este príncipe escribió á Constancio, pintándole las desgracias de las Galias, los peligros á que estaban espuestas de parte de los bárbaros, y la necesidad de defender aquella importante frontera contra el torrente que la amenazaba. «Este pais, decia, »vasto, fértil, poblado y guerre»ro, tenia necesidad de un jefe, »y no podia tolerar que solo se »le diese un fantasma de prínci»pe. El llamamiento imprudente »de las tropas sembró en las Ga»lias la desesperacion, y subleva»dos el pueblo y las lejiones, me »obligaron á tomar el título de »augusto, sin que me fuese po»sible oponerles una resistencia »duradera.» Sin embargo, cediendo al voto público, se miraba siempre como hijo y hechura del emperador. «Partamos el impe»rio, añadia, sin debilitar tu au»toridad: te serviré mejor en un »puesto mas elevado. Tú nom»brarás los prefectos del preto»rio, y déjame la eleccion de »los empleos inferiores. Me en»cargo de entregar en tu palacio »los caballos que quieras de ra»za española, y para tu guardia, »tantos jermanos y francos como »desees. Nunca lograrás que los »galos y bátavos dejen su patria »para ir á pelear contigo contra »los persas. Defiende el Oriente »como yo el Occidente: no me »reuses un título que me he visto »obligado á aceptar. A haberme »negado, infaliblemente hubie»ran elejido otro emperador. »Créeme: cuando te represento »las ventajas de la paz, descon»fia de los lisonjeros que solo »viven de turbulencias. En fin, »no olvides que la union salva »los imperios y la discordia los »destruye.»

Encargó á Pintadio y á Euterio, oficiales de su palacio, que llevasen al emperador esta carta pacífica y ostensible; pero Amiano Marcelino dice que con ella iba otra reservada en que echaba en cara ágriamente á Constancio sus injusticias y perfidias.

Los enviados de Juliano hallaron al emperador en Cesárea de Capadocia: despues de haber leido las cartas, los arrojó con ignominia de su presencia, y encargó la respuesta á Cleonas, cuestor de palacio.

Este pasó á Lutecia y desempeñó su comision con altanería, aunque Juliano le recibió con onor. Constancio le escribia que usurpar la corona era envilecerla: le recordaba sus beneficios pasados, le reprendia su ingratitud, y le prometia el perdon á condicion de deponer al momento la autoridad que le habian dado los rebeldes.

«Basta, esclamó Juliano: ¿có»mo puedo tolerar que el perse»guidor de mi juventud se jacte »de sus beneficios hipócritas, y »que el asesino de mi familia se »atreva á hablar de gratitud? »Pero deseo la paz y el bien del »imperio. Si el ejército lo per»mite, convengo en renunciar al »título de augusto.»

Al dia siguiente convoca las lejiones, da audiencia ante ellas al enviado del emperador, y le manda leer la carta de Constancio. Escúchanle al principio con el mayor silencio; pero apenas oyeron que se ecsijia la abdicacion, claman todos á un mismo tiempo: «Hemos proclamado au»gusto á Juliano, y queremos »que lo sea: él solo nos defiende »de los bárbaros: nosotros le de»fenderemos contra todos sus »enemigos.»

Cleonas volvió á dar cuenta al emperador del mal efecto de su comision, cuyo resultado era afirmar en el trono al nuevo augusto, y aumentar á favor suyo el zelo del pueblo y de los soldados.

Juliano aumentó su amor y gratitud con nuevas azañas. Marchó al pais de los francos atuarios y los venció. Visitó despues todos los fuertes de la frontera y vino á pasar el invierno á Viena, donde perdió á su esposa: casi al mismo tiempo murió la emperatriz Eusebia; y la muerte de estas dos princesas hizo cierta la guerra civil, rompiendo los últimos lazos que unian todavía á los dos emperadores.

El resultado de la lucha no podia quedar dudoso por mucho tiempo: por una parte se veia á un príncipe hábil, activo y beli-

Digitized by Google

coso, concertar sus planes con prudencia, ejecutarlos con rapidez, y añadir á su fuerza toda la que da el favor público: por otra un emperador indolente, supersticioso y cruel, que solo oponia á tan terrible enemigo su vano orgullo, su furor ciego y su completa incapacidad. Sapor, teniéndolo en poco, continuaba insultando á los romanos y devastando sus provincias. Tomó por asalto á Síngara y despues á Berabda.

A esta noticia, Constancio, que habia dejado anticiparse al enemigo, entreteniéndose en circunstancias tan graves con las fiestas dadas en Antioquía para celebrar su casamiento con Faustina, y las solemnidades que habia mandado hacer en Constantinopla para la dedicacion del templo de Santa Sofía, se determinó ya tarde á presentarse al frente de su ejército, y acometió á la plaza de Berabda; mas no pudo recobrarla, y fué batido por los persas en toda la línea.

Los arrianos atribuian todos sus reveses á su poco zelo en secundar sus venganzas: los católicos veian en ellos un castigo del cielo dado á un príncipe hereje, y los paganos miraban las derrotas del emperador y los desastres del imperio como consecuencia inevitable del abandono de los antiguos dioses de Roma. Todos los partidos se reunen para condenar á los príncipes débiles y déspotas, cuando la fortuna los abandona. Los reveses, en vez de correjirle, irritaban á Constancio: incapaz de resistir á solo Sapor, quiso al mismo tiempo que sostenia la lid contra él, atacar á Juliano en la Galia. Mandó hacer numerosas levas en Italia, Grecia y Africa, y no contento con armar todas las fuerzas del imperio contra el nuevo augusto, sacrificando el interés público á su odio, pagó vergonzosos tributos á los príncipes francos, jermanos y alemanes para que hiciesen una poderosa diversion en su favor invadiendo de nuevo las Galias.

Informado Juliano de sus proyectos, y previendo por el omicidio de Galo, que ningun crímen detendria á Constancio si esperaba de él la ruina de su rival, resolvió anticiparse, declarándose abiertamente contra él, y quitándole el imperio, ya que no queria dividirlo. Reune sus tropas: refiéreles las intrigas del emperador en Jermania, que habia sabido por los mismos á quienes aquel príncipe habia procurado ganar: muéstrales la necesidad de terminar la guerra

BIBLIOTECA DE DERECHO
Digitized by Google

con prontitud y preservar el imperio con una marcha rápida y atrevida de las calamidades que suelen producir las disensiones prolongadas.

«El interés de la patria, añadia, lo manda: los yerros del »emperador abren el Oriente á »los persas: su traicion espone la »Galia al furor de los bárbaros: »tenemos la justicia de nuestra »parte, y la fortuna favorecerá »nuestras armas. Los mismos »dioses me lo han asegurado: »Apolo, apareciéndoseme la no»che pasada, me prometió una »victoria pronta, fácil y poco »sangrienta; pues Constancio, »segun me dijo el dios, morirá »antes que acabe el año.»

Este artificio, dirijido á animar las tropas y afirmar su autoridad con la de la relijion, dió motivo á sus enemigos para suponerle autor de la muerte de Constancio. Las palabras del príncipe, conformes á los deseos del ejército, el amor que se le tenia y el odio á Constancio, movieron todos los ánimos á la venganza. Declaróse la guerra, y los mismos galos y bátavos que se habian sublevado poco antes por no pasar los Alpes y abandonar su patria, pidieron á gritos que se les condujese hasta el Asia contra un príncipe aborrecido.

Juliano, al tomar las armas, declaró que solo se aprocsimaba á Constancio para justificar su conducta y someter la desavenencia al juicio de los dos ejércitos. Una amnistía, que entonces concedió muy cuerdamente á los que habian militado con Magnencio, aumentó sus fuerzas: disminuyó las del emperador publicando cartas interceptadas que descubrian el proyecto de Constancio para armar la Jermania contra las Galias. De este modo le venció en la oponion pública antes de derrotarle en el campo de batalla. Sus tropas se componian de paganos y cristianos: á unos y otros concedió el libre ejercicio de su relijion; y mientras moró en Viena profesaba públicamente el cristianismo, y sacrificaba en secreto á los dioses.

Haciendo el ejercicio un dia con sus soldados en el campo de Marte, segun su costumbre, se le rompió el escudo quedándosele en la mano el asa; y queriendo que este accidente fuese interpretado por la supersticion popular como un presajio mas bien favorable que siniestro, esclamó: «Nada hay que temer; »pues no he perdido lo que te»nia en la mano.»

Muchos príncipes alemanes,

Digitized by Google

escitados por Constancio, penetraron en la Galia y batieron á un jeneral de Juliano; mas reparó este revés, sorprendiendo en su campamento á Vadomero, jefe de aquella liga, á quien hizo prisionero, y no le puso en libertad hasta que hubo firmado la paz.

Libre del temor de los bárbaros, y dejando contra ellos fuerzas suficientes para contenerlos en caso de necesidad, se puso en marcha, y empezó á ejecutar su vasto designio. Imitó á César en la rapidez, á la cual han debido sus triunfos casi todos los grandes jenerales: una de sus columnas atravesó la Recia: otra la Iliria; y él al frente de tres mil hombres escojidos penetró por la selva Hercinia (Selva Negra): costeó el Danubio, y llegó sin obstáculo á Sirmio, donde debian reunirse todas sus divisiones.

Todavía le creian sus enemigos en la Galia; y esta marcha rápida habia sido tan secreta, que el conde Luciliano, comandante por Constancio de aquella frontera, fué sorprendido y hecho prisionero en su campamento. Condujéronle á la presencia de Juliano, y cuando esperaba la muerte, se vió, contra su esperanza, recibido por aquel príncipe con estraordinaria afabilidad: pasó repentinamente del susto á la audacia, y se atrevió á hacer presente á Juliano cuánta temeridad era venir á atacar con un ejército tan corto al emperador y á todas las fuerzas del Oriente. «Guarda tus consejos pa»ra Constancio, le dijo el príncipe: »mi clemencia te concede la vida, »pero no la facultad de darme »lecciones impertinentes.»

Todas las provincias que Juliano dejó atrás, y aun la Grecia misma, se declararon en su favor, admiradas y decididas por la rapidez de su marcha: él ganó su afecto haciéndoles beneficios. Entonces empezó á profesar públicamente el politeismo, y permitió á los atenienses volver á abrir el templo de Minerva. Siguiendo su movimiento militar, atravesó el Hemo, y se acercó á Adrianópolis. No fiándose de las dos lejiones de Luciliano, mas bien sorprendidas que vencidas, las envió á la Galia; pero en el camino se sublevaron, se apoderaron de Aquileya, sirvieron como de centro á las fuerzas de Constancio en Italia, y dieron á Juliano tanta mas inquietud, cuanto podian en caso de revés cortarle la retirada.

Informado entretanto el emperador de la marcha imprevista y de los triunfos de aquel jóven,

á quien pensaba mas bien castigar que vencer, sale de su indolencia, consigue, haciendo el último esfuerzo, arrojar á Sapor á la Persia, reune en Tracia los cuerpos mandados por el conde Mateo, su lugarteniente, junta todas las fuerzas de Asia cerca de Antioquía, y promete á sus soldados el socorro de Dios, enemigo de la ingratitud, de la rebelion y de la apostasía. Pero un profundo terror y presentimientos secretos desmentian en su corazon la confianza que mostraba en sus palabras. «No veo cerca »de mí, decia á sus favoritos, mi »jenio tutelar que hasta aora me »acompañaba siempre.»

Muerte de Constancio.—Al salir de Antioquía encuentra en el camino el cadáver de un hombre acabado de degollar. Este espectáculo turba su espíritu crédulo y superesticioso: desarróllasele una calentura: quiere continuar su marcha, pero su enfermedad redobla: detiénese en un castillo al pie del monte Tauro: siente aprocsimarse la muerte, y se entrega á una desesperacion que la hace inevitable.

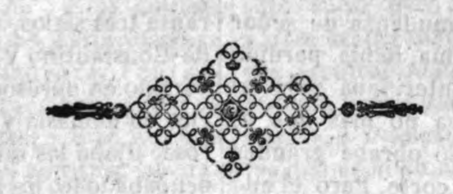
Amiano Marcelino dice, que queriendo sacrificar en el último instante sus resentimientos particulares al interés público, designó por sucesor suyo á Juliano: Gregorio y otros historiadores niegan esto, y dicen que solo mostró arrepentimiento de tres cosas: haber derramado la sangre de su familia, haber nombrado césar á Juliano, y haber sostenido la causa del arrianismo. Por el contrario, San Ambrosio asegura, que impenitente hasta morir, fué bautizado en Antioquía por Euzoyo, obispo arriano. Este príncipe murió el 3 de noviembre de 361, á los cuarenta y cuatro años de edad y veinticuatro de reinado. Su mujer Faustina, que quedó en cinta, parió poco despues una hija llamada Constancia, que fué esposa del emperador Graciano.

El reinado de Constancio fué mirado como una larga calamidad para los pueblos, y un largo oprobio para el imperio; y su muerte, que escusó á los romanos los errores de una guerra civil, pareció tan útil, como funesta habia sido su vida. Así fué como Juliano, favorecido por la fortuna, quedó sin necesidad de combates único dueño del imperio.

Algunas buenas leyes, algunas espediciones acertadas, actos de clemencia y varias señales de virtud no hacen la memoria de Constancio muy odiosa ni muy

Digitized by Google

despreciable. Hizo demasiado mal y muy poco bien. Solo las disputas de relijion que encendió lisonjeándose poderlas apaciguar, fueron una llaga incurable para la Iglesia y para el imperio. El ya citado Amiano, aderido sin fanatismo al antiguo culto de Roma, se espresa en estos términos relativamente á este punto: «Con la supersticion »que pudiera tener una vieja, »turbó al cristianismo, sencillo »como es en sí mismo, y se aplicó mas bien á profundizarlo »por mera curiosidad, que á »conducirlo con cordura; escitó grandes divisiones, y las fomentó con disputas de palabras; »agotó los fondos destinados á »los caminos públicos haciendo »ir y venir incesantemente á los »obispos para tener concilios, »en los cuales queria ser el árbitro del culto y de la creencia.» El testimonio de este historiador tiene tanto mas peso cuanto que su imparcialidad parecia hacer dudosa su relijion: algunos lo han creido afecto al cristianismo.



CAPITULO IV.

JULIANO, EMPERADOR.

(Año 361.)

Revolucion en el imperio al advenimiento de Juliano. — Carácter de Juliano. — Su sistema relijioso. — Popularidad de Juliano. — Restablecimiento del politeismo. — Gobierno de este príncipe. — Su panejírico hecho por él mismo en el *Mysopogon*. — Fenómeno acontecido en la reconstruccion del templo de Jerusalen. — Primeros triunfos de Juliano en su guerra contra Sapor. — Batalla de Marangas. — Muerte de Juliano.

REVOLUCION EN EL IMPERIO AL ADVENIMIENTO DE JULIANO. — La eleccion de los emperadores, que solo era una mudanza de señor desde que Roma habia perdido su libertad, interesaba poco al pueblo, ajitaba no mas que el ejército, y solo obraba grandes cambios en la corte. Pero el advenimiento de Juliano parecia una revolucion; porque entonces puede decirse que eran dos las naciones del imperio: los cristianos, que solo querian un Dios, un príncipe y una ley; y los paganos, que viviendo aun con las memorias antiguas de la república, adoraban en los dioses los creidos protectores de Roma libre y conquistadora.

Los cristianos, oprimidos durante tres siglos, triunfaban desde Constantino y se habian convertido en opresores. La Iglesia, rica en demasía y sobrado poderosa, fijaba las miradas de todos, ocupaba todos los intereses, mandaba despóticamente, dirijia las conciencias en su provecho, y lo que es mas, se resistia á la autoridad del príncipe. La ambicion, siguiendo esta nueva ruta abierta por la fortuna, preferia las dignidades eclesiásticas á las temporales, huia la esclavitud del senado para buscar la liber-

tad en los concilios, y ya columbraba que la debilidad de los monarcas daria con el tiempo alas á los ambiciosos con tiara para usurpar todo poder. Pero cuando el cristianismo creia inalterable su dominio, y el jentilismo abatido perdia toda esperanza, de repente se eleva al trono un príncipe belicoso, filósofo, sectario ardiente del antiguo culto, enemigo declarado de la relijion nueva, y decidido á restablecer las instituciones, leyes y costumbres de Roma antigua.

CARACTER DE JULIANO. — Juliano, libertador de la Galia, vencedor de la Jermania, amado en las provincias, adorado del ejército, reunia todas las grandes cualidades necesarias para la ejecucion de vastas empresas. La intriga no podia engañar á un príncipe tan sagaz. Su carácter firme era inespugnable en sus resoluciones; y si se hubiese contentado con restituir al imperio su lustre y á las leyes su vigor, reprimir la ambicion de los sacerdotes, someterlos á la autoridad civil, e impedir con una sábia tolerancia las calamidades de tantos siglos de disidencias relijiosas, hubiera hecho una reforma saludable; pero fracasó porque queria lo imposible. Olvidó que *no hay fuerza humana capaz de restablecer una supersticion caida ni una relijion en la que nadie cree. La obediencia esterior puede engañar por algun tiempo á la autoridad, pero la fé no es de su dominio.*

SISTEMA RELIJIOSO DE JULIANO. — El emperador conocia el golpe mortal que habian dado al politeismo los progresos de la razon y las burlas de Luciano; pero esperaba interpretando aquella relijion, sostenerla y hacerla menos absurda. Imbuido en los principios de Platon, de Pitágoras y de los filósofos de la escuela de Alejandría, adoptó las ideas de los gnósticos, que habian seducido á muchos padres de la Iglesia. En este sistema, la naturaleza habia sido obra de un solo Dios; pero sus diferentes partes eran gobernadas por eones ó jenios, á los cuales puso Juliano los nombres de las deidades del Olimpo. Los critianos los llamaron ánjeles. Consideraba á los sabios, virtuosos y héroes como espíritus, que corriendo por grados la escala de los seres, se acercaban progresivamente al Dios soberano. Conciliando así el antiguo culto con las ideas nuevas, esperaba aniquilar los ritos severos del cristianismo, sostener á los romanos su relijion alagüeña,

Digitized by Google

sus ilusiones brillantes y sus pomposas solemnidades, y conservar la doble autoridad del sacerdocio y del imperio, que habia sido tan útil hasta entonces á la política de los gobiernos.

Antes de subir al trono, meditaba y preparaba estas grandes mudanzas; y desde que tomó el título de augusto, quitándose la máscara con que le obligó á cubrir sus verdaderos sentimientos la dependencia y el temor, profesó públicamente su respeto á los dioses y contó en varias ocasiones á sus soldados los consejos que afectaba haber recibido del jenio del imperio y de Apolo; pero cuando supo en Tracia la muerte de Constancio, dejando para mas adelante este proyecto, solo pensó en justificar su conducta, y en dar el apoyo de la autoridad legal á un poder que en su opinion creia poco firme mientras se apoyase solamente en la fuerza de las armas.

Escribió, pues, al senado de Bizancio que le reconoció con prontitud y placer. Ya durante su marcha habia dirijido su justificacion al senado de Roma. «¿Es culpa mia, dijo, si soldados »sin paga, cansados de conseguir »victorias bajo el mando de un »jeneral á quien se le habia »proibido concederles recom»pensas, se han entregado á la »desesperacion, viendo que se »les arrancaba de su patria y fa»milia para llevarlos á climas »remotos y desconocidos? Debí »ceder y cedí á su violencia para »evitar mayores males y conser»varos las Galias.»

A estas palabras se cuenta que añadió una pintura vivísima y amarga de las debilidades, yerros, vicios y crímenes de Constancio; de modo que el senado romano, por mas acostumbrado que estuviese á la servidumbre, y confirmándole unánimemente el título de augusto que habia tomado, le respondió sin embargo, que debia hablar con mas decoro del príncipe á quien debia la púrpura.

Juliano entró en Constantinopla el 11 de diciembre de 361, al frente de sus soldados, precedido del pueblo, y acompañado de los senadores, que habian salido á recibirle á las puertas de la ciudad. Pocos dias despues salió él mismo á recibir el cadáver de Constancio: se arrodilló ante él, puso la diadema á sus pies, y le siguió hasta la iglesia de los santos Apóstoles.

En la Galia se habia admirado su mansedumbre: en Bizancio aterró la severidad de sus pri-

meros actos. En vez de entregar á los tribunales ordinarios las personas odiosas al pueblo, que habian abusado del poder en el reinado anterior, creó para juzgarlas una *cámara ardiente*, la cual atendió mas á la pasion de la venganza que á la voz de la justicia.

El eunuco Eusebio y sus infames cómplices espiaron sus delitos con merecido suplicio; mas se les compadeció, aunque habian delinquido enormemente, porque su condenacion fué ilegal. El destierro del cónsul Tauro pareció una violacion de todas las leyes, y la indignacion pública llegó á su colmo cuando se dió órden de matar á Ursulo, tesorero mayor, célebre por su firmeza, y que habia hecho servicios señalados á Juliano en el tiempo de su adversidad. El mismo emperador afeó á la cámara su severidad, salvó algunas víctimas y volvió á ganar la estimacion jeneral castigando á los delatores y desterrando á los viles espías, que labraban su fortuna con su bajeza, y que durante muchos años habian sido el terror de todo el imperio.

El lujo de la corte devoraba mucho tiempo habia la sustancia del pueblo: Juliano halló en el palacio mil empleados de cocina, y aun mayor número de rapistas y coperos: el de los eunucos escedia á los demás: á todos los echó.

Cuéntase que queriendo una vez cortarse el pelo, se le presentó un hombre vestido con una toga magnífica. «Lo que yo ne»cesito es un barbero, no un se»nador,» dijo Juliano. Supo con admiracion que aquel criado gozaba un sueldo considerable, y mantenia veinte caballos suyos á costa del tesoro. Sin repetir las menudencias que refieren los historiadores de un fausto tan oriental y ridículo, bastará decir que el palacio solo costaba mas que el ejército. Juliano suprimió todos estos abusos, y quizá su economía fué tan escesiva como las prodigalidades de su predecesor; pues para evitar los escesos del lujo, llegó casi á tocar en la mezquindad.

Popularidad de Juliano.—Si se mostró inflecsible con esta turba de hombres inútiles que sitiaban incesantemente el palacio, y pervertian el ánimo del príncipe con sus pérfidas sujestiones, fué accesible al pueblo, y afectó mucho respeto al senado y á los majistrados. Proibió que se le diese el título de señor. «Quiero ser, decia, el príncipe y »no el dueño de los romanos.»

El primer dia de enero, cuando los cónsules Mamertino y Nevitta, segun el uso, fueron por la mañana á visitar al emperador, salióá recibirlos, los abrazó, los hizo subir en sus literas, y mezclándose él mismo entre los ciudadanos, los acompañó á pie hasta el senado. Restituyó á este cuerpo la libertad de las discusiones, animó á sus individuos á contradecirle, y émulo de los antiguos oradores, dedicaba una parte de la noche á la composicion de sus discursos. Tenia tal pasion á todo lo antiguo, que hubiera restablecido probablemente la república, á ser dignas de ella las costumbres de los romanos.

Juliano, al revés de otros príncipes que temen á los filósofos, les dejaba tomar quizá demasiado imperio. Inaccesible á las lisonjas, no lo fué á los sofismas. Libanio y Mácsimo, sus maestros y validos, fueron colmados de onores: y estos enemigos del cristianismo, inspirándole su animosidad, le movieron á conducirse mas bien como jefe de partido que como supremo administrador del estado.

Restablecimiento del politeismo.—Resuelto á volver su antiguo dominio á la idolatría, prefirió por consejo de Libanio la industria á la fuerza. «No sucede con las relijiones, decia este filósofo, lo mismo que en las enfermedades: en estas puede darse la salud al enfermo, á pesar suyo, con una violencia útil; pero ni el hierro ni el fuego harán que el hombre tenga por verdadero lo que le parece falso.»

Si Juliano, como dicen algunos escritores eclesiásticos, era propenso á la crueldad, debe confesarse que en materia de relijion fué humano por política. La opresion que hizo sufrir á los cristianos, fue grave, pero no cruel. Humilló como debia su amor propio, mas no vertió su sangre. Opuesto constantemente á los votos de los paganos que deseaban renovar las antiguas persecuciones, les representó sin cesar y públicamente que la dulzura y caridad de los primeros fieles habia sido la causa de la prosperidad del Evanjelio enmedio de los suplicios.

Mas peligroso por su astucia que lo hubiera sido vertiendo sangre, quiso seducir á los cristianos con el atractivo de los onores y de la fortuna, y el temor del desprecio y de la pobreza. Su tolerancia era finjida, y su rigor verdadero. Mandó por un edicto reparar y volver á

Digitized by Google

abrir los templos de los jentiles, les asignó rentas, estableció festividades, y restituyó á los pontífices las esenciones y prerogativas que gozaban antiguamente. La sangre de las víctimas vuelve á correr en todo el imperio, los arúspices aparecen de nuevo: el aire es perfumado de inciensos y flores: Roma y Bizancio vuelven á ver sus antiguas solemnidades: Apolo recibe las ofrendas del príncipe en el palacio imperial. Este y sus jardines se convierten en un vasto panteon, donde cada dios tiene su estátua, cada bosque su altar.

De todas las funciones del poder supremo ninguna parecia mas onrosa á Juliano que la de sumo pontífice: título que imajinaba preferible al de augusto. Por la mañana ofrecia sacrificios al dios del dia: por la tarde á Diana y á los astros de la noche. Aconsejábanle que obligase á los cristianos á asistir á estas solemnidades. «No quiero, respondia, que se obligue á los galileos (asi los llamaba) á sacrificar á los dioses, ni que se les atormente por sus opiniones. Son mas tontos que perversos. Combatamos contra ellos con la razon, y ganémoslos con la suavidad. No debemos aborrecerlos, sino tenerlos lástima por haberse engañado en la cosa mas esencial de la vida.»

Los cristianos, animados por una fé sincera, resistieron á los consejos y seducciones del príncipe; pero todos los que profesaban este culto por ambicion, que eran muchos, y por seguir el ejemplo de la corte, lo abandonaron luego que les pareció no estar en voga; y los cortesanos, cuya divinidad verdadera es la fortuna, cambiaron de relijion como habian cambiado de señor. Todas las dignidades del imperio fueron el precio de su apostasía.

Interpretando Juliano á su placer la moral severa del Evanjelio para sacar partido de ella, publicó una ley que declaraba á los fieles incapaces del gobierno de las provincias y de los oficios militares. «Los galileos, decia irónicamente en su edicto, no pueden en conciencia ejercer estos empleos; pues el Evanjelio les manda no sacar la espada.»

Los grandes obedecieron al ejemplo y á la autoridad: entre los pocos que resistieron al torrente, se cuentan Joviano y Valentiniano, que despues fueron emperadores. El mismo príncipe cedió á la constancia de ellos; porque el aprecio que hacia de

sus virtudes y talentos militares le impidió destituirlos, á pesar de su odio á la relijion; y á Joviano dejó el importante destino de capitan de su guardia, é hizo que le siguiese en su espedicion contra los persas.

Los arrianos dieron como los católicos ejemplo de valor: uno de ellos, llamado Máris, obispo de Calcedonia, anciano y ciego, mandó que le llevasen al templo de la Fortuna, cuando Juliano sacrificaba en él, y le reprendió públicamente su impiedad. «Yo »me compadezco de tu error, le »respondió el emperador: ese tu »dios galileo que invocas, no te »volverá la vista.»—«Yo le doy »gracias, le respondió atrevida»mente el obispo, porque me »escusa el dolor de ver á un prín»cipe apóstata.» De admirar es el valor de aquel anciano; pero es menester convenir que un monarca absoluto, que sufre tal lenguaje sin castigarlo, no es un tirano. La guerra que hacia al culto de Jesucristo, era mas pérfida que cruel. Para destruir el cristianismo, queria sumerjirlo en las tinieblas de la ignorancia: para resucitar la idolatría y devolverle su antiguo esplendor, deseaba rodearla esclusivamente de las luces que esparcen las ciencias y las letras. Así, temiendo la elocuencia de los Basilios, Gregorios y Apolinarios, antorchas brillantes de la Iglesia, prohibió á los cristianos estudiar y enseñar en las escuelas. Al mismo tiempo ponia el mayor cuidado en la eleccion de los pontífices paganos; y las instrucciones que les daba merecen ciertamente ser imitadas en todos los paises.

Mandó que para conferir el sacerdocio no se atendiese ni al nacimiento ni á las riquezas. Queria que no se confiase tan importante mision sino á los hombres mas distinguidos por su piedad y humanidad, y por los talentos propios á inspirar á los demás hombres esta virtud que es la primera de todas.

Debian, para mostrarse dignos de esta funcion sagrada, ser constantemente benéficos, porque en todas las situaciones de la vida, aun en la indijencia, puede serlo el hombre. Les prescribia servir á los dioses como si estuviesen en su presencia: ser castos en sus ojos, oidos, lenguas y acciones: habituarse á domar siempre sus pasiones para entregarse con aplicacion al estudio de la filosofía, no de la de los poetas y epicúreos que enmuellece y corrompe las almas, sino la de los verdaderos sábios que enseña á vene-

Digitized by Google

rar y temer á los dioses, justos remuneradores de la virtud, y jueces rectos de la maldad. Debian vivir sóbria y sencillamente: la magnificencia no era permitida sino en los templos. Aconsejaba á los pontífices que se presentasen rara vez en público para infundir mas respeto (1) y terminaba su edicto recomendando de nuevo la caridad. «Es vergonzoso para nosotros, decia, que »los galileos mantengan á sus po»bres y á los nuestros.» El enemigo de los cristianos no podria hacer de ellos un elojio mas alto.

Algun tiempo se lisonjeó, aunque en vano, que la autoridad de sus luces é injenio traeria sus adversarios á la sumision. Habiendo leido una obra escrita por Diodoro, en favor del cristianismo, escribió al fin de ella *leí, entendí, y condené*, y la envió con esta nota á muchos obispos. San Basilio, imitando su laconismo, le respondió: *Leiste, mas no entendiste; pues á haber entendido, no habrias condenado.*

Constancio y sus hijos habian quitado sus rentas á muchos templos para enriquecer las iglesias. Juliano con igual arbitrariedad despojó las iglesias á favor de los templos, y en su edicto escusó irónicamente la injusticia, diciendo: *La admirable ley de los cristianos promete á los pobres el reino de los cielos: es justo allanarles el camino: la pobreza les dará sabiduria en esta vida, y un reino seguro en la otra.*

GOBIERNO DE JULIANO. — Basta este solo rasgo para probar el talento de Juliano, y el cómo conoció desde luego á los sacerdotes que predicaban la pobreza. Si el espíritu de partido le estraviaba en materia de relijion, la equidad mas suave dictaba sus sentencias y edictos en los de-

(1) Quéjanse con frecuencia nuestros sacerdotes de estos tiempos del poco respeto que se les tiene, y por consiguiente del poco caso que se hace de la relijion, y lo atribuyen á la corrupcion del siglo. Si el pueblo ha llegado á mirarlos con indiferencia, es porque los ve egoistas correr tras las ambiciones mundanas, envueltos en las intrigas de los partidos, acaudillar infames facciones, predicar la tiranía, santificar el despotismo, convertirse en enemigos de los hombres que piensan; y cuando subversivos proyectos no meditan, se ve á muchos de ellos en los parajes y sitios mas públicos haciendo alarde de impiedad y de asqueroso cinismo. Tomen el consejo del que llaman Apóstata, observen lo que aconsejaba Juliano á sus pontífices: no salgan de la iglesia sino para ejercer su ministerio de paz y santidad, y serán reverenciados en vez de escarnecidos.

Digitized by Google

más asuntos; y como los hombres rijidos le reprendiesen su induljencia: «Un príncipe, les »respondió, es una ley viva que »debe templar con su bondad el »escesivo rigor de las leyes »muertas.»

Solo el espionaje, que durante muchos siglos abria en la corte las puertas de la fortuna, esperimentó siempre su severidad; y cuando sometido á las leyes de Constancio tenia que dejar libres en sus funciones á aquellos hombres viles, llamados *curiosos*, no pudiendo hacerles probrar su odio, les mostraba por lo menos su desprecio.

Un dia que el príncipe distribuia gratificaciones, uno de estos ajentes, en lugar de estender la ropa, segun la costumbre, presentó las dos manos. «Estos, »dijo Juliano, no saben cómo »han de recibir; pero saben muy »bien cómo han de robar.»

Conocia tan profundamente la carga del reinado, que muchos historiadores le han creido sincero cuando dijo que estaba esento de ambicion, y que ascendia al trono contra su voluntad. Antes de esta revolucion, habiéndole dicho que Constancio iba á llamarle á su corte y a darle un sucesor, respondió: «Me »alegraré: mas vale haber hecho »en poco tiempo mucho bien, »que hacer en mucho tiempo »mucho mal.»

Enemigo de los placeres y de la ociosidad, era tan activo en el consejo como en el campamento. Restituyó el vigor á las antiguas leyes, las corrijió, devolvió á los municipios las tierras usurpadas por los emperadores, y dejó entera libertad á los abogados. Accesible á las quejas, y justo en las decisiones, seguia mas bien el espíritu que la letra de la ley; y como desconfiaba de su impetuosidad natural, lejos de ofenderse de las objeciones, animaba á los majistrados á que le contradijesen.

Un dia, oyendo á unos abogados que elojiaban su justicia y su jenio, les dijo: «¡Cuánto me »agradarian vuestras alabanzas, »si os creyese bastante sinceros »y animosos para censurarme en »caso de merecerlo!»

No conocia la inquietud de los príncipes cobardes que les hace prestar oidos á la delacion, y los arrastra á la tiranía. Estando en Asia, denunció un delator á un ciudadano muy rico, acusándole de aspirar al imperio. «¿Qué »pruebas tienes, le dijo Juliano, »de su delito?» —«Ha mandado »hacerse, replicó el espía, una »toga y un manto de color de

Digitized by Google

»púrpura.» —Entonces el emperador dijo á su tesorero: «Da »á este delator botas y coturno »de color de púrpura, y que los »lleve al acusado para que tenga »el vestido completo.»

Fiel á las mácsimas de la filosofía, procuraba siempre hacerse dueño de sus pasiones, escepto la ambicion de gloria militar, que ni aun pensó en combatir. Vencedor de los jermanos en el Occidente, queria que el Asia fuese tambien teatro de sus triunfos. Determinado á estender los límites del imperio, reusó, aunque se lo aconsejaron, marchar contra los godos, á quienes despreciaba, y cuyo vencimiento le parecia fácil.

La conquista de Persia, y el deseo de igualar á la gloria de Alejandro, inflamaban su imajinacion. Creía firmemente en la metempsícosis de Pitágoras, y se persuadia que su alma habia morado antiguamente en el cuerpo del héroe macedonio.

Antes de salir de Constantinopla para la ejecucion de sus vastos designios, quiso dejar en aquella capital monumentos durables de su mansion. Construyó un puerto embellecido por una galería magnífica: edificó un pórtico en el palacio imperial, y puso en él una biblioteca numerosa: concedió al senado de Oriente privilejios que igualaban la nueva Roma con la antigua. «Constantino, decia, amaba á Bi»zancio como á hija: Constancio »como á hermana: yo como á »madre y nodriza.»

Atravesando el Bósforo llegó á Nicomedia, y no pudo ver sin dolor las ruinas de una ciudad en que habia pasado su infancia; y así prodigó sus tesoros para reedificarla. Llevado de su pasion al culto de los dioses, cuyos altares queria restablecer, fué á Frijia con solo el objeto de visitar en Pesinunte el famoso templo de Cibeles, cuya estátua habia llevado en otro tiempo á Roma Scipion Nasica, obedeciendo al oráculo que encargaba esta comision al mas virtuoso de los romanos. En esta ciudad compuso en onor de la diosa un discurso que ha llegado hasta nosotros; y al mismo tiempo escribió una apolojía elocuente de Diójenes el Cínico, filósofo poco digno de elojios.

Cuando atravesó la Cilicia, Celso, gobernador de esta provincia, le arengó y pronunció su panejírico, siguiendo la costumbre que un filósofo como Juliano hubiera debido abolir. El emperador llegó á Antioquía en 362, cuando la ciudad estaba de luto lamentando la muerte de Adónis.

Digitized by Google

Miró esta casualidad como un presajio funesto: ni su valor ni sus vastos conocimientos alcanzaron á preservarle de una crédula supersticion. Los grandes hombres raras veces se libran de las enfermedades de su siglo.

Ilustró su llegada á Siria con un acto de jenerosidad. Formábase entonces proceso á Talacio, antiguo valido de Constancio, y uno de los que mas fieramente habian perseguido á Galo. Muchos ciudadanos incitaban al emperador á que vengase su injuria y la de ellos. «Talacio, le decian, te ha ofendido: y ha cometido mil violencias contra nosotros.» Indignado Juliano de ver que querian abusar de su autoridad para oprimir á un desgraciado, poderoso en otro tiempo, y ya indefenso, respondió á los acusadores: «Puesto que confesais que vuestro enemigo lo es mio, debeis ceder de vuestra querella, hasta que yo vengue la mia, que en mi entender merece la preferencia.»

Suspendióse el proceso: y como el único delito de Talacio era haberse opuesto valerosamente, y casi solo, á la tiranía de Galo, Juliano le devolvió poco despues sus empleos, y le onró con su benevolencia.

Al mismo tiempo procuraban con mas justicia, escitar su ira contra Teodoto, descubriéndole que habia aconsejado á Constancio dar la muerte al césar: «Ya lo sabia yo, respondió el príncipe. Vuelve á tu casa, Teodoto, sin ningun recelo; vive bajo el reinado de un emperador que siguiendo las mácsimas de los filósofos, procura siempre disminuir el número de sus contrarios y aumentar el de sus amigos.»

Romano y Vicente, capitanes de su guardia, convencidos de haber aspirado al trono, no recibieron mas castigo que el destierro. Marcelo, hijo de su antiguo enemigo, y algunos ministros de Constancio fueron los únicos condenados á muerte; pero á pesar de las malignas reconvenciones de los escritores católicos, su suplicio fué mas bien triste castigo de los delitos cometidos contra el pueblo, que un resentimiento del príncipe.

Sin embargo, Juliano hizo vanos esfuerzos para ganar el amor de los de Antioquia, habitualmente sediciosos y burlones. Los católicos y arrianos le aborrecian como enemigo de su culto, y la austeridad de sus costumbres no podia agradar á los sirios voluptuosos y afeminados. Ridiculizaron su gravedad, su barba lar-

Digitized by Google

za, su frugalidad y la sencillez de sus vestidos. Diariamente le insultaban en pasquines insolentes y escritos satíricos. Aunque le llegó al alma esta injuria, no tomó otra venganza que la de escribir una obra injeniosa, célebre hasta nuestros dias, titulada *Misopógon*, ó el enemigo de la barba. En ella hizo el retrato de sí mismo: finje adoptar las opiniones de los antioquenos, y reuniendo en un cuadro reducido todos los defectos de que le acusaban, hace el panejírico mas interesante de su conducta, de su sistema y sus virtudes.

Los sirios, á pesar de su amor á los placeres, no frecuentaban el célebre bosque de Dafne, desde que recibieron la luz del Evanjelio. Antiguamente reinaba el deleite, desterrado el pudor, bajo aquellas sombras deliciosas: la dulzura del clima, los céspedes esmaltados de flores, el murmullo de los claros arroyos que los bañaban, el canto de las aves, los himnos que recordaban el amor de Apolo á Dafne, todo entregaba los sentidos á una molicie voluptuosa. El mortal que en aquel verjel consagrado á placeres nada misteriosos, hubiera entrado con miradas castas y costumbres puras, habria sido espelido como un profano. Todos mostraban el mismo ardor que Febo, y ninguna la esquivez de Dafne. Al aspecto severo de la cruz, quedáron destruidos los prestijios de la voluptuosidad y desiertos sus altares. Edificóse en el mismo sitio una iglesia, donde se depositó el cuerpo del mártir Babilés, y desde entonces cesó el oráculo de Apolo: su silencio lo atribuyeron los paganos á la profanacion del bosque sagrado, y los cristianos á la presencia del santo. ¡Siempre supersticion! El emperador, queriendo restituir al dios sus antiguos onores, fué al bosque á hacer un sacrificio; pero nadie se atrevió á acompañarle, sino el sacerdote sacrificador. Con éste motivo reprendió indignado al senado y pueblo de Antioquía su indiferencia con respecto al antiguo culto. «Nunca os he visto en »los templos, les decia, sinó pa»ra prodigarme adulaciones in»dignas. No debeis dar inciense »á mí, sino á los dioses.»

Solo renunciaba á su austeridad filosófica en favor del politeismo. Dícese por sus contrarios que en las fiestas de Venus se paseó por las calles de Antioquía adornado de guirnaldas de flores enmedio de una comitiva licenciosa repitiendo canciones escenas, y precedido de una multitud

de prostitutas. Esto carece de verosimilitud. San Crisóstomo, que es el que describe estas vergonzosas solemnidades, teme que la posteridad se niegue á creer tan estravagantes desórdenes de que dice era testigo toda una ciudad. Deplorable efecto de la debilidad humana! Sin embargo, una vez que la supersticion ha gangrenado el cerebro, la enfermedad es incurable, dice Voltaire.

Los historiadores jentiles cuentan que Apolo dió en fin un oráculo, y fué el siguiente: «Estoy »rodeado de cadáveres: no daré »respuesta hasta que se quiten »los muertos que mancillan mis »altares.» Juliano hizo trasportar á otro sitio las reliquias de San Babilés. A pocos dias pereció el templo de Apolo incendiado por los católicos, y Juliano en venganza mandó cerrar la iglesia de Antioquía. El sacerdote Teodoreto, que se resistia á ello, fué degollado por los paganos. El emperador manifestó grande enojo contra los asesinos, y mandó perseguirlos en justicia. «No »quiero, decia, que haya mártires en mi reinado: no quiero »que nadie perezca por opiniones relijiosas.»

Una falta demasiado comun en los gobernantes irritó mas contra él al pueblo de Antioquía, donde á la sazon se esperimentaba grande escasez. El emperador puso precio á los granos, y publicó edictos severos contra los acumuladores de trigo. Toda traba destruye la actividad de los comerciantes; la libertad únicamente favorece las especulaciones, y la concurrencia conserva el nivel de los precios. Los granos fueron mas caros y escasos: los sirios acusaron al príncipe del mal que sufrian. Juliano no respondió á las injurias, sino prodigando sus tesoros para socorrer al pueblo.

Espuesto á los sarcasmos de una poblacion numerosa, atormentado por el odio de los arrianos y católicos, sufrió además la contradiccion de los filósofos á quienes tanto amaba; y para vencerla, empleó un medio muy fácil, cual es lisonjear su vanidad. Libanio reusaba orgullosamente venir á su palacio á unirse á sus cortesanos, y desechaba todos sus dones. «Hé aquí un re»galo, le dijo Juliano, que segu»ramente aceptarás: declaro que »tus virtudes te dan entre los mas »grandes filósofos el mismo lu»gar que tus discursos te han da»do entre los mas grandes ora»dores.»

Este príncipe se manifestó siempre neutral entre arrianos y

católicos, ya por tolerancia, ya para fomentar entre los cristianos la division y debilitarlos. Es cierto que el objeto principal de sus pensamientos era la destruccion del culto de Jesus, que creia contrario á las antiguas costumbres, é incompatible con la antigua ambicion de los romanos, única fuente de su gloria.

Compuso contra el cristianismo un libro que no ha llegado hasta nuestros dias; pero conocemos una parte de él por la refutacion de San Cirilo. Así el uno como el otro parece que se han propuesto en sus escritos, derribar mas bien la doctrina que atacan que justificar la que defienden. Juliano en su obra, como en una injeniosa alegoría que se ha conservado, y en que cuenta sus infortunios, sus inspiraciones y su gloria, aconsejaba á los pueblos que adoptasen su relijion. Llamábala el *helenismo*, y le daba por base la idea del Ser supremo y de su hijo, que es el *Logos* de Platon, cuya imájen y santuario era el sol: los demás dioses, segun él, se reducian á emanaciones de la divinidad.

Fenómeno acontecido en la reconstruccion del templo de Jerusalen.—Inclinado á favorecer á los judios porque eran enemigos de los cristianos, proyectó para desmentir las profecías, reedificar el templo de Jerusalen, destruido tres siglos antes. Avisó su resolucion á los judios por un edicto, los esceptuó de todo impuesto estraordinario, les dió parte de sus tesoros, reunió para la ejecucion de esta empresa un inmenso número de obreros, y encargó á Alipio, intendente de Palestina, que acelerase la obra sin perdonar trabajo ni dinero para acabarla prontamente. Antes de construir el nuevo edificio, se demolieron los cimientos del antiguo. Los hebreos acudieron de todas partes del mundo á Jerusalen con la esperanza de volver á levantar su templo y culto, su potencia y su gloria. Esta esperanza fué engañada. No solo los autores eclesiásticos, sino tambien Amiano Marcelino, historiador jentil, tan supersticiosos uno como otros, cuentan que salieron de la tierra con gran ruido globos de fuego, los cuales lanzándose repetidas veces sobre los obreros, les impedian llegar á los cimientos y sumerjian enmedio de las llamas á los trabajadores mas osados. Veamos aora si es posible dar entrada á tan miserable conseja. Juliano, dicen, se vió obligado á abandonar su proyec-

Digitized by Google

to, y á ceder á una resistencia superior á sus fuerzas.

Pero como si no fuesen bastantes Amiano y los ya citados autores eclesiásticos, para presentarnos una prueba de los despreciables efectos de la credulidad, y de las torpezas que hacen decir á la historia, Sozomeno, Rufino y Sócrates repiten esta pueril mentira, y la testifican San Gregorio, San Crisóstomo y San Ambrosio, añadiendo que este suceso afirmó la fé de los cristianos y desesperó á los judios, muchos de los cuales se convirtieron. ¡Así se llena la historia de imbecilidades cuando se tiene interés en engañar á la humanidad!

Los filosófos con mas razon esplican en un caso el fenómeno, atribuyéndolo al betumen y azufre de que abunda aquel terreno, como lo prueban los terremotos frecuentes en aquella parte del Asia, que habian sumerjido en el abismo ó abrasado con llamas ciudades muy populosas. Siempre la credulidad adopta mas facilmente las relaciones milagrosas que las fundadas sobre causas naturales. Un error capital cunde con mas facilidad que una verdad fundamental; porque es mas fácil creer que discurrir, y los hombres en jeneral prefieren los portentos del fanatismo, á una verdad sencilla y palpable.

Entretanto el emperador reunia con suma actividad tropas, armas, víveres y municiones de todas partes para la guerra que meditaba contra Persia. Temeroso Sapor, de sus preparativos y de la habilidad del vencedor de Jermania, le propuso la paz, dejándole dueño de arreglar las condiciones. Juliano, que queria terminar la lid de tantos siglos con la conquista de la Persia y no con un tratado, no respondió á aquellas ofertas pacíficas sino reusando toda negociacion. Para esta guerra se impuso á los cristianos un tributo especial: medida injusta y sin disculpa; como hija del odio. Creia que dejándoles la vida y la libertad de profesar su relijion, aunque los oprimiese sin cesar, no mereceria el renombre de perseguidor.

Muchas naciones del Oriente le ofrecieron tropas ausiliares. «Los romanos, respondió, dan »socorro á los otros pueblos, y »no lo reciben.» Los sarracenos querian venderle sus servicios, y él les dijo: «Un príncipe beli»coso no tiene oro, sino hierro.» El rey de Armenia era tributario de Roma. Juliano, que le despreciaba porque habia abra-

Digitized by Google

sado el cristianismo, le envió en lugar de una invitacion una órden dura, como á vasallo, de armar sus tropas y seguirle á la guerra.

El ejército romano (363) dividido en muchas columnas, pasó el Eufrates con secreto y rapidez en diferentes puntos, y sus divisiones se establecieron en los cuarteles ya designados, al abrigo de algunas fortalezas, hasta el momento de su reunion. Juliano, cuando estuvieron cumplidas todas sus órdenes, salió de Antioquía jurando no volver á ella, y en señal de su enojo, dejó por gobernador en aquella ciudad á Alejandro de Heliópolis, hombre injusto, duro y violento, del cual decia: «Bien sé que Alejandro no merece mandar, »pero Antioquía merece obedecerle.»

Llegó á Berea, donde halló olvidado el politeismo, é hizo vanos esfuerzos con el senado de aquella ciudad para restablecer el culto de los dioses. Barnes le fué mas favorable, y los habitantes le acompañaron á sacrificar en los templos de Apolo y Júpiter.

La rapidez de su marcha fué tal, que ya habia pasado el Eufrates, y los persas le creian en Antioquía. A pesar de la importancia de Edesa, se alejó de esta plaza porque estaba poblada de cristianos, y fué á Carras, ciudad célebre por la ruina de Craso: habia en ella un templo famoso dedicado á la Luna, á la cual el príncipe tenia particular devocion. Procopio, que pagó despues con la cabeza su momentánea elevacion, decia que Juliano, estando en Carras, le habia dado un manto de púrpura y designádole por sucesor en el caso de que pereciese en esta guerra.

Dos caminos tenia el ejército romano para penetrar en Persia: uno por la Adiabene, pasando el Tigris; otro por la Mesopotamia costeando el Eufrates. Juliano, para engañar á los persas, los hizo reconocer entrambos, precedido por destacamentos. Dejó en Mesopotamia, bajo las órdenes de Procopio y Sebastian, treinta mil hombres escojidos que debian reunírsele despues en Asiria con Arsaces y sus armenios; finjió marchar ácia el Tigris, y avanzó rápidamente por el Eufrates. En este rio tenia cincuenta buques de guerra y mil de transporte cargados de víveres, que aseguraban la subsistencia á sus tropas.

Ya se habia puesto en marcha cuando recibió cartas de Salus-

lio, prefecto de las Galias, el mas sincero y leal de sus amigos, en que le rogaba que suspendiese la espedicion, porque los dioses no se mostraban favorables á ella. Juliano, consolado con otros agüeros, continuó su movimiento, y llegando adonde estaba el sepulcro de Gordiano el jóven, onró con libaciones la memoria de este príncipe: libaciones que habian de repetirse dentro de poco en su misma tumba.

Pocos dias despues, un soldado, acometido por un leon furioso, lo mató de una lanzada: y el emperador creyó la muerte de la fiera presajio de la caida del rey persiano. En este tiempo los católicos, los arrianos, los idólatras y los filósofos, aunque diferian en creencia, se daban la mano en la supersticion; dudaban de las verdades y creian en las fábulas.

Una antigua preocupacion, confirmada por muchos escarmientos y esparcida en el Oriente, parecia disminuir la confianza de los romanos; porque era una creencia jeneral que los ejércitos del imperio no podian penetrar en Persia sin esponerse á grandes desastres. Juliano procuró destruir el mal efecto de esta tradicion popular: reunió sus tropas y les recordó los triunfos de muchos capitanes, cuyas águilas victoriosas habian penetrado hasta el centro del Asia.

«Estos grandes hombres, añadió, no eran escitados sino por »la gloria: nosotros lo somos por »ella y por la venganza: la der»rota de nuestras lejiones, la »devastacion de nuestros cam»pos, la ruina de nuestras ciuda»des nos ponen con justicia el »acero en la mano. Reparemos »lo pasado, aseguremos lo fu»turo y merezcamos fama in»mortal. Yo cumpliré los debe»res de jeneral, oficial y solda»do. Los dioses me han concedi»do auspicios favorables; pero »si la fortuna engañase mis es»peranzas, me tendria por feliz »pereciendo, como los Mucios, »Decios y Curcios, por el bien »de la patria.»

«Imitemos á nuestros mayores »cuya constancia vencia todos »los obstáculos. Ellos lucharon »penosamente muchos años an»tes de subyugar á Fidenas, á »Veyos, á Numancia: la ruina »de Cartago fué el premio de un »siglo de combates. Sigamos tan »glorioso ejemplo, y sobre todo »evitemos un escollo funesto »hartas veces á nuestras armas. »La disciplina fué la causa de sus »victorias: la licencia, de nues»tras derrotas. Peleemos para

Digitized by Google

vencer, no para saquear. La »desobediencia me hallará inflexible: todo el que se aparte »de sus banderas, será mutilado.»

«No temais las armas del enemigo, sino su astucia: desconfiad de los lazos que tenderá la »codicia. Yo, sometiéndome el »primero á la regla jeneral, aunque venza, no me haré como »otros príncipes superior á las »leyes: daré cuenta de mi conducta á la faz del mundo. Marchad confiados: fatigas, peligros, todo será comun entre nosotros; y no olvideis que la justicia de nuestra causa es el presajio mas seguro de la victoria.»

Los soldados, levantando sus escudos, responden á estas palabras con aclamaciones unánimes, y gritan: «Volemos sin temor al combate bajo el mando »de un emperador invencible.»

El ejército se puso en marcha en tres columnas precedidas de tropas lijeras: el ala derecha, mandada por Nevitta, y precedida por la escuadra, costeaba el Eufrates: la izquierda, compuesta casi toda de caballería, avanzaba en la llanura, á las órdenes de Arinteo y Hormisdas. Víctor y Secundino mandaban la retaguardia. Juliano, colocado en el centro, acudia á todos los puntos donde su presencia era necesaria.

Primeros triunfos de Juliano.—La toma de tres fortalezas fué su primera operacion, y la devastacion de Asiria castigó la de las provincias romanas. Las ciudades de Hiacira y Ozogardana fueron consumidas por el fuego. Marcharon quince dias sin encontrar á los persas: al fin su caballería se presentó. Hormisdas la acometió y puso en huida. Despues de este triunfo llegaron á un sitio donde el Eufrates se divide en dos brazos: uno que se dirije ácia Babilonia, y otro que se une con el Tigris en el camino de Ctesifonte. Un cuerpo numeroso de persas defendia este segundo brazo: Juliano los engañó con sus movimientos, pasó el rio y se acampó delante de Pirisabor, una de las mas grandes ciudades de Asiria.

Su numerosa poblacion resistió con denuedo al principio los ataques de los romanos; pero cuando los habitantes vieron marchar contra sus murallas el *helepolis* (1), la mas temida de

(1) Era el Helépolis la mas grande máquina de guerra que servia para el ataque y asalto de las plazas. Consistia en una torre cuadrada de madera, cuya galería superior tenia una

las máquinas antiguas, inventada por Demetrio Poliorcetes, se apoderó el terror de sus ánimos, capitularon y abrieron sus puertas. El emperador halló en esta plaza gran cantidad de víveres y armas.

Despues de esta victoria mar-

quinta parte menos que su base, y su elevacion era triple y á veces cuádruple que uno de sus lados; pues debia superar la muralla de la plaza sitiada y aun sus mismas torres. Los autores le dan cuarenta y cuatro codos de planta, que equivalen á unos sesenta y seis pies. Sus frentes y flancos estaban sostenidos con fuertes planchas de hierro, revestidos con adobes y cubiertos con pieles frescas, á fin de embotar las armas arrojadizas de los contrarios, y evitar el incendio con los combustibles que estos le dirijian. Estas torres contenian desde seis hasta catorce pisos con sus respectivas ventanas y troneras, y se comunicaba á ellas por medio de dos escaleras colocadas en los ángulos opuestos de cada piso y en la misma direccion, la una para subir, y la otra para bajar, á fin de evitar la confusion y poder proveer con facilidad á los soldados en sus respectivos pisos de armas y víveres, cuyo repuesto se establecia á retaguardia de la torre. El Helépolis tenia en el piso bajo un ariete de corredera para abrir brecha en la muralla enemiga, y uno ó dos puentes levadizos colocados en el piso que convenia segun la altura que tenia la muralla sitiada. Estos puentes, parecidos á los de nuestras plazas de armas, estaban unidos á la torre por medio de fuertes goznes de hierro, y se levantaban y bajaban con el ausilio de cadenas de hierro: á sus lados habia una barandilla para que los soldados transitasen sin peligro, y en la cabeza unos fuertes garfios para hacerla firme en la muralla ó brecha sobre que se hacia caer. Los demás pisos contenian la jente que debia dar el asalto, ó sostener á esta cuando lo verificasen. Llegado el Helépolis á su sitio, que era siempre el mas prócsimo á la muralla enemiga, los soldados colocados en el piso bajo daban impulso al ariete para abrir la brecha: los que se hallaban en la galería superior y en los pisos altos, auyentaban con sus armas arrojadizas á los sitiados que defendian el muro ó la brecha, hasta quedar casi despejado aquel frente. Entonces se daba la señal para bajar el puente, ó puentes si tenia mas de uno, y los soldados destinados al asalto, al momento de verlo asegurado y firme, salian formados en columna cerrada á ocho de frente y acometian. Entretanto desde los pisos hacian caer una lluvia de flechas y piedras sobre los sitiados; siendo de notar que la columna no podia retroceder en caso de resistencia, por el empuje de los que la formaban, que eran siempre las tropas mas escojidas que á pie firme y á retaguardia de la torre esperaban el momento de verificar el asalto. Dueños de la muralla los sitiadores, se apoderaban de las máquinas enemigas, y completaban la victoria.

Digitized by Google

muraban las tropas, y no querian penetrar mas adelante en aquellos vastos paises que habian sido el sepulcro de tantas lejiones. Juliano, con sus discursos, los sosegó y reanimó. Continuando su marcha, rodeó unas grandes lagunas, y se acercó á la ciudad de Maogama. Adelantándose casi solo para reconocerla, se vió rodeado por diez jinetes persas; mató á algunos de ellos, auyentó á los demás, y debió la vida á su intrepidez. La ciudad fué tomada al tercer asalto, y entregada al furor de las tropas.

Trajéronse á presencia del emperador algunas nobles cautivas de insigne hermosura: no quiso verlas, imitando á Scipion en la continencia, así como le habia imitado en el valor. Pasó despues á ver las ruinas de Seleucia, tristes monumentos de la inconstancia de la suerte y de la caducidad de los imperios. La escuadra dejó el Eufrates para entrar en el Tigris, rio que debia pasar el ejército. Espantados los oficiales, por lo tajado de sus ribazos y lo rápido de su curso, suplicaban á Juliano que difiriese el tránsito. «Y ¿qué ganareis »en ello? les respondió: el tiem»po no retardará la velocidad de »las aguas ni allanará las már»jenes: lo que hará, será aumen»tar el número de los enemigos »que defienden el paso.» Callaron y obedecieron.

con la toma de la plaza y su saqueo.

Los autores mas respetables no detallan con esactitud las fuerzas motrices que daban impulso á aquellas enormes máquinas; pero la opinion mas jeneralmente recibida es que se colocaban sobre gruesos ejes de madera, á cuyos estremos habia unas ruedas pequeñas y macizas; y con el ausilio de varios cilindros movibles que se situaban á su frente, y se remplazaban con lo que despedia la máquina, segun adelantaba (por el impulso de fuertes maromas, afianzadas en el suelo á varios potros enterrados, y tirados por medio de poleas y molinetes colocados á diferentes distancias y en varios sentidos) se le daba direccion esactamente hasta arrimarla á la muralla. Para ello los sitiadores formaban antes una estrada sólida y bien batida, desde el punto en donde se construia la torre hasta el foso de la plaza enemiga, dándole una pendiente muy suave para facilitar el tránsito de aquella; al mismo tiempo, y cubiertos por sus manteletes etc., terraplenaban el foso con árboles, fajinas, piedras, escombros y tierra bien apisonada, sobreponiendo en todo el tránsito unas esplanadas movibles de gruesos maderos bien unidos que iban colocando segun adelantaba la máquina de su tránsito y de este modo conseguian colocarla casi inmediata á la muralla enemiga.

Despues de una sangrienta pelea, quedó la victoria por los romanos: pasaron el rio, mataron seis mil persas, y persiguieron las reliquias del ejército vencido hasta las puertas de Ctesifonte: límite fatal, que la esperiencia de tantas campañas, afirmada tambien en oráculos, habia proibido pasar á los romanos.

Juliano hizo allí un sacrificio á Marte: de diez toros que se debian inmolar, nueve murieron antes de llegar al altar; el último se escapó: vuélvenle y cae al golpe del cuchillo sagrado; pero sus entrañas no ofrecen al pontífice sino auspicios amenazadores. Juliano, dejando de respetar al cielo cuando se oponia á su gloria, se enfada contra Marte, jura que no le hará mas sacrificios, y manda á las tropas consternadas que no busquen otros agüeros sino los de su valor y su fortuna.

Queriendo evitar la pérdida de tiempo que causaria el cerco de una ciudad tan grande, procuró escitar con denuestos y desafios el valor de los ciudadanos de Ctesifonte, para que saliesen á pelear á la llanura: mas ellos le respondieron, que si queria lograr el ardiente deseo de medirse con los persas, debia alejarse de sus inespugnables murallas, y marchar contra el ejército del rey de reyes. Al mismo tiempo se presentó en el campo romano un enviado de Sapor con carta para el príncipe Hormisdas, en que prometia hacerle justicia, y solicitaba su mediacion para la paz con Roma.

Juliano, como casi todos los conquistadores, estaba embriagado de orgullo: su filosofia se rindió á este pernicioso veneno, siempre oculto en la copa de la gloria. El poder y la fama se pierden muchas veces por quererlos estender demasiado. Desechó, pues, las proposiciones de Sapor, y le desafió á la batalla para las llanuras de Arbelas, esperando triunfar en aquel campo como Alejandro. La rapidez de un brazo del Tigris retardó su marcha: otros ostáculos detuvieron al ejército de Mesopotamia, y la fortuna comenzó á mostrarse esquiva con un príncipe abandonado de la prudencia.

En estas críticas circunstancias, un persa distinguido por su nacimiento se presenta al emperador como un proscrito irritado que desea vengarse de las injusticias de su rey. «Puedes, dijo á Juliano, hacerte »dueño de Persia en poco tiem»po y antes que Sapor haya re»unido ejército para defenderla; »pero es fuerza que te alejes de

»tu escuadra, cuya lentitud hará imposibles los progresos. »Tienes dos ejércitos, de los cuales el uno se consume en guiar »al otro. Tus bajeles son mas »bien un ostáculo que un socorro. »Líbrate de ese impedimento: yo »sé un camino que lleva directamente al centro del imperio »persa. Atrévete á seguirle: toma víveres para cuatro dias. »Yo te guiaré: mi cabeza es fiadora de mi lealtad.»

Juliano, demasiado crédulo, olvidando los ejemplos funestos de Craso y Antonio, sigue el consejo del fingido desertor, desprecia los prudentes avisos de Hormisdas y las murmuraciones del ejército, toma víveres para veinte dias, y se pone temerariamente en marcha bajo la palabra de un traidor, que desaparece apenas el ejército, privado del ausilio de la escuadra, se hallaba enmedio del desierto.

El emperador, conociendo tarde su yerro, sufrió su desgracia con la firmeza. Mudando de camino y alejándose del Tigris entró en una llanura, cuya fertilidad empezó á disipar los temores; pero la caballería persa se derrama por los campos, quema las mieses, destruye las aldeas, priva á los romanos de todo recurso, y los entrega á las miserias de una ambre espantosa, enemigo mas terrible que los ejércitos del Oriente.

Juliano abandonó entonces toda idea de conquista, y solo pensó en salvar el ejército. Despues de una larga deliberacion, resuelve volver á sus fronteras por la Corduena, pequeña provincia de Armenia, dependiente de los romanos; pero el rey de Persia, previendo su designio, se opuso á él, y apareció al frente de un ejército cuyos numerosos escuadrones cubrian la llanura. Los romanos, acometidos sin cesar, continuan su retirada peleando á cada paso: rechazaban al enemigo, mas este no tardaba en volver á atacarle.

Batalla de Marangas. — En fin el 22 de junio todas las fuerzas reunidas del rey de Persia acometieron á los romanos junto á un pueblo llamado Marangas: el valor triunfó del número: los persas fueron vencidos y ahuyentados; pero el vencedor estaba rendido al ambre. El intrépido Juliano no podia aliviar los males del soldado, sino participando de ellos. Su ejemplo solo los sostenia: en vano le instaban á que aceptase los alimentos reservados para él; al punto los distribuia entre todos. El 26 de junio enmedio de la noche le pa-

rece ver de nuevo al jenio del imperio, pero pálido, triste y cubriendo con un velo lúgubre su cabeza y el cuerno de la abundancia, del cual salia una llama viva que cae y desaparece: imájen de la suerte de Juliano. Espantado con esta aparicion, llama á los arúspices etruscos: estos declaran que los dioses proiben combatir.

El emperador no cree que el cielo aconseje la cobardía, y continua su marcha. El escesivo calor le impide armarse: corre al frente de las columnas para reconocer el pais que van á atravesar, cuando le avisan que la retaguardia es acometida. Toma su escudo sin acordarse del peto: se lanza á la batalla, reanima á los suyos haciendo prodijios de valor, mata á un gran número de persas, vuelve á la vanguardia que peleaba tambien contra un cuerpo mas numeroso, desbarata y auyenta á los enemigos, los persigue con un ardor que ningun consejo puede contener, ni los gritos de sus soldados; y en fin, el dardo de un jinete dando al soslayo en su brazo, le atraviesa por las costillas y penetra en el hígado. El emperador cae: sácanle de la batalla sobre un escudo: apenas le vendan la herida, cuando al saber que los enemigos han atacado de nuevo, monta á caballo para volver al combate; pero un torrente de sangre sale de su herida y vuelve á caer. El furor de los romanos y la desesperacion de los persas prolongaron la sangrienta batalla hasta la noche, y la victoria quedaba indecisa.

Muerte de Juliano. — Pero nada resistió á la furia de las lejiones cuando supieron que peligraba la vida del emperador: la caballería persa de los inmortales feneció: el triunfo de los romanos fué completo: los enemigos perdieron sus soldados mas valientes, cincuenta sátrapas y los dos jenerales que mandaban el ejército. A haber sobrevivido Juliano, quizá esta victoria hubiera sido decisiva. Aunque estaba mal herido esperaba sanar, pero pronto el mal se agravó y perdió toda esperanza. Los que le acompañaban, no hacian mas que jemir y llorar: él solo, tendido en una piel de leon, mostraba en sus últimos instantes la mayor firmeza. «Queridos com»pañeros, les dijo: la naturaleza »reclama lo que me dió: yo se »lo vuelvo, no con el pesar de »un hombre muy afecto á la vi»da, sino con la tranquilidad de »un deudor que paga. La filoso-

Digitized by Google

»Ha me ha enseñado que el alma »no es feliz hasta que se libra de »las prisiones del cuerpo. Debe»mos alegrarnos y no afligirnos, »cuando la parte mas noble de »nuestro ser se aparta de la que »degrada. La muerte es á veces »la mas bella corona que los dio»ses conceden á la virtud. La re»cibo como un beneficio que me »liberta de muchos escollos. He »vivido sin crímen, y muero sin »remordimientos. Tanto en el »colmo de la prosperidad, como »en la desgracia y el destierro, »cumplí mis deberes. Mirando »mi autoridad como una emana»cion del poder divino, creo que »la he conservado sin mancha, »gobernando á los pueblos con »suavidad, y no declarando la »guerra sino con justicia. La vic»toria no dependia de mí, sino »de los dioses.»

«Enemigo del poder arbitra»rio y de la ambicion, que co»rrompen las costumbres y a»rruinan los estados, deseé siem»pre la paz; pero cuando la pa»tria me llamó á los combates, »obedecí á su voz como buen »hijo, y arrostré por ella todos »los riesgos.»

»Largo tiempo há que me ha»bian pronosticado una muerte »violenta. Doy gracias al Ser e»terno, por no haber perecido »bajo los puñales de pérfidos »conjurados, ó en los tormentos »de una larga enfermedad, ó en »los suplicios que han terminado »los dias de muchos príncipes de»lincuentes. Ha juzgado sin du»da que yo merecia, enmedio de »mi gloria floreciente, una muer»te ilustre.»

«La razon nos dice que es tan»ta cobardía desear morir cuan»do no es preciso, como evitar»lo cuando llega la ora. Pero mis »fuezas me abandonan y me im»piden prolongar esta última »despedida. Debeis elejir un »nuevo emperador: yo no quiero »influir en el nombramiento. A»caso mi juicio no seria acerta»do; y si no lo confirmáseis, solo »serviria para la perdicion del »que yo designase. Mi único vo»to, como hijo agradecido de la »república, es que muerto yo con»fieis la autoridad á un jefe vir»tuoso.»

Despues de este discurso, que redobló el afecto y las lágrimas de los circunstantes, mandó que su cadáver fuese llevado á Tarso, y distribuyó sus bienes entre sus amigos. Admirábase de la ausencia de uno de ellos, llamado Anatolio. Salustio le dijo: »A»natolio es ya feliz.» Juliano le entendió, y mostró tanto dolor por esta pérdida, como indife-

rencia por su misma suerte. Sus amigos sollozaban: «Es mucha »debilidad, les dijo, llorar á un »príncipe que se aleja de la tierra »para reunirse á los astros y á los »espíritus celestes.»

Despues de un corto desmayo recobró el uso de sus sentidos, llamó á los filósofos Prisco y Mácsimo, y sostuvo con ellos una larga discusion acerca de la ecsistencia del alma, pero se volvió á abrir la herida, se le oprimió la respiracion, pidió agua, y habiéndola debido, espiró sin agonía (1).

Este grande y sabio príncipe murió el 27 de junio de 363, á la edad treinta y dos años, siete despues de su elevacion á la dignidad de césar, y el tercero de su reinado.

(1) Los cuentos populares que un zelo mal entendido ha diseminado sobre la muerte de Juliano, merecen tanto desprecio, como las infámias y crueldades con que se ha querido infamar su memoria por haber aborrecido al cristianismo. Entre los muchos absurdos y sandeces que se cuentan por los cándidos escritores católicos, se nota este. El autor desconocido de las actas de san Teodoreto, que suponia haber seguido al emperador en su última accion, dice *que el ejército enemigo estaba compuesto de anjeles en forma humana.* ¡Pobre historia, cuantas sandeces te han hecho decir los tontos!

Sin atender á sus panejiristas ni á sus enemigos, que lo representaron unos como modelo de reyes, y otros como un tirano, basta conocer sus acciones y leer sus obras, para colocarle entre los hombres justamente célebres.

Preciso es que tuviese un mérito superior, pues su nombre ha atravesado los siglos á pesar de la caida de la relijion que quiso ensalzar. Es lamentable su error y su afecto á la idolatría; mas no se puede negar la admiracion á un príncipe que vivió, gobernó y murió como verdadero romano (1).

(1) "*O tú, que superaste á los romanos mas ilustres, desde tus primeros pasos en la carrera del imperio; que muerto en la flor de la edad, dejas mayor fama que la de todos los héroes de la historia; tú, á quien á la vez animaron las almas de Alejandro y de Marco Aurelio; que viviste como Caton, escribias como Demóstenes, y has muerto como Epaminondas; príncipe inmortal, que no conociste otro deleite que el austero de la virtud;* Juliano! *protector de los dioses del imperio, de la antigua libertad romana y de la sabiduría del Capitolio; adios! adios para siempre! Hiciste grandes cosas, y sin tu muerte fatal, tu jénio preparaba mayores asombros al universo. Discípulo de los seres sublimes que velan sobre las altas acciones*

En su reinado los bárbaros vencidos respetaron las fronteras del imperio: la agricultura y el comercio estuvieron protejidos contra las concusiones: los delatores se ocultaron; la justicia presidió los tribunales, hubo libertad en el senado: la disciplina restituyó á los ejércitos su fuerza y gloria: los campos y templos resonaban con imnos antiguos, y lo que es mas con acciones de gracias á un príncipe protector y defensor del imperio. Solo en las iglesias de los cristianos resonaban las quejas y jemidos: su dolor era justo, pero sumamente ecsajerado; deploraban no su ruina sino la pérdida de su sacerdotal dominacion.

de los hombres, te has reunido á sus eternas sustancias: tu gloria llenó el mundo, y la filosofia por segunda vez se asentó contigo en el trono." Estas palabras elocuentes de Libanio, en su panejírico fúnebre de Juliano, y la despedida sublime que ya hemos copiado, dirijida á sus oficiales y amigos, conservada por Ammiano Marcelino, testigo ocular, forman raro contraste con las estúpidas nociones vulgares sobre el *Apóstata*. Aun el poeta cristiano Prudencio, no pudo negar al héroe un tributo de admiracion, y termina su elojio con este verso notable:

Perfidus ille Deo, sed non et perfidus orbi.

El edicto que nos ha quedado de Juliano, si prueba su estraña parcialidad por el politeismo, nos da tambien á conocer con sobrada certidumbre que, si los cristianos condenaban su creencia, no podian acusarlo de persecucion. Si la corte les estaba cerrada y su ambicion habia tenido que callar, las iglesias las tenian abiertas, y la injusticia del príncipe ofendia mas á su codicia que á su fé.

«No quiero, decia, que mueran los galileos, ni que se les »maltrate en manera alguna, sino que sean absolutamente preferidos los adoradores de los »dioses. La estupidez y locura »de los galileos ha puesto al imperio en el borde de su ruina, »y la bondad de los dioses nos ha »salvado. Justo es pues, onrar á »los dioses y distinguir á las personas y ciudades que lo hacen.»

Estas palabras y su apreciable conducta, dan la justa medida de la censura que con fundamento podia dirijírsele, pero que un falso y supersticioso zelo ha llevado hasta el esceso.

Las victorias que alcanzó su constancia en la adversidad, su moderacion en la fortuna, su audácia en el peligro y la rapidez de sus marchas, le colocan entre los grandes capitanes. Su tem-

Digitized by Google

pienza, la severidad de sus costumbres, su amor á la moral, y la sabiduría de sus mácsimas, no le hacen indigno del virtuoso Marco Aurelio, á quien tomó por modelo. ¡Feliz, si limitándose á seguir sus vestijios, no hubiera querido imitar á Alejandro entregándose á un deseo desenfrenado de gloria, que le hizo morir á la edad de treinta y dos años como el héroe macedonio, y dejando espuesto el imperio á las desgracias que vienen siempre tras la felicidad de los conquistadores!

Si las grandes acciones de Juliano escitan la admiracion, la lectura de sus cartas le hace amar. Aunque dueño del mundo, conocia la necesidad y el precio de un buen amigo. Emprendió un largo viaje para defender, como simple ciudadano, la causa de Cartesio, uno de sus amigos, y la de Arete, mujer virtuosa y rica, á la cual querian despojar de sus bienes hombres poderosos é injustos.

En sus cartas escritas con el abandono de la confianza, se ve cuánto hubiera preferido el retiro al trono, y hasta qué punto le molestaba el peso de la soberanía, «demasiado, decia, para »un hombre, y que ecsijiria el »jenio de un dios.»

Conociendo la estension de sus deberes, se consagró á cumplirlos. Su vida entera fué un contínuo trabajo, y pocos escritores antiguos le superaron en talento y actividad.

Varios de sus escritos han llegado hasta nosotros, á pesar de los infames conatos de muchos cristianos por borrar su eterna memoria. No hablaremos de los *Panejíricos* de Constancio y Eusebia, dictado el uno por la necesidad y el otro por la gratitud, ni del elojio del *Sol-rey ó Logos* de Platon, en el cual es mas sofista que orador: sino de tres obras injeniosas en que brilla la viveza de su imajinacion, y cuyo mérito no ha disminuido la diversidad de los tiempos y las costumbres.

Una es, la alegoría en que pinta su carácter, esplica su doctrina, y describe sus infortunios y su elevacion.

La segunda es una sátira histórica y picante, en que hace comparecer ante los dioses á Hércules, á Alejandro y á todos los césares desde Julio hasta Constancio, disputando el lugar que deben obtener en el cielo, y aprecia con raro discernimiento sus defectos y cualidades.

La forma de esta sátira es injeniosa y nueva: la composicion,

Digitized by Google

aunque muy filosófica, está amenizada por la sal cáustica del viejo Sileno, censor burlesco de las deidades del Olimpo y de los héroes de la tierra.

En esta lucha de grandes hombres la filosofia triunfa de la gloria; y la justicia de los dioses concede á Marco Aurelio la superioridad sobre todos sus concurrentes.

La tercera obra, menos grave, y acaso mas interesante, es el *Misopŏgon*, de que ya hemos hablado, en que se burla amargamente de las costumbres afeminadas de los antioquenos. Es muy raro que un príncipe absoluto y ofendido, use no mas que de su injenio para vengar las injurias, y responda á los libelos con una sátira.

Cuando el ejército romano volvió á Siria, el cadáver de Juliano se enterró con pompa en la ciudad de Tarso.

Los cristianos, altamente estúpidos, creyeron que su alma fué á arder en los profundos infiernos; y los paganos, tan imbéciles como sus contrarios, lo colocaron en el número de los dioses; mas al mismo tiempo onraron su tumba con un templo, grabando en sus parades y con caractéres griegos, la siguiente inscricion: *Aquí yace Juliano, que perdió la vida habiendo pasado el Tigris. Fué escelente emperador y valiente guerrero.*



CAPITULO V.

JOVIANO, EMPERADOR.

(Año 363.)

Salustio reusa el imperio. — Eleccion de Joviano. — Defeccion y retirada del ejército despues de la muerte de Juliano. — Funerales de Juliano. — Joviano tolera todos los cultos. — Muerte de Joviano.

Salustio reusa el imperio. — Vacante estaba el trono, el ejército en riesgo, y el imperio espuesto á las calamidades de una guerra civil y relijiosa, y deseábase, pues, nombrar un jefe para contener y dirijir las tropas, disminuidas por tantos combates, estenuadas por el ambre, y ostigadas sin cesar por el enemigo.

El grande interés de la salud pública fué en aquel momento superior al espíritu de partido; y los idólatras, católicos y arrianos convinieron en elevar al poder supremo á un jentil, á Salustio, prefecto del pretorio, amigo de Juliano, y digno por sus talentos y virtudes, de sucederle.

Pero Salustio, mas atento al peso de la corona que á su esplendor, reusó el gravámen que iba á imponer sobre él la estimacion jeneral. Dió por motivos para escusarse su edad y su salud. Entonces uno de los jenerales, levantando la voz, dijo á sus compañeros: «Si Juliano estu»viese, no muerto, sino ausente »de nosotros, vuestro primer »cuidado sería hacer una retira»da segura y pronta. Obremos, »pues, como si el emperador vi»viese, y atendamos solo á nues»tra salvacion. Cuando estemos »en Mesopotamia, haremos la »eleccion con mas despacio y »prudencia, de manera que na»die pueda tacharla de ilega»lidad.»

Digitized by Google

Eleccion de Joviano.— Este dictámen, quizá el mas sensato en aquellas circunstancias, iba á ser adoptado; pero de repente pronunciaron algunas voces el nombre de Joviano. Las aclamaciones de los soldados que rodeaban la junta de jenerales, no dejaron tiempo de votar. Los mas apartados, oyendo el grito de *viva Joviano*, y engañados por la disonancia del nombre, creen que Juliano ha vuelto en sí. Los transportes ruidosos de la alegría pública parecen una aprovacion universal del nombramiento de los jenerales: Joviano es proclamado augusto por el consejo; y el error de las lejiones no se disipó hasta que se presentó el nuevo príncipe, cuando no era posible ya desacer la equivocacion.

Flavio Claudio Joviano, era hijo de un aldeano de Mesia: este era el conde de Varroniano, que llegó á los grados mas altos por su valor, y mandó un cuerpo de la guardia de Diocleciano; y como esta tropa tenia el nombre de *jovios*, por amor á ella dió á su hijo el nombre de Joviano: el cual se distinguió tanto por su valor y probidad, que Juliano, perdonándole su inespugnable adesion á la fé cristiana, le dejó el importante destino de jefe de la guardia interior de palacio y de conde de los domésticos.

Cuando murió Constancio, tuvo el encargo de conducir á Constantinopla el cadáver de este emperador; y los onores que entonces recibió parecieron á algunos hombres supersticiosos presajios de su futura grandeza. Amiano era idólatra; pero su parcialidad contra los príncipes que profesaban el cristianismo, no le impidió pintar á Joviano como un monarca jeneroso, afable y benéfico. Su valor y actividad le ganaban el aprecio: la alegría de su carácter le hacia amar; y siendo tolerante al mismo tiempo que zeloso de su relijion, no persiguió ni á herejes ni á jentiles. No se reprendian en él otros defectos que la inclinacion al vino y á los placeres. Su poca esperiencia en la administracion le hizo cometer algunos yerros, escusables por la aspereza de las circunstancias y la rectitud de sus intenciones.

Este príncipe, cuya hermosura era singular, tenia tan alta estatura, que al principio no se hallaron vestidos imperiales que le viniesen. En el trono pareció mas sorprendido que embriagado de su elevacion; y viéndose jefe de tantos jenerales que le man-

Digitized by Google

daban el dia antes, no se mostró ni orgulloso ni tímido. Firme en sus principios é incapaz de disimular, su primer cuidado fué reunir las lejiones y declararles, que «siendo cristiano y temiendo á Dios, no podia mandar á »idólatras.»

Los escritores eclesiásticos aseguran que entonces gritaron todas las lejiones que eran cristianas, y que el error á que les habia inducido Juliano, habia durado muy poco para hacerles olvidar la fé y el ejemplo del gran Constantino.

Sin embargo de la tal autoridad y del respeto que merezca á muchos la opinion de escritores tan parciales y á menudo tan embusteros como son los historiadores eclesiásticos, no creemos verosímil el que una sola palabra de un príncipe bastase para mudar repentinamente la relijion de un ejército; mas lo que conviene establecer aquí es que desde esta época recobró el cristianismo su poder en el imperio y no lo perdió. Ya no tuvo adversarios tan valientes y respetables como Juliano.

Cuando el resentimiento de los cristianos dejó de estar contenido por el poder de este príncipe, dieron un libre curso á su odio y ultrajaron su memoria con injurias y regocijos indecentes. Algunos escritores eclesiásticos, tales como Teodoro y Sozomeno, supusieron que al sentirse herido Juliano, creyó ver á Jesucristo, y que llenando las manos con su propia sangre la arrojó contra el cielo esclamando: «Al »fin triunfas Galileo! Tú me »persigues por todas partes. Pues »bien, aun reniego de tí; sáciate »de mi sangre, pues me has ven»cido.»

Muchos autores paganos, no menos apasionados, propalaron otras fábulas semejantes, y atribuian la muerte del emperador á la traicion, diciendo que habia caido á los golpes de un romano fanático cristiano. Los persas creyeron esta traicion, é infamaron á sus enemigos con el nombre de alevosos, y avivaron entre ellos el fuego de la discordia.

La alegría de Sapor, rey persiano, cuando supo por un tránsfuga la muerte de su vencedor, fué tan grande como habia sido su miedo. Los persas conservaron por mucho tiempo la impresion del terror que les causaba aquel guerrero formidable, y le representaron bajo los emblemas de un rayo y de un leon vomitando llamas.

Creíase que la madre de Julia-

Digitized by Google

no, pocos dias antes de darle á luz, habia soñado que paria á Aquiles, como previendo la futura gloria de su hijo. La consternacion que aflijia antes el campamento de los persas, pasó al de los romanos, quienes temian supersticiosamente la voz de los arúspices, que anunciaban grandes desgracias si se detenia el ejército para combatir. En lugar, pues, de cojer el fruto de las victorias de Juliano, se pusieron en marcha ácia el Tigris.

La retirada parecia fuga, y reanimó la confianza y el ardor de los persas; y así vinieron á atacar á sus enemigos. Al principio los elefantes desbarataron la caballería romana y desordenaron la infantería; sin embargo, las lejiones se reacen, vuelven al combate, rechazan al enemigo, continuan su marcha, llegan á un valle y se atrincheran en él. Allí se da otra batalla: los persas coronando las alturas vecinas, se precipitan sobre los romanos, les echan en cara haber vendido á su príncipe, y huir de su enemigos; y los oprimen con dardos é injurias. Unos por el deseo de hacer sufrir á sus contrarios la suerte funesta de Craso, otros por la memoria de tantas azañas, la ignominia de ser vencidos y el temor de la muerte, se escitan con furor á la pelea, que fué sangrienta y ostinada.

Despues de esfuerzos prodijiosos los persianos rompen la puerta del campamento y penetran hasta la tienda imperial. Joviano, en un peligro tan grande, justifica su elevacion con su valor, reanima y vuelve al combate sus tropas desmayadas, espanta á los mas valientes enemigos con la osadía de sus ataques, da esperanzas con su ejemplo á los romanos mas tímidos, echa á los persas del valladar, los persigue, hace en ellos gran carnicería, y continúa con mas seguridad su retirada.

Llegó en fin á las orillas del Tigris: mas ni tenia barcas ni puente para atravesar este rio velocísimo, cuya márjen opuesta estaba coronada de enemigos: en vano el emperador, temiendo esponer su ejército á una muerte no dudosa, quiere seguir un camino mas largo, pero no de tanto peligro. Los romanos, temerarios á fuerza de miedo, declaran á gritos que quieren probar aquel paso arriesgado: Joviano cede á sus instancias.

Quinientos nadadores galos atraviesan de noche el rio: sorprenden y degüellan á los persas

Digitized by Google

que guardaban la otra orilla. Todo el ejército, animado por tan buen suceso, quiere pasar el Tigris sobre odres, que atadas unas con otras formaban un puente frájil, pero la rapidez de las aguas hace que se aneguen los mas atrevidos, y los otros intimidados renuncian á una empresa tan desatinada.

Sin embargo, Sapor temia á los romanos aunque los veía huir: porque cada combate le robaba un gran número de soldados: temia principalmente la llegada prócsima de un cuerpo de cuarenta mil hombres que Juliano habia dejado en Mesopotamia á las órdenes de Procopio. Ajitado por estos pensamientos, y desconfiando de rendir á Joviano por la fuerza, intentó engañarle, y lo consiguió.

El surena (título que daban en Persia al jenaral de la caballería) se presenta en el campo romano y dice al emperador: «Mi rey y señor respeta la virtud desgraciada, y en vez de cebarse con la superioridad que tiene, te ofrece la paz á condiciones onrosas, y aun te propone su alianza.»

El ejército romano carecia de viveres: Joviano temia la ambicion de Procopio, y no deseaba deber á su socorro la salvacion de las tropas. Recibió, pues, favorablemente al ministro de Sapor, envió á Salustio á los reales persianos, y mostró con poca prudencia grande ardor por concluir la paz. El rey de Persia que lo conoció, ecsijió mucho, y el emperador cometió una falta mas grave. Durante las negociaciones suspendió su marcha, y perdió en conferencias cuatro dias, que hubieran bastado, como observa Amiano, para que el ejército llegase á la Corduena y se pusiese en situacion de dictar la paz en lugar de recibirla.

Los males de la escaséz aumentaban entretanto: el soldado ambriento no podia combatir: las fuerzas del enemigo crecian sin cesar, y con ellas sus pretensiones. Llegóse en fin al estremo de perecer ó someterse. Joviano firmó un tratado vergonzoso, en que cedió á la Persia cinco provincias al Oriente del Tigris, la plaza de Síngara en Mesopotamia, y la ciudad de Nisibis que Roma habia conservado siempre desde la guerra con Mitridates; y para colmo de su abatimiento se abandonó la Armenia, y se entregó al resentimiento de los persas á su rey Arsáces, el aliado mas constante de los romanos.

Raras veces se observa fiel-

mente el tratado que se dicta á un enemigo débil: Sapor le negó los víveres prometidos, y antes que el ejército romano llegase á la Corduena, habia perecido de ambre la mayor parte en tan infausta retirada.

Entrando Joviano en los límites del imperio reducidos por él, nombró jeneralísimo de la caballería e infantería al conde Luciliano, antiguo valido de Constancio; y le envió á Mediolano con el encargo de velar por la tranquilidad del Occidente. Nombró gobernador de las Galias á un franco, llamado Malarico: escribió á Roma pidiendo al senado que confirmase su eleccion, pero entonces no era esta ceremonia mas que una fórmula de costumbre; y así no esperó la respuesta, y se designó á sí mismo por cónsul, y por colega á Varroniano su padre.

FUNERALES DE JULIANO.—La noticia de la muerte de Juliano llenó á los cristianos de alegría y á los jentiles de desesperacion. El filósofo Libanio, fiel á la amistad de este gran príncipe, pronunció su elojio. Antioquía, que se habia burlado de su poder, insultó su memoria: los danzarines, pantomimos y farsantes cuyos talentos desdeñaba, y cuya licencia reprendia, ultrajaron su pompa fúnebre con burlas groseras; pero despues de algunos momentos concedidos al odio, conocieron cuán grande era la pérdida de aquel escelente capitan, cuán despreciable habia sido su conducta para con él, y su dolor fué sumo, pues vieron la ignominia y calamidades que ya entonces sufria el imperio.

Antioquía era ya ciudad fronteriza, y quedó por consiguiente espuesta á grandes peligros: la desesperacion de los habitantes de Nisibis, Síngara y las provincias cedidas que huian de sus ogares, y abandonaron sus campos para no dejar de ser romanos, produjo mucha odiosidad contra el emperador, que se disculpaba con lo duro de las circunstancias y la voluntad del ejército. Afeábasele principalmente haber abandonado la antigua mácsima de la política romana, que proibia ceder á la fuerza, y hacer la paz despues de una derrota. El emperador hubiera sido verdaderamente culpable, si hubiese mandado á hombres capaces por su disciplina y su firmeza de observar y seguir la antigua política.

TOLERANCIA DE JOVIANO CON LOS CULTOS.—Condujo á Tarso el cadáver de su antecesor, y celebró con toda pompa sus ecse-

Digitized by Google

quias. En aquella ciudad encontró á los cristianos perseguidores, triunfantes á los arrianos y oprimidos á los jentiles. Joviano opuso su autoridad á la persecucion, protejió eficazmente á los idólatras, é hizo presente á los cristianos que *Dios no queria adoraciones forzadas, y que la violencia servia solamente para hacer hipócritas.* Publicó una ley que mandaba tolerar todos los cultos, y mereció por conformarse al verdadero espíritu de la caridad evanjélica, los elojios que le dió Temistio en el panejírico que pronunció en su presencia.

Por otra parte, para satisfacer á los partidarios de su culto, hizo reaparecer sobre el lábaro el nombre de Jesucristo, y volvió á su silla al célebre Atanasio, contra el cual Juliano habia fulminado injustamente decreto de destierro.

Atanasio fué enviado á Antioquía; este elocuente y virtuoso obispo, manifestaba por la Iglesia aquel amor acendrado que inflamaba á los antiguos romanos por su patria, y á pesar de las persecuciones que el odio y la envidia le suscitaron, nunca se mostró irritado por la desgracia, ni aprobó las medidas de rigor contra sus enemigos.

Los arrianos temblaron viéndole favorecido del príncipe; cada partido animaba al emperador para que persiguiese á sus adversarios; pero Joviano respondia á todos: «Aborrezco las »controversias eclesiásticas, y »sabré contener á los facciosos: »entre los cristianos solo amaré »á aquellos que tengan virtudes »y pacíficos sentimientos.» Dejamos á la consideracion del lector el graduar el estado del cristianismo en aquella época, ya que tanto empeño tienen en ocultarlo los escritores parciales.

Logró en parte el fruto de su prudencia; y en el concilio que mandó celebrar en Antioquía, muchos arrianos se adirieron á los católicos, y suscribieron á la fórmula de Nicea. Los habitantes de aquella gran ciudad, siempre sediciosos y mal contentos, no perdonaron á Joviano mas que á su predecesor. «Es un »nuevo Páris, decian, hermoso, »y causa de la ruina de la patria. »Los dioses formaron su cuerpo »á costa de su alma.» Joviano respondió á sus insultos despreciándolos.

En la misma ciudad recibió noticias infaustas de las Galias. Luciliano, su suegro, fué asesinado en aquella provincia. Valentiniano, su lugarteniente, no

Digitized by Google

pudo librarse del furor del pueblo, sino por el valor de su huésped. Malarico habia reusado el gobierno del pais: Jovinio lo aceptó. Este oficial, á quien Juliano confió antes el mismo destino, logró reprimir la sedicion, cuya causa no era otra que el pesar ocasionado por la muerte del libertador de las Galias. Valentiniano, libre de los asesinos, vino á la corte del emperador, y se le confió el mando de la guardia. Joviano acababa de nombrar cónsul á Varroniano, su hijo, que aun estaba en la cuna.

Muerte de Joviano.— Roma, Constantinopla, y todos los ejércitos habian reconocido al emperador: la capital de Oriente le preparaba un recibimiento magnífico, y su esposa la emperatriz Cariton habia salido de Bizancio á recibirle con una comitiva numerosa; cuando el 17 de febrero de 364 se halló muerto á Joviano en su cama. Unos atribuyeron esta desgracia al humo del carbon: otros á la ambicion y á la traicion de Procopio, que sin embargo no sacó utilidad alguna de la catástrofe. Las lejiones ofrecieron de nuevo el imperio á Salustio, que lo volvió á reusar: luego á Jannuario, pariente de Joviano, que desdeñó ó temió tan alta dignidad; y en fin á Valentiniano, ausente á la sazon. Nadie habló del hijo del emperador, porque no habiendo sido nombrado césar, carecia de derecho en una monarquía electiva. Joviano fué enterrado en Constantinopla: ocupó el trono ocho meses. La gratitud de los cristianos y su tolerancia para con los jentiles, le han adquirido un lugar entre los buenos príncipes.



Digitized by Google

CAPITULO VI.

VALENTINIANO, EMPERADOR EN OCCIDENTE; VALENTE, EMPERADOR EN ORIENTE; PROCOPIO, USURPADOR; GRACIANO, CÉSAR; VALENTINIANO II, EMPERADOR EN OCCIDENTE.

(Año 364.)

Retrato de Valentiniano. — Asociacion de Valente al imperio. — Division de los imperios de Oriente y Occidente entre Valentiniano y Valente. — Usurpacion de Procopio. — Cobardía de Valente. — Huida y muerte de Procopio. — Crueldad de Valentiniano. — Muerte de Atanasio. — Disensiones eclesiásticas en Roma. — Victorias de Valentiniano contra los bárbaros y su espedicion en Jermania. — Rebelion de Firmo en Africa. — Muerte de Teodosio. — Esacciones y muerte de Sapor. — Cuadro de la nacion de los godos. — Azañas de Hermanrico y de Amalarico. — Muerte de Valentiniano. — Valentiniano II es proclamado emperador.

Retrato de Valentiniano. — Valentiniano, elevado al trono por el ejército, era hijo del conde Graciano, soldado de fortuna, que ascendió por su valor y fuerza corporal. El nuevo emperador era hermoso, de elevada estatura y ojos llenos de fuego: en su juventud fué tan notable por su templanza y castidad, como por sus fuerzas é intrepidez. Dotado de injenio vivo y penetrante, tenia dichos agudos y juicio sano; pero educado en los campamentos, no habia aprendido las ciencias ni aun el griego, idioma que se hablaba en la mitad del imperio. Solo conocia las leyes militares: era observador severo de la disciplina, y su rigor llegó á veces hasta la crueldad. Habiendo abrazado la relijion cristiana, despreciaba las fábulas del jentilismo; y mientras todos los grandes, por complacer á Juliano, sacrificaban á los ídolos, él desconocia en esta parte su poder, y prefe-

Digitized by Google

ria su estimacion á su cariño; y aun en cierta ocasion se atrevió á poner las manos en un sacerdote jentil, que á pesar suyo queria purificarle, rociándolo con agua lustral.

Su mérito hizo que se perdonase su resistencia, y los sufrajios unánimes del ejército, noble premio de su firmeza, le elevaron á la edad de cuarenta y tres años al poder supremo. Llegó al trono sin intrigas, y lo ocupó sin temor.

Su primera accion probó á los soldados que habian elejido un dueño capaz de apreciar sus servicios sin someterse á su yugo. Habiéndolos reunido segun la costumbre, y comenzado su discurso, le interrumpieron los oficiales y soldados, instándole á que asegurase la paz del imperio, y elijiese un colega, para que si acontecia algun accidente no se viesen sin cabeza como con la muerte de Joviano. Esta especie de precepto sorprendió por un instante á Valentiniano, pero díjoles en tono de autoridad: «Compañeros: ayer érais »dueños de darme ó no el impe»rio: hoy me toca á mí solo to»mar las disposiciones que ecsi»jen el interés y el sosiego del »estado. Conozco mis derechos, »mis obligaciones, mis fuerzas, »y los peligros á que me espone »mi elevacion. La duracion de »la vida es incierta: para liber»taros de nuevas tempestades, »deseais que nombre colega y »sucesor: tambien yo lo deseo; »pero este nombramiento pide »mucha reflecsion. Dejadme ese »cuidado, y volveos en paz á »vuestras tiendas; allí recibireis »la gratificacion de costumbre.» La firmeza del emperador apaciguó el tumulto. Las tropas le aplaudieron, y obedecieron á un príncipe que sabia mandar.

Asociacion de Valente al imperio. — Habiendo Valentiniano reunido el consejo de los jefes principales del ejército, los consultó sobre la eleccion que debia hacer. Casi todos siguieron la opinion de Dagalefo, el cual le dijo: *Si atiendes solo á tu interés, darás el título de augusto á tu hermano Valente: si prefieres el bien público, nombrarás al mas digno.* Este consejo debiera haberlo adoptado, pero no tomó entonces ninguna resolucion: salió de Nicea, fué á Constantinopla, arengó al senado, se estableció en el palacio imperial, y treinta dias despues concedió la púrpura á su hermano Valente: este príncipe, que tenia treinta y seis años de edad, ni habia manifestado ningun ta-

lento, ni servido empleo: cortesano sumiso en el reinado de Juliano, su docilidad fué su único mérito á los ojos de Valentiniano; el cual sabia que asociándolo al imperio, solo tendria en él un vasallo coronado.

La suavidad de Joviano evitó los males que producen las reacciones, y el cristianismo se estendió sin que los jentiles fuesen perseguidos. La desgracia de estos se agravó luego que Valentiniano subió al trono: la caridad se desterró de las iglesias cristianas, el terror hizo abandonar los templos jentiles, los filósofos, arrojados de la corte, abandonaron sus capas, se cortaron la barba que lejos de inspirar respeto escitaba las injurias de sus contrarios rasurados; y los cristianos, arrastrados como siempre por un zelo estúpido, vertieron la sangre de aquellos que solo habian ofendido su amor propio. La eleccion de los dos príncipes partidarios celosos del cristianismo, alentaba las venganzas; pero desde que Valentiniano supo estos desórdenes, trató de remediarlos, y fué tan tolerante en materias relijiosas, como duro y cruel en castigar los delitos civiles y militares. Sin embargo, los amigos de Juliano, perseguidos por el odio católico y acusados por la envidia, fueron proscritos ó destituidos, escepto algunos jenerales, que por su mérito escaparon del naufrajio. La virtud de Salustio triunfó de la acusacion: dejáronle sus empleos por respeto: él los renunció por prudencia.

División de los imperios de Oriente y Occidente.— (365) Los dos emperadores arreglaron el repartimiento difinitivo del imperio. Valente obtuvo la prefectura oriental que se estendia desde el bajo Danubio hasta las fronteras de Persia. Valentiniano se quedó con todo el Occidente, empezando desde la Iliria, la Italia, la España, las Galias, la Britannia y el Africa. La Calcedonia al Este, y el monte Atlas al Oeste eran sus límites. Los pueblos tuvieron que sufrir los gastos de dos cortes, de dos ministerios y de dos consejos. Puede decirse que en esta época comenzó verdaderamente la division del mundo romano en dos imperios, uno de Oriente y otro de Occidente.

Valente estableció su residencia en Constantinopla, y Valentiniano en Mediolano: Roma fué mas bien temida que despreciada. La insultaban, pero era desde lejos: el despotismo embara-

sado en medio de aquellos antiguos monumentos que recordaban las antiguas leyes y el culto primero, huía de aquella tierra clásica de libertad. Los paganos y filósofos, y los que en tiempo de Juliano habian ascendido á los empleos y dignidades, miraban con desesperacion el triunfo de sus adversarios, que les quitó la influencia y las fortunas; pero en Occidente no se atrevian á dar manifiestamente sus quejas, comprimidos por la entereza de Valentiniano. Creyó un deber no entrar en cuestiones teolójicas dejando á los obispos lo concerniente al dogma, y mezclándose únicamente en el órden político de la sociedad. Si hizo salir á la fuerza de Mediolano á San Hilario de Poitiers, fué á causa de las turbulencias que escitaba su zelo atroz contra el obispo de esta ciudad acusado de arrianismo. Lleno de veneracion por otra parte al episcopado, opuso una barrera á los clérigos y á los frailes codiciosos, proibiéndoles frecuentar las casas de las viudas y de los huérfanos, y declarando pertenecer al fisco las donaciones que una mujer engañada les hiciese á pretesto de piedad, aunque fuese en su testamento. Proibió, como habia hecho Constantino, la admision á la clerecía á aquellos que debian sufrir los cargos públicos. Con precauciones tan sabias, se hubiera podido desde un principio prevenir la necesidad imperiosa de estas leyes. El débil Valente inspiraba menos temor, y el odio mostró mas osadía. El desórden que produjo la debilidad, hacia mayor el descontento. En todos los tiempos y paises este desórden alienta y engaña á menudo á los facciosos; olvidan que la mayor parte de los hombres, prefiriendo la quietud al peligro, sufren mucho tiempo antes de atreverse á romper las cadenas que los sujetan, y que las quejas mas jenerales son signos de su dolor, antes de ser gritos de revolucion. Las quejas no prueban muchas veces mas que la servidumbre; el silencio valeroso es quien oculta el resentimiento.

El patricio Petronio, padre de Albia Dominica, esposa de Valente, era vengativo, codicioso, altanero y cruel: escitaba la indignacion pública por su tiranía, y el desprecio por sus vicios. Los romanos creían ver resucitado en él al infame Seyano, odioso valido de Tiberio. Procopio, jeneral famoso, perseguido por amigo de Juliano, y temido de Valente porque se le habia creí-

do digno del imperio, erraba disfrazado de asilo en asilo para salvarse de la proscricion fulminada contra él. Oyendo en todas partes declamar amargamente al pueblo contra el gobierno, se persuade que todos los descontentos están prontos como él á tomar las armas contra la tiranía. Con esta idea trueca el temor en audácia, y aunque fujitivo y sin asilo, dinero ni ausiliares, forma el proyecto temerario de derribar al emperador de Oriente, y colocarse en su trono.

Usurpacion de Procopio.— Al mismo tiempo Valente, temiendo una invasion de los godos, reunia para combatirlos muchos cuerpos de tropas asiáticas, y los esperaba en Cesárea de Capadocia. Procopio, aprovechándose de su ausencia, marcha con dos intrigantes atrevidos, entra de noche en Constantinopla, se oculta, y gana por medio de sus emisarios dos cortes galas que lamentaban todavia la muerte de Juliano, su héroe y su libertador. Seguro de su lealtad, se presenta al frente de ellas cubierto de un manto de púrpura. El populacho, amigo siempre de novedades, le proclama augusto: júntansele muchos aldeanos seducidos por sus promesas: esta comitiva tumultuosa fuerza las puertas de palacio, instala en él al nuevo emperador, que va despues al senado, donde no habia senadores, sino una turba de conjurados oscuros. Los funcionarios huyen, los propietarios y mercaderes se encierran en sus casas, y Procopio reina en un vasto desierto, cuyo silencio le aterra. Sin embargo, sobradamente adelantado para volver atrás, se apodera del puerto y de los arsenales, recibe en su audiencia á unos aventureros que engañan al público, presentándose como embajadores de las potencias estranjeras, y hace que lleguen correos con la falsa noticia de la muerte de su rival. Esta temeridad halló admiradores: el príncipe Hormisdas, belicoso y ardiente, se declara por un usurpador, al cual cree dispuesto á vengar á Juliano y á sus amigos: los godos dan socorros á Procopio: los jovios y erúleos siguen sus estandartes: y en fin, Faustina, viuda del emperador Constancio, le da un nuevo esplendor casándose con él para volver al trono de donde habia descendido muy á su pesar. Procopio tuvo en breve un numeroso ejército que se aumentaba cada dia con los descontentos; y á igualar su jenio á su ambicion,

Digitized by Google

quizá hubiera mudado otra vez el destino del imperio.

Cobardia de Valente.—El cobarde Valente temblaba en Cesárea, prometia abdicar por conservar la vida, y no cedió sino con dificultad á la entereza de sus ministros, que le obligaban á conservar el poder supremo.

Enmedio de estas incertidumbres, una invasion rápida habria aumentado el terror, desconcertado la prudencia, y subyugado el Asia, vencida ya con el espanto; pero Procopio hizo la guerra metódicamente, y lo perdió todo perdiendo el tiempo. Entró en el Asia menor, quiso asegurarse de puestos fortificados, tomó algunas plazas, y se hizo dueño de Cizico despues de un largo sitio. Logró contra los jenerales de Valente una victoria inútil, porque no supo aprovecharse de ella. Esta contemporizacion, buena solo para el que se defiende, permitió á Valente disipar el miedo y ganar el afecto de los pueblos, devolviendo al virtuoso Salustio la prefectura de Oriente. Lupiciano se le reunió con las lejiones de Siria; en fin, el jeneral Arinteo, comparado á los antiguos héroes de Grecia por su hermosura, fuerzas y valor, marchó seguido de un corto número de tropas contra un cuerpo numeroso de rebeldes, se acercó á ellos con osadía, les mandó como si fuera su jefe, que le entregasen al comandante, y fué obedecido.

Reunidos los ejércitos de Valente, el anciano Arbecion, cónsul y jeneral en tiempo de Constantino el Grande, sale de su retiro, y toma el mando de las tropas. Se olvidaron sus concusiones, rapiñas y vicios para acordarse solamente de sus azañas. Los dos ejércitos se encuentran en Tiatira, ciudad de Licia, y se dan batalla. En ambas partes habia igual ánimo y furor: el écsito era dudoso. Enmedio del combate tira su yelmo Arbecion, y ofrece á la vista de los combatientes su cabellera cana y su presencia venerable: «Hijos »mios, grita á los soldados: reco»noced á vuestro padre y jefe; »imitad mi constante fidelidad; »reuníos á las banderas del prín»cipe que habeis elejido, que ha »recibido vuestros juramentos, »y huid del usurpador que pro»fana las leyes y os engaña.» A estas palabras cesa la pelea, todos los soldados de Procopio se someten á las órdenes de Arbecion.

Huida y muerte de Procopio.—El rebelde, abandonado, huye á los bosques con dos ofi-

ciales: estos, por salvar su vida con una perfidia, atan á Procopio, y le llevan al campamento imperial, donde se le corta la cabeza. El emperador se aprovechó de la traicion, pero castigó á los traidores con el mismo suplicio que á su víctima.

El débil Valente, en lugar de atribuir á sus faltas las turbulencias que el valor de sus jenerales habia sosegado, echó la culpa á los pueblos, diciendo que merecian las maldiciones del cielo por su inclinacion á la májia, y publicó edictos severos contra los profesores de esta ciencia engañosa.

En esta época, en todo el imperio romano, así paganos como partidarios de Cristo, igualmente supersticiosos, daban crédito á los echizos, filtros, evocaciones de los espíritus infernales y sortilejios para inspirar amor ó aborrecimiento, y para privar á un enemigo de la razon ó de la vida. Los católicos y los arrianos daban tanto crédito á las predicciones de los echiceros, como los idólatras á los oráculos. Todos convenian en mirar estas artes como criminales, y nadie se manifestaba bastante cuerdo para conocer que si no ecsistian brujos y echiceros, la autoridad no debia combatir una quimera; y que si al contrario los brujos están dotados de la fuerza y ciencia que se les suponia, toda ley contra ellos seria impotente. Persiguióse pues á todos los sospechados de májia: muchos, principalmente jentiles, fueron proscritos con este pretesto, y se abrió un campo vastísimo á la codicia de los delatores.

Cuando Valentiniano supo la rebelion de Procopio, dió buenos consejos á su hermano para dirijir su conducta: mas no le envió socorros, porque una invasion de los alemanes en las Galias, la piratería de los pueblos del Norte que infestaban el Océano, la sublevacion de los pictos y caledonios en Britannia, y el armamento de los mauritanos en África, ocupaban todos sus cuidados y fuerzas. Publicó, á imitacion de su hermano, edictos severos contra los májicos, y los hizo ejecutar con estremo rigor.

Crueldad de Valentiniano. — Valente fué cruel por debilidad: Valentiniano por carácter: inaccesible al miedo, iracundo y feroz, castigaba con la muerte el menor delito. Apenas se encendia su ira, aunque fuese por una palabra, salian de su boca estas espresiones terribles: «Quemadle: degolladle: matad-

Digitized by Google

»le.» Cerca de su alcoba tenia encerrados en jaulas dos osos enormes, dignos favoritos de un tirano, llamados el uno *Inocencia*, y el otro *Mica Aurea*. El emperador se complacia en verles devorar á los miserables condenados. Despues de largos servicios, dió á *Inocencia* un estendido bosque para que le sirviese de posesion y retiro.

Macsimino, gobernador de Roma, mas feroz que los osos del emperador, irritaba su ira, inundaba la Italia de sangre, y cuando se hubo artado de oro y de venganzas, logró por recompensa la prefectura de lasGalias.

Las cárceles de Roma, Mediolano y Antioquía estaban llenas de infelices, amontonados en ellas por la delacion. Sin embargo, en Oriente aliviaba mucho los males públicos la virtud de Salustio, que luchaba con firmeza contra la tiranía. Lo que parece inesplicable en estos tiempos bárbaros, es la contradiccion entre la crueldad de los príncipes y la sabiduría de sus leyes. Cuando Valentiniano no cedia á la violencia de algun resentimiento particular, sus decretos, dictados por la justicia, llevaban el sello del amor al bien público; y son dignas de elojio las medidas que tomó contra la esposicion de los hijos, y los edictos que publicó para protejer los progresos de las ciencias, señaladamente de la medicina. Estableció academias en Roma y Constantinopla. Débesele una hermosa institucion cuyo objeto era reformar grandes abusos, y fué la creacion de setenta y dos defensores encargados de presentar al monarca las peticiones de las provincias y las quejas de las ciudades, y de sostener los derechos de los pueblos. Sordo á los gritos del espíritu de partido, toleró todos los cultos, permitió celebrar los misterios de Eleusis, protejió á los arúspices, reprimió la avaricia de los sacerdotes cristianos, y vedó á los majistrados comprar bienes raices en las provincias que administraban, no creyendo lejítimo un contrato que no podia ser libre.

Valente estaba sometido á su hermano; pero incapaz de luchar contra la intriga, cedió á los consejos de un sacerdote que le habia bautizado, favoreció el arrianismo, y mandó al gobernador de Ejipto que arrojase de su silla á Atanasio. El pueblo defendió á su obispo con las armas, y la autoridad tuvo que ceder. Atanasio acabó sus dias en paz, dejando despues de sí aquella fama durable que no se debe sino á

Digitized by Google

los grandes talentos reunidos y á las grandes virtudes. Su muerte fué una calamidad para su iglesia. Sucedióle el arriano Luciano y este persiguió á los católicos.

Al mismo tiempo Ursicino y Dámaso, cuyo lujo indecente reprende San Jerónimo, disputaban escandalosamente y con las armas la silla de Roma: los dos partidos vinieron á las manos, y de una y otra parte se vertió la sangre á torrentes en el nombre de una relijion que aborrece la inumanidad. En aquel asesinato no se perdonaron ni á las mujeres; Dámaso triunfó, y al siguiente dia de su triunfo *se hallaron en la iglesia ciento treinta cadáveres*.

VICTORIAS DE VALENTINIANO CONTRA LOS BARBAROS, Y SU ESPEDICION EN JERMANIA. — (366) Valentiniano no quiso entender en la sangrienta querella de los obispos, y corrió á la Galia para oponerse á los progresos de los bárbaros. A pesar de las victorias de Constantino y Juliano, Roma conservaba la costumbre de pagar, á título de donativos, tributos anuales á aquellos pueblos: costumbre funesta que empezó en los tiempos de Cómmodo y Caracalla, época primera de la decadencia del imperio.

Habiendo reusado pagar este tributo Ursacio, gran maestre de los oficios, los alemanes tomaron las armas. Las lejiones bátavas, que eran entonces la flor del ejército de la Galia, desmintieron en esta ocasion su antigua fama: despues de una corta resistencia, á pesar de los esfuerzos de los dos jenerales romanos que las mandaban, uyeron y perdieron sus águilas.

Valentiniano las licenció por castigo, y degradó á sus oficiales. Desesperadas por esta humillacio merecida, imploraron la clemencia del príncipe, y pidieron á gritos que se les diese ocasion para restaurar su onra. Valentiniano, conmovido de su arrepentimiento, mandó que les volviesen las armas, y Jovino marchó á su frente hácia Mediomátricos (Metz), donde sorprendió una division alemana, tomó su campamento y lo destrozó. Despues de este triunfo, va sin perder tiempo á Catalaunos (Châlons) encuentra en las llanuras que riega el Matrona (Marne) al ejército grande de los bárbaros, les da batalla, los vence completamente, mata seis mil alemanes, vuelve á Parisios, y recibe de Valentiniano la dignidad de cónsul en recompensa de sus azañas. El esplendor de este triunfo se mancilló con un de-

Digitized by Google

BIBLIOTECA PÚBLICA

lito: en desprecio del derecho de jentes fué aorcado el rey de los alemanes que habia caido prisionero.

Valentiniano, seguido de su hijo Graciano, y acompañado de los jenerales Jovino, Severo y Sebastian, pasa el Rin, y penetra en el valle que riega el Nicer (Wirtemberg). Los alemanes se habian atrincherado en la montaña de Salicinio: el emperador, adelantándose con imprudencia á reconocer aquella posicion, se vió súbitamente rodeado por una multitud inumerable de bárbaros. Su intrepidez le salvó; destrozadas las armas y perdido el yelmo, se abrió paso por medio de los enemigos, y volvió casi solo al campamento.

Poco despues acometió á la montaña, y se apoderó de ella en un largo y sangriento combate. Los alemanes uyen: Sebastian les corta la retirada, y hace en ellos espantosa carnicería. Esta victoria terminó la campaña: Valentiniano empleó lo restante del año en fortificar la frontera del Rin. En el mismo tiempo un pueblo, descendiente de los vándalos, y que no tardó en hacerse famoso bajo el nombre de *Borgoñones*, crecia en número y fuerza en los bosques de Lusacia y Turinjia. Su gobierno parecia mas republicano que monárquico: los sacerdotes tenian grande autoridad. Sinisto, el jefe de ellos, era inviolable; cuando el majistrado supremo de la nacion, que llevaba el título de Hindinos, ejercia un poder muy limitado, daba cuenta al pueblo de su administracion, y podia ser destituido.

Habia algunos años que los borgoñones estendian su potencia invadiendo el territorio de los alemanes. La guerra entre ambos pueblos no se interrumpia sino con treguas de corta duracion. Valentiniano fomentó sus divisiones, y concluyó con Macriano, rey de los alemanes, un tratado de alianza que los bárbaros cumplieron con mas fidelidad que el emperador.

Otros pueblos, que despues fueron arto célebres por sus devastaciones, infestaron entonces las costas de la Galia: eran aventureros, procedentes de las playas del mar del Norte. Ejercitados en la piratería, alentados y enriquecidos por sus primeros robos, formaban, bajo el nombre de *Sajones*, una nacion formidable. Los romanos rechazaron con las armas sus primeras invasiones; y luego, engañándolos con artificios propios de aquel siglo corrompido, los sor-

prendieron cuando descuidaban indefensos por haber treguas, y mataron un gran número de ellos, justificando con esta traicion las orribles venganzas que los pueblos setentrionales ejercieron mas tarde en el Occidente.

Los pictos y caledonios, estendiéndose por Britannia, vencieron muchas veces á los romanos: Teodosio, enviado por el emperador á aquel pais, fijó la victoria: despues de varios combates felices, libertó las provincias, terminó la guerra con tanta prudencia como vigor, obligó á los caledonios á volver á sus bosques, y les quitó un vasto territorio que fué convertido en provincia romana con el nombre de *Valencia*. El libertador de Britannia volvió á la Galia, y enviado por el emperador contra los alemanes que habian tomado de nuevo las armas, sostuvo su nombradía con grandes victorias, y recibió en premio la dignidad de comandante jeneral de la caballería.

Rebelion de Firmo en Africa.— (372) Mientras Valentiniano defendia con gloria el norte del imperio, la tiranía de Romano, gobernador de Africa, su crueldad y avaricia, y la proteccion interesada que concedia á las tribus selváticas de Jetulia, sin atender á las quejas de las ciudades que saqueaban, entregaron aquellos vastos paises á todos los infortunios inseparables de una mala administracion. El emperador, engañado por Romano, le sostenia, y enviaba al suplicio á los que se atrevian á acusarle. Firmo, príncipe mauritano, indignado de estos escesos, y creyendo favorable la ocasion para restituir á su patria la antigua independencia, levantó el estandarte de la rebelion, y trajo á su partido la Mauritania y la Numidia. Activo, animoso y astuto, era una viva imájen de Iugurta: venció á Romano, algunas veces con las armas, las mas por artificio: cada dia aumentaba su poder con sus victorias, y ya concebia esperanzas de ser dueño de toda el Africa, cuando vino Teodosio á derribar su fortuna.

El vencedor de los pictos y alemanes rechazó las tropas del africano, no se dejó sorprender por sus ardides, le atacó en todos los puntos, le obligó á huir, le persiguió sin descanso hasta el centro de los desiertos, y derrotó en batalla campal un ejército inumerable de mauritanos. Firmo, digno de mejor suerte, fué abandonado de los hombres desde que lo fué de la fortuna. Un

príncipe del pais le hizo traicion y le entregó á los romanos; pero se sustrajo al suplicio dándose la muerte. Informado Teodosio de las injusticias y crímenes de Romano, le suspendió de sus funciones; pero el delincuente fué absuelto por el emperador, y restablecido en sus empleos.

MUERTE DE TEODOSIO.—La gloria de Teodosio le hacia aborrecible á los cortesanos y sospechoso al príncipe. Vencedor de los enemigos de Roma y vencido por los delatores, pereció víctima de la envidia de los hijos de Valentiniano, que lo mandaron degollar. El suplicio de este grande hombre no mancilló la vida del emperador: no se verificó sino despues de su muerte. Valentiniano, sumamente cruel cuando se irritaba, era justo por carácter, como lo prueban su administracion y sus leyes; pero fué muchas veces engañado, y era muy comun en él hacer pésimos nombramientos y sostenerlos con ostinacion.

La Italia, perdiendo la libertad, habia conservado la licencia: sufríase el despotismo de los majistrados; pero el pueblo, sin atreverse á hacerles resistencia, se vengaba de ellos con sátiras y sarcasmos. Terencio, panadero en otro tiempo, llegó á ser gobernador de Etruria, á pesar de su estupidez, por un capricho del emperador y de la fortuna. Cuando se presentó en el tribunal por la primera vez, aparecieron muchos pasquines que anunciaban como presajio de su elevacion el acaso de un asno, que huyendo de su amo algunos dias antes, se habia subido al mismo tribunal.

En aquel siglo se hicieron muchas leyes; pero nada se arreglaba por ellas; todo dependia de los hombres. La suerte del imperio consistia en el carácter del príncipe. Roma tenia aun sabios oradores y héroes, pero no ciudadanos. La corrupcion reinaba en las costumbres, y la virtud en las máesimas. Valente, tiránico, débil, desconfiado é injusto, decia: «Que era una felicidad para los pueblos ser gobernados por príncipes que habian vivido muchos años como simples particulares;» y al mismo tiempo que sacrificaba tantas víctimas á la delacion, se citaban de él estas hermosas palabras: «Los delatores son mas perniciosos que los bárbaros, así como las enfermedades internas lo son mas que las producidas por una causa esterior.»

Valentiniano reinó tiránicamente; y sin embargo, nadie co-

Digitized by Google

mo él ha descrito en menos palabras las obligaciones de un gran príncipe. Cuando al ver quebrantada su salud nombró augusto á Graciano, su hijo, en la ciudad de Samarobriva (Amiens), le dijo: «Has ascendido al supremo »poder bajo felices auspicios: »sosten el peso del imperio: a»rrostra los hielos del Rin y del »Danubio: marcha al frente de »las tropas: derrama tu sangre »en defensa de los pueblos, y »considera los bienes y males »del estado como tuyos propios. »Yo consagraré el resto de mi vi»da á grabar en tu corazon los »principios de la justicia. Y vos»otros, soldados, amad al prínci»pe que confio á vuestra fideli»dad: pensad que ha nacido y »va á crecer á la sombra de los »laureles.»

Esacciones y muerte de Sapor. —(374) El Oriente sufria tanto como el Occidente los males del gobierno arbitrario; pero sin estar compensados con la gloria militar. Valente no carecia de buenos jenerales que retardaban la ruina del imperio; pero la indecision y debilidad del príncipe le impedian sacar ventajas de sus talentos, empleados inútilmente en planes muy mal combinados.

Sapor, que en un reinado de setenta años restableció con sus triunfos la gloria de los persas, y la mancilló por sus vicios é injusticias, empleaba ya la fuerza, ya el artificio para satisfacer su insaciable ambicion. Nada contento con el tributo que le pagaba Armenia en virtud del tratado hecho con Joviano, quiso apoderarse de ella, engañó al rey Arsáces con falsas demostraciones de amistad, le hizo asesinar, y redujo la Armenia á provincia de su imperio.

Solamente se le resistió la ciudad de Artojerdice, defendida por Olimpias, viuda de Arsáces: su valor rechazó por mucho tiempo á los persas; pero sobrevino Sapor con ejército numeroso, y la obligó á rendirse. La reina conservó su gloria y perdió su libertad. El rey no pudo conservar pacíficamente una conquista adquirida por un crímen: los armenios é iberos se sublevaron para recobrar su independencia. Teniendo Valente por quebrantada la paz de Joviano con la invasion de los persas en Armenia, se declaró á favor de los rebeldes. Su causa era justa; pero escojió mal el momento para emprender una guerra tan peligrosa contra un reino tan fuerte: porque entonces amenazaban á Constantinopla los

Digitized by Google

godos, nacion formidable, contra la cual eran necesarias todas las fuerzas del emperador.

El rey de Persia, mas pronto que Valente, acometió á los romanos: todos los esfuerzos de Arinteo y de Trajano se limitaron á defender el Eufrates. A pesar de su valor y del ausilio de Vadomario, rey de los alemanes, cautivo en otro tiempo y ya aliado fiel del imperio, los persas, cuyas fuerzas aumentaban todos los dias, se hubieran quizá apoderado del Asia; pero Sapor murió, y las turbulencias que se levantaron en su reino, impidieron la ruina del Oriente. El emperador favorecia la causa de los armenios, mas por ambicion que por justicia: despues de haber finjido protejer á Para, su rey, le hizo traicion. El conde Trajano convidó de órden suya á aquel príncipe y á los grandes de su corte á un banquete. Concurrieron sin desconfianza, y en medio de la comida los rodearon y degollaron sus soldados. Los príncipes cristianos y los pueblos civilizados eran entonces mas pérfidos, crueles y cobardes que los bárbaros: era fácil de prever la caida y desmembracion de un imperio, donde ya no ecsistia ni virtud ni libertad.

Cuadro de la nacion goda. — Las venganzas atroces que ejerció Valente contra los godos que habian seguido el partido de Procopio, armaban todos los pueblos contra él. Los historiadores de la antigüedad ofrecen pocas luces acerca del orijen de las naciones que destruyeron el imperio y fundaron la Europa nueva. Muchas veces confunden á los godos con los scitas, sármatas y dacios: Tácito los creyó orijinarios de las riberas del Vístula. Segun una antigua tradicion, salieron del Asia bajo el mando de Odin, y en poco tiempo conquistaron el Norte y Oriente de Europa hasta el mar Báltico, y se establecieron despues en la Escandinavia, sometiéndola á su dominio y á sus leyes (1). Otros autores, sin subir

(1) Las orillas del Danubio y del Rin, dice Artaud, concienzudo historiador, apoyado en Jornades, Procopio, Lebeau y su hábil comentador Saint-Martin, Gibbon y algunos otros, enjendran diversas naciones, entre las cuales la frugalidad y la abundancia de arbustos saludables mantienen la salud, la fuerza y el onor militar; en aquellos paises la virtud del secso hermoso y la fidelidad conyugal, favorecen la poblacion en términos que no puede contenerla el terreno que antes ocupaban sus padres. Aun hoy dia es-

Digitized by Google

tan alto, cuentan que 300 años antes de Jesucristo, muchas tribus de godos, saliendo de los bosques escandinavos, ocuparon las playas del mar Báltico, con los nombres de *rujios*, *vándalos*, *longobardos* y *hérulos*. Cuando llegaron á ser muy numerosas, invadieron los paises vecinos. Los mas belicosos de estas tribus, conservando el nombre primitivo de godos, atravesaron la Sarmacia y se establecieron en las orillas del Tanais cerca de la laguna Meótide. Los que se quedaron al occidente del Vístula, recibieron el nombre de *jépidos* ó *perezosos*. Los godos, atravesando despues las llanuras de Scitia y las riberas del Borístenes, atacaron, vencieron y esterminaron á los jetas que po-

tamos viendo cómo cada año envian estos mismos paises crecidas emigraciones al Nuevo Mundo y á varias provincias de la Rusia. Estas espatriaciones eran en lo antiguo mas forzosas todavia que aora. Mientras manejaron manos robustas las riendas del imperio, estos pueblos habian acudido á Italia sin armas, en demanda de empleos subalternos y para ofrecer sus robustos brazos á los ejércitos romanos. Algunos de ellos habian ascendido á los puestos mas eminentes; otros habian perecido de ambre y desamparo; pero todos habian vitoreado con gozo y cariño el suave clima de Italia, el *Jardin*, como aun la están llamando los alemanes que bajan de los Alpes á las riberas del Adijio.

Semejante grito de gozo y cariño venia á ser la esperanza y el consuelo de aquellos á quienes la patria no podia sustentar. Cuanto mas se multiplicaban, menos podian oponerse sus caudillos al impetu desaforado de aquellos pueblos ácia unas comarcas mas favorecidas del cielo; pero aumentó tanto el número de los que querian y debian partir, que se hizo forzoso organizar leyes positivas para su arreglo.

Cuando la poblacion agotaba los recursos del terreno desmontado, se formaban tres porciones de la poblacion entera. Cada porcion comprendia un número igual de nobles, siervos, ricos y pobres, todos con sus mujeres y sus hijos, y la suerte indicaba cuál de estas tres porciones habia de emprender la marcha desde luego. Las dos porciones que permanecian en el pais se repartian las chozas, los bienes y campos de los que marchaban. Aquellos pueblos desterrados, fueron los destructores del imperio romano. Los que se precipitaron de la parte setentrional, despues de los cimbrios reunidos por Mario, fueron los visogodos ó godos occidentales; pero hallándose Roma en toda su pujanza, los contuvo en las orillas del Danubio, donde se establecieron con beneplácito del imperio, revolviendo unos contra otros las armas que habian asestado contra los romanos.

Digitized by Google

seian el pais situado en la embocadura del Danubio. Los vándalos, marcomanos y cuados cedieron muchas veces á sus armas.

En tiempo de Caracalla eran enemigos formidables para Roma: en el de Galieno, aprovechándose de las divisiones del imperio, talaron á Iliria, Grecia, Asia, é incendiaron á Efeso. Vencidos por Claudio II, por Aureliano, por Tácito, y casi aniquilados por Probo, se habian ya restablecido en el reinado de Diocleciano: sus tropas militaron con valor en el ejército de Galerio, y en el de Constantino habia cuarenta mil godos.

Artificiosos en su conducta é infatigables en sus trabajos, eran atrevidos y prudentes, de alta estatura, cabellos rubios; sus leyes sencillas y claras, parecian reglamentos de familia: cuando ocuparon las Galias, se prefirió en este pais el código de Eurico al de Teodosio. Carlo Magno conservó en los *capitulares* muchas de sus leyes que aun están vijentes en Inglaterra.

Algunos publicistas afirman que la institucion de los feudos tuvo su orijen entre los godos. No permitian el matrimonio entre noble y plebeyo, ni entre esclavo y libre. El príncipe proponia las leyes, los grandes las discutian, y el pueblo las aprobaba ó desechaba. El impuesto era repartido por majistrados que se elejian para ello. La pena de muerte no era frecuente: el crímen se espiaba con dinero; el acusado tenia por jueces á sus iguales, y á veces se decidia el juicio por desafio.

Cuando los godos llegaron á ser poderosos, se dividieron en dos pueblos: los orientales, que habitaban cerca del Ponto Euxino, tomaron el nombre de *ostrogodos*: los que ocupaban las orillas del Danubio se llamaron *visigodos*. Mejor se ha conservado la memoria de sus devastaciones que de sus reyes; solo se sabe que dos familias célebres los gobernaron por muchos siglos: los *Amalos* en los ostrogodos, y los *Battos* en los visigodos. A estos príncipes no se daba mas título que el de jueces, prefiriendo el nombre que recuerda la justicia al que indica la autoridad.

Azañas de Hermanrico y Amalarico.— Cuando Valentiniano y Valente ocupaban el trono romano, un príncipe godo, llamado Herman ó Hermanrico, gozaba de gran nombradía por sus azañas en los paises del Norte. Este conquistador, á quien los bárbaros llamaron el Alejandro del Norte, subyugó doce naciones,

sometió á su poder todas las tribus góticas; y lo que sin duda es mas estraordinario que sus conquistas, no empezó su carrera militar hasta la edad de ochenta años, y la terminó á la de ciento diez. Estos pueblos belicosos tenian además otros jefes, Alavivo, Atalarico, Fritijernes y Alarico, que adquirieron renombre por sus victorias contra los romanos.

Alarico fué el primero que tomó las armas para vengar á muchos de sus compatriotas, que prisioneros y dispersados en el Asia, fueron degollados por órden del cruel Valente. En dos campañas estuvo indecisa la suerte; y la habilidad de Vitor y de Arinteo no pudo conseguir ningun triunfo importante contra el valor selvático de los guerreros del Norte; pero en el tercer año Atalarico perdió una gran batalla: los jenerales de Valente habian prometido á los soldados romanos una suma considerable por cada cabeza de godo que presentasen, y la codicia los movió á perseguir al enemigo con grande ardor, y hacer en él espantosa carnicería.

Los bárbaros vencidos se sometieron. Valente concluyó un tratado con sus príncipes, se libertó de los subsidios que les pagaba, y no les permitió comerciar sino en el recinto de dos ciudades situadas sobre las riberas del Danubio.

Esta paz, violada por la perfidia romana, no fué de larga duracion. El jeneral Marcelino, imitando la vil accion del conde Trajano, hizo dar de puñaladas á Gabinio, rey de los cuados, al cual habia invitado á una conferencia. Con la noticia de este crímen se arman los cuados: únense á ellos los sármatas, auyentan á los romanos, talan las Pannonias y derrotan dos lejiones mandadas por Equicio. Recelábase la perdicion de Mesia; pero el jóven duque Teodosio, que imitaba las azañas de su padre y debia superarle en gloria, reune las tropas, anima su valor, detiene á los bárbaros, toma la ofensiva y los obliga á retirarse. Al mismo tiempo Valentiniano, que llegaba á Iliria en socorro de su hermano, persigue á los enemigos hasta mas allá del Danubio, esparce el terror en su pais, destruye sus ciudades y se vuelve á tomar cuarteles de invierno á Carnuto, ciudad que hoy se llama Presburgo.

Muerte de valentiniano.— Recibe allí una diputacion de los cuados, que para justificarse esponen sus quejas con altanería: el príncipe irritado los interrum-

pe y amenaza, y con el ardor del enojo se le rompe una vena del pecho y pierde entre raudales de sangre la palabra y la vida. Los romanos habian sufrido doce años la violencia de su condicion, de la cual fué él mismo la postrera víctima. Habia repudiado á la emperatriz Severa, porque abusó del poder obligando á un ciudadano á que le cediese su campo, y pasó á segundas nupcias con Justina, viuda de Magnencio. Las leyes y costumbres permitian entonces el divorcio, aunque reprobado por la Iglesia.

GRACIANO Y VALENTINIANO II, EMPERADORES DE OCCIDENTE.— (375) Graciano, nombrado césar por su padre, debia sucederle: sus nombres se hallaban en todos los actos públicos, y el respeto que inspiraban sus grandes cualidades, se aumentó por su casamiento con una nieta de Constantino. Pero ¿qué pueden los derechos mejor reconocidos, y los motivos de interés público contra las pasiones privadas? Valentiniano habia muerto en Brejecio, en el centro de la Pannonia: Graciano estaba ausente, y los jenerales Equicio y Melobaudo, creyendo la ocasion favorable para tener un príncipe que les debiese el trono, presentan en el campamento á la emperatriz Justina y á su hijo Valentiniano, que solo tenia cuatro años. Los soldados, escitados por los ambiciosos que esperaban reinar bajo el nombre de este niño, le proclaman emperador. Pero Graciano burló las esperanzas de aquellos pérfidos que sacrificaban á sus intereses el imperio y la justicia. Este príncipe, tan virtuoso como valiente, prefirió dividir la corona á gozarla esclusivamente á costa de una guerra civil, confirmó por un edicto la eleccion del ejército de Iliria, y se declaró colega y tutor de su hermano. El imperio fué pues gobernado por Valente y sus dos sobrinos.



CAPITULO VII.

VALENTE, EN ORIENTE; GRACIANO, VALENTINIANO II, EN OCCIDENTE; TEODOSIO, MÁCSIMO, USURPADOR.

(Año 375.)

Orroroso terremoto. — Invasion de los hunos. — Retrato de estos salvajes. — Sus triunfos en China. — Devastaciones de los godos y visigodos en Oriente. — Invasion de los jermanos en las Galias. — Estado del Occidente en tiempo de Graciano. — Azañas de la reina Mavia. — Proscricion ocasionada por una prediccion. — Victoria de los godos sobre los romanos. — Muerte de Valente. — Sitio de Adrinópolis por los godos. — Osadía de Dominica, viuda de Valente. — Venganza del conde Julio. — Llegada de Graciano á Constantinopla. — Vuelta del jóven duque Teodosio. — Sus azañas. — Primeras azañas de Alarico. — Guerra declarada á los paganos. — Demolicion del templo de la Victoria en Roma. — Prediccion en favor de Mácsimo. — Su retrato. — Su usurpacion. — Muerte de Graciano.

Graciano estaba en Treviros cuando confirmó la eleccion de Valentiniano II. Como rejente y como emperador, mandó á Justina y á su hijo que estableciesen su residencia en Mediolano. Un príncipe mas hábil que Valente hubiera conseguido sin duda someter los dos sobrinos á su tutela; pero poco capaz de defender y gobernar sus propios estados, no tuvo influencia alguna en el Occidente.

Orroroso terremoto. — Los elementos parecian reunirse á los bárbaros para acelerar la ruina del imperio. Un espantoso terremoto destruyó las costas: el mar, uyendo de las playas, descubrió á la vista de los hombres sus profundos abismos, y despues de haber dejado en seco los buques, é inumerable multitud de peces moribundos sobre la arena, las ondas enfurecidas acometieron en la reac-

Digitized by Google

cion á los riscos escarpados y á los diques que ordinariamente las detienen, arruinaron muchas ciudades é inundaron vastos territorios. En Alejandría perecieron ciento cincuenta mil ciudadanos. Los sacerdotes ortodocsos atribuian estas desgracias á la ira de Dios contra los herejes.

INVASION DE LOS HUNOS. — Los estragos de la naturaleza fueron contenidos por la mano omnipotente que les ha fijado sus límites eternos; pero los que causaron las pasiones humanas, se prolongaron mucho mas. En aquel siglo deplorable fué asolado el mundo por la invasion de un pueblo selvático, que tuvo por cuna los yelos del septentrion. Los hunos, mas temibles á los bárbaros de Scitia y Jermania, que estos á los griegos y romanos, se precipitaron desde el Oriente al Occidente, asolando, destruyendo y despoblando todos los paises por donde pasaban. El terror que inspiraban estos guerreros feroces, arrojó sobre el imperio romano las naciones sármata, cuada, alana, goda, ostrogoda y visigoda. El miedo los hizo mas temibles que la osadía. Se habia triunfado de sus ataques, mas no se les pudo resistir cuando huian, y emigrando para salvarse en otros paises, consumaron la ruina del imperio.

Los romanos, dueños del mundo mientras tuvieron virtudes militares, no conservaban ya de su antigua grandeza sino un lujo desenfrenado. Los emperadores, cónsules, patricios, prefectos, majistrados y cortesanos despoblaban los campos y ejércitos para llenar sus casas de esclavos, criados, eunucos y libertos. Otra gran parte de la poblacion, abandonando la tierra por el cielo con el mas estúpido y soez fanatismo, habitaba las iglesias, los palacios episcopales, los seminarios, las ermitas; y los conventos se llenaban de araganes que á merced de un tosco sayal, iban predicando la disolucion del imperio terreno para establecer la teocracia. Los pocos ciudadanos que servian en las lejiones, se fastidiaban cada dia mas del trabajo, de la disciplina y del peso de las armas. En fin, cuando el imperio se veia por todas partes acometido ó amenazado de los bárbaros, se confiaba muchas veces á estos bárbaros mismos la defensa de las fronteras, el mando de los ejércitos, la guarda del príncipe, el consulado, las prefecturas y las dignidades mas altas del estado.

Digitized by Google

Retrato de los hunos. — Nacidos estos en las estensas llanuras de Siberia, fueron casi desconocidos hasta esta época. Procopio los confunde con los scitas y masajetas. Jornandes, historiador godo, atribuyendo la deformidad de aquellos bárbaros á un orijen infernal, los creia producidos de la union de los demonios con las echiceras. El sabio Mr. de Guignes ha tomado de la literatura china las nociones que no se podian hallar en otra parte. Los hunos, absolutamente desconocidos en Europa, en donde debian causar tantos males, eran conocidos en China mas de dos mil años antes de Jesucristo. Habitaban al norte de este imperio, quinientas leguas de pais, de Occidente á Oriente hasta los tártaros mantchus; y trescientas leguas desde Norte á Sur hasta el Tibet y la gran muralla china.

Tenian los hunos el rostro feo, los huesos de sus mejillas eran protuberantes, el cabello crespo, los ojos pequeños y escondidos, los miembros cortos y sin proporcion. Comparábaseles á los ídolos que los pueblos selváticos labran groseramente de trozos de madera. Habitaban solo en las tiendas, aborrecian las ciudades, llamándolas cárceles de piedra y sepulcros. Fueron, como tribus errantes y pastorales, vagabundos y conquistadores: transportaban en carros sus tiendas, muebles y riquezas: sus rebaños los seguian y les aseguraban la subsistencia: siempre estaban reunidos en sus campamentos, y su vida era una milicia contínua. Pasaban de los pastos consumidos á otros nuevos: así nunca tenian ogares á que aficionarse. Amaban su nacion y no su patria. La costumbre de cazar los disponia para la guerra, y tenian una destreza prodijiosa en el arco aun uyendo: su alimento de carne cruda, y que solo calentaban macerándola bajo las sillas de sus caballos, aumentaba su ferocidad natural.

Sus triunfos en China. — Tal era este pueblo nómada, que despues de haber aterrado durante muchos siglos el vasto imperio de la China, dejó profundos vestijios de sus furores en Asia y Europa. El jefe de cada tribu se llamaba *mirza*, y era juez en la paz y jeneral en la guerra: la gobernaba como un padre de familia. Los mirzas elejian un jefe supremo, llamado *kan*. Su renta consistia en el diezmo de todos los rebaños: su

poder estaba limitado por las dietas ó asambleas nacionales, que deliberaban sobre la paz y la guerra, y desechaban ó aprobaban las leyes propuestas por el príncipe. Los chinos, para resistir á sus invasiones, construyeron la grande muralla que escita la admiracion de los viajeros. Los hunos, llamados en el Oriente del Asia *tanjuox*, que quiere decir hijos del cielo, corrian las vastas llanuras comprendidas entre el rio Amur y la Corea, y por la parte del Norte, desde las fuentes del Irtish hasta el mar Glacial. Subyugaron á los pueblos que habitaban las orillas del lago Baikal, y alentados con sus victorias, pasaron la grande muralla, vencieron á los chinos, y envolvieron al emperador Kaoti, el cual para libertarse capituló pagarles el mas vergonzoso tributo. Los hunos ecsijieron que se les entregasen cada año las doncellas mas hermosas de las familias distinguidas. Los orientales nos han conservado la elejía de una princesa china, en que lamentó su cautiverio entre los bárbaros, lejos de su patria, de su familia y de sus dioses.

Una cruel revolucion libertó á la China de este oprobio. Otras tribus nómadas y belicosas, célebres en el Oriente bajo el nombre de tártaros, conquistaron aquel vasto imperio, y adoptando sus leyes, unieron á su fuerza y valor la prudencia de una nacion civilizada.

Los hunos, atajados en sus progresos por estos nuevos enemigos que resistian á su intrepidez con la ventaja de la disciplina, sufrieron muchas derrotas. Indígnanse de aquella oposicion inesperada: el kan reune todas las tribus, y da una terrible batalla á los chinos y tártaros reunidos bajo el mando del emperador Vouti. La fortuna se declara contra los hunos: son desbaratados, rodeados, vencidos y muertos: el kan se escapa con un corto número. Vouti los persigue, liberta los pueblos que les eran tributarios, y somete á su dominacion las tribus que se quedaron en las llanuras del mediodia: las del norte conservaron algun tiempo su independencia, hasta que en el último siglo anterior á la era cristiana fué enteramente destruida por los chinos la potencia de los tanjoux, que habia durado, segun se cree, 1300 años.

Algunas tribus mas belicosas que las otras, y que formaban un cuerpo de cien mil combatientes, uyeron de la esclavitud y mar-

Digitized by Google

charon ácia el Occidente. Unas se establecieron en las orillas del Oxus, é hicieron muchas incursiones en Persia: otras fijaron sus tiendas junto al Volga, donde se hallaban todavía con el nombre de calmucos negros, en el siglo XVIII. En 1771, no pudiendo sufrir el yugo de los rusos ni el peso de las contribuciones, se escaparon en número de ciento cincuenta mil familias, se volvieron al Oriente, y despues de dos años de marcha aparecieron de improviso en las fronteras de la China, donde pidieron y obtuvieron asilo y tierras. El emperador, que los acojió, mandó erijir un monumento que perpetuase la memoria de esta nueva conquista, preferible, segun él, á las de las armas. En la inscricion grabada sobre la columna se lee lo siguiente: «Nuestro gobierno »es tan justo y paternal, que na»cionesenteras atraviesan la Eu»ropa y el Asia, y corren dos mil »leguas para solicitar la dicha »de vivir bajo nuestras leyes.»

Los hunos, establecidos en el Volga en tiempo de los emperadores romanos, no eran detenidos por ningun ostáculo, dormian armados, deliberaban á caballo en sus asambleas: atravesaban á nado los rios y los torrentes: tenian flechas para herir de lejos al enemigo, sables para pelear de cerca, y una red para envolverle y derribarle. Este pueblo belicoso encontró en el Volga á los alanos, que quiere decir, *hombres de las montañas*. Eran tan feroces como los hunos: su ídolo era un cementerio: adornaban sus armas y los jaeces de sus caballos con los huesos de los enemigos muertos en la guerra. La lucha entre estas dos naciones bárbaras fué larga, espantosa y sangrienta. Los alanos fueron vencidos: unos se acojieron á los peñascos del Cáucaso, donde habitan todavía sus descendientes: otros se incorporaron con los vencedores, y aumentaron aquella multitud que invadíó el mundo romano.

Jornandes cuenta que los hunos, persiguiendo una cierva, atravesaron el Tanais en los sitios donde desagua en la laguna Meótide, y donde aquellos bárbaros creian que estaba el fin del mundo. Esta es una fábula de las muchas que afean la historia del escritor godo. Lo que no admite duda es que los hunos, atravesando las llanuras de Scitia, atacaron á Hermanrico, famoso rey de los godos, cuyo imperio se estendia entonces desde el mar Báltico hasta el Ponto Euxino.

Digitized by Google

Parece que la naturaleza ha creado una señal distintiva que divide en dos clases la especie humana: los pueblos europeos tienen rostro oval, ojos grandes, mejillas lisas, nariz mas ó menos elevada: los tártaros de Oriente, por el contrario, tienen cabeza aplastada, nariz chata, ojos pequeños y prolongados en sus ángulos. La primer vez que se presentaron en Europa, la aterraron con su deformidad; sin embargo, la nacion de los godos, altiva, libre, infatigable y belicosa, hubiera podido rechazarlos á estar unida. Todo pueblo dividido es una presa facil para el enemigo. Las diferentes tribus de los godos se hacian entonces la guerra. Un príncipe de los rojolanos abandonó los estandartes de Hermanrico para juntarse con los hunos: el rey, violento y cruel, se vengó baja y orriblemente, mandando descuartizar á la esposa del fujitivo. El ejército se sublevo, movido por los gritos y quejas de los hermanos de aquella desgraciada. Hermanrico, seguido de algunos amigos, pelea con los rebeldes, es herido, y viendo su gloria mancillada y vilipendiada su autoridad, se da la muerte desesperado. Vitimero, muy inferior á él, le sucede; y odioso á un partido, mal sostenido por el otro, da batalla á los hunos, y la pierde juntamente con la vida. Los godos, ya sin jefe, huyen en desórden: unos son muertos, otros cautivos: los ostrogodos que quedan con Viterico, su rey, se reunen cerca del Borístenes con Atanarico, jefe de los visigodos: los hunos marchan contra ellos y los obligan á evacuar la Dacia oriental (Valaquia), y Atanarico, que al firmar un tratado de paz, habia jurado no volver á entrar en el territorio del imperio, se retira con una tropa de leales á los bosques de Transilvania.

Pero la mayor parte de los godos, medrosos de la vecindad de los hunos, marchan al Danubio bajo el mando de Fritijernes y Alavivo, imploran la proteccion del emperador, y piden un asilo. Valente estaba á la sazon en Antioquía, ocupado en rechazar los ataques de los persas, isauros y sarracenos, y mucho mas en hacer triunfar el arrianismo. Allí recibió la primer noticia de la irrupcion de los hunos en Europa, y poco despues la llegada al Danubio de inumerables godos, que inundaban sus riberas, y le pedian tierras en Tracia, encargándose de defender aquella provincia co-

mo fieles súbditos, si se les permitia establecerse en ella.

Una peticion tan imprevista causó mucha incertidumbre en el ánimo de aquel príncipe débil: parecíale igualmente peligroso acojer ó rechazar un millon de huéspedes aguerridos: oponerse á sus deseos era provocar una guerra con jente desesperada; pero recibir en sus estados naciones enteras, era aceptar la invasion.

Los jenerales, grandes del imperio, y gobernadores de provincias no vieron en este grande acontecimiento, sino un medio para aumentar el número de vasallos del imperio, para esceptuar del servicio militar á los ciudadanos, y una ocasion para que se enriqueciesén los hombres poderosos. La corte de Oriente hizo lo que hacen siempre los débiles en circunstancias graves y difíciles: no se atrevió á negar, trató con mala fé, y tomó el partido mas peligroso.

Concedióse á los visigodos el paso del rio y las tierras de Tracia que pedian; pero antes que atravesasen el Danubio, se ecsijió que dejasen las armas y entregasen sus hijos, para guardarlos como reenes en las ciudades del Asia: desconfianza imprudente que trataba como enemigos á los que se recibian como súbditos, inspiraba odio á los nuevos romanos, y les quitaba toda obligacion de gratitud. Aun no estaba concluida la negociacion, cuando algunos godos impacientes pasaron armados: los oficiales romanos los rechazaron con pérdida, y fueron destituidos por el débil Valente. Firmóse, en fin, el tratado: un millon de bárbaros entró en el imperio; pero prodigaron su dinero, sus joyas, y aun el onor de sus hijas, para que los inspectores romanos les permitiesen entrar con armas. Un campamento amenazador cubrió las fértiles llanuras de Mesia, y aterró la corte de Valente. Los ostrogodos, mandados por Safrax y Alateo, huian entonces de los feroces hunos: pidieron asilo á los romanos como los visigodos; mas sufrieron la injuria de no ser admitidos.

Valente habia prometido asegurar en los principios la subsistencia de sus nuevos vasallos; pero esta promesa fué violada ó eludida. Mácsimo y Lupicino, gobernadores de Tracia y Mesia, entraron en especulaciones vergonzosas, vejaron arbitrariamente á los visigodos, y les vendieron á precios muy subidos arina corrompida. La pa-

Digitized by Google

ciencia de los bárbaros se cansó: rebeláronse, y aquellos dos jefes romanos, tan cobardes como pérfidos, huyeron. Los ostrogodos, aprovechándose de esta disension, atraviesan sin permiso el Danubio, y entran en el imperio. Ambos pueblos unidos elijieron por jefe á Fritijernes: Lupicino, no atreviéndose á reprimirlos por la fuerza, quiso domarlos por traicion: convidó al jeneral á una fiesta que daba en su palacio cerca de la ciudad de Marcianópolis, capital de la baja Mesia. La escolta de los godos, que estaba acampada á las puertas del palacio durante la fiesta, y que no podia entrar en la ciudad, no halló que comer, porque se le habia privado de víveres con toda intencion: al principio ecsaló su ira en quejas, y despues cometió algunas violencias. Lupicino, que lo habia previsto, mandó matarla, esperando hacer lo mismo con los jenerales, cuando estuviesen sin defensores. Pero á la primer noticia del tumulto, el valiente Fritijernes se levanta y grita: «Yo basto á apaciguar esa rencilla.» Saca su espada: los intrépidos compañeros le imitan y siguen, pasan por medio de la multitud intimidada, desaparecen y vuelven á su campamento. Al momento declaran la guerra, despliegan el estandarte nacional, marchan contra Lupicino, derrotan sus lejiones, y lo ponen en fuga.

Desde este momento no se estimaron los godos como súbditos del imperio, ni como fujitivos dependientes, sino como señores de las provincias del Danubio, y así cometieron orribles devastaciones en Tracia. Otras tribus de su misma nacion, sometidas en tiempos anteriores, y que servian entonces en los ejércitos de Valente, se hallaban acampadas en las cercanías de Adrianópolis; y como se temia que se reuniesen á sus compatriotas, se les mandó atravesar el Helesponto, y pasar al Asia. En vano piden un término de dos dias; se les amenaza, el populacho los insulta, toman las armas, se abren paso, y conducidos por Cólias y Suérides, van á ponerse bajo las banderas de Fritijernes, que vuelve con ellos á atacar á Adrianópolis. Los habitantes se defendieron con valor: los bárbaros, aunque temibles en el campo, ni tenian paciencia para bloquear las ciudades, ni máquinas para forzarlas; y así se vieron obligados á levantar el sitio.

Valente podia aun evitar la

guerra y templar á los visigodos, castigando á Lupicino; pero este príncipe, hasta entonces tan tímido, mostrándose temerario inoportunamente, prefirió la fuerza á las negociaciones: desguarneció la frontera de Armenia, dejándola á merced de los persas, reunió cerca de Antioquía todas las lejiones del Asia que pensaba llevar á Constantinopla, y encargó á sus jenerales Trajano y Profuturo que atacasen á los godos contra las tropas de Tracia, mientras él pasaba á Europa. Sabedor Fritijernes de la marcha de los enemigos, recoje todos sus destacamentos, y reune en los reales las tropas de sus aliados, cerca de la desembocadura del Danubio.

Aquellos pueblos bárbaros hacen alianza con juramentos formidables, y se escitan á la pelea con cantos que recuerdan las azañas de sus abuelos. Los romanos se presentan y dan su grito acostumbrado de guerra: por una parte el odio antiguo, las injurias recientes y la esperanza de vengarse: por otra la necesidad de vencer para salvar el imperio, hicieron la batalla larga y encarnizada. Dióse cerca de Salice. La victoria estuvo incierta: los godos rompieron al principio el ala izquierda de los romanos; pero despues de un combate ostinado, los bárbaros fueron rechazados hasta su campamento, donde estuvieron encerrados siete dias.

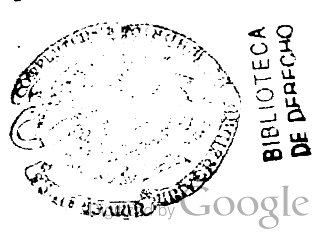
Trajano, aprovechándose de este triunfo, habia mandado á Saturnino, jeneral de la caballería, que ocupase los desfiladeros de la montaña: su intento era envolver al enemigo con atrincheramientos, y destruirlo por ambre; pero nuevos cuerpos de bárbaros que pasaron el Danubio dividieron la atencion de las fuerzas romanas, y libraron á los visigodos. Estos talaron todo el pais, desde el rio hasta el Helesponto. Fritijernes, uniendo la astucia al valor, tuvo la dicha de hacer alianza con algunas tribus de hunos, alanos y sármatas: su poder aumentaba cada dia: todos los pueblos bárbaros parecieron olvidar entonces sus resentimientos y querellas para volver sus armas contra los antiguos tiranos del mundo. En peligro tan urjente pidió socorro el emperador á su sobrino Graciano. Este, preparado á sostener la causa comun, reunia sus lejiones para marchar á Oriente; pero un aleman, oficial de su guardia, le hizo traicion. Los jermanos, instruidos por él de

la particion próxima del ejército, hicieron en número de cuarenta mil hombres una invasion en la Galia, y obligaron al emperador de Occidente á suspender su marcha, y á volver sus armas contra ellos.

Estado del occidente en tiempo de Graciano.—Graciano hasta esta época reinaba con gloria: el Occidente era feliz bajo sus leyes, haciendo la bondad amable el poder: el terror que causaba la severidad de Valentiniano, habia desaparecido de palacio á la voz de su hijo. La delacion huyó, volvió la confianza, los proscritos recobraron sus bienes: el pueblo, oprimido de tributos, se vió libre del pago de los atrasos, y se abrieron las puertas de la cárceles.

Graciano, discípulo de Ausonio, protejia y cultivaba la literatura, brillaba en la tribuna por su elocuencia, merecia el aprecio de los filósofos por su amor á Constancia su esposa, hija de Constancio, por su templanza, frugalidad y clemencia. Los cristianos elojiaban su relijion: los idólatras no podian aborrecer á un príncipe piadoso, pero sin fanatismo. El pueblo admiraba su compostura, su modestia en el vestir, la prudencia de sus leyes, su prontitud en las espediciones. Era padre y compañero de sus soldados, ninguno le aventajaba en la carrera, en la lucha ni en los demás ejercicios militares. Cuidaba de los heridos, les prestaba sus mismos caballos: siempre se le veia accesible á las quejas, siempre dispuesto á escuchar la verdad. Pero un gran defecto que mancilló tan bellas cualidades, abrevió su reinado y causó su ruina. Su justicia carecia de firmeza, su política de prevision, su bondad de fuerza; y de las dos obligaciones de un soberano, que son castigar y premiar, ni supo ni quiso llenar mas que la última.

Censurábase además su escesiva aficion á la caza; ninguna diversion debe robar demasiado el tiempo al hombre encargado de los negocios públicos. El carácter de un monarca se conoce por la eleccion que hace de sus amigos. Ambrosio lo llegó á ser de Graciano. A principios de este reinado se cometió una grande injusticia. Macsimino, ministro temible del viejo Valentiniano, gobernaba todavia, y engañó al emperador con falsas acusaciones, precedidas de los consejos de Valente, é hizo morir en Cartago al ilustre Teodosio. Todo el imperio lloró á este héroe: los paganos le pusieron en el núme-


BIBLIOTECA DE DERECHO

ro de los dioses. Graciano se desengañó mas tarde; pero espió su yerro y manifestó su arrepentimiento, asociando al imperio sin temor á Teodosio, hijo de su víctima. Macsimino, que se habia propuesto mancillar con sangre el reinado del nuevo emperador, como habia hecho con el de su padre, fué puesto en juicio y perdió la vida. Lo que prueba la barbárie de aquellos tiempos es que Graciano, el mas benigno de los príncipes, el Tito de su siglo, mereció la gratitud del senado romano por haber mandado que los senadores no pudiesen en ningun caso ser puestos á cuestion de tormento.

Su principal ministro era Graco, último descendiente de la familia Sempronia. Era cristiano muy zeloso, y aunque no persiguió á los jentiles, derribó muchos ídolos, y enajenó así el afecto de los adictos al antiguo culto.

El emperador protejió y multiplicó las escuelas en la Galia; pero su aficion á las artes y bellas letras no pudo impedir la decadencia del gusto. Dominaba en los escritos y discursos la afectada inchazon en lugar de la elegante sencillez, así como la arquitectura estravagante de los godos sucedia á la pura y noble de los griegos.

Obligado Graciano á pelear contra los alemanes, marchó rápidamente contra ellos, ausiliado por el valiente Melobaudo, rey de los francos, que era al mismo tiempo su aliado y conde de sus domésticos. En vano aconsejaba contemporizar el jeneral Nanieno: el emperador mandó dar la batalla: Priarlo, rey de los alemanes, se mostraba no menos ardiente. Los dos ejércitos, igualmente ganosos de pelear, se encontraron en la llanura de Arjentoracto (Colmar). Despues de un combate sangriento, la táctica romana triunfó del valor aleman: los bárbaros fueron derrotados, perseguidos y muertos; solo se escaparon cinco mil hombres.

Priario evitó con una muerte gloriosa el resentimiento de su pueblo, siempre sumiso á los reyes vencedores, siempre inflecsible con los que volvian vencidos. El emperador, despues de esta gran victoria, se puso en marcha para socorrer á Valente: pasó el Rin: encontró en el camino otro ejército aleman, lo arrojó de posicion en posicion, y le obligó á pedirle la paz y á que le diese reenes. Desplegó en esta campaña, aunque solo tenia

Digitized by Google

diezinueve años, los talentos de un jeneral y la intrepidez de un soldado. Espuso contínuamente su persona, y los guardias que le acompañaban volvieron muchas veces de la pelea con las armas rotas y cubiertos de nobles heridas.

AZAÑAS DE LA REINA MAVIA.— Mientras que recorria vencedor tantos paises, dando con sus azañas nueva gloria al imperio de Occidente, adquiriendo los onores que en otro tiempo concedian los ejércitos, el senado y el pueblo á los emperadores victoriosos, Valente, autor de los males, de la ignominia y de la ruina del imperio de Oriente, era recibido en Constantinopla con murmuraciones que no pòdia reprimir el largo hábito de la servidumbre. Se le echaban en cara los triunfos de los persas, la pérdida de la Armenia, y las devastaciones de los isauros. Sus ejércitos fueron derrotados hasta por una mujer. Mavía, natural de Roma, robada en su infancia por los sarracenos, fué primero esclava, luego dama, y últimamente mujer de Obedin, príncipe de Faran y rey de Etiopia, célebre ya por haber sometido á los blemmíes ó blemínjes, pueblos de la costa del mar Rojo.

Mavía, muerto su esposo, heredó la corona, mandó en persona los ejércitos, y declaró la guerra á los romanos. Esta nueva Zenobia invadió la Palestina y la Fenicia, venció al gobernador de estas provincias, y llevó sus armas hasta las fronteras de Ejipto.

El jeneral que mandaba en jefe las lejiones de Oriente, reune todas sus tropas y marcha contra la reina; y para castigar al comandante de Fenicia porque no se resistió á una mujer, le degrada, le manda seguirlo y ser testigo, sin combatir, de la pelea. La fortuna castigó su orgullo: Mavía, cumpliendo las obligaciones de jeneral y de soldado, animó de tal modo á sus africanos, con el ejemplo, que derrotaron á los romanos, y los persiguieron hasta el punto de ser inevitable su completa ruina: cuando de improviso el comandante de Fenicia, vengando noblemente la injuria que habia recibido, se arroja enmedio de los dos ejércitos acompañado de algunos amigos fieles y valerosos, detiene á los vencedores, reune á los vencidos, cubre la retirada y salva al jeneral.

Valente, aterrado con las victorias de la reina, pidió la paz: Mavía la concedió, esijiendo

que se le permitiese llevar á sus estados á Moisés, un santo solitario á quien hizo obispo. Este destruyó la idolatría en Faran, y por su influjo mantuvo la amistad entre los romanos y la reina, concertando el matrimonio de una hija de Mavía con el conde Víctor, jeneral del emperador.

La administracion de Valente le acarreó mas enemigos, que sus yerros en política y sus derrotas. Su debilidad le hacia inconsecuente, y habia un contraste singular entre sus mácsimas y sus acciones. Al mismo tiempo que el temor le obligaba á cometer crueldades odiosas, se citaban de él estas espresiones: «Si la peste y los demás estragos de la naturaleza destruyen á los hombres, á los príncipes toca conservarlos.»

PROSCRICION OCASIONADA POR UNA PREDICCION. — Habiendo predicho tres adivinos que el nombre de su sucesor empezaba por estas sílabas *Teod*, un secretario del emperador llamado Teodosio, engañado por el presajio, conspiró y pereció con sus cómplices. Entonces se redobló el rigor de Valente contra los adivinos y echiceros. Bastaba la acusacion de májia para perder á un enemigo. Heliodoro, que habia sido vendedor de pescado fresco, convertido en delator impudente, logró un funesto influjo en el ánimo del emperador, cuyas cartas y discursos correjia, segun se aseguraba. Este infame valido hizo perecer mas patricios que los que hubiera destruido una invasion de bárbaros. Los mas ricos, denunciados por él, perecieron: los filosófos iban al suplicio por echiceros: Mácsimo, antiguo amigo de Juliano, fué la primera de sus víctimas. Todos los ciudadanos cuyos nombres empezaban por las letras fatales de *Teod*, tales como los Teodatos, Teodoros, Teodotos y Teodeciales, sufrieron la muerte; y por un acaso singular, el solo que se libró de esta persecucion, fué Teodosio, sucesor de Valente.

Enmedio de estas proscriciones brillaron las virtudes cristianas. San Basilio protejió á los oprimidos, socorrió á los desgraciados y resistió con firmeza á los satélites del emperador. Como uno de ellos le amenazase, le respondió: «¿Qué puedo »temer? ¿la pérdida de mis bie»nes? Solo poseo mis vestidos y »algunos libros. ¿La de mi vi»da? Solo aprecio la vida eterna. »¿El destierro? Mi patria es to»do pais donde se adore á Dios.»

Digitized by Google

—«Nadie, replicó el goberna»dor, me ha hablado en ese len»guaje.»— Y Basilio le dijo: «Es »porque hasta aora no habeis »encontrado sino obispos per»versos.»

El odio que inspiraba la tiranía de Valente á los habitantes de Antioquía, era tan intenso, que jeneralmente lo espresaban con esta imprecacion: ¡*Perezca quemado vivo*!

El emperador, aborrecido en Siria, despreciado en Constantinopla, cuyos habitantes juraron que la abandonarian si volvia á entrar en ella, ofendido por los insultos y murmuraciones del pueblo, y envidioso de la gloria de Graciano, abandonó su timidez habitual; y como todos los hombres débiles, pasó del esceso de la circunspeccion al de la temeridad. Informado de un triunfo conseguido por Sebastián, comandante jeneral de la infantería, contra un cuerpo de godos que habia sorprendido y derrotado, tuvo la presuncion de atacar, antes que llegase Graciano, al formidable ejército de los bárbaros.

Victor, Trajano y todos los jenerales esperimentados pretendieron inútilmente apartarle de este designio, representándole que la ruina del enemigo era infalible si se esperaban las lejiones victoriosas de Occidente, y que al contrario, si se empeñaba en vencer solo, comprometia el ejército y el imperio. Los cortesanos, que lisonjeaban la vanidad del príncipe, le persuadieron que no debia repartir la gloria de este triunfo con su compañero; y el orgullo atropelló á la prudencia.

Valente vino á acampar con su ejército al pie de las murallas de Adrianópolis, muy cerca de los bárbaros. Fritijernes, para dar tiempo á que se reuniesen sus fuerzas, envió al campamento del emperador un sacerdote cristiano que espusiese sus quejas y negociase la paz. Los jenerales aconsejaban dar oidos á esta proposicion; pero en este momento llega Ricomero con la noticia de que se acercaban las lejiones de Occidente. El emperador, ciego de envidia, parece temer menos la probabilidad de una derrota, que el repartimiento del triunfo.

Victoria de los godos sobre los romanos.—El 9 de agosto de 378 manda tomar las armas, sale del campo y marcha tan precipitadamente con su caballería, que se halla enfrente del enemigo antes que la infantería se le pudiese reunir. Los soldados, fa-

tigados por el esceso del calor y por la rapidez de la marcha, se forman con lentitud. Dada la señal del combate, Fritijernes afecta temor, engaña á Valente con sumisiones finjidas, gana algunas horas, y acaba con esta tardanza de agotar las fuerzas de los romanos, espuestos á los tormentos del ambre y á los ardores de un sol abrasador. En fin, cuando el conde de los domésticos iba al campo enemigo para concluir el tratado, Fritijernes, viendo bajar de las montañas á los escuadrones de Safrax y de Alateo, sus aliados, cuya llegada esperaba con impaciencia, deja el finjimiento y comienza el ataque. La caballería romana es acometida de improviso por el frente y los flancos, y puesta en huida. La infantería, sin apoyo, y colada en un terreno estrecho donde le es imposible maniobrar, resiste algun tiempo al gran número de bárbaros que la rodea, hasta que al fin es desbaratada completamente. Los godos hicieron en ella orrible matanza.

Muerte de Valente.—Valente estaba herido, y veia caer á sus pies toda su guardia: corre á juntarse con dos lejiones que aun peleaban intrépidamente y se retiraban en buen órden; pero no tardó en envolverlas una multitud inumerable de enemigos; los jenerales Víctor y Trajano, habiendo reunido algunas coortes escojidas, esclaman: «Si no salvamos al emperador, »todo se ha perdido.» Arrójanse enmedio de los bárbaros, derriban cuanto se opone á su paso; pero llegan demasiado tarde para socorrer las dos valerosas lejiones, oprimidas ya por todo el ejército enemigo. No encontraron en el campo de batalla mas que montones de cadáveres, sin que pudiesen descubrir entre ellos el del emperador.

Despues se contó que el príncipe fué llevado por unos aldeanos á su cabaña, que allí fué atacado de nuevo por los bárbaros, y que fatigados estos de su porfiada resistencia, prendieron fuego á la choza. Un jóven romano, que escapó de aquel desastre, dió noticia á los godos de que el emperador habia perecido entre las llamas, cumpliéndose de este modo el infausto deseo de los antioquenos.

La victoria de los bárbaros fué completa, y se comparó la derrota de Adrianópolis á la de Cannas. Los romanos perdieron dos tenientes jenerales y treinta y cinco tribunos. El jeneral Sebastian, que habia aconsejado dar la batalla, pagó su impruden-

cia con la vida. Cuarenta mil hombres quedaron en el campo. Víctor y Ricomero salvaron por su valor la tercera parte del ejército vencido. Libanio, amigo en otro tiempo de Juliano, defensor de los filósofos, perseguido y columna del politeismo, no desmintió su carácter en este gran desastre. Para ensalzar el onor de la patria vencida, celebró en un discurso elocuente la memoria de los romanos muertos en la accion, é hizo el panejírico de Valente, que en cierto modo habia reparado, muriendo con valor, la ignominia de su vida.

Sitio de Adrianópolis por los godos. —Los godos vencedores creyeron, aniquilado el ejército, apoderarse fácilmente del imperio. Sitiaron á Adrianópolis: unos desertores les prometieron entregarles la ciudad, y se introdujeron en ella; pero fueron descubiertos y castigados. En vano quiso Fritijernes disuadir á su tropa de tomar por asalto una plaza tan fuerte. Los bárbaros desprecian su consejo, y se lanzan con impetuosidad á las murallas: los intrépidos habitantes las defienden: un enorme peñasco precipitado desde las almenas, mata un gran número de godos. Estos se amedrentan; pero sus jefes los llevan de nuevo al asalto. El deseo de librar sus mujeres é hijos, detenidos como reenes, y de saquear los tesoros de Valente, inflaman su valor: comienzan la pelea con furor; pero despues de largos, inútiles y sangrientos esfuerzos, son rechazados con mucha pérdida, se retiran, y se arrepienten, aunque tarde, de no haber seguido el cuerdo dictámen de su jeneral.

Osadia de Dominica, viuda de Valente. —Fritijernes marchó al frente de ellos á Constantinopla, esperando que la sorpresa y el terror le abririan las puertas: taló las cercanías de la capital, en la cual reinaba aquella consternacion que suele anunciar la caida de los estados. Una mujer salvó el imperio. Dominica, viuda de Valente, muestra en el abatimiento jeneral un valor verdaderamente romano; arma á los habitantes, los alienta y les prodiga sus tesoros. Su ejemplo ecsalta á los osados y avergüenza á los cobardes. Estaba á la sazon en Constantinopla un cuerpo ausiliar de sarracenos. Dominica les manda salir á campaña: su numerosa y valiente caballería acomete á los godos, y los sorprende con la impetuosidad de su ataque. Los

feroces sarracenos daban gritos lúgubres: desdeñando las armas que hieren de lejos, se presentaban á la pelea armados solamente de un puñal: sedientos de sangre, bebian la de sus enemigos vencidos. Esta tropa furiosa derramó el espanto en el ejército de Fritijernes.

VENGANZA DEL CONDE JULIO. — Los godos se retiraron, y cargaron con todas sus fuerzas sobre Iliria. Los romanos vengaron con un crímen atroz la derrota de Adrianópolis: el conde Julio, gobernador de Asia, mandó matar todos los niños que los visigodos habian dejado en reenes cuando hicieron el tratado con Valente. Este acto de cobarde ferocidad aumentó el furor de los bárbaros y las calamidades del imperio.

Los sármatas, cuados, marcomanos, hunos y alanos, reunidos á los godos por el mismo odio contra Roma, por la misma sed de sangre, por el mismo deseo del pillaje, asolaron, despoblaron y destruyeron á Tracia, Macedonia, Dacia, Mesia y una parte de la Pannonia: quemaban los arbolados, demolian las casas, hacian caballerizas de las iglesias, desenterraban los cuerpos de los mártires, encadenaban á los ciudadanos, ultrajaban á las mujeres y mataban á los sacerdotes. El conde Mauro defendió mal el paso de Sucas en los Alpes Julios.

Fritijernes decia: «La imprudencia de los romanos me admira: créense dueños de estos vastos paises que no saben defender: los habitan como los ganados que pacen en ellos; mas no los poseen.»

El oro solo era defensa contra los bárbaros: las iglesias rescataron muchos cautivos: San Ambrosio vendió para este fin los ornamentos y vasos sagrados de su catedral.

Entretanto Graciano, sabiendo por el conde Víctor la derrota y muerte de Valente, acude con la flor de sus tropas, arrostrando mil peligros, llega á Constantinopla, y la asegura con sola su presencia. Convencido en tan grande infortunio de la necesidad de un gran talento, llama al jóven duque Teodosio, que desde la muerte de su padre en un cadalso en Cartago, vivia retirado en España, donde habia nacido, en la misma ciudad de Itálica, ilustre por el nacimiento de Trajano. Los aduladores decian que era descendiente de aquel gran príncipe, al cual se le comparó justamente por sus azañas. Este guerre-

Digitized by Google

ro valiente, modesto, poderoso y sumiso á las leyes, rico y laborioso, severo y liberal, fué educado en la escuela de la desgracia para una grande elevacion; y aun en el tiempo que la proscricion le privaba de autoridad, ayudaba con prudentes consejos á sus amigos desgraciados y á su provincia oprimida, la cual habia de protejer poco despues revestido del poder supremo.

Una eleccion feliz le dió por esposa á Flaccila, digna de él por su nacimiento y virtudes. Jamás conoció otro amor: Honorio y Arcadio, sus hijos, fueron los solos que dividieron con ella su afecto. Llamado por el emperador, dejó con pesar su retiro, echando de menos el descanso y lamentando su elevacion.

Teodosio, emperador de Oriente. — (379) Graciano le confió las reliquias del ejército de Valente. Teodosio no tardó en justificar su eleccion. Reune las tropas vencidas, las alienta, despierta su valor, restablece la disciplina, las ejercita, distribuye con discernimiento y justicia los premios y castigos, hace olvidar las derrotas, predice victorias, engaña al enemigo con falsas noticias, marcha con celeridad, sorprende cerca del Danubio al ejército godo, le ataca y desbarata, le auyenta y persigue, y hace en él tal carnicería, que pocos volvieron á pasar el rio.

Despues de esta victoria distribuye sus tropas en todos los puntos fortificados de la frontera, y lleva él mismo al emperador la noticia de su triunfo. Habia sido tan completo, rápido é imprevisto, que la envidia lo tuvo por fábula: el mismo Graciano se negó á creerlo hasta la vuelta de algunos oficiales que envió al ejército para saber la verdad; porque la degradacion habia llegado á tal estremo, que á los ojos de los romanos un héroe parecia un fenómeno, y la victoria un prodijio.

Disipado el terror en Constantinopla, auyentados los godos y restablecido el onor de las armas, aun estaba el imperio amenazado por todas partes. Numerosas tribus de bárbaros se preparaban á pasar el Danubio: los alemanes el Rin: los persas el Tigris y el Eufrates. Parecia que el universo, subyugado por tantos siglos, queria romper las cadenas de Roma y echárselas á su dominadora: enmedio de estos peligros, Graciano, de veinte años de edad, no tenia mas colega para sostener el peso del

imperio, que á su hermano Valentiniano, apenas salido de la cuna. Sin atender ni á las lisonjas de los cortesanos, ni á las ilusiones de vanidad, ni á la envidia que suele inspirar el jenio al poder, fué bastante prudente y grande para anteponer el interés público al suyo: con la esperanza de afirmar el trono, hizo sentar en él á su lado al vencedor de los godos, y nombró emperador á Teodosio.

A haber consultado al imperio, todo él le hubiera elejido jefe. Este feliz guerrero reunia, á los treinta y tres años de edad, la actividad de la juventud á la prudencia de hombre maduro. Cuanto mas digno era de reinar, tanto menos lo pretendió. Heredero de la gloria de su padre, creia heredar tambien su desgracia: nacido en un siglo de tiranía, su profundo conocimiento de las intrigas cortesanas le hacia creer que su victoria no seria premiada sino con el suplicio ó el destierro. Mandósele venir á palacio, y esperaba la muerte cuando el emperador le ofreció la corona. No se deslumbró con su esplendor; sino conociendo su gravámen, se negó á aceptarla; y lo que fué mas onroso para él, hasta los cortesanos creyeron que la renusaba sinceramente. Graciano insiste y manda: el último acto de obediencia de Teodosio fué ascender al trono. Los romanos aplaudieron universalmente su ecsaltacion, que despertando memorias gloriosas, les recordaba á Trajano y á Nerva.

Tocaron á Teodosio las provincias de Oriente y además Dacia, Mesia, Grecia y las islas del Ejeo. Ricomero y Mayoriano, aunque hasta entonces habian mandado en el ejército de Occidente, atraidos por su gloria, se quedaron á servir bajo sus órdenes. El nuevo emperador, apenas ocupó el trono, desplegó en la administracion el mismo carácter y actividad que en la guerra le habia dado tanta reputacion y asegurado sus victorias. Habiendo afirmado el cetro de Oriente, restituyó la justicia, alejó á los delatores, separó de la corte á los favoritos sin talentos, y llamó al mérito perseguido ó desdeñado. Para reparar las pérdidas de las lejiones, armó á los aldeanos de Tracia, y alistó á los trabajadores de las minas; marchó de nuevo contra los godos, hunos y alanos, les ganó muchas victorias, y obligó á Fritijernes á retirarse.

PRIMERAS AZAÑAS DE ALARI-

Digitized by Google

co.—En esta campaña empezó á adquirir fama un jóven bárbaro destinado á inmortalizarse por la conquista de Roma. Alarico hizo sus primeras empresas bajo las órdenes de Fritijernes con una tropa de caballería, deseosa de gloria y de peligros: un dia sorprendió y envolvió á Teodosio, que en aquella pelea no debió su salvacion sino á los prodijios de valor que hizo. En otras acciones habia combatido por el imperio, en esta peleó por libertar su vida. Al mismo tiempo se distinguia por su valor ardiente y su rara prudencia Stilicon, otro bárbaro que tuvo grande influjo en el destino de Roma. Modacro, guerrero godo que servia en el ejército romano, contribuyó en gran manera á las victorias de Teodosio. Era cristiano y amigo del célebre Gregorio de Nacianzo. Penetrando al frente de un cuerpo numeroso en el campamento de los bárbaros, sorprendió una de sus divisiones, y la destruyó casi enteramente.

Graciano, despues de haberse detenido algun tiempo en Sirmio para favorecer á su colega, marchó á Pannonia, y derrotó en muchos encuentros á los cuados y á sus aliados. Volvió despues á Mediolano, y siguiendo los consejos de san Ambrosio, destruyó las intrigas de Justina, madre de Valentiniano II, protectora del arrianismo, y aseguró en Italia el triunfo completo de los ortodocsos contra los herejes.

Una nueva invasion de los alemanes le obligó á volver á las Gàlias, y pasó el invierno en Tréviros. En este siglo los paises setentrionales de Europa, aunque incultos y cubiertos de bosques, inundaban sin cesar el Occidente de una multitud de pueblos armados, que eran vencidos algunas veces, mas nunca subyugados. Despues de las mas sangrientas derrotas volvian á presentarse con mas ardor y en mayor número. Parecia que su sangre vertida fecundaba aquella tierra selvática, enjendradora continua de nuevos ejércitos.

Los godos, vencidos tantas veces, volvieron á tomar las armas, y entraron en Pannonia á las órdenes del infatigable Fritijernes. Graciano y Teodosio unieron sus fuerzas contra ellos, y habiéndolos vencido, conferenciaron en Sirmio sobré las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad de ambos imperios. Teodosio debió á sus grandes cualidades un triunfo mas lisonjero que los adquiri-

Digitized by Google

dos por las armas, cual fué conquistar el aprecio y la veneracion de los bárbaros, inspirándoles una confianza que la mala fé de los romanos habia hecho hasta entonces imposible. Hasta el inflecsible Atanarico, abjurando su antiguo odio, vino á Constantinopla á pedir un asilo contra los rigores de Fritijernes. Teodosio le recibió con onor, le dió cuarto en su palacio, y se gozó en la admiracion de aquel bárbaro, nacido en los bosques y criado en los campamentos, á la vista de los objetos que manifestaban la grandeza romana, y de las obras maestras de la civilizacion, y de las artes reunidas en la capital de Oriente.

Guerra declarada á los paganos.—Teodosio, pacificado el mundo, vencida una parte de los bárbaros, establecidas en Tracia numerosas colonias de godos por una política cuyo peligro se conoció mas tarde, é incorporados en sus lejiones cuarenta mil de estos guerreros, se declaró abiertamente contra los herejes y los paganos. Mereció por su zelo ecsajerado los elojios de los sacerdotes y las reconvenciones de los filósofos. La historia, respetando la piedad, no puede menos de censurar la intolerancia, manifiestamente inútil. La persecucion mas injusta es aquella que quiere colocarse entre el cielo y la tierra, aogar el pensamiento y tiranizar las conciencias.

Demolicion del templo de la victoria en roma.—Graciano, movido del ejemplo de Teodosio, atacó el antiguo culto en su mismo santuario, y renunciando á los miramientos que sus predecesores habian tenido á costumbres tan antiguas, y á preocupaciones compañeras de tantos triunfos, mandó destruir en Roma el altar de la Victoria. Simmaco, en nombre de una parte del senado, defendió aquella divinidad tan querida de los romanos; y despues de citar los ejemplos de Constantino y Joviano que perdonaron aquel monumento, suponiendo en una prosopopeya atrevida que Roma dirije al emperador, pone en su boca estas querellas: «Príncipe »jeneroso, padre de la patria: »respeta mi vejez y mis princi»pios á los que debí la grandeza y »la libertad. Estos dioses, cuyas »aras derribes, armaron mi bra»zo y mi valor, arrojaron á los »galos del Capitolio, vencieron »á Annibal, aterraron á Cartago, »y subyugaron la Galia, la Gre»cia, el Asia, el mundo todo. ¿No »he vivido tanto sino para verme

»despreciada? Si quieres que a»dore otra divinidad, déjame »conocer este nuevo culto traido de la Palestina; piensa que »despues de tantos siglos querer »mudar mi relijion y violar mis »costumbres, so pretesto de i»lustrarme, es tratarme en mi »ancianidad sin respeto ni vene»racion.»

Graciano dudaba por el gran peso que los antiguos recuerdos daban á dichas palabras. «Príncipe, le dijo Ambrosio: ni las con»sideraciones de una vana polí»tica, ni las quejas de una su»persticion ostinada podrán jus»tificar tu desobediencia al Se»ñor del cielo y de la tierra: y »además, ¿con qué título ecsi»jen los idólatras que se respe»ten sus privilejios, cuando e»llos en el tiempo de su poder »no respetaban la vida de los »cristianos? Si decides á su fa»vor, cometes un acto de apos»tasía. Por otra parte el mayor »número de senadores profesa »el cristianismo, y será una »verdadera persecucion obligar»los á deliberar en presencia de »una diosa mentida entre el hu»mo de los sacrificios. No to»mes una determinacion de esta »especie sin consultar antes la »prudencia de Teodosio; y pues »es fuerza decir la verdad toda »entera, sabe que si se consigue »de tí ese decreto impío, los »obispos, ó saldrán de sus igle»sias, ó te impedirán que entres »en ellas.» Graciano cedió á las amenazas del obispo; Roma vió derribar el altar de la Victoria.

Prediccion en favor de Macsimo.— (381) Graciano, despreciando el uso antiguo seguido por todos sus predecesores, rehusó el vestido de sumo pontífice que le presentaron, y separó por la vez primera el imperio del sacerdocio, cuya union habia parecido tan importante para la tranquilidad pública. El sacerdote á quien se devolvió la ropa sagrada, esclamó: «Si Graciano no »quiere ser sumo pontífice, Mác»simo lo será.» El suceso verificó esta prediccion: la violencia que Graciano hacia á las costumbres y preocupaciones de Roma pagana, y á las opiniones de los arrianos, le hizo odioso á un gran número de sus vasallos, y preparó su ruina.

Este emperador, que al principio de su reinado fué activo, laborioso y atento á cumplir las obligaciones del trono, se habia entregado despues con una aficion desmedida al placer de la caza: pasaba la vida en los bosques, y dejaba el cuidado de los negocios á los validos, que abu-

Digitized by Google

sando de su nombre para servir á sus privados intereses y al espíritu de secta y de partido, borraron de la memoria de los romanos las azañas y virtudes del príncipe, por las cuales habia ganado antes su afecto y veneracion. Además, siendo naturalmente belicoso, manifestando sobradamente su aprecio á la intrepidez de los bárbaros, y su desden á la molicie y enervacion de los romanos, acabó de irritar los ánimos vistiendo el trajo de los alanos, y concediéndoles en su corte altas dignidades y preferencias impolíticas.

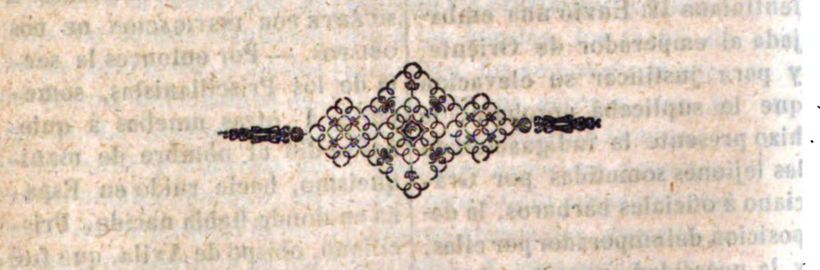
SU RETRATO.—SU USURPACION.—Clemente Mácsimo mandaba entonces las lejiones en Britania. Este hombre, de oscuro nacimiento, ocultaba su propension al paganismo bajo el velo de la hipocresía; mas no engañó ni á San Martin ni á San Ambrosio. Su espíritu era grande; su ambicion desenfrenada; sus mácsimas flecsibles siempre al interés; su carácter mudable conforme á las circunstancias; era cruel ó suave, segun convenia á sus designios. Elevado mas bien por artificios que por su valor, miró con envidia el advenimiento de Teodosio, su compatriota; y cubrió su odio bajo las apariencias de la lealtad; y aun estendió la voz de que era pariente suyo. Instruido del descontento que escitaban en el ejército la conducta de Graciano y su parcialidad á favor de los bárbaros, irritó hábilmente el resentimiento de las lejiones, prometió remediar sus agravios, se hizo proclamar augusto, pasó rápidamente con su ejército al continente, y ganó el afecto de los galos, persuadiéndoles que obraba de acuerdo con Teodosio. Luego que Graciano supo esta noticia, reunió prontamente su ejército, marchó contra Mácsimo y le encontró cerca de Lutecia. El cónsul Melobaudo y el conde Valion mandaban bajo sus órdenes. El emperador habia logrado sus primeras victorias por la rapidez de sus operaciones, pero en este lance cometió el yerro de quedarse acampado cinco dias enfrente del enemigo sin darle batalla. Su tesoro estaba agotado por sus liberalidades: Mácsimo habia aumentado el suyo por su avaricia. Prodigando entonces las riquezas acumuladas, corrompió las tropas del emperador: la caballería africana dió el ejemplo de la traicion: los demás cuerpos lo siguieron y pasaron á las banderas del rebelde.

MUERTE DE GRACIANO.—(383). Graciano huyó con solo trescien-

los jinetes que le abandonaron á los pocos dias. Desde que se le vió en el infortunio, le cerraron las puertas todas las ciudades. El temor mira á la desgracia como un contajio. Privado de socorro y asilo, pereció víctima de la crueldad de su enemigo y de la cobarde ingratitud de un pueblo, á quien habia colmado durante algunos años de gloria y beneficios.

Cuéntase su muerte de diferentes maneras: la que parece mas verosímil, es la narracion de San Ambrosio, digna de fé por la austeridad de su carácter y su amistad con el emperador. Dice que este príncipe, errante en las cercanías de Lugduno (Lyon), fué reconocido por un hombre á quien habia hecho feliz en otro tiempo, y que le ofreció su casa y un banquete en el seno de su familia. Graciano, dudoso por algunos momentos, se creyó seguro habiendo jurado el pérfido sobre los evanjelios guardarle fidelidad: siguióle á la ciudad, se hospedó en su casa donde fué recibido onoríficamente; mas luego se le obligó á vestirse los ornamentos imperiales, y adornado con ellos como una víctima, cayó atravesado de muchas heridas, invocando en sus últimos instantes el nombre y el socorro de Ambrosio.

San Jerónimo dice, que en su tiempo se veian aun con orror en las paredes de aquella casa funesta los vestijios de la sangre del infeliz príncipe. Murió á los veinticinco años de edad y ocho de reinado. Despues de la muerte de Constancia volvió á casar con Leta, á la cual protejió y consoló Teodosio en su infortunio.



CAPITULO VIII.

EN OCCIDENTE, VALENTINIANO II, MÁCSIMO Y EUJENIO; EN ORIENTE, TEODOSIO (383); EN FIN, TEODOSIO SOLO (392).

Priscilianistas condenados á muerte por instigacion de dos obispos.—Gobierno sabio de Teodosio.—Disputas relijiosas.—Rigor de Teodosio.—Predileccion de la emperatriz Justina por el arrianismo.—Marcha de Mácsimo contra Valentiniano.—Victoria de Teodosio sobre Mácsimo.—Muerte de Mácsimo.—Entrada triunfal de Teodosio en Roma.—Discusion entre el senado y Teodosio.—Revolucion en Antioquía contra Teodosio.—Temeridad del eremita Macedonio.—Clemencia de Teodosio.—Revolucion en Tesalónica.—Muerte de la emperatriz Justina.—Usurpacion de Arbogasto y muerte de Valentiniano.—Eujenio es nombrado augusto.—Batalla de Aquileya y muerte de Arbogasto.—Honorio y Arcadio emperadores.—Muerte de Teodosio.

Proclamado Mácsimo por el ejército de Graciano, y dueño sin oposicion de la Galia, Britannia y España, temia á Teodosio, y despreciaba la juventud de Valentiniano II. Envió una embajada al emperador de Oriente; y para justificar su elevacion que le suplicaba aprobase, le hizo presente la indignacion de las lejiones sometidas por Graciano á oficiales bárbaros, la deposicion del emperador por ellas, y la necesidad en que se habia visto de tomar la púrpura á su pesar. Teodosio, disimulando su ira y sus proyectos, dió una respuesta vaga, y despidió á los embajadores colmados de presentes.

Priscilianistas condenados á muerte por instigacion de dos obispos. — Por entonces la secta de los Priscilianistas, semejante á otras muchas á quienes se dió el nombre de maniqueismo, hacia ruido en España en donde habia nacido. Prisciliano, obispo de Avila, que fué su autor, debia ser condenado en un concilio de Burdeos, y presentado en la asamblea reu-

só responder, apeló al emperador, y fué conducido á Mácsimo con sus discípulos. Idacio é Itacio, dos obispos furiosos, semejantes á otras muchas hienas mitradas que han ocupado las sedes episcopales, le persiguen con el encarnizamiento feroz que produce el fanatismo. En vano se oponen San Ambrosio y San Martin de Tours á tamaña violencia, y prueban que las penas afflictivas serian injustas en caso semejante; sus súplicas no fueron oidas, y Prisciliano, dos sacerdotes, dos diáconos, el poeta Latroniano, y Eucrocia, viuda del orador Delfidio, fueron condenados á muerte en Treviros.

Tal fué el fruto del zelo de aquellos prelados asesinos, de aquel zelo impío que el Salvador del mundo habia tan terminantemente reprobado, y que ultraja igualmente á la razon que al Evanjelio. La Iglesia manifestó por ello un justo orror, y los dos obispos fueron únicamente escomulgados. La esperiencia demostró lo inútil y absurdo de tal procedimiento; porque los partidarios de Prisciliano lo onraron como á un mártir, y su herejía se perpetuó hasta mediados del siglo VI. Casi siempre la persecucion ha producido el mismo efecto, y sobrados ejemplos tendremos para probar esta verdad.

Teodosio, con motivo de una grave enfermedad que le sobrevino, se hizo bautizar. Recobrada la salud, publicó un edicto solemne, en que mostró su ardentísimo zelo por su culto. En él mandaba á todos sus vasallos abrazar la relijion enseñada por san Pedro, y profesada por el papa Dámaso y por el patriarca de Alejandría. Intimó á Demófilo, obispo arriano, que reconociese el símbolo de Nicea, ó que cediese Santa Sofia y las otras iglesias á sacerdotes de la fé ortodocsa. Queria que se reconociese un solo Dios en tres personas: dió el título de *católicos* á los que se conformaban con esta fé, y el de *insensatos* y *heréticos* á los demás: privó las asambleas de estos de los privilejios concedidos á las iglesias, los tachó de sacrílegos, los amenazó, si persistian en sus errores, con la vengaza divina y con la suya.

GOBIERNO SABIO DE TEODOSIO. —Por otro edicto suspendió los procesos criminales durante la cuaresma, y para onrar la fiesta de Pascua indultó á todos los delicuentes, escepto á los adúlteros, homicidas, májicos, mo-

Digitized by Google

nederos falsos y conspiradores. Esta amnistía, anulada como otras muchas por un número tan grande de escepciones, escitó sin embargo la gratitud pública; porque despues de una gran tiranía, toda suavidad es un beneficio.

Teodosio, naturalmente justo, cuando no le cegaba la cólera ni le estraviaba el fanatismo, mereció en muchos actos de su reinado el afecto de los pueblos y los elojios de la posteridad.

Enemigo de las proscriciones, hablaba con tanta indignacion como menosprecio de Mario, de Syla y de los triunviros: publicó una ley severa contra los delatores: mandó á los carceleros que fuesen suaves y humanos; y á los jueces, sopena de multas cuantiosas, que visitasen con frecuencia las cárceles, que oyesen las quejas de los presos, y que llevasen nota esacta de las causas de su prision. Atento á todo lo que podia interesar al órden, á la tranquilidad y á la seguridad pública, mantuvo y reparó los municipios y los antiguos edificios, construyó otros nuevos: durante quince años hizo responsables á los asentistas de la solidez de las obras, y proibió enterrar los muertos en el recinto de las ciudades. Harto ilustrado para no conocer que el lujo y la corrupcion de costumbres eran la principal causa de la decadencia del imperio, publicó leyes suntuarias que todo su poder no alcanzó á ejecutar, é impuso inútilmente la pena de infámia á las viudas que se casasen antes de cumplido el año de luto. El emperador podia por su ejemplo, por sus azañas y por la veneracion que se le tenia, retardar la caida del imperio romano; pero no impedirla. La libertad pérdida, el hábito de obedecer á la fuerza armada, la estincion de los sentimientos grandes y jenerosos, el nombre de ciudadano prodigado, envilecido, el nombre de *patria* olvidado, la mezcla vergonzosa de godos, francos y romanos en los empleos civiles y militares, el odio al trabajo, el amor de riquezas y placeres, eran los males incurables que minaban el coloso de Roma; y un grande hombre podia paliarlos, empero no sanarlos.

Teodosio, que fué el último de los emperadores que mantuvieron con firmeza las riendas del estado, hizo, no lo que era de desear, sino lo que era posible. Restituyó el onor á las armas romanas, restableció por

un momento la disciplina, espantó el vicio, reprimió los crímenes con la justicia de su administracion; y dió algunos años de reposo á los pueblos, oprimidos tanto tiempo por monarcas débiles é infames privados. La emperatriz Flaccila, hija del cónsul Antonio, ayudaba á Teodosio en sus nobles tareas: mirábasela como un modelo de relijion, modestia, ternura y castidad; y nunca se citaron de ella sino acciones de beneficencia y jenerosidad. Atenta á calmar á su esposo, naturalmente iracundo, le repetia con frecuencia estas palabras: «Acuérdate de lo que eres, y no olvides nunca lo que fuiste.»

Disputas relijiosas.—El emperador sosegó con mas facilidad los bárbaros que las disputas relijiosas. En aquella época ya no cuidaba el pueblo de los intereses materiales y políticos, sufria toda tiranía, y no recobraba su furor y sus armas sino para la eleccion de un obispo ó para la interpretacion de una fórmula pueril é inintelijible.

Los orientales se entregaban á estas disputas relijiosas con un desenfreno bárbaro. En Constantinopla habian llegado á ser los únicos objetos de interés público y privado, y entre todas las clases, como advierte un viajero de aquel tiempo, no se hallaban mas que disputas, que los sacerdotes agriaban y suscitaban con sus amaños. «¿Pedís á un »mercader, decia, que os cam»bie una moneda? al punto os »hablará el imbécil de la dife»rencia entre el Padre y el Hijo. »¿Preguntais á un panadero á »cuánto está el pan? os probará »que el Hijo es inferior al Pa»dre. ¿Decís al bañero si está »pronta el agua? os responderá »que el Hijo fué sacado de la »nada.»

Todas estas querellas de opiniones, solo hubieran sido ridículas en su esencia, si el espíritu de partido no las hubiese trocado á menudo en combates sangrientos. La autoridad del príncipe que se mezclaba en ellas, aumentaba la animosidad; y cuando Teodosio, para oprimir el arrianismo, restableció á San Gregorio Nacianceno en la silla patriarcal, si hemos de creer á este obispo, Constantinopla, el dia de su instalacion presentaba el aspecto de una plaza entrada por los bárbaros á sangre y fuego: ¡tan ostinada fué la resistencia que opusieron á su vuelta los arrianos y á defenderlo los católicos!

El virtuoso obispo, fatigado

Digitized by Google

de estas disensiones, cargado de onores y de años, reverenciado por los virtuosos, perseguido por la envidia, fué algun tiempo despues á palacio, y dirijió á Teodosio enmedio de su brillante corte este discurso noble y modesto, digno de un apóstol del Evanjelio: «Principe: tú »gustas de dar, y yo vengo á pe»dirte una gracia: no pido dine»ro para mí, ni ornamentos pa»ra mi iglesia, ni gobiernos para »mis amigos: estos bienes no tie»nen á mis ojos valor alguno, y »los dejo á quien los aprecié. »Mi ambicion se eleva mas alto: »concédeme el permiso de sus»traerme al odio que me persi»gue. Respeto la silla episcopal; »pero deseo verla desde lejos: »estoy cansado de desagradar á »los hombres por agradar á Dios: »él quiera que restablezcas la »concordia entre los obispos, y »que oigan tu voz, si no quieren »oir la de la justicia. Deseo, »pues has vencido á los bárba»ros, que domes á los que tur»ban y ensangrientan la Iglesia; »pero ya ves mis canas: he con»sumido en servicio del Señor »todas las fuerzas que me ha»bia dado: me rindo al peso con »que á mí pesar me oprimiste, »y el único favor que te pido »es que me permitas concluir »mis dias en libertad (1).»

Rigor de Teodosio.—Teodosio le permitió retirarse; pero indignado por la ostinacion de las sectas, dió oidos á su resentimiento, y por una ley despótica que ofreció un ejemplo funesto á sus predeceseres, proibió á todo hombre hacer ningun sacrificio ni ofrenda en el interior de su casa, encender velas, quemar incienso ni colgar guirnaldas en onor de sus dioses domésticos: declaró criminal de lesa majestad al que se atreviese á sacrificar, ó consultar las entrañas de las víctimas: ordenó la confiscacion de la casa en que se hubiese ofrecido incienso, y la tierra cuyos árboles se hubiesen adornado de banderolas; mandó á los oficiales y *defensores* de las ciudades que delatasen á los culpables, y condenó á los majistrados y subalternos á la multa de treinta libras de oro si no cumplian con su deber. A pesar de leyes tan severas, los sacrificios particulares continuaron por mucho tiempo, y aun algunas solemnidades paganas. Teodosio estableció *inquisidores* para buscar á los herejes. Arrojó de Roma á los maniqueos como infames; dispuso

(1) *Greg. Naz., de vita sud, p.* 21.

que sus bienes fuesen distribuidos al pueblo despues de su muerte. El papa Sirico, imitando este rigor, proibió recibir á comulgar á ninguno de los que hubiesen seguido su herejía; y en caso de estar verdaderamente convertidos, mandó encerrarlos en conventos en donde harian una ruda penitencia, y no concederles la eucaristía hasta la muerte.

El nombre de maniqueos se hizo comun á inumerables sectas de fanáticos, siempre acusados de secretas abominaciones. El maniqueismo, nacido en Persia, tenia propiamente por base la doctrina de los dos principios, eternos, independientes, el bueno y el mal principio. — San Agustin en su juventud fué un partidario zeloso del maniqueismo.

Observa el historiador Millot que las leyes de Teodosio ocasionaron escesos cuyos inconvenientes se tocaron muy luego, porque creyéndose cada uno con derecho para matar á los maniqueos como proscritos, se vió obligado el emperador á proibirlo bajo pena de muerte. Nada es mas peligroso que armar un fanatismo para destruir á otro fanatismo; nada es mas dificil que encontrar el punto en que las leyes penales, de esta naturaleza, no son contrarias ni al interés de la relijion ni á los derechos de la sociedad.

Teodosio igualmente privó á los herejes y apóstatas del derecho de testar, é hizo esponer en la plaza pública á la risa y ultrajes del pueblo los bustos de Arrio, Sabelio y Macedonio medio enterrados.

Imposible es dejar de irritarse al ver que un Bossuet elojie actos tan villanos y miserables; pero así estravia el espíritu de cuerpo ó de secta, aun á aquellos que debieran estar dominados del de tolerancia y caridad! Es menester desengañarse; el sacerdocio de todos los tiempos es egoista y tiránico.

Ostigado Teodosio por los sacerdotes á escederse de su carácter cuando creia vengar las ofensas de Dios, era muy otro cuando se trataba solamente de las suyas propias.

«Si alguno, escribia á Rufino, »prefecto del pretorio, habla »mal de mí ó de mi gobierno, no »queremos que se le castigue. »Si lo hace por liviandad, merece desprecio: si por error, com»pasion; y si habla con el objeto »de insultarme, debo perdonar»lo. En los demás delitos, y en

»cuanto pertenezca á la seguri»dad del estado, debes avisarme »antes de decidir, para que yo »juzgue de la gravedad de la o»fensa por la moralidad de las »personas, y pueda ecsaminar »con prudencia si debo tolerarla »ó someterla al juicio de los tri»bunales.»

A pesar de su zelo ecsajerado por favorecer cuanto tuviese el carácter de relijioso, quiso poner un freno á las intrigas infames de los frailes ó monjes, ya por desgracia demasiado numeros y peligrosos: preibióles salir de su monasterio, y mucho mas venir á las ciudades; pero á instigaciones de ellos mismos revocó el edicto dos años despues. La desmedida ambicion que se introdujo en los monasterios, tan contraria á su profesion, contribuyó mucho en lo sucesivo á los desórdenes y turbulencias del Oriente, y adquirieron tanto crédito los tales monjes, que llegó á ser casi imposible ascender al episcopado sin haber pertenecido antes á alguna comunidad.

Predileccion de la emperatriz Justina por el arrianismo. — Mientras que Teodosio hacia triunfar en sus estados la fé católica sobre las ruinas del arrianismo, en Italia, despues de la muerte de Graciano, era esta secta protejida por Justina, madre y tutora de Valentiniano II. Semejante apoyo reanimaba sus esperanzas y parecia que el partido se iba á levantar; pero encontraron un enemigo formidable, cuya firmeza nada pudo vencer. San Ambrosio, nacido en Roma de raza patricia, era hijo de un varon consular; pero escedió á su padre en talentos, fortuna y dignidades. Era gobernador de Liguria, cuando se temió en Mediolano un grande y orrendo desastre por el furor del pueblo que las sectas subleaban. En aquel momento de peligro se deseaba un pacificador, y Ambrosio era tan respetado de todos los ciudadanos, que aunque lego y no bautizado todavia, fué elejido unánimemente por obispo, justificó la eleccion del pueblo, sosegó las turbulencias, y fué consejero y guia de los emperadores.

Su Tratado de la Trinidad lo escribió para la instruccion de Graciano, á quien llamaba *cristianísimo* (1). Cuando Justina se declaró en favor del arrianismo, y quiso dar una iglesia á los partidarios de esta secta, Ambrosio

(1) *Christianissime.* (*Ambr., de fide, t. 4., p.* 110.)

se negó ostinadamente á obedecer; y aun en los transportes de su zelo ecsajerado se atrevió á comparar la emperatriz con Jezabel. Véase como aun el mas humilde sacerdote se estravía por intolerancia. «Pueden disponer de mi vida, decia, pero no de mi fé: todo lo sufriré, menos las ofensas de la relijion. No escitaré el furor del pueblo; pero lo preveo. La corte nos prepara grandes calamidades, mas espero no sobrevivir á la ruina de mi patria.»

La emperatriz lo desterró y él no quiso obedecer; una parte del pueblo se encerró con él en la iglesia, lo defendió y alimentó, y rechazó á un numeroso cuerpo de godos que quisieron forzar aquel asilo. Durante esta especie de sitio introdujo Ambrosio para entretenerse, la costumbre de cantar los salmos. Aprovechándose Ambrosio con mucha destreza de ciertas circunstancias imprevistas, supuso que el cielo señalaba con prodijios la proteccion que le concedia. Justina, mujer de talento, se burló de sus milagros y los despreció, pero la multitud, que siempre es una bestia dirijida por el que primero la pone el freno, aumentó su furor, y el poder tuvo que ceder á la necia credulidad.

Un peligro mas inminente amenazaba el trono del jóven Valentiniano. Mácsimo, que solo habia encontrado resistencia en la fidelidad animosa de san Martin, obispo de Turones (Tours), era el tirano de las Galias. Engrosó su ejército con un gran número de jermanos y francos, se acercó á los Alpes, y procuró engañar á Justina con demostraciones de paz y amistad.

Ambrosio conoció el lazo y avisó á la emperatriz, que no quiso creerle. Mácsimo se presenta á las puertas de Mediolano, antes que se hubiesen tomado disposiciones de defensa; y el terror fué tan grande como habia sido la confianza. Justina y su hijo, en vez de tentar una resistencia inútil, pasaron á Aquileya, y de allí á Tesalónica para implorar la proteccion de Teodosio.

Mácsimo se apoderó de Italia, entró triunfante en Roma, y ganó muchos partidarios protejiendo la idolatría y levantando los altares de los dioses.

Derrota y muerte de Macsimo. — (388) Luego que Teodosio supo el infortunio y la fuga de Valentiniano, salió á recibirle á

Tesalónica, acompañado de un gran número de senadores. Despues de afear á Justina su afecto á la herejía, á la cual atribuia sus desgracias, le prometió restablecer á su hijo en el trono, y como se hallaba viudo, estrechó los lazos que le unian á él casando con su hermana Gala. Juntó sus lejiones, marchó á Pannonia, y encontró cerca de Siscia sobre las orillas del Sabo á Mácsimo que venia á combatirle con todas las fuerzas del Occidente. Esta guerra no duró mas que dos meses: la caballería formidable de los hunos, alanos y godos que militaban entonces con Teodosio, pasó intrépidamente el rio á nado, y desbarató y puso en huida á los jermanos y galos del ejército de Mácsimo. Marcelino, su hermano, restableció la pelea con un cuerpo escojido: la batalla se prolongó hasta la noche y quedó indecisa. Al otro dia, cuando iba á comenzarse otra vez la accion, una parte de las tropas de Occidente arroja las armas: Mácsimo huye: Teodosio le persigue con tanta rapidez, que llegaron casi á un mismo tiempo á las puertas de Aquileya. El pueblo de esta ciudad se levanta, despoja á Mácsimo de sus ornamentos, y le lleva preso á los pies del emperador. Teodosio, movido por sus ruegos, estuvo para perdonarle; pero acordándose de la muerte de Graciano, lo entregó á los soldados que le cortaron la cabeza. Arbogasto, guerrero franco, que por su valor y los votos de los soldados habia ascendido de grado en grado hasta el de jeneral, persiguió las reliquias del ejército vencido, y dió muerte á Víctor, hijo de Mácsimo, que las mandaba.

Teodosio, despues de apaciguar algunas turbulencias que habia en Mediolano, y de haber restablecido en el trono á Valentiniano II, entró triunfante en Roma como el grande Constantino.

La lisonja, pronunciando el elojio del emperador, habló el idioma de la verdad. La opinion pública aprobaba las alabanzas que se daban á este príncipe por su actividad, valor, prudencia y gloria, y respetable por su justicia, castidad y beneficencia, aunque por la flaqueza humana, que no permite la perfeccion, sus bellas cualidades fueron algunas veces oscurecidas por su propension á la ira: afecto que se empeñó porfiadamente en vencer, y que no siempre pudo sujetar.

El fervor de este príncipe por el cristianismo pareció ha-

Digitized by Google

ber aumentado por los esfuerzos de Máximo para restablecer la idolatría. Al entrar en Roma halló los altares adornados de flores, dispuestos los sacrificios, y las estátuas de los dioses rodeadas de ofrendas é inciensos. Reprendió por ello ágriamente al senado, y defendió elocuentemente en la asamblea la causa del cristianismo con un calor mas propio de un tonsurado que de un jefe del imperio.

Los senadores le respondieron con una entereza inesperada, y que habian perdido muchos siglos habia. La libertad, muda en los negocios terrenos, se manifestaba todavia cuando se querian segar las opiniones relijiosas. Opusieron á la voluntad del emperador mil doscientos años de costumbre, el poder de Roma fundado sobre oráculos, tantos triunfos debidos á la proteccion de los dioses, y despues de tantos prodijios el peligro de abrazar una relijion nueva que no ofrecia la misma esperanza, y que no estaba apoyada por una tan larga y tan feliz esperiencia. Pero el emperador les declaró que su colega y él detestaban la relijion de la mentira y de los vicios deificados, y que si deseaban permanecer en su ceguedad, el tesoro público no pagaria los gastos de un culto escandaloso. «El imperio, añadió, amenazado de los bárbaros por todas partes, necesita de soldados mas que de víctimas.»

Esto mismo pudiera el emperador haberlo aplicado respecto al escesivo número de clérigos, monjes y vagabundos con sayal.

Si los senadores habian respondido á sus discursos, obedecieron á sus órdenes; y como el número de los que no mezclan ningun interés humano en sus opiniones, es siempre el menor, apenas se cerró el tesoro se acabaron los sacrificios.

Sin embargo, en Ejipto se opuso mas resistencia á la autoridad. El pueblo defendió sus templos, y dió gritos de rabia cuando vió derribar la estátua de Sérapis; pero apenas cayó el ídolo, aquella multitud inconstante lo insultó, haciendo con él lo mismo que con las potestades de la tierra, á las cuales desprecia cuando deja de temerlas (1).

(1) En España en 1834, sucedió lo mismo. Luego que el pueblo dejó de temer el influjo de los frailes, los mismos que antes habian besado sus manos, corrieron á degollarlos. Ya hablaremos de este hecho, y haremos las consideraciones que arroja el abismo de la superticion.

El emperador, para remediar los males que Valente causó al imperio, vencer á los godos, libertar de bárbaros el Oriente y conservar la paz en el Occidente, habia tenido que imponer contribuciones tan gravosas, que solo podian sufrirse por ser evidente la urjencia. En todas partes se pagaron con resignacion escepto en Antioquía. Aquella ciudad, por la licencia de sus costumbres, estaba siempre dispuesta á la sedicion: su pueblo lijero, burlon y corrompido prodigaba alegremente su dinero en fiestas, juegos, pantomimos y bufones, y murmuraba cuando era preciso contribuir á las cargas públicas y á la defensa del estado.

Preséntanse, pues, los comisarios del emperador para percibir el tributo: todos los ciudadanos ricos ó pobres se quejan, resisten tumultuados, se animan y sublevan, insultan á los majistrados, pasan de las palabras á la violencia, rompen enfurecidos las estátuas de Teodosio, de su madre y de sus hijos, las ultrajan y las arrastran ignominiosamente por las calles.

Cuanta mas predileccion habia manifestado el emperador á los antioquenos hasta entonces, mas le irritó su ingratitud; y en el primer movimiento de su ira envió tropas contra los sediciosos con comisarios encargados de su venganza, y armados de poderes sin límites para castigar á los habitantes y arrasar la ciudad.

El pueblo rebelde, vuelto del delirio, consideraba con espanto sus funestos efectos; la consternacion sucedia al furor: esperaban á los comisarios en triste silencio, semejante á la calma orrible que muchas veces precede y anuncia la tempestad: los mas ricos habitantes huyeron. San Juan Crisóstomo, que se habia opuesto á su locura, y que los consoló en su afliccion y los animó en el peligro, presenta así la imájen de su miedo: «Esta ciudad floreciente ha quedado desierta: »un terror mortal nos echa y »aleja de sus murallas, como »el humo á las abejas: es, segun »dice de Jerusalen el profeta, »como una encina desmochada, »como un jardin sin aguas saludables, que solo ofrece á »la vista árboles marchitos sin »flores ni frutos. La ira del príncipe, como un incendio fatal, »nos amenaza: todos la evitan »y procuran salvar su vida antes que el fuego se aproxi-

»me. ¡Calamidad estraordina»ria! huimos sin enemigo que »nos persige: abandonamos nues»tros ogares, sin haber sufrido »derrota: esperimentamos los »mismos males que los cautivos »de un soberbio vencedor, sin »habernos espuesto al asalto.»

Estos temores eran harto fundados; las tropas se acercan: los enviados del emperador llegan: suben al tribunal: insensibles á las lágrimas, sordos á las súplicas, rodeados de soldados feroces, entablan rigorosas sumarias: llénanse las prisiones: empléanse despiadadamente las varas, las cadenas y los tormentos para obligar á los acusados á confesar su crímen y descubrir sus cómplices; resuena el aire con los gritos del dolor, con los acentos de la ira, con los jemidos de los parientes y amigos: las mujeres y niños rodean llorando y suplican vanamente á los majistrados, á los soldados, á los verdugos. Las sombras de la noche aumentan los terrores del dia: aquella ciudad delincuente, herida por un juez insensible, parece amenazada de su total ruina.

Temeridad del ermita Mackdonio.—Gran número de ciudadanos fueron arrancados desde sus casas á los calabozos, y de allí á los tormentos y patíbulos: llegaban ya á él cuando un hombre, cubierto de un vestido miserable, se presenta de improviso, coje con audácia por el manto al primer majistrado, y le manda imperiosamente que le oiga. Esta temeridad escita la indignacion de los jueces; mas en breve se muestran respetuosos, oyendo proclamar el nombre de Macedonio, santo y venerable ermitaño, que venia seguido de otros muchos solitarios. La autoridad se humilla ante la virtud. «Decid, clama aquel »hombre valeroso, decid al prín»cipe de mi parte: Tú eres hom»bre: tú mandas á hombres: son »imájenes de Dios, y Dios no »quiere que las destruyan. In»sultar á la obra, es irritar al o»brero: ¿qué crímen han come»tido? Injuriar figuras inanima»das. Este delirio ¿justifica tu »cólera? Por una estátua des»truida podemos costear veinte; »pero piensa que no te es dado »restituir un solo cabello de la »cabeza que hayas mandado de»rribar.» Este lenguaje jeneroso y altivo que parecia inspirado, admira y conmueve á los ministros del emperador: detiénese el cuchillo, suspéndense los suplicios, y se permite implorar la clemencia de Teodosio.

Cesário fué á Constantinopla,

adonde habia vuelto el príncipe, á presentarle las súplicas de los antioquenos: el obispo Flaviano, á pesar de su edad, reanima sus fuerzas para acompañarle y desarmar la ira del emperador ofendido.

Los sirios respiran: mas no desmienten en circunstancias tan críticas la lijereza de su carácter; pasan súbitamente de un miedo cobarde á una alegría loca y licenciosa, y se entregan á la crápula á vista de los cadalsos erijidos todavia.

Entonces Crisóstomo, cumpliendo dignamente los deberes de su santo ministerio, desplegó contra su culpable locura la misma elocuencia que habia empleado contra su desesperacion, y pronunció las célebres homilías que el tiempo ha respetado.

Cesário, habiendo llegado á la capital de Oriente, se arroja á los pies del emperador, procura despertar su jenerosidad, le pinta la calamidad y el arrepentimiento de los reos, y conmueve su corazon, pero sin doblegarle. El emperador habla de su munificencia y su predileccion para los antioquenos, y se queja amargamente de la ingratitud de un pueblo, al cual habia colmado de beneficios.

Clemencia de Teodosio.—Entonces se acercó el venerable Flaviano, lejos de justificar á los culpables, confiesa y pondera el delito, y despues de declarar que merecian los castigos mas severos segun la justicia humana, añade: «Dios fué ultrajado por los hombres como »tú, y les ha abierto el reino de »los cielos: imítale. Si debiére»mos á tu clemencia nuestra »salvacion, tú deberás á nuestro »yerro una gloria nueva. Gra»ciano te dió una corona efíme»ra: puedes con tu virtud mere»cer una que sea inmortal. Has »perdido estátuas que no habla»ban: erije en nuestros corazo»nes monumentos eternos que »nunca callarán. Cuando los cor»tesanos de Constantino, ofendi»do como tú, le escitaban á ven»gar las injurias hechas á sus i»májenes, respondió: tranquili»zaos; *no me siento herido*. Muchas »de sus victorias están ya olvida»das; pero los siglos repetirán »estas palabras jenerosas; así »como tampoco olvidarán las que »dijiste perdonando á unos reos »sentenciados: ¡*Oh, si pudiese »tambien resucitar los muertos!* »Una sola palabra puede darte la »conquista mas bella, que es el »amor de tus súbditos. Has resis»tido á las súplicas de tus majis»trados, á la voz de tus jenera-

»les; ríndete á la de un viejo »que te recuerda con el Evan»jelio en la mano, que Dios no »te perdonará sus ofensas, si e»res inflecsible con las tuyas. »En lugar de destruir á Antio»quía, destruye el recuerdo de su »crímen, y yo iré á bendecir tu »nombre enmedio del pueblo »que tu piedad habrá salvado.»

Teodosio no pudo resistir á los nobles acentos de la vejez, la virtud y la piedad: perdonó, y este triunfo que logró de su justa indignacion, fué celebrado como la mas ilustre de sus victorias.

Otra sedicion que hubo en Tesalónica, produjo las mayores desgracias: no fué posible calmar la ira del emperador, y su venganza mancilló para siempre su gloria.

Un carretero insolente y borracho habia cometido desórdenes escandalosos: el gobernador de la ciudad lo mandó prender: el pueblo, que favorecia á aquel hombre, quiere libertarle, se subleva, y enfurecido asesina al jeneral y á los oficiales que le defendian. El resentimiento de Teodosio se manifiesta: en vano los obispos de la provincia le suplican que sea induljente; á nadie oye: manda convocar en el circo á todos los habitantes de aquella ciudad desgraciada, con el pretesto pérfido de unos juegos: y los soldados godos que servian en el ejército imperial, los rodean y asesinan sin distincion de secso ni edad. ¡Este es un monarca! El mónstro, espantado de su propia crueldad, y atormentado por su conciencia, á la cual oyó demasiado tarde, escribió á San Ambrosio, pidiéndole que implorase en su favor la clemencia divina; y con la esperanza de mitigar la severidad del virtuoso obispo, vino á Mediolano, procuró justificarse, y se presentó, seguido de su comitiva, á las puertas de la iglesia. El inecsorable Ambrosio le impidió entrar en ella, y recordándole en esta circunstancia el ejemplo de David: «Has imitado, »le dijo, á este rey en el crímen: »imítale en el arrepentimiento.» Le impuso la penitencia pública: Teodosio se sometió á ella, y el dueño del mundo, despojado de sus ornamentos, y prosternado al pie del altar, se humilló ante Dios á la vista de su pueblo, y no fué admitido en la comunion de los fieles, sino despues de ocho meses de oraciones y lágrimas.

Es de admirar la firmeza de un ministro del Evanjelio, á quien ningun peligro aterra

Digitized by Google

cuando debe sostener la causa de la moral ultrajada, y hacer temer á las potestades terrenas la justicia divina; pero muy á menudo *sacerdotes ambiciosos*, interpretando mal este grande ejemplo, abusaron despues de la palabra sagrada para servir á su profano orgullo, y sopretesto de humillar á los príncipes delante de Dios, se esforzaron los miserables en elevar el sacerdocio sobre el imperio, dando al mundo el escándalo infame de azotar á un monarca en las gradas del altar, como ya veremos en el discurso de esta historia, que muchos tonsurados maldecirán de corazon. El mismo Ambrosio, tan severo en el caso de la matanza de Tesalónica, no pareció animado del mismo espíritu de justicia cuando un populacho sedicioso, instigado por frailes imbéciles y fanáticos, quemó una sinagoga. Teodosio quería castigar á los incendiarios; Ambrosio se opuso á ello y consiguió la impunidad de los culpables frailes. Tal es el espíritu de secta y de partido; estravia á la misma virtud, la hace inflecsible con el error que le daña, é induljente con el crímen que le aprovecha. Tal ha sido jeneralmente el sacerdocio en todo el mundo.

Muerte de la emperatriz Justina. — Poco tiempo despues de la derrota de Mácsimo, y del restablecimiento de Valentiniano II en el trono, murió la emperatriz Justina, y perdieron los arrianos su mas firme apoyo. Valentiniano, por agradecimiento á Teodosio, y por docilidad á Ambrosio se hizo ortodocso. Este jóven príncipe era casto, templado, laborioso, enemigo de la injusticia; pero estas bellas cualidades no estaban acompañadas del vigor de alma; y la debilidad fué tan perniciosa como lo hubieran sido sus vicios.

Usurpacion de Arbogasto. — (392) El emperador de Occidente dejó tomar sobrado poder en la corte, sobrada influencia en el ejército á un franco, distinguido por sus azañas, pero desenfrenado y culpable en su ambicion. Arbogasto, elevado al grado de jeneral por Graciano, y que contribuyó tan eficazmente, bajo las órdenes de Teodosio, á la ruina de Mácsimo, mandaba entonces las lejiones de la Galia. Este guerrero, artificioso, pérfido, altanero, ávido de poder y de riquezas, era estimado por Valentiniano como la columna de su trono.

Abusando de su confianza, y

disponiendo de sus tesoros, seduce las tropas, distribuye todos los empleos á los bárbaros que le son adictos, aleja del príncipe con varios pretestos á sus mas fieles amigos, le rodea de sus ajentes y satélites, y en fin, se quita la máscara, y reina en lugar de obedecer.

El emperador no fué mas que un cautivo coronado, abrió tarde los ojos, jimió al contemplar su riesgo, y escribió en secreto á Teodosio que lo libertase de la prision de su palacio. Sin embargo, el peligro crece, la humillacion se le hace insoportable, y sobrado impaciente para esperar el socorro que habia pedido, medita un acto de vigor, y compromete su autoridad.

Muerte de Valentiniano. — Rodeado de toda su corte, sentado en el trono y confiando que su cetro derribaría la espada de Arbogasto, le hace venir á su presencia, y le manda leer el decreto de su propia destitucion. *Como no me has dado el poder, no me lo puedes quitar.* Dichas estas palabras arroja el edicto en el suelo, y lo pisotea (1). Valentiniano enfurecido saca la espada, y acomete al bárbaro; pero los numerosos amigos de Arbogasto le rodean y desarman al emperador. Pocos dias despues se halló al infeliz príncipe aogado en su lecho (2). Arbogasto, queriendo sincerarse de este crímen, estendió la voz de que Valentiniano, en un impulso de desesperacion se habia muerto á sí mismo, é hizo conducir su cadáver á Mediolano con mucha pompa. San Ambrosio pronunció su panejírico, y consoló á sus hermanas con la esperanza de que la clemencia divina le habria admitido en el cielo, aunque no habia recibido el bautismo.

Eujenio es nombrado augusto. — Dueño Arbogasto, por traicion, de todo el Occidente, escepto el Africa, podia disponer del trono; y no atreviéndose, ó no queriendo ocuparlo, ya porque antepusiese el poder verdadero á un vano esplendor, ya porque temiese la indignacion de los romanos, si veian la corona imperial en la cabeza de un bárbaro, se contentó con

(1) *Nec imperium mihi dedisti, ait, nec auferre poteris, discerptoque libello, et in terram abjecto, discedebat.* (*Zos.*, *p.* 83 *Basileæ.*)

(2) *Imperatori dormienti gulam fregerunt.* (*Socr.*, *lib.* v, *cap.* 25, *p.* 264; *Zos.*, *lib.* vii, *cap.* 22, *p.* 739.)

reinar bajo el nombre de un fantasma de emperador, y decoró con el título de augusto á Eujenio, que habia sido su secretario, y ascendido por su mérito y el favor de Arbogasto, del empleo muy subalterno de profesor de retórica, á la alta dignidad de *maestro de los oficios*. Era apreciado por su erudicion y elocuencia, y amado por su modestia y dulzura. No pudiendo resistir al poder de Arbogasto, obedeció jimiendo, y aceptó el cetro con pesar. Los embajadores que envió á Teodosio para que confirmasen su eleccion, no lograron mas que respuestas evasivas. El emperador de Oriente estaba dispuesto á la venganza, tanto por el interés de su corona, como por el dolor de su esposa Gala, hermana de Valentiniano.

Batalla de Aquileya y muerte de Arbogasto.—(394) Reunió, pues, todas sus fuerzas para pelear contra Eujenio, ó mas bien contra Arbogasto: antes de comenzar la guerra, cediendo á la supersticion que en los hombres no hace mas que cambiar de objeto, en defecto de los oráculos y arúspices, consultó á un monje de la Tebaida, y la respuesta favorable de este solitario aumentó sobremanera la confianza de las tropas, que mandadas por Timasio, Promoto y Stilicon, presentaban un espectáculo imponente. Era admirable por su fuerza y disciplina; pero al mismo tiempo se veian en ella árabes, hunos, alanos, godos, y á su frente Alarico, que aprendia entonces bajo el mando de Teodosio el arte que empleó despues para la ruina de Roma. Parecia que los romanos obceados llevaban consigo lejiones de bárbaros para que reconociesen todas las partes del imperio que despues habian de conquistar y destruir. Arbogasto, informado de los preparativos del emperador de Oriente, reunió para resistirle todas las lejiones occidentales. Eujenio y él hicieron un esfuerzo, y fué el último, para resucitar el politeismo. Entraron en Roma, y con grande satisfaccion de los idólatras y del vulgo, amigo siempre de novedades, restablecieron por un instante el culto de los dioses.

Segun Claudiano, que en sus descriciones poéticas cuenta mas circunstancias que los historiadores de aquel tiempo, Teodosio estendió sus líneas y diseminó sus escuadrones para rodear al enemigo. Arbogasto, siguiendo un dictámen opuesto, reconcentró sus fuerzas cerca de

Aquileya para oponer á los orientales una masa que con su mismo peso los desórdenase. Estos dos sistemas, sostenidos en todos tiempos por grandes capitanes, han dado gloria ó ruina á los que los han seguido, á arbitrio de la suerte.

Teodosio atravesó con su rapidez ordinaria las Pannonias. Arbogasto le dejó que pasase los Alpes Julios, y se estendiese en la llanura, para que divididas sus fuerzas se dibilitasen. Los dos ejércitos se encontraron cerca de Aquileya. El uno estaba animado por el deseo de vengar á Valentiniano y castigar el crímen: el otro, con la esperanza de defender á los culpables y lejitimar la usurpacion por la victoria.

Dada la señal, Teodosio marcha contra el enemigo y encarga á los godos que ataquen el campamento atrincherado, con el fin de conseguir la victoria por su ardiente valor, y al mismo tiempo disminuir su número en una batalla que forzosamente habia de ser sangrienta. Mas solo consiguió esto último: diez mil godos y su jefe Bacurio perecieron en el combate, sin poder atravesar los fosos del campamento.

Rechazado Teodosio se retiró á una montaña escarpada; y Eujenio, orgulloso por su triunfo, lo creyó completo: su guardia, participando del mismo error, se entrega á la crápula; pero Arbogasto, como hábil capitan, á quien no podia adormecer aquel lauro primero, ocupó con destacamentos numerosos los desfiladeros. Teodosio se halló rodeado y sin víveres: su pérdida parecia inevitable; pero lo que debia completar su ruina, fué su salvacion.

Los jefes de los cuerpos que le rodeaban conferencian con sus oficiales, atienden á sus proposiciones, tratan con él, dejan el partido de los rebeldes y se pasan á sus banderas. Teodosio, reforzado por estos nuevos ausiliares, se arroja de nuevo contra el enemigo, y le acomete con sus propias fuerzas. Los elementos, segun Claudiano, conspiraron en favor de Teodosio, pues una tempestad, venida del Oriente, levantó contra los galos torbellinos de polvo que los cegaron y espantaron. Los paganos para defender sus montañas, habian colocado en ellas las estátuas de los dioses. La supersticion fué invocada por ambas partes para ausiliar al valor.

El emperador, rechazado en el primer ataque, respondió á los que le aconsejaban la retirada: «No se dirá que la cruz de

»Cristo ha huido de las imájenes »de Hércules y de Marte.» Hinca la rodilla en presencia del ejército: declara que ve en las nubes á los apóstoles San Juan y San Felipe, combatiendo en su favor: los soldados creen y propalan esta superchería y marchan á la pelea con nueva confianza como en otro tiempo corrian á la victoria guiados por Castor y Polux.

Los jermanos y galos, despues de una tenaz resistencia, son desbaratados y tomado su campamento. Despojado Eujenio de la púrpura, se pone á los pies del emperador, y procura enternecerlo y apiadarlo con su elocuencia; pero los soldados que le veian, interrumpieron su discurso y le cortaron la cabeza sin esperar las órdenes del príncipe.

Arbogasto, vencido y sin esperanza de reunir sus tropas, estuvo vagando dos dias por las rocas, y por último se arrojó sobre la espada, y murió, aunque bárbaro, como un antiguo romano.

San Ambrosio, que habia creido conveniente ceder á la usurpacion de Mácsimo, lejitimada por el reconocimiento de Teodosio, jamás quiso, á pesar de las instancias de Eujenio, presentarse á su vista. Teodosio vencedor adoptó el consejo del obispo, y trató con clemencia á los partidarios de Arbogasto.

Arcadio y Honorio augustos. —Pacífico dueño ya de todo el imperio, decoró con la púrpura á sus dos hijos Arcadio y Honorio. La historia ha conservado las palabras siguientes que dijo á uno de ellos: «Si hubieras nacido en »Persia, tu cuna sería un título »suficiente para asegurarte el »trono; pero si deseas que los »romanos te tengan por digno de »reinar sobre ellos, aprende á »reinar sobre tí mismo. Un ciu»dadano no tiene mas objeto que »su propia felicidad: la del uni»verso debe ser el tuyo. Si los »vicios te dominan, no serás mas »que un esclavo con diadema. »Guárdate de las pasiones, las »cuales vienen á buscar á los »príncipes, cuando se dejan soli»citar por los otros hombres. Si »deseas que te miren como imá»jen del Altísimo, imita su cle»mencia. Sigue siempre la voz »de la justicia, sin hacer caso de »la alabanza ó vituperio del »mundo liviano. Sé la ley vi»viente por tu virtud: tu ejem»plo tendrá mas fuerza que tu »autoridad. La bondad y no el »orgullo hace dóciles á los ro»manos. Abandona el lujo á los »reyes de Asia. El esplendor que »conviene á los césares es el de

»los talentos y las virtudes. Si »haces la guerra, demuestra que »sabes mandar, y te obedecerán. »Participa del peligro con tus »soldados, y no la temerán. So»bre todo estudia la historia de »tus predecesores, sus victorias »y reveses, su gloria y su infor»tunio: ellos te enseñarán lo »que debes hacer y evitar.»

MUERTE DE TEODOSIO.—El emperador tenia entonces cincuenta años: su poder y gloria, sus virtudes y su esperiencia hacian esperar un reinado largo y feliz; pero su cuerpo, agotado por la fatiga, sucumbió á la de la última campaña. Síntomas de hidropesía anunciaron la procsimidad de su fin.

Segun la política del tiempo, dividió el imperio entre sus dos hijos: Honorio tuvo el Occidente, y Arcadio el Oriente. El emperador, queriendo celebrar en Mediolano los juegos del circo, hizo un último esfuerzo para asistir á ellos, y murió en la noche siguiente; respetado de los bárbaros y llorado de sus vasallos. Los ciudadanos alababan su justicia, los guerreros su valor, la iglesia su piedad. Censuráronse en él merecidamente algunos actos de intolerancia y de crueldad; pero sus virtudes fueron muy superiores á sus defectos. Adquirió justa celebridad por grandes victorias y por leyes sábias, y detuvo en el márjen del precipicio con brazo fuerte el imperio romano, que vió desaparecer con él su grandeza y su gloria.

Teodosio es un emperador violento y débil entregado al placer de la mesa, segun Zózimo (1); y un santo que reina en el cielo con Jesucristo, segun San Ambrosio (2).

(1) *Zos.*, lib. *IV.*

(2) *Ambr.*, *tom. V*, *sermo de diversis. p.* 122.

FIN DEL TOMO DÉCIMOCUARTO.

Digitized by Google

ÍNDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOTERCERO.

Digitized by Google

Digitized by Google

HISTORIA

UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA.

TOMO XV.

Digitized by Google

Stat sua cuique dies.

VIRG.

Digitized by Google

HISTORIA UNIVERSAL

ANTIGUA Y MODERNA

FORMADA PRINCIPALMENTE

CON LAS OBRAS DE LOS CELEBRES ESCRITORES

EL CONDE DE SEGUR, ANQUETIL Y LESAGE,

Y CON PRESENCIA DE LAS ESCRITAS

POR

M. MILLOT, MULLER, CHATEAUBRIAND, BOSSUET, THIERS, GUIZOT, GUAY, MICHELET, MIGNET, ROBERTSON, NODIER, MONTESQUIEU, ROLLIN, MARIANA, MIÑANA, SOLIS, TORENO, MARLIANI, MICHAEL etc.

FINALIZANDO

CON UN DICCIONARIO BIOGRÁFICO UNIVERSAL.

OBRA COMPILADA

POR UNA SOCIEDAD HISTORIÓGRAFA,

BAJO LA DIRECCION DE

A. MARTINEZ DEL ROMERO,

INDIVIDUO DE VARIAS SOCIEDADES ARTÍSTICAS Y LITERARIAS, NACIONALES Y ESTRANJERAS.

MADRID:
1843.

Digitized by Google

Oficina del Establecimiento Central, calle de Atocha, núm. 65, cuarto principal.

Digitized by Google

HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOTERCERO.

CAPITULO IX.

HONORIO, EN OCCIDENTE; ARCADIO, EN ORIENTE; STILICON; ALARICO, ATAULFO.

(Año 395.)

Estado del imperio.—Influencia del cristianismo.—Stilicon, ministro en Occidente.—Rufino, ministro en Oriente.—Honorio y Arcadio emperadores.—Repartimiento del imperio.—Muerte de Rufino.—Eutropio, ministro en Oriente.—Revolucion en Africa causada por Jildon.—Muerte de Jildon.—Amañas y elevacion de Alarico.—Huida de Honorio.—Derrota de Alarico.—Vuelta de Honorio á Roma.—Abolicion de los combates de los gladiadores.—Invasion de Radagasio en Italia y batalla de Florencia.—Invasion de los bárbaros en el Occidente.—Muerte de Stilicon y sitio de Roma por Alarico.—Saco de Roma por Alarico.—Muerte de Alarico.—Su sepulcro es colocado en el fondo de un rio.—Eleccion de Ataulfo, cuñado de Alarico.—Muerte de Constantino y de su hijo Juliano.—Establecimiento de los visigodos en la Galia Narbonense y principio de la monarquía goda de España.—Muerte de Ataulfo.—Muerte de Sinjerico.—Conquistas de Valia en España.—Triunfo vergonzoso de Honorio en Roma.—Cesion de la Aquitania á los visigodos.—Estado del imperio de Oriente.—Revolucion en Frijia.—Muerte de San Juan Crisóstomo.—Muerte de Arcadio.—Muerte de Constancio y de Honorio.—Lijero bosquejo de los papas desde San Silvestre hasta Inocencio primero.

Estado del imperio.—Antes de pasar á la narracion de la historia de los sucesores de Teodosio, echemos una lijera ojeada sobre el estado de aquella sociedad, y veamos el influjo que tu-

Digitized by Google

vieron en la ruina del imperio ciertos hechos y ciertos principios.

El reinado de Teodosio aparece mas grande, porque despues de él no se verán mas que ruinas y desgracias. Era necesario un hombre especial para suspender el curso de las revoluciones. Todo anunciaba una completa decadencia. Un gobierno arbitrario que no tenia reglas fijas; una mezcla de bárbaros que habian alterado los antiguos principios; otros millones de bárbaros que esperaban el momento de absorverse el imperio, como una presa digna de su rapacidad; cortes fastuosas, llenas de eunucos, de inventores del deleite y de la crápula, en que la intriga y la adulacion dominaban casi siempre; enmedio de la miseria pública un lujo insultante, pues se veian en ciertas casas hasta dos mil criados adornados de brazaletes y collares de oro; una corrupcion de costumbres que desde los palacios se estendia hasta el populacho; odios de relijion que destruian toda concordia entre los ciudadanos, y que tenian buen cuidado de alimentar los sacerdotes; un principio de ignorancia que apagaba de dia en dia las luces de la razon, y el sentimiento de lo bello; eran sobrados elementos para operar una disolucion completa en todo, y reducir la sociedad á la nulidad mas absoluta. A las ideas justas, á las cosas sólidas, sucedian una palabreria necia y sutilezas vanas. El clero no podia ser mas estúpido, si bien es verdad que nunca ha sido muy aventajado. Cuando las letras caen, y los espíritus cultivados se estravian por torcidos senderos, la ciencia del gobierno debe oscurecerse, y una prueba de esta verdad está en las leyes poco meditadas y aun perjudiciales que se espidieron.

No es de admirar, dice Millot, que se ignorasen los verdaderos principios de la hacienda, puesto que los romanos nunca habian tenido sino una teoría muy imperfecta. Pero la ley de Teodosio, que para reprimir la usura, fijó el interés del dinero á doce por ciento como en lo antiguo, no deja de ser notable en un gobierno cristiano.

Volvamos nuestra vista á otro lado para apreciar las causas del trastorno del imperio al entrar ya en las manos de Arcadio y de Honorio.

Por todas partes se habian demolido los templos; pérdida siempre deplorable para las artes. San Martin, obispo de Tours,

Digitized by Google

de quien ya hemos hecho mencion, seguido de una cuadrilla de frailes, destruyó en las Galias los santuarios, los ídolos y los árboles consagrados, dejando con su santo vandalismo muchas tierras incultas. El obispo Marcelo emprendió la destruccion de los edificios paganos en la diócesis de Apamea, capital de la segunda Siria (1). El templo cuadrangular de Júpiter, presentaba sobre sus cuatro frentes quince columnas de dieziseis pies de circunferencia; dicho templo resistia y su inmensa mole se burlaba del ataque episcopal, y fué necesario recurrir á un incendio para hacerlo undir. Mas tarde en Cartago, unos cristianos menos fanáticos salvaron el templo celeste; convirtiéndolo en iglesia, como despues Bonifacio III. salvó el Panteon en Roma.

El derribo del templo de Sérapis en Alejandria ha llegado á ser célebre. Este templo, en donde se depositaba el Nilometro, estaba construido sobre un cerro artificial. Subíase á él por cien gradas: una multitud de bóvedas iluminadas con lámparas le sostenian: habia en él muchos patios cuadrados rodeados de habitaciones destinadas á la biblioteca, al colejio de los alumnos, á los sirvientes y á los custodios del edificio. Cuatro tramos de galerías con pórticos y estátuas, offrecian largos paseos. Ricas columnas adornaban el templo propiamente dicho, que todo él era de mármol y sus paredes estaban revestidas con tres láminas, de cobre, de plata y de oro. La estátua colosal de Sérapis, cubierta la cabeza con la misteriosa medida, tocaba con sus brazos á las paredes de la capilla, y en cierto dia un rayo de sol venia á caer sobre los labios del Dios (2).

Los paganos no consintieron fácilmente en abandonar un edificio semejante: en él sostuvieron un verdadero sitio, animados á la defensa por el filósofo Olimpio, hombre de una admirable belleza y de una elocuencia divina. Estaba lleno de Dios, como dice Suidas, y tenia algo de profeta (3). Dos gramá-

(1) *Etudes ou discours historiques sur la chute de l'empire romain, la naissance et les progrès du Christianisme et l'invasion des barbares, etc. etc., par* CHATEAUBRIAND. *T.* 2, *edit. de Bruxelles, p.* 242.

(2) *Ruf., lib.* XXII, *p.* 192 *Socr.* p. 276, *lib.* VII, *cap.* 20; *Espositio totius mundi, Geogr. minor. tom. III, p.* 8.

(3) *Olympus autem adeó plenus*

Digitized by Google

ticos, Heladio y Ammonio, peleaban á sus órdenes: el primero habia sido pontífice de Júpiter, y el segundo de un mono (1). Teófilo, obispo de Alejandría, provisto con los edictos de Teodosio y apoyado en el prefecto de Ejipto, alcanzó la victoria. Heladio se lisonjeaba de haber muerto nueve cristianos con sus manos. Olimpio, dice Sozómeno, huyó despues de haber oido una voz que cantaba *alleluia* enmedio de la noche y en el silencio del templo. El edificio fué saqueado y demolido. Orosio, á pesar de su apostólico zelo, dice escandalizado, que todo fué arrebatado, y que hasta los armarios quedaron sin libros; devastaciones que recuerdan aquellos hombres y aquellos tiempos (2). La estátua de Sérapis, fué herida en la mejilla por el hacha de un soldado, destrozada y quemada trozo á trozo en las calles y en el anfiteatro.

Los demás monumentos paganos de Alejandría fueron derribados igualmente, y las estátuas de bronce se fundieron. Teodosio habia mandado que el valor se distribuyese en limosnas; pero el obispo Teófilo y los suyos se apoderaron de las riquezas (3).

Destruyóse en un todo el templo de Cánopo, famosa escuela de letras sacerdotales en donde se veia un ídolo simbólico cuya cabeza descansaba sobre las rodillas. Poco antes, Antonino el filósofo habia enseñado en él con aceptacion la teurjia y predicho la caida del paganismo. Los frailes ocuparon en Cánopo el sitio de los dioses y de los sacerdotes ejipcios.

Así pereció en los confines de la Persia, un templo inmenso que servia de fortificacion á una ciudad. «Habiéndose hecho Sérapis cristiano, dice San Jerónimo, el dios Marmas lloró encerrado en su templo en Gaza; »y temblaba esperando que lo »fuesen á echar al suelo.»

La sangre cristiana que vertieron las manos fiolsóficas de Heladio, fué espiada bárbaramente algunos años despues con la de Hipacia (4). Era esta hija

erat Deo ut, etc. Suidas, in voce Olypos.

(1) *Helladius quidem Jovis, Ammonius veró simiæ esse dicebatur.* (*Socr., lib.* v, *cap.* 16, *p.* 275.)

(2) *Nos vidimus armaria librorum, quibus direptis, exinanita ea á nostris hominibus, nostris temporibus memorant.* (*Oros. lib.* vi, *cap.* 15.)

(3) *Eunap., pag.* 83. *Antuerpiæ* 1568.

(4) La ruina del templo de Sérapis, es del año 391, y la muerte de Hipacia del 415.

Digitized by Google

de Theon el jeómetra, y de un jenio superior á su padre, nacida, criada y educada en Alejandría. Sabia en astronomía mas de lo que se acostumbra en su secso, frecuentaba las escuelas y enseñaba ella misma la doctrina de Aristóteles y de Platon, por lo cual se la llama *el filósofo*. Los majistrados la tributaban onores, y diariamente se veia á su puerta multitud de jente á pie y á caballo que se apresuraban por verla y oirla. Estaba casada, y sin embargo era vírjen; porque en aquel tiempo sucedia con frecuencia el vivir libres dos esposos en el lazo conyugal, unidos de sentimientos, gustos destino y fortuna, pero separados de cuerpo. La admiracion que inspiraba Hipacia no escluia un sentimiento mas tierno: uno de sus discípulos se moria de amor por ella, mas la jóven platónica compadecida de su situacion, empleó la música en su curacion, é hizo entrar la tranquilidad por medio de la armonía en el alma que habia perturbado. El obispo Sinesio habia sido discípulo de Hipacia en Alejandría. Las cartas que le escribió están escritas de este modo: «Al filósofo. Al filósofo Hipacia.» En una de sus cartas (ya entonces era obispo) la llama su madre, su hermana, su amada. Dícela que su alma es divina. Felicita á Herculiano por haberle hecho conocer á aquella mujer estraordinaria que revela los misterios de la verdadera filosofía. Cirilo, obispo de Alejandría, se comia de envidia por la gloria y reputacion de Hipacia. El populacho cristiano, con un *lector* á su frente llamado Pedro (1), se arrojó sobre la hija de Theon, al entrar un dia en la casa de su padre. Los piadosos furibundos la condujeron á una iglesia, la desnudaron completamente, la hicieron sajaduras por todo el cuerpo, y en seguida en la plaza Cinaron quemaron los miembros de la criatura celestial que vivia en la sociedad de los astros á quienes igualaba en belleza, y de los cuales habia sentido las mas sublimes influencias (2).

Hombres de guerra y hombres

(1) *Quorum dux erat Petrus quidam lector.* (*Socrat. hist. eccl. lib.* VII, *cap.* 15.)

(2) *Eamque è sellâ detractam ad ecclesiam quæ Cæsareum cognominatur, rapiunt: et vestibus exutam testis interemerunt. Cùmque membratim eam discerpsissent, membra in locum quem Cinaronem vocant comportata incendio consumpserunt.* (Socrat., hist. eccl. lib. VII, cap. 15.)

Digitized by Google

de estado, senadores y ministros, sacerdotes cristianos y sacerdotes paganos, historiadores, oradores, panejiristas, filósofos y poetas acudian al ataque ó á la defensa de los antiguos ó modernos altares. Los templos se hundian á la voz y por mano de los frailes y de los obispos.

«Esta es la conducta de los »cristianos, dice el anciano Libanio á Teodosio: protestan que »*no hacen la guerra sino á los* »*templos*; pero esta guerra es »provecho para estos opresores; »porque arrebatan á los desgraciados los frutos de la tierra, y »se marchan con los despojos, »como si los hubiesen conquistado y no robado. No siéndoles »esto bastante, atacan tambien »las posesiones particulares, porque segun espresion de estos »salteadores, *aquellas están con-* »*sagrádas á los dioses*. Con este »pretesto, un gran número de »propietarios se ven privados de »los bienes que tenian de sus antepasados, mientras que sus despoliadores, que á darles oidos, »*onran á la divinidad con sus ayu-* »*nos*, se ceban á costa de las víctimas. Cuando alguno va á quejarse al pastor (nombre que se »afecta dar á un hombre que en »verdad no tiene la mansedum- »bre por norte) lo arroja de su »presencia, debiéndose dar por »contento de no haber sufrido »algun castigo.»

»En materia de relijion dejadlo todo á la persuasion, y »nada á la fuerza. ¿No tienen los »cristianos una ley concebida »en estos téminos? *Practicad la* »*mansedumbre y la dulzura*; *pro-* »*curad obtenerlo todo median-* »*te ella*: *no empleeis la violencia.* »¿Por qué pues os arrojais sobre »nuestros templos con tanto furor? ¿por qué así quebrantais »vuestras leyes?»

Esta cita, demasiado instructiva, dice Chateaubriand, ofrece un cuadro casi completo del siglo IV: uso é influencia de los templos en los campos: fin de estos témplos; principio de la propiedad del clero cristiano por la confiscacion y rapiña de la propiedad del clero pagano; codicia y fanatismo de los nuevos convertidos, que desnaturalizando las leyes, se permitian depredaciones y cometian turbulencias en el interior de las familias.

Los frailes fueron los primeros demoledores de los templos; y por esto les prodigaban igualmente elojios y ultrajes.

San Juan Crisóstomo, con motivo de la sedicion de Antioquía, compara la conducta de los fi-

lósofos y de los frailes. «¿En »dónde están, esclama, esos »que llevan báculos, capas y »barbas largas, esos infames cíni»cos inferiores á los perros sus »modelos? Han abandonado la »desgracia y se han ido á ocul»tar á las cavernas.»

«¿Cuáles son los destructores »de nuestros templos? dice á su »vez Libanio. Son hombres ves»tidos con ropajes negros, que »comen mas que elefantes, que »piden vino al pueblo en vez de »cánticos, y ocultan su prosti»tucion bajo la palidez artificial »de su rostro (1).»

«Hay una ralea miserable »llamada frailes, dice igualmen»te Eunapio: estos frailes, hom»bres en la forma, cerdos en »vida, hacen y se permiten co»sas abominables......... Todo el »que lleva un ropaje negro y »presenta al público una figura »sucia y asquerosa, tiene dere»cho para ejercer una autoridad »tiránica (2).»

«En la alta mar, dice el poeta »Rutilio, se eleva la isla de Ca»praria, manchada por hombres »que huyen de la luz. Ellos »mismos se han llamado *frailes* (*monacos* monjes que para nos»otros es lo mismo que frai»les), porque aspiran á vivir sin »testigos. Temen los favores de »la fortuna porque no tendrian »valor para arrostrar sus desde»nes; y se hacen desgraciados »por temor de serlo. Rabia es»túpida de un cerebro estravia»do, espantarse del mal y no »poder sufrir el bien! su suerte »es encerrar sus tristezas en una »estrecha celdilla y criar un »humor negro y atrabiliario.»

Los paganos se mantenian en actitud ostil tributando desprecio por desprecio, é insultando el culto de los mártires. «En »vez de hacerlo á los dioses del »pensamiento, los monjes obli»gan á los hombres á adorar es»clavos de la peor especie; re»cojen y salan los huesos y las »cabezas de los malechores con»denados á muerte por sus crí»menes; los llevan de una parte »á otra, los enseñan como di»vinidades, se arrodillan delan»te de estas reliquias, se pros»ternan ante sus sepulcros cu»biertos de polvo. Serán llama»dos mártires, ministros inter»cesores con el cielo, los que en »otro tiempo esclavos infieles »han sido azotados y apaleados, »y llevan en sus cuerpos la mar»ca justa de la infámia: ved a-

(1) *Liban. pro templis.*

(2) *Eunap. in vita AEdesii, p.* 84. *Antuerpiæ* 1568.

Digitized by Google

»quí los nuevos dioses de la tie-»rra (1).»

Enmedio de estos animados combatientes, ciertos hombres mas justos y moderados de entrambos partidos, conocian lo que habia de vituperable entre los discípulos de las dos relijiones. Amiano Marcelino, hablando del papa Dámaso, observa que los cristianos tenian bastantes razones para disputarse, aun á mano armada, la silla episcopal de Roma: «Los »candidatos, dice, que llegan á »preferirse, se enriquecen con »los regalos de las mujeres; son »llevados en carruajes y vesti-»dos con trajes magníficos; la »suntuosidad de sus festines su-»pera á la de las mesas de los »emperadores. Estos obispos de »Roma que así ostentan sus vi-»cios, serian mas reverenciados »si se pareciesen á los obispos »de provincia, sóbrios, senci-»llos, modestos, y que con sus »ojos bajos se atraen la estima-»cion y el respeto de los verda-»deros adoradores del eterno »Dios.»

«Hacedme obispo de Roma, »decia el prefecto Pretexto á Dá-»maso, y me hago cristiano (2).»

San Jerónimo, muchas veces razonable á fuerza de hablar con pasion, escribe lo siguiente: «Mirad si es una vergüenza »grande para nosotros: los sa-»cerdotes de los falsos dioses, »los bateleros, las personas mas »infames pueden ser legatarias; »únicamente los sacerdotes y »los monjes no pueden serlo; »una ley lo proibe, ley que no »está hecha por emperadores e-»nemigos de la relijion, sino por »príncipes cristianos. No me »quejo yo de que ley semejante »se haya espedido, sino de que »la hayamos merecido nosotros: »fué inspirada por una sabia pre-»vision, pero no es bastante con-»tra la avaricia, pues á menu-»do se burlan de ella por frau-»dulentos fideicomisos.»

El mismo padre dice en otra parte: «Hay hombres que solici-»tan ardientemente el sacerdocio »ó el diaconado, para ver á »las mujeres mas libremente. »Todo su cuidado entonces está »en sus hábitos, en estar calza-»dos con limpieza, y en ir per-»fumados. Ensortijan sus cabe-»llos con el hierro, los ani-»llos brillan en sus dedos: an-»dan de puntillas, y mas bien

(1) *Eunap., in vitâ Ædes.*

(2) *Facite me Romanæ urbis episcopum, et ero protiùs christianus* (*Hieron. t. II, p.* 165.)

»los tomaríais por doncellitas »pulcras que por clérigos. Los hay »cuya única ocupacion consiste »en saber los nombres y habita- »ciones de las mujeres notables »y de conocer sus inclinaciones: »describiré á uno que es maes- »tro en el oficio. Levántase con »el sol y ya tiene preparado el »órden de sus visitas; busca los »caminos mas cortos, y este vie- »jo importuno entra casi hasta »los cuartos donde ellas duer- »men. Si ve una almoada, una »servilleta ó cualquier otra cosa »de su agrado, la alaba, la admi- »ra, la palpa, se lamenta de no »tener una igual, y en vez de »pedirla se la lleva (1).»

Gregorio Nacianceno habla de los carros dorados, de los buenos caballos y de la comitiva numerosa de los prelados; y re- presenta á la multitud apartán- dose de ellos como ante las bes- tias feroces (2).

Tal era, pues, el estado del sacerdocio y del imperio: la i- glesia influia de una manera vi- sible en los negocios, y claro es que todo debia resentirse de la ambicion y la codicia de los sec- tarios.

(1) *Fleury, hist. eccles. tom. IV, lib.* XVIII.

(2) *Greg. Naz., orat.* 32.

El paganismo fué á sepultarse en las catacumbas de donde ha- bia salido el cristianismo: aun se encuentran hoy entre las ca- pillas y los sepulcros de los pri- meros cristianos, los santuarios y simulacros de los últimos idó- latras (3). No solamente se con- servaron en secreto los restos de la relijion griega, sino que dominó públicamente á alguna parte del nuevo culto: San Boni- facio, en el siglo VIII, se queja de ello á la corte romana (4).

Influencia del cristianis- mo.—Ya estamos viendo undi- da la antigua relijion, y entro- nizado el cristianismo. Hallán- dose la historia de la iglesia uni- da á la del imperio aun desde el tiempo de Constantino, observe- mos aquí la influencia que ha po- dido ejercer el cristianismo.

Acaso esta no ha sido tanta como jeneralmente se cree, di- ce Camus (5); las costumbres

(3) *D'Agincourt, monument du moyen âge à Rome.*

(4) *Bonif., epist. ap. Serran., et D. Mart. Thes. Anecd.*

(5) Compendio elemental de His- toria Universal, por D. Alfredo Adol- fo Camus, profesor de la Universidad y Ateneo de Madrid: 2 vol. 8.º Esta obrita es sumamente recomendable por la erudicion que contiene, y por estar escrita con crítica y filosofía.

Digitized by Google

han mejorado poco; así es que no se ven aora menos hombres viciosos y corrompidos que antes del cristianismo, pues aquella pureza de costumbres de los primeros cristianos solo ecsistió el tiempo que duraron las persecuciones. Entretanto la relijion cristiana fué la primera en proclamar la fraternidad de todos los hombres, y en predicar la union y la paz; doctrinas incomparablemente mas puras que las de los antiguos cultos; pero por desgracia no bastan las doctrinas para domar las pasiones, las cuales triunfaron con frecuencia de todas las lecciones de la mas sana moral.

El bien que ha producido el cristianismo, y que no puede ponerse en duda, es haber desterrado aquellos hábitos feroces que el paganismo habia creado ó tolerado; aquellos combates de gladiadores, cuya barbárie sin embargo ya habia principiado á conocer la razon humana: en este sentido es innegable que suavizó las costumbres. Pero no sabemos por qué fatalidad el fanatismo relijioso vino á disminuir tan gran bien. El cristianismo, en los tiempos de ignorancia, fué para los hombres que creyeron que defendian la causa divina, el pretesto infame y el motivo de atrocidades, tan grandes como las que habian hecho desaparecer. Esto consiste en que *sin ilustracion la relijion se convierte en intolerante,* no por defecto suyo, sino á consecuencia de las pasiones humanas: así fué que todo conquistador cristiano quiso imponer por la fuerza su creencia á los pueblos conquistados: de esto será un testimonio Carlomagno entre los sajones;—y nosotros los españoles en las dos Arméricas plantamos la cruz sobre rios de sangre como veremos á su tiempo. Esto no se hubiera hecho ciertamente si las luces hubieran dirijido mejor el espíritu de la fé que se imponia á los vencidos.

La influencia política del cristianismo, continúa el citado Camus, ha producido ventajas y perjuicios. Manifestando mas directamente á los soberanos un poder que castiga y recompensa, la relijion de Jesucristo ha hecho que algunos de ellos, aunque muy pocos, no se separen de la senda de la justicia: proclamando la igualdad delante de Dios, ha dado á conocer á los señores del mundo que sus súbditos eran hermanos suyos, y que la beneficencia era mas bien un deber que una virtud.

Digitized by Google

Con todo eso, lo que indicaria que la influencia política del cristianismo no ha sido tan poderosa como algunos han pensado, es que lejos de modificar el carácter de los pueblos, ha recibido él mismo modificaciones segun el diferente jenio de las naciones. Entre los griegos, naturalmente habladores, enjendró mil disputas que se hicieron importantes á espensas de la moral, y cuyo efecto fué debilitar el resorte del carácter nacional. Entre los paganos la multitud de divinidades y la falta de unidad hacia que la relijion dependiese mas bien de la potestad civil;—y aora ecsiste un poder independiente enmedio del estado, objeto de disensiones que jamás debieran salir del seno de la iglesia, y que se han hecho los negocios mas importantes del imperio. Así pues, el efecto directo ha sido dar pábulo á la propension natural de los griegos. En los pueblos de Occidente fueron mas crueles estas disputas, como hemos visto, viniendo á las armas los sectarios de los diferentes ritos: é identificándose como entre los griegos con el carácter nacional, recibió allí la relijion un carácter nuevo, y temió el ardor guerrero de los pueblos que la habian adoptado.

Durante la edad media, y hasta que los hombres por medio de la civilizacion llegaron á saber distinguir los derechos llamados de Dios y los que pertenecian á los gobiernos, vamos á ver á la potestad eclesiástica y civil en contínuo choque. Los derechos de la soberanía temporal no estaban determinados; y si los reyes por su parte oponian el imperio de la fuerza, los tonsurados preparaban fulminantes anatemas, aspirando á la dominacion universal, fundada sobre la ignorancia, el fanatismo y las supersticiones de los fieles. El resultado de estas luchas contínuas será como veremos, el ilustrarse los partidos, y producir la union de los reyes y de los sacerdotes, resultando el pacto infame que se conoce con las palabras del *altar y el trono*, y apoyándose mútuamente para formar como un haz defendido por la fuerza física y por las santas mentiras que no son del dogma. Por eso, cuando se apoderó de los hombres el espíritu de revolucion en Francia, los valientes filósofos del siglo XVIII atacaron desde luego las supersticiones relijiosas, seguros de arrancar á la potestad civil su mas firme apoyo.

Digitized by Google

Volviendo empero á la influencia política del cristianismo, son tantas las opiniones que ha habido sobre este punto, que es difícil enumerarlas esactamente: han pretendido unos que si se ecsaminan sucesivamente las leyes y los deberes recíprocos de los hombres, nada absolutamente se encuentra que sea debido al cristianismo; otros esclusivos tambien, han atribuido á su influencia todos los cambios que se han verificado desde su establecimiento. Nosotros creemos que es posible y quizá mas esacto tomar un justo medio entre los dos estremos. Indudablemente el cristianismo no ha cambiado las leyes, porque despues de la ruina del imperio romano y del establecimiento mismo de los bárbaros, vamos á ver fundirse aquellas leyes con las de los pueblos del Norte formando nuestro derecho actual. El cristianismo no ha destruido la esclavitud, por ejemplo, pues que por un criminal abuso los pueblos cristianos han establecido el ignominioso *tratado de negros*; pero tambien vemos al cristianismo dando el primer impulso á la civilizacion moderna. La ignorancia de los verdaderos principios del cristianismo ha sido y será todavia por bastante tiempo la causa de los abusos escandalosos nunca bastantemente deplorados. Las doctrinas verdaderas de esta relijion, fundiéndose con nuestras costumbres, y marchando con nuestra civilizacion y nuestras luces, pueden conmover los errores que el egoismo y otros deseos mal dirijidos concurren á sostener; y si han trascurrido diezíocho siglos sin que hayan caido por tierra, es porque la influencia de la relijion cristiana ha sido lenta.

Cuando los hijos de Teodosio subieron al trono de su padre, el imperio romano, restablecido por aquel gran príncipe, no habia perdido ninguna de sus posesiones. Sus límites eran los mismos que en tiempo de Constantino, escepto algunas plazas cedidas á los persas. Este coloso imponente por su grandeza, brillante por su opulencia, vivia de su antigua fama, y los reyes y pueblos bárbaros que habian de destruirle bien pronto, contenidos por las victorias de Teodosio, parecian humillarse ante la majestad romana y aun contribuian á aumentar instantáneamente su esplendor, bajando sus frentes belicosas ante el trono imperial, y solicitando el sin-

Digitized by Google

gular onor de añadir á sus títulos de reyes, los de cónsul, patricio, prefecto y jeneral romano.

Pero se necesitaba un brazo muy fuerte para servirse de auxiliares tan peligrosos. El esplendor del estado era ilusorio: la corrupcion de las costumbres habia minado su fuerza: solo los bárbaros le defendian contra los bárbaros, y le dominaban antes de conquistarle.

Roma, sin virtud, valor ni espíritu público, no era mas que una sombra majestuosa. El pueblo constaba de una multitud de estranjeros, de pobres, de esclavos y de libertos. Los grandes, que poco á poco habian acumulado en sus manos codiciosas los bienes de los ciudadanos y las riquezas del universo, huian de los reales y de los negocios, y evitaban igualmente el peso del trabajo y el de las armas. Entregándose con furor al deleite, parecia que se apresuraban á consumir en banquetes, espectáculos y fiestas sus inmensos tesoros, destinados á ser en breve presa de los bárbaros. La decadencia de los talentos era proporcional á la de las costumbres. Leyendo los escritores de esta época, solo hallamos pobreza de pensamientos, alabanzas ecsajeradas, servilidad en los afectos, inchazon en las espresiones y lujo de imájenes.

Sin embargo, un imperio tan vasto producia aun algunos hombres notables por su carácter, talentos y amor á la patria; pero los cortesanos, eunucos y libertos los separaban cuidadosamente de los negocios. Parecia que los vicios de la corte se recelaban del contajio de la virtud; y como dice un autor de aquel tiempo, «no faltaban hombres »para los destinos, sino destinos »para los hombres.»

El único talento que la intriga respetaba todavia, era el militar, porque convenia al poder. Y así el imperio, despues de Teodosio, fué gobernado solo por jenerales; y como los bárbaros eran entonces mas valientes que los romanos, veremos que bajo el nombre de los sucesores de aquel emperador reinaron siempre estranjeros hasta la caida del imperio.

STILICON MINISTRO EN OCCIDENTE.—Teodosio mismo habia elevado á los mas altos onores al vándalo Stilicon, y le habia dado á su sobrina Serena por esposa. Temiendo los peligros que amenazaban al débil Honorio, dijo á Stilicon en sus últimos instantes: «Te lego mi poder, y

»te suplico que adoptes mis a»fectos. Lleva por mi hijo el »peso del imperio: muero sin »inquietud, fiado en tí. Mien»tras tu prudencia dirija á Hono»rio y tu valor lo sostenga, será »emperador.»

Aunque era triste esta necesidad, los romanos confesaron que Stilicon justificó el nombramiento. A pesar de su carácter violento, su codicia insaciable y su ambicion, fué gran capitan, político hábil, gobernador prudente: defendió con felicidad el imperio que se le habia confiado, contuvo á los facciosos, aterró á los intrigantes, venció á los enemigos de Roma, y dió á esta ciudad el último rayo de gloria...

Rufino, ministro en oriente.—La historia reprende con razon otra eleccion de Teodosio, y fué la de Rufino, que gobernó el Oriente, bajo Arcadio. No tuvo mas prendas que el artificio y la osadía: todos los vicios infestaban su alma, y no dejaban lugar en ella á ninguna virtud. Persiguió el talento, proscribió el valor, favoreció el fanatismo, oprimió al pueblo, abrió las fronteras á los bárbaros, hizo despreciable á Arcadio y aborrecible á Teodosio, y fué una de las causas mas inmediatas, de la ruina del imperio. A sus funestas sujestiones pueden atribuirse sin injusticia algunos actos de intolerancia y tiranía que mancharon la gloria del reinado anterior. Declaró por un edicto á los majistrados reos de los crímenes que descuidasen perseguir, y los hizo crueles haciéndolos tímidos. Otro edicto colocó en la primer clase de los delitos á la idolatría, cuando la persuasion y el ejemplo eran bastantes hara destruirla. Los pontífices paganos y las vestales se vieron despojados de sus bienes, y con estas rapiñas se dotaron á las iglesias cristianas.

Despreciando las costumbres antiguas y una preocupacion que hacia escusable tantos siglos de gloria, derribó Teodosio la estátua de la Victoria, que puesta de pie sobre el globo del mundo, vestida con un ropaje flotante, y desplegando brillantes alas y con una corona de laurel en la mano, parecia intimar á los romanos el valor, y prometerles el triunfo.

Un fanatismo nuevo hizo á Teodosio arrancar del capitolio las estátuas de Júpiter, Marte, Hércules y otros dioses, y atándolas á su carro, arrastrarlas con orgullo por las calles de Roma, triunfando de las vencidas divi-

Digitized by Google

nidades del Olimpo, como cuando el inecsorable Aquiles habia triunfado de Hector. Simmaco, defensor del jentilismo, fué desterrado; los patricios temblando abjuraron la idolatría por temor del castigo y no por conviccion. Entonces fué cuando el poeta Prudencio profanando su talento y alabando un acto despótico, se felicitó de ver «á los senado»res, lumbreras del universo (*pul»cherrima mundi lumina*), á los »miembros de una asamblea de »Fabios y Catones, dejar sus »ropas pontificales, abandonar »con orror la piel de la antigua »serpiente para ponerse el ro»paje blanco de la inocencia del »bautismo, y humillar el orgu»llo de los hazes consulares so»bre la tumba de los márti»res (1).»

A la voz de Teodosio se cerraron los templos, se demolió el capitolio, se amenazó con la muerte á los partidarios del antiguo culto: la intolerancia, alentada por la autoridad, no conoció límites: triunfantes ya los cristianos, cometieron los mismos escesos que habian echado en rostro á sus perseguidores; y ya hemos dicho que San Martin de Tours, marchó al frente de un turbion de frailes, destruyendo los ídolos, derribando los templos, arrancando los árboles sagrados y talándolo todo con su santo merodeo.

Al destruir las estátuas se descubrieron los fraudes de los sacerdotes paganos, que por medio de tubos ocultos trasmitian á las bocas de sus dioses los mentidos oráculos: este descubrimiento hizo perder muchos sectarios al paganismo.

Fueron proibidos como crímenes de alta traicion aun aquellos sacrificios en que no se inmolaban víctimas. Los paganos jimieron y cedieron porque no tenian otro remedio.

Algunos filósofos emprendieron la refutacion de las obras de San Agustin, pero la intolerancia no permitió se publicasen sus libros; lo cual prueba evidentemente que se necesitó de la fuerza para propagar el cristianismo, y que no fué la persuasion de la doctrina la que convenció únicamente.

En fin, la revolucion fué total, y treinta años despues de Teodosio casi no se encontraban idólatras en todo el imperio; pero por mucho tiempo las con-

(1) *Aurel. Prudentius, vir consularis, contrá Symmachum, præfectum urbis, Corpus poetarum, tom. IV, p.* 785, *v.* 128-161.

versiones fueron mas bien aparentes que verdaderas; un gran número de romanos deploraban la destruccion de su antigua relijion. «Este trastorno, dice el »ya citado Eunapio, mudó los »templos en sepulcros, cubrió la »tierra de tinieblas, restableció »el reinado del caos y de la no»che, y á las imájenes venera»das de los dioses, sustituyó la »supersticion algunos malecho»res oscuros decorados con el »nombre de mártires.»

Tales fueron los últimos acentos de dolor de los idólatras, que en poco tiempo hubieran cedido á la razon sin murmurar, pero que no podian sobrellevar la mas injusta de las violencias, cual es la de oprimir al pensamiento.

A pesar de esta violacion de las antiguas costumbres y de la libertad de opiniones, el nombre glorioso de aquel emperador era sobradamente respetado para que pudiera dudarse del derecho de sus hijos. Los dos senados de Roma y Constantinopla los proclamaron augustos; y el pueblo y las tropas les juraron fidelidad.

Repartimiento del imperio. — Entonces se repartió definitivamente el imperio. Arcadio poseyó á Tracia, Macedonia, Grecia, Dacia, Asia menor, Siria y Ejipto: Honorio á Italia, Africa, España, las Galias y Britannia. Arcadio, de diezio-cho años de edad, vejetó mas bien que reinó en Constantinopla. Era Arcadio pequeño de cuerpo, mal hecho, feo, negro y abrutado; tenia los ojos medio dormidos, como una serpiente (1); Honorio era perezoso y fútil (2).

El galo Rufino gobernaba al imperio y al emperador de Oriente. La matanza de Tesalónica habia manifestado bastante su propension á la crueldad, que no tuvo freno, muerto Teodosio. Era amigo pérfido y enemigo implacable. Como fuese contrario á las miras de su ambicion el crédito de que gozaban Taciano, prefecto de Oriente, y Promoto, comandante jeneral de la infantería, cuyo valor y prudencia habia contribuido mas de una vez á la salvacion del imperio, suscitó contra el primero una causa inicua en que pereció, y desterró al segundo, esperando la ocasion, que logró

(1) *Philost. hist. eccl. lib. XI, cap.* 3. *Procop., de Bel. Persic. lib. I, cap.* 2.

(2) *Procop. de Bel. Vandal. lib. I, cap.* 2. *Phot., cap.* 80.

algun tiempo despues, de asesinarle por sus emisarios en un combate contra los bastarnas.

La virtud de Luciano, conde de Oriente, contrastaba con los vicios del ministro de una manera arto peligrosa para él, y así le hizo morir. Rufino heredó los bienes de sus víctimas, y obtuvo sus destinos. Claudiano, Suidas, Zósimo, Jerónimo y Simmaco le acusan de ambicion, de perfidia, de crueldad y sobre todo de avaricia. El terror que su nombre causaba en todo el imperio, tenia sumisos al pueblo y á las provincias; pero si en ninguna parte habia ánimo para resistirle, la intriga procuraba tenebrosamente minar su poder.

Para estrechar mas la cadena en que tenia esclavizado al débil Arcadio, solicitó casarle con su hija. El príncipe habia dado ya su consentimiento para ello; pero mientras su orgulloso ministro recorria el Asia para gozar del soberano poder que ejercia sin rival en el Oriente; el eunuco Eutropio, mayordomo mayor, celebró en presencia del jóven Arcadio las gracias de Eudosia, famosa por sus disputas con San Juan Crisóstomo, é hija del conde Bauton, jeneral de los francos ausiliares. Arcadio quiso verla, se enamoró de ella y resolvió tomarla por esposa. Cuando volvió Rufino á Constantinopla, encontró la ciudad ocupada en los preparativos de las fiestas nupciales: él creia que eran para su hija, y su furor fué igual á su sorpresa cuando vió al emperador conduciendo á Eudosia al templo. Esta princesa, digna de su elevacion por su hermosura, y mas aun por su talento y su firmeza, sostuvo hábilmente la peligrosa lucha que empezó desde aquel momento entre ella y un ministro tan vengativo como poderoso.

Mientras que estas intrigas de palacio eran la única ocupacion de la juventud de Arcadio; en el Oriente el tutor del jóven Honorio, mas digno de la confianza de Teodosio, entendia en empresas mas importantes, y gobernaba á Roma como un verdadero romano. Stilicon, héroe del poeta Claudiano, y nacido entre los bárbaros, escedia la estatura atribuida á los semidioses. En su juventud se distinguió entre los mas belicosos por su valor y destreza. Los votos públicos confirmaron cada grado que obtuvo. Conde de los domésticos, comandante jeneral de la caballería é infantería de Occidente, esposo de la princesa Serena,

sobrina de Teodosio, era el único dueño del imperio bajo el nombre de Honorio que aun no tenia doce años.

Los basternas, escitados por Rufino, habian derrotado un cuerpo de los romanos de Oriente, y asesinado á Promoto: Stilicon se puso en campaña para vengar á su amigo: venció á los bárbaros é hizo en ellos gran matanza. Volviendo despues sus armas contra los jermanos que se habian alentado con la muerte de Teodosio, los echó de las Galias y los persiguió mas allá del Rin. Habiendo libertado al imperio de sus enemigos, preservó á los ciudadanos, por medio de una severa disciplina, de la licencia militar. Su gloria escitaba la envidia de Rufino, y los dos orgullosos rivales no tardaron en ser enemigos.

Los peligros á que la discordia esponia entrambos imperios, aterraban el espíritu jeneroso de Stilicon; pero no hacian mella en el alma baja de Rufino, capaz de sacrificar sin escrúpulo las tres cuartas partes del imperio á los bárbaros, por tener la certeza de reinar en lo que quedase. El mismo escitó las tribus de hunos y scitas á robar el Asia para aterrar á Arcadio y conservar el poder que tenia en su corte. Los godos volvieron á tomar las armas, y pasaron el Danubio para atacar el Oriente. Stilicon, ocupado entonces en el repartimiento de los tesoros y ejércitos de ambos emperadores, marchó contra los godos, con el pretesto de llevar á Arcadio las tropas orientales que habia en Italia. Llegó cerca de Tesalónica, y con sus hábiles movimientos estrechó á los bárbaros en una posicion desventajosa, donde era cierta su ruina.

Rufino temia mas á Stilicon que á los godos; y así logró de Arcadio una órden para que sus tropas volviesen á Constantinopla, y proibir á Stilicon que avanzase con ellas. Este jeneral obedeció, y volvió á Italia; pero estaba cierto de la adesion de las lejiones que enviaba al emperador de Oriente: ellas y el godo Gainas que las mandaba, detestaban á Rufino y prometieron su muerte á Stilicon. Túvose muy secreto este designio, y en su marcha desde Tesalónica á Constantinopla ninguna palabra inconsiderada dió ni aun el menor indicio. A su llegada ocultaron el odio con la máscara de la lisonja; y Rufino, engañado por los omenajes que le tributaban, les prodigó sus tesoros, esperando con el ausilio de

Digitized by Google

ellos triunfar de Eudosia y coronarse emperador.

Muerte de Rufino.—Arcadio era sobradamente débil para que se atreviesen á manifestarle su peligro; y le salvaron engañándolo. Gainas solicitó para sus lejiones la onra de que les pasase revista el mismo emperador: este príncipe fué con su ministro á la llanura donde las tropas acampaban: saludó respetuosamente, segun el uso, las águilas romanas, mientras Rufino, que habia hecho ya acuñar medallas con su efijie coronada, contemplaba orgullosamente los soldados en que fundaba su esperanza. Pero apénas llega con el príncipe enmedio de la línea, las dos alas avanzan rápidamente y los rodean. Gainas da la señal, y un soldado se arroja sobre el ambicioso ministro y le hunde la espada en el seno. Rufino jime y cae muerto à los pies del emperador. Estiéndese la noticia de su muerte; el populacho, tan furioso contra los tiranos muertos como bajo y sumiso á ellos mientras viven, se apodera del cadáver y lo destroza y arrastra por las calles: ponen su cabeza en la punta de una lanza, la llevan á Constantinopla y la pasean por las calles: le cortan la mano derecha y la presentan de puerta en puerta y á los que pasaban, como pidiendo todavia contribuciones. Un guijarro introducido en la boca del muerto se la mantenia abierta, y los labios parecian pedir la limosna que la mano esperaba; sátira popular de una enerjía espantosa contra la esaccion y el poder. Su esposa é hija escaparon de la muerte huyendo, y hallaron asilo en un convento de Jerusalen: sus bienes fueron confiscados. Este funesto ejemplo aumentó el poder de los jenerales, disminuyó el respeto debido á los emperadores, y sometió el cetro á la espada.

Eutropio, ministro en Oriente.—Si el proyecto de Stilicon en derribar al odioso Rufino fué gobernar entrambos imperios, se engañó mucho en su esperanza. Arcadio, que le temia, depositó su confianza en el eunuco Eutropio, su camarero mayor. El mismo Gainas se declaró contra Stilicon, y ligados los dos favoritos contra él, proyectaron asesinarle. Un decreto del senado de Constantinopla le declaró enemigo público, y confiscó los bienes que poseia en Oriente. Así se enemistaron los dos imperios, cuando el peligro hacia mas necesaria la union, y desde esta época cada una de las

dos cortes miraba como aliados suyos á los bárbaros que atacaban la otra.

La discordia de los palacios resucitó la antigua rivalidad de los dos pueblos: los griegos aborrecian siempre la rusticidad romana, y los romanos la molicie y refinamiento griego. Stilicon, mas noble que sus émulos, no quiso esponer, por el interés de su orgullo, entrambos imperios á las calamidades de la guerra civil; y así abandonó al débil Arcadio á sus nuevos favoritos. Por otra parte, una rebelion temible en Africa ocupaba entonces toda su atencion.

Levantamiento de Jildo en Africa. — (397) La induljencia de Teodosio habia dejado en aquel pais vastas posesiones en poder de Jildo, hermano del usurpador y tirano Firmo. Este ambicioso se valió de sus riquezas para sublevar á los africanos. Algunas tropas romanas, faltando á su deber, favorecieron la rebelion. Jildo, elevado al poder supremo, se llamaba libertador de su patria, y era el tirano de ella. No hubo dia sin asesinatos, ni noches sin liviandades que desonraban á las familias mas ilustres. Los mujeres mas distinguidas, despues de saciada su lubricidad, eran entregadas por este móstruo á los negros feroces del desierto que componian su guardia. Reinaba con este despotismo sin haber osado ceñirse la diadema, y aun pagaba tributo á Roma; pero temiendo el rigor de Stilicon, imploró la proteccion de Arcadio, el cual tomó su defensa con el designio de reunir el Africa al imperio de Oriente.

Stilicon, para oponerse con mas fuerza á las pretensiones de la corte de Bizancio, creyó necesario fortificar su poder con la majestad de las antiguas leyes. Hizo, pues, aparecer la sombra de la república, tanto tiempo olvidada, y determinó al emperador Honorio á que sometiese la causa de Jildo á la sentencia del senado. Juzgósele, pues, segun las formas antiguas, y los votos unánimes de los senadores le declararon enemigo de la república. Encargóse á Stilicon la ejecucion del decreto. Solo el senador Simmaco manifestó recelo de que este guerra, impidiendo la llegada de los granos de Africa, produjese escasez en Roma, y diese motivo á un levantamiento; pero la prevision del ministro impidió este peligro: hizo venir de la Galia grandes remesas de trigo, y durante la guerra el Ró-

Digitized by Google

dano fué granero del Tíber.

Jildo, que respetaba tan poco la naturaleza como la justicia, habia proscrito á su hermano Marcezel, y obligádole á refujiarse á Mediolano. Conociendo Stilicon que no podia nombrar un jefe mas ardiente para lograr la venganza pública, dió á Marcezel el mando de los veteranos galos, de los jovios, de los hercúleos, y de dos lejiones llamadas *la afortunada* y la *invencible*. Se puede juzgar de la decadencia de las fuerzas romanas, observando que todos estos cuerpos escojidos solo componian cinco mil hombres. Jildo tenia setenta mil combatientes: orgulloso con este número, se jactaba de atropellar entre los pies de sus caballos y de sepultar en torbellinos de polvo aquel puñado de galos y romanos que venian á atacar al señor del Africa. Sin embargo, las coortes romanas, que eran su verdadera fuerza, constaban de muy pocos soldados: los demás eran africanos sin mas armas que el dardo, ni mas escudos que sus capas.

Muerte de Jildo. — (398) Marcezel, sin temer aquella multitud indisciplinada, avanza intrépidamente con sus cinco mil valerosos, llega á las filas enemigas, y les ofrece el perdon si se someten. Un portaestandarte africano le amenaza: Marcezel le echa abajo el brazo con el sable: el estandarte cae: los demás abanderados de las coortes romanas que servian en el ejército del usurpador, viendo desde lejos la caida de aquella insignia, creen que es un acto de sumision, siguen su ejemplo, arrojan las armas y proclaman á Honorio.

Esta defeccion esparció el terror y el desórden entre los mauritanos, y despues de un lijero combate huyeron al desierto. Jildo, sin ejército ni esperanza, se embarcó para buscar un asilo en Oriente; pero arrojado á la costa por los vientos contrarios, y rodeado de las tropas romanas, se dió la muerte para librarse del suplicio.

El senado de Roma juzgó á sus cómplices con el escesivo rigor que acompaña siempre al miedo y á la flaqueza. Marcezel, conquistador del Africa, y recibido en triunfo en Mediolano, escitó la envidia de Stilicon. Paseándose los dos algun tiempo despues, se asombró el caballo del príncipe mauritano y le arrojó en un rio inmediato. Muchos acudieron á socorrerle; pero Stilicon, sonriendo, detuvo con una seña el zelo de los cor-

tesanos, y Marcezel pereció sin socorro entre las ondas.

«La incertidumbre de las cosas de este siglo es tan grande, »escribia entonces San Agustin; »se ven caer tan á menudo á los »príncipes de la tierra, que los »que esperan en ellos, en ellos »encuentran su ruina.» La fortuna de Stilicon se aumentó por el casamiento de su hija María con el jóven emperador Honorio. La musa de Claudiano celebró en bellos versos este himeneo; y aunque no era permitido adorar á los dioses en los templos, se dejó á los poetas la facultad de cantarlos é incensarlos en sus obras. La imajinacion no podia renunciar á las ficciones del politeismo, y las fábulas de la Grecia, proscritas por la relijion cristiana, fueron salvadas por la poesía.

El casamiento de Honorio no produjo herederos al imperio. María murió doncella diez años despues de su matrimonio; porque Honorio, flaco de alma y de cuerpo, ni podia ser padre ni príncipe. En su primer juventud solicitó ejercitase en las armas con los de su edad; pero afeminándose mas cada dia, se encerró en su palacio, solo trató de las niñerías de su casa, jardines y corral, confió el cetro á Stilicon, y fué espectador indiferente de la agonía y ruina de su imperio.

Rufino, antes de morir, para dominar á Arcadio habia llamado los godos en su socorro, segun algunos historiadores. Eutropio, nuevo favorito del emperador de Oriente, descontentó á estos bárbaros, negándoles los subsidios convenidos, é irritó al jóven Alarico, no concediéndole las dignidades militares que este príncipe creia debidas á sus azañas, y á los servicios hechos militando con Teodosio.

Retrato de Alarico. — Alarico habia nacido en la isla de Peuce en la embocadura del Danubio. Claudiano llama poéticamente á este rio el dios paternal de Alarico. Este hombre, uno de los cinco ó seis hombres milenarios ó fásticos, no era de la familia de los *arnales*, la primera de la nacion goda, sino de la segunda, la familia de los *baltos*. Su valor le habia adquirido entre sus compatriotas el sobrenombre de Balto, que significa el atrevido ó el valiente. Superaba igualmente en jenio y ciencia militar á todos los guerreros de su pueblo. La envidia misma cedió á su superioridad: todos los jefes de los godos le procla-

Digitized by Google

maron jeneral; y este implacable enemigo de Roma se valió para destruirla de la esperiencia que habia adquirido en los ejércitos del gran Teodosio.

La corte de Oriente, á la cual acometió primero, solo le opuso jenerales incapaces de medirse con él. Antíoco y Jeroncio ni supieron mantener la disciplina en las tropas, ni defender la frontera. Alarico los venció en muchos reencuentros, saqueó la Tracia y la Dacia, penetró en Grecia sin ostáculos, y avanzó hasta las vertientes del Eta. Pocas fuerzas hubieran bastado para defender el paso de las Termópilas; pero puede decirse que solo estaba defendido por la tumba de Leónidas. Unos pastores enseñaron á los persas el sendero de la montaña; unas *ropas negras* (lo cual en el lenguaje de Eunapio, significan frailes ó monjes), lo descubrieron á los godos. ¡Qué prodijioso cambio en los tiempos! ¡qué revolucion entre los hombres!

A Tebas la protejieron sus murallas: los recuerdos de esta ciudad venian de Edipo, pasaban por Epaminondas y Alejandro. Alarico perdonó á Atenas porque capituló; ya esta ciudad era una universidad mas famosa por su miel que por su filosofia (1). Aceptó un convite y se bañó en la ciudad de Pericles y de Aspasia para manifestar que no le era estraña la civilizacion.

Pero el Atica fué entregada á las llamas. No hace muchos años que semejaba Atenas, como en el tiempo de los godos, á la piel sangrienta de una víctima cuya carne se hubiese ofrecido en sacrificio (2). Afirmábase que Minerva habia movido su lanza y que la sombra de Aquiles habia espantado á Alarico (3). Los espíritus debilitados por la fábula, dice Chateaubriand, son muy pequeños en las realidades de los imperios: la Grecia, conservada y como embalsamada en sus ficciones, oponia puerilmente las mentiras de lo pasado á las terribles verdades del presente.

Alarico continuó su marcha ácia el Peloponeso: Ceres pereció en Eleusis con sus misterios, y cuyo templo fué el último asilo del paganismo. Muchos filósofos murieron de dolor ó por la espada de los bárbaros, entre otros Protero, Hilario y Prisco, tan querido de Juliano. Corin-

(1) *Synes. ep.* 135, *ad fratem, p.* 272.

(2) *Synes. ibid.*

(3) *Zos., p.* 784.

to, Argos y Esparta vieron ollada su gloria. Entonces quizá pereceria aquel Júpiter olímpico que no tenia de inmortal sino su estátua. Desgraciadamente era, como ya hemos dicho en otro paraje, de oro y marfil; si hubiera sido de mármol, acaso hubiera quedado esperanza de hallarlo entre los matorrales de la Elide, á menos que pulverizado el pensamiento de Fidias, no se hubiese convertido en la cal de una choza ó de un minarete.

Stilicon, que no habia podido llegar á tiempo para salvar á los griegos, corre para vengarlos: desembarca con un ejército en las cercanías de Corinto, da á los bárbaros muchos combates ostinados y sangrientos, y despues de una terrible resistencia, logra una completa victoria. Obliga á los godos á retirarse á una montaña cercana á las fuentes del Peneo: los rodea de atrincheramientos, les corta toda comunicacion, y no les deja mas alternativa que la servidumbre ó la muerte. Pero una gran confianza en el triunfo hace que se pierda muchas veces. Stilicon cometió la falta de alejarse momentáneamente de su ejército para asistir á las fiestas y juegos públicos, que nunca dejaban de celebrarse en Grecia, segun la antigua costumbre, aun enmedio de los mayores desastres.

Durante su ausencia se aflojó la disciplina en las tropas, y los jefes se entregaron á la crápula. Los atrincheramientos se guardaban con neglijencia, y enmedio de una noche sombría salió Alarico de su campo con todo el ejército, forzó las líneas de los romanos, se refujió en las montañas de Epiro y se fortificó en ellas.

Stilicon queria perseguirle; pero el rey de los godos, tan diestro como valiente, aprovechándose con habilidad de la desavenencia que habia entre las dos cortes imperiales, hizo la paz con Arcadio que aceptó sus servicios, y le nombró comandante jeneral de los ejércitos de la Iliria oriental. Asi Stilicon, aunque vencedor, se vió obligado á retirarse, respetando, por el nuevo título de jeneral de Arcadio, al enemigo y destructor de entrambos imperios. Sin embargo, enmedio de los cortesanos de Oriente hubo un hombre valeroso, llamado Sinesio, que se atrevió á decir la verdad al emperador. Hízole presente que en lugar de someter la majestad romana al yugo

de los bárbaros, un hijo de Teodosio debia arrojar tan feroces ausiliares, desterrarlos de su corte, desecharlos de sus campamentos, restablecer la antigua disciplina, reformar el lujo, disponer levas, llamar á las armas á los patricios, caballeros, agricultores y comerciantes, y al frente de este ejército de ciudadanos destruir la nacion goda y salvar el imperio. Este discurso verdaderamente romano, fué muy aplaudido: mas solo se le respondió con el decreto que publicaba la promocion de Alarico.

Primera espedicion de Alarico a Italia.—(400) El rey de los godos se sirvió de la autoridad que se le confiaba para dar á sus tropas armas de toda especie. En todos los talleres del Oriente se ocuparon noche y dia los romanos en forjar yelmos, escudos, lanzas y espadas para armar á sus destructores.

Mientras la discordia debilitaba cada dia el poder romano, la union aumentaba el de las naciones bárbaras. Todos sus príncipes, aogando la envidia, se pusieron bajo los estandartes de Alarico, comandante jeneral del imperio de Oriente, le alzaron sobre un escudo, y le proclamaron *rey de los visigodos*. Este príncipe habia asolado en su última invasion las provincias orientales de Europa: no podia robar las de Asia, cuya defensa le era confiada por su nueva dignidad: además, Constantinopla era una plaza demasiado fuerte para que pudiese tomarla. Todos estos motivos le incitaron á hacer teatro de su ambicion el Occidente; y para artar su sed de gloria y de riquezas, determinó pasar á Italia y cojer en Roma los ricos despojos, amontonados en ella en tantos siglos por trescientos triunfos. Apenas concibió este designio, se puso en marcha. Nadie fué mas atrevido en los planes, ni mas rápido en la ejecucion.

La fama anuncia su movimiento y esparce el terror: atraviesa los Alpes: á la noticia de su procsimidad una parte de los senadores se retiran á Sicilia; otros huyen al Africa; Honorio, educado en la molicie, nunca habia creido que pudiese llegar el riesgo al palacio de Augusto. El sonido de la trompa le espanta: el temor universal aumenta el suyo: los romanos dejenerados que le rodean le aconsejan la fuga: nadie toma las armas y el emperador declara que quiere retirarse á la Galia. Solo Stilicon se opone á esta cobarde determinacion, resuelve defender á Ro-

Digitized by Google

ma, y promete que habrá ejércitos y victoria, si se resiste al enemigo en la Italia setentrional. El emperador, animado por él, pasa rápidamente como los hombres débiles, de un miedo estremado á una confianza sin límites: marcha al Norte de Italia, y postrado en Mediolano al pie de los altares implora el ausilio celestial para salvar un reino que no tiene el valor de defender. Mientras Stilicon corre el Occidente, reune soldados de las guarniciones de la Galia, España y Britannia, añadiendo á ellas algunos cuerpos ausiliares de jermanos. Las lejiones romanas estaban tan disminuidas por las contínuas guerras, que para defender la Italia fué preciso dejar indefensas las provincias y desguarnecer las fronteras.

Batalla de Polencia y huida de Honorio.—(403) Stilicon creyó que el Adijio, el Mincio y el Adda detendrian algun tiempo á Alarico; pero la sequedad engañó su esperanza; los godos atravesaron aquellos rios con facilidad, y se acercaron á Mediolano. Honorio, demasiado cobarde para sufrir un cerco, huyó, atravesó el Pado (Pó), y quiso refujiarse en la Galia por el camino de Arelate (Arlés); pero habiéndosele interpuesto un cuerpo de godos, volvió atrás y se encerró en la plaza de Asta (Asti), donde no tardaron en cercarle los bárbaros.

Como la pérdida del imperio y del onor le espantaba menos que la de la vida, trataba ya de capitular, cuando llegó Stilicon al frente de una parte de su ejército, pasó á nado un rio, forzó las trincheras enemigas, y entró victorioso en Asta. Este gran capitan habia mandado á otros cuerpos que desembocasen á un mismo tiempo por todos los pasos de los Alpes. Ejecutan sus órdenes, inundan la llanura, la hacen resonar con sus gritos y rodean á los visigodos, que de sitiadores se convierten en sitiados.

Derrota de Alarico.—Todos los jefes bárbaros aconsejaban la retirada y no querian pelear á causa de la celebracion de la Pascua: solo Alarico persistió en su designio de conquistar la Italia. Aléjase de Asta: Stilicon le persigue y le acomete cerca de Polencia en los confines de la Liguria (1). La batalla fué sangrienta y la victoria disputada. Los godos penetraron al principio en la caballería romana: Sti-

(1) Polencia es todavia un pueblecillo del Piamonte, junto al Tánaro.

licon le socorrió con un cuerpo escojido: la infantería goda derrotada á su vez huyó á su campamento. Los romanos la persiguen sin intermision, fuerzan sus líneas, se apoderan de los campamentos, libertan gran número de prisioneros, cautivan á la mujer y á los hijos de Alarico, y recobran los ricos despojos que los bárbaros habian robado en Argos y Corinto. Esta brillante victoria hizo á Stilicon comparable á Mario.

Alarico vencido se retiró al frente de su caballería; pero lejos de desalentarse y huir, marchó atrevidamente contra Roma, cuyas murallas se repararon con este motivo, principalmente las de Aureliano. El rey visigodo esperaba que el terror producido por un movimiento tan osado le abriria las puertas de la capital del mundo: mas Stilicon, tan activo como él, se le anticipó, y esta rapidéz desbarató su plan. Admirado de la audácia de Alarico despues de una derrota, y de su firmeza en la desgracia, se halló mas dispuesto á buscar la amistad de un enemigo, cuyo valor estimaba, que á consumar su ruina. Negoció, despues, con él, y le concedió un subsidio á condicion de que evacuase á Italia.

Alarico proyectó apoderarse de Verona en su retirada, con el objeto de invadir despues la Galia. Los espias de Stilicon penetraron este designio; y cuando el rey de los godos sitiaba la ciudad, se halló él mismo cercado, y tuvo que combatir á un mismo tiempo con la guarnicion de Verona y con el ejército romano. Sorprendido, deshecho y derrotado, se salvó haciendo prodijios de valor, y de roca en roca salió de Italia con algunas reliquias de su ejército.

Los grandes, el pueblo y el clero de Italia, que habian temblado al nombre de Alarico, cobrando orgullo despues de su derrota, mostraron la ingratitud inseparable de la cobardía, colmaron á Honorio de alabanza y á Stilicon de censura. Acusábanle de haber dejado huir á Alarico, y prodigando al pie del trono la mas baja adulacion, invitaban al fujitivo Honorio á volver á Roma, para recibir en ella los onores del triunfo, y celebrar su sesto consulado, insigne por la ruina de los godos.

Vuelta de Honorio a Roma y abolicion total de los combates de los gladiadores. — Poco tiempo despues, cediendo el emperador al voto público, volvió á la capital: por su flaqueza

no podia ganar el aprecio; pero su dulzura y mansedumbre le granjearon el afecto del pueblo. Conformándose á las antiguas costumbres asistió á los juegos del circo, y entonces gozaron los romanos por la última vez el deleite bárbaro que les causaban los combates de gladiadores. Ya el poeta Prudencio habia escrito contra esta diversion tan opuesta á la caridad cristiana. Un fraile llamado Telémaco, salido á propósito de la soledad de Oriente, habia llegado á Roma sin otra autoridad que la de su capucha para cumplir lo que las leyes de Constantino no habian podido hacer. Arrójase el anfiteatro: al comenzar los gladiadores sus sangrientos espectáculos, desciende á la arena, separa á los combatientes, y reprende con violencia al pueblo su sed de sangre humana. La muchedumbre viendo turbados sus placeres y frustrada la esperanza de divertirse, responde al cenobita con clamores de indignacion, se conmueve y anima, se arroja á él y lo despedaza. Mártir verdadero de la humanidad, rescató con su sangre la sangre derramada en el espectáculo de la muerte. Los gladiadores se dispersan, la corte se retira afligida, el clero hace oir su voz amenazadora, y un decreto del emperador suprime para siempre aquellos juegos inumanos.

Honorio no podia olvidar los peligros que habia corrido en la Insubria; y creyendóse aun poco seguro en los muros de Roma, trasladó su corte á Ravena, ciudad fuerte situada en la playa del Adriático, cerca de la embocadura del Pado (Pó), edificada como Venecia sobre estacadas, rodeada de lagunas, defendida por muchos canales, y cuyo puerto, capaz de doscientos cincuenta buques, ofrecia á la debilidad la esperanza de una fácil huida. Los tímidos sucesores de Honorio siguieron su ejemplo, y Ravena fué la residencia de los emperadores de Occidente.

INVASION DE RADAGASIO EN ITALIA: BATALLA DE FLORENCIA. — (405) Muchos años habia que los paises setentrionales de Asia y Europa, desde la muralla de la China hasta las riberas del Danubio y del Rin, semejaban un mar alborotado por tempestades contínuas. Oleadas de bárbaros, cayendo unas sobre otras, estendian sus incursiones hasta los paises civilizados del Occidente.

Los tártaros, despues de vencidos los hunos, sometieron las tribus selváticas del desierto

que está al Oriente del mar Caspio. Su jefe Normartapa, que significa en su idioma *Señor de la tierra*, invadió la China, y fundó una dinastía: su duracion fué de dos siglos, hasta que otros tártaros de la familia de Tulum la venció y destruyó, sometiendo al mismo tiempo las naciones que habitan entre el Oby y el Volga. Estos tártaros, reunidos despues con los hunos, acometieron á los sármatas, y estos echados de su pais, á los suevos, burgundiones y vándalos. Al mismo tiempo Radagasio, (ó Rodogasio segun la forma griega) príncipe poderoso en el norte de Jermania, se desprendió de las costas del Báltico al frente de doscientos mil combatientes, y marchó al Danubio con el objeto de penetrar en Italia. El ejército estaba compuesto de toda la raza goda transdanubiana y transriniana.

Para rechazar una invasion tan formidable, reunió Stilicon todas las tropas disponibles, dispuso nuevos alistamientos, prometió la libertad á los esclavos, prodigó el tesoro público para despertar el valor por medio de la codicia, y á pesar de los esfuerzos prodijiosos de su jenio activo, no logró juntar mas que cuarenta mil hombres: ejército que Roma naciente puso no pocas veces en campaña. En la invasion de los cimbros se levantaron á la voz de Mario en sola Italia quinientos mil hombres; y en este siglo de decadencia el temor de la muerte ó de la esclavitud no movió á los romanos á arrostrar los peligros de la guerra para defender la patria, el onor y la vida.

El rey vándalo, no encontrando dificultad, avanza con rapidéz, evita el campo de Stilicon, que estaba en Ticino, llega á Florencia y la sitia. El terror domina en Roma: el senado, teniendo mas riquezas que perder, en vez de animar al pueblo, se mostraba mas medroso y consternado.

Alarico, cristiano instruido, y educado en los campamentos romanos, habia respetado por lo menos algunos derechos de la humanidad entre el orror de los combates; pero las costumbres de Radagasio eran feroces y desenfrenadas: sus guerreros selváticos no tenian ninguna instruccion que los reprimiese, y habian jurado arrasar á Roma, é inmolar los senadores á sus ídolos. Enmedio de tan gran peligro se manifestó el espíritu de vértigo que dominó á Jerusalen en el momento de su caida.

Cuando Roma era amenazada de su ruina total, los adoradores de Júpiter y Marte, poseidos de aquel fanatismo que no cede ni á la razon, ni á la conveniencia, pedian á sus dioses que concediesen la victoria á Radagasio, y se alegraban de ver á este bárbaro idólatra de Vodda y Odin, dispuesto á derribar las iglesias cristianas, y á destruir la relijion de la cruz. Por otra parte, los cristianos atribuian las desgracias del imperio á la induljencia de los emperadores que no habian esterminado á los paganos y herejes.

El fanatismo y el miedo ajitaban á la plebe cobarde, ignorante y corrompida. Solo Stilicon, firme columna del imperio, é inaccesible al temor, seguia los movimientos de los bárbaros con vijilancia prudente: sin huir de ellos, les inspiraba temeridad, mostrando circunspeccion. Radagasio cayó en la red que tendió su adversario: entró en un desfiladero estrecho, y se vió rodeado súbitamente por los romanos, que ocupaban todas las alturas y avenidas. En vano los bárbaros opusieron el furor de la desesperacion á la sábia táctica de su enemigo. Una parte de ellos pereció, otra rindió las armas: Radagasio fué hecho prisionero, conducido á Roma entre cadenas y degollado. El senado concedió á Stilicon por la vez segunda el título de *libertador de Italia*, y el triunfo al indolente Honorio que no habia oido el estruendo de las armas.

El clero, que ya no temblaba, atribuyó á sus oraciones aquel gran suceso; y doce años despues se empeñó el señor San Agustin en probar que la victoria de Stilicon era debida á un milagro. El santo impugnador de los antípodas referia que San Ambrosio (muerto ya en 397, y cuya muerte miró Stilicon como la ruina de Italia) se habia aparecido á un cristiano en cuya casa habia estado de huésped, y le habia prometido un triunfo pronto y completo.

Invasion de los barbaros en el occidente. — (406) La Italia se hallaba salvada por el jenio de un héroe; pero espantosas desgracias amenazaban todavía al resto del imperio. Cien mil guerreros de Radagasio, alanos, vándalos y suevos que habian quedado entre los Alpes y el Apenino, invadieron las Galias. Los alemanes se quedaron neutrales: solamente los francos defendieron el pais, donde habian de reinar poco despues. Marcomiro, uno de sus jefes, menos

Digitized by Google

fiel á los empeños contraidos con Roma, fué acusado por un majistrado romano, sentenciado y ajusticiado; y sus vasallos desterraron á Toscana á su hermano Sunnon que intentó vengarle. Hay quien diga que Marcomiro habia sido padre de Faramundo (1).

Los francos derrotaron á los vándalos; pero fueron vencidos por los alanos. Esta derrota fué terrible para el Occidente: los bárbaros entraron en él (407) por todas partes, y no volvieron á evacuarle.

En este tiempo las orillas del Rin, del Garumna (Garona), Ligeris (Loira), Ródano y Sequana (Sena) gozaban de toda la prosperidad de una larga civilizacion. Habia en la Galia tanta instruccion como en Roma, el mismo lujo, la misma elegancia, la misma industria. En todas partes se veian edificios suntuosos, escuelas sábias, espectáculos magníficos. Solo en las fronteras resonaba el rumor de las armas; pero nada turbaba la tranquila felicidad de los campos y ciudades del pais interior.

Repentinamente se oye el grito de la guerra: las tribus belicosas del Norte entran en las ciudades indefensas, recorren las aldeas inermes, devastan las heredades, destruyen los monumentos, degüellan á los hombres, y ultrajan y cautivan á las mujeres. Solo se ve el hierro en lugar del oro, las tinieblas suceden á la instruccion, la barbárie destruye la civilizacion. La Europa sufrió entonces lo que aora sufriria, si los feroces habitantes de los desiertos de África lograsen invadirla en número suficiente para destruir en un instante el fruto de tantos siglos de trabajo, industria, luces é injenio.

La corte de Ravena no podia oponer ningun ostáculo á este torrente, ningun remedio á estos desastres. En menos de dos años penetraron los bárbaros hasta los Pirineos.

La Britannia, no queriendo reconocer ya á una potencia que la dominaba sin protejerla, se sublevó y proclamó su independencia. El primer rey que elijió, llamado Marco, no tardó en ser asesinado por sus mismas tropas. Graciano, su sucesor, tuvo la misma suerte: despues dió el ejército la corona á un soldado gregario, que creyó digno de ella porque se llamaba Constantino. Este, mas hábil

(1) *Adrian., Val. rer. Fr. lib.* III.

que sus antecesores, conoció que para someter aquellos ánimos turbulentos, era menester ocuparlos sin intermision. Hizo, pues, una espedicion al continente, desembarcó cerca de Bononia, venció algunos cuerpos alemanes, y se presentó en la Galia como un conquistador. Honorio puso en precio su cabeza, y envió contra él algunas tropas, que le atacaron sin écsito cerca de Viena. España reconoció á Constante por emperador. Este era hijo de Constantino, el cual sacado por su padre de un monasterio, fué nombrado césar y enviado á la Península, y abrió la puerta á los bárbaros, retirando á los fieles y valientes paisanos encargados de defender los Pirineos (1). Honorio, no teniendo ya fuerzas romanas que oponerle, hubo de recibirlo á la fuerza por colega, y el apoyo de otros bárbaros fué su única esperanza. Por consejo de Stilicon hizo un tratado con Alarico. El rey de los godos dejó el servicio de Arcadio, aceptó el título de jeneral de los ejércitos de la Iliria occidental, y prometió restituir la paz al imperio.

La armonía deseable, y que siempre deberia ecsistir entre la política y la moral, es demasiado rara en todos los paises y en todas las épocas; pero en la infancia como en la vejez de los pueblos, es en donde se las ve mas desunidas. La rusticidad de los salvajes del Norte y la corrupcion de los romanos degradados despreciaban igualmente la buena fé, y no conocian otras reglas que la de su interés. Ninguna promesa era sagrada, ni ninguna paz estable: unos engañaban para satisfacer su codicia, otros para preservarse del pillaje y para alejar el peligro.

Alarico, sin cumplir nada de lo prometido, reclama con amenazas la recompensa. Stilicon, no fiando nada del carácter débil del emperador, determinó apoyarse en la autoridad del senado; y por la primera vez, despues de largo silencio, deliberó esta corporacion sobre los grandes intereses del imperio. Stilicon, despues de alguna resistencia, le persuadió que era preciso prodigar el oro para salvar la patria, cuando faltaba valor para defenderla con el hierro. Siguióse su dictamen, y compróse la alianza de Alarico en cuatro mil libras de oro. Solo un senador, llamado Campadio, varon verdaderamente romano, pro-

(1) *Mariana, hist. de Esp. t. II, lib. 5, cap. I. Orol. p. 223.*

testó contra semejante humillacion, y exclamó como Ciceron en otro tiempo: «*Este no es un tratado de paz, sino un contrato de servidumbre.*»

MUERTE DE STILICON, Y SITIO DE ROMA POR ALARICO. —(408). Stilicon no gozó mucho tiempo el descanso que habia creido dar al imperio con sus negociaciones y azañas. Vencedor de los bárbaros, no pudo resistir á los intrigantes. Olimpio, cortesano diestro y servil, que debia su fortuna á Stilicon, representado por los paganos como un hipócrita y por los cristianos como un fiel y virtuoso servidor, no ignoraba que los príncipes que mas necesitan de ser gobernados son frecuentemente los que mas se avergüenzan de que se les crea dóciles á sus ministros: excitó, pues, los zelos del emperador contra el hombre que lo sostenia, y le persuadió que Stilicon aspiraba al poder supremo.

Asustado Honorio no volvió á oir los consejos de este grande hombre. Sale para Pavía con el pretesto de pasar revista á los soldados que allí habia reunido: eran godos, y casi todos enemigos de Stilicon. El emperador les habla, implora su ausilio é inflama su ira. Movidos de sus palabras, amenazas y promesas, se arrojan sobre los oficiales afectos al ministro y los asesinan. La noticia de esta sublevacion llegó pronto al ejército que estaba en Bononia (Bolonia), el cual indignado de tanta perfidia, quiere vengar á su jeneral, y pide á gritos marchar contra el traidor Olimpio. Stilicon comete la imprudencia de reprimir su ardor: despreciaba sobradamente á sus enemigos para temerlos; pero su contemporizacion resfrió y desalentó á sus soldados.

En medio de la noche un godo valiente, llamado Saro, entra en su campamento con tropas de la misma nacion, lo entrega al pillaje, y degüella la guardia de Stilicon. Este jeneral, tan poderoso antes y ya abandonado, huye á Ravena, encuentra esta ciudad llena de enemigos suyos y se refujia á una iglesia, asilo que se creia entonces inviolable. El conde Heracliano, obedeciendo á las órdenes infames del emperador, engaña cobardemente al ilustre y desventurado guerrero, le promete la vida en nombre de su señor, le exorta á venir á hablarle, y apenas le tiene en su poder, le hace leer la sentencia de su muerte. El héroe cargado de injurias por los mismos soldados á quienes tantas veces habia

Digitized by Google

guiado á la victoria, y por un pueblo que le debió su salvacion, solo opone á tantos ultrajes un frio y desdeñoso menosprecio: presenta la garganta al cuchillo del mismo conde Heracliano, quien por su mano le hirió: el héroe sin decir una palabra muere verdadero romano como vivió, el 23 de agosto de 408. Herackiano fué hecho por esto conde de Africa, y por una virtud de estraccion, dice Chateaubriand, la sangre de un grande hombre ennobleció á su verdugo. Su memoria fué disfamada: su amistad, que por tantos años habia sido un título de onra, vino á serlo de proscricion. El clero, á cuya ambicion no habia servido, celebró villanamente su muerte. Los paganos le aborrecian, porque en desprecio de su culto habia quemado los libros sibilinos, y regalado á su esposa Serena el collar de la diosa Vesta; y así celebraron su caida como una victoria.

El célebre Claudiano, que habia cantado con entusiasmo sus virtudes, talentos y azañas, no tuvo ánimo para conservarse fiel á su memoria. En fin, Roma obcecada tuvo por felicidad la muerte del único hombre que podia retardar su ruina. Honorio, entregado á sus nuevos favoritos, dió su confianza á jenerales sin capacidad. Escluyó de todo empleo á los herejes, y cruel porque era cobarde, hizo matar á todos los godos afectos á Stilicon, igualmente que á sus familias. Treinta mil de estos bárbaros que se escaparon de la proscricion, huyeron al ejército de Alarico. Este rey, libre de su formidable rival se declaró vengador suyo.

La corte de Ravena intentó sosegar su ira. El visigodo entró en negociacion, y pidió por rehenes dos grandes dignatarios del imperio; pero sabiendo que el imbécil Honorio pasaba súbitamente del temor á la presuncion, y creia que su templanza era debilidad, atravesó los Alpes, saqueó la ciudad de Aquileya, ocupó á Cremona, marchó á Ravena sin obstáculo, se desdeñó de sitiarla, avanzó hasta Arimino, pasó el Apenino de Umbría, y se presentó á las puertas de Roma.

Esta ciudad contenia entonces un millon y doscientos mil habitantes, y no halló ciudadanos para su defensa. Cuando Aníbal, despues de haber destruido tantas lejiones, llegó á las puertas de la capital, encontró doscientos mil romanos sobre las armas. Este tiempo habia pasado.

Digitized by Google

El senado era una sombra: los patricios opulentos de que se componia, se jactaban de tener por ascendientes á los antiguos héroes de la república: los Anicios, Petronios y Olibrios lo demostraban con documentos, pero ninguno lo probaba con el valor. Sus inmensas riquezas les servian de virtud y de gloria. Muchos comprendian en sus posesiones ciudades y villas: habia otros cuyas rentas ascendian á dos y tres millones. Inertes y voluptuosos, su ostentacion y molicie escitaban la indignacion, recordando el valor y la pobreza de sus antepasados.

Sus casas eran palacios: poseian lejiones de esclavos: el oro y los diamantes resplandecian en sus vestidos: encerraban en sus jardines lagos, llanuras y bosques: sus marchas se reducian á la visita de sus vastas heredades, donde mataban, sin fatiga ni riesgo, tropas de animales pacíficos.

Amiano Marcelino, trazando el cuadro casi increible de su lujo y corrupcion, cuenta particularidades que hacen verosímil cuanto se ha ecsajerado de la afeminacion de los sibaritas. Estos indignos descendientes de los Scipiones, Fabios y Cincinatos, atravesando la Italia en sus literas como mujeres, comparaban en sus cartas sus viajes dispendiosos y sus paseos divertidos á las espediciones y marchas de Alejandro y César. «Los oirás quejarse, dice el sa»tírico historiador, de la mosca »que atraviesa el cendal con que »se cubren, y lamentarse si sus »cortinas dan paso á los rayos »del sol. La inconstancia de la »estacion es para ellos terrible »calamidad: su comitiva, pom»posa á un tiempo y ridícula, »parece por su número y com»posicion á un ejército de ar»tesanos, esclavos y bárbaros.»

De la antigua libertad no habia quedado mas que la licencia. La plebe ecsijia y tomaba siempre las distribuciones acostumbradas: su aficion al circo era la misma: habia en la capital tres mil danzarines é igual número de cantoras; y cuando se presentó Alarico, y Roma buscaba en vano soldados, cuatrocientos mil espectadores pasaban en el teatro las noches y los dias.

El rey de los visigodos rodeó la ciudad é interceptó la navegacion del Tíber. El senado y el pueblo, humillados por la procsimidad de los bárbaros, manifestaron indignacion y no valor. Su furor se redujo á cometer un

crimen inútil, y tan infame como atroz, mandando ahogar á Serena, sobrina de Teodosio y mujer de Stilicon, por instigacion de Placidia, hermana de Honorio, haciéndola sospechosa de tener correspondencia con los godos.

Una hambre espantosa esparció en breve la desolacion por la ciudad (1). Leta, viuda del emperador Graciano, no pudo aliviar mas que por algunos dias la calamidad del pueblo, distribuyéndole jenerosamente sus bienes. Los romanos, que no se atrevian á salir de las murallas para combatir con los godos, peleaban entre sí por adquirir algunos víveres. Se vió á los hijos servir de alimento á las madres. Sobrevino la peste á la escasez, y ambas llenaron las calles de cuerpos muertos. Honorio prometia socorros y no los enviaba. Pompeyano, prefecto de Roma, no hallando recursos en el valor, los buscó en la majia, y consultó á unos hechiceros, que le prometieron con encantos, evocaciones, espiaciones y sacrificios, robar á las nubes el rayo y lanzarlo sobre los bárbaros. El papa Inocencio fué acusado justamente por haber tolerado prácticas supersticiosas; la mayor parte del senado, que era cristiana, encargó á Juan y á Basilio entablar negociaciones de paz con el rey de los visigodos.

Estos diputados le hablaron con su altanería acostumbrada, pero muy inoportuna cuando no es sostenida por las armas, y propusieron un tratado ó mas bien una capitulacion onerosa, declarando, que si el rey no la aceptaba, se preparase á pelear con quinientos mil guerreros ejercitados en las armas y animados por la desesperacion. *Cuando la yerba está muy espesa, corta mejor la hoz*, les respondió Alarico.

Exijió por el rescate de Roma la libertad de todos los prisioneros bárbaros de nacimiento ó de orijen, todo el oro y plata del estado y de los particulares, y todos los muebles preciosos que adornaban los palacios de la capital (2). *¿Qué nos dejas, pues?* le replicaron los

(1) *Portas undique concluserat, et occupato Tiberi flumine, sub ministrationem commeatus è porta impediebat....... Famen pestis comitabatur.* (*Zozim., hist., lib. V. Basilid.*)

(2) Despojáronse hasta las estátuas de las riquezas que las adornaban, entre otras las del Valor y la Virtud.

enviados. *La vida*: respondió el vencedor. Convínose en una suspension de ostilidades: Alarico mitigó sus proposiciones, y consintió en levantar el sitio, mediante cinco mil libras de oro, treinta mil de plata, cuatro mil vestidos de seda, tres mil piezas de paño encarnado, tres mil libras de pimienta, muy rara entonces, y la libertad de cuarenta mil cautivos. Todo se le concedió. Alarico ejecutó el tratado con fidelidad: mantuvo en sus tropas la mas severa disciplina, y castigó rigorosamente á algunos godos que habian insultado á los ciudadanos.

Desde que hubo recibido lo que se habia pactado, se alejó de Roma y se retiró á Etruria, donde le llegó un refuerzo considerable de godos y hunos. Así concluyó esta campaña, que destruyó para siempre el antiguo prestijio de que gozaba aun la capital del mundo. Roma perdió su ecsistencia el dia que capituló.

Mas no habia logrado sino una tregua, y era forzoso concluir la paz definitiva. Alarico pedia la dignidad de comandante jeneral del ejército de Occidente, un subsidio anual, y la agregacion de la Dalmacia, el Nórico y la Venecia al reino de los visigodos. El senado envió diputados á Ravena para que apoyasen las proposiciones del rey; pero el ministro Olimpio, que ninguna disposicion habia tomado para socorrer á Roma, desechó las peticiones de Alarico, y despidió á los enviados del senado con una escolta de seis mil dálmatas, que eran entonces la flor de las lejiones: mucha tropa para comitiva, y escasa para socorro.

En el camino fueron acometidos y derrotados por un cuerpo godo, sin que se salvasen mas que cien soldados con el jeneral Valente que la mandaba. Este revés acabó con el crédito de Olimpio, fué desterrado, luego restablecido en el favor, y últimamente condenado á morir apaleado.

El príncipe dió su confianza á Jovio, poco conocido por sus acciones, á Gamérides, que restableció por un momento la disciplina en las tropas; y en fin, las intrigas vergonzosas á que daba lugar la debilidad del emperador, pusieron todo el poder en manos del eunuco Eusebio. Este, orgulloso por su favor, rompió osadamente la negociacion con Alarico. Algunos oficiales, indignados de ver á aquel infame cortesano arriesgar á su salvo el imperio, le degollaron

á la vista misma del príncipe. Alarico habia interceptado una carta de Honorio, en que decia: «No quiero prostituir las »dignidades del estado, concediéndolas á un bárbaro.»

Saco de roma por alarico. — (410) El rey de los visigodos no tardó en vengarse de esta injuria: marchó sin encontrar enemigos, se apoderó del puerto de Ostia, se presentó junto á la ciudad eterna, é intimó que se rindiese á discrecion.

El senado queria resistir; pero intimidado por los clamores del pueblo, que temia verse espuesto segunda vez á los orrores del ambre, cedió y se sometió á las condiciones que el vencedor quisiese dictarle. El hábil y desdeñoso Alarico pidió la deposicion de Honorio; y que se elijiese á otro en su lugar, bien seguro de que reinaria con el nombre del nuevo fantasma. Designó á Atalo, que fué elejido por el sénado y el pueblo, y el nuevo monarca dió el título de jeneral de los ejércitos de Occidente á su protector Alarico. Atalo era agradable á los godos porque habia sido bautizado por su obispo. Dióse el título de conde de los domésticos á Ataulfo, príncipe godo y cuñado del rey.

Hecha la eleccion, abrió, sus puertas la ciudad. Atalo, escoltado por los bárbaros, se presenta en el senado, promete restablecer la majestad del imperio y reunir á él el Oriente y el Ejipto. Pasa despues al palacio de Augusto, seguido del vil populacho que se apasiona siempre por lo que es nuevo, aunque sea el mismo desonor. Los pocos hombres que conservaban aun espíritu romano, jemian y se ocultaban.

Los arrianos fanáticos y los ostinados idólatras esperaban para consuelo de su umillacion la caida del partido católico. Estos sueños de venganza fueron tan cortos como el reinado del nuevo emperador. Alarico llevó á su protejido hasta cerca de Ravena: toda Italia estaba sumisa: el débil Honorio ofreció á su rival repartir con él el poder supremo: Atalo no le prometió mas que la vida y una isla para destierro, si abdicaba.

Jovio y Valente abandonaron á su señor y se pasaron al partido de Atalo. Parece que no quedaba á Honorio ninguna esperanza de salvacion; pero la fortuna hizo que llegasen al puerto de Ravena cuatro mil veteranos, á los cuales fió su defensa.

Al mismo tiempo se supo que

Digitized by Google

las tropas de Atalo habian sido sorprendidas y derrotadas en Africa por las del partido contrario. En fin, el mismo Alarico, irritado contra un príncipe que le debia su elevacion y que conspiraba contra él para reinar solo, le manda venir á su presencia al campamento de Arimino, le despoja de la púrpura que le habia dado, y envia su diadema al emperador Honorio, prometiéndole su amistad si suscribia al tratado concluido en Roma.

Hubo entonces grandes esperanzas de una paz sólida: mas el godo Saro, homicida de Stilicon, y enemigo de Alarico y de la dinastía de los Baltos, se opone á la negociacion, engaña á Honorio con promesas, le intimida con amenazas, sorprende con sus tropas una division de Alarico, la destruye casi enteramente, y vuelve á entrar en Ravena victorioso.

Tercera vez marcha Alarico contra Roma. El temor de su espantosa venganza determina á los romanos á defenderse, pero los esclavos, á quienes habian dado armas, les hacen traicion, y abren por la noche la puerta Salaria á los bárbaros: un gran número de godos, scitas y jermanos entran como enemigos en aquella antigua y opulenta ciudad, y la entregan al pillaje mas desenfrenado. El 24 de agosto de 410, 1163 años despues de la fundacion de Roma, fué saqueada esta señora del mundo por los bárbaros del Norte. Los godos, tremolando sus enseñas en las alturas del capitolio, anuncian á la tierra el cambio de las razas. Alarico, que no hubiera podido oponerse sin riesgo á la codicia de los godos, se contentó con darles órden de perdonar á los ciudadanos desarmados, y de respetar las iglesias de los apóstoles. Solo la relijion pudo contenerlos, cuando estaban sordos al grito de la naturaleza. Entregaron á las llamas los palacios de los grandes y los asilos de la pobreza: degollaban sin piedad á viejos y niños; y cuentan que una doncella encadenó su furor y detuvo su codicia, diciéndoles que pertenecia á la iglesia de San Pedro un tesoro del cual querian apoderarse.

Lo que hizo mas espantoso el estrago fué el enojo, demasiado natural, de cuarenta mil cautivos libertados, que llenaron las calles de cadáveres, y se vengaron, cometiendo orribles escesos, de su prolongada humillacion.

El cándido Orosio dice que el

fuego del cielo se juntó al acero de los bárbaros para reducir á cenizas algunas estátuas de los dioses que aun se veian en el foro. San Agustin, en *la ciudad de Dios,* atribuye las desgracias de Roma á la justicia de la Providencia, irritada de su empeño por el culto de los ídolos. Tan cierto es que en los reveses mas crueles, el espíritu de partido, estraño al bien público, no ve sino lo que lisonjea ú ofende á sus intereses! Salviano, mas elocuente, siguió el parecer de San Agustin y de su discípulo Orosio. Por piadosa que sea su idea, por útil que haya sido la impresion que obrase sobre los ánimos, sin embargo, puesto que el crímen triunfa aquí abajo con mucha frecuencia, y que á menudo los virtuosos son víctimas de los malvados; y puesto que creemos que hay otro mundo donde se ejerce la justicia divina, importa sobre todo ecsaminar las causas morales y físicas de los acontecimientos naturales. La accion de la primera causa es invisible; la de las causas segundas está á nuestro alcance. Observándolas se forman la prudencia y la política. Roma será siempre un grande espectáculo en donde puede verse la influencia de los vicios, de las pasiones, de los yerros de un mal gobierno, de una grandeza escesiva, y en una palabra, de cuanto puede contribuir á la desgracia de los particulares y á la ruina de los imperios.

Un gran número de senadores fueron hechos prisioneros, muchos desterrados: otros se escaparon al Africa ó se dispersaron en Ejipto y aun al interior del Asia. Muchos ciudadanos se refujiaron á la pequeña isla de Ijilo, se hicieron fuertes en ella, y debieron á su intrepidez la vida y la libertad.

Alarico, despues de haber arruinado la gloria de trescientos triunfos, destruido los monumentos respetados del tiempo, y derribado la grandeza de doce siglos, dueño de los tesoros robados á todo el universo, se alejó de Roma, desdeñando reinar en una ciudad envilecida. Dominó en Italia hasta el año 412.

Su campamento, por un contraste singular, presentaba á la vista sorprendida el espantoso cuadro de las vicisitudes de la fortuna. Veíase allí á los fieros patricios de Roma, antiguos dominadores del mundo, y á sus esposas, en otro tiempo tan respetadas, servir como esclavos á sus feroces vencedores, y presentar el vino de Falerno en vasos

adornados de pedrerías á aquellos guerreros selváticos, desnudos y tendidos al aire libre bajo la sombra de los plátanos.

MUERTE DE ALARICO. —(412) Los goces de la victoria no podian fijar largo tiempo á aquellas tribus belicosas, para quienes las ciudades eran cárceles, y el descanso ignominia. Alarico, cediendo á sus votos, emprendió la conquista de Sicilia: la primer division de su escuadra fué dispersada por una tempestad, y cuando trataba de reparar este desastre terminó la muerte el curso de sus azañas.

Sus compañeros y soldados celebraron su gloria con himnos, que era el solo monumento histórico de la nacion, y temiendo que las reliquias de tan ilustre rey quedasen espuestas por la inconstancia de la fortuna á la venganza y ultrajes de sus enemigos, sacaron de su madre al rio Gratis, cavaron en el fondo el sepulcro de Alarico, lo llenaron de trofeos conquistados á los romanos, volvieron á traer las aguas por su antiguo cauce, y mataron á todos los cautivos empleados en estos trabajos, para que nunca se pudiese descubrir el sitio donde habian depositado las cenizas de su héroe. Los godos, por una costumbre singular, fundada acaso sobre alguna supersticion, ocultaban la sepultura de sus grandes hombres mientras otros pueblos onraban á los suyos con soberbios monumentos.

Despues elijieron para sucederle á su cuñado Ataulfo, cristiano, y de mas luces y humanidad que sus compatriotas. Apenas subió al trono declaró que su intencion era salvar el imperio, en lugar de acelerar su ruina. Nada le era mas fácil entonces que destruir el nombre romano, repartir á sus guerreros las posesiones de Italia, y establecer sólidamente su dominacion en aquel pais; pero ó porque los sentimientos de su corazon fuesen mas jenerosos, ó porque temiese la mezcla de sus vasallos feroces y turbulentos con los italianos corrompidos, ó en fin, porque cediese al amor que le inspiraba Placidia, hija del gran Teodosio, cautiva en el saco de Roma, abrió negociaciones con Honorio, le prometió sostener el imperio y defenderle contra sus enemigos, y le pidió por esposa á su hermana.

Es preciso conocer el orgullo pueril de los príncipes débiles nacidos junto al trono, para concebir el desden con que Hono-

rio recibió esta proposicion, y la repugnancia que mostró este emperador, cobarde y vencido, al parentesco de un guerrero, llamado por él *bárbaro*, y que le restituía el imperio y la ciudad de Roma.

Placidia, menos vana y mas política, salvó á su hermano contra la voluntad de este, y aceptó la mano del rey de los godos.

Los historiadores cuentan muy por menor las ceremonias de este casamiento, y la magnificencia de los presentes que Ataulfo hizo á la nueva reina. Solamente el saqueo de tantas provincias, y sobre todo de Roma, podia esplicar tanto lujo. No mencionaremos de aquellos regalos mas que un plato de oro que pesaba quinientas libras, y que la casualidad puso despues en el tesoro de Dagoberto, rey de Francia. Una mesa, hecha de una sola esmeralda, rodeada de tres órdenes de perlas, y apoyada en sesenta y cinco pies de oro macizo, podrá dar una idea de la opulencia de los visigodos, ó de la ecsajeracion de los historiadores. Un historiador cuenta de esta manera el casamiento. Ataulfo resolvió tomar por mujer á aquella que por derecho de victoria pudiera haber hecho su concubina. El casamiento se solemnizó en Narbona en enero de 414. Ataulfo estaba vestido de romano, y cedia el primer lugar á la augusta desposada: veíasela sentada sobre un lecho adornado con toda la pompa de una emperatriz. Cincuenta jóvenes hermosos vestidos de seda, que hacian parte de la ofrenda ó dote, pusieron á los pies de Placidia cincuenta fuentes llenas de oro y otras cincuenta de pedrería. Atalo, que de emperador, era no se sabe qué en la comitiva de los godos, entonó el primer epitalamio.

En esta época se publicó el código Teodosiano, lo que probó que las leyes se multiplican á proporcion que se depravan las costumbres. El número creciente de los males hace sentir la necesidad de los remedios.

La paz concluida entre Honorio y Ataulfo restituyó la tranquilidad á Italia, mas no al imperio. El conde Heracliano, cónsul entonces, y comandante de Africa, se rebeló, tomó el título de emperador, hizo numerosas levas, y equipó una escuadra que los autores del tiempo comparan á la de Jerjes.

Constancio, jeneral tan estimado por sus talentos como por sus virtudes, marchó contra él,

Digitized by Google

dispersó su armada, y venció sus tropas en Sicilia. Heracliano derrotado huyó al Africa con solo un buque, la encontró sometida á las leyes de Honorio, y fué entregado por sus mismos cómplices á los jenerales del emperador, que mandaron cortarle la cabeza.

El valiente Constancio, su vencedor, que despues ascendió al imperio, recibió en premio de su victoria los bienes confiscados á Heracliano. Terminada esta guerra tan felizmente, pasó de órden del emperador á la Gàlia narbonense (413).

El usurpador Constantino reinaba desde la estremidad de Escocia hasta el estrecho de Hércules, y se unia á los bárbaros para saquear la Galia. El inconstante Honorio, cobarde para los enemigos, y traidor para los aliados, hizo un tratado con Constantino, en el cual se comprometia este á libertarle de la dominacion de los godos; porque en efecto, mas bien eran dueños que protectores de Italia. Pero nuevas revoluciones hicieron desvanecer este proyecto. Jeroncio, jeneral de Constantino, se rebeló contra él, asesinó á su hijo Constante, le sitió á él mismo en Arelate (Arlés), y ciñó la corona á Mácsimo, su compañero de armas y amigo. Constancio, vencedor del Africa, llegó á la Gàlia en esta ocasion; atacó á Jeroncio y á Mácsimo, los derrotó completamente; y los obligó á huir.

En este caos de guerras civiles, invasiones y tronos tan prontamente caidos como usurpados, muchas azañas y crímenes se han olvidado justamente; pero la historia ha conservado el recuerdo de la última accion de Jeroncio, que eternizó su nombre con su valor.

Perseguido hasta las fronteras de España, fué rodeado por los enemigos en una casa donde estaba alojado: solo tenia consigo á su mujer, un alano y algunos esclavos. Comunicóles su intrepidez, y resuelto á vender caramente las últimas horas de una vida que ya no podia salvar, se fortifica con barricadas, se defiende ostinadamente, y disparando con destreza un gran número de saetas que habia reunido, prolonga toda la noche un combate tan desigual, con muerte de trescientos contrarios.

Cuando ya no le quedó mas arma que su espada, le abandonaron los esclavos, saltando por las tapias: él solo se quedó cerca de su mujer, á la cual no quiso desamparar. El soldado alano se

Digitized by Google

ofreció tambien á la muerte. Al rayar el dia pusieron los sitiadores fuego á la casa. Entonces Jeroncio, cediendo á las súplicas de su esposa y del alano, les dió la muerte, y se hundió su espada en el seno.

El usurpador Mácsimo fué alcanzado en su fuga, conducido á Roma, y degollado.

Entretanto Ataulfo, indignado de la traicion de Honorio, habia restituido la púrpura á Atalo, juguete de la suerte y de los bárbaros. Honorio, que á cada riesgo mudaba de resolucion, rompió la alianza de Constantino, y encargó á Constancio que se lo entregase. Los francos tomaron entonces las armas, y marcharon á Arelate para defender á Constantino. Constancio los venció; y Ebódis, su jeneral, pereció víctima de una conspiracion. El romano se aprovechó de esta traicion, castigó á los traidores con un suplicio justo, y premió el valor de sus soldados victoriosos. Constantino y su hijo Juliano, ya sin ejército ni socorro, se entregaron á Constancio, que los envió al emperador. El cruel Honorio los mandó matar.

Establecimiento de los visigodos en la Galia Narbonense, y principios de la monarquia goda de España.—(415) Otro guerrero disputó la corona. Jovino fué revestido de la púrpura por los alanos y burgundiones. Sus fuerzas numerosas obligaron á Constancio á retirarse; pero Ataulfo, que sacrificaba todos sus resentimientos al amor de Placidia, abandonó á Atalo, venció y mató á Saro rebelado contra él, marchó contra los alanos y burgundiones, los derrotó, y arrojó de la Galia á Jovino y á su hermano Sebastian.

Atalo, entregado á Honorio, fué espuesto en Roma al ludibrio del pupulacho, se le cortaron dos dedos para que no pudiese ni firmar ni manejar las armas, y fué desterrado á Liparia (isla de Lipari). El imbécil Honorio triunfó así de siete usurpadores que los mas eran hombres hábiles y guerreros valientes.

En los últimos cuatro siglos habia gozado España una larga paz, y con ella todos los beneficios de la civilizacion. Cuando los bárbaros invadieron las Galias, defendió algunos años sus fronteras; pero cuando Honorio, diez años antes del saco de Roma, quiso remplazar las milicias nacionales del pais con lejiones, empezó España á sufrir las mayores calamidades; porque estas

Digitized by Google

tropas corrompidas que no reconocian mas patria que su campamento, mas leyes que su interés, desleales á su príncipe, reconocieron al usurpador Constantino cuando le favoreció la fortuna, y despues á Mácsimo cuando le superó en poder. Descubriendo en fin las fronteras que debian guardar, dejaron penetrar por ellas (el 28 de setiembre de 409), á los suevos, silinos, alanos y vándalos. Este torrente destructor asoló y despobló las Españas, desde los Pirineos hasta el mar de Africa. Los bárbaros, insaciables de sangre y de botin, mataron sin distincion á romanos y españoles, talaron los campos, y no perdonaron ni á ciudades ni aldeas. El azote del ambre se juntó al de la guerra, y la peste fué su inevitable consecuencia. Los vándalos tenian por rey á Gonderico y los suevos á Ermerico. Las provincias iberas se echaron á la suerte. Galicia y lo que hoy es Castilla le Vieja cayó á los suevos y vándalos de Gonderico: Lusitania, el centro de España y Cartajena tocó á los alanos; y la Bética á los silingos, otra especie de vándalos, de los cuales tomó el nombre de *Wandalusia*. Algunos pueblos de Galicia se mantuvieron libres en las montañas.

Cuando nada tuvieron que destruir ó que robar, aquellos feroces conquistadores empezaron á sentir la necesidad, y esta los civilizó. Tomaron á los habitantes una parte de sus tierras, les dejaron las demás, y los alentaron á cultivarlas; se sometieron ellos mismos al yugo de las leyes; y España, restablecida la tranquilidad, recobró su abundancia y poblacion.

Ataulfo, que la voluntad de Placidia convirtió en fiel lugarteniente de Honorio, despues de sus victorias en la Galia marchó á España, recobró á *Bárcino* (Barcelona) y la devolvió al emperador. Su proyecto era conquistar para sí el resto de la Península; pero la muerte le sorprendió.

Muerte de Ataulfo.—Habia admitido imprudentemente en su servicio á un antiguo camarada de Saro. Este hombre, enemigo implacable de la familia de los Baltos, conspiró contra él, le asesinó en Bárcino (415), y colocó en el trono á Sijerico, hermano de Saro. El primer acto del nuevo rey fué degollar seis hijos que Ataulfo habia tenido de su anterior matrimonio, y poner en prisiones á la hija de Teodosio el Grande.

Placidia, memprable ejemplo

de las vicisitudes de la fortuna, cautiva primero de Alarico, y elevada despues al trono por Ataulfo, se vió segunda vez encadenada como una esclava, y obligada á andar á pie delante del caballo de su nuevo amo el espacio de doce millas.

Este reinado que anunciaba la tiranía mas cruel, duró solamente siete dias. Los godos, indignados del orgullo é inumanidad de Sijerico, le matan, dan libertad á Placidia, y elijen por rey á Valia, digno sucesor de Alarico y Ataulfo.

Conquistas de Valia en España.—(416) Este príncipe hábil llevó sus turbulentos vasallos á nuevas peleas; y atravesó, venciendo, todas las Españas. Desde la muerte de Ataulfo se habia roto la paz entre godos y romanos. El jeneral Constancio marchó contra Valia; pero cuando estuvieron uno enfrente de otro, en lugar de pelear, entraron en negociacion. Placidia fué enviada á Ravena, mediante el rescate de seiscientas mil medidas de trigo (1), y Valia juró servir con sus armas en defensa de Honorio y del imperio.

(1) *Pros. chron. Phot.*; *Zoz., lib. IX, cap.* 9; *Philost., lib. XII, cap.* 4. *Oros., p.* 224.

España fué entonces el teatro de una guerra sangrienta que se hicieron sus enemigos. Valia adquirió grande celebridad: esterminó á los silingos que habian asolado la Bética, derrotó á los alanos, dando él mismo muerte á su rey. Los vándalos y suevos, temerosos de su valor, se le sometieron y restituyó en fin toda la Península al dominio del emperador. Los historiadores de aquel tiempo dicen, que las injusticias y vejaciones de los oficiales de Honorio , obligaron á los españoles á echar de menos el réjimen de los bárbaros.

Honorio, que siempre habia estado temblando en Ravena, recibió los onores del triunfo en Roma, abandonada por él. Diéronsele coronas de laurel por las conquistas de Ataulfo y de Valia; y á conservar la historia los discursos de los oradores y versos de los poetas de aquella vergonzosa época, veríamos al cobarde Honorio celebrado por el servilismo romano como el mas bondadoso, el mas valiente, el mas ilustre de los príncipes.

Cesion de la Aquitania a los visigodos.—(418) Valia, fiel á sus promesas, salió de Italia, y se estableció en el reino de Aquitania, que el emperador le habia cedido. Reinaba en todos los

paises comprendidos entre el Ligeris y el Garumna (Loira y Garona). Burdégala (Burdeos) era su capital. Sus sucesores trasladaron á Tolosa la residencia.

Honorio cedió á los burgundiones la parte oriental, y á los francos la setentrional de las Galias. La firmeza de Teodosio habia reunido todas las partes del imperio: la flaqueza de su hijo lo desmembró. Los bárbaros, establecidos en estas provincias, obligaron á los habitantes á abandonarles las casas mas bellas y la tercera parte de sus mejores tierras, dejándoles el resto de sus propiedades y la vida mediante un rescate. Los visigodos fueron mas umanos, y concedieron indemnizaciones por los bienes que quitaron á los ciudadanos.

Paulino de Burdégala, nos ha dejado la prueba en sus cartas, dando á conocer el precio pagado por el bárbaro que se apoderó de su casa. El reino de los visigodos tomaba la forma cristiana bajo los obispos arrianos. Estos guerreros selváticos se mostraron mas jenerosos que Augusto y los triunviros, los cuales entregaron á los veteranos de sus ejércitos muchas ciudades de Itàlia y las posesiones de muchos romanos despojados sin indemnizacion. El hábito antiquísimo de respetar á Roma, y el recuerdo de la majestad del imperio, conservaban tanta influencia en los ánimos, que los vencedores del Norte, en vez de llamarse dueños de los paises conquistados, tomaban el título de *huéspedes de los romanos*, y se decian súbditos del emperador.

Las provincias lejanas conocian que la corte de Ravena ni podia protejerlas ni refrenarlas. La Armorica proclamó su independencia, y Honorio la confirmó. La Britannia, sin ausilios de Roma, y espuesta á las invasiones de los piratas, sufrió todos los males de la anarquía. Noventa ciudades libres se erijieron en repúblicas, y cada una nombró un senado. Los nobles, descontentos de este movimiento popular, echaban menos el gobierno del emperador que les distribuia sus favores; corrian armados por los campos, y todos se arrogaban, como los jefes de las tribus bárbaras, el nombre de *reyes* ó *caudillos*. Al frente de los hombres que les eran afectos, sostenian guerras continuas contra las repúblicas. La autoridad de cuarenta obispos, que tomaron parte en estas querellas, aumentó el jérmen de las disensiones.

Estado del imperio de Oriente.—El imperio de Oriente, aunque no mejor gobernado, sufria menos pérdidas; y á pesar de la inepcia de la mayor parte de sus jefes, y los crímenes que ensangrentaron el trono, subsistió durante diez siglos desde Teodosio hasta la toma de Constantinopla por los turcos, y conservó el nombre de imperio romano despues de la pérdida de Roma y del Occidente.

Los griegos, despojados en otro tiempo por los guerreros del Tíber, se enriquecieron á su vez con la ruina de Italia. Cuando los bárbaros invadieron á la Galia, Roma, España y Africa, todos los que pudieron sustraer á las devastaciones una parte de sus riquezas, las llevaron á Bizancio: los sabios, los oradores, los hombres que no podian sufrir el yugo de la ignorancia y la brutalidad, se refujiaron á Grecia. Derramáronse las tinieblas por el Occidente; y las luces se retiraron hácia el Oriente. Constantinopla fué entonces el centro de la civilizacion y el último asilo de las artes. Todo el resto del mundo fué entregado á los groseros conquistadores del Norte, dueños de las riquezas del pueblo rey, sin aprender de él el arte de gozarlas, sin conocer mas pasion que la guerra.

No ostentaban mas que el hierro, cuando el oro, la púrpura y las pedrerías brillaban por todas partes en el palacio de los emperadores de Oriente. Los mas ricos metales adornaban su corona, sus vestidos y su trono, como tambien las lanzas y cascos de sus soldados, y los jaeces de sus caballos. Los vicios de los príncipes influian de una manera funesta en la administracion del imperio. Sus vastas provincias estaban entregadas á la rapacidad de los gobernadores y de los oficiales encargados de ejercer la justicia ó de percibir las rentas del estado. Las leyes estaban sin fuerza; la inocencia oprimida no hallaba un protector, y solo el crímen estaba al abrigo de todo insulto.

Enmedio de la depravacion jeneral que cundió sucesivamente por todas las provincias del imperio romano, las lejiones conservaron por algun tiempo las virtudes militares, pero la molicie y la licencia se introdujeron en fin en los ejércitos. Dispensóse á los soldados de á pie el llevar la coraza, porque les era muy fatigosa para el servicio. Los cuerpos de tropas que Constantino habia colocado en

Digitized by Google

las ciudades fronterizas, descuidaban los ejercicios militares; entregábanse á las labores del campo, y muy luego fueron incapaces de detener los progresos de los enemigos. No pudiendo confiar ya á estas milicias la defensa del imperio, los emperadores poblaron de bárbaros las lejiones, les prodigaron los tesoros del estado, les dieron el mando de los ejércitos, y les concedieron los onores del consulado. Pero estos ausiliares pérfidos reusaban muchas veces venir á las manos con sus compatriotas, y hacian traicion á los intereses de los que les pagaban el sueldo. Siendo su único móvil el amor del botin, querian mas robar que combatir; sin embargo algunas veces, llevados de una rabia ciega, obligaban á sus jenerales á presentar la batalla, y comprometian la salvacion del imperio con sus motines é insubordinacion.

El reinado de Arcadio ofreció la imájen de la funesta degradacion que sufren necesariamente las costumbres despues de un largo despotismo, en un pueblo afeminado por todo jénero de placeres. Los mismos eunucos ejercian empleos. Eutropio presidia los tribunales y mandaba los ejércitos con gran placer de los godos, contentos de ver á los romanos, sus enemigos, mandados por un jeneral, que lejos de ser un rival temible, ni aun era hombre.

Esta eleccion de Arcadio escitó el menosprecio de los buenos ciudadanos; pero su voz, ni muy alta ni muy cercana al palacio, no fué oida. Los lisonjeros incensaron al valido, la corte le prodigó sus omenajes; fué creado cónsul, y el senado de Oriente le erijió estátuas. El Occidente, aunque vencido por los bárbaros, no pudo tolerar el oprobio de semejante consulado; y el senado de Roma no insertó su nombre en los archivos.

Claudiano vengó de esta injuria la primer dignidad de los romanos, pintando en una sátira con versos mordaces el carácter de aquel ministro tan vil como insolente, que esclavo en otro tiempo, se habia enseñado hurtando pequeñas sumas del cajon de su amo, á robar un dia las riquezas del imperio.

Eutropio vendió muchas provincias á los enemigos, dió aliento á los delatores, aumentó su caudal confiscando, é hizo morir á los jenerales que habian adquirido mas fama en el reinado de Teodosio, y cuyo valor y

Digitized by Google

crédito temia. Segun la doctrina de todos los que abusan del poder y temen la opinion pública, hizo promulgar una ley tiránica con pena de muerte contra el que atacase á un ministro del emperador, ó á un oficial ó sirviente de palacio, y con nota de infamia á los que solicitasen el perdon de los culpables. Tales actos manifiestan la impotencia de la tiranía, y escitan las sediciones en lugar de impedirlas.

Trebijildo, jeneral ostrogodo, levantó en Frijia el estandarte de la rebelion. Eutropio envió contra él un cuerpo de tropas mandado por *Leo*, antes cardador de lana, llamado el *Ayaj del Oriente*. Este jefe, que debia su sobrenombre á su fuerza física mas que á su valor ni á su habilidad, fué sorprendido y derrotado. El famoso Gainas, aquel godo que habia hecho morir á Rufino, sucedió á Leo en el mando del ejército; pero en lugar de pelear con los ostrogodos, apoyó sus reclamaciones, atemorizó á Arcadio, y le obligó á entrar en negociacion.

Gainas y Trebijildo pidieron por condicion de la paz la cabeza de Eutropio: el emperador vacilaba: la emperatriz Eudosia se quejó de un ultraje que habia recibido del ministro, y Arcadio firmó su muerte. La misma corte y el mismo pueblo que lisonjearon á Eutropio mientras fué poderoso, le llenaron de injurias cuando le vieron caido, y aun quisieron despedazarle; solo san Juan Crisóstomo, que no le habia adulado mientras fué dueño del imperio, le ofreció un asilo en su desgracia, le protejió valerosamente, y con un patético discurso sobre la instabilidad de las cosas humanas, logró calmar el furor de la muchedumbre. Prometióse á Eutropio la vida, y fué desterrado á la isla de Chipre, donde infrijiendo esta promesa, le hizo matar el cónsul Aureliano.

Trebijildo y Gainas despreciaban al emperador, á quien tenian sometido á su voluntad, hasta tal punto que le obligaron á entregarles á Aureliano y á Saturnino, sin embargo de que no les hicieron mal cuando los tuvieron en su poder.

El imperio estaba, pues, gobernado por estos dos bárbaros; pero sus escesos los perdieron. Gainas, nombrado comandante jeneral del ejército, ecsijió que se diese una iglesia á los arrianos: el emperador no quiso consentir en ello. Los godos, irritados de este desaire, intentan pegar fuego al palacio imperial.

Digitized by Google

La guardia, instruida de su proyecto, los sorprende enmedio de la noche, los ataca y mata á siete mil de ellos. Gainas huye á Tracia y reune tropas para volver al Asia; pero Fravitta, otro godo que mandaba las galeras del emperador, dispersa y destruye su escuadra.

Gainas, al frente de un cuerpo numeroso de caballería, quiso volver á la vida vagabunda, en la cual durante su juventud habia adquirido tanta reputacion y fortuna; pero en sus correrías se encontró con Huldin, rey de los hunos, que le venció y le mató, y envió á Arcadio su cabeza.

Despues de estos sucesos el imbécil emperador, que habia nacido para ser gobernado, dejó las riendas del imperio en manos de la ambiciosa y vengativa Eudosia. Esta princesa persiguió al santo obispo Crisóstomo, uno de los mas elocuentes oradores de la Iglesia, y digno de veneracion por su virtud ardiente y severa, en tanto grado que depuso á trece obispos de Lidia y Frijia, y adquirió nuevos enemigos, declarando que la desonestidad y la simonía tenian corrompido todo el órden episcopal.

La indignacion que le inspiraban los desórdenes de la corte, le impelió á dar á la emperatriz el nombre de Jezabel. Arcadio, para vengar el ultraje de la majestad imperial, convocó un sínodo que condenó al destierro á San Juan Crisóstomo. Cuando iba á partir este obispo venerado, el pueblo se amotina, se arma y hace resonar sus amenazas en el mismo palacio. Asustada Eudosia se postra á los pies del emperador, confiesa su yerro, y declara que no encuentra otro remedio para los males del estado que la restitucion de Crisóstomo.

El obispo victorioso vuelve en triunfo, y para celebrarlo se hizo iluminacion en las playas europea y asiática del Bósforo. Sube á la cátedra en donde no se deberian oir sino palabras de paz; pero haciéndole olvidar el orgullo eclesiástico la humildad del evanjelio, declama con violencia contra los vicios de las mujeres, y sobre todo contra los onores casi idolátricos que se hacian á las estátuas de la emperatriz. En el ecsordio dijo: «Allí »teneis á esa vengativa Herodías. Herodías vuelve á sus »furores; Herodías vuelve á »bailar y pide por segunda vez »la cabeza de Juan.» Por merecidas que fuesen estas acusacio-

Digitized by Google

nes, y por débil que fuese entonces el poder temporal, no pudo tolerarse audácia semejante· un concilio se reunió y confirmó la sentencia del sínodo. El pueblo se oponía á su ejecucion; pero las tropas godas entraron en la ciudad la víspera de Pascua y sitiaron la iglesia, á la cual pusieron fuego, como tambien al palacio del senado, y á pesar del furor popular hubo de salir Crisóstomo de Constantinopla (404), el año antes de la invasion de Radagasio en Italia.

Crisóstomo habia pedido que se le enviase á Nicomedia; pero se le llevó al pie del monte Tauro, donde permaneció tres años, y despues á los desiertos del Ponto, cerca de un pequeño pueblo llamado Cumana, donde murió de edad de sesenta años. Este escesivo rigor produjo su efecto ordinario: olvidáronse sus faltas, y solo se acordaron de sus talentos. Treinta años despues fueron trasladadas sus cenizas á Constantinopla con el mayor honor, y Teodosio II, que salió á recibirlasá Calcedonia, se prosternó ante ellas, mas por devocion que por política, á pesar de las injurias que habia dirijido el Crisóstomo á su madre. Es verdad que Eudosia las merecia: despreciaba á su marido, y trataba con una intimidad tan indecorosa al conde Juan, su favorito, que todos le tenian por amante suyo y padre de Teodosio. Arcadio, que no la creia culpable, probó su ternura paternal dando á su hijo de una vez, contra la costumbre, los títulos de césar y de augusto.

Eudosia murió en 404 llorada de los arrianos, y los católicos miraron su muerte como un decreto del cielo que vengaba al Crisóstomo.

En los años siguientes hubo muchas calamidades, incendios de pueblos, frecuentes terremotos y nubes de langostas. Los israelitas devastaron las provincias de Oriente desde el Ponto hasta la Palestina. En fin, el vil y disoluto Arcadio murió despues de trece años de reinado, ó mas bien de servidumbre á su mujer ó á sus favoritos (408), el mismo año del sitio de Roma por Alarico, y la capitulacion de esta ciudad.

Procopio dice que este príncipe antes de morir confió en el testamento la tutela de su hijo á Isdijerdes, rey de Persia, y alaba esta medida que Zózimo condena como muy impolítica; pero es de creer que la narracion de Procopio no tiene fundamento alguno, pues de nin-

gun hecho consta que el rey de Persia hiciese reclamaciones fundadas en el mencionado testamento.

Segun las leyes antiguas la rejencia pertenecia á Honorio; pero los grandes del imperio se opusieron á ello, y confiaron el gobierno supremo, en nombre del emperador, á Artemio, prefecto de Oriente, patricio rico, y cuyo talento y probidad eran jeneralmente estimados.

Mas no conservó mucho tiempo su dignidad, y prefiriendo la tranquilidad pública á su engrandecimiento, dejó á la célebre Pulquéria, hermana de Teodosio, que se apoderase del trono sin ostáculo (414), un año antes del establecimiento de los visigodos en la Galia. Esta princesa, cuyo talento justificaba la ambicion, solo tenia dieziseis años cuando tomó osadamente las riendas del gobierno. El senado le confirió el título de augusta, y con el nombre del débil Teodosio, su hermano, gobernó el imperio con gloria cerca de cuarenta años. Parecia haber heredado las virtudes animosas del gran Teodosio. Su justicia restableció el órden, su bondad le ganó el afecto de todos, su firmeza comprimió las facciones. Bajo su administracion no hubo turbulencias, y la invasion de Atila fué la sola calamidad que aflijió entonces el imperio.

Pulquéria protejia las ciencias, y hablaba con igual facilidad el griego y el latin; y lejos de mantener á su jóven hermano en la ignorancia para gobernarlo mejor, le dió los maestros mas hábiles en todas las facultades.

Retrato de Teodosio II. — Teodosio era notable por su fisonomía, pero tenia un espíritu débil, con alma corbarde, y era incapaz de grandes cosas. Fué únicamente un devoto sin pasiones y un mal teólogo. Su palacio era una especie de monasterio en donde desde el amanecer no se hacia otra cosa que entonar salmos. Pero el rasgo principal que caracteriza á Teodosio y que prueba que era mas supersticioso que relijioso, es el siguiente. Un fraile, ofendido de que le hubiese reusado una gracia que le pedia, se atrevió á decirle al marcharse: *Te escomulgo*. El emperador temblando por este ridículo anatema, se empeñó en no comer hasta estar absuelto. Pidió á un obispo con instancia le concediese este favor; y á pesar de las observaciones del obispo, se abstuvo de

todo alimento hasta que el insolente fraile le echó la absolucion.

Siempre estaba rodeado de mujeres y eunucos, y fuera de esto solo se ocupaba en grabar, pintar ó cazar. La belleza estraordinaria de su letra le granjeó el renombre de *calígrafo*. Era tan indolente, que rara vez leia los papeles que le presentaban á la firma. Una vez, para hacerle conocer los peligros de su pereza, Pulquéria le mostró firmada por él su propia abdicacion.

Al principio del reinado de Teodosio consiguió el imperio algunas victorias. Los hunos habian entrado en la Tracia: intimóse á Huldin, su rey, que se retirase; y él juró que no pondria límite á sus conquistas sino en el Océano, donde se terminaba, segun la opinion comun, la carrera del sol. El ésito no justificó su presuncion: sus aliados le abandonaron: los jenerales del emperador le derrotaron, le obligaron á pasar el Danubio, y destruyeron casi enteramente la tribu de los scirras que componia su retaguardia.

Pulquéria, cuando trató de dar esposa á su hermano, atendió para esta union mas bien á la sabiduría que al nacimiento. Leoncio, filósofo de Atenas, tenia una hija llamada Atenais, cuya hermosura eclipsaba á la de las otras griegas, y cuyo saber y elocuencia igualaban al de los filósofos y oradores mas distinguidos. Leoncio la desheredó y transmitió todos sus bienes á dos hijos, previendo que Atenais con tantas gracias y talentos no tendria necesidad de caudal. La jóven griega no pensaba como él: despues de la muerte de su padre reclamó su parte en la herencia, y presentó su solicitud á Pulquéria.

La princesa, enamorada de sus gracias é injenio, la creyó digna del trono. Teodosio tuvo curiosidad de conocerla, vino disfrazado al aposento de su hermana, vió á la bella ateniense, ardió por ella, y la recibió por esposa. Fué bautizada, y recibió con el cetro el nombre de Eudosia. Sus hermanos, sabedores de su elevacion, y temiendo su venganza, se ocultaron en vano; porque Atenais los halló, y lejos de mostrarles el menor resentimiento, los elevó á las primeras dignidades del imperio. Conservando en la grandeza los hábitos de su juventud, fué siempre estudiosa: escribió una paráfrasis en verso del antiguo Testamento, la leyenda de san

Digitized by Google

Cipriano y un panejírico de Teodosio el Grande.

Llena de zelo por el nuevo culto, hizo una peregrinacion á Jerusalen, pronunció un discurso elocuente en presencia del senado de Antioquía, y si se ha de creer á los autores eclesiásticos, envió de Palestina las cadenas y una capa de San Pedro, el brazo derecho de San Estevan, y el verdadero retrato de la Vírjen pintado por San Lucas.—*Risum teneatis* !(1) Dos mujeres no pudieron vivir unidas en un palacio, donde es mas difícil la concordia que en una casa particular. Eudosia cobró ambicion, y quiso gobernar á su marido y al imperio. Pulquéria defendió su poder. Dividióse la corte en bandos, y la hermana triunfó de la esposa. Cayeron sospechas sobre la virtud de Eudosia, y la muerte de Paulino, comandante de los oficios, envenenado con una manzana, y el destierro de Ciro, prefecto del pretorio, ambos admitidos á la intimidad de la emperatriz, anunciaron á esta su caida.

Pidió el permiso de retirarse á Jerusalen, y el emperador se lo concedió. Persiguida por la misma enemistad y las mismas sospechas que la habian separado del trono, vió condenar á muerte á dos eclesiásticos, cuyo único crímen era su amistad.

Irritada de esta injuria, vengó sus muertes con la del conde Saturnino, causa de ellas: violencia que justificó las acusaciones que se le habian hecho. Despues de dieziseis años de destierro, murió protestando siempre contra la calumnia de que era víctima.

La guerra volvia á encenderse entre Persia y el imperio tanto tiempo enemigos. Los cristianos sufrian en la primera una persecucion violenta, á consecuencia de haber quemado Abdas, obispo del pais, un templo persiano, y no quererlo reedificar á pesar de las órdenes del rey que dejaba á los cristianos el ejercicio de su relijion. La tolerancia se acabó desde entonces. Las iglesias fueron destruidas y los verdugos se armaron contra los fieles. Un gran número de estos se refujiaron al término romano. Varranes V, hijo de Isdijerdes, los envió á pedir, y á la repulsa retuvo muchos vasallos del imperio. Pelearon, y despues de dos campañas sin re-

(1) La tradicion de esta imájen, dice Chateaubriand (*Estudios históricos*), llegó por la sucesion de los pintores hasta el pincel de Rafael.

sultados decisivos, aunque celebrados en relaciones fastuosas, concluyeron las dos potencias treguas por cien años.

La historia solo ha conservado de esta guerra un hecho mas digno de memoria que muchas acciones militares. Acacio, obispo de Amida, empleó los vasos de oro de su iglesia en rescatar siete mil cautivos persas, y los envió á su rey para mostrarle la diferencia entre una relijion sanguinaria y la doctrina de la caridad. La libertad de relijion que Abdas habia hecho perder no se restableció sino muy imperfectamente (1). Una de las condiciones de la tregua fué el repartimiento de Armenia entre persas y romanos.

MUERTE DE CONSTANCIO.—(421) Honorio se mostró siempre enemigo de Arcadio, su hermano, y de Teodosio II, su sobrino; y al mismo tiempo, por una estraña ceguedad, Constantinopla se gozaba en las calamidades de Roma. Estaba reservado á la célebre Placidia, que ya una vez habia salvado su patria, restablecer la concordia entre ambos imperios.

Despues del asesinato de Ataulfo, y el suplicio de Sijerico, su asesino, Placidia recobró su libertad, y casó con el valiente Constancio. En favor de este himeneo, Honorio concedió á este jeneral el título de augusto, creyendo con razon que el mas digno de subir al trono era aquel que lo habia sostenido. Constancio no gozó mucho tiempo de su gloria y prosperidad: murió dejando de su mujer dos hijos, Honoria y Valentiniano.

MUERTE DE HONORIO.—(423) El influjo de Placidia sobre el ánimo de su hermano se debilitó por la envidia de los eunucos y libertos: la princesa, vencida por estos intrigantes, fué desterrada, y buscó con sus hijos un asilo en Constantinopla.

Poco tiempo despues acabó Honorio su despreciable vida en Ravena, doce años y medio despues del saqueo de Roma. Sometido á los esclavos de su palacio, testigo indiferente de la ruina del imperio, pasaba sus dias en los entretenimientos mas pueriles. Cuéntase que cuando le anunciaron que Roma se habia perdido, respondió friamente: «Eso no puede ser, porque acabo de darle heno,» creyendo que le hablaban de una vaca, á la cual tenia mucho cariño. Necesario es convenir que semejantes príncipes, por desgracia

(1) V. TEODORETO.

Digitized by Google

no muy raros, hacen detestable la monarquía, y justifican los deseos de los ardientes partidarios de las repúblicas.

Esta época cuenta algunos historiadores, y tuvo tambien poetas. Estos se presentan particularmente al principio y al fin de las sociedades: vienen con las imájenes, necesitan cuadros de inocencia ó de desgracia, cantan alrededor de la cuna ó del sepulcro, y las ciudades se elevan ó se unden al sonido de su lira. Hános quedado solamente una parte de las obras de Olimpiodoro, de Frijerido, de Claudiano, de Rutilio y de Macrobio.

Honorio publicó (414) una ley por la cual cualquiera podia matar leones en Africa, cosa proibida antiguamente. «Conviene, »decia Honorio, que el interés »de nuestro pueblo sea preferi»do á nuestro placer.»

La muerte de Honorio hubiera sido un bien para el imperio, si las desgracias de su reinado hubieran podido repararse. Este príncipe, casi tirano por debilidad, mas bien que por inclinacion, cometió todas las injusticias que quiso.

A juzgar por las numerosas leyes de Arcadio y de Honorio (porque ordinariamente se publicaban en nombre de los dos emperadores), se creia que el gobierno velaba por la humanidad. Eran, si se quiere, bellos sentimientos y buenos principios, pero en el fondo no restaban mas que palabras. Muchas leyes viciosas en sí mismas aumentaban los males públicos; y las mejores quedaban sin ejecucion. Contínuamente habia que derogarlas, cambiarlas, adicionarlas; y la lejislacion, que debe ser sencilla y precisa, era un caos de tinieblas é incertidumbre.

Lijero bosquejo de los papas desde San Silvestre hasta Inocencio I.—Ya en el tomo XIII de esta obra, pájina 177 y siguientes, hemos hablado de los primeros obispos de Roma, llamados posteriormente papas, dándose á conocer sus hechos mas notables, para probar que si la relijion cristiana es santa y augusta en sus misterios, muchos de sus ministros son verdaderos fariseos que tienen en la lengua la virtud y puerco y coinquinado el corazon.

Ya hemos dicho en otro paraje, que la donacion que se supone hecha por Constantino al obispo Silvestre, de la ciudad de Roma y de la Italia, es una superchería y una impostura descarada que desmiente todo historiador, si bien pretenden apoyar en ella

su dominio temporal los ambiciosos con tiara. Constantino, cuya política era contemporizar con todas las sectas, porque así convenia á sus miras, protejió eficazmente á los cristianos que ya eran muchos en número, pero nunca se le ocurrió hacerles la donacion del imperio, y sí le vemos repartirlo entre sus hijos. No ha sido á la verdad San Silvestre uno de los muchos papas que han escandalizado la iglesia: los historiadores convienen en que fué un hombre quieto y pacífico que predicó la paz. Bajo su pontificado, como hemos visto, se obraron los cambios mas grandes. Vió los concilios de Arelate, de Roma, de Nicea, de Tiro, de Jerusalen y de Constantinopla; bautizó á Constantino, y cuando todo esto se verificó, dejó por sucesor á Márcos, que intentó estender sus audaces pretensiones durante el poco tiempo que ocupó la silla romana. Silvestre fué quien dispuso que el crisma lo consagrase únicamente el obispo: que los obispos signasen al cristiano bautizado con el santo crisma para destruir una cierta preocupacion herética; y recordó que el sacerdote, en el artículo de la muerte ungiese al cristiano con el santo óleo. Tambien dispuso que no pudiese el lego citar á un clérigo en juició; que el diácono al celebrar en la iglesia se pusiese la dalmática, y con el manípulo cubriese el brazo izquierdo; que el clérigo no llevase sus causas ante el tribunal civil, ni litigase ante jueces seculares; que el sacerdote celebrante no usase de seda, ni paño de color, sino tela blanca, *in albis*, en memoria de que el Salvador fué sepultado en un lienzo blanco; dispuso los grados en los órdenes eclesiásticos, que ninguno tuviese mas de un empleo en la iglesia, y que ningun sacerdote viudo se volviese á casar (1).

Marcos i, pontifice xxxv, *creado en 16 de enero de 336.* — Márcos camina por las huellas de Silvestre; pero es sensible que la muerte interrumpiese sus proyectos. Durante ocho meses que ocupó la silla pontificia, hizo lo suficiente para probar que el orgullo y la sed de reinar despóticamente sobre los obispos de las otras iglesias, le devoraban. De él nos ha quedado una carta que escribia á Atanasio y á los demás obispos de Ejipto, en la que se abroga el título de *obispo universal* (2), y

(1) Platina, *de vitis pontificum.*

(2) *Epist. Marci, in primo tom. Concil.*

pretende que los padres del concilio de Nicea habian ordenado que ningun obispo pudiese ser juzgado por otro tribunal que la silla romana, que sin su autoridad no se pudiese convocar ningun sínodo jeneral, mezclando las injurias y las amenazas á sus pretensiones, y por último añade que de lo contrario *irrecuperabiliter sunt damnati*, son condenados para siempre y para siempre depuestos de sus cargos; que por el concilio de Nicea le estaban reservadas todas las causas grandes, y que los obispos depuestos sin su autoridad, cualquiera que fuese la causa, serian por él mantenidos y conservados en sus sillas.

El historiador Platina dice que poco antes de morir este pontífice apareció un cometa con una cola muy larga, y que Márcos por esta causa concedió al obispo de Ostia que pudiese usar de pálio.

Julio i, papa xxxvi, 28 *de noviembre de* 336. — El emperador Constantino, muchas veces vacilante en su política, habia condenado á Atanasio, obispo de Alejandría, á Marcelo, obispo de Ancira, y á muchos otros, enviándolos desterrados, y mandado llamar á Arrio por medio de Eusebio, sectario de sus opiniones. Entretanto Constantino el jóven, llama á Atanasio; indignados sus adversarios envian una legacion á Julio, y piden un concilio jeneral para juzgarlos: Julio, por medio de una carta que escribió á los partidarios de Eusebio y de Arrio, les dice terminantemente que sus defensores han sucumbido ante los de Atanasio y en presencia suya, y resuelto la cuestion; pero por una gracia y para que no tuviesen de qué quejarse, *les concedia mas que debia*, marcándoles un sínodo. Atanasio y Julio tienen la destreza de eludir el sínodo, y mientras intrigan en Roma, el emperador Constancio reune un concilio en Antioquía, y en él depone á Atanasio y coloca en su lugar á Gregorio. Aquí principian esas guerras teolójicas en que los emperadores toman parte. Mientras que el concilio de Antioquía depone á Atanasio, otro en Roma lo restablece; míranse ya concilios contra concilios, obispos contra obispos, cristianos contra cristianos, y los escándalos, las injurias, las amenazas, las perfidias y el asesinato sentados sobre las cátedras sagradas ó sacrílegas.

Julio escribe insolentemente á los Eusebios, y estos le res-

pondiendo en el mismo tono: lleno de furor, y como aquellos hubiesen alegado que el tiempo que se les habia concedido era demasiado corto para acudir y que el camino no estaba seguro á causa de la guerra del imperio contra los persas, echó en cara á los obispos que estaban por Eusebio y Arrio que habian turbado la iglesia, que les daba un término fatal para comparecer, advirtiéndoles que se hallasen en Roma, y que si hacian lo que antes, sabria castigarles; añadiendo, segun el testimonio de Atanasio, que las cosas no se tratarian al gusto del emperador Constancio, y que sus guardias no custodiarian mas la puerta del consistorio. Véase ya aquí la guerra declarada entre el sacerdocio y el imperio, y al sacerdote que la declara con audácia. El primer paso lo da Julio I; sus sucesores continuarán.

En vano Julio y sus secuaces pretenden que el derecho de convocar los concilios pertenecia á solo el obispo de Roma. Los hechos destruyen esta pretension audaz. Cada metropolitano tenia derecho de reunir concilios particulares en sus diócesis: los hemos visto convocados por los obispos de Constantinopla, Antioquía, Jerusalen y otros, y por el de Alejandria en la causa del mismo Atanasio: el emperador tenia únicamente el derecho de reunir concilios ecuménicos.

Despues de varios acontecimientos en que Julio tomó mucha parte con sus maquinaciones, una asamblea de obispos reunidos en Sardica, ciudad de la Iliria, condenó á Arrio, á Eusebio y á todos sus partidarios; pero en cambio en otro concilio lanzaron una sentencia de escomunion contra Julio, y proscribieron todo lo que habia hecho.

Dámaso refiere que Julio fué lanzado al destierro como un botafuego.

Liberio, papa xxxvii, año 355. — Este papa fué poco firme en su fé; ya era arriano, ya sectario de Atanasio. En vano algunos falsarios han pretendido que á la muerte de Julio, los obispos arrianos orientales habiéndole escrito para favorecer sus pretensiones, los habia abiertemente desechado del seno de la iglesia: esta asercion está desmentida por la carta que escribió á los obispos de Oriente, en que dice: *separo á Atanasio de nuestra comunion, hasta no recibir sus cartas; os declaro que estoy en paz con vosotros, y recibo la confesion que se hizo en el*

Digitized by Google

concilio de Sirmio (1); es decir, renunció al concilio de Nicea. Respecto á este punto esclama San Hilario: *es una perfidia arriana: yo te anatematizo á tí, Liberio, y á tus compañeros. Anatema á tí segunda y tercera vez, á tí prevaricador Liberio!* Esto está terminante.

Reúnese un concilio en Mediolano, en que se condena á Atanasio, en presencia y con consentimiento de los legados de Liberio (2). Sozozemo refiere que los obispos de Occidente llegados á Mediolano, conocieron que aquella asamblea con el nombre de concilio, no era mas que una consulta tiránica, una conjuracion de arrianos, una faccion de malvados, una conspiracion de impíos, en fin un manifiesto de ladrones. Mientras aquellos despreciables emperadores reunen concilios, los bárbaros se disputaban el imperio, las disputas de palabras inintelijibles hacen caer á Roma y destruyen á Bizancio: trasládase el concilio de la iglesia al palacio imperial, que se convierte en una escuela de galimatías teolójico.

Liberio, ya arriano, ya católico, aparenta no entender nada: estrechado por los Anastasios, por el emperador, por los arrianos, quiere guardar el equilibrio entre las dos facciones, y acaba por ser hundido por el emperador y abandonado de entrambos partidos. Constancio lo hizo prender en Roma y conducir á Mediolano: echóle en cara haber sido la causa de las turbulencias que habian sublevado á muchas iglesias, de haberlas ultrajado, de haber atizado el odio entre él y sus hermanos, de haber hecho asesinar al mayor, y de que Constante fuese su enemigo; le reprodujo el fallo de los obispos que lo habian juzgado culpable, lo condenó como un enredador, chismoso y sacrílego zizañero, indigno de dirijir á los cristianos, y lo desterró á Tracia. Allí estuvo dos años y volvió á Roma despues de haber firmado irrevocablemente la condenacion de Atanasio. Su destierro habia escitado una sublevacion en Roma; los dos partidos vinieron á las manos; hubo asesinatos y mucha sangre derramada, segun refiere Sozozemo. San Jerónimo en dos pasajes, y sobre todo en su crónica, dice que Liberio, *vencido del fastidio, suscribió á la here-*

(1) *Epist. Liberii, ad orientales apud Hilarium.*

(2) *Sozozem., lib. 4, cap. 8, y Socrat. lib. 2, cap. 29.*

Digitized by Google

jia y entró como victorioso en Roma. ¡Cuánta distancia hay de su firmeza á la de un mártir! ¡un poco de fastidio le hace renunciar á su fé! ¡qué papa! ¡qué pastor de los fieles! San Hilario conviene tambien en esto. A la noticia de su destierro habia habido sangre derramada; á la de su entráda hubo asesinatos entre los partidos.

De nuevo fué arrojado de Roma por Valente, obispo de la comunion arriana, que habia recibido poder del emperador para lanzar de sus sillas á los qué no habian querido firmar el concilio de Rimini. Vuelve otra vez á Roma, recobra su puesto, favorece á los arrianos y muere sin que pudiese decirse de qué secta era.

De creer es, por lo que aparece segun sus terjiversaciones, que fué un ateo político, poniéndose de parte del mas poderoso, segun las circunstancias; que se engañó frecuentemente, que se burlaba de la consustancialidad y de los que no creian en ella;— pero tales Maquiavelos relijiosos y políticos han hecho la desgracia de los imperios, han cubierto á la Europa de angustias, de jemidos, de muertes, de incendios, y de cuantos azotes pueden caer sobre la pobre raza humana. Echemos una ojeada sobre el reinado de Féliz II, intercalado en el suyo, ínterin fué desterrado á Tracia, aunque muriese antes que él; pero es menester tomar los acontecimientos un año tras otro para avanzar en este caos espantoso de las calamidades públicas, de los crímenes del sacerdocio y de los males del imperio.

FELIZ II PAPA Ó ANTIPAPA.— Lanzado Liberio de Roma, el emperador Constancio y los arrianos elijieron á Féliz su diácono en lugar suyo: dos años estuvo en la silla pontificia, hasta que Liberio, accediendo á la condenacion de Atanasio, fué repuesto por el emperador deponiendo á Féliz. Este, ecsasperado por tener que abandonar el puesto, declaró antes á Constancio hereje y fulminó contra él una sentencia de escomunion. Este es el acto mas antiguo de audácia que presentó el clero contra el trono. Castigáronlo, y hay quien diga que le cortaron la cabeza; pero los autores no están acordes. Todo lo que puede deducirse es que se habia Féliz acostumbrado al poder que le daba su puesto sobre el espíritu del pueblo desgraciado, y que lo soltó con pesar. Su ecsaltacion á la silla de Liberio fué un cisma que ensangrentó á Roma y á la Ita-

Digitized by Google

lia: en Roma solamente, dice Platina, historiador afectísimo á los papas y que no puede ser acusado de parcialidad, hubo en las iglesias varias sublevaciones y motines de que morian las personas como en un campo de batalla. El citado Platina, partidario acérrimo de los pontífices, y cuya historia está escrita del modo mas favorable á ellos, añade que Féliz II está indebidamente puesto en el catálogo de los papas.

Damaso, papa XXXVIII, 1º *de octubre de* 366.—Parece que desde este tiempo la silla pontificia era como los tronos de los salteadores que asolaban el imperio romano, disputándose los pedazos. Dámaso, español, es electo obispo de Roma, y Ursicino lo es tambien, como ya en otro lugar hemos dicho. De aquí nació una guerra civil en Roma tanto mas orrorosa, cuanto que tenia por pretesto la relijion. Entretanto, y despues de varios asesinatos cometidos por los dos bandos, Dámaso fué sostenido. El pueblo ciego y desventurado, llevado y traido en sentido contrario por los ambiciosos empapados en su sangre, fué tambien castigado por los majistrados que condujeron muchos al suplicio. Oigamos cómo lo cuenta Amiano Marcelino: «Dámaso y Ursicino, orriblemente envidiosos por agarrar la silla episcopal, habian tenido el arte pérfido de dividir al pueblo, combatiendo con furor uno contra otro y llenando de cadáveres las calles de Roma; por lo cual y no pudiendo el prefecto Vivencio apaciguarlos, se vió obligado con peligro de su vida á retirarse á un arrabal. Dámaso y su partido, indignamente victorioso, marchaban sobre cadáveres. Un dia se encontraron ciento treinta y siete muertos en la iglesia de Sicino, en donde se ejecutan las ceremonias de la secta cristiana; y añade: no me sorprende que los que codician esta dignidad, hagan todos los esfuerzos para conseguirla, pues desde que la han adquirido gozan de toda impunidad, son enriquecidos con las oblaciones de las mujeres, etc. etc.» ¿Este testimonio no manifiesta suficientemente que la iglesia de Roma á mediados del siglo IV habia llegado á tal grado de corrupcion, que la crápula, el asesinato, los atentados y la impunidad que los alienta, caminaban osadamente? Dámaso fué acusado, en un concilio público, de haber vivido adúlteramente con una dama romana, por Boncor-

dio y Calisto diáconos, y sin embargo de haber sido absuelto, como era de esperar, por sus parciales, no quedó duda de la verdad del hecho. Boncordio y Calisto acusadores, fueron condenados y lanzados de la iglesia.

En aquellos tiempos de discordias y de ignorancia, el jenio del mundo entero parecia condenado al error, pues no daba un paso ácia la verdad, y toda su sagacidad la empleaban en miserables disputas que avergüenzan á la razon.

La discordia reinaba en Bizancio como en Roma, entre los desventurados cristianos, por la cátedra pontificia; Gregorio de Nazianzo y Mácsimo se la disputaban con encarnizamiento.

Dámaso ordenó se dijese el *Gloria patri et Filio et Spiritui Sancto* al fin de los salmos, y la confesion al principio de la misa. Estableció en un cánon de un sínodo tenido en Roma, que los cristianos todos pagasen los diezmos y primicias, y que los que reusasen esta oblacion serian anatematizados y condenados perpétuamente.

Siricio, papa xxxix, 29 *de diciembre de* 384. — La eleccion de este papa prueba todavia que entonces no se hacia por los cardenales, sino por el pueblo; como se ve por un edicto del emperador Valentiniano, en que dice: *Como de antigua costumbre pertenece al pueblo romano nombrar y elejir un buen prelado, quiero que esto se verifique en nuestro tiempo.*

Parece que antes de él era permitido casarse con la mujer lejítima de otro; puesto que lo proibió. Dijo que los frailes y las monjas que no guardasen su virjinidad, fuesen lanzados de sus cláustros con ignominia. Obligando Siricio á estas víctimas imprudentes del fanatismo á hacer y guardar un voto contra el cual se subleva la naturaleza, hizo un gran perjuicio político á la Europa. El fué el primero que recomendó la castidad á la jente de iglesia, privando de los onores y dignidades eclesiásticas á los transgresores de tan insensato precepto; pero muchas iglesias lo desecharon.

Púsose de acuerdo con el tirano Mácsimo para perseguir encarnizadamente á los maniqueos, haciéndolos matar á millares. El pueblo de Roma á quien debia su elevacion, vió indignado el desprecio que hacia del matrimonio, y estorbaba se hiciese el voto sacrílego y fantástico de castidad, por lo cual hubo algunas sediciones en la

Digitized by Google

ciudad. Siricio se ajitó en todas esas miserables disputas que tanto han ridiculizado á aquellos tiempos deplorables, envileciendo á los emperadores para facilitar el poder absoluto de los humildes sucesores del apóstol pescador.

Anastasio I, papa xl, *17 de marzo de 398.* — Rufino, que llegára á Roma viviendo Sicinio, habia estendido las opiniones de Oríjenes. Anastasio y Jerónimo lo persiguieron con un encarnizamiento delirante; lo ultrajaron, y levantaron contra él un somaten. Oríjenes y Rufino no tuvieron enemigo mas cruel que San Jerónimo. Anastasio, obispo de Roma, Cromacio, obispo de Aquileya; Venerio, obispo de Milan, Teófilo y Epifanio, fueron contra ellos con sus sangrientas diatribas, y San Jerónimo desplegó una bilis, y un odio tenaz en aquella guerra *sagrada*. Anastasio, dejándose conducir por Jerónimo, arroja á Rufino, lo condena á pesar de su profesion de fé, y lo separa de la comunion de sus hermanos, lo cual era una injusticia escandalosa, porque habiendo manifestado opiniones ortodocsas, debia ser juzgado por ellas y no por sus pensamientos, que gratuitamente se suponian depravados. Ya tendremos tiempo de ver reinar la tiranía de las almas sobre los pueblos embrutecidos y desgraciados. Por último el reinado de Anastasio se pasó en disputas teolójicas de los donatistas y católicos de la iglesia de Cartago, en las cuales tomó parte sin obtener resultado alguno. — Anastasio ordenó que el hombre contrahecho, estropeado, ó falto de algun miembro, no pudiese aspirar al sacerdocio.

Inocencio I, papa xli, 18 *de mayo de 402.* — Bajo su pontificado, y bajo las fantasmas de emperadores Arcadio, Honorio y Teodosio, Roma, amenazada por Alarico y los godos, levanta sus murallas, restaura las ruinas de sus puertas y torreones, débiles escudos contra el furor de los bárbaros. Durante este tiempo, Inocencio entregó la ciudad á las disputas teolójicas. Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla, es depuesto, como ya dejamos mencionado; recurre á Inocencio, y lisonjeado este de aquella apelacion á su autoridad, declara con audácia es nulo el fallo pronunciado por los obispos de Oriente y de Ejipto. ¡ Insigne arrogancia, el que un individuo pretenda tener derecho á destruir un decreto dado por asambleas que

Digitized by Google

debian ser respetadas por él! Pero no es esto todo; intimó á Teófilo, obispo de Alejandría y á otros treinta y seis de diferentes ciudades, que habian condenado á Juan, fuesen á Roma á justificarse de su fallo; y además les decia: *que estaban obligados á convenir con aquellos con quienes comunicaba la iglesia romana, y por consiguiente á aderirse al partido de Juan Crisóstomo.* A pesar de la órden de Inocencio, mandó Arcadio que se siguiese la comunion de Arsacio promovido á su silla. Este conflicto de autoridad ocasionó algunas sediciones en Constantinopla; *los frailes y las vírjenes,* dicen algunas leyendas piadosas, *presentaban sus espaldas y sus miembros heridos y maltratados con los golpes.*

Otro tanto sucedió en la causa de Porfirio, puesto en lugar de Flaviano, obispo de Antioquía. Inocencio, continuando siempre su plan osado de supremacía, ácia el cual ha tendido el obispo de Roma desde que pudo aspirar á la menor autoridad, manda á los fieles de Antioquía desprecien las invitaciones pastórales de Porfirio y se guarden de tenerle miramiento alguno. Con esta disposicion enciende la tea de la discordia civil y fanática; y sus cartas llegan hasta ecsasperar á los hermanos Arcadio y Honorio. Inocencio fulmina contra Arcadio, su mujer Eudosia y contra los obispos del sínodo que habia depuesto á Juan Crisóstomo, un decreto de escomunion, y le escribió cartas ultrajantes y amenazadoras; — acto atrevido é imprudente de un pontífice ambicioso. Inocencio poseyó las cualidades que siempre han hecho triunfar á los tiranos; la audácia, la perseverancia y la firmeza. Ya desde aquí en adelante no se verán sino las insultantes riquezas en el lugar de la pobreza primitiva, los escándalos y los crímenes en vez de las virtudes cristianas, el insaciable orgullo por la humildad apostólica, y el asesinato, el incesto y el envenenamiento sobre la cátedra pontifical.

Un filósofo que contemple atentamente la vicisitud de las cosas humanas, no puede dejar de admirarse al ver en el capitolio entronizado un poder despótico, cuya tiranía tanto influjo va á tener en el destino de las naciones.

Digitized by Google

CAPITULO X.

EN OCCIDENTE, VALENTINIANO III Y PLACIDIA SU MADRE. EN ORIENTE; TEODOSIO II Y PULQUERIA SU MADRE, MARCIANO. EN LOS DOS IMPERIOS; AECIO, JENSERICO, ATTILA Y TEODORICO.

(Año 425.)

Valentiniano III, emperador de Occidente. — Retrato y azañas de Jenserico. — Derrota de los romanos en Africa y sitio de Hipona. — Desgracia y huida de Aecio. — Toma de Cartago por Jenserico. — Historia de los siete durmientes. — Paz de Teodosio II con Attila. — Retrato de Attila. — Muerte de Teodosio y advenimiento de Pulqueria al trono. — Marciano, emperador de Oriente. — Crueldad de Jenserico. — Invasion de Attila á las Galias. — Batalla de los campos de Chalons, ó catalaunicos. — Muerte de Teodorico y derrota de Attila. — Espedicion de Attila en Italia. — Muerte de Attila. — Muerte de Aecio. — Esceso vergonzoso y muerte de Valentiniano.

VALENTINIANO III, EMPERADOR DE OCCIDENTE. — Luego qué se supo en Constantinopla la muerte de Honorio, el emperador de Oriente, ó mas bien Pulqueria, envió á Dalmacia tropas, encargadas de conducir á Italia á Placidia y á su hijo Valentiniano. Aspar, que se habia distinguido en la guerra de Persia, los escoltaba y mandaba el ejército de tierra, y su padre Ardaburio la escuadra. En el camino supieron que Juan, uno de los validos y secretarios de Honorio, se habia apoderado del trono de Occidente. Los bajeles griegos fueron destrozados por una tempestad, y Ardaburio cayó prisionero en manos del usurpador; pero lejos de abatirse por este revés, desde su calabozo sublevó las tropas italianas de la guarnicion de Aquileya. Juan, abandonado y entregado despues por ellas, le cortaron primero una mano (1) y

(1) *Philost.*, *p.* 538; *Procop.*, *de Bel. Vand.*, *lib* 1, *cap.* 3.

Digitized by Google

despues fué espuesto sobre un asno á los insultos del populacho, y degollado en la plaza pública. Este príncipe de un momento, decretó la libertad perpétua de los esclavos (1):—las grandes ideas sociales atraviesan rápidamente por la cabeza de algunos hombres, mucho tiempo antes que puedan verificarse; es el sol que intenta alumbrar por la noche. Valentiniano III, de edad de seis años, fué reconocido sin oposicion emperador de Occidente en 425.

Informado Teodosio del triunfo de sus jenerales, lo celebró con un triunfo muy diferente de las antiguas solemnidades. Marchando á pie á la cabeza del pueblo desde el hipodromo hasta la catedral, cantó los salmos, y se manifestó mas digno de la capucha que del cetro. Habría podido disputar el imperio de Occidente al hijo de Placidia, mas prefirió la paz á la guerra civil; y sea por su indolencia natural ó por los consejos pacíficos de Pulqueria, envió á Roma al patricio Helion para que saludase en su nombre por augusto á Valentiniano III en presencia del senado, y le revistiese con la púrpura. Concluyóse un tratado en que se estipuló para cuando fuese tiempo, el matrimonio del nuevo emperador con Eudosia, hija de Teodosio y de Atenais. Cedióse la Iliria al emperador de Oriente, y por este acto se consumó la division del mundo romano. Un edicto solemne declaró que en adelante las leyes de un imperio no tendrian fuerza en el otro.

Ambos imperios estaban gobernados entonces por dos mujeres; pero Placidia, mas ambiciosa que Pulqueria, entregó su hijo á los deleites para alejarle de los negocios, y conservó el poder supremo durante treinta y cinco años.

Dos hombres gozaban en aquella época de una reputacion merecida: Aecio y Bonifacio han sido llamados los últimos romanos del imperio, como á Bruto llamaron el último romano de la república: desgraciadamente no estaban como Bruto inflamados del amor de la libertad y de la patria: tan noble pasion no ecsistia en ellos. Bruto aspiraba al restablecimiento de la antigua libertad emancipada de la tiranía doméstica. ¿Qué pretendian Aecio y Bonifacio? el restablecimiento del antiguo despotismo separado del yugo estranjero. Este resultado no

(1) *Cod. Theod., tom.* III, *p.* 938.

Digitized by Google

podia tener para ellos la fuerza de una virtud pública; por lo tanto combàtian con talentos personales por intereses privados nacidos de otro órden de cosas. Mezclábase en sus acciones un sentimiento de onor militar, pero la independencia de su pais, si la hubiesen conquistado, hubiera sido solo un accidente de su gloria.

Aecio y Bonifacio mandaban sus ejércitos. Bonifacio sometió el Africa rebelada, y defendió á Marsilia (Marsella): Aecio adquirió gran fama por haber vencido á Attila. Sus grandes acciones rodearon de algun esplendor el nombre romano. A haber durado su union, habrian quizá salvado el imperio: su discordia preparó la ruina del Occidente.

Aecio, envidioso de su colèga, le hizo sospechoso á Placidia, y persuadió á esta princesa que le llamase de Africa; y al mismo tiempo con artificio infernal advirtió secretamente á Bonifacio que le esperaba el suplicio. Convenció tambien á la princesa de que la desobediencia probaria la rebelion. Bonifacio, creyéndose perdido, mancilló su gloria, fué traidor á su patria, llamó los vándalos de las provincias meridionales de España en su socorro, é hizo alianza con Gonderico, su rey, y muerto éste, con el terrible Jenserico, (ó mejor dicho Jizerico) su hermano bastardo.

Retrato y azañas de Jenserico. — Este príncipe, célebre como Alarico y Attila por la ruina del mundo, encerraba en un cuerpo pequeño y contrahecho una vasta ambicion, no contenida por ningun escrúpulo, ni saciada con ninguna presa. Disimulado, sanguinario, intrépido y enemigo del lujo, el primero de sus placeres fué la venganza. Fecundo en ardides, atrevido en sus planes, pronto en la ejecucion, sabia derramar el terror con sus armas, y la discordia con sus intrigas. Antes de emprender la conquista que meditaba, venció á los suevos en España, los persiguió hasta Emérita (Mérida) é hizo perecer en el rio Anas al ejército enemigo y á su jefe.

Dueño de la Bética, hizo su espedicion al Africa. El ejército vándalo, aunque aumentado por alanos, godos y desertores romanos, solo ascendia á cinco mil hombres; pero Jenserico aumentó sus fuerzas, aliándose con los mauritanos. Las turbulencias que produjo en Africa el cisma de los donatistas facilitaron la

Digitized by Google

conquista de Jenserico: este príncipe era arriano; y todos aquellos á quienes oprimia la iglesia ortodocsa miraron al estranjero como un libertador (1). Los vándalos asistidos de los moros estuvieron bien pronto delante de Hipona, en donde moraba San Agustin: en aquella ocasion debió sentir haberse manifestado tan intolerante con ellos.

Derrota de los romanos en Africa y sitio de Hipona.—(430) Bonifacio solo pidió socorros, y Jenserico dictaba leyes como señor. El jeneral romano se arrepintió de su delito y se reconcilió con Placidia, que habia descubierto la maldad de Aecio. El jeneral, nombrado de nuevo comandante de las tropas romanas, marcha á Cartago, se apodera de ella y propone la paz á Jenserico. El bárbaro la reusa, y los dos ejércitos se dieron una sangrienta batalla, en que fué vencido Bonifacio y perdió sus mejores tropas. Toda el Africa fué presa de la codicia vándala, y de la ferocidad de los mauritanos: aquel vasto y fértil pais, granero entonces del mundo, fué devastado, sus artes y monumentos destruidos, sus ciudades abrasadas, y sus ciudadanos entregados á la esclavitud y á los tormentos. Solo Cartago é Hipona quedaron en pie enmedio de un desierto espantoso.

Muere Bonifacio.—(432) Bonifacio, sitiado en Hipona, se animó para la defensa con los consejos vigorosos y las ecsortaciones piadosas de San Agustin. Este prelado murió llorando las desgracias de su patria. El sitio duró catorce meses, y los vándalos, vencidos por la ostinacion de los cercados, se retiraron. Aspar trajo de Constantinopla algunos bajeles con tropas. Bonifacio, viéndose de nuevo al frente de un ejército numeroso, solicita otra vez la suerte de las armas, y otra vez es vencido á pesar de ser socorrido por Aspar, jeneral de Teodosio (2). Hipona es tomada, y el Africa perdida para siempre.

El jeneral derrotado volvió á Ravena. Placidia no quiso castigar ni su delito ni sus infortunios; solo se acordó de sus servicios, y le restituyó su confianza elevándole al rango de patricio y de jeneralísimo de sus tropas. Aecio, envidioso de su favor y resuelto á derribarle, marchó de

(1) *Gibbon. Fall of the Roman Empire.*

(2) *Prosop., de Bel Vand., lib. I, cap. 3.*

Digitized by Google

la Galia para Italia con un ejército de bárbaros. Bonifacio le salió al encuentro, le acometió y derrotó; pero volvió mortalmente herido de la mano de su rival y solo vivió tres meses.

Desgracia y huida de Aecio.—Placidia, en venganza de su muerte, declaró á Aecio enemigo del estado. Este jeneral, despues de haber procurado en vano hacerse fuerte en algunos castillos de sus dominios, se escapó al ejército de los hunos á quienes debia batir en los campos catalaunicos. Así perdió Roma dos jenerales hábiles, que fueron sus últimas columnas.

Toma de Cartago por Jenserico.—(439) Cartago, aunque abandonada, no se rindió hasta despues de ocho años de resistencia. En fin, Jenserico hizo la paz, dejando á Valentiniano III la soberanía ilusoria de las tres Mauritanias. Temiendo como bastardo las pretensiones de los hijos de Gunderico, su hermano, los hizo aogar igualmente que á su madre. Despues de este crímen se apoderó de Cartago el 9 de octubre de 439, quinientos ochenta y cinco despues de la victoria de Scipion. A esta ciudad se llámaba la *Roma* Africana. Competia entonces con la de Italia en estension, magnificencia, riquezas, comercio y placeres de una antigua civilizacion. Un denso bosque, situado en el centro de la ciudad, ofrecia su fresca sombra á los habitantes para preservarlos del ardor del clima.

Los vándalos saquearon esta opulenta ciudad, y obligaron á todos los ciudadanos que dejaron vivos, á cederles sus tierras y tesoros. La Italia y el Oriente se poblaron de sus senadores fujitivos y de sus patricios, que poco antes iguales en riqueza á los reyes, se veian ya reducidos á pedir limosna.

Historia de los siete durmientes.—En este tiempo de destruccion y calamidades, algunos escritores eclesiásticos, que frecuentemente sustituian fábulas nuevas á las antiguas, contaron de este modo la historia maravillosa de los siete durmientes.

«Bajo el imperio de Decio, »decian, siete jóvenes nobles de »Efeso, cristianos y perseguidos, »se ocultaron en una caverna »para evitar la muerte: el tirano la mandó tapiar. Dios protejiendo á aquellos jóvenes mártires, los sumerjió en un profundo sueño que duró ciento »ochenta y cinco años, y que »concluyó cuando Pulquéria y »Teodosio II ocupaban el trono

»de Oriente. En esta época un »tal Adolio, propietario del te»rreno en que se encontraba la »caverna, quitó piedras de ella »para construir un edificio; un »rayo de sol penetró en el sub»terráneo y los durmientes se »despertaron, creyendo haber »dormido solamente algunas ho»ras. Jamblio, uno de ellos, se »encarga de ir á la ciudad para »buscar pan; pero no reconoce »ni el aspecto del pais ni las fac»ciones de sus habitantes, y »acercándose á Efeso ve con »tanta alegría como sorpresa »brillar la cruz sobre las cúpu»las de los templos. Entrando »en casa de un panadero, saca »para pagar muchas monedas »acuñadas con el busto de De»cio. El panadero se admira, »acuden los vecinos, reúnese »jente, y le conducen delante »del juez diciendo que aquel »hombre habia descubierto un »tesoro. La relacion parece á »todos una impostura; y entre»tanto van á buscar á sus com»pañeros. El candor y sencillez »de sus respuestas, los detalles »de la historia que cuentan, y »la concordancia de sus discur»sos persuaden á los mas incré»dulos: en fin el pueblo, los ma»jistrados, el obispo y el mismo »emperador Teodosio, conven»cidos que aquellos santos hom»bres habian estado efectiva»mente durmiendo cerca de dos »siglos, se humillan delante del »poder de Dios, prosternanse á »los pies de los siete mártires »que espiran todos juntos, des»pues de haber echado su ben»dicion á los espectadores de »este inconcebible prodijio.»

Un tal Juan de Sarugas, fué el injenio á quien las almas piadosas deben la redaccion de la importante historia de los siete durmientes, quien se ocupó de ella dos años despues de muerto Teodosio; y para que tan edificante documento se estendiese cual convenia, hubo un San Gregorio Turonense que la tradujo al latin. Los nombres de los durmientes se encuentran en los calendarios romanos, griegos y abisinios; y como los cuentos y variedades engañan y alagan en todas partes y en todas las épocas, y es artimaña de que echan mano todos los cultos, un impostor, llamado Mahoma, viendo que la fábula tenia mucho de injeniosa, la adoptó en su Corán.

Paz de Teodosio II con Attila. — (447) Lo que lejos de ser fabuloso, sino real y desgraciadamente cierto fué el poder colosal del bárbaro Attila, que se

puso en marcha á la cabeza de setecientos mil hombres, todos pastores ó cazadores. Esta tempestad orrible que sin el valor de los francos y visigodos, y la habilidad dé Aecio, hubiera sometido la Europa á un yugo mas absurdo y umillante que el que sufren hoy los pueblos africanos, duró cérca de un siglo, desde 376 hasta 463. Ninguna irrupcion de bárbaros dejó mas ruinas en los paises invadidos. Los hunos hacian consistir su gloria en destruir; y convirtiéndo en vastas soledades las provincias que conquistaban, engrandecian su nombre y su potencia. Los jemidos de los opresos eran para ellos murmuraciones sediciosas que ofendian su orgullo: solo el ruido de las cadenas que arrastraban sus cautivos y el silencio de los sepulcros satisfacian su bárbara sed de dominacion.

Cuando arrojándose sobre el ocaso desde las estremidades del Oriente, echaron ante sí á los godos y vándalos, hubo division entre ellos, y se esperó que sus discordias serian la salvacion de la tierra. Sus diversos caudillos se dieron combates sangrientos. Unos hicieron alianza con los godos, otros con los romanos; y el gran Teodosio tenia entre sus jenerales á un rey de hunos.

Mas tarde los vándalos y otras tres naciones alemanas, cuyo valor encendian las disensiones, sacudieron el yugo de aquellos conquistadores selváticos. El emperador Teodosio II fomentó secretamente esta rebelion. Rujilaos, ó sea Roas, Ruaso ó Rugula que gobernaba entonces la tribu mas numerosa de los hunos, cuya preeminencia, aunque á su pesar, reconocian las otras, amenazó el imperio de Oriente. Teodosio asustado envió embajadores para calmar á aquel guerrero feroz; pero ya habia muerto, y eran sus sucesores Attila y Bleda (ó Blódel) sus sobrinos. Estos recibieron á los embajadores en la llanura de Margo en la Mesia; y segun la antigua costumbre, de los bárbaros, celebraron á caballo las conferencias para la paz.

El emperador despues de una vil tentativa para asesinar al jeneral bárbaro, se vió obligado á suscribir á las condiciones afrentosas que se le dictaron. Se aumentó el tributo de libras de oro que debia pagar á los hunos, les concedió un puerto franco en el Danubio, y renunció solemnemente á toda alianza con los enemigos de aquella nacion.

Digitized by Google

Retrato de Attila. — Entonces fué cuando los griegos y romanos vieron por la vez primera al formidable Attila (1). Este príncipe, hijo de Munduica ó Munduzco, era feo, pequeño y robusto, tenia la cabeza grande, los ojos pequeños y hundidos, pero llenos de majestad. Su andar era arrogante, sus maneras imperiosas. Siempre estaba dispuesto á la beneficencia: trataba con bondad á los que se le sometian sin resistencia, y cuando habia perdonado una ofensa, se olvidaba de ella: la alegría reinaba en su mesa, pero él nunca dejaba su aire austero. El mismo se apellidaba con el título de *Godegisel*; *azote de Dios destinado á castigar la tierra.* Ya se habia hecho notable por su amor á la guerra, y desplegaba mas bien los talentos de un jeneral que el valor de un soldado.

Nacido para mandar, se sirvió con destreza de la ignorancia supersticiosa de sus súbditos, que le creian superior á la naturaleza humana. Un pastor, habiendo advertido que una de sus becerras estaba herida en el pie, quiso averiguar la causa de este accidente, y halló la punta de una espada que salia de la tierra. Cava el suelo, la saca, y la lleva al rey: Attila hizo creer á sus pueblos que habia encontrado la espada del dios Marte, y que esta arma divina le daba derechos incontestables al dominio del universo. La espada de Marte fué el ídolo de los hunos: presentáronle ofrendas, y le consagraron como víctimas la centésima parte de los cautivos que hacian en la guerra.

Todos los héroes del Norte, que eran terror de Europa y Asia, temblaban en presencia de Attila; y convencidos de su

(1) Algunos escritores alemanes, como Juan de Müller, en su historia de la Suiza (I, 7, nota 30), dan á Attila el nombre de Etzel, que tal vez significa *príncipe del Wolga*, porque este rio se llamó Etzel por los tártaros. Ecsiste un poema épico jermánico, conocido con el título de *Der Nibelunge Not*, escrito en 4316, estrofas de cuatro versos rimados (especie de alejandrinos), dividido en cuarenta AVENTURAS. En este poema, que debe su forma actual á uno de los primeros poetas que ecsistian á fin del siglo XII y á principios del XIII, y que está conocido con el título de *Nibelungen*, ó fin trájico de los nibelungen, se nombra Etzel á Attila, y acaso sea el único dato que tenga Müller para denominarlo tambien así. Nosotros no adoptamos el parecer de estos alemanes.

Digitized by Google

divinidad, decian: «Que les era »imposible sufrir el fuego de »sus miradas.»

Attila, que nada tuvo de comun con Rómulo sino un crímen, comenzó su reinado como el fundador de Roma, dando muerte á su hermano Bleda. Despues de domar todas las tribus de su nacion y las de Scitia, subyugó en pocos años los pueblos jermánicos, se hizo dueño de la belicosa Escandinavia, y derramó el terror en los galos y burgundiones. En fin, se le reconoció por monarca de todos los bárbaros. Los límites de su vasto imperio eran el Volga, el Danubio, el mar del Norte, el Rin y los Alpes. Era temido como guerrero y tambien como májico.

Ardarico, rey de los jépidos, y Valamiro, rey de los ostrogodos, abatiendo la corona á sus plantas, se onraban con el título de ministros suyos. Se veian colocados en fila en su palacio rústico, como guardias de su persona, y aun como domésticos, una multitud de príncipes y jefes de tribus, alistadas bajo su estandarte: segun los historiadores del tiempo, su ejército se componia, como hemos dicho, de setecientos mil hombres.

Una de sus divisiones invadió la Persia, y estendió sus devastaciones hasta la Siria. Cuando el emperador de Oriente quiso reconquistar el Africa, ocupada por los vándalos, Attila, condescendiendo á los deseos de Jenserico, amenazó con la guerra á Teodosio, y por medio de esta diversion le conservó aquel rey su conquista. No podia haber paz duradera con un pueblo que no era mas que un ejército. Los hunos dijeron que el tratado de Margo estaba roto, porque se les habia robado en el puerto franco del Danubio el tesoro de uno de sus caudillos, y ecsijieron que se les devolviese esta suma, y se les entregase el obispo de Margo. La corte de Bizancio se negó á ello, y se declaró la guerra. Los mesios, temerosos del furor de los bárbaros, pidieron vivamente á Teodosio que cediese á la tempestad; y para libertarse de la ruina que preveian, determinaron entregar ellos mismos el obispo. Este lo supo, sacrificó sus deberes y su patria á su seguridad, trató secretamente con Attila, le entregó la ciudad, y con ella la barrera del imperio por aquella parte.

Al punto los hunos, como un torrente enfurecido, se derraman por la Mesia, la talan, destruyen todas su fortalezas, que-

Digitized by Google

man á Sirmio, Neisa, Sárdica y Marcianópolis, y convierten en desiertos todos los paises que median entre el Ponto Euxino y el Adriático.

Estas calamidades no pudieron mover al débil Teodosio á salir de su palacio, á dejar sus rosarios y á suspender sus procesiones. Incapaz de pelear, dió á jenerales sin talento el mando de sus ejércitos. Estos perdieron una batalla cerca del Danubio (407 ó 408), otra en las vertientes del Hemo, y en una tercer derrota quedaron destruidas las lejiones destinadas á defender el Quersoneso de Tracia.

Attila devastó la Macedonia, quemó setenta ciudades, y llegó hasta los arrabales de Constantinopla. Las murallas de esta ciudad y las de Adrianópolis le detuvieron; porque solo sabia pelear en las llanuras, é ignoraba el arte de los sitios.

Tantos reveses tenian consternada á Europa y Asia. No eran los males ordinarios de la guerra los que entonces aflijian á los pueblos, sino la amenaza del esterminio total. Todo hombre que podia tomar las armas, era muerto por los bárbaros: los viejos y mujeres, llevados en cautiverio, y aun su debilidad no los libertaba siempre de la muerte. Cuando el número de estos cautivos incomodaba los movimientos de las tropas, eran degollados sin piedad. Esta multitud de romanos, dispersos entre los bárbaros, no podia templarles ni civilizarlos. Aquellos guerreros feroces despreciaban las ciencias, sobre todo la de las leyes. Los artesanos les enseñaron algunos oficios: los médicos fueron respetados por ellos: los sacerdotes convirtieron á muchos; pero como la mayor parte de los obispos griegos eran adictos al arrianismo, se esparció esta secta entre los conquistadores del Norte.

Teodosio II, que segun la costumbre se llamaba siempre Augusto y tomaba el título de *invencible*, no tenia tropas que oponer á sus enemigos. Demasiado cobarde para atreverse á despertar el valor de sus súbditos, no salia de su palacio sino para ir á la iglesia. Incapaz de combatir, imploró por último la clemencia de Attila é hizo un tratado vergonzoso, cediéndole un vasto territorio al mediodia del Danubio, desde Tauruno (Belgrado) hasta Nova, ciudad de Tracia, y obligándose á pagarle un tributo anual de dos mil libras de oro, y otras seis mil por los gastos de la

Digitized by Google

guerra (1). La pobreza de los pueblos y la infidelidad de los recaudadores de impuestos hicieron que el pago de esta suma fuese lento y difícil.

Enmedio del desaliento de las provincias, de los terrores de la corte y de la ignominia del imperio, Asimunte, ciudad de Tracia, dió un grande ejemplo de valor romano. Sus habitantes, no queriendo reconocer aquella paz afrentosa, salen de sus murallas, atacan á los hunos, aumentan su número con muchos desertores y esclavos, forman un ejército, dan batalla á los bárbaros, los derrotan, y los obligan á salir de su territorio. Attila se quejó: Teodosio ordenó á los asimuntinos que cumpliesen el tratado; pero ellos resistieron á la corte como al enemigo, y respondieron que nunca mirarian como ley el desonor. Attila y Teodosio cedieron á su firmeza.

Uno de los artículos de la paz obligaba al emperador á entregar al rey de los hunos todos los alemanes, godos y scitas que habian desertado de sus banderas y pasado á las tropas imperiales. Los romanos no podian resolverse á sacrificar, entregándolos á un suplicio seguro, tantos oficiales, cuyo valor habia lucido en sus lejiones. El inflecsible Attila instaba por el cumplimiento de una condicion tan dura. Teodosio le envió una embajada esperando doblegarle: trataba de ganar á Constancio, secretario de Attila, el cual en premio de su condescendencia ecsijió que se le diese en casamiento una matrona distinguida por su nacimiento y hermosura: la viuda del jeneral Armacio fué la víctima que se sacrificó entonces por las vidas de muchos guerreros.

El historiador Prisco, y Macsimino, embajadores de Teodosio, pasaron á verse con Attila. La relacion que Prisco compuso de este viaje, da á conocer circunstanciadamente las costumbres de estos feroces conquistadores. Habia pasado ya el tiempo en que los enviados romanos dictaban leyes á los monarcas, y trazaban con sus bastones el círculo de donde no debian salir sino jurando obediencia á los señores del universo. Los legados del emperador, recibidos con desdeñosa altivez, sufrieron umillaciones que vengaban á tantos reyes abatidos por el orgullo romano. Tuvieron que esperar muchos dias antes de serles per-

(1) *Jorn. Rer. Goth. cap.* 44.

mitido acercarse á la residencia del vencedor. ¡Qué espectáculo para los que acaban de salir de Constantinopla, donde casi todas las casas eran palacios embellecidos con todo el lujo de Oriente y todas las artes de Grecia!

Los embajadores de un césar llegan como suplicantes á la aldea real de Attila, cuyo palacio era una choza entre empalizadas y algunos torreoncillos. Atraviesan por entre una multitud de guardias vestidas con las ropas magníficas robadas á los griegos y romanos, y se ven obligados á umillarse delante de un hombre vestido como un tártaro, sin adorno alguno, y cuyo trono era una silla grosera.

Los enviados espusieron con dignidad el objeto de su mision, empleando aquellas frases afectadas y lenguaje pomposo, que habian consagrado las antiguas costumbres, pero que no eran convenientes á un pueblo abatido y dejenerado. Attila no respondió á sus discursos sino con amenazas. «¿Creeis, les dijo, »que pueda quedar en pie una »sola ciudad de vuestro imperio, »si se me ocurre destruirla?» Sin embargo, despues de este primer movimiento de cólera, se templó, les dió alguna esperanza, y los convidó á un gran banquete. Tambien tenia en su corte á los embajadores de Valentiniano. Unos y otros fueron colocados en la mesa en lugar preferente á algunos caciques bárbaros. Durante la comida, que fué larga, se obligó á los convidados á beber con esceso, segun la costumbre del Norte; y para variar los placeres, unos bufones entraron y representaron escenas cómicas: despues combatieron entre sí los esclavos mauritanos; y en fin, los guerreros scitas celebraron con himnos las victorias de su rey. Las mujeres de estos bárbaros, mas libres que las orientales, eran admitidas en los convites, y las esposas de Attila conversaban familiarmente con los estranjeros.

El rey de los hunos habia enviado á Constantinopla un embajador llamado Edecon. Pulquéria tenia entonces poco influjo con su hermano, gobernado algun tiempo hacia por el eunuco Crisafio su favorito. Este vil ministro, de acuerdo con Vijilio su amigo, solicitó corromper á Edecon para que tramase una conspiracion contra la vida de Attila. Edecon finjió consentir en ello, y el buen Teodosio aprobó este proyecto homicida, á pesar de su acendrada relijion. Edecon informó de todo á su

Digitized by Google

rey; y Attila, mas jeneroso que los romanos de aquella época, se desdeñó de lograr una venganza fácil, pero injusta, en los embajadores que tenia en su corte.

Entretanto Vijilio, que les habia servido de intérprete al principio é ido despues á Constantinopla, volvió al campamento de Attila, trayendo consigo trescientas libras de oro que habia prometido á los conspiradores. Attila le manda prender, le obliga á confesar, le perdona la vida, y envia una nueva embajada á Constantinopla, compuesta de Eslaw y Orestes. Cuando fueron admitidos á la audiencia del emperador, Eslaw dijo: «Hé aquí lo que mi »amo me ha encargado ponga en »tu noticia. Teodosio y Attila des»cienden uno y otro de estirpe »noble. Attila ha sostenido con »sus azañas la dignidad de sus »abuelos; Teodosio por su debi»lidad se ha mostrado indigno de »los suyos, y se ha degradado á sí »y á su pueblo, consintiendo en »pagar al vencedor un tributo »ignominioso, y así se ha hecho »voluntariamente siervo del que »le es superior por la gloria y la »fortuna. Deberia, como vasallo »fiel, obedecerle y respetarle, en »vez de conspirar como un vil »esclavo, contra su señor.»

El descendiente de Teodosio el Grande, sentado en un trono de oro, y acostumbrado á solo los acentos de la adulacion, se vió forzado á oir con tanta vergüenza como terror las palabras severas y la justa reprension que el selvático Attila le enviaba desde su silla de madera. Se enrojeció, se turbó, tembló, no pudo responder, entregó en poder de Eslaw á su eunuco Crisafio, y para desenojar al vencedor, le envió por embajadores á dos de los personajes mas distinguidos de su corte, Nommio y Anatolio, entrambos consulares, el uno tesorero jeneral y el otro comandante de sus ejércitos.

Lo que debe parecer estraño, y se esplica sin embargo por las inconsecuencias del alma humana, es que en la misma época en que el imperio decaido de su grandeza se veia indefenso y espuesto á las invasiones y ultrajes de los bárbaros, la memoria de la gloria romana, el título de cónsul, y los vestijios de tanto poder y de tantos triunfos inspiraban todavia algun respeto. La eleccion de los embajadores lisonjeó el orgullo agreste del rey de los hunos. Suavizado con este omenaje, salió á recibirlos, perdonó hasta al eunuco y al intérprete, restituyó al impe-

Digitized by Google

vio muchas ciudades, dió libertad á muchos cautivos, dejó de insistir en que se le entregáran los desertores, concluyó la paz, y recibió en rescate de la cabeza de un vil eunuco enormes tributos que oprimian el imperio y que habrian bastado para costear una guerra afortunada, en lugar de pagar con ellos un reposo sin onor ni seguridad.

Muerte de Teodosio. — (450) Poco tiempo despues de la conclusion de este tratado, cayó Teodosio del caballo, se rompió la espina dorsal, y murió á los cuarenta y tres años de reinado y cincuenta y tres de edad.

Antes de continuar la narracion de nuestra historia, y de hablar de Pulquéria, sucesora en el trono, demos una ojeada lijera sobre algunos acontecimientos del tiempo de Teodosio y sobre el código que lleva su nombre. La debilidad é incapacidad de Teodosio fomentan en Oriente encarnizadas guerras teolójicas. Nestorio, obispo de Constantinopla, enseñaba que habia dos personas en Jesucristo, como dos naturalezas; y que María no era la madre de Dios, sino la madre de Cristo. Este prelado, antes perseguidor de los herejes, se atrajo por esta sutil herejía una tempestad que le abrumó. El emperador le era favorable, aunque Pulquéria estuviese declarada contra él. El concilio jeneral de Efeso se reune para decidir la cuestion (431). San Cirilo de Alejandría lo preside. Desde la primera sesion, condenan y deponen al heresiarca. Juan de Antioquía, á quien no se habia querido aguardar, tiene un conciliábulo, en donde á su vez depone á Cirilo y al obispo de Efeso. Los ánimos se ecsasperaron mas y mas, y las acusaciones recíprocas fueron igualmente vivas y amargas. Teodosio aprobó en fin el fallo del concilio. Nestorio fué relegado, pero el nestorianismo no se destruyó. Aun subsiste en muchos paises del Oriente.

El emperador en 435 mandó quemar públicamente los libros de los nestorianos, y proibió so pena de confiscacion de todos los bienes, dar asilo á estos novadores para que tuviesen reunion alguna. Decretó la pena de muerte contra los refractarios. Mandó que los obispos y los clérigos infectados con este error, fuesen arrojados de las iglesias, y los legos anatematizados. Olvidábase que semejantes rigores habian aumentado los progresos y las violencias del arrianismo. La esperiencia probó, y hoy

Digitized by Google

conviene todo el mundo, en que con mas moderacion, se hubiera servido mejor á la Iglesia.

La devocion de Teodosio dictó una ley por la cual, los bienes de los eclesiásticos y de los monjes, muertos sin herederos, se entregaron á los monasterios y á las iglesias. Hasta entonces habian entrado en el fisco. Los frailes conservaron por mucho tiempo el usufruto y la propiedad de sus bienes.

Aunque hubo pocos hombres menos capaces que Teodosio II para sostener el papel de lejislador, ejecutó sin embargo un proyecto de lejislacion, que merece ocuparnos algunos instantes. El código que lleva su nombre ha causado solo la fama de este príncipe; monumento compuesto de los restos de la lejislacion antigua, semejantes á columnas erijidas con el bronce abandonado en un campo de batalla; monumento de vida para los bárbaros, de muerte para los romanos, y colocado en el límite de los dos mundos. Hizo componer un código en donde no se dió entrada sino á las leyes de los emperadores cristianos, edictos, mandamientos, órdenes, actas y decretos del consejo etc., y al publicarle declaró que estas leyes serian solas las autorizadas en el imperio. Valentiniano III adoptó el código para el Occidente, y las leyes que se le añadieron despues se llamaron Nuevas.

Los críticos notan grandes defectos é imperfecciones en esta recopilacion, muchas leyes truncadas, oscuras, mal arregladas, y algunas marcadas con el sello de la supersticion. Sin embargo lo hallan preferible al que le sustituyó Justiniano. Cosa singular es que el código Teodosiano subsistiese únicamente noventa años entre los orientales, y en Occidente hasta despues de la ruina del imperio. Los visigodos lo adoptaron. Desapareció en los siglos de ignorancia; sacósele de la oscuridad en el siglo XVI, y Jacobo Godefroy, jurisconsulto parisiense, lo enriqueció con un comentario de mucho mérito.

Poco tiempo despues de la publicacion de su código, derogó el emperador una ley mala de Constantino, qũe proibia á los poseedores de tierras en Asia disponer de ellas, ni aun por testamento, sino tenian una casa en Constantinopla. Demasiado se agrandan las capitales sin acudir á vias tan odiosas.

De admirar es que un príncipe tan devoto hubiese facilitado el divorcio, que Constantino

y Honorio habian hecho tan difícil. Abolió sus leyes, respecto á este punto como demasiado duras, declarando que se atuviesen á las antiguas leyes romanas y á las decisiones de los antiguos jurisconsultos.

Advenimiento de Pulquería al trono.—Necesario era para levantar el imperio decaido un carácter heróico: los grandes, el ejército, el senado y el pueblo colocaron en el trono á Pulquéria, y la proclamaron emperatriz. Esta fué la primer vez que reinó una mujer sobre los romanos.

Comenzó su reinado por un acto de venganza, que lo hubiera sido de justicia, á haber observado las formas legales. El eunuco Crisafio fué degollado á las puertas de palacio sin formacion de causa. El valor y los talentos de Pulquéria la hacian merecedora del cetro; pero el gobierno de una princesa, contrario á la costumbre, podia escitar descontento, y para evitarlo, casó con Marciano, medio hombre de espada y medio hombre de pluma, y que entonces tenia sesenta años; le dió la púrpura, y le obligó á jurar que respetaria siempre su poder y su castidad (451).

Mariana y Arcadia, hermanas de la emperatriz, habian hecho como ella voto de virjinidad, y todas tres lo habian escrito en tablas, adornadas de diamantes, que se depositaron en la iglesia de santa Sofía. Desde entonces renunciaron á la conversacion de los hombres, menos á la de los frailes; el palacio era un convento, y la corte una comunidad frailesca.

Marciano justificó la eleccion de Pulquéria por su carácter firme y prudente. Era natural de Tracia, de familia pobre: fué sirviente diezinueve años, y despues militó con los jenerales Aspar y Ardaburio: se distinguió bajo sus órdenes en Persia y en Africa. Cuando Aspar fué derrotado en Africa por los vándalos, Marciano se halló en el número de los prisioneros de Jenserico. Cuenta Procopio (*de Bel. Vand. lib. I*), que esperando su suerte se tendió en el suelo y se durmió en el patio del rey. El calor era ardiente; un aguila bajó y se posó entre el sol y el rostro de Marciano para hacerle sombra. Jenserico lo vió, maravillóse, y si hemos de dar crédito á tan miserable fábula, devolvió la libertad al prisionero prejuzgando su futura grandeza. Su mérito, que solo se encuentra en las clases inferiores cuando

Digitized by Google

las naciones decaen, le granjeó la estimacion jeneral, y su modestia le defendió contra la envidia. Ha sido alabado por San Leon el grande (1) diciendo que tenia el corazon superior al dinero y al terror. Habiendo subido al trono, reformó con sabias leyes los abusos de una tiranía que habia gravitado sobre él por mucho tiempo, y se mostró tan suave para los pueblos, como altivo para los enemigos.

Attila le pidió altaneramente el pago de los tributos estipulados por Teodosio. Marciano le respondió: «Pasó ya el tiempo »de insultar impunemente la »majestad imperial. Yo daré de »buena gana subsidios á los prín»cipes aliados que me sirvieren »con fidelidad; pero á las amena»zas responderé con valor, solda»dos y armas. »

Apolonio, enviado de embajador al rey bárbaro, le habló en el mismo tono. Attila, enfurecido, amenazó arruinar el imperio y borrar del mundo el nombre romano, y escribió en estos términos á los dos emperadores: «Attila, tu amo, te man»da que prepares tu palacio pa»ra recibirle: porque pronto »irá á él á darte sus órdenes.»

Sin embargo, como este guerrero era aun mas hábil que feroz, apenas supo las disposiciones que tomaba contra él Marciano, temiendo pelear con un príncipe belicoso, le dejó en paz, declarando que retardaba la conquista del Oriente hasta haberse apoderado de la Galia é Italia, y marchó ácia estos paises; pero la suerte les restituyó un guerrero, protejido algun tiempo por Attila, y que bien pronto tomando las armas contra él, le impidió ejecutar sus vastos designios, y puso un grande ostáculo á sus furores.

Aecio, despues de la muerte de Bonifacio, se habia retirado al pais de los hunos, y volviendo mas terrible contra Roma al frente de sesenta mil de estos bárbaros, inspiró tanto miedo á Placidia, que la obligó á recibirle y fiarle el gobierno del imperio y la tutela de Valentiniano, asegurando su reposo á fuerza de debilidad; pues la corte de Ravena se libertaba de un enemigo poderoso, y adquiria un apoyo formidable.

Aecio, tres veces cónsul y comandante jeneral de los ejércitos, fué dueño del poder supremo con el título de *duque de los romanos occidentales*. Valenti-

(1). *Leo. ep.* 89, *p.* 616. — *Id. ep.* 94, *p.* 628.

niano sólo conservó el de emperador, y gozó tranquilamente de los placeres de una corte frailesca y corrompida, mientras su jeneral sostenia el peso de los negocios y salvaba el imperio ya en la misma orilla del precipicio.

Este guerrero era scita de nacimiento. Su padre, llamado Gaudencio, habia casado con una romana. Aecio en su juventud sirvió de reen, primero en el campamento de Alarico, y luego en el de los hunos. Debió su elevacion á su fuerza, á su talento, y á su hermosura. Era admirable su habilidad en todos los ejercicios, su paciencia en los reveses, su valor en los riesgos. Se decia de él que era tan difícil *engañarlo y seducirlo, como intimidarlo.*

Feliz en los combates, y hábil en las negociaciones, obligó á los bárbaros á respetar las fronteras de Italia, protejió á los britannos contra los pueblos del Norte, restableció la autoridad de Roma en una parte de Italia y de las Galias. Venció á los helvecios y á los francos, y los obligó á combatir como auxiliares bajo los estandartes romanos.

Cuando en el tiempo de su desgracia estuvo refujiado en el reino de Attila, se hizo muy amigo de este conquistador en cuyo poder dejó á su hijo Carpilo. Al tomar despues las riendas del imperio, la flaqueza del ejército, la debilidad de la nacion y el agotamiento del tesoro, le obligaron á pagar tributo al rey de los hunos, bien á pesar de su altivez, por retardar la tempestad que amenazaba al Ocidente.

Aprovechándose con habilidad de las discordias que entre sí tenian siempre los bárbaros, ganó, aun bajo el reinado del formidable Attila, un cuerpo numeroso de hunos y alanos, saciando su codicia con los terrenos fértiles que les cedió cerca de Valencia del Ródano y de Aureliano (Orleans).

Otro peligro ecsijia además toda la atencion de su prudencia, todos los esfuerzos de su valor. La dominacion de los godos en Aquitania se afirmaba; y despues del reinado glorioso de Walía, su fundador, subió al trono Teodorico, hijo del grande Alarico, y gobernó con esplendor. No contento con sus posesiones, quiso apoderarse de la provincia romana, y sitió á Arelate. Aecio le obligó á levantar el sitio; pero los visigodos y burgundiones hicieron alianza y atacaron los primeros á Narbona, y los segun-

Digitized by Google

dos la Béljica. El jeneral romano se puso al frente de su caballería alana y scita, derrotó á los burgundiones con muerte de veinte mil de ellos, y dió á los que se escaparon del combate un territorio en la Sabaudia (Saboya). Al mismo tiempo fueron sorprendidos y atacados ocho mil godos por su lugarteniente Lictorio, y con esto quedó Narbona libre.

Despues de tan brillantes victorias volvió Aecio á Italia; pero Lictorio, con una tropa de hunos marchó temerariamente contra Tolosa: Teodorico le presentó batalla, le derrotó, puso su ejército en fuga, y le hizo prisionero. Este revés obligó á Aecio á volver á la Galia: reunió sus fuerzas, marchó contra el rey de los godos, y cuando los ejércitos se dieron vista, en lugar de pelear negociaron y concluyeron la paz.

Teodorico, con el objeto de civilizar su pueblo, envió sus hijos á estudiar la literatura á las escuelas mas célebres de la Galia, y procuró apartar á sus vasallos del hábito contínuo de la guerra, y aficionarlos á la agricultura y á las artes de la paz. Trató de asegurar su tranquilidad haciendo alianza con los reyes, cuya ambicion le daba que temer; y así casó una de sus hijas con el príncipe de los hunos, y la otra con el de los vándalos. El écsito engañó sus esperanzas, porque la mayor quedó viuda poco despues de su matrimonio, habiendo muerto su esposo Hunnerico en una conspiracion. La segunda estaba reservada á mayores infortunios. Su suegro Jenserico, rey de los vándalos, bárbaro y desconfiado, creia que todos eran capaces de cometer los mismos crímenes que él. Temido y odiado jeneralmente, temblaba de los mismos á quienes era formidable. Sospechó que su nuera solicitaba emponzoñarlo; mandó cortarle las narices y las orejas, y la envió á su padre tan orriblemente mutilada.

El rey de los godos, indignado de esta atrocidad, juró vengarse de una injuria tan cruel, y concluyó con los romanos un tratado, cuyo objeto era derribar del trono á aquel asesino, y echar á los vándalos del Africa.

Jenserico, para apartar este peligro, aunque en todas partes se le aborrecia, encontró en el feroz Attila un aliado digno de él. El rey de los hunos, sin perder tiempo, se valió del pretesto ofrecido á su ambicion, y al fren-

te de su numeroso ejército invadió la Galia, sin que al principio hubiese ostáculo que detuviese aquel torrente devastador.

La justicia es tan necesaria á los ombres, que aun es invocada por los que menos la respetan; y al comenzar la guerra mas injusta, los príncipes ambiciosos procuran con manifiestos engañar á los que oprimen, á los pueblos que esquilman, y á persuadirlos que solo se arman por sostener derechos lejítimos. El mismo bárbaro Attila creyó conveniente, al pasar el Rin, justificar su agresion, reclamando la mano y la dote de la princesa Honoria, hija de Placidia, que aunque tan feo, estaba enamorada de su gloria selvática, y diciendo que iba á colocar en el trono de los francos al hijo mayor de Clodion, desposeido por Meroveo. Habia un siglo que este pueblo ocupaba la Tocsandria, que era una parte de la Béljica, y los paises situados sobre las orillas del bajo Rin. Elejian sus reyes de una familia que despues se llamó *Merovinjia*, de Meroveo, hijo de Clodion. Algunos autores dicen que el primer rey fué Merobaudo, caudillo valiente, que sirvió, segun hemos visto, en los ejércitos romanos. Parece que el trono, ereditario en la familia, no pasaba precisamente al hijo mayor, sino al príncipe que proclamaba el pueblo por mas digno. Despues de la eleccion, lo levantaban en alto sobre un escudo: ceremonia alusiva á la necesidad de sostener con las armas el poder fundado por ellas. Los príncipes de familia merovinjiana llevaban para distinguirse largas cabelleras, por lo cual se les llamó *reyes crinitos* (cabelludos). Los demás francos se afeitaban el pelo de detrás de la cabeza, y usaban largos bigotes. Se distinguian de los otros bárbaros por su elevada estatura y la fiereza de sus ojos azules: su vestido era estrecho, su espada larga, y su escudo tan grande que les cubria todo el cuerpo. Corrian con suma rapidez: atravesaban á nado rios muy grandes: sobresalian en el manejo del hacha y disparar dardos, y habian adquirido reputacion de muy valientes por sus azañas. Se cree que la nacion de los francos era una confederacion de tribus pertenecientes á diferentes pueblos de Jermania, y que debian su nombre al amor de la libertad.

Otra confederacion, formada del mismo modo, dió á los que la componian el nombre de *ale-*

Digitized by Google

manes, probablemente para dar á entender que eran hombres descendientes de todas las naciones del Norte. El primero de los reyes cabelludos de que se citan conquistas en la Galia, fué Clodion: residia en una fortaleza llamada Dispargo. Este rey, viendo á Roma ocupada en Italia contra los bárbaros, y encontrando indefensa la segunda Béljica, se apoderó de Camaraco y Turnaco (Cambrai y Turnai), y llevó sus armas hasta las riberas del Soma. Mientras que orgulloso por sus victorias celebraba las bodas de su hijo, y todo su campo se entregaba á la embriaguez, inseparable entre los bárbaros de semejantes fiestas, fué sorprendido por la noche entre las alegrías de un banquete por el infatigable Aecio. Los francos, sumerjidos en el vino, ni tuvieron fuerzas ni tiempo para tomar las armas: los romanos derribaron las mesas, robaron el campamento, cojieron los carros, y se llevaron cautivos á la princesa y á todas las mujeres que la acompañaban en sus bodas. Clodion, obligado á uir, reparó este revés, concentrando sus fuerzas, y peleando tan valerosamente contra Aecio, que este hábil jeneral no pudo quitarle sus conquistas, entre las cuales se contaban las ciudades de Treviros y Colonia.

Cuando Clodion murió, sus dos hijos se disputaron el trono: Meroveo, el menor de ellos, fué á Roma á implorar la proteccion de Valentiniano. Aecio trató á este príncipe como si le hubiese adoptado por hijo; le prometió grandes socorros, y le envió á la Galia colmado de presentes. Al mismo tiempo solicitaba su ermano mayor la proteccion de Attila, que entró en la Galia accediendo á su demanda, y le prometió el cetro que los romanos le habian quitado.

El otro motivo de Attila para esta guerra pareceria mas novelesco que histórico, si las pasiones umanas no hiciesen muchas veces verdadero lo que es inverosímil. La princesa Honoria se habia dejado seducir por un camarero llamado Eujenio. La severa Placidia, su madre, la desterró de su presencia, y la envió á Constantinopla. Honoria, ardiente y apasionada, no pudo tolerar la vida frailesca observada en el palacio, que habian convertido en convento Pulquéria y sus hermanas. La fama de Attila encendió su ferviente fantasía: las costumbres selváticas de los hunos, y la fiereza de su rey, le parecian pre-

feribles al órden rigoroso de la corte bizantina. A despecho de sus obligaciones de mujer, princesa y romana, escribió al bárbaro, le envió su anillo, le dió su fé, y le conjuró á que la declarase esposa suya.

Al principio correspondió Attila con frialdad desdeñosa á una solicitud tan estravagante. Acostumbraba tomar y dejar las mujeres por su capricho, sin someterse á los lazos de un casto imeneo; y el palacio rústico de este guerrero feroz, semejante á los serrallos actuales del Oriente, estaba lleno de bellezas de diversos paises, tratadas mas bien como esclavas que como esposas.

Sin embargo, cuando formó el designio de invadir las Galias, inspirado por la ambicion política, no por un frívolo amor, pidió á las cortes de Ravena y Constantinopla que se le entregase á su esposa Honoria, y que se le diese en dote una parte del dominio imperial; renovando así las insolentes pretensiones que los Tanjús, sus antepasados, habian tenido en otro tiempo con respecto á las princesas de la China.

Negóse su solicitud, como él aguardaba, declarándole que la princesa habia contraido otros lazos, y que además, la costumbre romana no daba á las hembras derecho para la sucesion del imperio. La familia de Honoria la obligó á casarse con un hombre de la plebe, y la desterró á un pueblecillo de Italia, donde terminó algunos años despues su vergonzosa carrera.

Batalla de Chalons ó de los campos cataláunicos.— (454) Desde que Attila dió la señal de la guerra, acudieron á su voz todos los pueblos bárbaros de la costa del Báltico, de las orillas del Volga y las del Danubio, y se reunieron en la confluencia del Rin y del Nicer (Necker), sirviéndoles de guias los francos, que militaban con el hijo mayor de Clodion. La Galia consternada y medrosa, parecia no á un guerrero acometido, sino á una víctima que va á ser sacrificada, ó á un reo sentenciado que camina al suplicio.

Los historiadores de aquella época describen esta invasion como un incendio. Los bárbaros mataban indiferentemente á niños, mujeres y viejos. Muchas ciudades perecieron en las llamas: Mediomátrico (Metz) quedó enteramente destruida, sin que la ferocidad de los hunos dejase en ella mas que una sola

Digitized by Google

capilla. Los escritores eclesiásticos, como de costumbre, cuentan los milagros que detuvieron algunas veces la marcha de aquel pueblo destructor. Dicen que las oraciones de San Lobo, obispo de Troyes, y una chica que conducia una manada de ovejas que despues ha sido canonizada con el nombre de Santa Jenoveva, conjuraron la tempestad, salvaron á París y apartaron á Attila de esta ciudad. El rey de los hunos pasó el Icauna (Yonna), cerca de Antisioduro (Auxerre), y se acampó junto á los muros de Aureliano (Orleans), donde por la vez primera encontró puertas cerradas y almenas guarnecidas.

El rey de los alanos le habia prometido secretamente entregarle la ciudad y la guarnicion; mas su perfidia fué descubierta y burlada. San Aignan, obispo de Aureliano, alentó el valor de sus compatriotas. La guarnicion peleó ostinadamente contra los sitiadores, y dió tiempo al denodado Aecio para venir en su socorro. El jeneral romano habia hecho alianza con Teodorico, rey de los visigodos: entrambos marcharon contra los hunos con un ejército imponente, engrosado con un gran número de burgundiones, sajones y ripuarios, y principalmente con un cuerpo de francos intrépidos, mandados por Meroveo. El rey de los hunos, informado de su procsimidad, levantó el sitio, y se retiró para juntarse con las divisiones que habia dejado á sus espaldas. Los romanos, visigodos y francos le persiguieron sin dejarle respirar: en fin, los dos ejércitos se detuvieron en las llanuras cataláunicas, llamadas tambien mauricianas, ó mauricias, que segun Jornandes tenian de largo cien leguas y de ancho sesenta.

Los dos ejércitos se pusieron en batalla. Una colina que se elevaba insensiblemente, rodeaba la llanura, los hunos y sus aliados ocupaban la derecha; los romanos y los suyos, la izquierda. Allí se encontraba reunida una parte considerable del jénero umano (1), como si Dios hubiese querido pasar revista á los ministros de sus venganzas, en el momento en que acababan de llenar su mision: iba á distribuirles la conquista, y á designar á los fundadores de los nuevos reinos. Estos pueblos envia-

(1) *Sit ergo area innumerabilium populorum pars illa terrarum.* (Jornand. cap. 36.)

dos de todos los rincones de la tierra, se habian colocado bajo las dos banderas del mundo del provenir y del mundo pasado, de Attila y de Aecio. Con los romanos marchaban visigodos, leti, armoricanos, galos, bretones, sajones burgundiones, sármatas, alanos, alemanes, ripuarios y los francos mandados por Meroveo; con los hunos se encontraban otros francos y otros burgundiones los rujios, los herulos, los turinjios, los ostrogodos y los jépidos.

Attila arengó á sus soldados de este modo: «Despreciad á ese »tropel de enemigos desunidos »por costumbres y lenguaje, pe»ro asociados por el temor. Pre»cipitaos sobre los alanos y los »godos, que son los que consti»tuyen la fuerza de los romanos: »el cuerpo no se puede tener en »pie cuando se le arrancan los »huesos. Valor! Enciéndase el »furor acostumbrado. La espada »nada puede contra los valien»tes, en presencia de la órden »del destino. Esa multitud, es»pantada, no podrá mirar al ros»tro de los hunos. Si el suceso »no me engaña, ved aquí el cam»po que nos ha sido prome»tido por tantas victorias. Yo »arrojo el primer dardo al ene»migo: el que pretendiese ade»lantarse á Attila, moriria (1).»

Jornandes, historiador de los godos, dice que en toda la antigüedad no se vieron nunca pasiones mas feroces, ni mayor número de combatientes: que la batalla fué espantosa, sin misericordia y sin cuartel. La esperanza de poder, en consecuencia de la victoria, robar y destruir sin ostáculos y á su placer los paises mas ricos del mundo, redoblaba el valor y denuedo de las tropas de Attila. Las de Aecio, Teodorico y Meroveo, combatian con el furor de la desesperacion, no ignorando ninguno que habia que morir ó vencer por salvar la libertad, onor, familia y patria. Si los hunos quedaban vencedores, la Europa se sumerjia en la barbárie. Tan grandes impulsos inflamaban el valor, y no permitian pensar en combinaciones estratéjicas. En lugar de movimiento se arrojaban unos contra otros, y aquella larga batalla solo fué una espantosa confusion en que se peleaba cuerpo á cuerpo.

Muerte de Teodorico. — La masa de los hunos consiguió penetrar en el centro de sus enemi-

(2) *Primus in hostes tela conjiciam. Siquis potuerit Attila pugnante ocium ferre, sepultus est.* (Jornand. ib.)

gos y separarle de las alas. Teodorico, despues de haber hecho prodijios de valor, cae erido y muere rodeado de sus mas valientes guerreros, que le formaban muralla con sus cuerpos.

El que durante su vida, dice el historiador de los godos, no pudo contemplar semejantes cosas, se privó de un espectáculo maravilloso. Los ancianos del tiempo de la infancia de Jornandes, aun se acordaban que un riachuelo, que corria al través de estos campos heróicos, se engrosó de repente, no por las lluvias sino por la sangre derramada. Los heridos iban arrastrando á este rio á apagar su sed, y bebian la sangre con que ellos mismos lo habian engrosado (1).

Cuéntase que los arúspices consultados por Attila le habian pronosticado que perderia la batalla, pero que en ella pereceria su mas cruel enemigo. Cuando los hunos, avanzando siempre, entonaban el cántico de la victoria, Turismundo, príncipe de los visigodos, desciende de una colina con el cuerpo de reserva, desbarata á los bárbaros, anima á los aliados y muda la suerte del combate. Arrójanse todos sobre los hunos, y hacen en ellos una espantosa carniceria. Attila, como leon rujiente, hace inútiles esfuerzos para volver sus tropas á la pelea: por la primera vez el terror impide oir sus órdenes: se ponen en uida, y se refujian á su campamento, donde se atrincheran, segun su costumbre, detrás de una gran multitud de carros.

La victoria cataláunica es la última gran victoria obtenida en nombre de los antiguos dueños del mundo. Roma, que poco á poco se habia estendido hasta las estremidades del mundo conocido, volvia á entrar poco á poco en sus primeros límites; muy luego iba á perder el imperio y la vida en aquellos mismos valles de los sabinos, en donde su vida y su imperio habian principiado; y de este jigante solo debia quedar una cabeza enorme separada de un cuerpo inmenso.

Cubrian el campo de bata-

(1) *Nam si senioribus credere fast est, rivulus memorati campi humili ripa prolabens, peremptorum vulneribus sanguine multò provectus, non auctus imbribus, ut solebat, sed liquore concitatus insolito, torrens factus est cruoris augmento. Et quos illic coëgit in aridam sitim vulnus influentâ mixtâ elade traxerunt: ita constricti sorte mirabili sordebant, potantes sanguinem quem fudère sauciati.* (Jornand. cap. 40.)

lla ciento sesenta y dos mil cadáveres. Los visigodos triunfantes proclamaron rey sobre aquellos sangrientos trofeos al intrépido Turismundo. Este aconsejó á sus aliados sitiar el campamento de Attila; pero el astuto Aecio, que no temia ya á los hunos, y que creia necesario no destruir á Attila para conservar á los godos en su alianza, se opuso á este designio: se encargó de defender las Galias, y persuadió á Turismundo que volviese á Tolosa para asegurar su nuevo trono contra los rivales que se pudiesen levantar. Despues de su partida, Aecio y Meroveo, incomodando sin cesar al rey de los hunos, que hubo de retirarse por la disminucion de su ejército y la falta de víveres, le vencieron en muchos reencuentros, y le obligaron á retirarse á Turinjia. Los hunos, al atravesar el pais de los francos, cometieron crueldades orrendas, degollaron á los prisioneros y á los reenes, é hicieron despedazar por caballos no domados á doscientos jóvenes. Estas atrocidades fueron despues los motivos ó pretestos de las venganzas que el hijo de Clodoveo ejerció en Turinjia.

Espedicion de Attila en Italia.—(452) Attila, vencido, mas no desalentado, esperó vengar en Italia la derrota que habia sufrido en la Galia. Habiendo instado de nuevo y en vano á las dos cortes imperiales que le entregasen á Honoria, pasó los Alpes y sitió á Aquileya. En este cerco se sirvieron los hunos por la primera vez de las máquinas de guerra, empleando las artes de la civilizacion para destruir á los pueblos civilizados. Los romanos, atendida su dejeneracion, hubieran sido incapaces de resistirle; pero un cuerpo de godos que militaba á su sueldo, mandado por los príncipes Alarico y Antala, les infundió valor. La resistencia fué tan vigorosa como el ataque. Despues de tres meses de esfuerzos inútiles, los hunos pedian que se levantase el cerco; cuando Attila, al ver una cigüeña salir de lo alto de una torre de la ciudad, dijo á sus soldados: «Este »presagio nos anuncia una victoria pronta: aquel ave doméstica no dejaria su nido si no previese la prócsima ruina de la »casa.» Estas palabras llenaron á los bárbaros desalentados de esperanza y ardor: atacan las murallas de Aquileya, las toman por asalto, saquean y reducen á cenizas la ciudad. Attila, despues de esta victoria, no encontró romanos armados, sino esclaves

medrosos que sacrificaban su onor por salvar su vida. Patavio (Padua), Vicencia (Vicenza), Verona, Bergamo, Ticino (Pavia) y la misma Mediolano se sometieron. En esta última ciudad vió Attila un cuadro que representaba al emperador en su trono, y algunos príncipes scitas postrados ante él: mandólo quemar, y puso otro en que estaba él colocado en un trono y dos emperadores tributando sus tesoros á sus plantas.

Estas tribus bárbaras no se contentaban con el saqueo: talaban los campos, arrancaban los árboles, quemaban las cabañas. Attila, en lugar de reprimirlas, las escitaba y decia con orgullo, que *no volveria á nacer la yerba en el sitio por donde habia pasado su caballo*. Tan orrible estrago esparcia en todas partes el terror, cuando debiera inflamar los brios; pero los italianos en lugar de defender su patria, solo pensaban en abandonarla. La Galia Cisalpina y la Venecia quedaron desiertas, y sus habitantes buscaron refujio en las islas vecinas del continente. Sus murallas eran de mimbres: vivian de la pesca y no tenian mas riquezas que sus góndolas y sal que vendian por las costas. Casiodoro los compara á pájaros acuáticos que hacen su nido enmedio de las olas (1). Véase el orijen de esa opulenta, de esa misteriosa, de esa voluptuosa Venecia, cuyos palacios entran hoy en el fango de donde salieron.

Las emigraciones la robustecieron: el interés comun unió á los desterrados: la necesidad escitó su industria y los hizo comerciantes. La república que formaron se componia de doce islas, gobernadas cada una por un tribuno. Su estado naciente se consolidó bajo la proteccion de los ostrogodos, y llegó despues á un alto grado de prosperidad.

Los francos y visigodos, aliados de Aecio, á fin de echar á los hunos de la Galia, no quisieron unirse á él para defender la Italia. Aquel gran caudillo probó que el triunfo depende de la abilidad del jefe, mas que del número de los soldados, y que él era, segun las circunstancias, tan prudente como intrépido.

Poniéndose al frente de un corto número de tropas escojidas, supo contener á Attila sin comprometerse, incomodándole

(1) *Aquatilium avium more domus est.* (Variar. lib. XII, ep. 24.) Véanse tambien *Verona illustrata* de Maffei, y la Historia de Venecia por M. Daru.

Digitized by Google

sin cesar, cortándole los víveres, evitando las batallas y reduciendo la guerra á acciones de puestos. El nuevo Fabio se aprovechaba de todas las ocasiones favorables, minaba las fuerzas del enemigo, aumentaba las suyas y ganaba tiempo, que es ganarlo todo en las guerras de invasion.

Mientras que el talento de solo un hombre luchaba así contra el destino, el cobarde Valentiniano, cediendo á su terror, uia de Ravena, se retiraba á Roma, y queria abdicar un poder que perdia para él todo su valor por el peligro á que le esponia. Propuso bajamente al senado y al pueblo abandonar la Italia. No le permitieron seguir este consejo pusilánime; pero como no fué posible moverle á probar la suerte de las armas para salvarse, le persuadieron que emplease el medio de las negociaciones.

Envió, pues, por embajadores á Avieno, consular, á Trijecio, prefecto del pretorio, y al papa Leon, que mereció por su firmeza en las desgracias del sobrenombre de *grande*.

Hallaron al feroz Attila, al devastador de la Italia, acampado en el mismo terreno que habia sido heredad de Virjilio: contraste muy á propósito para mostrar de un modo cruel la diferencia de los tiempos.

Muchos motivos disponian al rey de los hunos á la paz. Aecio, con su contemporizacion, habia cansado su paciencia. Fatigado de las eridas contínuas que le hacia este diestro enemigo, tan pronto en la retirada como en el ataque, por todas partes lo encontraba, y en ninguna podia detenerlo.

Sus selváticos guerreros, enervados por la intemperancia y la crápula, ya no podian resistir al calor del clima. Una fiebre contajiosa se esparció en el ejército. Attila, aunque impío, era supersticioso; temia segun las predicciones de sus adivinos probar la suerte de Alarico, y morir como él si entraba en Roma. Los historiadores eclesiásticos de aquel tiempo, fecundos como siempre en invenciones necesarias para mantener la supersticion y aogar la razon del pueblo, dicen que la gravedad, la elocuencia de Leon y la majestad de sus hábitos pontificales le infundieron respeto, y añaden que los apóstoles Pedro y Pablo se le habian aparecido, amenazándole con las venganzas del cielo si insistia en querer destruir el imperio romano. El célebre Rafael paso

Digitized by Google

despues á este miserable cuento, el sello de la inmortalidad, por medio de un gran cuadro. Lo que sí es cierto es que los embajadores romanos fueron recibidos favorablemente, y que en pocos dias concluyeron la paz.

Attila prometió evacuar la Italia, si se le daba á Honoria con una rica dote; y declaró al mismo tiempo que si la princesa no llegaba á sus estados en un término fijado, volveria con un ejército mas numeroso á llevar la Italia á sangre y fuego, y á destruir á Roma hasta sus cimientos.

Muerte de attila. — Fiel á su palabra, volvió con prontitud á su rústico palacio, situado en las orillas del Danubio. Mientras esperaba á Honoria, insaciable de placeres como de conquistas, aumentó el número de sus mujeres, y obligó á una cautiva rica y hermosa, llamada Ildecunda, á casarse con él. Este matrimonio, formado por la fuerza, causó su ruina, y la desesperacion de una mujer libertó la tierra de un mónstruo que no habian podido destruir ejércitos formidables. El rey de los hunos para celebrar sus bodas, empleó un dia y la mayor parte de la noche en regocijos y banquetes: sumerjido en la embriaguez, se retiró con su esposa, á quien guiaba en lugar del amor, el aborrecimiento. Al dia siguiente, admirados sus guerreros de no verle, entraron en su tienda y le allaron muerto y bañado en sangre. Los bárbaros dijeron que habia muerto de una emorrajia violenta, y así lo aseguran la mayor parte de los historiadores; pero el obispo Agnelo atribuye su muerte á la venganza de Ildecunda. Hiciéronle magníficos funerales conforme á los usos practicados en la muerte de los príncipes de los Hiongnou. El cuerpo de Attila fué espuesto bajo una tienda de tela de seda que se levantó enmedio de una gran llanura. Todos los guerreros hunos con los cabellos cortados, y el rostro desfigurado con profundas incisiones, desfilaron por delante de la tienda celebrando las azañas de Attila, ensalzando la felicidad de este príncipe, que habia terminado su brillante carrera enmedio de los placeres, y que iba á reunirse á las sombras de sus antepasados despues de haber elevado su nacion á la cumbre de la gloria. Todos los hunos asistieron al banquete fúnebre que dió Ellak, hijo mayor de Attila. A la entrada de la

Digitized by Google

noche, el cuerpo del rey, encerrado en un triple ataud de oro, de plata y de hierro, fué enterrado con sus armas, sus ornamentos reales y los arreos de sus caballos: y para que estuviesen al abrigo de todo insulto, imitando lo que se habia hecho con Alarico, degollaron á los obreros que habian sondado la huesa.

El imperio de Attila, casi tan estenso como el de Alejandro, le igualó en la corta duracion, y sobrevivió poco á sus funerales. El terror habia mantenido bajo la dominacion de Attila á tantos pueblos diversos, estraños unos á otros por su lenguaje, sus ábitos y costumbres. A su muerte se sublevaron. Los hijos que habia tenido de muchas mujeres se dividieron, y los jefes de las tribus se pusieron en guerra. Ellak, su hijo mayor, sostenido por un partido considerable, fué atacado por los caudillos que querian hacerse independientes. Dióles batalla en Pannonia, y perdió la corona y la vida. Ardarico, su vencedor, gobernó una parte de sus estados con el título de rey de los jépidos: reinó en el palacio de Attila y en los paises que se estienden ácia el Ponto Euxino. Los ostrogodos formaron un reino separado desde Vindobona (Viena de Austria) hasta Sirmio. Dinjisico, otro hijo de Attila, se defendió en Tracia con algunas tribus durante quince años contra sus rivales, atacó el imperio de Oriente, y pereció en una batalla. En fin, Sessac, último hijo de Attila, se retiró á Scitia con los hunos mas adictos á la memoria de su padre; pero fueron arrojados de allí por los ávaros y otros pueblos de la Siberia, y con ellos acabó el último vestijio del azote del mundo. Los hunos, mas hábiles para destruir que para fundar imperios, volvieron á entrar en la oscuridad.

Cuando murió Attila ya no ecsistia Placidia, princesa que mereció y obtuvo una justa celebridad. Hizo cuanto podia una mujer por el bien del imperio; y ya que no le era dado con el valor, lo salvó con la prudencia. Sacrificando sus resentimientos y su amor propio ofendido, restituyó su confianza al valiente Aecio, y dió á Roma un apoyo que retardó su ruina. Fué tan recta como hábil. Todos los príncipes deberian tener presente esta bella espresion, que sirve de preámbulo á una de sus leyes: «La majestad soberana se »onra á sí misma reconociendo

»que está sometida á las leyes; »porque el poder de estas es su »cimiento. Hay mas verdadera »grandeza en obedecerlas que »en mandar sin ellas. Por el »presente edicto nos felicitamos »demostrar á nuestros súbditos »qué límites queremos dar á »nuestra autoridad.»

Perfidia de Valentiniano y muerte de Aecio.—(454). Valentiniano tenia treinta y cinco años cuando perdió á su madre. Mientras Attila le inspiró temor, parecia discípulo de Aecio mas bien que soberano: le colmó de favores, le prometió casar á Gaudencio, hijo del héroe, con Eudosia, su hija. Pero rota ya la espada de Attila y cuando creyó que habia cesado el peligro, sucedió á la gratitud la envidia, cosa muy comun en los reyes; y no pudiendo sufrir la gloria de aquel gran varon que habia salvado el imperio, resolvió asesinarlo. Aecio, indignado de esta ingratitud, tomó las armas contra él, y lo obligó por miedo á reconciliarse. Sobradamente confiado como todos los hombres valientes y leales, creyó en la sinceridad de un príncipe infame, cobarde y pérfido, y fué sin guardias á palacio para instar al emperador que cumpliese lo prometido en cuanto á la union de Gaudencio y Eudosia.

Valentiniano, violando todos los derechos de la gratitud, de la umanidad y de la justicia, le llenó de injurias apenas le vió, tiró de la espada, y la undió en el seno del héroe á quien debia la corona. Hasta entonces el emperador no era mas que despreciable: desde esta accion comenzó á ser odioso. En vano procuró justificarla, declarando que Aecio aspiraba al poder supremo. Un senador le respondió: «Has obrado como el insensato »que cortase su mano derecha »con la izquierda.» Este príncipe era creido tan indigno del trono, que el senado, saliendo repentinamente de su larga servidumbre, pensó en recobrar la antigua independencia.

Entretanto Valentiniano, siguiendo las pisadas de Heliogábalo y Calígula, no conocia otras fruiciones del poder supremo que la violacion de las leyes y el desprecio de todas sus obligaciones. Entregándose desenfrenadamente á la liviandad mas escandalosa, desdeñaba á su mujer, y ultrajaba el pudor de las matronas romanas mas esclarecidas. Enamoróse perdidamente de la esposa de Petronio Mácsimo, senador; y como no pudiese seducirla, se valió del ar-

tificio y la violencia para satisfacer sus culpables deseos. Habiendo invitado á Petronio á que jugase con él, logró ganarle todo su dinero y hasta el anillo. Apenas le tuvo en sus manos, lo envió con un liberto á la muger de Petronio, con órden de decirle que su marido, por señas de aquella sortija, la mandaba venir á Palacio. La matrona fué sin desconfianza, la encerraron, y Valentiniano, que nada respetaba, la hizo víctima de su lubricidad, y la envió despues á su casa llena de dolor, de vergüenza y de deseos de venganza, los cuales inspiró á su esposo.

Entre los guardias del emperador habia muchos que lamentaban la pérdida de Aecio, y buscaban la ocasion de castigar á su asesino. Mácsimo Petronio los animó con presentes y promesas, y formaron una conspiracion, cuyo secreto guardaron fielmente. Un dia rodearon al emperador cuando asistia en el campo de Marte á los ejercicios militares, se arrojaron sobre él, le dieron de puñaladas, é hicieron lo mismo con su infame valido el eunuco Heraclio. La vida vergonzosa y muerte trájica de este infame príncipe, la incertidumbre del senado, la depravacion del pueblo y la audácia de los bárbaros, que renació desde que Aecio habia faltado, presajiaban á Roma su prócsima ruina y el cumplimiento del pronóstico que los adivinos hicieron á Rómulo cuando vió los doce buitres, anuncio, decian, de los doce siglos que habia de durar la ciudad. Los romanos aflijidos se acordaban con terror de este oráculo: presajio mas seguro fué la pérdida completa de su valor y de sus virtudes. Huian temblando de su patria, se encerraban como imbéciles en los monasterios, ó buscaban vergonzosamente su salvacion en los campamentos de los bárbaros.

La Galia estaba repartida entre los godos, los francos y los burgundiones. Los patricios, cuya opulencia no era ya alimentada por las provincias, no podian como antes protejer á sus clientes ni dar alimentos al pueblo. El Africa se habia perdido para siempre: los vándalos, enriquecidos con el botin de España y de Sicilia, fundaban una nueva Cartago sobre las ruinas de la antigua, la cual no tardó en marchitar los laureles y saquear la patria de los Scipiones. Tal era la situacion deplorable del imperio de Occidente cuando murió Valentiniano.

Digitized by Google

CAPITULO XI.

EN OCCIDENTE: MACSIMO, AVITO, MAYORIANO, LIBIO SEVERO, ANTEMIO, OLIBRIO, GLICERIO, JULIO NEPOTE Y AUGUSTULO.—JENERALES BARBAROS: JENSERICO, RICIMERO Y ODOACRO. EN ORIENTE: MARCIANO, LEON, ZENON, *emperadores*.

(Año 455.)

Mácsimo, emperador.—Los vándalos saquean á Roma.—Avito, emperador.—Azañas de Ricimero: muerte de Avito.—Mayoriano, emperador.—Guerra con los visigodos y sitio de Lugduno.—Muerte de Mayoriano.—Libio Severo, emperador.—Antemio, emperador.—Olibrio, emperador.—Muerte de Ricimero.—Revolucion de Orestes.—Muerte de Nepote.—Augustulo, último emperador de Occidente.—Conquista de la Italia por Odoacro, y ruina del imperio de Occidente.—Ultimo decreto del senado.—Muerte de Augustulo.—Conclusion.

PETRONIO MACSIMO, varon consular, fué elejido para suceder á Valentiniano: su opulencia, su carácter, su amor á la filosofía, le adquirieron todos los votos. Antes de ascender al poder supremo que deseaba, pareció digno de él; pero apenas lo poseyó, solo conoció su gravámen. Espantado de los peligros que le amenazaban, dijo suspirando á su amigo Fuljencio: «¡Cuánto envidio la suerte de Damócles el siracusano, cuyo reinado empezó y acabó en un solo banquete! (1)»

La mujer de Petronio, nueva Lucrecia, no pudo sobrevivir á su desonor. Mácsimo, cuya venganza no se habia estinguido con la muerte del violador, obligó á la emperatriz Eudosia, viuda de Valentiniano á casarse con él.

(1) *Felicem te Damocles, qui non uno longius prandio regni necessitatem toleravisti.* (Sid. App., ep. 13, lib. 11.)

Celebradas las bodas, el emperador tuvo la imprudencia de confesar á su nueva esposa que él fué quien dirijió contra su difunto marido el puñal de sus asesinos. Indignada la emperatriz de verse en los brazos del matador de Valentiniano, escribió secretamente á Jenserico (1) rey de los vándalos, le suplicó acudiese á vengarla, y le aseguró que por el desórden que reinaba en el imperio no debia temer cualquier ostáculo que se le presentase. De repente se supo que Jenserico con una escuadra numerosa se habia presentado en la embocadura del Tiber.

La procsimidad de un enemigo escitaba en otro tiempo el furor en Roma; entonces solo causó grande terror.

Mácsimo, lejos de despertar el valor, propuso cobardemente al senado uyese con él. Enterado el pueblo de que se le queria abandonar, se irrita y amotina. Mácsimo se presenta á él para aquietarlo; pero un soldado le hiere y la multitud furiosa destroza su cadáver y lo arrastra por las calles.

Tres dias despues se presentaron á las puertas de Roma Jenserico y los africanos. El papa Leon, único hombre que entonces manifestaba alguna firmeza, fué al campamento del rey de los vándalos, y obtuvo de él que Roma seria preservada del incendio, del saqueo, y que los ciudadanos desarmados no moririan.

Los africanos no respetaron la palabra de su rey, trataron á la ciudad como si la hubiesen tomado por asalto. La nueva Cartago vengó á la antigua, y durante catorce dias y catorce noches, la ciudad eterna entregada al saqueo, vió sus monumentos destruidos, sus casas entregadas á las llamas, degollados sus ciudadanos, y tuvo que sufrir todos los ultrajes de que es capaz el furor cuando se cree justificado por la umillacion de mucho siglos.

Los bárbaros volvieron á embarcarse: la flota de Jenserico condujo á Cartago las riquezas de Roma, como la de Scipion habia llevado á Roma las riquezas de Cartago. El cantor de Dido parecia haber predicho á Jenserico en Annibal. Entre el botin se hallaron los ornamentos robados al templo de Jerusalen: qué mezcla de ruinas y recuerdos! Todos los bajeles llegaron felizmente, escepto el que

(1) *Procop. de Bell. Vand.* , p. 188.

conducia las estátuas de los dioses (1).

Eudosia que habia atraido el rayo sobre Roma, no fué perdonada. Mirada con horror por los romanos y tratada con desprecio por los vencedores, la castigaron por su traicion, la quitaron sus riquezas y la condujeron cautiva.

Estas nuevas calamidades no causaron admiracion: Alarico habia muerto á Roma; Jenserico no hizo mas que despojar el cadáver.

Los senadores, los patricios, separados de sus mujeres, cayeron en los hierros de los bárbaros, y solo dieron libertad á aquellos que encontraron en sus vastos dominios el medio de pagar su rescate.

Desde que el valiente Aecio cesó de sostener á Roma con su vigor y actividad, los francos se estendieron hasta las orillas del Sena.

Los godos invadieron el centro de la Galia. Los sajones infestaron las costas; ya no quedaba á los romanos en aquella provincia sino los territorios llamados hoy la Provenza, el Leonesado, Auvernia y Berri.

Avito, galo, natural del pais de los alvernos, y nombrado por Máximo comandante de los ejércitos, defendió algun tiempo con valor aquellos miserables restos de la grandeza romana. Teodorico II, rey de los visigodos, hermano, asesino y sucesor de Turismundo, hizo alianza con él, persuadió á las lejiones que le nombráran emperador, é influyó para que Marciano, emperador de Oriente, confirmase la eleccion.

Jenserico, despues de saquear á Roma, se desdeñó de reinar en ella, y se volvió al Africa cargado de botin. Las sombras del senado y pueblo romano, se sometieron murmurando al nuevo emperador que Teodorico acababa de darles, y esta eleccion les pareció una nueva injuria; pues solo se libertaban del yugo de un vándalo para caer bajo el de un galo.

El rey de los visigodos sostuvo á su aliado: venció á los suevos que aspiraban al dominio de España, y los destruyó casi enteramente cerca de Astúrica (Astorga); Avito, fuerte con su apoyo, despues de pacificada la Galia, marchó á Roma. El célebre poeta Sidonio Apolinar, su

(1) *Navibus Gizerici unam quae simulachra vehebantur periisse ferunt* (*Procop. de Bell. Vand. lib. II, p. 189*).

yerno, pronunció en seiscientos versos su panejírico. El poder de los emperadores habia caído, mas no la costumbre de adular; y aquellos ídolos, casi derribados, recibian todavía inciensos.

Azañas de Ricimero; muerte de Avito.—Avito disipó muy pronto por su conducta la esperanza que habian inspirado sus primeras acciones. Se entregó á los deleites, y fué por sus escesos tan despreciable como Valentiniano. Un guerrero valiente, llamado Ricimero, mandaba entonces los godos ausiliares, única fuerza verdadera de los romanos en Italia. Este jeneral atacó y venció á los vándalos que proyectaban desembarcar otra vez en Italia, y se hizo por la estimacion pública dueño del imperio. En aquel tiempo de miseria y debilidad, todos los ciudadanos se reunieron al único hombre que mostraba entonces alguna fuerza. Ricimero, conociendo cuán despreciado era Avito, marchó contra él, le venció en una batalla cerca de Plasencia, le hizo prisionero, le depuso y le dejó la vida; mas porque no pudiese volver á empuñar el cetro, le obligó á recibir las órdenes sacras, y á aceptar el obispado de Plasencia. De allí á poco supo Avito que el senado queria condenarlo á muerte; huyó hácia la Galia transalpina y murió en el camino.

Describiendo el triste cuadro de la decadencia del imperio, llegamos al momento en que solo se ven en su historia algunos bárbaros ilustres, pero ningun romano. Los cónsules carecen de autoridad: los emperadores no son mas que fantasmas: el senado es solo un monumento destruido; y *el pueblo rey* está tan envilecido, que los conquistadores que lo postran, se desdeñan de gobernarlo.

Mayoriano, emperador. — (457) Ricimero, suevo de nacion, yerno del famoso Walia, mandó al senado que elijiese por emperador á Mayoriano, antiguo compañero de Aecio. Esta eleccion fué tal como debia esperarse de un guerrero tan respetado. Era Mayoriano uno de aquellos hombres que el cielo envia muchas veces á la tierra en la bastardía de las razas: estranjeros al mundo á que vienen, no se detienen en él sino el tiempo necesario para impedir la prescricion contra la virtud.

El célebre Aecio habia premiado su mérito y sus brillantes azañas, adelantándole rápidamente en los grados. Revestido de la púrpura, correspondió por

Digitized by Google

su justicia y valor á la esperanza jeneral. Procopio, y aun Sidonio Apolinar, hacen su elojio en estas pocas palabras: «Fué querido de los romanos y temido de sus enemigos.» Escribió en estos términos al senado:

«No deseaba una elevacion rodeada de tantos peligros; pero pues el trono es un puesto tan arriesgado, el rehusarlo sería una cobardía indigna de un romano. Lejos de olvidar en el poder supremo que he sido vuestro colega, miraré siempre como un honor ser individuo del senado. Os exhorto á ausiliarme en la noble empresa de restituir al pueblo romano su gloria y prosperidad; y para lograrla, debemos empezar reformando las costumbres, volviendo á la justicia su antiguo vigor, y obrando de suerte que la virtud, tanto tiempo ha oprimida, no solo deje de ser sospechosa, sino sea por el contrario el único medio de obtener mi favor y las dignidades del estado.»

Todos sus actos probaron la bondad de su carácter: disminuyó los impuestos, reprimió el lujo, llenó el tesoro á fuerza de economía, reparó los edificios públicos, y promulgó edictos severos para impedir su degradacion. No debe creerse que el furor de los bárbaros destruyó todos los monumentos de Roma: los mismos romanos, pobres ya é indiferentes á su gloria pasada, demolian aquellos magníficos edificios para construir sus casas á menos costa. La ciudad se habia perdido á sí misma por su depravacion, y perecia materialmente por sus propias manos. Era una serpiente que se devoraba ella misma las entrañas.

Mayoriano, lejos de imitar la indolencia de sus predecesores, hizo corta mansion en el palacio de Ravena. Se vió, en fin, un emperador en los campamentos, y con él la disciplina y el valor. Al frente de su ejército atacó cerca del Liris las tropas del rey de los vándales, las venció y mató al cuñado de Jenserico. Despues de esta victoria queria pasar al Africa; pero ningun romano se atrevió á seguir á este nuevo Scipion. Solo los bárbaros permanecieron bajo sus banderas.

GUERRA CON LOS VISIGODOS Y SITIO DE LUGDUNO. —(459) Entretanto una nueva guerra ejercitó su actividad. Teodorico, rey de los visigodos, queria vengar

á Avito su protejido. Marchó contra los rebeldes que habia en la Galia, y á pesar del valor de Ejidio, lugarteniente de Mayoriano, que le rechazó muchas veces, puso sitio á Lugduno. El emperador atravesó los Alpes, y despues de algunas victorias, en las cuales conocieron los godos que aun no habia muerto Roma, hizo pazes con Teodorico, y volvió á Italia.

Una voluntad firme halla recursos cuando la debilidad los cree todos agotados. Mayoriano encontró medios, y en poco tiempo construyó gran número de buques, y reunió un ejército poderoso. Su escuadra estaba en el puerto de Cartago-nova (Cartajena), á donde llevó sus tropas resuelto á desembarcar en Africa. Jenserico, atemorizado de estas disposiciones, trató pláticas de paz; pero los escesos cometidos en Roma por los vándalos no permitian á Mayoriano darle oidos; y así afectó el lenguaje de los cónsules antiguos, y se negó á todo convenio. El rey de los vándalos, no pudiendo conjurar la tempestad con negociaciones, y temiendo la suerte de las armas en una lid contra un guerrero tan hábil, y hasta entonces tan dichoso, empleó el artificio para vencerle. Unos traidores que prendieron fuego á la escuadra romana, y destruyeron en una noche el trabajo de tres años. Despues de este triunfo, debido á la perfidia, renovó sus ofertas de paz, y Mayoriano se vió en la necesidad de aceptarlas.

MUERTE DE MAYORIANO.—Al volver á Italia, halló otros peligros que ningun valor podia evitar. Todos los hombres corrompidos aborrecian la severidad de un príncipe que deseaba reformar las costumbres. Los soldados, acostumbrados á la licencia, sufrian impacientemente el yugo de la disciplina, y aun se dice que el mismo Ricimero veia con disgusto, que en lugar de dar á los romanos por príncipe uno de sus lugartenientes, les habia dado un verdadero emperador que sabia ser agradecido, sin ser esclavo. Cuando Mayoriano volvió á su campamento de Tortona, todos estos descontentos escitaron una sedicion, en medio de la cual fué asesinado; aunque se corrió que habia muerto de disenteria. Los hombres virtuosos le lloraron y le erijieron un túmulo, cuya sencillez contrastaba con la magnificencia de los monumentos que la adulacion y la servidumbre habian erijido á

Digitized by Google

tantos tiranos despreciables.

Estos y otros han sido estragos del tiempo; pero los anales de la historia, monumentos mas durables, conservarán con honor el nombre del último príncipe que llevó con gloria la corona de emperador y la espada de general romano.

LIBIO SEVERO, EMPERADOR.— (461). Libio Severo fué proclamado augusto de órden de Ricimero, que reinó por él; pero su protector, condecorándole con la diadema, no pudo sacarle de la oscuridad.

Los Alpes eran los límites del imperio, aunque Marcelino defendia la Dalmacia con el fin de hacerse independiente en ella; y en la Galia el valeroso Ejidio, apaciguado una sedicion en Armórica, sostenia aun el nombre romano. Amigo del último emperador, se declaró mortalmente contra sus homicidas. Los francos, que miraban siempre el valor como el mas noble de los títulos y la primera de las virtudes, depusieron á su príncipe, y ofrecieron la corona á este héroe que los habia vencido muchas veces. Ejidio aceptó; pero cansado en bréve de gobernar á un pueblo impetuoso y móvil, devolvió el cetro á la familia de Meroveo, y murió poco despues; sospechóse que de veneno, enviado por Ricimero.

Los vándalos, libres del temor que Mayoriano les habia inspirado, talaban las costas de la Italia, y amenazaban á Roma de una nueva invasion. Jenserico, habiendo obligado á la emperatriz Eudoxia, su prisionera, á dar la mano á su hijo Hunerico, siguiendo el ejemplo de Atila, ecsijió que el pueblo romano le cediese un vasto territorio como dote de aquella princesa. Ricimero, reducido á solas las fuerzas de Italia, no podia resistir á un enemigo tan formidable sin el socorro del emperador de Oriente, y para lograr este apoyo, era preciso ceder á la corte de Constantinopla el vano honor de nombrar un emperador de Occidente.

Marciano habia muerto (457), como tambien Pulquéria. Aspar, el mas poderoso de los dignatarios del imperio, hubiera reunido todos los votos para sucederle, á no ser arriano. Pero previendo que este obstáculo no le permitiria reinar tranquilamente, hizo que el senado elijiese á Leon, con la esperanza de conservar el poder, no dejando á su hechura mas que el título.

Leon, llamado el *carnicero*, ó mas bien Leon de Tracia, obró muy de otra manera. Desde que se vió en el trono, ganó á su partido un cuerpo de isauros, compatriotas suyos, sacudió el de su protector, y adquirió por esta feliz osadía el sobrenombre de *grande*. Este título verdaderamente lo debió mas bien al reconocimiento del clero católico, cuyo poder constantemente favorecia, que á sus acciones, que fueron de poco esplendor. En su reinado los sacerdotes tuvieron sumo crédito, y los frailes eran los grandes personajes de importancia. El hábito eclesiástico fué vergonzosamente preferido al militar y al del palacio, y aun llegó á verse, contra la costumbre y la razon, á muchas ilustres personas, y entre otras á los grandes chambelanes, tomar el burdo sayal sin abandonar sus empleos.

Antemio, emperador.—(468) Leon respondió favorablemente á los deseos del senado y pueblo romano que le pidieron un emperador; dió la púrpura á Antemio, yerno de Marciano, y prometió unir sus fuerzas á las de Ricimero, para arrojar del Africa á los vándalos.

Antemio fué á Roma: el senado, el pueblo y los bárbaros, que eran los verdaderos señores del imperio, confirmaron su eleccion.

Casó su hija con Ricimero. Sidonio Apolinar, cuya musa estaba acostumbrada á alabar sucesivamente á todos los césares que parecian y desaparecian con tanta prontitud en el trono, logró al principio la prefectura de Roma, y la dejó despues por el obispado de Claremoncio (Clermont), en el pais de los arvernos (Avernia).

Antemio era piadoso, pero tolerante, y usó de indulgencia con el corto número de paganos que aun quedaban, indulgencia que le mereció el elojio de la historia, y el odio del papa Liberio.

Los dos emperadores hicieron prodijiosos esfuerzos para asegurar el buen écsito de la guerra de Africa. La ambicion de Jenserico habia probado que era necesario por la segunda vez que Roma ó Cartago fenecíese.

Marcelino venció á los vándalos y los echó de Sardinia (Cerdeña). Heraclio derrotó las tropas de Jenserico junto á Trípolis; y Basilisco, habiendo llegado á las costas de Africa con la escuadra del emperador de Oriente, compuesta de mil doscientos buques, los dos ejércitos

Digitized by Google

romanos se reunieron, dieron batalla á los bárbaros y los pusieron en uida.

Si estos jenerales hubieran sabido aprovecharse de su victoria, Cartago, ya consternada, hubiera caido en sus manos; mas perdieron tiempo, y concedieron á Jenserico una tregua de cinco dias. Este príncipe astuto, que sabia servirse del oro tanto como del hierro, compró traidores que le entregaron la escuadra: la ataca, la sorprende y la incendia. Basilisco huye: Heraclio y Marcelino se retiran: Jenserico recobra el imperio de los mares, se apodera de Sicilia, y derrama en Italia el mismo terror que el armamento de los dos emperadores habia causado en Africa. Enmedio de estos reveses Antemio se mostró valeroso: «Soy, decia, el único romano que no teme por sí, sino por el bien del estado, que es la sola especie de temor permitida á un príncipe.»

Una de las mayores y mas comunes desgracias que siguieron á la calamidad, fué la division entre los jefes, dispuestos á romper la union cuando es mas necesaria. Antemio y Ricimero se enemistaron desde que tuvieron la fortuna contraria. El jeneral, cansado de obedecer, levantó en Mediolano el estandarte de la rebelion, se declaró independiente, engañó al príncipe con una reconciliacion finjida, reunió todas sus fuerzas, y marchó contra Roma.

Antemio, digno de reinar, pues supo pelear y morir, se defendió tres meses al frente del pueblo, cuyo valor apenas podia animar con su ejemplo. Ricimero, que mandaba hombres mas aguerridos, venció al fin las murallas de la capital, hizo matar á su suegro, y entregó la ciudad al pillaje.

Olibrio, emperador. — (472) Ricimero colocó en el trono á Olibrio, de la familia Anicia, y marido de Placidia, última hija de Valentiniano. Este fantasma imperial, cuyo nombre ha sido un título de desprecio, no apareció mas que siete meses sobre el trono.

Roma quedó muy pronto libre de Ricimero: poco tiempo despues de su victoria y de su crímen, falleció dejando el renombre de gran capitan y de estadista pérfido. Dió y recobró cuatro veces el imperio de Occidente, que defendió con valor y gobernó con tiranía.

Glicerio, emperador: Julio Nepote, emperador. — (473) Al mismo tiempo Verina, empera-

Digitized by Google

trio de Oriente, persuadió á su esposo Leon que diese el imperio de Occidente al Julio Népote, sobrino suyo y gobernador de Dalmacia. Népote tuvo que vencer á un competidor llamado Glicerio, nombrado por Gondivar ó Gondibaldo, rey de los burgondiones, porque en aquella época todos disponian del imperio de Roma, escepto los romanos. Hizo rapar á Glicerio y lo mandó ordenar, haciéndole despues obispo de Salona (1). Népote venció, y fué proclamado en Italia y en las ciudades de la Galia que aun reconocian la sombra de la dominacion romana. Su reinado fué corto, y se lamentaron que no hubiese durado mas tiempo, porque era príncipe justo y valeroso.

Para tener un apoyo contra los bárbaros, Népote cedió la Auvernia á Eurico, rey de los visigodos. Su residencia ordinaria era Ravena. El patricio Orestes, que mandaba en Roma las tropas ausiliares, se sublevó contra el emperador, y llevó sus tropas hasta las puertas de aquella ciudad. Népote atacado por los que debian defenderle, huyó á Dalmacia, llevando un título que él solo reconocia: encontró en Salona á su rival imperial, á quien habia hecho obispo (2). Népote no evitó la pena de una puñalada, y fué asesinado cuatro años despues por el obispo mencionado, obteniendo en premio de este crímen la silla episcopal de Mediolano.

AUGUSTULO, ÚLTIMO EMPERADOR DE OCCIDENTE. — (475). Orestes habia sido secretario de Attila, y su embajador en Constantinopla, y llegó al grado de jeneral por el influjo del mismo Népote, á quien privó del trono. No queriendo ceñir la corona, que le ofrecian sus soldados, la puso en las sienes de su hijo Rómulo Augusto, denominado Augústulo (3). Los bárbaros, que favorecieron su rebelion, ecsijieron en recompensa la tercera parte de las tierras de Italia. Orestes creyó que podia hablar como dueño: no quiso acceder á su demanda, y probó cuánto es de dependencia

(1) *Phot. cap. 36; Onuph.; Jorn. de Reg. success.* p. 534.

(2) *Quo comperto, Neppos fugit in Dalmatia, ubique defecit privatus regno, ubi jam Glycerius, dudum imperator, episcopatum salonitanum habebat* (Vales. Re. Franc. p. 227 et id in not. Amm. Marcel.)

(3) *Augustulo à patre Oreste in Ravenna imperatore ordinato.* (Jornand. cap. 45.)

que tiene un criminal de sus cómplices. Habia hecho traicion á su bienechor y su jefe, y á su vez invocó en vano la fidelidad de los mismos á quienes su ejemplo habia desmoralizado.

Otro secretario de Attila, huno de nacimiento, llamado Odoacro, hijo de Edecon, antiguo colége de Orestes en su mision á Constantinopla sublevó contra Orestes todos los bárbaros que habia en Italia. Les demostró fácilmente que á ellos pertenecian las tierras conquistadas y defendidas tantas veces por sus armas. Corrieron todos á su voz, sitiaron á Orestes en Ticino (Pavia), le hicieron prisionero, y le mataron (1).

Conquista de la Italia por Odoacro, y ruina del imperio de occidente. (2) — (476) Odoacro resolvió abolir el título de emperador de Occidente. Esta grande revolucion se verificó sin resistencia ni combates; y el coloso romano, que por tanto tiempo habia fatigado la tierra con su peso, minado por la edad, abatido por los reveses, carcomido por la corrupcion, se desmoronó á la voz de Odoacro, como los cuerpos heridos del rayo. El bárbaro no se dignó sacar la espada para derribar el trono de Roma. Mandó al débil Augústulo que abdicase, y respetando las costumbres del mismo pueblo cuya ecsistencia aniquilaba, empleó las formas de la antigua constitucion para destruirla. El senado se reunió, y aparentando deliberar por la última vez, declaró la inutilidad de estar separadas las dos coronas, transfirié la silla del imperio á Constantinopla, renunció formalmente á todo derecho de gobierno y eleccion, y escribió á Zenon, que habia sucedido á Leon I en 474, recomendándole á Odoacro, é invitándole á dar á este guerrero la autoridad suprema en Italia con el título de *patricio*. Odoacro, arriano de relijion, es proclamado rey de Italia el 23 de agosto del año 476.

Tal fué el postrer decreto del último senado de Roma. Zenon lo recibió con indignacion, y respondió á los senadores: «Teníais dos emperadores, Antemio y Népote: el primero fué víctima de vuestra cobardía: al segundo le echásteis: mientras

(1) *Ennodii Ticin, Vit. Epiph. p.* 387.

(2) Léase la nota que va puesta al fin de este capítulo, relativa al nombre de imperio de Occidente, y de Oriente.

Digitized by Google

»él viva será vuestro monarca, »y no reconoceré á otro.»

El emperador de Oriente, despues de haberse dejado llevar de este primer movimiento, mudó de lenguaje, ya porque no tuviese fuerzas que oponer á los godos para levantar á Roma de su abismo, ya porque su orgullo se complacia en el título de *emperador romano* que él solo conservaba. Asentó, pues, convenio con Odoacro, y satisfecho con una supremacía ilusoria, le dejó absoluto dueño de Italia.

Augústulo, insigne por su ermosura, no habia recibido ni de la naturaleza ni de la educacion virtud alguna. La aparicion de este príncipe en el trono fué tan corta, que su nombre estaria ya olvidado, á no recordarlo el gran suceso de la ruina del imperio de Occidente. Cuando Augústulo, último sucesor de Augusto, abandonó las insignias del poder, Simplicio, pontífice XLVIII, ocupa la silla del apóstol, cuyo imperio habia comenzado bajo el eredero inmediato de Augusto; los sucesores de Simplicio, de quien iremos hablando, despues de 1354, reinan aun en el palacio de los Césares.

Odoacro despreciaba sobradamente á este príncipe degradado para temerle: le dejó vivir, y le desterró de Roma con su familia. Mas instruido que los otros bárbaros, respetó las instituciones de Roma, cuya independencia destruia: reinando sobre su tumba, pareció venerar su sombra. Siete años despues de la ruina del imperio restableció el consulado, hizo ejecutar en Italia las leyes de los emperadores, y para engañar con gloriosas memorias á aquel pueblo umillado, le dió el espectáculo de un triunfo. Los romanos envilecidos gozaron de él, olvidando que no era para ellos la solemnidad de la victoria, sino de la servidumbre.

El primer rey de Itália concedió al último emperador de Roma una pension de seis mil piezas de oro, y le hizo conducir á la antigua *villa* de Lúculo, situada en Campania sobre el promontorio de Mesina, y convertida en fortaleza desde las guerras de los vándalos: esta casa de campo habia pertenecido primero á Mario; Lúculo la compró despues.

De este modo la Providencia señalaba por prision al hijo del secretario de Attila, á un príncipe de raza gótica, revestido con la púrpura romana por los

Digitized by Google

últimos bárbaros que derribaban el imperio de Occidente, una casa adonde fueron llevados los despojos de los cimbrios, primeros bárbaros del setentrion que amenazaron al Capitolio. Allí pasó Augústulo su juventud y su vida ignorada, sin curarse de los recuerdos que llevaba su nombre, indiferente á las lecciones que daba su presencia, y estraño á las memorias que escitaba el lugar de su destierro.

Y para que veamos la inmutabilidad de los consejos eternos y la vicisitud de las cosas umanas, debemos añadir, que las reliquias de San Severino sucedieron á la persona de Augústulo en la morada que Mario decoró con sus proscripciones y sus trofeos, y Lúculo con sus fiestas y banquetes: la morada se convirtió en iglesia (1). Cuéntase que Odoacro, no siendo mas que un soldado oscuro, habia visitado á San Severino, en la Nórica. El solitario al aspecto de este bárbaro de una estatura desmesurada, pues se encorbaba para pasar por debajo de la puerta de la celda, le dijo: «Marcha á Italia; aora estás cubierto con las despreciables pieles de las bestias, pero vendrá un tiempo en que distribuyas dádivas y recompensas (2).»

La morada de Lúculo, aquella morada en fin, cuyo lujo fué en otro tiempo el indicio de la decadencia y corrupcion de las costumbres, y que sirvió de asilo al príncipe que por su flaqueza y cobardía dejó undirse bajo sus plantas el primer trono del mundo, pareció recordar de dos maneras á los hombres esta verdad: *La virtud es el cimiento del poder: las naciones caen cuando se corrompen.*

Augústulo habia recibido de su abuelo materno el sobrenombre de *Rómulo*: la fortuna de su padre le dió el de *Augusto*. Así, por una suerte estraña, el monarca bajo el cual pereció la capital del mundo, recordaba los nombres gloriosos de su primer rey y su primer emperador. El imperio de Occidente habia durado 507 años, menos algunos dias, tomando por época de su principio la batalla de Accio. Cayó el año 1229 de la fundacion de Roma.

(1) *Eugip. in vit. S. Severin.*

(2) *Vade ad Italiam, vade vilissimis num pellibus coopertus: sed multis citó plurima largiturus.* (Anon. Val. p. 717.)

CONCLUSION.

Es imposible dejar de considerar con interés los primeros esfuerzos de la naciente Roma: sus triunfos escitan la admiracion; los desórdenes que produjeron su decadencia, inspiran disgusto y orror: su caida escita un sentimiento de tristeza. Las varias circunstancias que produjeron la ruina de este edificio en otro tiempo tan magnífico, se pueden reducir á una causa última. La disolucion del imperio romano fué resultado inevitable de su grandeza. La estension de sus dominios relajó el vigor de su constitucion: los vicios de las naciones conquistadas infestaron las lejiones victoriosas, y el lujo estranjero corrompió á sus jefes; el interés egoista sucedió al patriotismo; los emperadores abatieron de propósito el espíritu marcial, porque temian sus efectos; y toda la masa, enflaquecida y enervada por estos motivos, fué presa fácil del torrente de bárbaros que hemos visto salir de los desiertos del Norte. Estos pueblos salieron sucesivamente de aquella noche profunda en que su historia y su ecsistencia habian estado envueltas. No teniendo de comun entre sí sino su veneracion por los jefes de las iglesias de Occidente, no conocian otro bien que su salvaje libertad; y solo despues de diez siglos de guerras y de intrigas, los descendientes de estos altivos bárbaros se sometieron, como veremos, á leyes fijas é invariables; pero ningun conquistador consiguió reunirlos todos bajo su cetro.

Las grandes crisis que sufrió despues la república europea durante una larga série de años, prepararon los acontecimientos de los siglos XVIII y XIX en que se agrandó el teatro político; en que las relaciones entre los estados se complicaron mas; en que el ambicioso y despótico czar de Rusia no tuvo mas que poner en movimiento las fuerzas de su imperio para establecer cierto equilibrio entre sus vecinos; en que la gran Bretaña elevó sobre las olas del Océano un poder que solo encuentra ejemplo en el que un dia tuvo la España con sus inmensas escuadras; en que una multitud de constituciones republicanas se formaron en un pais, cuya ecsistencia era desconocida hace algo mas de trescientos años; en que la guerra, la política, la relijion, la moral y las ciencias han sufrido los

cambios mas importantes y mas fecundos en consecuencias; siglo XIX en fin, en que el jénero umano es ajitado por una fermentacion estraordinaria que hace presajiar un nuevo porvenir.

No podrá negarse que la historia moderna tiene menos atractivos que la antigua, ya porque desde el establecimiento de las monarquías absolutas, los resortes secretos de los acontecimientos se han hecho mas difíciles de descubrir; ya porque hay pocas naciones modernas cuya conducta política anuncie un plan seguido; pero á pesar de estas desventajas, ofrece á nuestra curiosidad objetos de un gran interés. Ella nos muestra á los ambiciosos con tiara ocupados sin descanso en aprovecharse de las circunstancias para elevar el imponente coloso de la potencia eclesiástica con desprecio del evanjelio; coloso que en otro tiempo hollaba con sus pies las coronas de los reyes, mientras él escondia su cabeza en el cielo, á fin de ocultarla á las miradas indiscretas de los mortales, pero que llegará un dia en que su dominio temporal desaparezca, porque el cristianismo se ha bastardeado en sus manos, y necesita otras mas puras y mas santas, que á nada de lo terreno toquen; la historia nos mostrará á los vijilantes venecianos conservando por una larga série de años su independencia, y sosteniendo con su sabiduría un gobierno que parecia hecho para desagradar á la mayoría de la nacion; ella nos presentará á los suizos combatiendo con un valor eróico por su libertad; á los olandeses sacando á su pais de las olas del mar y defendiendo sus privilejios contra los ejércitos de Felipe II, y á los ingleses entregados por mucho tiempo á la guerra civil y al fanatismo, creando en fin una constitucion admirable bajo muchas relaciones, pero demasiado complicada quizá para subsistir largo tiempo en toda su pureza. Ella nos presenta pueblos embrutecidos por los frailes y los terrores de la inquisicion, y naciones enteras hechas el juguete de los caprichos de sus vecinos, ó gobernadas por el hierro, el palo ó el látigo como en Rusia. La historia moderna nos ofrece además considerar el equilibrio que se ha establecido entre los estados europeos y que está ligado con sus relaciones recíprocas. Estas relaciones, resultado de la posicion jeografica

Digitized by Google

de los diferentes paises de Europa, así como de sus leyes, de su riqueza, de los principios políticos y del carácter de las naciones, tendremos tiempo de considerarlas en el discurso de la presente historia.

FIN DEL IMPERIO DE OCCIDENTE (1).

(1) Aunque en el tomo XIII de esta obra, al principiar la historia del *Bajo Imperio*, añadimos ó DE ORIENTE por seguir el parecer de algunos literatos; conformándonos despues con la clasificacion que han hecho los principales historiadores, decimos que debe entenderse por de Occidente la historia desde Constantino hasta Augústulo destronado por Odoacro, cual es la que queda mencionada en todo el *Libro decimotercero*; y de Oriente la que contendrá el decimocuarto, y siempre bajo la denominacion de BAJO IMPERIO.

Digitized by Google

HISTORIA
MODERNA.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO DECIMOCUARTO.

CONTINUA EL BAJO IMPERIO.

IMPERIO DE ORIENTE.

CAPITULO PRIMERO.

Caida del imperio de Occidente.—Cuadro de los acontecimientos anteriores á esta caida.—Pretensiones de Aspar al poder.—Eleccion de Leon por el senado.—Elevacion de Antemio al trono.—Causa del odio de Zenon contra los católicos.—Acontecimiento en la Galia.—Conspiracion de Aspar contra Leon.—Erupcion del Vesubio.—Muerte de Antemio.—Leon II, nombrado augusto.—Rejencia de Zenon.—Su elevacion al trono.—Invasion de Jenserico en el imperio de Oriente.—Conspiracion en favor de Basilisco.—Basilisco, emperador.—Muerte de Basilisco.—Henótico de Zenon,—Edicto de Verina.—Espedicion de Teodorico en Italia.—Guerra entre Odoacro y Teodorico.—Batalla del Adda: los ostrogodos dueños de Italia.—Muerte de Odoacro por la perfidia de Teodorico.—Teodorico, rey de Italia.—Su gobierno.—Su conducta política.—Crímen de la emperatriz Ariadna y muerte de Zenon.—Lijero bosquejo de los papas, desde Zosimo hasta Féliz III.

ZENON, EMPERADOR.

(Año 474.)

Caida del imperio de Occidente.

El imperio de Occidente, despues de una resistencia, mas prolongada por su fama que por sus recursos, acababa de caer en manos de los bárbaros. Estos repartian sus despojos, fundaban sobre sus ruinas los reinos de la nueva Europa, y despues de derribar á los emperadores romanos, se desdeñaron de tomar este título, arto envilecido

Digitized by Google

por los últimos príncipes que lo habian llevado.

La caida de Roma es la grande época que separa la historia antigua de la moderna, la cual comienza con el reinado de Odoacro en Italia, el segundo año del de Zenon en Oriente (476). Un nuevo mundo, nuevas potencias, costumbres nuevas van á ofrecerse á nuestra vista. Las antiguas instituciones han perecido: otra relijion domina en los ánimos: por todas partes ha desaparecido el amor y asta el recuerdo de la libertad: ya la historia no nos da virtudes cívicas que contemplar, los pueblos ya no tienen derechos; el estado se concentra en la corte; la autoridad de los príncipes solo es limitada por la de los grandes y la ambicion de los sacerdotes; las naciones caen en detestable servidumbre, no recomendándoles otra virtud que la obediencia; y durante muchos siglos, estos pueblos nuevos, sumidos en la ignorancia, agobiados bajo el despotismo, solo brillarán en nuestras narraciones por el esplendor de las armas.

La tiranía aleja del senado, del palacio y de la tribuna, las luces y la elocuencia; y aun completamente se hubieran visto desaparecer las ciencias y tambien el onor en aquella noche profunda, si las unas no se hubiesen refujiado á los claustros de algunos pocos estudiosos solitarios, y el otro bajo las tiendas de los guerreros. No ubo mas principio político que la fuerza ciega.

Para contar con algun órden los acontecimientos memorables de esta nueva época, habiendo escrito asta aora la historia de los sucesores del gran Constantino, no la interrumpiremos; seguiremos la narracion de los sucesos de Oriente, cuyos príncipes con pocos medios y grandes pretensiones conservaron por mucho tiempo el título de emperadores romanos, siendo muy pocos los que fueron dignos de él por sus virtudes y acciones. Continuaremos la historia de su decadencia asta la época en que Mahomet II derribó su trono, se apoderó de Constantinopla, abatió la cruz, hizo triunfar la media luna, y sometió todo el Oriente á nuevo y mas bárbaro despotismo y á los nuevos errores contenidos en el Corán.

Luego volveremos á la Europa occidental, donde la Francia, despejada algun tanto la barbárie, se èlevó gloriosamente sobre las ruinas de Roma, y

Digitized by Google

fundó por el jenio de Carlomagno el nuevo imperio de Occidente.

Antes de comenzar el reinado de Zenon, primer emperador de Oriente de esta nueva época, recordaremos en pocas palabras los sucesos que precedieron á su elevacion: sucesos cuya narracion interrumpimos para contar la grande catástrofe de Italia.

Despues de la muerte del emperador Marciano, el hombre mas poderoso en los campamentos, en los ejércitos y en la corte era Aspar, alano de nacion. Habiendo ascendido por su valor á las mas altas dignidades, aspiraba al imperio y se creia digno de él; pero siendo arriano y temiendo la oposicion del pueblo y de gran parte del senado, celoso por la ortodocsia, esperó gobernar el estado sin ceñir la corona, é hizo elejir por emperador á Leon, mayordomo de sus posesiones. Este sirviente coronado prometió obedecerle y dar el título de césar á uno de sus tres hijos.

Leon, proclamado por el senado, quiso dar á su eleccion imprevista una sancion sagrada, y el patriarca Anatolio le coronó. Esta fué la vez primera en que se vió á un obispo disponer en cierto modo de la diadema, interviniendo en asuntos que deben serle SIEMPRE ajenos.

Desde que Leon se vió en el trono, se hizo independiente de Aspar, el cual conoció aunque tarde que se habia dado un dueño. Leon era versado en la literatura; tenia la astucia de un griego y la prudencia de un cortesano. Quiso reparar el desórden del erario, y por eso se le tachó de avaro. Su posicion y las costumbres del siglo le obligaron tal vez á ser cruel: durante todo su reinado se sostuvo mas por la intriga que por la fuerza, y conservó la seguridad del imperio dividiendo sus enemigos sin vencerlos.

Su esposa Verina, mientras él vivió, afectó ser virtuosa por ambicion; pero despues de su muerte se entregó á la liviandad.

La primer vez que sus ejércitos combatieron, lograron una gran victoria contra los hunos de Asia, que habian invadido la provincia del Ponto.

Las erejías turbaban siempre la tranquilidad en Asia y Ejipto. En estas provincias se pedia á gritos la convocacion de un concilio. El emperador, de acuerdo con el papa y los metropolitanos, declaró que todos de-

bian someterse á las decisiones del concilio de Calcedonia.

Los ostrogodos renovaban la guerra en Iliria: Antemio, yerno de Marciano, los derrotó y los obligó á hacer la paz, bien que Leon, á pesar de su victoria, se sometió por el tratado á pagar un tributo anual de trescientas libras de oro.—Los príncipes débiles olvidan que comprar la paz es incitar á la guerra.

Los ostrogodos le dieron en reenes al jóven príncipe Teodorico, que á la sazon tenia ocho años. Este niño llegó á ser un éroe, y su cautiverio fué quizá una de las causas de su elevacion, porque en las escuelas de Bizancio y en los campamentos romanos adquirió las luces que le dieron tanta fama y le hicieron vencedor de Odoacro y de Italia.

Al mismo tiempo llegaron á Constantinopla la viuda de Valentiniano, y su hija Placidia, enviadas por Jenserico, rey de los vándalos, que retuvo á Eudosia, hermana de Placidia, obligándola á casar, como ya hemos dicho, con su hijo Hunnerico; pero esta princesa que detestaba el arrianismo, huyó del trono, y prefiriendo el claustro al palacio, buscó un asilo en Jerusalen, donde acabó sus dias.

Un zelo ciego por la relijion, cuyos dogmas se defendian con calor, y cuyos preceptos se violaban con audácia, se habia apoderado entonces de todos los ánimos; y los campos del Oriente hubieran quedado desiertos si no se los hubiese poblado de bárbaros con sueldo. Los conventos se multiplicaban, poblábanse de ociosos, truanes ó fanáticos, porque no parece sino que el catolicismo se ha fundado para olgazanes; y cuando el emperador no podía levantar un ejército capaz de reconquistar el Africa, la España, la Galia y la Italia, veia despechado formarse y enriquecerse sucios y asquerosos cenobitas, llegando á componerse algunas de las tales comunidades hasta de CUARENTA MIL FRAILES.

Con semejante tendencia, fácil es conocer que el jefe del estado debia mas bien cantar salmos que reinar, y negociar mas bien que combatir.

Deseando Leon salvar á Roma de los vándalos, en lugar de jenerales envió embajadores á Jenserico, y dió muy pocos ausilios á Ricimero. Solo una vez, reuniendo todas las fuerzas del imperio, emprendió con vigor echar á los vándalos de Africa; pero en lugar de escojer para

Digitized by Google

esta espedicion el mas hábil de sus jenerales, cedió á las instancias de su mujer, y confió á Basilisco, su cuñado, el mando de la escuadra y del ejército.

Las águilas romanas vuelven á ver las costas de Cartago. El recuerdo de la antigua gloria despierta á las lejiones, y estas baten y ponen en uida á los bárbaros. En vez de aprovecharse del terror causado por este suceso, Basilisco, que preferia el dinero al onor, concede imprudentemente una tregua. Jenserico le engaña, seduce á sus oficiales, dispersa á los romanos, destruye su escuadra, y obliga á Basilisco á que busque su salvacion en la uida.

Atrevióse á presentarse en Constantinopla; el pueblo pedía su muerte; pero Aspar y Verina hicieron que se le condenase al destierro para salvar su vida.

Otro ejército imperial fué derrotado por los godos. El hijo y sucesor de Attila, fundando su esperanza en la debilidad del imperio, marchó contra Constantinopla; pero los romanos, defendidos entonces por Valamiro, rey de los godos, envolvieron á los hunos y los esterminaron, bien que Valamiro pereció en la batalla. Los godos vengaron su muerte haciendo en los hunos espantosa carnicería, y nombraron para sucederle á su hermano Teodorico.

Elevacion de Antemio al trono.—Antemio habia contribuido poderosamente á esta victoria por su valor. Debíasele el restablecimiento de la disciplina militar; el imperio de Occidente fué, como ya hemos visto, su recompensa.

Constantinopla, tan corrompida y tan mal gobernada como Roma, parecia tan próesima á su ruina como la antigua capital del mundo; pero la division de sus enemigos la salvó.

La Persia estaba destrozada por la guerra civil en que Hormisdas y Peroso se disputaban la corona. Peroso triunfó, mas fué atacado por los hunos: despues de muchas batallas en que su debilidad le impidió vencer, quiso engañarlos, y obtuvo la paz prometiendo en matrimonio su hermana á Conca, rey de aquellos bárbaros. Envióle en lugar de la princesa una esclava ricamente adornada, que habia jurado no descubrir el dolo. Pero el amor la hizo quebrantar su juramento. Como era jóven y bella, Conca la perdonó; mas resuelto á vengarse de Peroso, le pidió que le enviase para una espedicion que proyectaba, tres-

Digitized by Google

cientos de sus mejores oficiales; y apenas los tuvo en su poder, á unos mató, á otros envió á Persia con las manos cortadas. Volvió la guerra á encenderse con furor, de modo que los persas, lejos de turbar el reposo del imperio, solo trataban de granjear la amistad de Leon. Solicitaron su alianza, y no recibieron de él sino promesas ilusorias.

Basilisco, débil en la guerra y atrevido en palacio, no solo no se mostró avergonzado por sus derrotas y destierro, sino tambien ajitaba con sus intrigas todos los hombres corrompidos del imperio. La emperatriz Verina y el orgulloso Aspar le sostenian. Este patricio, que no podia tolerar el dominio de su antiguo mayordomo, reprendia á Leon su falta de fe, como una bajeza indigna del trono. Leon le respondió: «Si la ingratitud »no conviene á un príncipe, »menos le conviene ser esclavo »de un ambicioso.»

El emperador, temiendo á su partido, buscó un apoyo en los isauros, pueblo el mas belicoso y turbulento de sus estados, y que desde la muerte de Pompeyo, saliendo muchas veces de los nidos inespugnables de la Cilicia, llevaba á todas las costas y provincias el terror de sus armas.

En este pais habia un principe llamado Trasiscodicéo, poderoso por la antigüedad y ascendiente de su familia. Aunque era contraecho, de poco talento y sin valor ni elevacion de alma, el emperador le dió en matrimonio á su hija Ariadna, le creó patricio, le hizo mudar su nombre en el de Zenon, le nombró cónsul, y le confió el mando de los ejércitos de Oriente.

Los godos acababan de hacer una incursion en Tracia: el nuevo patricio marchó contra ellos. Aspar y Basilisco, enfurecidos por su elevacion, ganaron á muchos oficiales y soldados de su ejército, que prometieron asesinarlo.

Zenon, informado de esta conspiracion, no pudo sustraerse á ella sino con la fuga: se escapó, primero á Sárdica y desde esta ciudad á Antioquía (469). Allí se dejó seducir por un monje llamado Pedro *el batanero*, echado del monasterio por sus liviandades. El Asia estaba entonces entregada á las disputas relijiosas y al espíritu de partido: toda la sutileza de los griegos estaba ocupada en sofisticar sobre los misterios: los arria-

nos negaban la divinidad del Verbo: los nestorianos, reconocian dos personas en Jesucristo: los eutiquianos, solo le concedian una naturaleza; todas las familias se dividian por estos enigmas, y la sangre corria á torrentes por estos absurdos despreciables. Zenon, subyugado por el fraile que profesaba ardientemente estas vaciedades, arrojó de Antioquía á Martirio, obispo ortodocso. Leon favoreció al obispo, derrotó al fraile, y proibió severamente en toda la estension del imperio el trabajo, el comercio y los espectáculos en los dias festivos. De aquí nació el odio implacable de Zenon contra los católicos, y la crueldad con que los persiguió en todo su reinado.

Mientras el imperio romano, sometido en Italia al yugo de los bárbaros, era destrozado en Oriente por las estúpidas discordias relijiosas, perdia en la Galia los débiles restos de su poder. Childerico, rey de los franceses, estendia contínuamente sus conquistas: los borgoñones no tardaron en llevar sus armas desde Dijon hasta las orillas del Iser. Gundebaldo (1), príncipe de esta nacion, arrojado por sus hermanos, pasó á Italia, casó con la hija de Ricimero, volvió con grande ejército á la Galia, reconquistó su trono, dió muerte á los príncipes que le habian destronado, y solo perdonó á dos hijas de Childerico, de las cuales una fué monja, y otra, llamada Clotilde, educada en el palacio de su tio, fué despues la esposa de Clodoveo y la convertidora de su marido y de los franceses.

El débil Leon recibia con indiferencia las noticias de estos sucesos, cuyo curso ni podia romper ni retardar. Rodeado de partidos é intrigas, apenas se sostenia sobre un trono vacilante. Importunado sin cesar por Aspar, se rindió á sus solicitaciones y amenazas y nombró césar á Patricio, uno de sus hijos. Su eleccion no pudo recaer sobre Artaburo, el mayor de ellos, porque era arriano. Como se creia erética toda la familia, el pueblo, escitado como siempre por los sacerdotes, se rebela, toma las armas y quiere matar al nuevo césar. Leon le dió un asilo en su palacio. Aspar, por li-

(1) Chateaubriand, en el tomo II de sus *Estudios históricos* dice lo siguiente: «Gondivar ó Gondibaldo, so»brino de Ricimero.... es quizá el cé»lebre rey de los borgoñones.»

brarse del furor de la muchedumbre, se refujió á una iglesia. El emperador no pudo sosegar este tumulto sino declarando solemnemente al pueblo, por medio del patriarca, que Patricio habia abrazado la fe católica.

El reconocimiento es un sentimiento estraño al corazon del ambicioso. Aspar y sus hijos, ansiosos de reinar, conspiraron contra el emperador. Leon penetra el designio, disimula su enojo, los convida á venir á palacio, y los manda degollar. Solo Patricio pudo libertarse. El emperador confiscó los bienes de esta familia poderosa, cuya ruina fué el cimiento de la grandeza de Zenon.

Aspar, como jefe de la milicia, tenia gran partido en el ejército: Ostria, comandante de los godos ausiliares, quiso vengarle, y acometió al palacio; pero fué rechazado por la guardia.

La multitud, que detesta á los grandes favorecidos, y se interesa por ellos cuando son desgraciados, aplaudió la accion de Ostria y compadeció á Aspar, porque teniendo tantos amigos en su prosperidad, no conservó mas que uno despues de su muerte.

Teodorico el bizco, rey de los ostrogodos, habia casado con una sobrina de Aspar: defendió á Ostria, declaró la guerra, taló durante dos años la Tracia, y llevó sus armas asta el pie de las murallas de Constantinopla.

Leon, temiendo entonces que Teodomiro, rey de los godos de Pannonia, que acababa de vencer á los suevos, se reuniese con los estrogodos, solicitó su amistad, le ofreció magníficos regalos, y le envió á su hijo el jóven Teodorico, que á la sazon tenia diezíocho años, habiendo estado diez como reen en Constantinopla.

Todas las almas grandes son jenerosas. Teodorico, para probar su gratitud á Leon, levanta sin que su padre lo supiese un cuerpo de seis mil voluntarios; ataca á Babay, rey de los sármatas, que se habia apoderado de la alta Mesia, lo derrota y mata, y quiere devolver esta provincia al imperio. Teodomiro alabó su azaña, conservó la conquista, y el emperador se la cedió para lograr la alianza de un vecino tan formidable.

Erupcion del vesubio. — En esta época se verificó una erupcion tan violenta del Vesubio, que las cenizas lanzadas por este volcan llegaron hasta Constantinopla (471) (1).

(1) *Vesuvius mons Campaniæ vor-*

Muerte de Antemio.—La Italia pugnaba entonces por libertarse de la influencia de Leon. Ricimero dió muerte á Antemio, que tuvo por sucesor á Olibrio, y este á Glicerio, competidor de Julio Népote, nombrado emperador de Roma por la corte de Bizancio.

La debilidad de un monarca escita la desconfianza de sus vasallos, la audácia de sus enemigos y el desprecio de sus aliados. Teodomiro, haciendo poco caso de Leon, que solo era su aliado por el temor, invadió la Iliria, se apoderó de Neisa, corrió la Tracia y saqueó á Heráclea y á Larisa. No teniendo Leon fuerzas que oponerle, implora el socorro de Teodorico el visojo, y de Ostria, sus antiguos enemigos, sufre sus desdenes y burlas insultantes por el título de hijo que habia dado á Teodorico el jóven; y para lograr su proteccion les paga tributo y los condecora con la dignidad de comandantes de la milicia: esto era someterse al mismo yugo que los bárbaros imponian entonces á los emperadores de Occidente. La posicion era la misma, y solo la casualidad y la escelente situacion de Constantinopla pudo salvarla de la caida ignominiosa de Roma.

Leon, cuya política incierta nunca tuvo por base la fuerza ni la justicia, en desprecio del tratado concluido con el rey de Persia, hizo alianza con un jefe de los sarracenos que desolaba entonces las provincias meridionales de aquel reino, igualmente débil en el interior que en las fronteras. Dominado por sus cortesanos igualmente que por sus enemigos, cedió á los deseos de su hija Ariadna, y pensó en coronar á Zenon, su yerno. Pero la resistencia de la plebe que le aborrecia por su orijen isauro, por su fealdad y por la maldad de su carácter, le obligó á renunciar á este designio, dió el título de augusto á Leon, hijo de Ariadna y Zenon, de edad de catorce años, y le nombró cónsul (474). Este fué el último acto de su autoridad: poco despues murió de disenteria á los treinta y siete años de edad y diezisiete de reinado.

Los griegos, cuyo imperio envileció y arruinó, le dieron el títu-

ridus intestinis ignibus æstuans exusta vomit vissera, nocturnisque in diem tenebris omnem Europæ faciem minuto contexit pulvere: Hujus metuendi cineris memoriam Bizantii annue celebrant VIII *Id. novembris.* (Martiano et Festo Cass. Chron. Procopio, De Bel. Goth. lib. II.)

lo de Grande porque era católico. Se han conservado de él estas escelentes palabras: «La autori»dad soberana consiste en la »justicia: los príncipes no deben »creer les es permitido sino lo »que á los particulares.» Este noble pensamiento bastaria para su elojio si hubiese sido la norma de su conducta; pero en aquellos siglos corrompidos, el vicio estaba en accion y la virtud en mácsimas.

Rejencia de zenon.—No bastaba á Zenon gobernar el estado como rejente en nombre de su hijo, aspiraba al trono con tanto mas ardor cuanto menos digno de ocuparlo era. Su mujer Ariadna y su suegra Verina le aconsejaron apoderarse de él por medio de un crimen orrible, y lo cometió.

Su elevacion al trono.—Las dos emperatrices ganan con sus intrigas los votos de muchos senadores y oficiales: convocan al pueblo: este se reune en la plaza del Hipódromo al pie del trono del jóven emperador Leon. Los pérfidos consejos de su madre y abuela le habian dictado anticipadamente las palabras que lo arruinaron. Zenon se acerca á él respetuosamente é inca la rodilla: el jóven se quita la diadema, la pone en la frente de su padre, lo proclama augusto y lo declara coléga suyo.

La muchedumbre, siempre fácil de conmover, aplaudió este acto jeneroso de amor filial. Poco tiempo despues un veneno dió fin al reinado y á la vida de aquel jóven.

Zenon reunia en un cuerpo deforme y en una alma vil todos los defectos y vicios de los príncipes mas perversos. Presuntuoso, cobarde, desconfiado, versátil, ingrato y cruel, pagaba los servicios mas grandes con el destierro, y las ofensas mas leves con la muerte; procuraba ocultar su deformidad con el adorno, su impiedad con el falso zelo, y su cobardía con la jactancia. Siempre amenazó á los bárbaros, y nunca se atrevió á pelear contra ellos. La fortuna, elevándole al poder supremo, no hizo mas que aumentar y desenvolver todos los vicios que habia recibido de la naturaleza.

La historia de un hombre tan infame y de un tirano tan débil y menospreciable se hubiera quizá olvidado por el fastidio que inspira, á no haber sido su reinado época de grandes sucesos.

Su orgullo, que pretendia mandar las conciencias, dió orijen á la primera guerra relijiosa que

Digitized by Google

ensangrentó la tierra: hasta él las erejías solo habian producido sediciones.

Su debilidad fué útil á la fortuna y á la gloria de Teodorico, el éroe de aquel siglo, é hizo perder la Italia. Parecia que el cielo reunia entonces contra el imperio de Oriente todos los azotes de su cólera. Zenon tenia un hijo que procuraba imitar y aun superar sus vicios. Los escesos de su intemperancia libertaron la tierra de este nuevo y jóven Neron.

Conon y Lonjino, hermanos del emperador, eran tan odiosos como él: el primero solo se complacia en derramar sangre; el otro, siempre tomado del vino, ultrajaba á las matronas mas distinguidas, y robaba á los mas nobles majistrados sus mujeres. Díjose que en una ocasion violó á todas las monjas de un convento.

Invasion de Jenserico en el imperio de Oriente. —(476) El acto mas vergonzoso de este emperador fué el abandono de Italia á las armas de Odoacro. Despues de una leve resistencia le nombró patricio, y le impuso un omenaje ilusorio que nada probaba sino el orgullo impotente del emperador. En vano algunos hombres valerosos quisieron defender en la Galia los restos del poder romano: un yerno de Avito, y Sidonio Apolinar, obispo de Clermont, arrojaron á los visigodos de Auvernia; pero Julio Népote les cedió despues está pronvincia, y Zenon hizo irreparable esta pérdida cediendo la Italia.

El desprecio que inspiraba aumentó la osadía de los bárbaros: algunas tribus de sarracenos talaron la Mesopotamia: los hunos invadieron la Tracia, y las escuadras de Jenserico esparcieron el terror en todas las costas del imperio.

Zenon, que solo oponia á sus enemigos dinero é intrigas, envió al rey de los vándalos un embajador, cuya prudencia fué mas útil al imperio que un ejército. En aquel siglo de corrupcion Severo habia granjeado por sus virtudes tanta fama, que se creia ver en él un antiguo romano: la opinion pública le comparaba á los Fabricios y Catones. Cuando llegó á Cartago, habian ya desembarcado en Epiro las tropas de Jenserico y hacian temblar á Zenon en su capital. La virtud, elocuencia y firmeza del embajador inspiraron tanto respeto á Jenserico, que concluyó la paz, y le dijo: «Te devuelvo »gratuitamente todos los cauti-

»vos griegos y romanos de que »podemos disponer yo y los de »mi familia: los otros pertene»cen á mis oficiales y soldados, »y no soy dueño de ellos; pero »te permito rescatarlos.» Severo prodigó todo su caudal, y vendió hasta su vajilla para libertar á sus conciudadanos. Firmó un tratado que aseguraba la evacuacion del imperio y la tranquilidad del comercio, y prometió el restablecimiento de las iglesias y la tolerancia del culto católico. Así la virtud de un solo hombre logró de un rey bárbaro lo que las lejiones griegas y romanas no habian podido conseguir.

Conspiracion de Basilisco. — (477) La corte de Constantinopla era á un mismo tiempo teatro de vicios y discordias. El interés y el crímen rompian todos los lazos. Verina, á quien Zenon contrariaba en sus amoríos, y que no tenia el ascendiente que deseaba, formó una conspiracion para poner en el trono á su ermano Basilisco. Harmacio, guerrero mas célebre por su ermosura que por su valor, y amante de Zenónida, mujer de Basilisco, sedujo algunas tropas y logró algunas ventajas en Tracia. Envanecido por estos leves triunfos, llevaba armas semejantes á las de Aquiles: el populacho que le amaba, le dió el nombre de *Pirro* y tomó su partido con calor. A la primer noticia de la sublevacion, el tímido Zenon, asustado por los ajentes de Verina, uyó con sus tesoros á Calcedonia y de allí á Isaura. Su partida fué la señal de matar á los isauros que habia en la capital.

Basilisco, emperador. — El pueblo proclama emperador á Basilisco: Verina misma corona á su hermano: Harmacio es nombrado jeneral y cónsul. El usurpador oprime con impuestos al pueblo y al clero, desprecia á su hermana, y hace asesinar al amante de esta. Esclavo de las voluntades de su mujer, se hace partidario de la herejía de Eutiques.

Los enemigos de los católicos triunfan: un gran número de obispos anatematizan el concilio de Calcedonia: solo el patriarca Acacio se niega á firmar su decreto. Vístese de luto en señal de dolor: cubre de un velo negro el altar y el trono episcopal. Este espectáculo inflama al populachó. Rebélase, y enmedio de este tumulto se prende fuego á la Biblioteca pública, y consume ciento veinte mil volúmenes. La guardia comprime esta

Digitized by Google

sedicion, y Basilisco no cedió ni á las murmuraciones de la plebe, ni á las súplicas del papa.

Entretanto los isauros se armaron para defender á Zenon, y este príncipe marchó á su frente; pero apenas vió la vanguardia enemiga, echó á huir: pareció que la fortuna sola se ostinaba en hacerle volver al trono que abandó.

Ilo, jeneral valeroso y maltratado por Basilisco, deserta y une sus tropas á las de Zenon, que alentado con este refuerzo marcha á Constantinopla. Los ejércitos se encontraron cerca de Nicea. En el momento del combate Zenon quiere todavia uir. Ilo se lo impide, gana á fuerza de dinero á Harmacio, y le hace sacrificar por el oro sus juramentos, su príncipe y su dama. Basilisco, viendo derrotadas sus tropas, se refujia en una iglesia: prométenle la vida, se rinde y lo encierran en una cisterna, donde murió de ambre.

Zenon, para disculpar su falta de fé, dijo que solo habia prometido no derramar su sangre. Ni cumplió mejor la palabra dada á Harmacio de elevar su hijo á la dignidad de césar; pues á este le mandó ordenarse de sacerdote, é hizo asesinar al padre.

Restituido al trono, aplacó al papa con promesas y al pueblo con prodigalidades, y recibió, como todos los tiranos felices, enorabuenas, elojios y estátuas.

En este año murieron Teodorico, rey de los ostrogodos, y Jenserico, señor de Cartago y conquistador de Roma.

La ley de los vándalos daba el cetro al príncipe de mas edad; y por tanto cada nuevo rey daba la muerte á todos los parientes que habian nacido antes que sus hijos. Jenserico habia empleado este medio bárbaro para asegurar la corona á su hijo Hunnerico. Este, mas entretenido en los placeres que cuidadoso de gloria, hizo perder á los vándalos el hábito de pelear: la guerra habia elevado su potencia, y el sosiego la hizo caer.

Los ostrogodos establecidos en Tracia y Pannonia eran gobernados entonces, los primeros por Teodorico el visojo, y los segundos por Teodorico el Amaso, que mereció y obtuvo el sobrenombre de Grande. El visojo habia favorecido la sedicion de Basilisco: el Amaso desde que sucedió á su padre Teodomiro, habia permanecido fiel á Zenon.

El emperador, conformándose con la costumbre de los godos, francos y alemanes, que dió nacimiento á las instituciones

caballerescas y feudales, adoptó á Teodorico el Amaso por hijo de armas, y le persuadió á hacer la guerra á Teodorico el visojo, prometiéndole un socorro de cuarenta mil hombres. Esperaba destruir á estos príncipes belicosos, el uno por medio del otro; y para hacer mas igual la guerra entre ellos, se guardó muy bien de enviar á su hijo adoptivo las tropas ofrecidas.

Los ejércitos de los dos Teodoricos se encontraron al pie del monte Ródope. Dada la señal, iban ya á disparar los dardos, y los gritos de los soldados anunciaban una batalla sangrienta, cuando Teodorico el visojo se echa fuera de las filas, se acerca velozmente á su rival, y clama: «¿Cómo es posible que »un hombre libre, que un prín»cipe de familia tan ilustre co»mo la mia, defienda á un tira»no, pelee por un traidor, sufra »el yugo de un cobarde, y caiga »tan voluntariamente de la li»bertad en la esclavitud, de la »opulencia en la miseria? Olvi»demos nuestras querellas, y »reunamos nuestras fuerzas con»tra el enemigo pérfido que nos »divide para arruinarnos.»

Los dos ejércitos aplauden estas palabras: los dos Teodoricos se abrazan y hacen la paz. Zenon, consternado por su concordia, por las quejas que le dieron y por sus amenazas, no se atreve á ir al ejército. Esta cobardía desalienta sus lejiones, las dispersa, y el emperador, vencido sin combatir, firma un tratado ignominioso.

Teodorico el visojo logró que el imperio le pagase el sueldo de trece mil godos, que se le diese el mando de dos compañías de la guardia imperial, y la dignidad de jeneral de palacio, que pertenecia al otro Teodorico. Este, indignado de la injuria, devastó la Tracia. El visojo no se opuso á esta invasion: «No quiero pe»lear, decia, contra el hijo adop»tivo del emperador: solo me a»flije que perezcan tantos míse»ros aldeanos, mientras su cobar»de emperador y la impúdica »Verina están entregados á sus »liviandades.»

El deseo de derribar á Zenon ardia en todos los corazones; pero sus tropas le defendieron siempre contra el descontento de los pueblos. Sin embargo, Marciano, hijo de Antemio y yerno de Leon, tramó con sus hermanos Rómulo y Procopio una conspiracion que la actividad de los espías no pudo descubrir hasta el momento que estalló. A una señal dada los conju-

Digitized by Google

rados marchan á palacio, rechazan la guardia y sitian al emperador. Ya estaba para rendirse, y Marciano, seguro de su triunfo, deja el asalto para el dia siguiente. Durante la noche Ilo soborna parte de sus soldados, auyenta á los demás, hace prisioneros á los dos hermanos, y obliga al rebelde á refujiarse á un templo. Zenon le perdonó la vida por temor y no por la clemencia, y le desterró á una fortaleza de Isauria.

Los dos Teodoricos continuan devastando el imperio. Sabiniano, jeneral de Zenon, feliz en algunos combates, habia logrado el sobrenombre de *Grande*, que se adquiere con facilidad en tiempos de poco eroismo. Una traicion puso en sus manos la fortaleza de Dirraquio: cortó con un movimiento hábil la retaguardia de los godos, que perdieron cinco mil hombres y dos mil carros. Este triunfo, el único que habian logrado en muchos años las armas griegas, era demasiado pequeño para disipar los terrores de Zenon, y así consultó al senado lo que debia hacerse contra aquellos dos enemigos tan formidables.

El senado respondió que para satisfacer la codicia de entrambos, estaban muy esaustos el pueblo y el tesoro; y así, que se satisficiese al uno, y se hiciese guerra al otro.

Una muerte repentina libertó al imperio de los furores de Teodorico el visojo. Segun el uso de los godos, se colgaba delante de la tienda del jefe un venablo grande. Teodorico pasaba por debajo de él en el momento que su caballo, que era muy fogoso, se encabritó, y la punta entrando en el costado del rey, le quitó la vida.

Teodorico el Amaso reunió bajo sus banderas todos los ostrogodos: ya entonces se habia hecho dueño de Tesalia. El emperador sufrió la ley que quiso dictarle, le nombró cónsul, jeneral de las milicias y prefecto de Tracia, le erijió una estátua ecuestre en el Hipodromo, le recibió en Constantinopla, mas bien como dueño que como aliado, y le cedió la Dacia y una parte de la baja Mesia.

Teodorico pudo en esta ocasion ceñirse la corona imperial de Oriente á no haberla desdeñado. Bizancio envilecida no escitaba su ambicion. Sus deseos le inclinaban al Occidente, donde le llamaba la fortuna. Apasionado de la gloria, no creyó que la encontraria sino en su antiguo templo y sobre las ruinas de Roma.

Digitized by Google

HENÓTICO DE ZENON. — (483) El emperador, libre del temor de los godos, atendió á las turbulencias relijiosas que duraban desde la rebelion de Basilisco. Creyendo poder comprimir todas las erejías con un golpe de autoridad, publicó un edicto de union, que se llamó el *henótico*, y que se hizo famoso por sus consecuencias. Mas fácil era defenderse contra los bárbaros que establecer la uniformidad en la creencia. En el decreto proibió que se reconociese otro símbolo que el de Nicea, y anatematizó á Nestorio y á Eutiques. El formulario que habia formado aunque católico, en lugar de calmar los ánimos, aumentó las divisiones y produjo nuevas erejías.

Los arrianos lo acusaron de impío: los católicos de irreverente al concilio de Calcedonia y atentatorio á la autoridad de la Iglesia.

El papa Féliz hizo vanos esfuerzos para restablecer la concordia: furibundas lejiones de frailes se armaron de todas armas y pusieron en marcha para pelear contra el emperador, favorecidos por el soez populacho. Acusábase á Ilo de solicitar el restablecimiento de la idolatría y de aspirar al imperio. Verina, envidiosa de su ascendiente, pagó asesinos para matarlo; pero esta conjuracion fué descubierta, y Zenon entregó su suegra á la venganza de Ilo, que la desterró á Cilicia.

La emperatriz Ariadna abrazó el partido de su madre: Ilo la acusó, no sin fundamento, de trato criminal con Anastasio, silenciario de palacio. Zenon manda matar á su mujer; y cuando creia ejecutada la órden, Ariadna se presenta á su vista, le hace temblar con sus amenazas, y logra el permiso de vengarse.

Un asesino pagado por ella ataca á Ilo; pero yerra el golpe y solo le hace una herida pequeña. Zenon, asustado, jura que no ha tenido parte en aquel crímen. Ilo, indignado de la perfidia de un príncipe á quien ha salvado dos veces, disimula su enojo, pide permiso para salir de la corte, recibe el mando de las tropas de Oriente, pasa á Antioquía, y proclama emperador á Leoncio, jeneral sirio, apreciado por su valor y talento.

MUERTE DE ILO Y LEONCIO. — (485) Verina sale de su prision, convoca el ejército, corona á Leoncio y publica el siguiente edicto, que ha merecido un lugar en la historia por su insolencia.

Digitized by Google

«Verina Augusta, á nuestros »prefectos y pueblos, salud. Sa»beis que *el imperio es nuestro pa»trimonio*. Despues de la muerte »de Leon, nuestro esposo, eleva»mos al trono al isauro Tarasis»condiceo, llamado hoy Zenon. »Creiamos que os haria dichosos; »pero su avaricia é impiedad »nos han demostrado que es me»nester daros un príncipe mas »justo y cristiano. Hemos co»ronado, pues, al piadosísimo »Leoncio: reconocedle por em»perador de los romanos. Todo »el que se oponga á ello será »tratado como rebelde.»

Leoncio é Ilo reunidos dieron batalla junto á Antioquía á Lonjino, hermano de Zenon, y derrotaron su ejército. Pero Teodorico abrazó el partido del emperador, venció á los rebeldes, los persiguió y se apoderó de sus jefes. Las cabezas de Ilo y Leoncio, puestas en escarpias, sirvieron de espectáculo al pueblo de Constantinopla.

Teodorico, despues de haber restablecido al infame Zenon en su trono, conocia sobradamente su perfidia para cometer la imprudencia de permanecer á su lado. Insaciable de gloria y de combates, acometió á los hunos que habitaban en las orillas del Volga, y que despues fueron conocidos con el nombre de búlgaros. En este pueblo reinaba la igualdad mas completa: las distinciones, que solo concedian á los mas valientes, se graduaban por el número de enemigos que habian muerto. Teodorico los derrotó junto al Borístenes, y derribó á su jefe de una lanzada.

A la sazon perdia el nombre romano su último apoyo en las Galias. Siagrio, vencido por Clodoveo, buscó en vano un asilo en la corte de Alarico, rey de los visigodos, que estaba entonces en Tolosa. Alarico le entregó al rey de los franceses, el cual le mandó cortar la cabeza.

Zenon se hacia mas odioso y despreciable: apasionado por los juegos del circo, protejió los escesos de la faccion verde, cuyos partidarios cometian en el imperio los mayores desórdenes. En Antioquía asesinaron á un gran número de judios. La impunidad de los homicidas causó una sublevacion en Palestina. Los judios elijieron un rey, llamado Jutuza, que se apoderó de Siquen y de Cesárea: muchos cristianos fueron degollados por los rebeldes. Pero Asclepiades, gobernador de Palestina, peleó contra ellos, los derrotó completamente, cojió al nuevo rey, y

envió á Zenon su cabeza, adornada con la diadema.

Espedicion de Teodorico en Italia. — (488). El emperador, siempre ingrato, eludia las promesas hechas á Teodorico. Por otra parte, los godos se indignaban con razon de ver á su rey postrarse á los pies de un príncipe tan cobarde, y llevar el nombre de prefecto, jeneral y cónsul. El espíritu de libertad, que no ecsistia ya en Roma ni en Bizancio, daba entonces fuerza á los pueblos bárbaros; y la autoridad de sus jefes era muy limitada. Teodorico, cediendo al voto de su nacion, rompe su alianza con el imperio, y llega hasta las puertas de Constantinopla, llevando toda la Tracia á sangre y fuego.

Zenon, incapaz de detener el torrente, se resuelve á dirijirlo por otro lado con su sumision, y propone á Teodorico una conferencia. El rey la acepta; y seguro de que el terror de su nombre le preservaba de todo peligro, entra sin tropas en Constantinopla, y se presenta á la vista del emperador. Despues de haber escuchado desdeñosamente las reclamaciones de Zenon, le dijo: «¿Quieres evitar la ruina que te amenaza? »Con solo una palabra puedes »hacerlo. Cediste á los hérulos »la Italia, antigua cuna de tu »imperio: permíteme emprender »su conquista. Si la logro, re»partiremos la gloria. Roma, »en lugar de depender de tus e»nemigos, será gobernada por tu »hijo adoptivo. Si perezco en la »empresa, ganarás tambien, por»que te libertarás de los grandes »subsidios que pagas.»

Zenon acepta la proposicion, esperando que los godos, de los cuales iba á verse libre por aquella empresa, hallarian su sepulcro en Italia. Se la cedió, pues, por un edicto solemne; y segun la antigua costumbre dió á Teodorico la investidura de su nueva soberanía, poniéndole en la cabeza un velo sagrado.

Despues de la conquista los godos aseguraron que el emperador habia hecho á su rey el abandono total de aquellos paises, y los griegos sostuvieron que Teodorico no habia recibido la investidura sino para gobernar á Italia como lugarteniente del emperador.

Los pueblos del Norte, que solo conocian el derecho de la fuerza, no buscaban, como los políticos modernos, motivos plausibles para dar á sus invasiones la apariencia de la justicia. Sin embargo, si el rey de

Digitized by Google

los godos hubiera querido buscar uno para marchar á Italia, la suerte se lo ofrecia.

Odoacro, favorecido hasta entonces por la fortuna, acababa de llevar sus armas hasta las riberas del Danubio; y despues de haber derrotado completamente á los rujios, volvió en triunfo á Ravena, trayendo encadenado á su carro á Feleteo, rey de aquella jente. Abusando con crueldad de la victoria, mandó cortar la cabeza al rey vencido. Los rujios tenian el mismo orijen que los godos: Federico, hijo de Feleteo, imploró el socorro de Teodorico, y este prometió vengarle.

Armanse los godos á la voz de su príncipe: toda la nacion se conmueve: viejos, mujeres y niños siguen el ejército: abandonan la Dacia y la Mesia, y como si estuviesen ciertos de la victoria, dejan sin pesar sus villas, campos y ogares. El ardor de vencer estingue en ellos todos los demás afectos, y ya no conocen mas patria sino el rico pais que van á conquistar.

Esta multitud innumerable toma el camino de Sirmio, marcha sin almacenes, vive solo de la caza y del saqueo, y antes de pelear se ve espuesta á morir de hambre y de peste. Oprimida del cansancio, llega á las riberas del Ulca: los jépidos le disputan el paso: al verlos retroceden los godos: Teodorico impaciente esclama: «Que se detengan los co»bardes, y solo me sigan los mas »valientes. Pocos guerreros me »bastarán para vencer; pero to»dos se aprovecharán de la vic»toria: levantad todos los estan»dartes alrededor de mí para »que me vean los enemigos. »Quiero ser blanco de sus tiros: »no tardará mi brazo en darles »á entender que solo á mis pies »deben rendir sus armas.»

Dichas estas palabras, se arroja casi solo al rio, y lo atraviesa derribando á los que se oponen á sus golpes: síguele el ejército entero, entusiasmado por su valor. Trasila, rey de los jépidos, y Busa, rey de los búlgaros, perecen en el campo de batalla: sus tropas son desbaratadas: una parte quedó muerta, y otra uyó: sus campos, tesoros y víveres fueron presa de los godos, y Teodorico vencedor penetró sin ostáculo en la Venecia.

Odoacro estaba acampado entre Aquileya y los Alpes Julios, sobre las riberas del Isonzo, en el sitio donde hoy está Goritz. Teodorico, despues de haber dado algun descanso á sus tropas, pre-

senta la batalla á Odoacro, triunfa de su resistencia con la impetuosidad del ataque, le persigue hasta su campamento, se apodera de él, y le obliga á encerrarse en Verona. Desde esta batalla comienza el reinado de Teodorico en Italia.

Mientras sitiaba á Verona, Odoacro, no abatido por la desgracia, recibe nuevos refuerzos, sale de la ciudad enmedio de una noche oscura, sorprende y degüella los puestos avanzados y penetra en el campamento enemigo. Teodorico dormia descuidado en su tienda: despierta á los gritos de su madre y esposa, que con el acero en la mano le llaman al combate: se levanta y arma: ve huir á los godos, se arroja enmedio de ellos, los detiene y reune, se precipita sobre los soldados de Odoacro, que juzgándose vencedores se entregaban al pillaje: hace en ellos gran carnicería, los derrota y los persigue tan de cerca que entra con los fujitivos en la plaza.

Odoacro se escapa y va á Roma. Esta ciudad, despojada ya de su gloria, estaba abierta siempre á los vencedores y cerrada á los vencidos. Los romanos defienden la entrada de la plaza contra el mismo Odoacro, á quien poco antes tributaban las mas serviles adulaciones, y le declaran que no reconocen otro señor sino Teodorico, enviado por el emperador de Oriente para gobernarlos.

Milan, mas leal, quiso defenderse; pero la política del obispo y la traicion de Tufa, jeneral de Odoacro, abrieron las puertas al feliz Teodorico. Este entregó el mando de una division suya á Tufa, y aprendió á su costa que los traidores solo merecen por sus servicios dinero y desprecio.

Tufa entregó las tropas que se le habian confiado á Odoacro, y todas fueron degolladas. Epifanio, obispo de Pavia, persuadió á los habitantes de esta ciudad que evitasen las desgracias de un sitio con una pronta sumision.

Batalla del Adda: los ostrogodos dueños de Italia.—(490) La suerte dispone de la fortuna pero no de la gloria: Odoacro mereció consevar la suya por su valor en los reveses. Dos veces vencido, muchas engañado, aun tenia reunido un numeroso ejército, que su jenio fecundo en recursos habia formado, y despues de su derrota se presentaba mas fuerte y temible que nunca.

Digitized by Google

Alarico, rey de los visigodos, reunió sus tropas á las de Teodorico. Gondebaldo, rey de los borgoñones, con el pretesto de socorrer á Odoacro, entró en Italia por el camino de Jénova con solo el designio de saquear las ciudades y talar los campos.

La desgraciada Italia sufria entonces todos los males que la ambicion romana causó en otro tiempo al universo. Enmedio de estas disensiones crueles, los obispos y nobles, para evitar los destrozos de la guerra, se atrincheraban en las montañas en castillos fortificados. El habitante del campo que se refujiase á ellos, compraba con la servidumbre la seguridad que le ofrecian jefes avaros y orgullosos.

Odoacro, en vez de limitarse á una guerra defensiva, atacó intrépidamente á Teodorico, le arrojó de Milan, le obligó á refujiarse en Pavia, y le sitió en esta plaza.

Pero el cielo parecia que conspiraba contra él: una lluvia copiosísima le obligó á levantar el sitio, al mismo tiempo que llegaba el ejército de Alarico. El ostrogodo, alentado con este refuerzo, persiguió á su vez á Odoacro, le alcanzó á las orillas del Adda, y le dió una batalla decisiva el 11 de agosto de 490. La ostinacion y valor de los dos jefes, resueltos á no ceder la victoria sino con la vida, hicieron el combate porfiado y sangriento. En fin, despues de una gran carniceria, Odoacro, habiendo visto caer junto á sí á sus mas valientes guerreros, buscó su salud en la fuga, y se encerró en Ravena, ciudad situada enmedio de unas lagunas, fortificada con cuidado y defendida por una guarnicion de veinte mil hombres. Defendióse allí un año y capituló; y habiéndole dado la promesa de respetar su vida y la de sus partidarios, abandonó la Italia al vencedor.

Teodorico, dueño ya de Ravena, dejó el traje nacional de los godos, y tomó la púrpura romana. Envió á Festo Nigro á Constantinopla para pedir á Zenon que le concediese el título de rey de Italia. La vanidad del emperador le impelia á negar, el temor á conceder, y murió antes de haberse decidido.

Muerte de Odoacro por la perfidia de Teodorico.—(493) Teodorico, dueño de Ravena, entró en ella triunfante; trató al principio á Odoacro como rey y le dejó este título. Parecia entonces convencido de que un héroe como aquel perdida una co-

rona, tenia derecho por su valor al aprecio del vencedor; pero poco tiempo despues la política del conquistador triunfó de la jenerosidad. Muchos se compadecian de Odoacro, y le echaban menos. Teodorico resolvió su muerte: le invitó á un banquete con su familia y sus principales partidarios, le mató por su mano, y mandó asesinar á los que le acompañaban. En vano dijo haber recibido aviso cierto de una conspiracion tramada por Odoacro contra su vida; este asesinato mancilló su gloria, y no bastaron ni debieron bastar á lavarla treinta años de virtudes.

Teodorico rey de Italia.— Toda Italia, Recia, Dalmacia y Norico se sometieron al vencedor. Conquistó la Sicilia, no por armas sino por la elocuencia de Casiodoro, enviado suyo en aquella isla. Federico, rey de los rujios, envidioso del triunfo de su vengador, sublevó contra él algunas provincias; pero su ingratitud fué castigada con una derrota sangrienta.

Los godos obligaron á los habitantes de Italia á cederles la tercera parte de sus tierras. La mezcla de idiomas se siguió á la de los pueblos y propiedades, y de ella nació, segun el parecer de algunos la lengua italiana(1).

Así se estableció en Italia la monarquía de los ostrogodos, que solo duró sesenta años.

Teodorico, llamado en su idioma Dietrich, fué el mas grande hombre de este siglo. Su estatura era majestuosa: su mirar placentero y grave: económico y liberal: impetuoso, pero clemente: hábil político y gran capitan, supo hacerse temer de sus indóciles guerreros y ganar el afecto de los pueblos vencidos.

«Detesto la opresion, decia en »uno de sus edictos, y quiero »que la justicia impida las vio»lencias. Godos, amad á los pue»blos de Italia como á hermanos. »Romanos, amad á los godos co»mo á defensores.»

Con solo su economía llenó el tesoro: disminuyó los impuestos: restituyó la prosperidad al comercio y la paz á la agricultura: reprimió con severidad el latrocinio. En su reinado se viajaba sin temor por Italia; y su prudencia estableció un órden tan escelente, que cuando Anastasio, sucesor de Zenon, para con-

(1) Para hablar con acierto del orijen de la lengua italiana, véase á Perticari, Cesarotti y Parini; y tambien los anales de Italia por Ludovico Muratori.

servar la apariencia de la soberanía en aquella península, recomendó públicamente á Teodorico que respetase el senado, hiciese obedecer las leyes y mantuviese la union entre los súbditos, todos los romanos esclamaron que el rey de los godos no necesitaba de semejantes consejos tanto como el mismo emperador.

Teodorico, en lugar de humillar á los vencidos, adoptó su traje, como hemos dicho, conservó el derecho romano, dejó á los dos pueblos gobernarse por sus costumbres, y dió á cada uno jueces de su nacion.

Sin dar oidos, como los príncipes débiles, á los consejos interesados de sus cortesanos, colmó de beneficios á los que habian quedado de Odoacro, y domó con la jenerosidad á los que no habia sometido por las armas. El año 500 entró en Roma triunfante. El papa Simmaco y el pueblo salieron á recibirle. Aunque arriano, trató con respeto, confianza y bondad á los jefes de la iglesia romana, adictos al símbolo de Nicea, pero los mantuvo en su dependencia conociendo sus pretensiones, y se reservó el derecho de decidir las elecciones dudosas. Condenó á una prision perpétua al papa Juan I, que se habia permitido obrar contra sus instrucciones en una negociacion importante que le encargó (1).

Boecio pronunció su elojio en el senado; y la elocuencia romana pareció que renacia cuando alabó, no á príncipes débiles, sino á un grande hombre.

Teodorico arengó al pueblo, le prometió la conservacion de sus derechos, y de los privilejios del senado, el mantenimiento de las leyes, distribuciones anuales del trigo, y fondos para los hospitales; y cumplió todas estas promesas.

La guardia imperial conservó su sueldo. El rey levantó las murallas de las ciudades, y las embelleció con muchos palacios, pórticos y anfiteatros. Contemplaba con veneracion el capitolio que habia gobernado el mundo; la tribuna ilustrada por tantos oradores; los grandes monumentos que sobrevivian á tantos triunfos, y quizá tambien las sombras de los antiguos éroes de Roma, jimiendo al ver que en la capital del mundo solo un conquistador bárbaro fuese ya

(1) Müller; Allgemein Geschichte-Zweiter Band.

digno, por su jenio y su valor, de apellidarse romano.

La política de Teodorico fué hábil y profunda: habia sobradamente esperimentado en Pannonia cuán laborioso es el oficio de un jefe de bárbaros, para no tratar de suavizar las costumbres de sus vasallos, ó por mejor decir sus compañeros de armas, tan indóciles como belicosos.

El rey de estos guerreros feroces no era tanto su soberano como su ministro: obligado á obedecer sus pasiones, habia tenido que pelear contra sus aliados, violar los pactos ya establecidos, saquear la Tracia, convertir en desiertos los mas hermosos paises de la Grecia; y solo para dirijir este torrente imposible de contener, habia llevado sus armas al otro lado de los Alpes.

Despues de la conquista de Italia, para acostumbrar los soldados al descanso, les repartió las tierras conquistadas. Una propiedad en suelo fértil, y bajo ermoso cielo, les inspiraron en poco tiempo el amor de la patria, de la tranquilidad y de las fruiciones de la vida social; y el interés mismo les hizo conocer la necesidad del órden, de la justicia y de las leyes.

Al mismo tiempo este prudente príncipe, en lugar de adormecerse con falsa seguridad en medio de una nacion indignada de sufrir el yugo estranjero, impidió tanto el que los romanos recobrasen los hábitos guerreros, como el que los godos se afeminasen con la prosperidad.

Las tierras concedidas á estos guerreros fueron solamente cesiones condicionales del poder real, beneficios revocables. Era preciso merecer con un servicio activo y una obediencia constante, la conservacion de los bienes adquiridos por el valor. De este modo aseguraba su conquista contra los enemigos interiores y esteriores, y tenia á los godos felices y sometidos, sin que dejasen de ser valientes.

Reuníalos con frecuencia, y sostenia su fuerza y ardor con los ejercicios militares.

Gobernando bajo otros principios á los pueblos de Italia, les dejó sus leyes, lujo, costumbres, fiestas y asambleas: los entretenia con placeres y alejaba de las armas: permitia á las ciudades que elijiesen sus majistrados, y arreglasen sus intereses: consagró, en fin, el libre ejercicio de los cultos y permitió á los obispos que tuviesen sus sínodos.

Digitized by Google

Su corte semejaba á la de los emperadores: veíanse en ella prefectos, patricios, cuestores y cónsules: apariencias que ocultaban el bárbaro á los ojos de los romanos.

En la fontera y en los campamentos, volviendo á ponerse sus armas, se presentaba á los hijos del Norte bajo otras formas. Los sacerdotes celebraban sus virtudes morales: el senado y el pueblo romano alababan su justicia, y le amaban como á libertador. Los godos, blandiendo sus lanzas, cantaban sus azañas y le onraban como á un dios.

Este príncipe, igual en talento á los griegos, despreciaba su flaqueza, y lisonjeaba su vanidad. Su correspondencia con Zenon y Anastasio estaba redactada en términos tan equívocos como los edictos de estos príncipes. Cuando le escribian como á un vasallo, respondia como un aliado; hablaba mucho de union, nada de dependencia; les dejaba confirmar los cónsules nombrados por él; no se ofendia de la suprema autoridad que afectaban, y los consolaba de su independencia con demostraciones vagas de un respeto insignificante.

Marcelino y otros muchos escritores latinos aseguran que el rey de los godos debió toda su habilidad á su jenio, y no á su educacion; pues ni aun sabia, dicen, firmar su nombre. Es difícil creer que este príncipe, educado en Constantinopla, haya podido conservar una ignorancia tan grosera: pero es lo cierto que si no cultivó las letras, las distinguió y favoreció siempre.

Tomó por ministro al sábio Casiodoro Liberio, cuyo talento le hizo olvidar que habia sido ministro de Odoacro, y elevó á las dignidades mas altas á Boecio, el último de los oradores romanos, que mereció ocupar la tribuna de Ciceron. Boecio fué célebre, tanto por la estension de sus conocimientos, como por sus virtudes y desgracias.

Los emperadores de Bizancio no eran tan temibles al nuevo soberano de Italia como los pueblos del Norte y los monarcas de Occidente. Estos antiguos enemigos del imperio romano, francos, borgoñones, alemanes, las tribus belicosas que corrian las riberas de Escandinavia, los campos de la Galia, los bosques de la Jermania y las orillas del Danubio, no miraban sin envidia al rey de los godos en el trono de Augusto, Trajano y Constantino. Teodorico se unió estrechamente con el rey de los visigodos,


BIBLIOTECA DE DERECHO
Digitized by Google

que ocupaba el mediodia de la Galia; casó con Audefleda, hija de Childeberto, rey de los francos, y hermana de Clovis, Cholodwig ó Clodoveo, fundador de la monarquía francesa; y veinte mil guerreros, siempre dispuestos á la pelea, contuvieron ó reprimieron la ambicion de los otros rivales.

Cuando Clodoveo, reunidas bajo su mando todas las tribus de los francos, hubo vencido á Siagrio, derrotado á los alemanes, y quebrantado el poder de los borgoñones, declaró la guerra al rey de los visigodos. Teodorico tomó la defensa de Alarico, su aliado y pariente; y si no pudo salvar á este príncipe, ni evitar la pérdida de la Aquitania, á lo menos hizo inútiles los esfuerzos de los franceses contra la plaza de Arlés; y así el conquistador de Italia fué el solo dique que pudo contener las armas del dichoso vencedor de las Galias.

La admiracion debida á un hombre de jenio tan superior á su siglo, no debe escusar los errores y aun crímenes que mancillaron la vejez de este gran rey; pero sería injusticia no atribuir gran parte de ellos á su situacion política, á las costumbres del tiempo, á la corrupcion de los patricios de Roma, y á la ferocidad de los oficiales bárbaros que componian su corte.

Bastará para justificar nuestro elojio, compararle á todos los otros conquistadores, que segun dice él mismo en una de sus cartas, «roban ó destruyen las »ciudades ó provincias gana»das;» y añade: «Yo quiero que »los vencidos sientan no haber»lo sido antes.»

Durante treinta años esta máxima dirijió sus acciones: recomendaba á sus guerreros que juntasen con la umanidad romana el valor godo; y en desprecio de la costumbre bárbara de no reconocer mas juez que la espada, proibió los desafios.

En su reinado disputaron Simmaco y Laurencio la silla de Roma por medio de las armas. Teodorico hizo que un concilio juzgase esta contestacion, y no empleó su autoridad sino para que se ejecutase la sentencia dada en favor de Simmaco. Este papa, de quien hablaremos muy pronto, abusando de la tolerancia de Teodorico, ó de su indiferencia ácia las disputas relijiosas, hizo declarar por otro concilio que la sede pontificia hace impecables á los que la ocupan, ó mas bien, que Dios so-

Digitized by Google

lo permite subir á ella á los que tiene destinados para santos. — ¡Pobre delirio de la razon sacerdotal !... Si la sana razon no bastase para manifestarnos la locura de tan orgullosa y despreciable pretension, la historia de muchos papas indignos del sacerdocio, probaria su falsedad y estupidez. — Esta declaracion servirá de fundamento á algunas de las pretensiones de Gregorio VII.

Mientras que la Italia, sucesivamente envilecida y asolada por los visigodos, vándalos y hérulos, salia de sus ruinas, y parecia renacer mas venturosa y floreciente, el imperio de Constantinopla continuaba jimiendo bajo el yugo vergonzoso de Zenon. El que todo lo teme cree á todos. Temblando siempre este emperador por su trono y su vida, consultaba á los astrólogos, y daba fé á sus predicciones. A pesar de su zelo por su secta, el deseo de conocer el porvenir le hacia que conversase muchas veces con Proclo, Marino, Damasio y otros filósofos paganos. Estos fueron acusados de haber formado una conspiracion para obligar á Zenon á restablecer la idolatría. Severiano, uno de sus cómplices, los delató y oyó, y los conspiradores fueron enviados al suplicio.

El conde Mauriano, tambien astrólogo, predijo al emperador que uno de los silenciarios de palacio usurparia la corona. No era necesaria gran sabiduría para hacer este pronóstico; porque nadie en la corte sino Zenon, ignoraba el amorío de la emperatriz Ariadna con el silenciario Anastasio. Sus sospechas recayeron en Pelajio, colega de Anastasio, y así lo desterró á Servia, donde fué degollado.

CRIMEN DE LA EMPERATRIZ ARIADNA.—MUERTE DE ZENON.—Ariadna, advertida por este asesinato de la suerte que la amenazaba, se anticipó con un crímen atroz. El emperador cayó enfermo; su mujer, aprovechándose de un momento en que estaba desmayado, le mandó enterrar vivo: sus gritos se oyeron fuera de la bóveda; pero no permitió que la abriesen.

Lijero bosquejo de los papas desde Zosimo hasta Juan I.

ZOSIMO, PAPA XLII, griego de nacion é hijo de Abraham, fué creado pontífice el 20 de agosto de 416 segun unos, y el 417 segun otros; pero esto no supone gran cosa para nuestra historia; va-

mosá manifestar su inconcebible tiranía con la cual queria mandar á las almas. Pelajio habia sido acusado en tiempo de Inocencio de tener opiniones particulares sobre el bautismo de los niños; y habia protestado que su creencia era en este punto como la del obispo de Roma. Celestio, discípulo de Pelajio, protestó igualmente por sí y por su maestro delante de Zosimo; y añadió, segun San Agustin, *que si algun error de ignorancia habia cometido, se sometia al fallo del Santo Padre*. Pues bien! en nada se tuvo una declaracion tan formal. Parece que era resolucion tomada por el papa y sus partidarios, el condenarlos, escitar un cisma, entregarlos á la escomunion y á los errores que en aquel tiempo eran su consecuencia. Zosimo no solo no los recibió en la comunion de los fieles, sino declaró que eran *los mas malos, detestables y frenéticos*. No era esto verdaderamente servirse de las armas de la persuasion para atraer al gremio de la iglesia á hombres que pudiesen tener si acaso algunas ideas algo ecsajeradas.

Vióse en aquellos dias deplorables una asamblea, un concilio de doscientos catorce obispos, porque entonces los obispos se reunian por escuadrones, apresurarse para lanzar sobre la cabeza de Pelajio y su discípulo un anatema, á pesar de su confesion evidente y manifiesta. La injusticia del concilio y de Zosimo, que los condenaba á pesar de sus confesiones ortodocsas, indispuso cruelmente al clero romano. El le respondió con una escomunion: la respuesta era perentoria; los sacerdotes de Roma se dirijieron al emperador Honorio. Pero era tal la decadencia en que habia caido el trono imperial, que Zosimo, escediéndose, ó por los menos imitando á sus predecesores, le proibió recibirlos por medio de una órden. El emperador obedeció y se sometió al envilecimiento que merecia. Zosimo murió y dejó la Iglesia despedazándose por un cisma, y entregada á la ambicion y codicia de Eulalio y de Bonifacio.

Bonifacio, papa xliii, 28 *de diciembre de* 419. — Parte del clero descontenta de Zosimo, escandalizada de su injusticia y de su parcialidad para con los enemigos de Pelajio y Celestio, y herida con la espada del anatema, tan terrible otras veces, y hoy afortunadamente rota por la filosofía y la razon en las sangrientas manos del fanatis-

mo, se habia retirado á Ravena, cerca del emperador Honorio, amenazado tambien audazmente por Zosimo. El odio, la envidia y el espíritu de partido dominaban en Roma y en Ravena, fermentaba y preparaba la esplosion que ubo despues de la muerte de este obispo de Roma. Simmaco, que ocupaba la silla en la ciudad por el emperador, le notició los progresos de esta disension y del escándalo que habia producido la eleccion de Bonifacio y la de Eulalio su competidor. Este último es reputado antipapa, y sin embargo parece haber reunido lo que necesitaba para su eleccion, y además fué el primero nombrado para este destino, ácia el cual desde los primeros siglos se dirijian las miradas de los ambiciosos del clero. Segun el tenor de la carta que Simmaco dirije al emperador, aparece que «el santo hombre Eulalio, con»ducido por el pueblo y el cle»ro á la iglesia de Letran para »hacer los funerales de Zósimo, »ha permanecido dos dias en él »con una multitud de pueblo »y acompañado de los sacerdo»tes, esperando el dia ordinario »en que pudiese ser consagrado »solemnemente; entretanto ha »habido algunos sacerdotes que »acaudillando á otra porcion de »pueblo se han dirijido acelera»damente ácia la iglesia de Teo»doro, con Bonifacio, de la mis»ma órden que ellos, y allí le »han querido ordenar de obis»po.» Añade que intimó á los sacerdotes no hiciesen nada contra las leyes, ni contra las costumbres, pero que resistieron y ejecutaron su designio consagrando á Bonifacio en su iglesia de San Marcelo. Por esta carta y algunas otras de Simmaco á los emperadores Honorio y Teodosio, aparece que Eulalio era lejítimo pontífice, y que se tenia como un derecho ó mas bien como una costumbre que su eleccion debia ser confirmada por el emperador; y que cuando estaba este cierto de la eleccion lejítima de un papa, debia emplear su autoridad para lanzar á aquel que, despreciando las formas y las leyes, quisiese tiránicamente introducirse en su lugar. Por esta razon Honorio envió una órden á Simmaco mandando que Eulalio fuese sostenido en la silla pontificia y espulsado Bonifacio.

Pero era tal el estado deplorable, la confusion de los derechos del imperio y del sacerdocio, que Simmaco, habiendo hecho parti-

Digitized by Google

cipar la órden del emperador á Bonifacio, que se mantenia con los suyos en la basílica de San Pablo, fuera de la ciudad, los oficiales y ministros que envió fueron presos y maltratados por los satélites de Bonifacio. Hizo publicar solemnemente las cartas del emperador en favor de Eulalio y contra Bonifacio, quien marchó en seguida ácia la basílica de San Pedro, y celebró en ella misa enmedio de las aclamaciones de sus partidarios. Pero el pueblo, varios sacerdotes y el emperador, apelaron, sobre el nombramiento de Eulalio, á un sínodo que Honorio les concedió. Convocáronse en Ravena á los obispos de Africa, de las Galias y de Italia; pero no acudieron. Viendo Eulalio que su presencia era inútil en Ravena, volvió á Roma adonde llegó enmedio del dia; el pueblo le salió al encuentro y con transportes de júbilo manifestó que á él era á quien elejia. Pero la faccion de Bonifacio despreció sus votos: robustecida con el ascendiente que su destreza y audácia le habian prestado sobre el débil emperador, consiguió arrojar á Eulalio de Roma, en donde entró Bonifacio enmedio de la fuerza armada y se hizo poseedor ó usurpador de la silla pontificia. Habia costumbre de llamarle Malifacio. Los simulacres de emperadores no sabian á cuál de los dos oir, apelóse á varios recursos y todo se empleó menos la razon y la moral. Hombres llenos de crímenes, contaminados y gangrenados de maldades, fueron entonces promovidos á las primeras dignidades de la Iglesia.

Este Bonifacio, ó mas bien Malifacio, hijo de un sacerdote, segun dice Platina, dió una órden que manifiesta demasiado hasta dónde habia descendido la perversidad moral. Declaró indigno de ser sacerdote á todo aquel que hubiese tenido la desgracia de ser esclavo. Sucesor del hombre Dios, del Dios espirante en el calvario: ¿son estos los preceptos del Maestro, que predicó siempre la igualdad, que nació, vivió y murió en la pobreza y en la esclavitud de los romanos?

Eulalio manifestó mas mansedumbre; aunque pudo disputársela, abandonó aquella silla dejando subir á ella á su competidor, intrigante y ambicioso; y habiendo sido invitado á la misma despues de la muerte de Bonifacio, la reusó con la misma firmeza y desprecio que habia bajado de ella.

Bonifacio tuvo el pontificado

tres años, ocho meses y siete dias.

CELESTINO, PAPA XLIV, 14 *de noviembre de* 423. — El principio del pontificado de Celestino fué turbado por algunos novadores, que (como nosotros quisiéramos sucediera aora, pues resultaria en beneficio de la relijion), quisieron hacer que los sacerdotes anduviesen sin capas ó mantos y ceñidos de un cordon, porque Jesucristo habia dicho á sus discípulos que anduviesen de este modo. Advertido Celestino de esta audácia, los reprendió ásperamente y les dijo conservasen el traje que estaba adoptado.

Elejido Nestorio en lugar de Simmaco, obispo de Constantinopla, le escribió Celestino algunas cartas de felicitacion. Nestorio era un cristiano tolerante que dió asilo en Constantinopla á los pelajianos, perseguidos en Italia y en Roma. Su moderacion, su caridad, su tolerancia y sus auténticas declaraciones, le hicieron un enemigo de Celestino, que despues le condenó. Era costumbre nombrar para las prelacías así á los legos como á los clérigos. Con este motivo el papa escribió una carta á los obispos de la Pulla y de la Calabria, y referiremos de ella algunos pasajes que probarán hasta dónde habia llegado la audácia de un hombre elevado por el voto del pueblo, pagándole con desprecio é ingratitud. *El pueblo*, dice, *debe ser enseñado, y no escuchado. Nosotros somos solamente quienes debemos manifestarle lo que es lícito ó no: si hay alguno tan osado que se atreva á juzgar por sí mismo de las cosas proibidas, pronto sabrá lo que puede la censura de la silla apostólica; porque cuando no podemos correjir por autoridad de admonicion, cuando somos contrariados, empleamos los medios de severidad y de rigor.*

Dejamos para los historiadores eclesiásticos el hablar de los acontecimientos de aquel tiempo: lo único que debemos decir es que Nestorio, obispo de Constantinopla, predicaba y decia que Cristo era nacido hombre solamente hijo de María, y de Dios, y que habia conseguido la divinidad por sus méritos y predicaciones. Fué Celestino pontífice ocho años, diez meses y diezisiete dias.

SISTO III, PAPA XLV, 12 *de abril de* 432. — Sisto reprueba las opiniones de Nestorio solo porque eran nuevas. Al hablar de él á Juan, obispo de Antioquía, le dice lo siguiente:

Digitized by Google

no se permita mas á la novedad, porque nada conviene añadir á la antigüedad. Sisto olvidaba que si esta era una razon valedera, tenia tanta fuerza en boca de los *paganos* como de los cristianos; que ella en un caso justificaria su aversion al cristianismo, puesto que era una novedad en el imperio esta relijion, que destruia los dioses de Roma, sus altares y sus templos, que habian sido erijidos por los antepasados romanos. Nada hay mas respetable, antiguo y eterno que la razon; si alguna cosa, si alguna opinion es vencida por ella, es menester reformarla. Solo los fanáticos y los insensatos, pueden pretender lo contrario.

Sisto fué acusado por un sacerdote muy recomendable llamado Basso, de haber cometido un incesto, y violado una monja llamada Crisogonis; lo cual supo por un criado de Sisto, llamado Pedro. La acusacion metió mucho ruido; pero á un sínodo compuesto de cincuenta y siete obispos para juzgarle, se le dejó la libertad de que pronunciase su sentencia, y Valentiniano, emperador, se envileció hasta el punto de decir que no era permitido á ningun poder juzgar al pontífice. Al punto hizo juramento de que era inocente del crímen que se le imputaba, y aquella asamblea de prelados vendidos á Sisto, á cuya cabeza estaba el mismo Valentiniano, esclavo altivo de un sacerdote, pronunció su absolucion, y tuvo además la bajeza de enviar desterrado á su intrépido acusador y de confiscar sus bienes dotando con ellos la iglesia (1).

Si Sisto hubiese sido absuelto en defecto de pruebas, no nos chocaria esta condenacion; pero que haya sido el acusado, el prevaricador, el culpable y el juez, es lo que escandaliza á todo hombre que conserve el menor sentimiento de equidad. Los dos tiranos Sisto y Valentiniano se daban la mano para reinar sobre los pueblos embrutecidos; pero Valentiniano se engañó, porque el sacerdote reinó sobre sus propios restos.

LEON I, PAPA XLVI, 12 *de mayo de* 440.—Apoderándose los bárbaros, como hemos dicho, de todos los pedazos del imperio, refluian á Roma los cristianos de todas las sectas; pelajianos, maniqueos nestorianos. Leon los perseguia encarnizadamente. Detrás de sí tenian salteadores salidos de los

(1) *I suoi poderi andarono in poter non del fisco: ma della chiesa.* (PLATINA, *Le vite de'* PONTEFICI.)

yelos del Norte, y en Roma encontraban un enemigo mas implacable que Attila y Jenserico. Atacóselos, persiguiőselos y se quemaron sus libros públicamente.

El pueblo quedő sorprendido en estremo cuando viő los rostros austeros de muchos maniqueos, porque se le habia dicho que estos tenian *la cara tan negra como la de los demonios*. Cuando estos pobres herejes confesaron que no podian creer que el mismo ser fuese autor del bien y del mal, que su esterior todo anunciaba la pureza y la continencia, y que lejos *de ser negros como los demonios*, reinaba sobre sus rostros una palidez que anunciaba el ayuno y la penitencia, la mayor parte del pueblo creyó que el papa los habia engañado. Verifícanse nuevas amonestaciones por parte de Leon, quien en su sermon del 10 de diciembre añade, *que no se encuentra ningun pudor, ninguna onradez, vergüenza ni castidad en esta secta, cuya fé es la mentira, el diablo su relijion, su sacrificio la torpeza*, etc.

La vida de Leon á quien se ha llamado *grande*, ha sido un tejido de disputas ridículas, de calumnias y de perfidias, y mas que un pastor humilde y manso, se vió en él un fanático, cobarde opresor de todos los patriarcas que tenian opiniones contrarias á las suyas, y un adulador de Pulquéria, y Macsimiano, tiranos de las iglesias de Occidente.

Los escritores embusteros (1) dicen, como hemos narrado en otro lugar, que Attila despues de haber destruido á Aquileya, Pavía, Milan y otras muchas plazas, se preparaba á saquear á Roma; pero que Leon se dirijió á él, y que tanto le conmovió con sus discursos, que abandonó su bárbaro proyecto. Curioso seria saber en qué lengua habló Leon á Attila, para hacer tan profunda impresion sobre su espíritu, porque indudablemente un salvaje salido de las orillas del *Palus Meotides* no ablaba

(1) Platina, en la vida de Leon I, dice lo siguiente: «Escuchó Attila el »discurso del buen pontífice y le obe»deció; porque dijo despues, que mien»tras Leon le estaba hablando habia »visto detras de él dos caballeros con »espadas desenvainadas en las manos, »que le amenazaban de muerte si noobe»decia al santo padre; cuyos dos caba»lleros no podian ser otros que San Pe»dro y San Pablo.»

Hasta aqui el historiador Platina. Los tonsurados pueden esplanar la noticia como quieran.

ni entendia la lengua romana.

Leon I dispuso algunas cosas particulares, entre las cuales la que mas notable nos parece es que ninguna monja pudiese tomar el velo, si no probaba haber vivido castamente cuarenta años. Disposicion es esta que conceptuamos sabia, así como atroz y orrenda el tolerar y autorizar que una jóven inesperta y fanatizada profiriese unos votos imprudentes que la iban á ligar para siempre; votos que la condenarian á la desesperacion luego que conociese su insensata lijereza, y que no le quedaba mas que resignarse á morir en una cárcel fatal, que habian autorizado y mantenido gobiernos imbéciles y supersticiosos, para contrariar la ley augusta de la naturaleza.

Cuenta el mismo Platina que en tiempo de Leon florecieron algunos hombres eminentes en piedad, y que entre ellos fué Mamerco ó Mamerto, obispo de Viena, quien, como opinan algunos, por los muchos terremotos que entonces se sentian, especialmente en las Galias, ordenó las Letanías.

Leon estuvo en el pontificado veintiun años y cuarenta y cuatro dias.

Hilario, papa xlvii, 19 *de abril de* 461.—Este es uno de aquellos papas que solo ocupan un mero lugar en el catálogo de los sucesores de los apóstoles, pues lo único que hizo fué continuar en los planes y miras ambiciosas de sus antepasados. Cuéntase que edificó en la iglesia de Letran tres capillas adornadas de oro y de pedreria, riqueza que seguramente no perteneció á la pobreza de los primeros cristianos. Las puertas de estas capillas eran de bronce con adornos de plata. En una de dichas capillas habia un cordero de oro de dos libras puesto sobre una columna de onice ó ágata. En otra habia una lámpara de oro de diez libras, tres ciervos de plata de ochenta libras que arrojaban agua en una fuente, y una paloma de oro de dos libras. Hizo además varias donaciones á las iglesias, de piedras preciosas y alajas, porque el objeto era enriquecerlas aunque el pueblo careciese de lo necesario.—Fué pontífice siete años, tres meses y diez dias.

Simplicio i, papa xlviii, 18 *de agosto de* 468.—Recorrer todas las intrigas en que este pontífice estuvo envuelto durante el tiempo de su pontificado, seria reproducir acontecimientos narrados ya. Baste decir que miró de mal ojo á Odoacro, porque no le placia semejante huésped en I-

Digitized by Google

talia, estorvándole para sus miras ambiciosas. Un prelado elevado á la cátedra de Antioquía, llamado Estevan, es asesinado por hombres que instigára su predecesor. El emperador hace que nombren su sucesor en Constantinopla, pero el papa mira esta resolucion con enojo, porque le quita Constantinopla á Roma su preponderancia; y con este motivo escribe al emperador cartas llenas de asperezas é insultos. La tiranía papal tuvo que ceder á las circunstáncias, y las iglesias de Oriente por cierto tiempo estuvieron libres del yugo de Roma.

Feliz III, papa xlix, 19 *de marzo de* 483.— ¡Cómo cambia todo con los siglos! ¡gobiernos, relijiones, sacerdotes, dioses! El papa Féliz era hijo de un sacerdote del mismo nombre, y nadie se estrañaba de esto. Desde el principio de su episcopado se mostró encarnizado enemigo de la iglesia de Constantinopla, que sumisa á las leyes del imperio, observaba los edictos de los emperadores. Acacio, patriarca respetable, sabia que toda asociacion, que todo cuerpo ecsistente en el seno de la sociedad, debe obedecer á las reglas que libremente ha escojido ó consentido; pero esta doctrina no es la de los tiranos, ni la de Féliz que marchaba por las huellas de Simplicio. Lanza un decreto de escomunion contra todos los que obedeciesen un edicto de Zenon, que proponia leyes nuevas á la iglesia de Constantinopla y abrogaba el concili de Calcedonia. No es esto aprobar mas la obediencia á las voluntades frecuentemente tiránicas de un individuo llamado emperador, que las de un papa; pero es mas inconcebible que un hombre colocado á las orillas del Tíber quiera mandar sobre las del Bósforo, del mar Negro y del de Mármara, que otro hombre cualquiera colocado enmedio de los pueblos de estas comarcas. Esté, pues, cubierto de una mitra, tiara ó diadema, no es mas que un ser aislado, un individuo cuyas órdenes puede desechar la nacion si le place.

Escribe Féliz á Zenon y á Acacio cartas llenas de insultos y amenazas, diciéndoles que debian responder á un libelo que habia salido con motivo de prescribir un edicto, al cual se conformaba el pueblo y él no. Los enviados llegan á Constantinopla, y el emperador viendo esta audácia los manda prender; pero Acacio, echándoles en cara que se hacian los ajentes de la tiranía de Roma, consiguió que

abandonasen la causa del papa y que fuesen puestos en libertad.

Constantinopla, rival de Roma, sostenia su independencia: Féliz no se atrevia abiertamente á condenar á Acacio, y parecia conformarse con el estado embarazoso á que le tenian reducido los bárbaros; el imperio de Occidente parecia haber causado en su caida la ruina de la iglesia romana; pero Féliz creyó levantarla con un golpe de audácia; lanzó un anatema contra Acacio, y se lo mandó á decir. Fué recibido con desprecio, borróse el nombre del papa del rejistro sagrado, y le devolvió insultos por insulto. Durante las pretensiones escandalosas de Roma, muere Acacio, segun algunos desterrado. Este hombre amenazado, escomulgado en Roma, opuso la firmeza de un hombre instruido, de un sabio, á la ciega audácia de un Féliz, bárbaro ya como los occidentales, y que estuvo en la silla pontificia ochos años, once meses y diezisiete dias.

Jelasio i, papa l, 11 *de marzo de* 492. — Véase aquí un papa, no solamente hijo de sacerdote, sino de un obispo; el nombre de su predecesor, borrado con desprecio del libro sagrado de Constantinopla, habia sido restituido por Eufemio; pero Féliz, así como Jelasio, no le quisieron jamás recibir en la comunion romana, porque no habia querido borrar el de Acacio. Esta perseverancia, ayudada de la fortuna, es la que ha ocasionado todos los triunfos de los papas.

Jelasio, despues de haber hecho vanos esfuerzos sobre Eufemio, quiso persuadir al senado y al pueblo romano de que no debia reconocer á Anastasio por emperador de Constantinopla; lo cual indispuso cruelmente á este emperador, y á pesar de la intriga, imposturas y calumnias de la silla pontificia, destruyó todas las esperanzas de acomodamiento y de condescendencia á sus miras opresivas; y la venganza del poder apostólico, que Acacio con tanta justicia habia despreciado, fué vencida. Jelasio escomulgó á los dos Pedros, patriarcas de Alejandría y de Antioquía, á Acacio, emperador, á Anastasio, rey de los vándalos, y jeneralmente á todos los bárbaros; pero esto no impidió á Teodorico apoderarse de toda la Italia. Ignoraban que un sacerdote orgulloso ó fanático queria entregar sus cabezas al anatema; pues si lo hubiesen sabido, la suya hubiera paga-

Digitized by Google

do su delirio indudablemente.

Este papa, cuyo espíritu altivo y osado condenaba y entregaba á la reprobacion universal á los que tenian opiniones diferentes de aquellas que habia concebido su delirante cabeza, era verdaderamente un hereje; porque declaró en pleno concilio en Roma, que en la eucaristía no estaba cambiada la naturaleza del pan y del vino, que no era mas que una imájen que se ofrecia á los fieles. Los protestantes tienen en Jelasio una autoridad suprema para apoyar sus doctrinas sobre este punto. La opinion de Jelasio no es aora lo que hace á nuestro propósito; lo único que quisiéramos que cuando se participa del error y de la ignorancia comun á todos los hombres, se fuese al menos tolerante; y llamaremos siempre impío al papa que desconozca el divino precepto de Jesucristo, què fué la tolerancia.

Ocupó Jelasio la silla cuatro años, ocho meses y diezisiete dias.

Anastasio II, papa LI, 27 *de noviembre de* 496.—Al principio de su pontificado escribió Anastasio cartas muy modestas al emperador Anastasio; pero despues llegó hasta escomulgarlo. En aquellos dias de confusion, de odio, de discordia y desgracia era imposible no ser hereje. ¿Qué habia de hacer el hombre razonable? Callábase, ó si hablaba, si escojia una opinion sobre la naturaleza y la moral, era condenado; porque á tanto habia llegado la depravacion del espíritu humano, que casi todo, escepto el error, fué una herejía. Todo crímen, toda maldad se perdonaba, con tal de que se creyese en la supremacía de los obispos romanos.

Este Anastasio es uno de los papas á quien la veracidad de la historia puede mas fácilmente perdonar: fué tratado de hereje por haber querido suscribir al concordato de Zenon, é intentado reconciliar á las dos iglesias de Constantinopla y de Roma. Por lo cual dice Platina en la vida de este pontífice, «que muchos afirmaban que por voluntad de Dios enfermó Anastasio »de repente y murió: que este »fué el segundo pontífice que tuvo relaciones con los herejes; y »que segun la opinion de algunos, »estando Anastasio descargando »el vientre, se le salió el intestino recto y murió.»

Véase la verdad que podrá haber en muchas historias cuando ni aun pudo saberse de qué murió un hombre tan visible como un papa. Solo lo fué Anastasio un

año, diez meses y veinticuatro dias.

SIMMACO, PAPA LII, 22 *de noviembre de* 498.—La eleccion de este papa está marcada con el asesinato y la mortandad. Anastasio, emperador de Constantinopla, habia mandado distribuir oro al clero romano para encontrar quien pudiese ratificar el concordato que ecsistia de discordia, y dar en fin la paz á las iglesias de Oriente y Occidente. Cuando el crédito, los medios y el poder se emplean solo para verificar la union y la concordia entre enemigos encarnizados, el mundo debe estar reconocido á aquel que tan buen uso hace de aquellos medios. Simmaco fué nombrado papa por unos, y Laurencio por otros. Aquí tenemos dos papas que pretenden ser lejitimamente elejidos: entonces los dos partidos se buscan, se amenazan, se acometen, y los asesinatos públicos y particulares y todos los orrores de una guerra atroz, civil y relijiosa, se emprenden en el nombre del Espíritu Santo que habia iluminado á los electores; el clero, juntamente con el senado y el pueblo, se dividieron: Festo y Provino, senadores muy poderosos, y Pascasio, diácono de la iglesia romana, hombre muy célebre por su erudicion y por la austeridad de su vida, estaban por Laurencio, segun relacion de Teodoro, de Nicéforo, de Paulo y de Anastasio el bibliotecario.

Para aogar este sangriento cisma, los dos partidos convinieron en recurrir á Teodorico, rey de los ostrogodos, que habia invadido á Italia, y que por entonces sitiaba á Ravena. Teodorico se decidió por Simmaco; pero las antorchas de la discordia que atizaban á Roma no fueron apagadas. Simmaco fué acusado de crímenes enormes por Festo, Provino y Pascasio, y las pruebas aparecieron tan claras que fué despojado de todos los bienes de la iglesia, y se pidieron á Teodorico fuerzas para apoyar su deposicion. Este rey que llamaban bárbaro, viendo el odio y el furor con que se destrozaban los cristianos, y la guerra sangrienta é irreconciliable que se hacian los dos partidos, fastidiado de estas disputas implacables, los separó á ambos, y puso en su lugar á Pedro, obispo de Attino. Aquí tenemos tres papas á la vez. Entonces de una y otra parte fué orrible y cruel la carnicería. Nicéforo y Paulo, diácono, refieren que la mayor parte de los sacerdotes y un número inmenso de ciudadanos ro-

Digitized by Google

manos fueron asesinados, la sangre corria por las calles de Roma; y añade Sabélico, que las vírjenes sagradas fueron violadas y degolladas. Las proscriciones de Mario y Syla no fueron mas bárbaras.

¿No debemos indignarnos cuando vemos que despues se da por Ennodio, historiador, la corona del martirio á los que en su delirio ecsecrable habian perecido por la causa de Simmaco? En fin, un sínodo reunido bajo la influencia de Simmaco, lo restableció en la silla pontificia; y ya en otro lugar acabamos de decir que este papa, abusando de la autoridad é indiferencia de Teodorico ácia las dìsputas relijiosas, hizo declarar por un concilio, que la santa sede hace impecables á los que la ocupan, ó mas bien que Dios no permite subir á ella sino á los que ha destinado para santos.

Simmaco fué papa quince años, seis meses y veintidos dias.

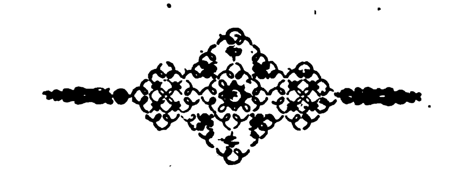
Hormisda, papa liii, 20 *de julio de* 514.—De este pontífice no hay que decir sino que continuó persiguiendo encarnizadamente á los pobres maniqueos, entregándolos á toda clase de suplicios, autorizándolos con un sínodo, que dice Platina reunió á instancias de Teodorico; pero esto no era necesario, pues bastaba Hormisda para ello, mandando que en la puerta de San Juan de Letran se quemasen nuevamente todos los libros encontrados de los dichos maniqueos.

Hizo á varias iglesias donaciones de consideracion además de las muchas que le regalaban Clodoveo, rey de los francos, el emperador Justino y el rey Teodorico; porque entonces ya no era aquella pobre iglesia del evanjelio, que vivia en subterráneos; necesitaba oro y esplendor, quedando la mansedumbre y pobreza únicamente en el testo de la doctrina de Jesucristo. Este papa lo fué por espacio de nueve años y diezíocho dias.

Juan i, papa liv, 12 *de agosto de* 523. — El fanático Justino, emperador de Constantinopla, perseguia á los arrianos con una bárbara demencia; y Teodorico, rey de Italia, tolerante y mas político, los protejia. Sabe el trato tiránico que les da Justino en todo el Oriente; indígnase de ello, y envia al obispo Juan de embajador á Constantinopla, no queriendo confiar á ningun otro lo que meditaba. Encargó á Juan dijese á Justino que si no cesaba en la persecucion de los arrianos, trataria

del mismo modo á los católicos de Italia. Juan, en la apariencia, admitió el mensaje, y Teodorico pareció obtener lo que pedia. El motivo que decidió al obispo de Roma á aceptar dicha embajada, fué por querer derribar la autoridad poco segura todavia de Teodorico, por medio de su propio poder en Italia y el del emperador unidos. Este recibió de Júan la corona imperial, aunque el patriarca de Constantinopla ya se la habia colocado en la cabeza. Semejante acto pareció sospechoso á Teodorico por parte de su embajador. Sabiendo además que contraviniendo á su mision, cual era pedir la tolerancia con los arrianos, habia pretendido purificar sus iglesias y consagrarlas de nuevo al culto católico, resultando de todo la trama de arrebatarle el poder, lo hizo prender en Ravena, y lo encarceló como á un conspirador, segun dejamos referido en la pájina 143 de este mismo volúmen.

Los escritores eclesiásticos han hecho un mártir de él; pero si el fanatismo, la vanidad, la ambicion y la perfidia son méritos para ganar la celestial corona concedida á los mártires santos, el papa Juan, que tuvo la silla por dós años y ocho meses, debe ocupar un lugar preferente.



Digitized by Google

CAPITULO II.

ANASTASIO, EMPERADOR.

(Año 491.)

Juramento de Anastasio.—Retrato de Anastasio.—Azañas de Justino.—Guerra con los sarracenos y búlgaros.—Invasion de Cavades, rey de Persia, en Armenia.—Sitio de Amida por Cavades.—Alianza de Anastasio y Clodoveo, y consulado de este.—Guerra de relijion.—Conjuracion de Vitaliano y sitio de Constantinopla.—Muerte de Anastasio.

Hemos dicho en el capítulo anterior que Ariadna, mujer del emperador Zenon, aprovechándose de un momento en que estaba desmayado, le mandó enterrar vivo, y que oyéndose sus gritos fuera de la bóveda no permitió que le abriesen. Algunos dias despues lo verificaron, y se observó que se habia comido la carne de los brazos. Esta orrible maldad inspiró poco espanto, ya porque se afectase dudar de ella, ya porque se creyese que aquel tirano merecia tal mujer y tal muerte. Zenon murió en 491, á los sesenta y cinco años de edad y dieziseis de reinado.

Ariadna, y su ministro el eunuco Urbicio, al dar muerte á Zenon, tomaron todas las precauciones necesarias para reemplazarle. El senado, sometido ó entregado á ellos, elijió á Anastasio, que ejercia el empleo de silenciario. Pero como se le acusaba de ser favorable á las erejías de los maniqueos y eutiquianos, el patriarca Eufemio, antes de coronarle, le hizo jurar por escrito su adesion á la doctrina del concilio de Calcedonia: firmó este juramento, y los pueblos del imperio, acostumbrados á mudar servilmente de yugo, supieron sin admirarse que Zenon habia caido del tro-

no, y que su dueño actual era antes un sirviente de palacio.

Retrato de Anastasio. — Anastasio, que tenia sesenta años de edad cuando ascendió al trono, no fué célebre ni por grandes vicios, ni por grandes virtudes. Nacido de una familia oscura, su belleza, que es un mérito en las cortes, fué causa de su elevacion: uno de sus ojos era azul y el otro negro. Su carácter presentaba la misma irregularidad: se le vió sucesivamente ser osado é indeciso, avaro y liberal, tolerante y perseguidor.

Decia muchas veces que la razon de estado lo disculpa todo: mácsima de muchos príncipes perversos para cubrir sus maldades con el velo del interés público: felizmente sus acciones fueron mas jenerosas que sus doctrinas. Desterró á los delatores, respetó la justicia, abolió el uso bárbaro de los combates del circo entre hombres y animales; en fin, libertó al pueblo del tributo oneroso impuesto sobre todas las producciones de la industria, y aun sobre la mendicidad, y que se llamaba *crisajiro*.

Lonjino, hermano de Zenon, aspiraba al imperio, que sus vicios hubieran desonrado: los isauros sostuvieron su pretension, y esta guerra civil duró seis años. Los jenerales de Anastasio vencieron muchas veces al enemigo causándole gran matanza. En fin, siendo cónsules Juan el scita, y Juan el corcovado, fueron los isauros completamente vencidos, y Lonjino preso y degollado.

Azañas de Justino. — En esta guerra empezó á elevarse Justino, aldeano oscuro de Tracia, que poco tiempo despues ascendió al trono. A la edad de veinte años dejó el arado por uir de la miseria; y seguido de dos compañeros llegó á la capital solo con una alforja y un bordon. Todos tres se alistaron: Leon, agradado de su alta estatura, los hizo entrar en su guardia. Justino era ya capitan en la guerra contra los isauros. Cometió una falta de indisciplina, y el cónsul Juan el corcovado le condenó á muerte: ya la segur estaba levantada sobre su cabeza, cuando Juan, movido por un sueño segun unos, ó por una aparicion como quieren otros, le concedió su perdon. Su valor le granjeó el afecto de los jefes y la benevolencia del emperador, y fué sucesivamente elevado á las dignidades de senador, jefe de los oficios y patricio.

Digitized by Google

GUERRA CON LOS SARRACENOS Y BULGAROS.—(499) Los sarracenos que turbaban entonces la tranquilidad del imperio con sus correrías y latrocinios, y que despues le fueron tan funestos cuando una nueva relijion añadió el ardor del fanatismo á su pasion por la guerra, acometieron con poderoso ejército la provincia de Siria. Romano, gobernador de Palestina, los venció y obligó á retirarse.

Anastasio fué menos feliz contra los búlgaros que habian pasado el Danubio. Aristo y el conde Nicostrato, al frente del ejército de Iliria, les dieron batalla y la perdieron: espantosas devastaciones fueron el resultado de esta derrota.

INVASION DE CAVADES, REY DE PERSIA, EN ARMENIA.—(501) La peste y el ambre despoblaron una parte del Asia. La Persia, atacada incesantemente por las tribus del Norte, estaba destrozada por las discordias civiles. Peroso fué muerto en una batalla contra los hunos: Volojeses, su hermano, le sucedió; y Cavádes, su hijo, quedó en reenes entre los hunos victoriosos. El nuevo rey despreciaba el culto de los magos: estos sublevaron el pueblo contra él, le sacaron los ojos y le privaron de la corona. Cavádes le heredó y reinó como un tirano.

Sus embajadores vinieron á pedir al emperador Anastasio los subsidios que Zenon habia prometido. El avariento emperador prefirió el dinero á la paz; y dijo que solo se habia prometido un préstamo, no un don. Rompióse, pues, el lazo que unia los dos imperios; y Cavádes difirió su venganza, impedido por otros sucesos. Quiso obligar á los armenios á abrazar su culto: estos tomaron las armas, degollaron á los magos, y vencieron al ejército persa. Las crueldades de Cavádes le hacian odioso: su ingratitud á un jeneral que le habia salvado la vida en una batalla, y á quien hizo morir, escitó el furor de los grandes del reino: depusiéronle, encerráronle en una prision y elijieron por rey á Zamaspecio.

SITIO DE AMIDA POR CAVADES.—(503) Bien pronto Cavádes, libertado por el valor de su mujer, se refujió al pais de los hunos, que le dieron tropas y le restablecieron en el trono. Despues de haberse vengado con crueldad de sus vasallos rebeldes, declaró la guerra á los romanos, entró en Armenia, la devastó y puso cerco á Amida. Despues de dos asaltos inútiles finjió retirar-

Digitized by Google

se, volvió en la noche y penetró en la ciudad por la neglijencia de los defensores de un fuerte, que se habian embriagado. Ochenta mil habitantes fueron pasados á cuchillo, y todos hubieran perecido á no ser por el valor y el injenio de un sacerdote anciano. «Señor, dijo á Caȳádes, un gran rey mancilla su »gloria degollando á los venci»dos.»—«¿Y por qué, le res»pondió el rey, han cansado mi »paciencia con una defensa tan »ostinada?»—El viejo replicó: «Porque Dios ha querido conce»der esta victoria á tu valor y no »á nuestra cobardía.» Esta respuesta altiva, tanto como lisonjera, desarmó al vencedor. Anastasio envió contra los persas un poderoso ejército, mandado por Areobindo, hábil jeneral; pero le dió por colégas á Hipacio y Patrij, dos cortesanos que envidiosos de su gloria, temian su triunfo aun mas que el del enemigo. Le hicieron, pues, traicion, y dejaron sorprender y destrozar el ejército por los persas.

Cavádes, despues de una tentativa inútil contra Edesa, se vió obligado á retroceder por los movimientos de Areobindo. Anastasio no pudo recobrar á Amida. Asustado de la procsimidad del ejército godo que amenazaba la frontera de Iliria, hizo paz con Cavádes, ó mas bien la compró: el persa restituyó á Amida por un tributo de once mil libras de oro.

El emperador, libre de este enemigo, reunió todas sus fuerzas para oponerse al ejército que Teodorico enviaba á Iliria bajo las órdenes de su jeneral Pitria. Cuando estuvieron en presencia unos de otros, el jeneral de los godos, viendo al enemigo superior en número, para animar á los suyos, se pone á su frente y esclama: «Compañeros: conoceis »el valor de nuestro monarca, y »los enemigos tambien. Probad»le que sois dignos de él. Aun»que ausente, os está viendo: »marchad y pelead: ninguna de »vuestras acciones se ocultará á »su vista.» Los griegos fueron completamente derrotados: Pitria proibió despojar á los muertos, y mandó dejar en el campo de batalla las armas y los caballos como trofeos de la victoria.

Alianza de Anastasio y Clodoveo, y consulado de este. — (508) Anastasio veia que las lejiones, ya sin vigor, no bastaban para la defensa de su capital; y así, mandó construir á trece leguas de Constantinopla una muralla de veinte pies de grueso,

Digitized by Google

flanqueada con torres, y que se estendia por el espacio de trece leguas, desde la Propóntide al Ponto Euxino;—señal de miseria y monumento de flaqueza y de lujo.

No pudiendo luchar contra el jenio y la fortuna de Teodorico, solicitó una venganza sin gloria, y viéndole ocupado en pelear contra los franceses, envió á Romano con un cuerpo de ocho mil soldados para que saquease la Calabria y las costas de Italia. Al mismo tiempo dió el título de cónsul á Clodoveo, que quitaba la Galia para siempre al imperio, é hizo que los embajadores presentasen á este príncipe una túnica de púrpura y una corona de oro, creyendo escitar de este modo irreconciliable aborrecimiento entre él y Teodorico.

Clodoveo despreciaba al débil emperador de los griegos; pero como los recuerdos de Roma y el respeto á las dignidades romanas estaban aun vivos en la Galia, el rey de los francos, para hacer mas venerable su autoridad á los pueblos conquistados, recibió en la iglesia de San Martin de Tours aquellos ornamentos, y aceptó el título que parecia sancionar su poder y lejitimar su conquista.

El emperador no acertaba mejor á mantener la tranquilidad interior que á sostener la gloria de las armas imperiales. La pasion de los antiguos griegos á las carreras de carros no habia caido con su libertad; antes bien la habian comunicado á sus vencedores. Casi indiferentes ya á la gloria de las batallas y de la tribuna, no ambicionaban con ardor sino la del circo; y al mismo tiempo que veian sin alterarse á sus jenerales y cónsules desterrados, mutilados ó prisioneros, ó á sus príncipes envilecidos, asesinados ó destronados, abrazaban con ardor el partido de los cocheros de la faccion verde ó azul; y arrostrando enfurecidos las espadas de los soldados, la autoridad del príncipe y la voz de los majistrados, mudaban muchas veces el teatro de los juegos en campo de carnicería.

El emperador, arrastrado por el torrente de la opinion, cometió la falta de tomar partido en estas sangrientas y despreciables querellas: la faccion opuesta á la que él protejia, escitó muchas sediciones que su presencia no pudo contener: algunas veces fué insultado y perseguido á pedradas, y tenia que encerrarse en su palacio.

Conjuracion de Vitaliano y sitio de Constantinopla.—(516)

Las querellas teolójicas habian ensangrentado muchas veces la iglesia, enemiga de la sangre; pero aun no se conocian las guerras de relijion. Este azote terrible que tantas bocas cristianas han deplorado con elocuencia, debia nacer del fanatismo de las sectas y de la ostinacion de los partidos, de las preocupaciones mas contrarias al evanjelio, y de las pasiones mas funestas á la sociedad. Vamos á ver el ejemplo. Anastasio favorecia á los eutiquianos é irritaba á los católicos cuyo zelo era siempre áspero y salvaje. Los papas habian escomulgado á Acacio, antiguo patriarca de Constantinopla, que se habia comunicado con los prelados erejes, ó sospechosos de erejía. La condenacion de Acacio habia llegado á ser una prueba necesaria de catolicismo, como en otro tiempo la condenacion de San Atanasio lo fué de arrianismo. Anastasio estaba indispuesto con la santa sede porque reusaba suscribir á su voluntad, y abandonar el *henótico* de Zenon. Queria que no se inquietase á nadie con motivo del concilio de Calcedonia; pero se respetaba poco su voluntad; y cuanto menos se respetaba mas se esponia á los golpes de una autoridad absoluta.

Un dia envia á pedir al patriarca Macedonio el acta por la cual, al subir al trono, se habia obligado á mantener la fé del concilio, acta que decia rebajar la majestad imperial. Macedonio reusa entregársela; el emperador disimula por algun tiempo, y en fin transfiere á los eutiquianos el derecho de asilo, que gozaba la iglesia de Macedonio. Entonces se inflama el espíritu de sedicion. Veinte mil frailes acudieron de Siria para derribar la silla del patriarca, y otras tantas lejiones se armaron en Palestina para defenderla. Insúltanse hasta en el santuario. Anastasio hace arrebatar las actas del concilio de Calcedonia, que reusaban entregarle, y las despedaza y arroja al fuego. Macedonio, acusado de crímenes infames por dos impostores, se justifica probando que es eunuco. Sin embargo enviósele á un destierro en donde murió.

Las sediciones aumentaron en violencia cada dia. El emperador era siempre insultado públicamente como ereje; sus estátuas fueron derribadas: un fraile y una monja que gozaban de su confianza murieron á puñaladas, y sus cadáveres fueron arrastrados por las calles. Los

Digitized by Google

golpes de rigor aumentaban la rabia popular.

En fin, Vitaliano, nieto de Aspar, creyendo útiles á su ambicion estas discordias, se adirió á la causa de los católicos, armó á todos los descontentos, derrotó sesenta mil hombres que Anastasio envió contra él, forzó el paso de la grande muralla (1), y acampó juntó á los muros de la capital.

Hipacio, sobrino y jeneral de Anastasio, habia sido echo prisionero. Vitaliano le traia en su ejército metido una jaula de hierro. Cirilo, que le sucedió, logró algunas ventajas, y obligó á Vitaliano á retirarse; pero despues fué sorprendido por el enemigo en una casa de prostitucion, y hecho prisionero y degollado.

Vitaliano sitió á Constantinopla. La discordia reinaba en esta ciudad, y se hubiera apoderado de ella á no ser por la habilidad de un físico de Atenas llamado Proclo (diferente del filósofo platónico cuyas obras subsisten), que renovando los prodijios de Arquímedes, destruyó las máquinas de guerra de los sitiadores y abrasó su armada con espejos ustorios ó con pólvora inflamada compuesta de azufre: la guardia imperial, aprovechándose del espanto causado por aquel desastre, sale de la plaza, se arroja sobre los sitiadores, estermina una parte de ellos, auyenta á los demás, y obliga á Vitaliano á dar libertad á Hipacio y á pedir la paz. Anastasio la concedió, prometió ser ortodoeso, y continuó persiguiendo siempre á los católicos.

Muerte de Anastasio.—No gozó mucho tiempo del reposo que le concedia la sumision de Vitaliano. Supo que un cuerpo de bárbaros, habiendo pasado el Danubio, talaba á Macedonia y Tesalia, y estándose preparando para pelear contra ellos, murió á los ochenta y siete años de edad y veintisiete de reinado, segun unos herido de un rayo, y segun otros cayó demente por castigo divino.

Fué estimado por un buen príncipe atendida la prudencia de sus leyes y la suavidad de su gobierno. Su aversion á los católicos hizo que el papa le borra-

(1) Estendíase esta desde el Ponto Euxino á la Propóntide, en un espacio de cuatrocientos veinte estadios, ó sean diezicoho leguas, apartada unas trece leguas de Constantinopla; tenia veinte pies de ancho y estaba flanqueada de torres.

Digitized by Google

se de los dípticos (1); y Nicolás I en una de sus cartas, lo compara ecsajeradamente á los Nerones y Diocleclanos. El populacho indecente de Constantinopla, atizado por sus enemigos, perturbó sus funerales con insultos. Fué emperador mediano, que vivió y reinó sin gloria ni oprobio.

Conveniente es repetirlo con frecuencia: la ignorancia de los príncipes en materia de relijion les hacia cometer faltas enormes y fatales, pero tanto menos escandalosas cuanto que la division ajitaba al episcopado. Sin esta division, que escitaba la incertidumbre en los ánimos, y que inflamando el ardor de la controversia, alejaba necesariamente el estudio y ejercicio de la moral, se hubieran cojido en paz los frutos divinos del cristianismo. ¡Qué idea tan sublime y consoladora daba de la divinidad! ¡qué confianza en su justicia y su misericordia infinita! ¡qué estímulo para las virtudes admirables! La relijion inspiraba desprecio á las vanidades terrestres, y zelo por los deberes de la humanidad; inspiraba el odio al vicio y la induljencia para la debilidad del prójimo, una paciencia invencible en la desgracia, y una compasiva bondad con los infelices; en una palabra, era un manantial de tierna caridad y de valor heróico. La relijion debia perfeccionarlo todo, santificarlo todo, hasta en la vida comun y social. ¿Por qué, pues, tantos escesos y estravíos bajo pretesto de relijion? Porque la erejía, reproducida bajo mil formas diversas, no cesando de alarmar la fé con sutilezas y sofismas, absorvió en la disputa casi toda la enerjía de las almas. La disputa enjendró los odios; de los odios nacieron los escesos: y cuanto mas en palabras y en cábalas se enredaron, menos fuerza y accion tuvieron las virtudes. El ejemplo de los buenos obispos no se seguia por la multitud. Apoderóse de los príncipes y de los pueblos un vértigo casi jeneral: la iglesia fué despedazada; el estado lleno de disensiones. Y ved aquí una de las principales causas de las calamidades que la historia pondrá contínuamente á nuestros ojos.

(1) Los dípticos eran una especie de rejistros públicos. Los habia profanos y sagrados: en los primeros se inscribian los nombres de los cónsules y de los majistrados; en los otros los de las personas de consideracion por quienes se debia orar en el sacrificio.

Digitized by Google

CAPITULO III.

JUSTINO, EMPERADOR.

(Año 518.)

Pretensiones de Amancio al poder. — Eleccion de Justino por el ejército.— Administracion de Proclo.— Retrato de Lupicina, por sobrenombre Eufemia. — Sedicion de las facciones del circo. — Desórdenes de la faccion azul. — Primeras empresas de Belisario. — Embajada y muerte del papa Juan I. — Desgracia de Boecio y de Simmaco. — Condenacion y muerte de Boecio.— Muerte de Simmaco. — Muerte de Teodorico. — Rejencia de Amalasunta.— Atalarico, rey de Italia. — Justiniano, emperador. — Muerte de Justino.

Pretensiones de Amancio al poder. — Anastasio no dejaba mas parientes que tres sobrinos sin talento ni influjo, que no inspiraban confianza ni temor á ningun partido, y que fueron olvidados luego que su tio dejó de vivir. El eunuco Amancio, ministro de Anastasio, gobernaba el estado en los últimos años bajo el nombre de su señor. No atreviéndose á aspirar al imperio, quiso comprarlo para otro, y elijió para ello al patricio Teócrio, de cuya amistad y carácter apocado esperaba que le conservaria en el poder. Encargó á Justino que le ganase los votos de los senadores, de las tropas y del pueblo. Justino mandaba entonces la guardia; y como en los paises sujetos al despotismo la fuerza destinada á defender el trono es comunmente la que lo usurpa, el ambicioso armado para apoderarse de la corona, no tiene que hacer mas que estender la mano á ella.

Justino era un soldado de fortuna, nacido en Tracia en la miseria, que no sabia leer ni escribir, pero era católico zeloso y sobrado intrigante para suplan-

Digitized by Google

tar á sus rivales: educado en los campamentos, se habia adquirido el afecto de las tropas, siendo partícipe de sus riesgos y fatigas: le amaban por su valor, su fuerza, su mirar majestuoso, su tez encendida, su vida de aventurero, y usta por su grosera ignorancia. Servíase del oro que le prodigaba Amancio, para hacer grandes regalos á los oficiales, á los principales senadores, al pueblo; pero no solicitó sus votos sino para sí mismo; y con un asentimiento casi unánime le elijieron emperador.

El conde Juan fué uno de los aspirantes á la corona; pero su partido, demasiado flaco, no pudo impedir ni aun retardar la eleccion. En un momento en que el imperio estaba acometido de los bárbaros por todas partes, parecia necesario el nombramiento de un emperador belicoso. Justino debia su fortuna á sus azañas; pero cuando subió al trono tenia sesenta y ocho años, y la vejez habia resfriado su valor. Si el nuevo emperador carecia de luces, poseía á lo menos la suficiente intriga y el conocimiento de los hombres, para sacar partido de ellos. Como la ciencia militar era la única que habia estudiado, se encargó solamente de la direccion del ejército, y encomendó el gobierno del imperio al cuestor Proclo, hombre íntegro, de esperiencia, sábio y jeneralmente estimado.

Lupicina, mujer de Justino, habia sido esclava, despues su concubina, luego su esposa, y en fin emperatriz: para hacer olvidar su orijen mudando su nombre, su marido le dió el de Alia Marcia Eufemia. Nada debió á la educacion; pero la naturaleza la habia dotado de virtud, prudencia y bondad. No tuvo hijos, y así el emperador fijó su afecto en su sobrino Justino, que á la sazon tenia treinta y cinco años.

Este príncipe, cuyo reinado fué despues tan glorioso para el imperio, nació en el pais llamado antiguamente Mesia, y hoy Bulgaria. Su padre Istok fué un aldeano, su madre se llamaba Biglenaria, y él tenia el nombre de Upranda. Estos vocablos bárbaros eran incómodos á la vanidad griega, y se mudaron en los de Sabacio, Vijilancia y Justiniano; y asta la aldea de Tauresiano, cercana á Sárdica, donde tuvo su nacimiento, se ennobleció con el nombre de Tetrafrijia.

Justino, asegurado ya en el trono, se declaró protector de los católicos: el pueblo le aplaudió

como á un nuevo Constantino, y dió á su esposa el sobrenombre de Elena.

El clero cátolico, opresor desde que no fué oprimido, persiguió á los arrianos, nestorianos maniqueos, ecsijió que se escluyesen á los erejes de los empleos, y lo mas absurdo todavia, se les alejó hasta del servicio militar.

El emperador escribió al papa para ser admitido en su comunion; lo que no logró sino á condicion de que el patriarca Juan anatematizaria á Acacio, Eufemio y Macedonio, sus predecesores.

Un legado vino á Constantinopla: el emperador lo recibió con grande onor en el senado, y las iglesias griega y latina se reconciliaron momentáneamente. Severo, patriarca de Antioquía, sostenia aun á los herejes: Vitaliano tuvo órden de deponerlo y de hacer que le cortasen la lengua: el proscrito se refujió al palacio de Timoteo, patriarca de Alejandria, que con el favor de un partido numeroso se burlaba de las órdenes de la corte.

Amancio y Teócrito, cuyos proyectos ambiciosos echó por tierra la elevacion de Justino, formaron una conspiracion: fué descubierta, Teócrito preso y muerto, y Amancio desterrado á Sárdica. Un rival mas temible era Vitaliano, príncipe hereditario de la Scitia menor, nieto de Aspar, jefe de los godos ausiliares y hábil jeneral. Entonces mandaba un ejército, y no era posible olvidar que poco antes habia sitiado á Constantinopla y hecho temblar al emperador en su palacio. Su celo por la fé católica le habia granjeado el título de ortodocso que le dieron los sínodos de Tiro y Apamea. No era seguro emplear la fuerza contra un hombre tan poderoso: engañáronle, pues, para arruinarle; y la venganza le llamó á la corte con la máscara fementida de la confianza y de la amistad. Justino le colmó de onores y dignidades: Justiniano le juró una amistad fraternal, *consagró este juramento comulgando con él*, le convidó á un banquete, le hizo degollar, y manchó con esta atroz alevosía el primer escalon por el cual ascendió al trono.

SEDICION DE LAS FACCIONES DEL CIRCO.—(521) El furor de las facciones del circo ensangrentaba diariamente á Constantinopla, y causaba en todo el imperio desórdenes orribles. No eran ya las solemnidades, las pompas de la Grecia, embellecidas por una risueña mitolojía en que todos



Digitized by Google

los éroes, príncipes y pueblos rivales deponian sus odios y sus armas para disputar pacíficamente una palma gloriosa. Cuando Roma adoptó el uso de las carreras de carros, la severidad de sus costumbres no pudo permitir que la gloria de los cónsules, senadores y patricios se espusiese en la arena á las murmuraciones y aplausos de la inconstante multitud. Oscuros cocheros, destinados á los placeres del pueblo, disputaron solo el premio de los certámenes; y se les distinguia con los colores encarnado, blanco, verde y azul.

En tiempo de los emperadores, cuando los ciudadanos dejaron de entender en la causa pública, fueron las diversiones su sola ocupacion. Los romanos, á quienes sus dueños daban fiestas muy costosas para que olvidasen los pesares de la servidumbre, aplicaron á los juegos públicos el mismo ardor y espíritu de partido que ya no podian impunemente manifestar en el foro. Cada uno sostuvo con pasion las pretensiones de los cocheros á que era adicto: los colores fueron estandartes y enseñas de tumulto: la supersticion unió muy pronto ideas misteriosas á su número cuaternario, que se suponia representar los cuatro elementos: y se creyó ver en sus triunfos ó reveses presajios infaustos ó favorables, que interpretaban, segun las opiniones, temores ó deseos.

Los emperadores, ó arrastrados por el ejemplo, ó que creyesen complacer al pueblo imitándole, cometieron muchas veces el yerro de tomar parte en estas pueriles querellas: el influjo de la autoridad las hizo tan importantes, violentas y encarnizadas, como las discordias relijiosas; y los que quisieron reprimir el abuso, le hallaron arto arraigado para destruirlo.

Despues de la traslacion de la silla del imperio á Bizancio, esta locura estravagante y funesta creció con la corrupcion de las costumbres. Los griegos, sumisos á tiranos, gobernados por eunucos y oprimidos por bárbaros, no parecian recobrar su antiguo valor y denuedo, sino para defender á sacerdotes ortodocsos, y á frailes herejes, ó para sostener á costa de sus vidas, fórmulas ininteligibles ó la insolencia de los conductores de los carros; y cuando en los campamentos, en el palacio y en el senado solo se hallaba tiranía y servidumbre, por un contraste singular volvia á encontrarse en

Digitized by Google

el circo la democracia con toda su licencia y sus furores.

DESÓRDENES DE LA FACCION AZUL. —Justiniano apoyó con su autoridad á los partidarios de la faccion azul, la cual orgullosa con su proteccion, se entregó á los mayores escesos contra la faccion verde. Todas las ciudades fueron teatros de combates sangrientos y de todos los crímenes que acompañan á las guerras civiles.

Los azules tomaron el traje de los hunos, y se mostraron codiciosos y crueles como este pueblo: robaban las casas de sus enemigos, erian á los que encontraban, vendian su brazo á los que pagaban asesinatos, quitaban los esclavos á sus dueños, las hijas á sus padres, ultrajaban á las mujeres mas distinguidas sobre los cadáveres de sus esposos: ningun majistrado se atrevia á castigar á estos bandidos, temiendo desagradar á Justiniano; y este temor llegó á tal punto, que el emperador ignoró tres años semejantes escesos.

Cuando los supo, nombró prefecto de la ciudad á Teodoto, hombre firme y justo, y que en otro tiempo habia sido conde de Oriente. Este majistrado, sin temer la ira del príncipe, opuso á los facciosos una inflecsible severidad, disipó sus corrillos, puso en prision á los mas sediciosos, y mandó degollar á muchos. Uno de los que envió al suplicio era de sangre ilustre, y se llamaba Teodoto como él. Los nobles, deseando ser superiores á la ley, se reunieron contra el prefecto: Justino, cediendo á sus clamores, envió á Teodoto al Oriente; pero obligó á su sucesor á observar la misma conducta, y á desplegar contra las facciones la misma firmeza. La parte que Justiniano habia tenido en estos desórdenes no le privó de la benevolencia de su tio: nombrado cónsul, gastó grandes sumas en dar fiestas magníficas para ganar popularidad, é hizo pelear en la arena veinte leones contra treinta leopardos. El vulgo, sin hacer caso de la decadencia del imperio, creia que el lujo era poder, y la prodigalidad grandeza.

Mientras que se le entretenia con la pompa de los juegos, se dejaba á Teodorico gobernar la Italia como señor, y nombrar un cónsul sin dignarse pedir el consentimiento de Justino.

GUERRA CON EL REY DE PERSIA. — En esta época el rey de Persia, que se creia soberano de la Cólquida, llamada entonces Lázica, le dió por rey á Damnazes, y despues de su muerte á Zateo, el cual habiendo abrazado el

Digitized by Google

cristianismo, quiso hacer dependiente su corona del emperador de Constantinopla. Cavádes indignado, resolvió desde entonces hacer guerra á Justino, y para esto compró la alianza de un rey de los hunos, que residia cerca de Derbont; pero habiendo descubierto que este príncipe recibia tambien subsidios de Justino, le invitó á una conferencia, y se vengó de su doblez asesinándole. Pocos tiranos superaron á Cavádes en alevosía y crueldad. La conformidad de las doctrinas de Zoroastro y Manes habia hecho que muchos sátrapas y oficiales del ejército abrazasen el maniqueismo: el hijo del rey los favorecia, y se les acusaba de conspirar para elevar el príncipe al trono. Cavádes, disimulando su ira, junta los estados del reino, y dice á los maniqueos: «Mi hijo ha abrazado »vuestros dogmas: lo sé y lo a»pruebo: venero vuestra doc»trina, y quiero que el heredero »del trono siga vuestras mácsi»mas y os tenga en su compa»ñía. Separaos de los profanos »y acercaos á él.» Los maniqueos obedecen con alegría; y cuando estuvieron reunidos, la guardia los rodea y degüella.

Estos homicidios causaban un terror jeneral. El rey de Iberia, no pudiendo tolerar el yugo de un tirano tan sanguinario, imploró la proteccion de Justino. Cavádes apenas lo supo, hizo entrar su ejército en Iberia, y esta fué la señal de la guerra entre griegos y persas.

Primeras empresas de Belisario. — Entonces comenzó el gran Belisario la carrera de su vida eróica: condujo las lejiones de Justino á la Perzarmenia y la devastó; pero mal servido por algunas tropas que aun no habia tenido tiempo de disciplinar, hubo de retirarse; y este primer revés, que le demostró la necesidad de unir la prudencia al denuedo, fué quizá una de las causas de su gloria. La fortuna estravía á los hombres mas grandes, y para los jenios ardientes un lijero revés es muchas veces mas útil que un gran triunfo.

Otro ejército de Justino fué derrotado junto á Nisibe por la cobardía de Licelario, su jeneral. Belisario le sucedió, y á pesar del desaliento causado por aquella derrota, detuvo á los persas, y defendió con tanto valor como habilidad la plaza de Dara.

Los árabes, desengañados de los errores de la idolatría, comenzaban entonces á conocer la

necesidad de un nuevo culto. Primero quisieron restablecer el de Moisés. Elisan, rey de Abisinia, cristiano zeloso, salió de Acsum, su capital, atravesó el golfo de Arabia, derrotó á los árabes con muerte de su príncipe Bírnion, y colocó en el trono á un rey cristiano.

Despues de su partida se rebelaron los árabes: el rey de Abisinia los volvió á vencer, é hizo alianza con Justino, el cual le envió por ausiliares no á tropas sino á frailes misioneros. Elisan, restituido á sus estados, mas zeloso, dicen, de los bienes del cielo que de los de la tierra, dejó el trono, envió su corona á Jerusalen como una ofrenda, y se retiró á un monasterio, donde aseguran murió oliendo á santo.

Embajada y muerte del papa Juan i. — (525) Teodorico, que aúnque arriano zeloso habia protejido á los católicos en Italia, llevaba á mal la persecucion que sufrian en Oriente los de su creencia. Hizo presente por cartas al emperador, que los príncipes no tienen derecho alguno sobre los espíritus; que su poder está limitado á la policía esterior: que solo pueden castigar á los perturbadores del órden público; y despues envió á Constantinopla al papa Juan, como ya dejamos referido en otro lugar, á quien mandó emplear todo su influjo contra el sistema de rigor é intolerancia que seguia Justino. Era el primer pontífice romano que allí se veia. El senado, el clero, el pueblo, y el mismo emperador salieron á recibirle á las puertas de la ciudad, y se postraron á sus pies; mas no quiso entrar en la iglesia metropolitana, sino á condicion de que celebraria en latin, y á él se le daria un lugar preeminente al del patriarca.

Ya en otro lugar dejamos dicho cómo cumplió con su mision; y el rey de los godos debiera haber previsto que un papa no podia de buena fé defender la causa de los erejes. Fleury, en su historia eclesiástica, tomo I, pájina 32, miente cuando dice que Juan cumplió bien con su encargo. Este fué colmado de elojios por los católicos, pero Teodorico, sin respeto de ninguna especie, le encerró en cárcel perpétua, donde murió.

La vejez habia hecho el carácter del conquistador de Italia mas débil é irascible: el éroe se iba eclipsando y el bárbaro aparecia: cuando jóven onraba el valor y la virtud: ya viejo, los temió y los envió al suplicio.

Desgracia de Boecio y Simmaco.— Boecio y Simmaco, los dos personajes mas ilustres de Roma, colmados asta entonces de sus favores, y que prueba la falsedad de los que dicen que Teodorico no sabia escribir, escitaron sus zelos; y desde que le parecieron temibles, resolvió sacrificarlos.

El senador Boecio, de la familia Anicia, descendia del famoso Manlio, el que arrojó los galos del capitolio. El deseo de sostener este nombre glorioso, lo alejó de las disipaciones á que se abandonaban esclusivamente los romanos dejenerados.

En su juventud se entregó con ardor al estudio: su viva curiosidad le llevó á las escuelas de Atenas, donde vivió muchos años. La fuerza de su razon le apartó de la pasion pueril de los griegos á la májia y al misticismo, y adelantó mucho en la escuela de Proclo, célebre entonces. Su injenio, ilustrado por la moral del cristianismo, se fortificó con la lójica de Aristóteles, y se enriqueció con la imajinacion de Platon. Cuando volvió á Roma, se casó con la hija del patricio Simmaco. Defendió la fé católica contra las erejías de Arrio y de Eutiques: estudioso, activo é infatigable, escribió muchos tratados sobre la música antigua, la mecánica de Arquímedes, la astronomía de Ptolemeo y la filosofía de Platon. Su fortuna socorria á los indijentes, su valor protejia la inocencia; y si la lisonja solamente pudo compararle á Demóstenes y Ciceron, la opinion pública le elevó con justicia sobre todos los escritores de su siglo, y en efecto fué el último que merece nombrarse. Teodorico, como todos los grandes hombres, buscaba el mérito, onraba la virtud y premiaba el talento. Boecio obtuvo el consulado y el empleo de comandante de los oficios; y alcanzó á ver á sus dos hijos, jóvenes todavia, nombrados cónsules en un mismo año, presentarse en el foro entre los aplausos del senado y las aclamaciones del pueblo.

El favor no corrompió su noble carácter. Ciudadano en una ciudad sometida, filósofo en la corte de un conquistador, resistió á la tiranía orgullosa de los oficiales bárbaros, que á pesar de las intenciones del rey, robaban los campos, oprimian á los aldeanos, arruinaban las provincias y trataban á los romanos como esclavos.

Su elocuencia atrevida ilustró

al monarca, á quien habian engañado y salvó á Pauliano, que por una sentencia inhumana estaba condenado á ser espuesto á las fieras. Cuando se trataba de luchar contra la delacion y defender la virtud, no conocia ni temor ni prudencia. Esta entereza romana aumentó su fama; pero disminuyó su favor: — la verdad es importuna en el palacio de los mejores reyes; y al paso que hiere la vanidad priva de la estimacion.

Teodorico empezaba á temer la sombra de libertad que habia restituido al senado. Se acusó al senador Albino de conspirar para que Roma volviese á ser independiente. Boecio defendió á su amigo, y dijo al príncipe: «Los »sentimientos de este acusado »virtuoso son los del senado y los »mios. Debemos participar de su »pena si Albino es culpable: si somos inocentes, las leyes deben »protejer á Albino como á nosotros.»

CONDENACION Y MUERTE DE BOECIO. — Los delatores, resueltos á perderle, falsificaron su firma y la de Albino, y las pusieron en un escrito en que se pedia socorro al emperador de Oriente, contra la opresion de los ostrogodos. Teodorico irritado, sin querer oir á Boecio, le mandó prender. El senado temblando acusó su entereza de rebelion, su ciencia de magia, y se desonró condenándole á muerte y á confiscacion de bienes.

Boecio, sin quejarse, manifestó su desprecio á aquel vil senado, cuya libertad habia querido defender, y no se vengó sino diciendo estas palabras «En muriendo yo, no habrá ningun romano culpable del crimen porque me acusais.»

Lejos de amedrentarse con la procsimidad de la muerte, compuso en la prision un tratado sobre *el consuelo de la filosofía*, obra piadosa, en donde Teodorico es maltratado muchas veces, y que podia hacer sospechosa la fidelidad del autor. La conducta del papa embajador aumentó la desconfianza del rey. Los bárbaros ministros de la venganza de Teodorico, rodearon á su cabeza una cuerda, y la estrecharon asta que los ojos saltaron de sus órbitas. Despues de haberse gozado algun tiempo en sus dolores que no pudieron vencer su valor, le mataron á golpes de clava y estinguieron asi la última lumbrera del Occidente.

El patricio Simmaco, su suegro, dió vivísimas é indiscretas demostraciones de su justo dolor. Se creyó que pretendia ven-

gar al que llevaba con tanta osadía, y fué encadenado, conducido á Ravena y sacrificado á las sospechas del rey.

Es molesto ver los últimos años del reinado de Teodorico turbados por sospechas crueles, y manchados con injustas ejecuciones. ¡Efecto deplorable de las disensiones relijiosas! Los católicos y los arrianos participaban de las ventajas de un buen gobierno; y sin embargo se entregaban á la desconfianza, y hacian que un rey tan sabio cayese en los lazos de los delatores.

Muerte de Teodorico.— Teodorico no sobrevivió mucho tiempo á sus víctimas, y debe decirse en gloria suya, que despues del esplendor adquirido en treinta años de grandes conquistas, talentos y virtudes, descendió al sepulcro ajitado de temores y oprimido de remordimientos. El espanto y la vergüenza debilitaron su espíritu mas que la edad. Un dia, sirviéndose en su mesa un enorme pescado, esclamó: «Quitad de aí ese fantasma: ¿no veis á Simmaco enfurecido, con ojos centellantes, dispuesto á devorarme?»

Despues de tres dias de agonía falleció á los setenta y cuatro años de edad: sus últimas palabras manifestaron su arrepentimiento por las muertes de Simmaco y de Boecio.

Así cayó este hombre célebre, que saliendo de los bosques de Pannonia, se hizo dueño de Roma y de Italia, y estendió su poder desde Siracusa hasta Belgrado, y desde el Danubio hasta el mar de Libia.

La fortuna que le prodigó sus favores, le concedió un bien sumamente raro en el trono, cual es un verdadero amigo. El griego Artemidoro se mostró siempre mas afecto al hombre que al príncipe; y cuando murió, el rey hizo de él el mas noble elojio en estas pocas palabras: «Artemidoro sirvió á los hombres de mérito, consoló á los infelices, y jamás abusó del poder.»

Rejencia de Amalasunta.— Amalasunta, hija de Teodorico, eredó sus estados, sus talentos y su fama: por su valor y virtud hizo amable á los romanos y respetable á los bárbaros el yugo de una mujer; y durante la larga infancia de su hijo Atalarico, ocupó gloriosamente el trono donde no habian podido sostenerse tantos guerreros ilustres.

La muerte de Teodorico dió á Justino esperanzas de derribar el poder de los godos en Italia, y aun creyó inútil desplegar

Digitized by Google

contra una mujer las fuerzas del Oriente. Hizo que la acometiesen en Pannonia los lombardos, codiciosos de dinero y gloria; pero fueron rechazados por las tropas godas, y Justino hubo de reconocer á Atalarico por rey de Italia.

Atalarico rey de Italia. — Amalasunta, dotada de un injenio vivo y penetrante y de un carácter firme y moderado, instruida en las lenguas griega y latina, hablaba poco y bien, era á un mismo tiempo económica y liberal, amaba la paz sin temer la guerra, negociaba con prudencia, pero con altivez, y adquiria la estimacion jeneral por su fidelidad inviolable en cumplir lo que prometia.

El primer acto de su reinado lo fué de espiacion y justicia, restituyendo á los hijos de Boecio y Símmaco la herencia de sus padres. Fué su primer ministro Casiodoro, cuyos talentos y virtudes respetó la envidia en tres reinados consecutivos. Deseando educar á su hijo, no como príncipe, sino como hombre, le envió á seguir sus estudios en las escuelas romanas. *Lo que distingue*, decia, *á las naciones civilizadas de las bárbaras, es la estimacion de las letras y de los que las cultivan y enseñan.* Alejó con su prudencia los peligros con que la amenazaba la ambicion de Amalarico, rey de España y nieto de Teodorico: evitó la guerra, cediendo á este príncipe las ciudades que poseia en la Galia.

El conde Ricimero se presentó de órden suya en el senado de Roma, y entregó el juramento que habia prestado la reina de conservar á los romanos, dálmatas y godos sus privilejios. Mientras Amalasunta empleaba la destreza, el valor y la suavidad para afirmar la monarquía de los ostrogodos, el príncipe que habia de destruirla, caminaba á largos pasos á su elevacion.

Justiniano emperador.—Justino descendia rápidamente al sepulcro. Justiniano, su sobrino, patricio y jeneral, aun no tenia mas título que el de *nobilísimo*: deseoso de llegar al imperio, habia ganado con sus regalos los votos del senado; y este suplicó al emperador que le declarase augusto. Como el amor de la autoridad es la última pasion de los viejos, el monarca ootojenario no quiso dividir la suya espirante. Pero advertido al año siguiente, por la disminucion de sus fuerzas, de la proesimidad de la muerte, convocó

en su palacio el senado, asoció á Justiniano al imperio, proclamó augustos á él y á su esposa Teodora; hizo que los coronase el patriarca Epifanio, y murió á los pocos meses despues de un reinado de nueve años.

Llegó viejo al imperio, y sostuvo sin gloria el cetro, del cual habia parecido digno por las azañas de su juventud.

Digitized by Google

CAPITULO IV.

JUSTINIANO, EMPERADOR.

(Año 527.)

Retrato de Justiniano.—Retrato de la emperatriz Teodora.—Mutilacion de dos obispos.—Penitencia de Teodora y de quinientas rameras.—Revolucion de los abases contra su rey.—Guerra con Cavádes, rey de Persia, y batalla de Dara por Belisario.—Orijen de los esclavones.—Nueva guerra con los persas, y batalla de Calínica.—Paz con la Persia.—Querellas del Circo.—Revolucion del pueblo en favor de la faccion verde.—Tumulto escitado por Hipacio y Pompeyo, sobrinos de Justino.—Asesinatos en el circo.—Conquista de Africa por Belisario.—Usurpacion de Jelimer.—Preparativos de guerra contra los vándalos.—Marcha de Belisario.—Invencion de las señales, atribuida á Belisario.—Azañas de Juan, jeneral romano.—Victoria de Belisario sobre Jelimer, y su entrada en Cartago.—Muerte de Juan por la torpeza de un soldado.—Carta de Fáras á Jelimer.—Entrada triunfante de Belisario en Constantinopla.—Redaccion de los códigos por Treboniano.—El Dijesto y las Pandectas.—Las instituciones de Justiniano.—Las novelas.—Rejencia de Amalasunta.—Crápula y escesos de Atalarico, su hijo.—Conspiracion contra Amalasunta.—Muerte de Atalarico.—Elevacion y crímenes de Teodato.—Muerte de Amalasunta.—Conquista de Sicilia por Belisario.—Llegada de Belisario á Cartago.—Conducta de Teodato.—Conquista de la Italia meridional por Belisario.—Llegada de Belisario á Roma.—Marcha de Vitijes sobre Roma.—Peligro y valiente defensa de Belisario.—Sitio y batalla de Roma.—Muerte del papa Silverio.—Toma de Milan por los bárbaros.—Sitio y toma de Roma por Belisario.—Desgracia, destierro y muerte de Juan de Capadocia.—Belisario es nombrado jeneral de Oriente.—Retirada y desgracia de Belisario.—Embajada de Cosroes á Belisario.—Paz entre Belisario y Cosroes.—Trabajos de Justiniano.—Baduela, por sobrenombre Totila, es rey de los godos.—Enfermedad de Justiniano.—Desgracia y reabilitacion de Belisario.—Su marcha contra Totila.—Toma de Roma por Totila.—Entrada de Belisario en Roma.—Muerte de la emperatriz Teodora.—Retiro voluntario de Belisario.—Nueva toma de Roma por Totila.—Retrato del jeneral Narsés.—Su llegada á Italia.—Batalla entre Narsés y Totila.—Derrota y muerte de Totila.—Teya, rey de los godos.—Su muerte valerosa.—Sitio, bloqueo y capitulacion de Cumas.—Sumision de los go-

Digitized by Google

dos.—Destruccion de su imperio.—Escritos relijiosos de Justiniano.—Muerte del papa Vijilio.—Revolucion de España.—Aparicion de los turcos.—Invasion de los árabes y de los hunos.—Armamento de Belisario.—Triunfo y desgracia de Belisario.—Descubrimiento de los gusanos de seda.—Conspiracion contra Justiniano y prision de Belisario por este motivo.—La mendicidad y ceguera de Belisario son una mentira.—Muerte de Belisario.—Muerte de Justiniano.

Retrato de Justiniano. — El nuevo señor del Oriente, nacido en una choza, educado en los campamentos, y elevado á la dignidad de césar por el asesinato de Vitaliano, pródigo en sus placeres, minucioso en sus ocupaciones, comparable á Domiciano por sus entretenimientos pueriles, subyugado por una ramera que habia recibido por esposa, debia inspirar al pueblo mas temor que esperanza. Sin embargo, su vida fué gloriosa, su nombre célebre; y en su reinado el imperio se levantó y pareció adquirir nuevo vigor y fuerzas nuevas.

Justiniano ambicionaba todos los jéneros de gloria. Las lecciones de un griego, llamado Teófilo, ilustraron su espíritu: estaba en la fuerza de la edad cuando subió al trono: se celebraban sus conocimientos en jurisprudencia, y su elocuencia en el senado: tenia mucha pasion á la arquitectura y á la música; y los griegos actuales cantan todavía en el oficio divino algunos de sus himnos.

El estudio de la teolojía, al cual se entregó con todo el ardor que era jeneral en su siglo, le costó un tiempo precioso y le hizo cometer graves errores. La mezcla de defectos y buenas cualidades que se observa en el carácter de este príncipe, hace muy difícil juzgarlo. Los jurisconsultos le han prodigado elojios; los autores eclesiásticos injurias. Procopio, abogado, secretario de Belisario, é historiador, le ha adulado y destrozado sucesivamente, mudando de opinion segun mudaba su interés. En una de sus obras pinta al emperador como un ánjel: en otra como un demonio; pero la vida de Justiniano prueba, que ni mereció alabanzas tan ecsajeradas, ni censuras tan amargas.

Este príncipe tenia, con una ambicion desenfrenada, poco entendimiento y un carácter débil: naturalmente suave, fué

cruel muchas veces por obedecer á los caprichos de Teodora que le dominaba. Tuvo jenerales hábiles, porque el deseo de la victoria le ilustraba para la eleccion; pero la envidia le hizo ser ingrato con ellos. Ningun príncipe ha levantado mas monumentos: pocos emperadores hicieron tantas conquistas: sus leyes, que gobiernan todavía el mundo, han hecho célebre su nombre; pero su gloria fué prestada: la de lejislador solo pertenece al sábio jurisconsulto Treboniano: la de conquistador fué debida al talento de Jermano, y al jenio de Belisario y de Nárses: si su voluntad les dió impulso, muchas veces su debilidad les puso trabas. Su prodigalidad disipó el inmenso tesoro que habia juntado su predecesor: sus ministros, codiciosos y corrompidos, oprimieron á los pueblos con tributos. Llevó muy lejos sus armas, pero agotó sus fuerzas, y perdió por culpa suya el Occidente, conquistado por sus jenerales.

Sus numerosos monumentos oprimieron mas que embellecieron el imperio. En fin, debió su grandeza á la fortuna, su elevacion á un crímen, sus victorias á algunos grandes capitanes, sus desgracias é infortunios á sí solo; y su nombre no brillaria hoy con tanto esplendor, si Treboniano no le hubiese puesto al frente de un código inmortal.

Teodora gobernaba al emperador y al imperio. En su juventud hizo fortuna por su ermosura y sus vicios, superando en uno y otro á todas las demás cortesanas: comedianta y pantomima, célebre por su habilidad, escitaba con su viveza, jestos y actitudes, un vivo entusiasmo. El pueblo que le prodigaba entonces sus aplausos en el teatro, no prevía que sentada un dia sobre el trono, habia de esijirle otros omenajes.

Tenia mucha gracia y amenidad en su trato: un gobernador de Africa, enamorado de ella, la llevó á su provincia, y de su amor tuvo un hijo. Un nuevo capricho, ó un secreto presentimiento, la escitaron á volver á la capital, donde cambiando de papel, afectó devocion, medio casi siempre útil para medrar, vivió en el retiro, se entregó al estudio, no trató sino con sábios, majistrados y estadistas, y atrajo á Justiniano, que cautivo de su amor, resolvió tomarla por esposa.

Justino no queria consentir en ello; porque las leyes de Constantino y de Marciano proi-

bian á los ciudadanos, y mucho mas á los senadores, casar con comediantas. Justiniano, arrastrado por su pasion, venció todos los ostáculos, arrancó el consentimiento del emperador, obtuvo la revocacion de las leyes que prohibian aquel enlace, y celebró su casamiento. Vijilancia, su madre, falleció de vergüenza y pesar por este suceso.

Cuando Teodora llegó al poder supremo, descubrió, á pesar de la máscara de devocion, el orgullo y la altanería, tan comun y tan odioso cuando recae sobre una baja estraccion. Sin embargo, siempre comedianta, aun en el trono hizo el papel de princesa benéfica y jenerosa: prodigaba beneficios á los cortesanos, y limosnas á los pobres: edificó iglesias, y fundo conventos; pero al mismo tiempo implacable en sus venganzas, persiguió á los sacerdotes que se oponian á su voluntad, y á los grandes que desdeñaban su proteccion.

Rodeada de Crisomala, Indora y Macedonia, antiguas rameras, parecia el palacio de los césares una casa de prostitucion. Sus hermanas, que habian profesado el mismo oficio que ella, hicieron muy buenos matrimonios. Hombres poderosos se vieron obligados á tomarlas por esposas, y á comprar la conservacion de sus dignidades con la ruina de su onor.

Todo el que resistia á la emperatriz, era perdido. Enviaba á las prisiones, al destierro y á la muerte senadores, jenerales, gobernadores de provincia y obispos: á las dos cárceles principales, donde amontonaba sus víctimas, dió el pueblo los nombres de Laberinto y Tártaro. Su hijo, sabiendo en África su elevacion imprevista, acude precipitadamente á Constantinopla sin órden suya: su madre le ve por un momento, y el jóven desaparece: el asesinato la libró de un testigo importuno, que hubiera recordado perpétuamente al emperador la condicion primera y los antiguos amores de su madre. La pasion de Justiniano le tenia tan ciego, que hacia gala de ser su cautivo: trataba con gran veneracion á su ídolo, objeto del desprecio universal, y llegó hasta obligar á los grandes y al pueblo á que jurasen obedecer á la emperatriz como á él.

Esta princesa no habia llegado á tanta fortuna, esplendor y poder, sin estar dotada de grandes cualidades. Tenia un injenio vasto, sublime y delicado, asombrosa instruccion y valor á toda

prueba. Así es que el emperador, en el preámbulo de una de sus *novelas*, declara que ha consultado á la muy respetable esposa que Dios le ha concedido; y como si la sombra altanera de esta princesa continuase dominando los ánimos, ha habido en nuestros tiempos jurisconsultos que por respeto al Código y al Dijesto han querido onrar la memoria de Teodora.

Es cierto que esta mujer, colocada en el trono, amó la gloria como habia amado el placer: sostuvo con su firmeza la debilidad de su esposo, le escitó á grandes empresas, le aconsejó muchas veces hacer buenas elecciones, y fué hombre por ella.

El principio del reinado de Justiniano no fué señalado con sus victorias. Síttas, uno de sus jenerales, derrotó y sometió á los zanes, habitantes del monte Tauro. Los vencidos, tratados con dulzura, abrazaron el cristianismo, y fueron vasallos sumisos y fieles. Síttas recibió órden del emperador para que se casase con Concetta, hermana de Teodora, y que en otro tiempo fué ramera como ella: este matrimonio le valió el ducado de Armenia.

Otro jeneral, llamado Pedro, venció el ejército del rey de Persia. La tiranía de Cabádes escitaba turbulencias en su reino, y muchos grandes imploraron contra su monarca la proteccion de Justiniano. Boacéa, reina de los hunos sabiros, aliada del imperio, venció otra tribu de hunos, mandada por dos reyes amigos de Cabádes: la nueva amazona mató á uno de ellos, cojió prisionero al otro, y lo envió á Justiniano, el cual, creyéndole jefe de ladrones y no rey, lo mandó aorcar. Este suplicio inspiró mas terror que indignacion: Gordás, rey de los hunos de la Táuride, concluyó un tratado de alianza con Justiniano, y abrazó el cristianismo; pero no pudo convertir á sus súbditos, y fué destronado. Justiniano le vengó, arrojó á los hunos de la Táuride, y se apoderó de esta península. Los esclavones pasaron el Danubio en gran número: Justiniano envió contra ellos á su sobrino Jermano, jeneral esforzado é independiente que no temia ni á los bárbaros ni á Teodora: arrostró el odio de esta princesa, ganó su estimacion, destrozó á los esclavones, y los persiguió asta mas allá del Danubio.

La naturaleza se mostró entonces mas contraria al emperador

Digitized by Google

que la fortuna: un espantoso terremoto destruyó á Antioquía (528); cinco mil persas perecieron entre las ruinas, y siete mil en Laodicea y Seleucia. Antioquía fué reedificada, y se le dió el nombre de Teópolis.

El emperador, zeloso del culto católico envió su profesion de fé al papa, y publicó leyes severas contra los erejes: — desde Teodosio, el espíritu de secta y de partido remplazó al de la caridad.

Los obispos obtuvieron el derecho impolítico de vijilar á los tribunales. Una ley concedió á la iglesia cien años de prescricion para sus derechos. Otra escluyó del episcopado á los sacerdotes casados que tenian hijos.

Un edicto prescribió las formas que debian seguirse en la eleccion de los obispos. Proibiéronse los juegos de azar, no como causa de crímenes, sino como fuente de blasfemias.

Los obispos de Rodas y de Dióspolis, acusados del crímen que dicen atrajo sobre Sodoma y Gomorra la cólera del cielo, recibieron un castigo ejemplar y atroz, pues fueron castrados en la plaza pública y entregados en espectáculo al pueblo de onstantinopla. El pregonero iba delante gritando: *obispos: aprended á no manchar la santidad de vuestro carácter*.

En un tiempo en que se desplegaba aquel rigor contra el vicio, Teodora conoció sin duda que ella tambien debia á la opinion jeneral alguna espiacion. Uno de sus palacios lo convirtió en casa de penitencia. Quinientas mujeres rameras se hicieron monjas, llorando al pie de los altares el mismo putaismo que habia abierto el camino de la fortuna y del trono á la emperatriz.

Una ley, dictada por el verdadero espíritu del cristianismo proibió á los zelosos magnates degradar á la humaniddd con una vergonzosa mutilacion, á fin de tener guardias seguros para sus mujeres.

Como la echaba de teólogo, su aficion fué una desgracia para el estado. No puede menos de echársele en cara su rigor contra los erejes, pues concluyó con caer en la erejía y por perseguir á los ortodocsos. El zelo de la opinion le animaba mas que el amor de la verdad. A las leyes de sus predecesores habia añadido la pena de muerte para aquellos que no se sujetasen á los dogmas. Paganos, judios, erejes, uian de todas partes mal-

Digitized by Google

diciéndole: otros mas furibundos, se daban la muerte: los montanistas en Frijia pegaron fuego á sus iglesias y se abrasaron con ellas; los samaritanos se sublevaron en número de cincuenta mil, robando y matando hasta que fueron todos asesinados. La despoblacion de las provincias, y el odio al emperador y al cristianismo eran la consecuencia justa de sus vejaciones.

Al confiscar en provecho suyo los bienes de los que reusaban bautizarse con sus familias, manifestaba Justiniano que el interés mas bien que la propagacion de la fé, entraba en esta medida.

Los godos fueron los únicos que se esceptuaron del rigor de estas leyes, porque aun vagaba entre ellos la sombra de Teoderico. El emperador mismo mandó reconstruir una iglesia á los arrianos; pero la primer vez que en ella se reunieron, un tropel de fanáticos instigados, los atacaron, y degollaron á la mayor parte. *Tantùm religio potuit suadere malorum* (1). La conducta del príncipe era demasiado favorable al fanatismo.

(1) Lucrec. lib. I, v. 112. = Este verso, dice Voltaire, durará tanto como el mundo.

No habiendo producido efecto el rigor empleado con los dos obispos de Rodas y Dióspolis, que mencionado dejamos, el emperador, mucho despues en 554 amenazó á los culpables por una ley publicada en la cuaresma, con las penas mas rigorosas si no hacian penitencia en la Pascua. ¿Cómo contar con penitencia semejante? Todo lo castigó; desterró á los que hacian tráfico de prostitucion, y estableció la pena de muerte á los que despues se descubriesen.

Un lejislador prudente hubiera debido antes ecsaminar si todas estas leyes podian ejecutarse; si podian reformar las costumbres de una nacion corrompida; si aplicaban á los desórdenes el remedio conveniente, y hubiera temido hacer el mal procurando hacer el bien. Efectivamente los desórdenes fueron siempre en aumento; lo cual no deja nunca de suceder cuando las leyes irritan las pasiones, sin oponerles una barrera suficiente. ¿No bastaba ver á una comedianta sobre el trono, para que los vicios públicos insultasen al príncipe reformador?

Revolucion de los abases contra su rey.—En esta época fué el monte Cáucaso teatro de una revolucion instructiva para los

Digitized by Google

déspotas. El rey de los abases, destruyendo la libertad de su pueblo, se habia apoderado del poder absoluto: oprimia á sus vasallos: capaba y vendia á los que escitaban su desconfianza: ellos, inclinados á la independencia y aun al crímen por el esceso de la desgracia y de la servidumbre, se rebelaron, forzaron el palacio del rey, le asesinaron y abrazaron el cristianismo. Un enviado de Justiniano habia acojido sus quejas y alentado su rebelion.

El emperador hubiera merecido elojios si se hubiese limitado á protejer á la iglesia; pero su zelo se cambió en fanatismo: mandó por un edicto cerrar las escuelas de Atenas, que si eran asilo del paganismo eran tambien el único refujio de las ciencias que no tenian los cristianos.

La persecucion de los idólatras y erejes produjo conversiones finjidas y numerosas emigraciones.

FIN DEL TOMO DÉCIMOQUINTO.

Digitized by Google

INDICE

DE LOS LIBROS, CAPITULOS Y MATERIAS

CONTENIDOS EN ESTE VOLUMEN.

CONTINUA EL LIBRO DECIMOTERCERO.

Digitized by Google

HISTORIA MODERNA.

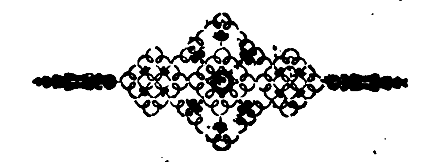
LIBRO DECIMOCUARTO.

CONTINUA EL BAJO IMPERIO.

IMPERIO DE ORIENTE.

Digitized by Google

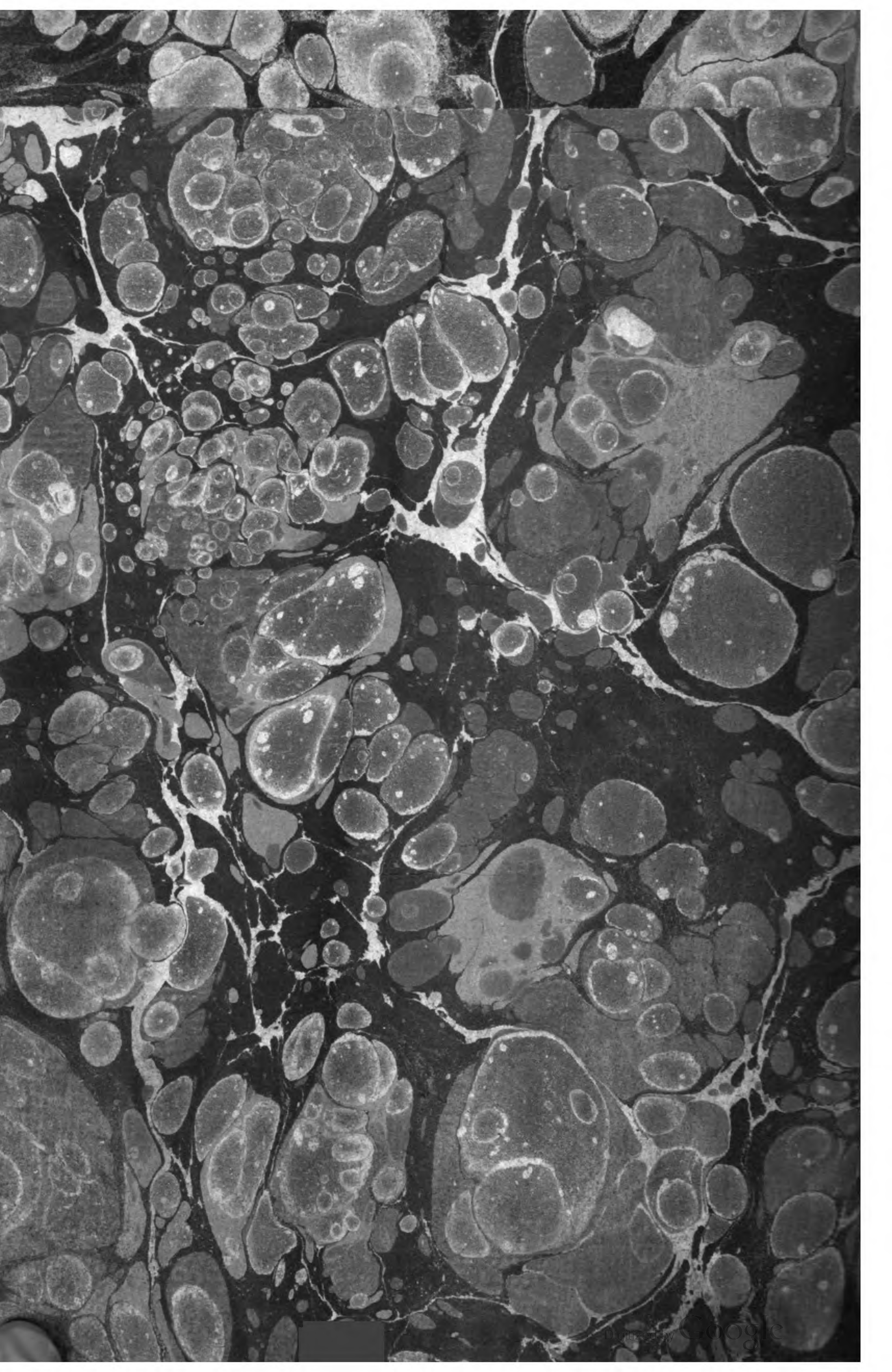
Digitized by Google



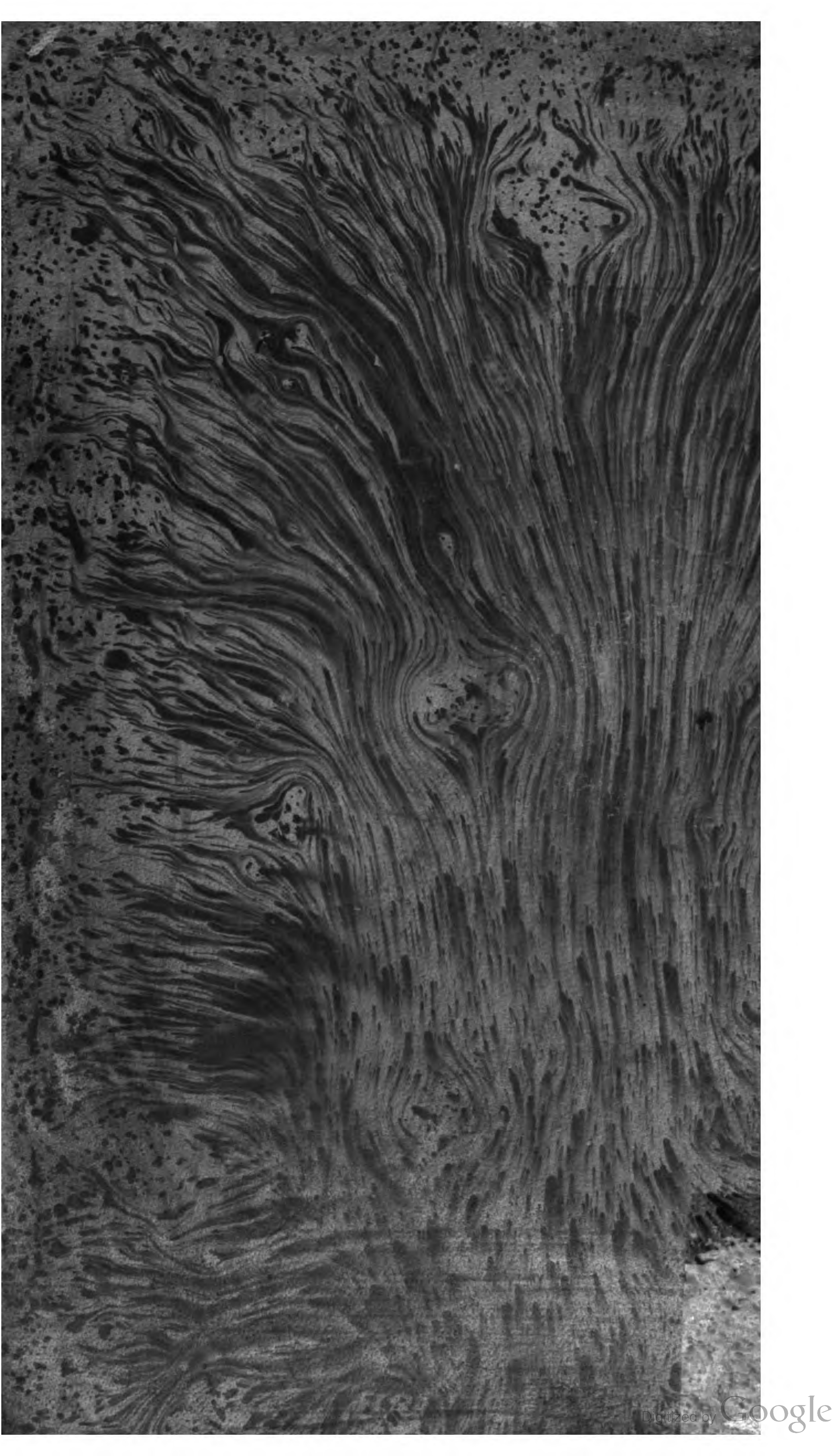


B CA.
Digitized by Google

Digitized by Google


Digitized by Google


Digitized by Google



Digitized by Google